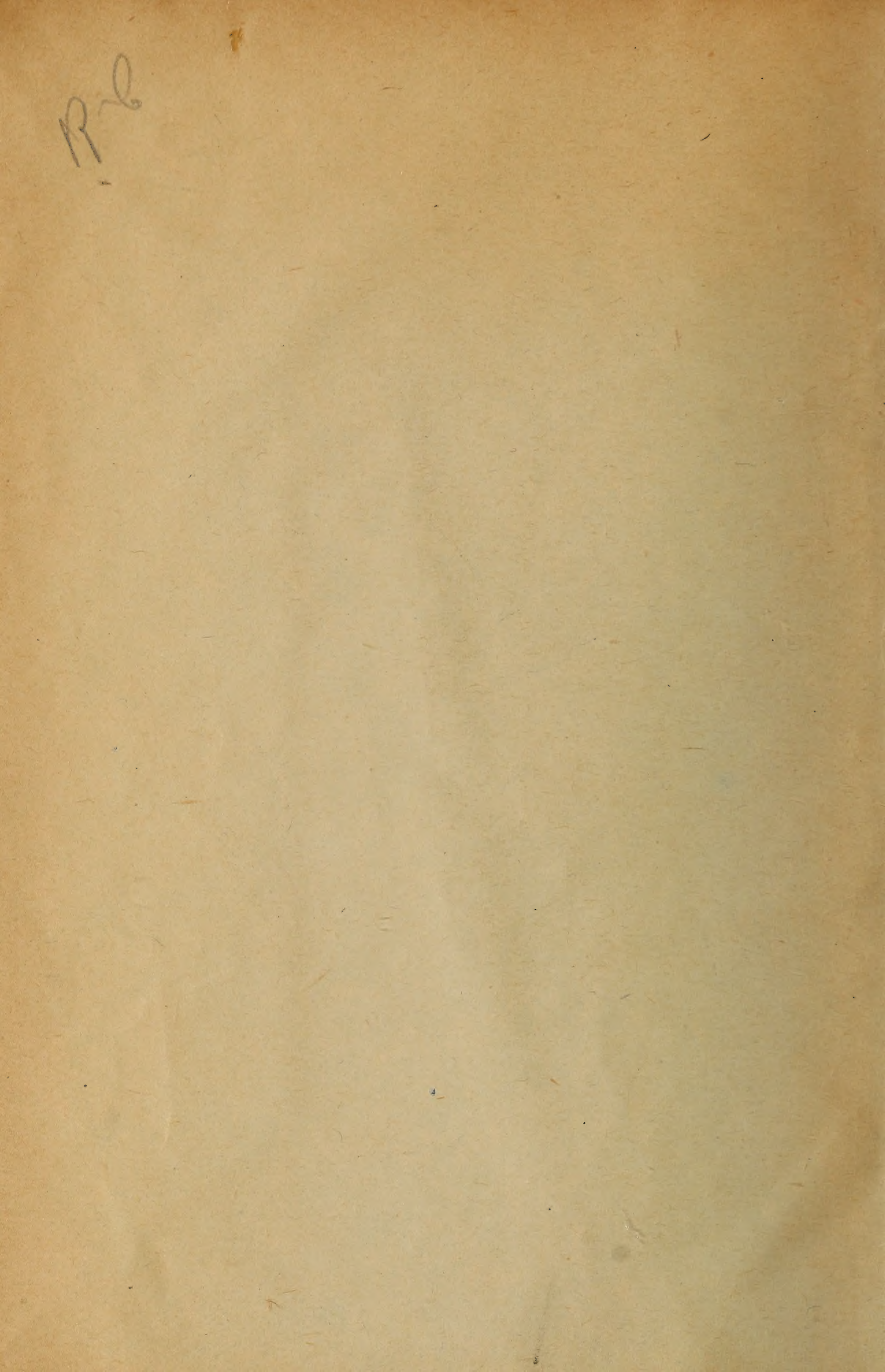
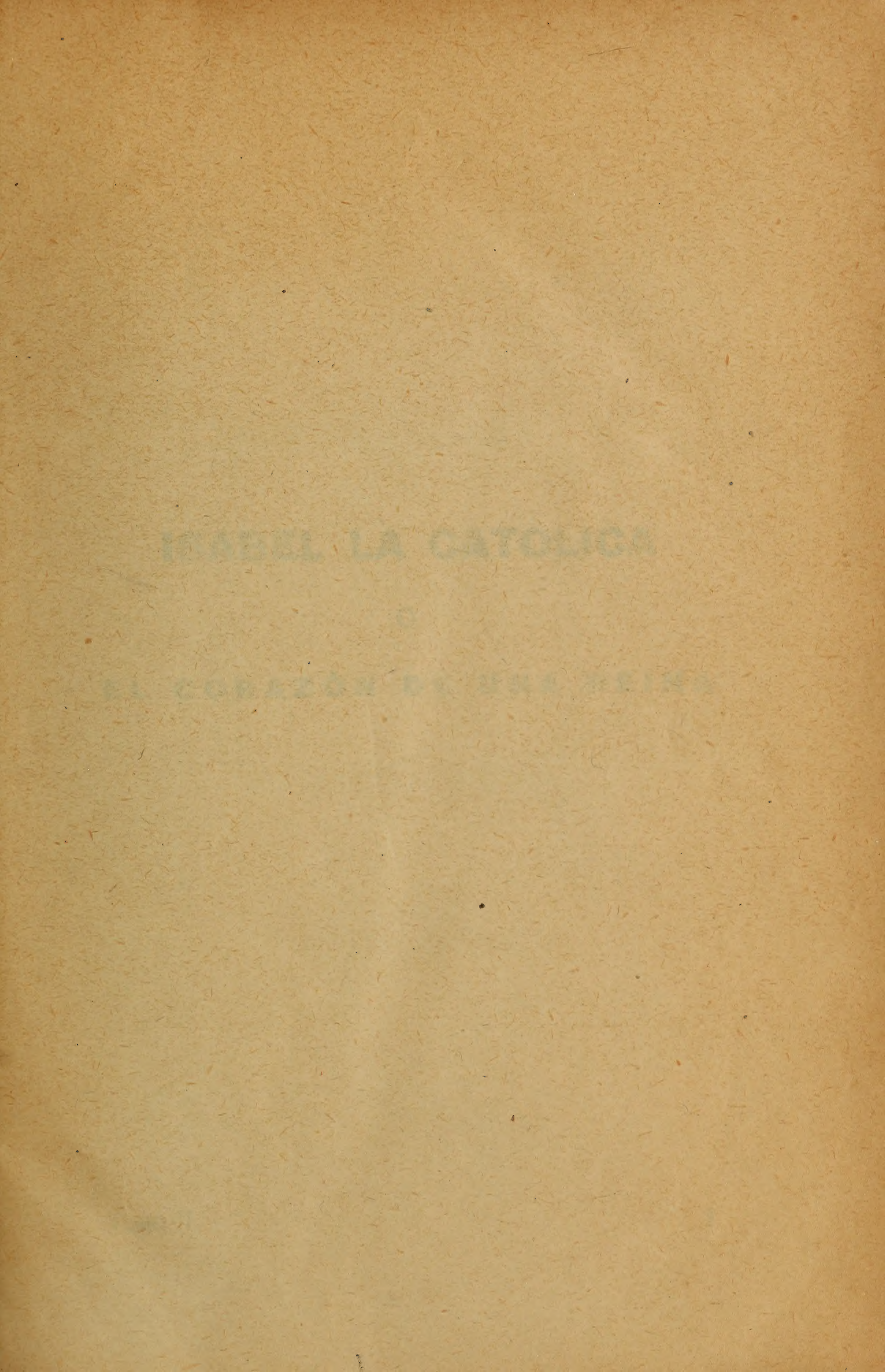

3 1761 08831787 0









ISABEL LA CATÓLICA

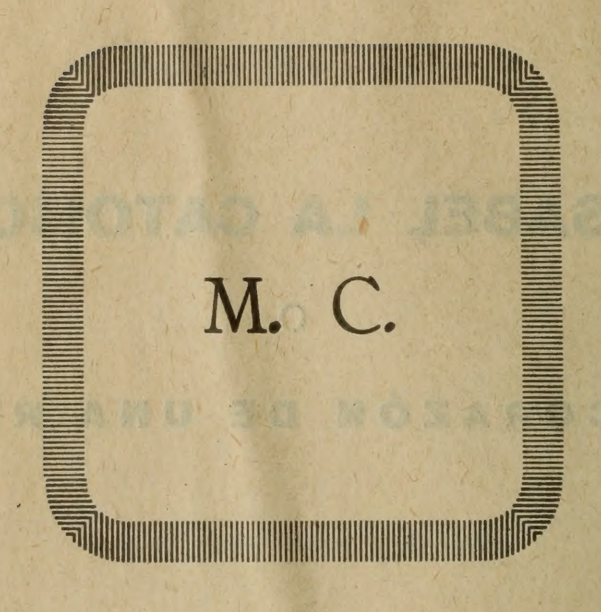
O

EL CORAZÓN DE UNA REINA

ISABEL LA CATOLICA

O

EL CORAZÓN DE UNA REINA


M. C.

MANUEL CASTRO, EDITOR (antes Viuda de Cruz).

ISABEL LA CATÓLICA

Ó

EL CORAZÓN DE UNA REINA

NOVELA HISTÓRICA POR

A. CONTRERAS

Ilustraciones de L. LABARTA

TOMO SEGUNDO

OFICINAS Y TALLERES
Mazarredo, 4 (esquina a Segovia)

ALMACENES
Pretil de los Consejos, 3 y Juan Duque, 7

MADRID



LIBRO TERCERO

LOS ALBORES DE UN REINADO

CAPITULO PRIMERO

La fiesta de la Epifanía



RA el anochecer del día de la Epifanía del año 1474.

En las calles de Segovia notábase desusada animación.

La gente se agrupaba en ellas como en espera de algún suceso extraordinario y en los corros comentábase algo qne tenía todos los caracteres de un verdadero acontecimiento.

Oigamos algunos comeutarios.

En un grupo formado por gente del estado llano, un viejo tenía la palabra, y cuantos le rodeaban, que eran muchos, escnchábanle atentamente.

El anciano se expresaba de este modo:

—La fiesta de esta noche, aunque nosotros no tomemos parte en ella, debe agradar a todos los buenos castellanos, porque es la confirmación de un suceso beneficioso para la patria. Representa el término definitivo de las guerras que han ensangrentado nuestro suelo y es una promesa para el porvenir, pues nos asegura, que cuando el rey D. Enrique muera, le sucederá en el trono su hermana la princesa Isabel, la cual, por su talento y sus virtudes, es digna y capaz de gobernarnos.

Todos asentían con muestras de aprobación a estas palabras, y únicamente dos embozados, que formaban parte del grupo, permanecían silenciosos y reservados.

Advirtiéronlo algunos y no faltó quien dirigiéndose a ellos les dijera:

—Parece que no os importe y casi hasta casi os contraríe lo que todos celecramos con regocijo. ¿Seríais acaso partidarios de doña Juana? Si as así, bien haréis en ausentaros de Segovia, pues aquí no hay otros sentimientos que desprecio para la «Beltraneja».

Los interpelados no respondieron, y pasados unos instantes, aprovechando la distracción de los que les rodeaban, atentos otra vez a las palabras del viejo, separáronse de aquel grupo y se acercaron a otro, en el que se hacían iguales o parecidos comentarios.

En verdad no les faltaba a los castellanos razón para estar contentos, pues, efectivamente, aquella noche celebrábase una fiesta que parecía ser el término definitivo y solemnes de las luchas intestinas que durante tantos años habían empobrecido y esquilmado el reino.

Pocos días antes había regresado de Aragón el príncipe D. Fernando, esposo de doña Isabel; y el rey D. Enri-

que, para dar una prueba más de su reconciliación con su hermana, recibió públicamente a su cuñado con los mayores agasajos.

Pero no paró aquí la cosa.

Cabrera, alcaide del alcázar, al cual se debía principalmente aquella reconciliación, como sabemos, quiso dar un banquete al rey y a los príncipes, en celebración de tan fausto acontecimiento, y escogió la festividad de la Epifanía, como muy propia para su intento.

El banquete había de tener lugar aquella noche en las casas del obispo; el rey y los príncipes ofrecieron asistir a él y los buenos segovianos esperaban en los calles el paso de la regia comitiva, concediendo al caso toda la importancia y trascendencia que tenía en realidad.

Nunca como aquella noche se creyó asegurada la sucesión de doña Isabel al trono, pues la tal fiesta parecía ratificar en todas sus partes el tratado de los «Toros de Guisando», del que hicimos oportuna mención.

El banquete era a las ocho, y a las siete en punto salió del alcázar la comitiva regia, formada de este modo:

Abrían marcha dos heraldos con lujoscs dalmáticas, en las que campeaban bordados en oro, los escudos de la casa real; seguían luego el rey y los príncipes a caballo, marchando D. Enrique en medio y llevando a su derecha a doña Isabel y a su izquierda a D. Fernando; iban después por riguroso orden de jerarquía, los prelados, magnates, gentiles hombres y nobles caballeros de la corte y del servicio particular de los príncipes; cerraba por último la comitiva lucida y numerosa escolta de hombres de armas, a los que se unían los escuderos y pajes de los nobles.

Al aparecer las regias personas en el patio del alcázar

el público prorrumnió en aplausos y aclamaciones, repitiéndose e todo el trayecto las mismas demostraciones de entusiasmo.

El rey saludaba cariuoso a su pueblo, y los príncipes sonreían radiante de gozo.

La alegría era general.

No hay que decir que entre las damas que seguían a la princesa, figuaaba en primer término doña Beatriz de Bobadilla, la amiga inseparable de doña Isabel y esposa del iniciador de aquella espléndidn y oportuna fiesta.

Cegados todos a la casa del obispo, salió Cabrera a recibirles.

Inclinóse para besar la mano del rey, saludó con el debido acatamiento a los príncipes y les guió a la sala del banquete, alhajada con verdadera fastuosidad.

Constituía su principal adorno las flores y los trofeos guerreros; y en estos últimos, como homenaje a la presencia de D. Fernando, veíase el escudo de Aragón entre los de León y Castilla.

Fijóse en ello D. Enrique, y al parecer muy complacido, dijo a Cabrera:

—Buena idea tuviste y por ella te felicito. Esos escudos que tu lealtad combinó, uniéndolos en artístico maridaje, unidos irán siempre desde hoy y juntos los coronarán en lo porvenir los laureles de la victoria.

Palabras que fueron proféticas, sin sospecharlo el que las pronunció, y que sonaron muy bien en los oídos de cuantos las escucharon, pues eran emblema y promesa de paz y concordia.

Sentáronse sin demora a la mesa y comenzó el ban-

quete, animado por los gritos de júbilo de la muchedumbre entusiasmada que se agolpaba en la calle.

Entre los curiosos que en la calle esperaban la terminación de la fiesta, hallábanse los dos misteriosos embozados de quienes antes hicimos mención.

Confundidos entre la multitud y siempre encubiertos, uno de ellos decía a otro:

—Mi buena estrella se eclipsa, Tarsio; bien lo conozco. Mis enemigos vencen sin que yo pueda evitarlo, y las profecías de Zoraida no me sirven ya para alejar el peligro.

—Es ley natural, señor—respondió el otro con cierto tonillo irónico—; aunque tú en tu soberbia no quieras comprenderlo. Todo da vueltas en el mundo, hasta el mundo mismo, según afirman los sabios; y natural es, por consigniente, que lo que hoy está arriba, mañana se encuentre abajo, y viceversa. Tú subiste mucho y ahora caes...

—¡Silencio, necio!—le interrumpió con enojo el que primero había hablado—. Mira lo que dices, pues los privilegios de tu falsa idiotez no han de valerte contra mi cólera, si provocarla tratas.

—Concluir no me has dejado, señor, que si así fuera, no hallaras en mis frases motivo para tu enfado. Decía cuando me interrumpiste que tú subiste mucho y ahora caes; me faltaba agregar que después de tu caída, subirás de nuevo.

Y añadió para sí en voz baja:

—Si los que te odiamos te lo permitimos.

Pareció más calmado con esto el otro, y siguieron discurriendo entre el gentío.

No necesitamos decir que los dos embozados eran D. Juan Pacheco, marqués de Villena y gran maestre de Santiago, y Tarsio, el idiota.

Como se recordará, D. Juan marchó precipitadamente de Segovia, siguiendo los consejos de Zoraida, para buscar pruebas con que perder a D. Fernando.

Ello no fué otra cosa que una estratagema de la mora para dar lugar a la reconciliación del rey y su hermana, tan contraria a los intereses de Pacheco.

Cuando éste lo supo volvió en seguida; pero el mal ya no tenía remedio, y para que su posición no fuese tan desairada con el triunfo de sus enemigos, mantúvose alejado y escondido en su casa, sin presentarse en la corte, maquinando astuto el modo de reponerse de su derrota.

Ningún recurso habíale sugerido hasta entonces su malicia, y lleno de cólera y de despecho echóse aquella noche a la calle para avivar su rabia con el espectáculo del triunfo de sus adversarios.

Al ver pasar juntos a los príncipes, tentado estuvo de cometer una locura y su diestra acarició cr spada la rica empuñadura de su daga; pero Tarsio que advirtió su movimiento, contúvole oportunamente, diciéndole:

—¿Qué intentas, señor?

Y Pacheco se dominó, pensando:

—Tiene razón este imbécil. No es el que yo intentaba el modo de deshacerse de enemigos que ciñen a su cabeza, coronas de príncipe o de rey.

Había transcurrido escasamente una hora desde la entrada de los invitados en la casa de la fiesta, cuando los

que en la calle permanecían diéronse cuenta de que dentro ocurría algo extraordinario.

Algunos gentiles hombres, pajes y escuderos, salieron precipitadamente, y los que aguardaban les rodearon interrogándoles.

Ellos, sordos a las preguntas que le dirigían, exclamaban muy agitados:

—¡No nos detengáis!... ¡Paso!

Con lo que aumentaba aún más la curiosidad de todos.

Al fin uno de los que salían, más complaciente que los otros, dijo:

—El rey se ha puesto gravemente enfermo... ¡Se muere!

La noticia cundió rápidamente entre la multitud y todos los labios repitieron con espanto:

—¡El rey se muere!

Nadie acertaba a explicarse aquella repentina enfermedad y comenzaron a circular la más absurdas versiones.

Llegaron las habladurías a oídos de Pacheco y Tarsio, y enterados de ellas, el primero exclamó gozoso:

—¡Mi buena estrella brilla de nuevo! ¡Ya tengo el arma que inútilmente buscaba para atacar a mis enemigos! ¡La casualidad me la ofrece! ¡Bendita casualidad!

Tarsio oíale sin comprenderle y pensando:

—¿Qué significa esto? ¿Habrá una Providencia encargada de proteger las infamias de los malvados y destruir los planes de los buenos?





CAPITULO II

La enfermedad del rey

LA noticia que tan profunda impresión produjo en la muchedumbre y hasta tal punto regocijó a Pacheco, era exacta.

Er rey habíase puesto enfermo.

La cosa fué tan repentina, que parecía extraña y misteriosa.

En lo más animado del banquete, lívida palidez cubrió el rostro de D. Enrique, el cual llevóse ambas manos a un costado, lanzando a la vez un doloroso gemido.

Doña Isabel, que estaba a su lado, le preguntó asustada:

—¿Qué tenéis, señor?

El rey no pudo contestar.

Rodeáronle todos los presentes, y él, haciendo un poderoso esfuerzo, gimió:

—¡Me muero!

No es para descrita la confusión que se produjo en la sala del festín.

De pie junto a su hermano, la princesa teníale cogida la cabeza, que le obligaba a reclinar en su pecho.

Era la única que parecía relativamente serena, a pesar del dolor que la trastornaba.

Don Fernando, también muy alarmado, estrechaba entre las suyas las manos del rey, dirigiéndole al mismo tiempo cariñosas frases.

Los demás iban alocados de una parte a otra, sin saber qué hacer, o permanecían inmóviles, estupefactos.

De unos a otros, hasta llegar a los servidores que había en las antesalas, repetíase la terrible exclamación:

—¡Ey rey se muere!

***

Dando muestra de su energía y serenidad de ánimo, doña Isabel dominó la situación, dictando las órdenes oportunas para que fuesen a buscar auxilio.

Entonces fué cuando salieron a la calle los pajes y gentiles hombres que esparcieron la nueva entre la muchedumbre.

Mientras llegaba el médico del monarca y decía lo que debía hacerse, la princesa dispuso que lo recostasen en un diván; a falta de lecho, y ella misma ayudó a conducirlo a una estancia contigua, en la que se permitió la entrada a muy pocas personas.

Los invitados a la fiesta quedaron en la sala del banquete, comentando lo ocurrido.

Al trasladarle, auque pusieron en ello grandísimo cuidado, el rey lanzó penetrantes gritos, comosi le atormentaran agudos dolores.

Trataron de aligerarle un poco de sus ropas y los gritos aumentaron aún más.

Según indicó, más por señas que por palabras, sentía gran dolor en un costado:

Nadie comprendió a qué podía ser debido.

En aquel tiempo la medicina hallábase muy atrasada y ni los médicos mismos podían formular con certeza el diagnóstico de una enfermedad.

Llegó presuroso el médico de cámara, pulsó al rey y cuantos le observaban pudieron advertir en su rostro indicios de contrariedad y temor.

Sin duda la dolencia era cosa grave.

Interrogáronle y dió la calleda por respuesta, con lo que aumentó aún más la inquietud de todos.

Dispuso que con las mayores precauciones fuese el rey conducido al alcázar, y así se hizo. Depositáronlo en una camilla, que cubrieron antes con ricos lienzos, y los más nobles caballeros disputáronse el honor de llevarlo en hombros.

Cuando la camilla apareció en la calle, la muchedumbre en ella reunida, se descubrió respetuosa.

Junto a la camilla marchaban a pie los príncipes, rodeados de todos los caballeros y seguidos por la servidumbre.

Alguuos pajes llevaban hachas encendidas.

La comitiva cruzó silenciosa por las calles atestadas de gente, la cual estrujábase para abrir paso.

Parecía un entierro.

De vez en cuando dejanse oir los gritos de dolor del enfermo, y al escucharlo, la multitud estremecíase.

Llegaron al alcázar y el rey fué instalado en su cámara, donde el médico le practicó un nuevo y más detenido reconocimiento.

Luego le propinó una pócima que sumió al paciente en profundo letargo, del que salió a poco, presa de espantoso delirio.

En vano interrogáronle acerca de la dolencia.

No contestó ni aún a los príncipes.

Encerróse en ese grave silencio que adoptan en ocasiones los que pasan por ser hombres de ciencia, para encubrir con él su ignorancia (1).

***

Doña Isabel estaba anonadada con aquel desdichado accidente.

A parte de su natural dolor, como hermana de D. Enrique, preocupábala lo que para ella pudiera resultar de aquel suceso.

Adelantándose a los aconjecimientos, decíase:

—Una tan extraña y repentina dolencia, puede muy bien ser atribuída por la malicia a una tentativa de envenenamiento en la persona del réy. La que más interesada puede estar en que Enrique muera soy yo, puesto que he de heredarle: ¿no podría ser que alguien pensara que he querido acelerar su muerte para heredarle más pronto? y si alguien indica esta malvada sospecha al rey, éste, desconfiado como es, la tendrá por cosa cierta y segura.

Estas ideas atormentábanla.

Manifesjó sus inquietudes a su esposo y en vano don Fernando procuró tranqutlizarla.

Los temores de la princesa eran infundados por entonces; pero no más adelante, como veremos.

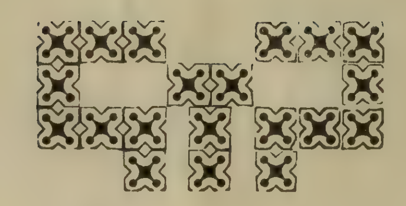
---

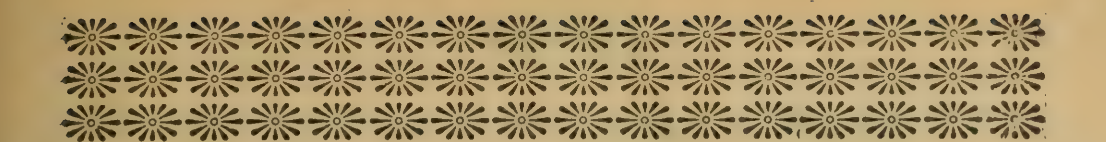
(1) Según el testimonio de Zurita y Pulgar, la enfermedad D. Enrique fue una pulmonía. (N. del A.)

Todos atribuían la indisposición del rey a no haberle sentado bien algún manjar de los que comió en el banquete.

El estado del enfermo seguía siendo el mismo, y los príncipes permanecieron junto a él todo el resto de la noche, prodigándole los más solícitos cuidados.

En la plaza del alcázar, muchos curiosos esperaban con ansiedad noticias del monarca.





CAPITULO III

En la antecámara real.

DURANTE algunos días, la enfermedad del rey inspiró serios cuidados, hasta el punto de que en todas las iglesias del reino se celebraron públicas y solemnes rogativas, implorando la salud del monarca.

Mientras duró la gravedad, ni doña Isabel ni don Fernando se separaron un momento de don Enrique, y éste, en los breves momentos de lucidez de que gozaba, pues la fiebre teníale sumido casi siempre en el delirio, decíales, con aquella dulzura y sincera afabilidad que le eran propias y de las que, sin embargo, hizo uso en contadas ocasiones:

— ¡Gracias, hermanos míos! ¡El cielo os bendiga! ¡Cuán tarde conozco lo injustamente que contra vosotros he procedido!

Lo cual afirmaba aún más la buena armonía que entre el rey y los príncipes mediaba

Esto infundía a todos cierta tranquilidad, pues decíanse:

—Si don Enrique muere, no es dudoso que su hermana le sucederá en el trono, según el convenio de los Toros de Guisando, con lo que vendrá para Castilla una era de paz y ventura.

No faltó quien, prudente y precavido, advirtiese a la princesa:

—Ved, señora, de aseguraros la sucesión al trono, haciendo que vuestro hermano os ratifique en vuestros derechos; pues si bien es verdad que en Guisando os reconoció como heredera, después, cuando os casasteis, como desahogo de la contrariedad que vuestro matrimonio le produjo, proclamó otra vez a doña Juana como su hija y heredera.

Lo cual era verdad, y esta segunda proclamación no había sido derogada; de modo que cabía por lo menos poner en entredicho la sucesión de doña Isabel, caso de que el rey muriese.

Mas la bondadosa princesa, aun reconociendo la prudencia de tales consejos, respondió a los que así le hablaban:

—No seré yo quien turbe la tranquilidad de mi augusto hermano hablándole de asuntos en los que ver pudiera asomo de interés. Aconséjele su conciencia misma lo que hacer debe en este punto, pero sin excitaciones de parte mía; pues cuando su vida peligra, no otro interés que el de salvarla debe ver en mí.

El mismo don Fernando habló a su esposa en igual sentido, y doña Isabel, a pesar de lo mucho que le quería y como buena esposa respetábale, le contestó:

—Duéleme veros tan preocupado con intereses puramente materiales. Sé que por mí lo hacéis y os lo agradezco; mas dejad estas cuestiones a la voluntad de Dios, que es el que rige y dispone los destinos de los seres.

Con lo cual, don Fernando abstúvose de hacer nuevas insinuaciones.

Inicióse, al fin, una ligera mejoría en el estado del monarca, la cual fuese acentuando poco a poco, si bien su estado siguió siendo muy delicado y muy débil.

Cuando desapareció el peligro, sus hermanos, si bien pasaban junto a él casi todas las horas del día, por la noche retirábanse a descansar, que bien lo necesitaban, pues durante muchas noches no se habían acostado siquiera.

El mismo don Enrique invitábales a ello, diciéndoles:

—Id tranquilos; si necesito os llamaré.

Quedaban a su lado asistiéndole personas de toda confianza, a las que doña Isabel hacía las más prolijas advertencias.

La primera noche en que los príncipes abandonaron la cámara del enfermo, el rey tuvo una visita inesperada. Era ya más de media noche.

El mayordomo de servicio, fatigado por tan frecuentes y prolongadas vigilias, habíase dormido en la antecámara.

Pero su sueño era intranquilo, y el mismo instinto del cumplimiento de su deber, hacíale despertar sobresaltado al menor ruido.

Una de las veces que se despertó vió un embozado

que se dirigía a la cámara real, con el intento evidente de penetrar en ella.

Restregóse los ojos, púsose en pie de un salto y requirió las armas, exclamando:

—¡Atrás!

El embozado había retrocedido con visibles muestras de contrariedad.

Sin duda había contado con el sueño del mayordomo, para entrar sin ser visto en la cámara del rey.

Repúsose, no obstante, de su turbación, y desembozándose, dijo con altanería:

—¡Paso! ¿No me conocéis? ¿Desde cuándo me está prohibido llegar hasta la presencia de mi rey y señor?

—¡Pacheco!—exclamó el mayordomo asombrado, inclinándose respetuoso.

En efecto, Pacheco era.

Gracias a su anterior privanza con don Enrique, había podido entrar en el alcázar a las altas horas de la noche, sin que nadie le opusiera el menor obstáculo.

Lo mismo había hecho en días anteriores; pero sin atreverse a llegar hasta la cámara real, sabedor de que en ella estaban los príncipes.

Quería hablar con don Enrique a solas.

Muy pocos conocían su regreso a Segovia, y a aquellos a quienes forzosamente hubo de presentarse para entrar en el palacio les encargó la mayor reserva.

Como conocían su poder temíanle y le obedecieron.

De aquí que fuese tan grande la sorpresa del mayordomo.

Era de los que ignoraban que don Juan estuviese en Segovia.

Recordando que el rey tenía la orden de que se le permitiese a Pacheco llegar hasta su presencia sin previo anuncio, fuese a la hora que fuese, y no habiendo sido aquellas órdenes retiradas, se inclinó de nuevo, balbuciendo humildemente:

—Entrad, pues, y perdonadme; no os había conocido.

Don Juan entró en la regia cámara, sin mirar siquiera al mayordomo, el cual se quedó pensando:

—Paréceme que a los príncipes no les ha de agradar mucho esta visita, cuando de ella les dé aviso; pero yo no puedo dejar de cumplir las órdenes recibidas de nuestro mismo rey y señor.

En cuanto a Pacheco, seguía sintiendo cierta contrariedad, pues hubiera querido llegar hasta el monarca sin que nadie le viese.





CAPITULO IV

La debilidad de un rey y la audacia de un favorito.

FATIGADO por la permanencia de tantos días en el lecho, don Enrique hallábase despierto aquella noche, y no lograba conciliar el sueño por más esfuerzos que hacía.

Para distraer su vigilia meditaba en los últimos acontecimientos de su vida, y como en aquellos instantes hablaba en él libremente su corazón, y su corazón era bueno, decíase:

—Loco fuí en no reconciliarme antes con mi hermana y su esposo, únicos seres que de veras me aman y los únicos en quienes puedo tener confianza absoluta. Bien me lo han demostrado en esta ocasión, en la que la muerte ha estado a punto de arrebatarme y conducirme al otro mundo. ¡Qué solicitud la de ellos! Nunca

recibí de nadie tantas muestras de interés y afecto. ¡Y mi corazón estaba tan ansioso de cariño!

Suspiró y continuó diciendo:

—¡Mísero de mí, que, a pesar de mi condición de rey, tengo que mendigar casi los afectos de que los demás gozan libremente! Todo hombre al casarse busca una compañera a quien querer y de la que ser querido. ¡Yo no he encontrado en mi esposa más que burla y desprecio! Para todos los hombres la paternidad es una dicha, y para mí, si verdaderamente soy padre, que lo dudo, es motivo de humillación y vergüenza, pues si yo sólo dudo que doña Juana sea mi hija, los demás lo niegan y al negarlo me ultrajan.

Tornó a suspirar, agregando:

—Contra tantas amarguras no me queda otro consuelo ni otro refugio que el amor de mis hermanos.

A este punto llegaban las reflexiones del monarca, cuando fueron interrumpidas por una voz que murmuró, humilde y respetuosa:

—Dios os guarde, señor.

Don Enrique incorporóse sobresaltado y vió junto al lecho un caballero, al que reconoció en seguida.

Era Pacheco.

—¡Tú!—exclamó lleno de asombro.

—Ya lo véis—respondió don Juan.

—¡Tú!—repitió el rey, como si no se atreviese a dar crédito a lo que veía.

Y quedóse mirándole inquieto y ansioso.

Sonrió el de Villena, y con marcada intención dijo:

—Parece, señor, que mi presencia más os contraría que halaga.

—¿A mí?

—Y hasta pudiérase suponer que os asusta.

—¡Oh, no! ¿Por qué?

—Fuera injusto, pues nada tenéis que temer del más humilde y fiel de vuestros servidores.

—Así lo creo.

—Entonces, ¿qué motiva vuestro sobresalto?

—La emoción..., la sorpresa...

—Decid el remordimiento y hablaréis más propiamente.

—¿Eh?

—Sí, el remordimiento, y perdonad si hay desacato en hablaros de este modo. No es mi propósito ofenderos, y antes de acusarme de irrespetuoso atrevido oidme.

Bastó la presencia del de Villena para que el valor y la tranquilidad de don Enrique desapareciesen. Débil y cobarde por temperamento, temía a don Juan, a pesar de ser un súbdito suyo, sobre el que tenía toda clase de autoridad y dominio.

Al verle aparecer tan de repente, temeroso de que le exigiese cuentas de lo que había hecho, hallábase en su presencia en la misma situación de un niño que se dispone a confesar una falta a su padre o a su maestro.

Deseando alejar el peligro de una escena violenta, suplicó humildemente:

—¡Mi estado ten en cuenta! Me hallo gravemente enfermo, y mi curación exije tranquilidad y reposo.

—Nadie más deseoso que yo de que os curéis—replicó Pacheco—. Por veros pronto abandonar ese lecho, haría cualquier sacrificio.

—Pues entonces...

—Pero sé que fuerzas sobradas tenéis para escucharme. Además, nada he de deciros que os exalte y violente, pues el respeto me lo veda. Por lo tanto, podéis oirme, señor, pues no hay peligro en ello.

El rey inclinó la cabeza resignado.

Nada más fácil que llamar y dar orden de que arrojasen de allí a aquel hombre, puesto que su presencia le molestaba; pero no se atrevió a ello.

No con el respeto debido y la consideración prometida, sino con la arrogancia y energía del que acusa, Pacheco habló de este modo:

—Atento a vuestro interés y a la dignidad de vuestra corona, cosas ambas que no siempre tuvisteis en cuenta como debiérais, mis consejos os di, por vos mismo solicitados. Según esos consejos, no debiérais haber vuelto nunca a vuestra gracia a los rebeldes príncipes, que escarnio haciendo de vuestra autoridad, os desobedecieron públicamente, os ultrajaron con su desobediencia.

—El mismo celo que por mí tienes te hace exagerar —atrevióse a indicar tímidamente el rey.

—No exagero—replicó con firmeza don Juan—; digo la verdad, por dura que os parezca. ¿No fué desobediencia en doña Isabel y en don Fernando el casarse sin vuestro consentimiento?

—Sin duda.

—Y esa boda, ¿no os hizo faltar a la palabra que teníais empeñada a otros nobles pretendientes a la mano de vuestra hermana?

—Sí.

—Pues ¿qué más pruebas queréis de que faltaron?

Y hay faltas que un monarca, por generoso que sea, no puede olvidar nunca, porque atañen a su dignidad y su decoro. El principio de autoridad es lo primero, y si débil sois con los que faltaron desodedeciéndoos, ¿cómo podréis exigir a los demás que os obedezcan?

Comenzó a parecer a don Enrique que su favorito tenía razón.

Por lo menos, admitía sin discusión que verdaderamente había sido débil.

—Comprendiendo la lealtad de mis consejos—prosiguió don Juan—, no osábais faltar a ellos, y, como el que a sabiendas falta, convencido de que no debe faltar, aprovechásteis mi ausencia para reconciliaros con los que os habían ofendido. Temíais mis justos reproches y no os atrevisteis ni aun a consultarme vuestras intenciones cuando cosas más graves y delicadas me habíais consultado. Hicisteis bien, pues jamás hubiera aprobado vuestros propósitos, aun exponiéndome con ello a vuestro enojo, y de hallarme junto a vos no habríais consumado esa reconciliación vergonzosa. Soy más celoso de vuestro decoro y de vuestra dignidad que vos mismo.

El silencio del monarca hízole comprender que sus palabras producían el efecto deseado, y continuó diciendo:

—Al saber vuestra traición, sentíme herido en mis sentimientos más hondos. Y llamo a vuestra conducta traición, aunque la palabra os parezca impropia, porque lo fué, que también cabe traicionar la lealtad, y vos traicionásteis la mía. Propósito firme hice de nunca más volver a veros, y lo habría cumplido. A ello es de-

bido mi ausencia de la corte durante todo este tiempo, pues a no ser así, a poco de mi partida habría regresado; mas al saber que vuestra vida peligraba desapareció mi enojo, y junto a vos me ha traído el interés de vuestra salud. Al verme habéis comprendido el mal que hicisteis, y por eso dije antes que vuestra turbación la producía el arrepentimiento. De todas maneras, y a pesar de todo, aunque ofendido, sigo y seguiré siendo vuestro más leal vasallo y vuestro servidor más humilde.

Y arrodillándose junto al lecho, besó la mano del rey.





CAPITULO V

La calumnia.

La fingida humildad de Pacheco, después de su arrogancia, conmovió al rey, el cual pensó:

—Es un fiel servidor y me ama. Bien puede perdonársele su atrevimiento en gracia a su lealtad.

Y le dijo cariñosamente:

—Levántate y escucha mis disculpas, que bien merece disculpas el que tales y tan elocuentes muestras de sincero interés me ofrece.

El de Villena sonrió imperceptiblemente.

Triunfaba.

—¡Disculpas!—repuso levantándose—. No tal digáis, señor, que si fuera en vos demasiada generosidad el dármelas, sería en mí desacato el oirlas. Mis quejas perdonad y dad al olvido, pues un monarca debe ser respetado por sus súbditos, hasta en sus errores.

—Pero si es que no tengo por error lo que hice.

—¿Así lo creeis?

—Así lo afirmo.

—En ese caso, si lo que llamáis disculpas son razones para convencerme de la conveniencia de vuestra conducta, hablad, señor, que será para mí un placer el que me convenzáis, aunque lo dude.

Con explosión de ternura extraña en él, don Enrique exclamó:

—Lo que me reprochas no fué obra de mi inteligencia, la cual me advirtió a tiempo de que no procedía bien. Fué obra de mi corazón.

—No os comprendo, señor—repuso don Juan, aunque de sobra le entendía.

—¡No me comprendes! ¿Es posible, conociendo como conoces todas mis desventuras? Los reyes también tenemos corazón, don Juan, y el mío hállase lacerado por crueles desengaños. A parte de mis fieles servidores, de los cuales, de ti y de muy pocos más puedo fiarme, ¿quién me rodea? Personas indiferentes o ambiciosas de las que debo temer la traición, pero en las que no puedo buscar cariño. Y el cariño a mi corazón le es necesario. He vivido mucho tiempo sin ninguno. ¿No ha de estarme permitido en los últimos años de mi vida gozar de un dulce y consolador afecto? Y no pudiéndome fiar de mi esposa que me ultraja, y no teniendo el convencimiento de que la princesa doña Juana sea mi hija, ¿en quién buscar amor sino en mis hermanos? Son los únicos a quienes tengo el derecho de mendigar un poco de afecto, los únicos que tienen el deber de quererme, aunque sea como de limosna.

Al decir lo que antecede lloraba, reconociéndose más mísero y desgraciado que el más humilde de sus súbditos.

¡Triste condición de un rey, en quien el peso de su corona parecía ahogar sus sentimientos!

¿De qué servíanle su autoridad y poderío, si no le servían siquiera para conseguir ser amado?

Cualquiera hubiérase conmovido al oirle, y, sin embargo, Pacheco no se alteró en lo más mínimo.

Permaneció impasible, como si no tuviese corazón.

Aún hizo más. Irónicamente, como si aquellas lamentaciones le movieran a risa, dijo:

—¿Y habéis encontrado en vuestros hermanos el cariño que anhelábais?

—¡Oh, sí!—exclamó don Enrique—. Cumplidamente. Isabel pudo desobedecerme, pero, a pesar de su desobediencia es buena y me ama; estoy de ello bien seguro. En cuanto a Fernando, me trata y respeta como un hijo; y advierto en él una inteligencia tan clara, que seguro estoy de que si por consejero lo tomara, habíame de servir de gran ayuda en el gobierno de mis estados.

Con indignación admirablemente fingida, el de Villena exclamó:

—Era mi intento no contradeciros en nada de cuanto me dijérais, señor; pero no puedo conservar la calma al veros víctima de un error que puede seros muy peligroso.

—¿Qué quieres decir?—preguntó don Enrique.

—Que los príncipes os engañan, y perdonad la ruda franqueza con que os hablo.

—¡Que me engañan!

—Sí; no sólo no os aman, sino que os odian.

—¡Oh!

—Y parece mentira que vos, a quien Dios ha dotado de una tan gran penetración, no lo hayáis comprendido antes. Si es cosa de claridad tan evidente, que no cabe dudar de ella. Que doña Isabel aspira a heredaros cuando moráis, es cosa sabida...

—Sí.

—Pues siendo así, no otra cosa sentirá hacia vos que impaciencia y deseo de que llegue vuestra muerte.

—¡No digas eso!

—Es la verdad, y debo decirla, aunque a vuestro sensible corazón de hermano le lastime el oirla.

A pesar de que don Enrique era materia abonada para dar cabida en su ánimo a todas las sospechas, se resistió a admitir aquella infame impostura.

—Hablas así—dijo, defendiendo a los príncipes—porque no has presenciado la conducta de mis hermanos para conmigo durante mi grave dolencia.

—Fingimiento—insistió don Juan.

—No, no era fingimiento. Hay cuidados, caricias y atenciones que no se fingen, que no se prodigan si no se sienten.

—La hipocresía y el interés pueden mucho.

—Pero ¿qué podían proponerse Isabel y Fernando al portarse conmigo de tal modo?

—¿No se os alcanza?

—No.

—Torpe estáis, y perdonad que os lo diga. Sólo puedo atribuir vuestra torpeza a la debilidad natural de vuestro estado.

—Puede ser. Ilumina tú mi entendimiento; explícate.

—¿Me autorizáis para ello?

—Sí.

—¿Y no os enojaréis con lo que diga?

—Siempre tendrán tus palabras el escudo de tu lealtad. Habla.

—Oid.

Cercioróse Pacheco de que no podían escucharle, precaución no inútil, pues en los palacios hasta las paredes oyen, y bajando la voz, dijo:

—Por el convenio de los Toros de Guisando, reconocisteis a doña Isabel por heredera vuestra; mas después, haciéndoos su misma desobediencia volver en vuestro acuerdo, anulasteis tal reconocimiento, proclamando a doña Juana como vuestra hija y sucesora.

—Y bien—interrumpió impaciente el rey—¿Qué tiene que ver eso?

—Seguid oyéndome. Sin una ratificación del primer tratado, doña Isabel no puede sucederos; su derecho por lo menos será discutible; y se ha reconciliado con vos y con vos se muestra tan cariñosa, para inclinaros a nombrarla nuevamente vuestra heredera. ¿Comprendéis ahora los verdaderos móviles de la conducta de los príncipes, que tanto os halaga? En ella se esconde una mezquina ambición, no es hija de un sincero afecto, como en vuestra excesiva bondad suponéis.

Reflexionó el monarca, lo cual era lo mismo que dar a entender que comenzaba a dudar.

Conociólo así el de Villena y sonrió satisfecho.

—Una objeción he de hacer a tus palabras, que pu-

dieran muy bien ser fundadas—dijo al fin don Enrique.

—¿Cuál, señor?—preguntó Pacheco.

—La de que Isabel no me ha expresado nunca manifiestamente ese deseo que dices.

—Naturalmente. De exponeros sus intenciones, dejaba al descubierto su ambición, cosa que no la favorecía.

—Es verdad.

—Ha seguido el camino de los astutos y los hipócritas. Procura ganarse vuestro corazón, segura de que cuando lo haya conseguido vos mismo haréis espontáneamente lo que ella no se atreve a suplicaros.

—¡No será, vive Dios! Advertido por ti, permaneceré indiferente a todos sus manejos.

—No basta, señor.

—¿Qué otra cosa quieres que haga?

—Que rompáis con ella.

—¿Eh?

—Es lo más cuerdo.

—Pero...

—La prudencia aconseja alejar a los enemigos, no tenerlos al lado; porque si al lado se tienen, ocasión se les da para sus asechanzas y traiciones.

El rey vacilaba.

—No es prudente lo que me aconsejas—dijo.

—¿Por qué?—preguntó don Juan.

—Por varias razones. En primer lugar, un rompimiento con los príncipes sería mal visto por todos.

—Tenéis vuestra autoridad para imponeros a los descontentos.

—En segundo lugar, la falsía de que acusas a mis hermanos puede ser cierta, pero no es segura.

—¿Aun dudáis de ella?

—No me has ofrecido pruebas de su certeza.

—Ni puedo ofrecéroslas.

—Entonces...

—Hay muchas cosas ciertas que no pueden probarse. Pero puesto que os ostináis en no atender a la razón que os habla por mis labios, ahora más que nunca insisto en lo que antes os aconsejaba. Más aún, ya no os digo sólo que rompáis con los príncipes, os digo que los castiguéis.

—¿Por qué crimen?

—Por el de haber atentado contra vuestra preciosa vida.

El monarca lanzó un grito de espanto, y el de Villena añadió solemnemente:

—Puesto que no queda otro remedio, oíd la verdad de lo que ni aun sospecháis.





CAPITULO VI

El triunfo de Pacheco.



EGURO ya de conseguir el objeto que al alcázar le había llevado, pues pocos instantes bastáronle para recobrar el ascendiente que antes tenía sobre el débil monarca, Pacheco dijo:

—El día de la Epifanía fuísteis invitado, señor, a un banquete que tuvísteis la bondad de aceptar.

—Me lo ofreció Cabrera, el cual es un fiel servidor —repuso don Enrique.

—No lo niego; pero convendréis conmigo en que es más fiel servidor de los príncipes que de vos.

—¿Cómo?

—La cosa es clara. Sabido es de todos la adhesión a doña Isabel de doña Beatriz de Bobadilla, la esposa de Cabrera.

—Y bien...

—Una mujer influye mucho en el ánimo de su esposo.

—Aunque así sea...

—Puesto en la alternativa de tener que servir a vos o a los príncipes, doña Beatriz inclinaría a su esposo en favor de los príncipes, no lo dudéis; luego no debe mereceros confianza tan absoluta un servidor que pudiera muy bien convertirse en vuestro enemigo.

El rey no respondió, lo cual era indicio de que admitía por buenas, lógicas y probables las razones de su astuto consejero.

Avanzando poco a poco en el resbaladizo camino de sus maliciosas insinuaciones, don Juan prosiguió:

—Hay, además, otra prueba de que Cabrera está decididamente de parte de los príncipes, y es que fué el que os inclinó a la reconciliación con vuestros hermanos.

—Muy cierto—asintió el rey—. El y su esposa lo arreglaron todo, y ese banquete a que te refieres tenía por objeto la celebración de tan fausto acontecimiento. Por eso me creí en el deber de aceptarlo, para demostrar a todos que la reconciliación había sido sincera y me regocijaba.

—Ahora bien, si uno de los hombres más allegados a los príncipes, el que más ha demostrado interesarse por ellos, le ofrece una fiesta, ¿no cabe suponer que procede de acuerdo con los príncipes y acaso por orden suya?

—¿Qué quieres indicar?

—Que pudo ser muy bien que los príncipes mismos ordenasen a Cabrera que os ofreciese el banquete.

—Tal vez; pero aunque así fuera, no vería en ello sino el cariñoso deseo de mis hermanos de agasajarme.

—Si así fuese, os habrían agasajado ellos mismos sin mediación de un tercero. Hasta hubiera sido más natural.

—También tienes razón.

—Luego queda demostrado que el banquete en cuestión tenía un fin particular y secreto, según el cual a los príncipes no les convenía pasar por sus organizadores, y se escudaron tras la oficiosidad de uno de sus más adictos partidarios.

Era verdaderamente admirable, modelo de astucia y malicia, cómo el de Villena, sobre hipótesis gratuítas, iba fundamentando conclusiones concretas que el pobre rey admitía por ciertas y probadas.

Según él, quedó por seguro que los organizadores del banquete fueron doña Isabel y don Fernando, valiéndose de Cabrera para mejor ocultar los fines que en la tal fiesta se proponían.

El ambicioso don Juan era un maestro consumado en el arte del sofisma, cuyas más alambicadas sutilezas conocía y manejaba con perfecto dominio.

—Fijados estos antecedentes—dijo—, vengamos ahora a los hechos, que son los más elocuentes. Resulta de ellos, y no habrá quien lo desmienta, que en el banquete en cuestión os sentísteis repentinamente enfermo.

—¡Ay, sí!—gimió el monarca débilmente—. ¡Extraña dolencia que ha estado a punto de costarme la vida!

—Vos mismo acabáis de decirlo, y con ello lo habéis dicho todo: dolencia extraña.

—¡Muy extraña!

—Y misteriosa; vuestro médico de cámara, a pesar de toda su ciencia, no la ha sabido determinar.

—No, y me sorprende.

—Antes de asistir al banquete, gozábais de perfecta salud.

—Excelente.

—Vuestro buen estado no se alteró hasta que hubísteis comido de algunos de los manjares y bebido de algunos de los vinos que se os ofrecieron.

—Sí...

—¿Y nada os indica esto?

—¿Qué quieres decir?

—La cosa es evidente, señor. Vuestra repentina e incomprensible enfermedad demuestra de un modo claro y terminante que algunos de los manjares o vinos que en el banquete os ofrecieron estaban envenenados.

Don Enrique lanzó un grito de espanto, y el de Villena añadió:

—Por eso el médico de cámara no ha sabido determinar vuestra dolencia. Hay tósigos, compuestos con el jugo de ciertas plantas y cuyo secreto conocen muy pocos, que esconden con los más opuestos síntomas sus destructores efectos.

Hubo una breve pausa.

Incorporado en el lecho, don Enrique miraba en torno suyo con terror.

Nunca como en aquellos instantes su cobardía revelóse con tan vergonzosa claridad.

Al fin desplomóse, diciendo con voz temblorosa:

—¡Envenenado!... ¡Sí, eso es, tienes razón!... ¡No puede ser otra cosa!... Porque yo estaba bueno y de

pronto me sentí morir... ¡Envenenado!... ¡Qué horror!...

Y se arrebujaba, aterrado, entre las ropas del lecho.

Don Juan creyó que debía tranquilizarle para que pudiera seguir oyéndole, y dijo:

—De todas suertes, Dios omnipotente veló por vuestra preciosa existencia, y los infames regicidas no lograron su criminal propósito. Sin duda por no haber absorbido cantidad suficiente de veneno para morir habéis salvado la vida.

—¿Lo crees así?—interrogó ansiosamente don Enrique.

—No hay más que miraros para convencerse de ello, señor. Los sanos colores de la salud vuelven a animar vuestro semblante.

Era todo lo contrario, pues el rey hallábase lívido como un difunto; pero estas palabras bastaron para reanimarle y destruir su miedo, y, respirando con satisfacción, murmuró:

—Dices bien. Por esta vez he vencido el peligro. ¡Dios me ha salvado! En acción de gracias, dispondré que en todas las iglesias de mis reinos se celebren solemnes funciones religiosas.

En otra ocasión cualquiera, Pacheco se habría reído seguramente de la necedad del pobre monarca; pero en aquella, atento sólo a su interés, conservó su gravedad y dijo:

—Bien está, señor, que gracias déis al Todopoderoso por el favor que os ha dispensado. Siempre fueron

la religiosidad y la fe virtudes características de vuestros egregios antecesores. Pero no basta esto.

—¿Qué más quieres que haga?—interrogó el rey—. Dispuesto estoy a todo. Dotaré conventos, me impondré penitencias, edificaré ermitas...

—Pues que en el mundo estáis, ocupaos más de sus cosas que de las del cielo. Cumplid con Dios como es debido, pero a la vez, castigad como merecen a vuestros envenenadores.

—¡Si yo supiera quiénes son!...

—¿Lo dudáis aún? ¡Los príncipes!

—¿Eh?

—Pues que por indicación suya Cabrera os ofreció el banquete, ¿con qué otro intento pudo ser que con el de envenenaros?

—¡Es verdad!

—Así, con vuestra muerte, apresuraban el momento de usurpar a vuestra hija la princesa doña Juana el trono.

—Tienes razón.

—A ello debió animarles la adhesión de muchos nobles, que les defienden y admiran porque ignoran su perversidad; luego contra los príncipes vuestros hermanos debéis proceder, empezando por desenmascararlos, para que sus parciales reconozcan su infamia y los abandonen. Así, a la vez que os vengáis de ellos, cumplís vuestros deberes de padre, asegurando la sucesión de vuestra hija al trono.

¡Y pensar que el que así hablaba era el mismo que había ofrecido a doña Isabel el trono que entonces intentaba arrebatarle y que ella rechazó!

A partir de aquel instante, Don Enrique no tuvo ya voluntad propia.

Se entregó completamente a la de su favorito.

—¿Qué me aconsejas que haga?—preguntóle.

Y Pacheco le expuso el plan que al efecto llevaba estudiado.

El rey le aprobó sin discutirlo.

—Encárgate tú mismo de su realización—díjole—. Nadie me merece tan absoluta confianza. ¡Sufran los traidores el castigo de su crimen y vuelve tú a ser el escudo de mi persona y de mi autoridad, con tu valor y tus sabias advertencias!

Hasta casi le pidió perdón por lo que había hecho, conviniendo en que fué una traición a la lealtad de su súbdito.

El de Villena triunfó en toda la línea.

Permaneció junto al rey hasta que empezó a clarear el día.

Entonces le besó la mano y se despidió de él, diciéndole:

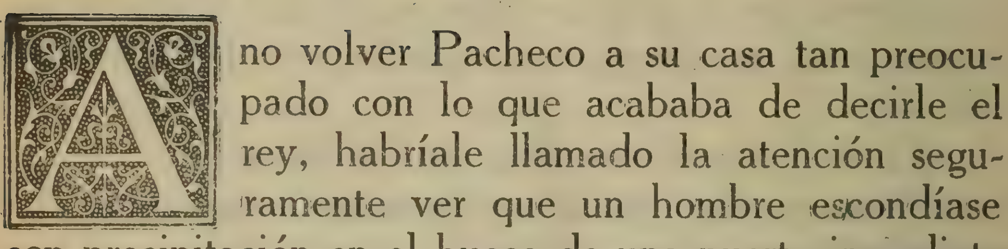
—Para el buen éxito de las órdenes que me habéis dado, conviene que siga ignorándose mi presencia en Segovia. Corro a prepararlo todo, y yo os juro que muy pronto quedaréis vengado.

Retiróse gozoso de la regia cámara y salió del alcázar sin que le viesen más que los que le facilitaron la entrada y en los que tenía confianza absoluta.



CAPITULO VII

El amor por medianero.



A no volver Pacheco a su casa tan preocupado con lo que acababa de decirle el rey, habríale llamado la atención seguramente ver que un hombre escondíase con precipitación en el hueco de una puerta inmediata al él acercarse.

Aquel hombre hablaba con alguna persona asomada a uno de los más altos ventanales del palacio del de Villena; pero tampoco de esto se dió cuenta don Juan.

El marqués entró en su casa, cuya puerta volvió a cerrarse tras él, y entonces el que se había escondido salió de nuevo al centro de la calle, murmurando contrariado:

—¡Mal haya el importuno que a interrumpirme ha venido en lo más sabroso de mi amorosa plática! A no ser quien era, comprender hubiérale hecho su inoportunidad castigándola; pero con el de Villena no me atrevo. No porque le tema a pesar de su poderío; pero

de la suerte de mi Zoraida dispone, y vengar podría en ella mis ofensas si nuestros amores descubriese.

Y acercóse de nuevo a los muros del palacio, añadiendo:

—Daré a mi bien el último adiós de despedida, y mis ansias amorosas contendré hasta mañana noche, en la que de nuevo hallaré ocasión de desahogarlas.

No le fué posible satisfacer su deseo, pues el ventanal al que antes se asomaba la dama de sus pensamientos, hallábase herméticamente cerrado.

Mas no se desanimó por ello el enamorado galán.

—Esperaré—se dijo—, pues no creo que de este modo ella de mí se despida. Alguna razón imprevista le habrá obligado a retirarse, pero volverá en cuanto esa razón desaparezca.

Y comenzó a pasear, con la mirada fija en el ventanal, al que esperaba ver asomarse de nuevo el rostro hermoso de su amada.

Comenzaba ya a despuntar el día.

A la débil luz del amanecer pudo verse el rostro del galán, oculto antes por el embozo de su tabardo.

Era el poeta don Diego de Zabala.

Su presencia en aquel sitio nos ahorra prolijas explicaciones, pues demuestra cumplidamente que al fin había hallado modo de entenderse con Zoraida, la cual correspondía a su amor.

Durante la ausencia de Pacheco, muchas noches, burlando la vigilancia de Alí, la mora que habló por aquella ventana con el poeta, Pacheco volvió y las amorosas entrevistas continuaron, aunque con más precauciones.

Pasó largo rato; era ya día claro y don Diego disponíase a regresar a su alojamiento, resignándose a no despedirse de su amada, cuando se abrió el ventanal y apareció en él la mora.

El poeta lanzó una exclamación de alegría y fué a saludar la aparición con una amorosa frase; pero Zorida lo impidió, diciéndole:

—¡Pronto! ¡No tengo tiempo más que para haceros un importante encargo! Si de veras me amáis, como decís, ejecutad lo que a ordenaros voy. Tomad este pliego y hacedlo llegar lo antes posible a manos de la princesa doña Isabel, sin que ella sepa quién se lo envía. ¡Juradme por nuestro amor que haréis lo que os ordeno y que a nadie ni aun a la princesa revelaréis que de mí parte esta orden!

—¡Lo juro!—respondió Zabala sorprendido.

—Pues tomad, y hasta la noche.

Y dejando caer a sus pies un arrollado pergamino, desapareció cerrando la ventana.

—Aguardad, oíd—dijo Zabala.

Mas viendo que todo era inútil, pues su amada había desaparecido, quedóse con el pergamino en la mano, pensando:

—¡Cosa más particular!... ¡Zoraida en relaciones con la princesa! ¿Qué quiere decir esto?

Fácil es suponer a lo que aquello obedecía.

Como de costumbre, al volver a su casa Pacheco evocara los espíritus para que le indicasen el medio de mejor ejecutarlos.

La mora enteróse de este modo de los proyectos de

don Juan, y consideró necesario avisar de ellos a la princesa, para destruirlos.

Pero Tarsio, su instrumento para tales avisos, no estaba en el palacio.

Hallábase ausente, en cumplimiento de órdenes reservadas de su señor.

El asunto urgía, y la mora, no sabiendo de quién valerse, pensó en don Diego.

—Es bueno, me ama y se interesa por doña Isabel —pensó—. No me hará traición y callará si así se lo exijo.

No vaciló más.

Escribió rápidamente en un pergamino algunas líneas e hizo lo que hemos visto.

La perplejidad del poeta duró poco.

—Sea lo que sea—díjose—, he prometido a mi amada complacerla, y debo cumplirle mi ofrecimiento. Tregua demos, pues, a la curiosidad, hasta que ella a la noche me explique este misterio.

Y guardando el pergamino, alejóse en dirección a su alojamiento.

Zabala no era ya el huésped y protegido de doña Leonor, pues, como dijimos, ésta desapareció de Segovia una vez realizada su venganza, con lo que el poeta se vió en la calle con su escudero, en situación los dos no muy envidiable. Bien era verdad que don Diego, después de lo ocurrido, no hubiese seguido aceptando la protección de la de Padilla. Condenaba lo hecho por su protectora con don Tomás y la pobre Teresa, y, a tener ocasión para ello, habríaselo reprochado duramente, sin consideración a los favores recibidos. Pero

no hay mal que por bien no venga, y lo que don Diego pudo considerar una desgracia fué para él una suerte. Obligado por la necesidad, aguzó el ingenio y comenzó a escribir, al precio que querían pagarle, sátiras para amantes despechados, letrillas para enamorados felices y madrigales para pretendientes tímidos. Pronto tuvo de todo ello abundante pedido, lo que le permitió hospedarse con su escudero en un mesón, donde estaba mejor que en el zaquizamí de su antigua protectora, aunque la compañía de arrieros y trajinantes no fuese la más adecuada para invocar a las musas, pidiéndoles que le honraran con su visita.

Cerca ya de su albergue, donde su escudero debía esperarle, inquieto por su tardanza, don Diego detúvose exclamando:

—¡Necio de mí! ¡Zoraida encargóme que este pergamino hiciese llegar a manos de la princesa lo antes posible, y a dormir me voy tranquilamente, dejando para después el cumplimiento del encargo!... ¡Famoso modo de probar a mi amada mi empeño en servirla!

Y retrocediendo en su camino, tomó el del alojamiento de los príncipes.

Iba pensando:

—No es oportuna la hora para presentarme a sus altezas, ni sé si me recibirán, puesto que no me conocen; pero diciendo que estoy encargado de una misión importante y urgente, puede que logre llegar hasta ellos.



CAPITULO VIII

Por cumplir un encargo.



ESDE el regreso de don Fernando, doña Isabel abandonó las habitaciones que ocupaba en el alcázar, junto a su hermano, y se instaló con su esposo en vivienda aparte, para ellos convenientemente alhajada.

Allí estaba más en libertad para recibir a sus partidarios, muchos de los cuales no transigían sino en apariencia con don Enrique.

Mientras duró la gravedad de la dolencia del monarca, los príncipes instaláronse de nuevo en el alcázar; pero desaparecida la inminencia del peligro, volvieron a su alojamiento.

Por causa de ellos, aunque involuntaria, Cabrera y su esposa hallábanse separados, pues mientras el primero permanecía junto al rey, en el alcázar, como alcaide de éste, doña Beatriz no quiso separarse de la princesa, la cual no sabía pasarse sin su compañía.

Al alojamiento particular de los príncipes fué, pues,

adonde se encaminó don Diego para dar pronto cumplimiento al encargo recibido de Zoraida.

Su mismo amor imponíale aquella premura.

Como don Diego temía, los encargados de velar por la seguridad de sus altezas estorbáronle el que pudiese llegar hasta los príncipes.

En vano fué que dijese:

—Me ha sido confiada una importante misión para la princesa.

—¿Por quién?—preguntábanle.

Y como habíase comprometido a callar el nombre de Zoraida, quedábase sin saber qué responder.

Además, dudaba, y con razón, de que el nombre de una mora, para todos desconocida, le abriese las puertas que se cerraban a su paso.

Al ver su desesperación, decíanle:

—Volved más tarde, a la hora en que su alteza conceda audiencia a todo el que la solicita.

Pero para ello había que esperar hasta después de medio día.

Además, alguien añadió:

—Probable es que no haya hoy audiencia, como no la ha habido en días anteriores, pues doña Isabel irá seguramente al alcázar a enterarse por sí misma del estado de su hermano, nuestro rey y señor, que Dios guarde.

—¡Pues me divierto si tal hace y no consigo verla! —pensó Zabala—. ¿Cómo me presento yo esta noche a la que adoro para decirle que no he cumplido su encargo?

En la contrariedad producida por las dificultades

y los obstáculos con que tropezaba, don Diego tuvo una excelente idea.

—Paredes goza de gran privanza con los príncipes—pensó—, y él puede hacer llegar a manos de doña Isabel el pergamino de Zoraida. Poco importa que no sea yo mismo el que se lo entregue, con tal de que lo reciba.

Y corrió presuroso a casa de don Rodrigo.

Este dormía aún.

—Despertadle—dijo el poeta a la servidumbre— y anunciadle que deseo verlo en seguida para un asunto de la mayor urgencia.

Obedeciéronle, y sorprendido quedó Paredes al recibir el anuncio de la visita de don Diego.

No se le ocurrió otra cosa que pensar:

—¿Vendrá a traerme noticias del paradero de mi hermano?

Zabala era uno de los que mayor interés habían mostrado en descubrir el paradero de don Tomás y Teresa.

Una vez en presencia de don Rodrigo, el poeta díjole, sin saludarle siquiera:

—¿Os es posible llegar hasta la presencia de su alteza doña Isabel a cualquier hora?

Sorprendido por la pregunta, Paredes contestó:

—Si la urgencia e importancia del caso lo requieren, hasta la princesa puedo llegar siempre que me convenga.

—Acertado anduve al venir en vuestra busca.

—¿Qué deseáis?

—Que a doña Isabel entreguéis inmediatamente este pergamino.

—¿De parte de quién?

—No puedo decíroslo.

—¿Cómo?

—Conviene que en su poder lo tenga cuanto antes; no puedo daros más explicaciones.

Como era natural, don Rodrigo formuló algunas preguntas; pero todas quedaron sin respuesta.

Zabala se limitó a decir:

—Creo que se trata de prestar a doña Isabel un gran servicio; pero no puedo pronunciar el nombre de la persona que a ella me envía; me ha sido prohibido. Puesto que hasta ella no puedo llegar yo, entregadle vos el pergamino; es igual.

Paredes reflexionó.

De la lealtad del poeta y de su adhesión a los príncipes, no cabía dudar.

Habíalas demostrado en varias ocasiones.

Luego no había que temer de él una traición ni un engaño.

Convencido de ello don Rodrigo, díjole:

—El pergamino guardad y espacio concededme para que me vista. A la presencia de su alteza os conduciré, y así vos cumpliréis el encargo que para ella habéis recibido.

Era más de lo que don Diego esperaba; accedió, pues, diciéndose, satisfecho:

—No dirá Zoraida que no he sabido cumplir su encargo.

Vistióse don Rodrigo, y juntos encamináronse los dos caballeros al alojamiento de los príncipes.

A Paredes le fué permitida sin dificultad la entrada, y, gracias a ir en su compañía, don Diego entró también.

Como de costumbre, doña Isabel había madrugado mucho y hallábase en su oratorio, entregada a sus oraciones.

También habíase levantado ya don Fernando, y en su cámara despachaba con sus secretarios.

Aunque ausente de Aragón, interesábanle sobremanera los negocios del reino que, en fecha no lejana, había de ser suyo, y casi diariamente escribía a su padre, tratando de tales asuntos.

Doña Beatriz fué la encargada de anunciar a la princesa la visita de Paredes, y comprendiendo doña Isabel que de algo muy importante debía tratarse, se apresuró a recibirle.

Después de saludarla con el debido acatamiento, don Rodrigo solicitó su venia para presentarle un caballero encargado de una misión urgente cerca de ella.

Su alteza consintió en recibirle, por reconmendárselo un tan fiel servidor como Paredes, y Zabala penetró, tembloroso, en la cámara de la princesa.





CAPITULO IX

La lectura del pergamino.

Hincada una rodilla en tierra, don Diego presentó a doña Isabel el mensaje de Zoraida, diciendo:

—Encargado hanme, señora, hacer llegar a vuestras manos este aviso; y por venir de quien viene el encargo y ser a vos a quien se destina, apresurado héme a obedecer, agradeciendo al cielo que esta ocasión me brinde para ofreceros el homenaje de mi respeto.

Halagaron estas palabras a doña Isabel, la cual repuso:

—Si por caballero para mí de tanta estima como el noble don Rodrigo de Paredes, aquí presente, introducido a mi presencia no hubiéseis sido, vuestras razones bastado hubieran para que os dispensase la acogida que merecéis, pues brillan en lo que dicho habéis la discreción, la lealtad y la nobleza. Alzad y otor-

gadme desde hoy el placer de veros frecuentemente cerca de mí, como cumple a los que interés me muestran y gratitud merecen.

Con cuyas frases quedó Zabala más que pagado de cuantas molestias habíase impuesto por cumplir la misión que le encargara Zoraida; pues aparte de que siempre se oyen con gusto los elogios, en labios de personas de regia estirpe suenan mejor, porque son indicio y promesa de protección provechosa.

Apenas tomado hubo doña Isabel el pergamino en sus manos y vió la letra con que escrito estaba, lanzó una exclamación, diciendo:

—¡Cielos! ¿Qué es lo que a ver alcanzo? ¡La misma letra de los misteriosos avisos que siempre recibo con rara oportunidad! ¡Al fin, sabré quién me los envía!

Y preguntó al poeta:

—¿De parte de quién me traéis este mensaje?

Esperaba don Diego esta natural pregunta; así fué que respondió sin vacilar:

—Perdonad, señora, si deciros no puedo lo que me demandáis. En esto, como en todo, fuera para mí placer muy grande obedeceros; mas advertido hanme que ocultara precisamente lo que saber queréis.

—¿Conque el nombre no consentís en decirme de la persona que este mensaje me envía?

—¡No puedo!

—¿Aunque yo os lo mande?

—Con todo el dolor de mi corazón, tendré que desobedeceros.

—¿Aunque yo os lo suplique?

—Con todo el pesar de mi alma, tendré que descontentaros.

—¡Extraña terquedad, por vida mía!

—Bien sabéis, señora, a lo que un juramento obliga.

—¿Y jurado habéis no decirme lo que os pregunto?

—Ni a vos ni a nadie.

—En ese caso, vuestro juramento respeto y no insisto; pero creed que es para mí una verdadera contrariedad vuestra negativa, y que razón no hallo para tanta reserva.

—Yo tampoco—pensó para sí Zabala, quien juzgaba que, si Zoraida proponíase hacer un favor a la princesa, como parecía, lo más cuerdo hubiera sido descubrirse a ella para alcanzar los beneficios de su gratitud.

Con el pergamino en la mano, doña Isabel habíase quedado inmóvil y pensativa, y a tal punto llegó su preocupación, que Paredes no pudo menos de atreverse a preguntarla, inquieto:

—¿Qué tenéis, señora?

—Yo misma no lo sé—repuso ella—. Extraño pavor me asalta y la angustia oprime mi corazón.

Suspirando, agregó:

—Y no es sin motivo. Siempre que recibo un aviso misterioso de la persona cuyo nombre este caballero se niega a revelarme, es para prevenirme algún peligro; de modo que sus avisos son ya para mí anuncio de alguna desventura. Los agradezco, pues por ellos me he librado de muchas desdichas; pero los temo. Ya lo veis: mi mano tiembla, y romper no osa los sellos que este pergamino cierran. ¡Era yo tan dichosa! Logra-

do había la tranquilidad después de grandes luchas, y de nuevo me veo amenazada de perderla. ¡Cómo ha de ser! ¡Resignación y paciencia!

Y recobrando repentinamente su serenidad, que sólo por un instante había perdido, rompió los sellos del pergamino y leyó el contenido de éste para sí sola.

A medida que leía, los dos caballeros notaban cómo iba demudándose su rostro, hasta reflejarse en él la indignación y el espanto.

Acabó la princesa de leer, y desplomándose en un sillón, murmuró, con amargura:

—¡Qué infamia!

No dijo más; pero, por su aspecto, los que la contemplaban comprendieron que debía tratarse de algo muy grave.

No se atrevieron a interrogarla, y permanecieron silenciosos.

Pasados unos instantes, don Diego atrevióse a decir, tímidamente:

—Pesar me causa, señora, haber sido portador de nuevas que de tal modo os impresionan. Quisiera haberos traído noticias que os fuesen gratas.

—Si no lo son, no es culpa vuestra ni de la persona que me las envía—contestó doña Isabel—, sino de quien mi mal procura por medio de recursos que la conciencia condena. Para vos y para la persona que por medio de vos me avisa el peligro que me amenaza, no hay en mí más que profundo reconocimiento. Por lo demás, preferible es decir la verdad, por desagradable que sea, a encubrirla con engaños que no evitan

ni alejan el mal, sino que, antes por el contrario, lo aumentan al ocultarlo.

—¿Peligro habéis dicho?—preguntó Paredes.

—¡Y grande!

—Pues en tal caso, la honra otorgadme de aceptar mi ayuda para defenderos de él.

—Y la mía—agregó Zabala.

Miróles la princesa cariñosamente, y contestó:

—Con ella cuento. De la ayuda de todos mis fieles partidarios necesito para salvarme de las asechanzas de la traición.

Había recobrado de nuevo su alteza la arrogante y majestuosa serenidad que le era propia.

Púsose de pie y dijo a Zabala:

—Ocultad en buen hora el nombre de la persona que este aviso me envía, puesto que, según decís, por medio de juramento os ha exigido que lo calléis. Un juramento es siempre sagrado, y yo respeto el vuestro y el secreto de quien os obligó a prestarlo; mas decid a esa persona de mi parte que ingrata no soy; que mi memoria, olvidadiza cuando de recordar ofensas se trata, es fiel cuando se trata de recordar favores; que agradecida en el alma estoy a sus oportunos avisos, los cuales me han librado siempre de grandes males; que, sea cuando sea y en la ocasión que fuere, si a mí se presenta y mi favor solicita, lo alcanzará cumplido, como muestra de mi gratitud. Asegurádselo así, no lo olvidéis.

—Vuestra voluntad cumpliré, señora—contestó el poeta, inclinándose humildemente.

—Y ahora, caballeros—añadió la princesa—, si

vuestra ayuda queréis prestar a mi defensa, como habéis dicho, y presenciar deseáis lo que aquí va a ocurrir en cumplimiento de este aviso, pasad a mi antecámara y esperad.

Inclináronse los dos en señal de acatamiento y obediencia, dióles ella a besar su mano, y salieron.

Encaminóse doña Isabel seguidamente a las habitaciones de su esposo para comunicarle lo que ocurría, y mientras tanto, Paredes averiguar procuró de don Diego lo que el misterioso aviso decía.

No pudo el poeta satisfacer la curiosidad de su amigo, pues ignoraba lo que éste quería saber.

Interrogóle don Rodrigo entonces acerca de la persona que el pergamino le había dado, y tampoco consiguió cosa alguna.

—Comprender podéis—respondióle Zabala—que si a las preguntas de su alteza no he contestado, tampoco a las vuestras puedo hacerlo. Y creed que me pesa, pues sería para mí motivo de satisfacción y orgullo publicar el nombre que callo.

No insistió el hermano de don Tomás, y con impaciencia esperaron los dos los acontecimientos, que prometían ser muy interesantes.

Don Diego pensaba:

—¡Quién sabe si la protección de doña Isabel podrá ser algún día muy provechosa a mis amores con Zoraida, cuya intervención en ciertos asuntos no hubiera sospechado nunca!



CAPITULO X

Precauciones.

TRABAJABA don Fernando con sus secretarios, cuando le sorprendió la presentación, sin previo anuncio, de su esposa la princesa.

Comprendiendo que algo extraordinario debía ocurrir. apresuróse a despedir a los que con él trabajaban, y apenas hubieron salido, preguntó:

—¿Qué pasa, Isabel?

Envolvióle la princesa en una mirada de ternura, y respondió:

—¡Ay, Fernando! ¡Que la traición nos acecha por todas partes, y de nada nos sirve, para prevenir sus golpes, cumplir en todo nuestros deberes con arreglo a nuestra conciencia!

—El que sus deberes cumple como la conciencia le dicta, nada que temer tiene ni de maldades ni de traiciones—replicó el príncipe—. Si el mal triunfa alguna vez, la justicia suprema da a cada cual su merecido, tarde o temprano.

—Esa creencia ha sido siempre mi esperanza y mi consuelo, y en ella he inspirado siempre mis actos todos. Pláceme que así me habléis, pues oyéndoos, mi espíritu se fortalece para las tremendas luchas que acaso se avecinan. ¡Suerte grande ha sido para mí hallar en vos un tan firme apoyo y un tan poderoso amparo! Nuestras almas, compenetradas en los mismos sentimientos de justicia, se animarán una a otra y una a otra se consolarán en los instantes supremos del peligro.

Y dejaba asomar a sus ojos el amor intenso que hacia su esposo sentía.

Condujo don Fernando a su esposa hasta un sitial, sentóse a su lado y díjole cariñosamente:

—Hablad, señora, que en ansia e inquietud me tenéis. Es para mí la dicha mayor y más preciada ver resplandecer en vuestro hermoso rostro la alegría, y nublado lo contemplo por el pesar; ved, pues, si mi angustia será grande y fundada.

—No os alarméis—apresuróse a contestar la princesa—, pues si bien es verdad que un gran peligro nos amenaza, también es cierto que de él tenemos noticia con tiempo bastante para prevenirlo. Y los peligros desconocidos son los que deben darnos miedo; de aquellos de los que somos avisados, nada tenemos que temer.

—Pero ¿a qué peligro os referís?—interrogó, impaciente, don Fernando.

—¿Recordáis, señor, que un día mis temores os participé de que la repentina dolencia de mi hermano fuese empleada como arma en contra nuestra por nuestros enemigos?

—Sí.

—Vos despreciásteis mis advertencias.

—No otra cosa debía hacer, tratándose de una tan gran injusticia.

—¿Ignoráis, acaso, que en el mundo hay muchos malvados, y que para los malvados la injusticia es ley?

—Y bien... Acabad.

—Ha llegado el momento que yo temía. Al rey han hecho creer que pretendimos envenenarle en el banquete que le ofreció Cabrera, y que su enfermedad no ha sido otra cosa que la consecuencia de nuestra frustrada tentativa de envenenamiento.

—¿Qué decís?

—Lo que escucháis.

—¿Y el rey ha podido dar crédito a tan infame impostura?

—Ya conocéis la debilidad de carácter de Enrique; es su mayor defecto, y, abusando de ella, la astucia le convierte en dócil instrumento de las más absurdas maquinaciones.

—Pero, ¿cómo habéis sabido...?

—Tomad y leed.

Y le entregó el misterioso aviso que acababa de recibir por conducto de Zabala.

Leyó don Fernando el pergamino, y una vez leído lo devolvió a la princesa, diciéndole:

—Mentira parece que crédito deis a una denuncia anónima. ¿Conocéis, acaso, a la persona que eso os escribe?

—No—respondió doña Isabel.

—¿Entonces...?

—Pero meréceme la misma confianza que si la conociera.

—Cuidado habed de no incurrir en la misma falta que en vuestro hermano reprocháis; pues al fin hacéis lo mismo que él hace, dando crédito a lo que al primer impostor se le ocurre deciros.

—No es igual. La persona que este aviso me envía, me ha enviado ya otros en distintas ocasiones, previniéndome peligros de los que gracias a su previsión he podido defenderme.

—¿Es eso cierto?

—Como lo oís.

—En ese caso, mayor atención merece su advertencia. Pero si tanto por nosotros se interesa, obligándonos con ello a la gratitud, ¿por qué se oculta?

—Tengo para mí que debe de ser persona allegada a alguno de los más importantes servidores de mi hermano, y querrá favorecernos sin comprometerse.

—Tal vez.

—Y en ese caso, como mejor podemos demostrarle nuestra gratitud es respetando su secreto.

Los dos quedáronse pensativos.

Don Fernando ya no dudaba. Acostumbrado a las intrigas palaciegas, todas las infamias las admitía como posibles. ¿Acaso a él mismo no habían tenido la audacia de acusarle como causante de la muerte de su hermano, el desgraciado príncipe de Viana, para usurparle de este modo sus derechos a la herencia del rey don Juan, su padre? Aquél era un caso parecido, tan semejante, que según como los sucesos se desarrollasen, la Historia podía llegar a juzgarles algún día

a él y a su esposa como usurpadores, mediante crímenes horrendos, de tronos en los que de otra suerte no se habrían sentado (1).

Teniendo en cuenta estas consideraciones, don Fernando hizo suyos los temores de su esposa, y le preguntó, cesando en sus objeciones:

—Y bien: ¿qué opináis que debemos hacer para precavernos del peligro que os avisan? No olvidéis que conviene proceder con cautela para que, si el temor es infundado, no se revele en forma que pudiera ser tenido como ofensiva desconfianza de vuestro hermano.

Como consecuencia de sus resoluciones, la servidumbre toda de los príncipes púsose en movimiento para ir a llamar con premura a cuantos nobles caballeros y magnates les seguían, siendo sus entusiastas partidarios. Todos acudieron sin demora al inesperado llamamiento, e iban reuniéndose en la antecámara donde aguardaban Paredes y el poeta.

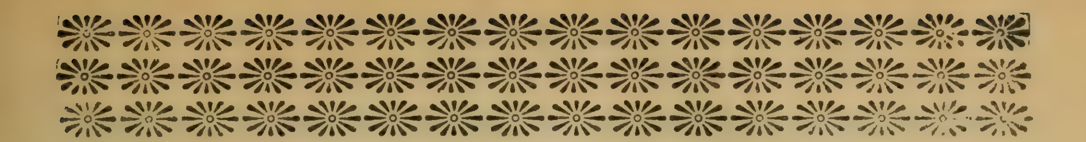
Viendo aquel movimiento, precursor de algo trascendental y extraordinario, Zabala decíase, con cierto orgullo:

—¡Y pensar que todo esto es debido a un aviso de la que adoro!

Con lo cual, halagado en su vanidad, sentía crecer su amor a Zoraida.

***

(1) No hay historiador que no haga constar de modo más o menos embozado, que Isabel y Fernando, los dos reyes más grandes de España, empuñaron el cetro injustamente; pues en justicia las coronas de León y Castilla pertenecían a la *Beltraneja*, como las de Aragón, Navarra y Sicilia al príncipe don Carlos. (N. del A.)



CAPITULO XI

Donde Pacheco ve destruidos una vez más sus planes.

A la hora del medio día, abriéronse las puertas de la cámara de honor de los príncipes, y entraron en ella los caballeros que habían ido acudiendo, precipitadamente llamados. Eran muy numerosos, y en todos ellos revelábase la curiosidad.

Creían llegado el instante de saber el motivo del llamamiento; pero se equivocaron, pues los príncipes limitáronse a recibirlos afectuosos.

De momento, nadie se atrevió a interrogar a sus altezas, temerosos todos de que su osadía fuese tomada por desacato; pero la curiosidad pudo más que todos los escrúpulos y todas las consideraciones, y un noble y poderoso caballero, en nombre propio y en el de todos los demás, habló de esta manera:

—Deber es en nosotros acudir obedientes al llamamiento de los que hemos reconocido y respetamos como nuestros señores; pero derecho nos da a la vez nuestra obediencia a saber en qué podemos servirles; así, pues, si dignos somos los presentes de su confianza, la merced otórguennos vuestras altezas de decirnos en qué y para qué nos necesitan. Prontos estamos, como siempre, a obedecer sus mandatos, sean los que sean.

Miráronse perplejos los príncipes, pues contestar no podían a estas razones, aun siendo justas y respetuosas.

La prudencia les imponía silencio y discreción.

Si el aviso de la mora mentía y no les amenazaba el peligro de que el rey les tuviera por sus envenenadores, sería inferir grave ofensa a don Enrique al propalar tales sospechas.

En vista de esto y de que era, al mismo tiempo, ineludible el dar una respuesta a la pregunta de los nobles, doña Isabel, después de consultar brevemente en voz baja con su esposo, dijo:

—El príncipe y yo suplicamos encarecidamente a nuestros buenos y leales amigos nos permitan demorar por ahora la explicación que nos piden a nuestro llamamiento. Será una prueba más de cariño y lealtad que de vosotros habremos recibido.

Con lo cual puso un freno a la curiosidad, y ya nadie osó formular nuevas preguntas; pero también las palabras de la princesa fueron causa, al mismo tiempo, de que en todos creciese la impaciencia por saber lo que sucedía.

Mirábanse unos a otros como preguntándose la causa

de aquel misterio, y ansiaban más que nunca conocer su explicación.

***

Oyóse en esto gran rumor en las antecámaras y un ugier anunció:

—El excelentísimo señor don Juan Pacheco, gran Maestre de Santiago.

Miráronse sorprendidos todos los presentes, pues ignoraban que el de Villena estuviese en Segovia, y doña Isabel les sonrió, como diciéndoles:

«Ahora se aclarará el misterio y sabréis para lo que os he llamado.»

—Bien venido sea el noble Pacheco a nuestra casa—dijo don Fernando—. Recíbasele con los honores que por su elevada jerarquía le corresponden.

Y ocupó con su esposa el estrado, que a manera de trono, levantábase en el testero principal del salón.

Salió el ugier y volvió a poco guiando a Pacheco, al cual escoltaban algunos hombres del servicio de los príncipes, como prueba de consideración y respeto al noble visitante.

Seguíanle luego numerosos hombres de armas de la casa real y de la suya propia, lo cual hacía su visita en extremo extraña, pues sólo a los reyes, en contados casos, érales permitido visitar una casa con tan numerosa escolta.

Aquello, más que visita, tenía todas las apariencias de un asalto.

Apreciáronlo así los nobles presentes y comenzaron a sospechar para lo que habían sido llamados.

Sin duda para evitar algún desmán del de Villena, el cual no era la primera vez que atentaba contra la libertad de los príncipes y especiamente de la princesa, apoyado por la debilidad indulgente del monarca.

***

Asombrado mostróse don Juan al ver tanta gente allí reunida, y por más esfuerzos que hizo no pudo dominar su contrariedad.

Su objeto no era otro que apoderarse por sorpresa de los príncipes, con la escusa de la supuesta tentativa de envenenamiento.

Una vez en su poder, pondríalos a buen recaudo, y aunque sus partidarios intentasen salvarles, no sería fácil que lo consiguieran.

Así habíalo acordado con el rey la noche anterior.

Pero la presencia de tantos nobles caballeros echaba por tierra sus propósitos.

Sabía muy bien que los nobles no habían de permitirle ejecutar sus designios, ni aún escudándose con la autoridad del monarca, y aunque le seguían numerosos hombres armados, no contaba con fuerzas suficientes para empeñar una lucha de dudosos resultados.

Además, la violencia hubiese sido peligrosa, pues hubiera podido provocar una guerra civil.

Sin la presencia de tantos caballeros, el caso habría sido muy diferente.

Solos los príncipes, se habría apoderado de ellos sin gran resistencia, y luego ellos mismos hubiéranle servido de escudo contra sus partidarios, amenazando a éstos con vengar en ellos sus desmanes.

Pero encontrábalos rodeados de los más valientes y atrevidos de sus defensores, y no acertaba a expicarse el motivo al que aquella reunión obedecía.

Quedóse, por lo tanto, sorprendido, perplejo, sin atreverse ni aún a avanzar y sin saber qué decir para salir del paso.

La situación no tenía para él nada de airosa; los nobles mirábanle con burlona curiosidad y el ambicioso magnate comenzaba a arrepentirse de sus manejos, que en tales compromisos le ponían.





CAPITULO XII

La humillación de un malvado.

SIN perder un instante la serenidad, volvióse doña Isabel a su esposo y díjole en voz baja:

—¿Os convencéis, al fin de que el misterioso aviso era fundado? La presencia de Pacheco y la gente de armas que le sigue os lo demuestran.

—Razón tenéis—respondióle en el mismo tono don Fernando—, y de hoy en adelante los avisos secretos de vuestro misterioso protector me merecerán fe ciega. Gracias a él hemos podido conjurar un gran peligro.

Dirigiéndose al de Villena, díjole, con una calma y una afabilidad que no denunciaban en él el menor recelo:

—Acérquese el gran maestre y la causa exponga que nos proporciona el placer de tornar a verle. Todos los que nos acompañan tendrán en ello la misma satisfacción que mi esposo y yo.

Permaneció silencioso don Juan, y el príncipe añadió, con tono casi de broma:

—¡Por Dios que me sorprende vuestra actitud. Pacheco! Diríase que el temor o la sorpresa han enmudecido vuestros labios, ¿Qué teméis, cuando a prevención, sin duda, os habéis hecho acompañar por tantos hombres de armas? A fe que semejante compañía no comprendo y a desacato lo tomo. ¿Cuándo nadie necesitó tantas precauciones para llegar hasta nosotros? Ninguno que aquí entre puede temer nada por su libertad ni por su vida. Somos demasiado nobles para ser traidores, y hasta los enemigos hallarán en nosotros el debido respeto, si a nuestra hidalga rectitud se confían.

Había ido formalizándose a medida que hablaba, hasta adoptar un tono grave y severo, y terminó diciendo, con acento enérgico e imperativo:

—¡El objeto de vuestra extraña visita explicad! ¡Yo os lo ordeno! ¡Ya que no otras razones, el hallarme en mi casa me da derecho para exigíroslo!

Y como tras una breve pausa advirtiese que tampoco a estas palabras obtenía respuesta, exclamó colérico.

—¿Aún calláis?

Entre los nobles levantóse un sordo rumor.

Aquel obstinado silencio era un desacato al príncipe.

Contuvo doña Isabel a los caballeros con un ademán, y dijo a su esposo:

—No esperéis que Pacheco hable. Nuestra presencia ha bastado para convencerle de que el objeto que aquí le trajo es una injusticia, y confundido no acierta a sincerarse. Más como lo que él calla es necesario que de todos sea conocido, para que todos den la razón al que la tenga, yo hablaré por él, diciendo lo que él no se atreve a decir.

—¿Vos, señora?—exclamó, al fin, don Juan, dejándose llevar de su asombro y avanzando algunos pasos.

—Sí, yo, ¿qué os admira? Pruebas tenéis, Pacheco, de que en más de una ocasión he descubierto a tiempo de defenderme de ellos, los planes fraguados contra mí por la envidia, la ambición y la maldad; y es, que aunque algunos lo duden, existe una Providencia justa, que vela por los inocentes. Pues esa Providencia me ha salvado una vez más, revelándome vuestros designios. Oidme y os convenceréis.

Dirigiéndose a los demás, añadió:

—Oidme también vosotros, señores, y sabréis la mayor infamia y la calumnia mayor que han podido inventar la traición y la malicia.

Vibraba imponente la voz de la princesa, y su actitud era arrogante, majestuosa.

El mismo don Fernando contemplábala con admiración y respeto.

Parecía transfigurada.

Su rostro siempre apacible alterábalo la indignación, y en sus ojos, siempre dulces, centelleaba la cólera.

—Vosotros todos sabéis—dijo—, el amor que siempre tuve a don Enrique, como a hermano, y el respeto que siempre le rendí, como a mi rey. Jamás hallaron acogida en mí la rebelión y la desobediencia; nunca me presté a servir de escudo y amparo a los descontentos de su autoridad, y si alguna vez me puse en frente de él, fué en defensa de mis derechos legítimos y sagrados. Así lo reconoció él mismo públicamente brindándome una reconciliación que acepté alborozada, y a partir de la cual no le he dado pruebas de otra cosa que de sumisión y afecto.

Todos los presentes asintieron a estas palabras, y el

mismo don Juan, no sabiendo que responder a ellas, permaneció con la cabeza baja y silencioso, cual si se sintiera anonadado.

—Todos los presentes sabéis también—prosiguió la princesa—el dolor de mi esposo y el mío por la repentina y extraña dolencia que ha puesto recientemente en grave peligro la preciosa vida de mi hermano, nuestro rey, que Dios guarde; las demostraciones de sincero interés que con tal motivo le hemos dado y el orgullo y la satisfacción con que podemos decir que nuestros solícitos cuidados han contribuído a arrancarle de las garras de la muerte, dando con ello por bien empleados todos nuestros esfuerzos y sacrificios.

Detúvose un instante y luego añadió:

—Pues bien; después de todo lo expuesto, ¿sabéis de lo que se nos acusa a Fernando y a mí? De haber intentado envenenar a don Enrique en el banquete que le ofreció Cabrera y en el cual el rey sintióse repentinamente enfermo.

En los nobles levantóse un sordo murmullo de indignación.

—Sí, amigos míos—continuó doña Isabel—. De crimen tan horrendo se nos acusa, con el pretexto de que de esta manera pretendíamos ocupar el trono de Castilla antes de que Dios así lo disponga. Así se lo han hecho creer a don Enrique, y don Juan Pacheco se presenta hoy en mi casa seguido como veis de numerosa escolta, para apoderarse de mi esposo y de mí, por orden del rey, como supuestos envenenadores. Señor marqués de Villena, ¿os atreveréis a negar lo que digo?

Antes de que don Juan contestara, los nobles desenvainaron sus aceros y agrupáronse en torno de los príncipes para defenderles, gritando:

—¡Calumnia!... ¡Infamia!... ¡Traición!...

Al ver la actitud de los caballeros, Pacheco retrocedió.

—Nada temáis—dijo doña Isabel conteniéndole—. Estáis en mi casa, en nombre del rey venís y vuestra vida es sagrada.

Dirigiéndose a sus partidarios añadió:

—Vuelvan los aceros a sus vainas, amigos míos, que no es llegada aún la hora de que los esgrimáis en mi defensa, y Dios haga que nunca llegue. Nuestra inocencia se impone y se defiende por sí sola, y sólo he querido que la acusación sepáis, para que en justicia nos juzguéis. Vosotros, modelo de hidalguía y de nobleza; vosotros, en quienes la rectitud encarna y en quienes la mentira no hallaría abrigo; vosotros que nos conocéis, como nosotros os conocemos, ¿nos creéis capaces a mi esposo y a mí del crimen de que se nos acusa?

—¡No!—respondieron a una los nobles.

—¿Dudáis de nuestra inocencia?

—¡No!—repitieron.

Y aunque envainaron sus espadas, continuaron agrupados en torno de los príncipes, prontos a desenvainarlas de nuevo al menor asomo de peligro.

—¡Pues vuestra opinión me basta!—exclamó la princesa—. ¡No necesito someterme al fallo de otro tribunal que el de vuestras conciencias!

Y dijo á Pacheco:

—Ya lo oís. Id a decir a mi hermano la indignacción producida por la calumnia que él tan fácilmente acogió, debiendo ser el primero en rechazarla. Y si os atrevéis, intentad cumplir la orden que aquí os trae; pero, si tal hacéis... ¡temblad por lo que suceder pueda!

A la cólera, uníase en Pacheco el asombro.

¿Cómo estaban los príncipes tan enterados de todo y cómo pudieron precaver y evitar el golpe por él con tanta astucia y tanto sigilo preparado?

Era cosa que no se explicaba.

No había ya que pensar en apoderarse de los príncipes.

Era imposible.

Sus partidarios les defendían y tras sus partidarios pondríase de parte suya la opinión toda.

Intentarlo hubiese sido provocar un conflicto de terribles consecuencias.

Pero por otra parte él no quería cargar con la responsabilidad de aquel mal paso, y pretendiendo echarla toda sobre otro, dijo:

—Cumplo órdenes recibidas de mi rey y señor...

Doña Isabel no le dejó proseguir.

—¡Callad!—le dijo severamente—. ¡No el nombre de vuestro rey pongáis en los labios para ofenderle! don Enrique es incapaz de concebir por sí solo una infamia semejante; sus sentimientos son más generosos, y la culpa es toda de quien, abusando de su debilidad, tales ideas le sugiere.

Con tono pausado, como para que sus palabras produjesen más efecto, agregó:

—Cuando ayer Fernando y yo nos despedimos de mi hermano, Enrique no dudaba de nosotros; la gratitud por nuestras demostraciones de cariño inspiróle frases que nos conmovieron y que grabadas quedaron en nuestros corazones. Después, a las altas horas de la noche, un hombre

entró misteriosamente en la cámara real, y celebró con el monarca larga y reservada conferencia. Aquel hombre érais vos, Villena, y desde que con vos habló, la desconfianza despertóse en el alma del rey; luego vos fuísteis el que su desconfianza despertásteis y vos sois el único responsable de la injusticia que se proponía hacer.

El asombro de don Juan convirtióse casi en espanto.

¿Cómo sabía la princesa lo que él habló con don Enrique, si nadie escuchó aquella conversación?

No pensó siquiera en una traición de Zoraida, a la que repitió todo lo que con el rey había hablado.

Tuvo el caso por sobrenatural y prodigioso y esto aumentó su confusión.

Como para más trastornarle, doña Isabel díjole, con más amargura que enojo:

—¿Es posible, Pacheco, que vos un noble, inventor seais de tan miserables calumnias? Si todos los nobles de estos reinos tal hicieran, ¿en qué se diferenciarían de los villanos? Mirad a cuantos os rodean: son nobles como vos y no os ceden en grandeza y jerarquía. Pues todos desenvainaron sus espadas, prontos a castigar la infamia por vos inventada. ¡Esa es la verdadera nobleza, la que defiende la justicia, no la que la ataca!

No tuvo aún bastante, y agregó:

—Todos tendrían más derecho que vos a suponerme ansioss de ocupar el trono de Castilla, porque vos un día, el día mismo de la desgraciada muerte de mi hermano don Alfonso, fuísteis a ofrecerme ese trono y yo lo rehusé, ¿os acordáis? Pues si en mí hubiese la ambición que habéis osado suponer, ¿qué otra cosa habría tenido que hacer que aceptar los ofrecimientos que me hicísteis? Conta-

ba con numerosos partidarios, vos me brindábais la ayuda de esforzados y entusiastas campeones, el poder real vacilaba y acaso a estas horas en la lista de los monarcas de Castilla figuraría ya el nombre de la primera Isabel. Me negué, sin embargo, a vuestras repetidas excitaciones, y gracias a mi negativa mi hermano afirmóse en su trono vacilante. Y a la que tal hizo y semejante prueba de desinterés dió, ¿os atrevéis a suponerla capaz de llegar por la ambición del crimen? Vuestra injusticia reconoced y que Dios os la perdone como os la perdono. Bien castigado estáis de ella con la humillación que sufrís. Y ahora salid, Pacheco. Id a repetir al rey lo que de deciros acabo. ¡Despejad!

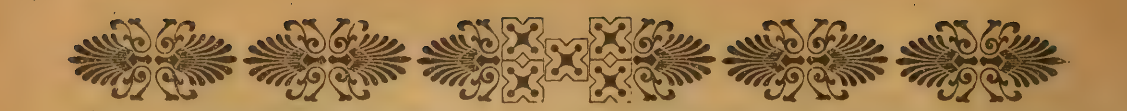
Iba el príncipe a hablar, pero su esposa le contuvo, diciéndole:

—Dejadle. Habed en cuenta que es inferior a vos y que hay ofensas que no merecen otro castigo que el desprecio.

Salió don Juan avergonzado, sin saludar siquiera; siguióle su numerosa escolta, y los nobles prorrumpieron en frenéticas aclamaciones, repitiendo una y otra vez:

—¡Vivan Isabel y Fernando!





CAPITULO XIII

La ambición de un favorito.



URIOSO y desconcertado llegó Pacheco a la presencia del monarca, el cual esperaba ansioso.

—¿Qué hay?—le preguntó en cuanto le vió entrar.

Y él respondióle:

—¡Traición, señor! ¡Nos han vendido!

—¿Qué dices?

—Los príncipes estaban advertidos de nuestros planes.

—Es posible?

—Y me recibieron rodeados de todos sus partidarios.

—¿De modo que no te has apoderado de ellos?

—¿Cómo intentarlo, siquiera?

—¡Maldición!

—Hubiera sido provocar un conflicto.

—¡Tuviste miedo!

—Por vos señor, por vuestra tranquilidad.

—Dices bien y cuerdamente obraste. Los partidarios de Isabel y Fernando son muchos.

—Y poderosos.

—¡Desde hoy los tendré en contra mía!

—Eso no debe preocuparos, pues fieles servidores tenéis que de ellos os defiendan.

—¡Oh, sí!

—Pero debe evitarse todo choque con ellos, para impedir el derramamiento de sangre.

—¿Crees que osarían luchar contra mí, desconocer de nuevo mi autoridad?

—¡Señor!...

—Tu respuesta es afirmativa, lo adivino.

—Tienen fe en los príncipes, y animados por ellos, serán capaces de todo.

—¡Otra vez la amenaza terrible de la guerra civil en perspectiva! ¡Otra vez mis rebeldes hermanos creándome conflictos y contrariedades y dando ejemplo de insubordinación y desobediencia!...

Y don Enrique inclinó la cabeza con abatimiento.

Pasados unos instantes, el rey lanzó un suspiro, diciendo:

—Cuéntame todo lo ocurrido. ¿Cómo pudieron mis hermanos descubrir tus planes?

—He ahí lo que no me explico, y solo puedo achacarlo a que algún traidor escuchó anoche cuanto hablamos—respondió don Juan.

—¿Crees que hay traidores en mi propio palacio?

—Sin duda.

—¡Que osan espiarme!

—Es evidente.

—¡Que se hallan vendidos a mis enemigos!

—Claro está.

—¡Y que si ellos les ordenan que me asesinen, no vacilarán en obedecerles!

El de Villena guardó silencio, lo cual era tanto como responder también afirmativamente a esta última suposición.

Presa del mayor espanto, el monarca añadió con voz temblorosa:

—¡Es necesario partir de aquí cuanto antes, trasladarme a lugar seguro, donde mi existencia se halle a cubierto de toda asechanza!

Pacheco sonrió imperceptiblemente.

—También acerca de eso quería hablaros—dijo.

—Dí. Tus consejos seguiré al pie de la letra, pues me convenzo de que por tus labios habla la lealtad.

—Pláceme que así lo reconozcáis.

—¿Qué opinas que debo hacer?

—Tiempo habrá para tratar de eso...

—No, ahora mismo. ¿Qué puede haber para mí más importante que ponerme en salvo, precaviendo de este modo los peligros que me amenazan? Dime sin tardanza tu parecer.

No deseaba Pacheco otra cosa, aunque aparentaba lo contrario para hacer entrar al rey más en ganas de que hablase.

Temía que mientras en Segovia estuviese, don Enrique continuara sometido a la influencia de los príncipes, contraria a la suya. Podían llegar a una nueva reconciliación y entonces estaba perdido.

Conveníale sustraer al monarca a todo influjo para hacérselo suyo exclusivamente, como ya había conseguido en otras ocasiones, convirtiéndolo en instrumento de su ambición.

El mismo facilitábale el modo de realizar su intento; así fué que respondióle:

—Creo, señor, que una vez repuesto de vuestra donlecia, lo cual será cosa de pocos días, debéis abandonar Segovia.

—Sí—asintió don Enrique—; eso cuanto antes, pues en Segovia está mi hermana y ella y su esposo podrían fraguar contra mí nuevas tentativas de envenenamiento.

—Por lo mismo...

—¿Y a dónde ir que esté seguro? He aquí lo difícil.

—Debéis trasladaros a donde el deber os llama.

—¿A dónde?

—¿No os lo dice vuestro corazón?

—Explícate.

—Debéis trasladaros a Madrid.

—¿Para qué?

—En Madrid está vuestra hija doña Juana, señor.

—¿Y qué?

—Después de lo ocurrido, ¿dudaréis aún de que vuestra hija debe ser la que os suceda en el trono?

—Tienes razón.

—Justo es, pues, que a vuestro lado la tengáis.

Reflexionó el rey, y al fin murmuró:

—Pero con la princesa doña Juana está su madre, y con ésta no transijo. Fuera en menosprecio de mi dignidad de hombre y de monarca, autorizar las locuras y liviandades de mi esposa.

—Duéleme no poder abonar la conducta de la reina—repuso Pacheco—saliendo en defensa suya; pero comprendo que tenéis razón: vuestra esposa...

—¡No me hables de ella!

—Mas hay un medio de conciliarlo todo.

—¿Cuál?

—Exigid a la reina que de Madrid se aleje y de su hija se separe.

—¿Crees que accederá?

—Y si no accede, ¿para qué os sirve vuestro poder? ¡Obligadla!

—Tiene también sus partidarios y los pondríamos en contra nuestra.

—Sus defensores son pocos y no debemos temerles. Y en fin, señor, que la reina, a pesar de todos sus defectos, que con dolor reconozco, es buena en el fondo y sobre todo es buena madre.

—¡Eso sí!

—Pues su amor de madre la hará ceder, comprendiendo que así asegura el porvenir de su hija. En bien de ésta, consentirá en alejarse de Madrid, dejando junto a vos a la princesa doña Juana.

—¿Quieres encargarte de esas negociaciones?

—Yo haré cuanto vos me ordenéis, señor.

—Pues entiéndete con la reina en mi nombre.

—Está bien. (1)

***

No estaba aún satisfecho don Juan, aunque mucho había conseguido, y aprovechó la ocasión para decir:

—Cuando en Madrid os halléis tranquilo, otro deber que cumplir tendréis con este vuestro humilde servidor.

---

(1) Carrillo dice en sus Crónicas: «Por su vivir deshonesto y liviano, que escandalizado tenía a todo el mundo, la reina fué obligada a separarse de su hija y a alejarse de Madrid, cuando a este punto dirigióse don Enrique desde Segovia.» (N. del A.)

—Dí que es ello—contestó el monarca—pues todo lo merece tu lealtad.

—Por vuestra real munificencia, investido fuí de la alta dignidad de gran Maestre de Santiago.

—Y bien...

—Pero aún en posesión no estoy de todos los feudos y acostamientos anexos a tan alta dignidad.

—No por mi culpa. Algunas villas y ciudades se han negado a reconocer tu autoridad...

—Lo cual es un ultraje a vos.

—Ciertamente.

—Pues por lo mismo, vuestra propia dignidad os ordena ponerme en posesión de lo que magnánimo me otorgásteis.

—Así lo haré.

—Para ello tendréis que hacer un viaje a Extremadura...

--Lo haremos juntos.

—Y ponerme en posesión de Trujillo, uno de los feudos más importantes del maestrazgo...

—¿Y no es más que eso lo que tienes que pedirme?

—Nada más.

—Cosas mayores has de demandarme en premio de tus buenos servicios, pues no es pedir gracia el reclamar justicia.

Inclinóse don Juan, para de este modo ocultar mejor su satisfacción, y fingiéndose muy conmovido, besó la mano a don Enrique.

—¡Qué leal es!—pensó éste—. Al menos sabe agradecer las mercedes que le otorgo.

Siguieron hablando y el de Villena refirió detallada-

mente, pero a su modo, cuanto en casa de los príncipes había ocurrido.

—La previsión de sus altezas en rodearse de sus partidarios, para no caer en mis manos—dijo—, claramente demuestra su culpabilidad; porque si inocentes fueran del crimen que se les imputa, ¿qué habían de temer? La inocencia no teme jamás. Confiada en sí misma se entrega tranquila, segura de que el fallo ha de serle favorable.

A don Enrique le pareció este razonamiento muy lógico y lo aceptó sin protesta.

Para más alejar el peligro de una nueva reconciliación, el astuto don Juan terminó diciendo:

—Conozco la bondad de vuestros sentimientos, señor, y seguro estoy de que si los príncipes se presentan a vos y os mienten alguna disculpa, los perdonaréis, volviéndolos a vuestra gracia.

—¿Crees que el atrevimiento tendrán de ponerse ante mi vista?—exclamó el rey.

—Lo espero.

—Si así fuera...

—Les perdonaríais.

—Te engañas, porque no les recibiré.

—¿De veras?

—Da tú mismo las órdenes necesarias para que les sea prohibida la entrada en el alcázar.

—Así lo haré.

—Que reciban esta pública muestra de mi enojo.

—Es justo.

—Y que todos les desprecien como yo les desprecio.

—La prudencia resplandece, como siempre, en vuestras determinaciones. Bien hacéis en lo que de decidir

acabais, pues si sus altezas a vos de nuevo se acercaran, sería para buscar modo de comprometer vuestra existencia con otras tentativas.

—¡No, no los veré más!

***

El de Villena salió, al fin, de la real cámara, gozoso y satisfecho.

Dió las órdenes oportunas, para que no les fuese permitida a los príncipes la eutrada, y se retiró a su casa.

Cabrera, alcaide del alcázar, al conocer las órdenes dadas por Pacheco, no se atrevió a creerlas.

Presentóse al rey y éste se las confirmó.

—Y agradece—díjole don Enrique—, que contigo no tome serias medidas, pues que en la tentativa de envenenamiento interviniste; pero te perdono habiendo en cuenta que no hiciste otra cosa que obedecer a los que tal infamia te ordenaron. De los príncipes son toda la responsabilidad y toda la culpa.

El esposo de doña Beatriz quiso sincerarse y defender a sus altezas; pero fué inútil, pues don Enrique no hizo caso de sus razones.

Quiso prevenir a doña Isabel y a don Fernando lo que ocurría, para que en el alcázar no se presentasen, y faltóle tiempo para ello, pues los príncipes encamináronse aquella misma mañana a visitar al rey, para justificarse ante él del crimen de que les acusaban.

Acompañábanles y seguíanles todos los nobles que con ellos estaban en su casa cuando se presentó Pacheco.

Al llegar a las puertas del alcázar negáronles el paso

y Cabrera presentóse para hacerles saber las órdenes reales.

Los nobles, dispuestos a todo, quisieron forzar la entrada; pero doña Isabel contúvoles, diciéndoles:

—Dejadlo. El rey se convencerá algún día por sí mismo de su error.

Y con su esposo y su séquito, regresó a su alojamiento.

Aquella noche, el poeta intentó inútilmente ver a Zoraida, para darle cuenta del desempeño de la misión que le había confiado.

Esperó hasta el amanceer sin ver asomar el hermoso rostro de la mora, al ventanal por el cual sostenían sus amorosas entrevistas.

Retiróse desesperado.

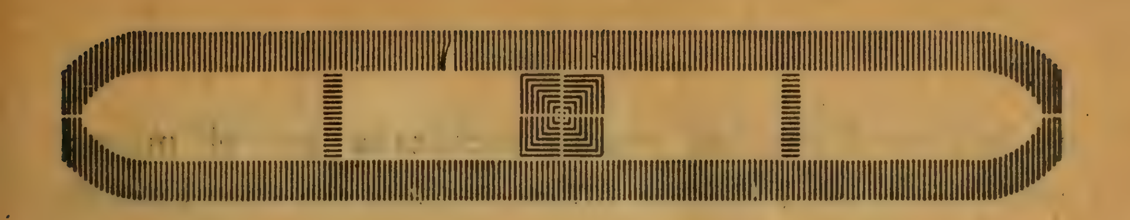
Lo mismo sucedió en la noche siguiente y sucesivas.

Era que Alí había descubierto las nocturnas entrevistas de su hermana con don Diego, y vigiló para impedirlas.

Pasados algunos días, el rey recobró la salud y trasladóse inmediatamente a Madrid, como tenía decidido.

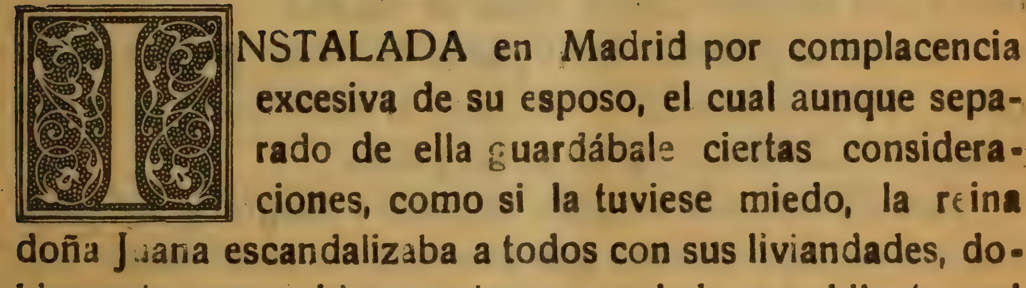
Pacheco partió con él, y seguro de no volver a Segovia, al menos en mucho tiempo, llevóse a su familia y servidumbre, con lo que Zabala no volvió a ver por entonces a la mora.





CAPITULO XIV

El infortunio de una princesa.



NSTALADA en Madrid por complacencia excesiva de su esposo, el cual aunque separado de ella guardábale ciertas consideraciones, como si la tuviese miedo, la reina doña Juana escandalizaba a todos con sus liviandades, doblemente censurables por tener a su lado a su hija, la cual nada bueno podía aprender con el ejemplo de tan irregular conducta.

Suerte que la princesa hacía una vida muy retirada.

Siempre en sus habitaciones, sin otra compañía que la servidumbre, apenas enterábase de lo que sucedía.

Todos mostraban compasión hacia aquella pobre niña a la que el destino parecía complacerse en hacer blanco de todos los infortunios.

A los doce años escasos de edad, que entonces contaba, no había amargura que no hubiese devorado.

A la vergüenza de verse tan pronto reconocida como

su hija por el rey, tan pronto rechazada por el mismo como fruto del adulterio, uníase el pesar del abandono en que la tenía su madre.

Intrigó doña Juana cuanto pudo hasta conseguir que su hija le entregaran, más no por cariño maternal, sino por ambición, pues teniéndola a su lado contaba con el apoyo de los que defendían los derechos de la infortunada princesa; pero una vez hubo logrado que se la entregaran, descuidóla hasta el punto, que pasábase días enteros y hasta semanas seguidas sin verla siquiera; y la pobre niña, que como t l experimentaba ansia de afecto, anhelo de caricias, lloraba en su soledad, diciéndose:

—¿Qué mal he hecho o qué crimen he cometido para que todos me abandonen, hasta mi madre?

No era la princesa doña Juana hermosa, pero sí simpática, como simpático es siempre el sufrimiento, y el sufrimiento reflejábase en su carita pálida.

Dotada de buen sentido, su propia desgracia fué para ella provechosa muestra que le enseñó muchas cosas superiores a su edad y que de otro modo habría ignorado.

Aprendió antes que nada a despreciar las vanidades, porque pensaba con muy buen acuerdo:

—¿Hay gerarquía más alta en el mundo que la de los reyes? Ciertamente que no. Pues yo para reina nací, aunque muchos discutan mi derecho soy la heredera de un trono y sin embargo no soy dichosa. ¡La dicha no estriba en las grandezas humanas!

Y estas ideas engendraron en ella un escéptico desprecio hacia todo cuanto la rodeaba.

De buena gana se habría cambiado por la aldeana más humilde, con tal de vivir tranquila y feliz, tener unos pa-

dres que la quisiesen y no verse obligada a inclinar de continuo la cabeza bajo el peso de una deshonra de la que no era responsable.

Como joven, tenía sus ilusiones, y a impulsos de ellas pensaba en el porvenir.

Entonces su tristeza crecía.

¿Qué era lo que el porvenir la reservaba?

Lo menos malo que podía ocurrirle era llegar a casarse con el monarca portugués, al cual estaba ofrecida en su matrimonio; pero si tal sucedía, y era dudoso, su casamiento no sería otra cosa que un sacrificio de su juventud a la ambición de un rey septuagenario, que no podría satisfacer en modo alguno sus naturales anhelos amorosos.

Su posición no tuvo, pues, nunca nada de alagüeño en lo pasado, no lo tenía tampoco en el presente ni prometía tenerlo en lo porvenir; y la pobre princesa lloraba a solas pensando en todo esto y oyendo cómo hasta su retiro llegaban los ecos de las escandalosas fiestas organizadas por su madre.

*

Una mañana, la reina sorprendió a su hija, presentánse de improviso en sus habitaciones.

Aquella visita era en verdad tan extraordinaria, que la princesa al recibirla casi se asustó.

Algo grave debía ocurrir para que su madre se acordara de ella.

Y aún crecieron más sus recelos al ver que la reina la abrazaba cariñosa, con una ternura y un afecto que no le había demostrado sino en muy contadas ocasiones.

Como la habían acostumbrado a desconfiar de todo, pensó:

—Alguna cosa de la mayor importancia tiene que pedirme, cuando tanto me halaga.

Y no se equivocó.

Pronto pudo convencerse de ello.

Después de las primeras caricias, doña Juana díjole:

—Duéleme, hija mía, que tan apartada estés del mundo, cuando por tu gerarquía derecho tienes a disfrutar de sus placeres, y a invitarte vengo a que salgas de tu alejamiento. Una brillante fiesta he dispuesto para esta noche en nuestro palacio, y quiero que a ella asistas.

—¡Asistir a una fiesta yo!—exclamó la princesa estremeciéndose.

—¿Qué mal hay en ello?

—Ninguno.

—Entonces...

—Sin embargo, yo os suplico, madre mía, que me dejéis en paz en mi retiro.

—Pero, ¿por qué?

La princesa no contestó; no se atrevió a decir: «porque me avergüenzan vuestros escándalos, porque me ruborizan las miradas maliciosas y burlonas que muchos fijan en mí, porque me repugnan esas fiestas que me parecen escandalosos alardes de cinismo.»

Como no era cosa de que esto contestase a su madre, aunque lo pensara guardó silencio.

Atribuyendo la negativa a pueril capricho o ridícula cortedad de niña tímida, doña Juana insistió diciendo:

—Hay una razón poderosa para que a mi deseo accedas. Hela aquí. Encargado de una misión especial y re-

servada, que aunque te interesa no debes conocer, ha llegado a esta villa un noble caballero portugués que goza de la estimación y privanza de su rey. Como sabes, y tu autorización has dado para ello, la esposa serás en plazo no lejano del monarca de Porlugal; y es bien, que para con él congraciarte, distingas y honres a su enviado. No podrá menos de halagar a tu futuro el que su fiel servidor noticias favorables le lleve de tu discreción y tu belleza. Esto le hará entrar aún más en ganas de formalizar vuestra unión cuanto antes.

—Pues por eso solo no acudiré a lo que deseais—replicó la princesa, con un atrevimiento de que se sorprendió ella misma.

—¿Por qué razón?

—¡Y vos me lo preguntáis! ¡Porque no quiero unirme al esposo que por ambición y conveniencia me destináis! ¡Porque no le amo! ¡Porque le odio, atendiendo sólo a su crueldad al querer obligarme a ser su esposa, cuando por sus años al matrimonio debiera renunciar o realizarlo en todo caso con dama de su misma edad! Luego todo lo que pueda influir en apresurar esa unión, me contraría en vez de halagarme.

Contra lo que pudiera esperarse, la reina, no sólo no se enojó con estas palabras, sino que rió grandemente de ellas, cemo si la hubiesen caído en gracia.

Sin cesar en su hilaridad, dijo:

—Como una niña has hablado y por consiguiente tus razones no merecen ser tomadas en serio. ¿Qué sabes tú, todavía, en lo que consiste el matrimonio, ni lo que es amar ni aborrecer a un hombre? Convengo en que el mo-

narca portugués es un poco viejo para ti, demasiado viejo, pero no importa, mejor; si a él te unes, así, por razón de su misma ancianidad, serás más libre.

Estrechándole las manos con la misma ternura que la madre más cariñosa pudiese hacerlo al dar a su hija provechosos consejos, añadió:

—Las mujeres de estirpe real, hija mía, no nos casamos casi nunca por amor; eso queda para la gente vulgar y plebeya.

—Pues de estirpe real es mi tía Isabel—replicó la princesa—, y por amor se ha unido a su primo el príncipe don Fernando.

Doña Juana se encolerizó.

—¿Vas a inspirarte en el ejemplo—dijo—de la que es tu rival, de la que te disputa tus derechos al trono? ¡Bueno fuera! ¡No de Isabel me hables!

—Aunque mi rival sea, virtudes reconozco en ella dignas de ser imitadas.

—¡No prosigas! Y después de todo, ¿quién asegura que Isabel no se haya casado también por ambición o conveniencia?

—¡Oh, no!

—¿Estás acaso dentro de su corazón para conocer sus sentimientos?

—Otros pretendientes solicitaron su mano y ella los rechazó porque no les amaba. Mi futuro mismo, como vos decís, la pretendió antes que a mí y también fué rechazado.

—Porque necesitaba para esposo un hombre tan intrigante como ella, capaz por su ambición de ayudarla a usurpar un trono. Don Fernando, el usurpador de los de-

rechos del desgraciado príncipe de Viana, era hombre propio para el caso; por eso se han unido.

La princesa movía la cabeza negativamente, no dejándose convencer.

Lo comprendió doña Juana así, y no queriendo, sin duda, entablar una discusión de resultados dudosos para su intento, púsose en pie, agregando severamente:

—Tu deber, como hija, es obedecerme en todo. Con el rey de Portugal te casarás cuando llegue el caso, aunque no quieras, y yo te aseguro que no has de arrepentirte de ello, en cuanto a la fiesta de esta noche, tu presencia es necesaria en ella y yo te ordeno que asistas. ¡Obedéceme! Está dispueta a hora oportuna para que no me hagas esperar cuando en tu busca venga.

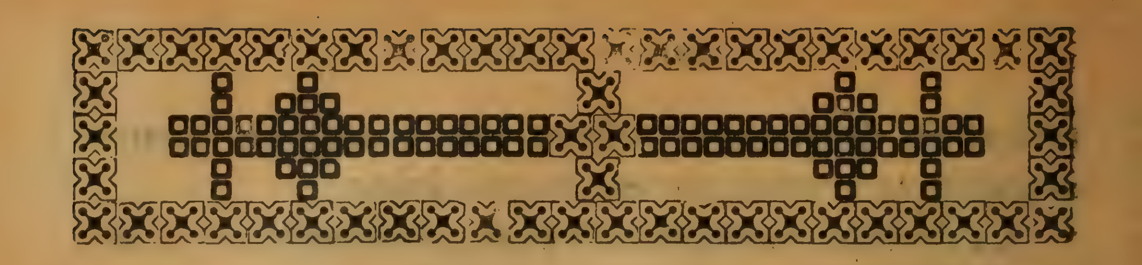
Y volviéndole la espalda, salió de la cámara, sin añadir una palabra más.

La princesa quedóse llorando.

En su amargura, decía:

—Para todos los seres la presencia de su madre es motivo de felicidad y para mí de espanto. ¡Siempre que de mí se acuerda es para producir algún nuevo pesar!





CAPITULO XV

Una dama de la reina.

CELEBROSE la fiesta y asistió a ella la princesa.

No tuvo otro remedio.

A hora oportuna presentóse su madre en persona en sus habitaciones a buscarla, y vióse forzada a seguirla.

El noble caballero portugués de quien la reina había hablado, era el marqués de Ribero, apuesto joven, por su aspecto más ducho para las intrigas amorosas, que apto para los graves asuntos de la política.

Era, no obstante, cierto, que a Madrid habia ido en nombre del rey de Portugal, para ultimar secretamente con la reina doña Juana, algunas de las condiciones del matrimonio concertado.

No parecía sino que el septuagenario pretendiente, hubiera puesto empeño en enviar como emisario suyo uno de los caballeros más apuestos de su corte.

Y quizá, astuto y malicioso, supo muy bien lo que con ello se hizo, pues bastó una entrevista del emisario con la reina, para que en todo quedaran conformes.

Envió Ribero un correo a su rey participándoselo así, pero él quedóse en Madrid junto a la reina doña Juana, como si aún tuviera importantes asuntos que arreglar.

En todo caso, y a juzgar por las trazas y por lo que después ocurrió, debían de ser asuntos de índole privada.

Para nadie era un secreto que la reina había organizado aquella fiesta en honor del caballero portugués, y no fué necesario más para que la murmuración y la maledicencia se cebasen en la honra de doña Juana.

Bien era verdad que a ella importábanle poco aquellas habladurías que sospechaba y a las que había dado sobrado fundamento con su conducta en más de un caso.

El último en sospechar, como sucede siempre, fué aquel a quien más le interesaba, don Luis de Hurtado, el favorito oficial de la reina, desde la fuga de ésta, en su compañía de la fortaleza de Alaejos.

La privanza de don Luis fué breve y ya no existía más que en apariencia; pero doña Juana no se atrevía a hacerla cesar en absoluto, por dos razones.

La primera, porque Hurtado érale muy útil, prestábale muy buenos servicios y conveníale conservar su amisrad; la segunda, porque en el ejemplo de don Pedro de Fonseca había aprendido que un amante despechado, es el peor enemigo.

Mas esto no era obstáculo para que diese a don Luis continuos motivos de celos.

En último caso, si con él rompía, importábale menos perder un fiel servidor que sacrificar el más insignificante de sus caprichos.

Desde que en Madrid instalóse, gozaba de la confianza de la reina una dama casi desconocida para todos, pero por todos agasajada, gracias a su hermosura y a las riquezas de que hacía alarde con su lujo.

Nadie sabía su origen.

Ella dijo ser aragonesa y de noble estirpe, aunque no usaba título alguno.

Conocíanla únicamente por el nombre de Margarita.

Fué presentada a la reina, y gustó ésta tanto de su amistad y compañía, que la retuvo junto a ella, en su propio palacio, escogiéndola para confidenta y amiga.

Pronto se supo que era algo más que todo esto, que era la auxiliar y cómplice de todas sus intrigas; y lo que debiera haber servido para despreciarla, pues hay complicidades tan bajas que solo merecen el desprecio, sirvió, en cambio, para que más la considerasen.

Nunca fueron la adulación y la codicia muy escrupulosas, y los cortesanos comprendieron que agasajando a la favorita complacían a la reina y se grangeaban en provecho propio la infuencia de la primera para con la segunda.

No hay que decir a los lectores que la dama en cuestión era Margarita la ventera, la antigua amante de Sebastián, la aliada de Fonseca.

De acuerdo siempre con éste, que no perdonaba la traición de la reina, y por él sostenida, logró ganarse la confianza de doña Juana, para conocer todos sus secretos y mejor perderla, cuando llegara el caso.

Antes de la hora de la fiesta, Margarita, ya lujosamente ataviada. entró en la cámara real para recibir órdenes.

Doña Juana la aguardaba impaciente.

Al verla, salió a su encuentro, diciéndole:

—¡Gracias a Dios, que al fin te veo! Hay ocasiones en las que juzgo que tu interés y tu cariño menguan, por la poca prisa que das en complacerme.

—Injusticias de vuestra impaciencia, señora—respondió la ventera, que había sabido adoptar las maneras de dama.

—Bien, no por ello discutamos, pues basta que aquí te vea para que todos mis agravios olvide. Dime, el marqués...

—El ha sido lo causa de mi tardanza.

—¿Le has hablado?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Disfrada de modo tal, que nadie hubiera podido reconocerme, del palacio salí y encaminéme al alojamiento del portugués. El negro manto en que me envolvía, apariencia dábame de dueña quintañona.

—Adelante.

—Hago constar estos detalles, para que por ellos os convenzáis del empeño con que os sirvo.

—¿Te recibió Ribero?

—Al punto.

—¿Y qué?

—El portugués es, señora, más astuto y malicioso de lo que vos creíais. Al momento adivinó de parte de quien iba.

—Tú negarías sus sospechas.

—Al contrario,

—¿Las confirmaste?

—Por completo.

—¡Imprudente!

Sonrió Margarita, convencida de que halagaba con lo mismo porque se le reprendía y prosiguió:

—La mentira en unos casos es conveniente y en otros peligroso. Por las palabras del marqués comprendí al punto, que de vuestra gentileza está prendado.

—¿Dices verdad?—exclamó gozosa doña Juana.

—En achaques de amor soy ducha y los sentimientos adivino sin temor de equivocarme.

—Sigue.

—A un galán que de veras ama, enójanle todas las mujeres que no son las que él adora. Amándoos como os ama a vos, a la cita el portugués no habría acudido, si en nombre de otra dama que vos le hubiera citado.

—Si es cierto todo lo que dices, la razón te abona; pero advierte que una cita dada en esas condiciones es para mi muy peligrosa.

—¡Bah! ¿Qué teméis? ¿La opinión de la gente? Sois bastante superior para despreciarla. En fin, señora, que el marqués de Ribero, terminada la fiesta de esta noche, llegará sin ser visto por nadie hasta la puerta de vuestra cámara. Así lo hemos convenido y yo le he facilitado los medios para que lo realice.

Una exclamación, que habría sido difícil adivinar si era de alegría o de terror, se escapó de los labios de la reina.

Muy agitada, balbuceó:

—Es demasiado! ¡No te comisioné para que a tanto te comprometieras!

—¿Os pesa, acaso?—le preguntó Margarita, mirándola fijamente.

Y trás una breve pausa, añadió:

—Decid la verdad, señora: lo que yo he hecho, aunque os asuste, ¿no es lo que vos deseais?

Y sin aguardar respuesta siguió diciendo:

—Pues me he adelantado á vuestros deseos; esto es todo. Lo que había de ser tarde ó temprano, será ahora. De ello debéis felicitaros, pues ciertas cosas, cuanto más se retrasan, más peligrosas son y más comprometen. De las visitas nocturnas que á altas horas recibáis en vuestra cámara, nadie tendrá noticia; en cambio las distinciones que otorgáis en público, todos las presencian y son las que dan que hablar. En fin, lo hecho ya no tiene remedio. Esta noche después de la fiesta, el caballero portugués llamará á la puerta de vuestras habitaciones. Vos haréis lo que tengáis por conveniente.

* * *

Estaba cierta Margarita de que la reina cedería y no se engañó.

Sin oponer más resistencia, D.ª Juana sonrió á la joven, diciéndole:

—Eres un diablillo encantador al que hay que perdonar sus travesuras...

—Por lo que halagan, ¿no es cierto?—la interrumpió la ex-ventera.

Las dos echáronse á reir, y poco después la reina iba en busca de su hija, con la que se presentó en los salones de la fiesta.

Seguíanla sus damas, entre las que figuraba en primer término Margarita.

La aliada de Fonseca parecía muy contenta.

El primero en acercarse á ofrecer sus respetos á doña Juana, fué el caballero portugués.

Al saludarse, los dos sonrieron y miráronse de un modo significativo.

Margarita sorprendió aquella sonrisa y aquella mirada y sonrió también, murmurando:

—¡Reid, que no sabéis lo que os espera!

La presencia de la reina fué la señal de empezar el baile, y todos entregáronse con fruición á los placeres voluptuosos de la danza.





CAPÍTULO XVI

En la glorieta del lago



OMINADO por los celos, que en él más que indicio de amor eran de ambición muestra, D. Luis Hurtado, el favorito de la reina, vagaba por las salas de la fiesta, inquieto y meditabundo, sin fijarse en las maliciosas miradas é irónicas sonrisas que todos le dirigían á su paso.

Y era que no había quien no comprendiese que su estrella se eclipsaba, que la veleidosa D.ª Juana mostraba por el portugués una predilección harto significativa.

¿Qué otra cosa que una prueba de ello era aquella misma fiesta, en honor del de Ribero organizada?

También lo comprendía así Hurtado y de aquí su preocupación.

El desairado caballero decíase:

—Poco me importa, después de todo, perder los favores de la reina. Mujeres sobradas habrá que de ello me com-

pensen. Pero atañe á mi dignidad el evitar el ridículo y en ridículo quedaría si ella me sustituyese por otro. Además, por D.ª Juana he comprometido seriamente mi porvenir, que es lo que más me interesa. Después de haberme significado como el más entusiasta de sus partidarios, no puedo ir á ofrecer mis servicios ni al rey D. Enrique ni á la princesa D.ª Isabel; uno y otra me rechazarían. Y sin afiliarme á una ú otra causa, ¿cómo medrar y labrarme una posición brillante? ¡Imposible!

Esto hacíale prorrumpir en imprecaciones contra la volubilidad de la dama á quien se había consagrado.

- ¡Mal haya mi insensatez,—exclamaba,—y mal haya el momento en que oidos di á las engañosas frases de halago de una mujer! Todas son iguales, sean cuales sean su condición y estado. Mienten para atraer y desprecian para alejar. Los hombres no somos para ellas otra cosa que juguetes de su capricho.

* * *

Tales eran los pensamientos de D. Luis mientras por las salas de la fiesta concurría, atento solo á espiar las más insignificantes acciones de la reina, cuando se le acercó Margarita, á la que solo conocía como á la dama predilecta de D.ª Juana.

Saludóle con encantadora gracia la ex-ventera y díjole:

—¿Me ofrecéis vuestro brazo para dar una vuelta por los salones?

No tuvo Hurtado otro remedio que acceder á la tentadora invitación.

La cortesía á ello le obligaba.

Mas pensó receloso:

—La reina sin duda la envía para que me entretenga, á fin de que no me sea posible seguir espiándola.

Y se propuso deshacerse de su pareja en cuanto pudiese.

Con verdadero ingenio, Margarita sostuvo casi sola una conversación animada y superficial, de esas en las que se habla mucho sin decir nada.

Oyéndola, D. Luis pensaba:

—Lo dicho. Tiene el encargo de entretenerme y á fé que cumple á conciencia su misión.

Lo cual hacía que estuviese con ella muy retraido y reservado, hasta el punto de no responder casi á lo que le decía.

Pasado un corto rato, Margarita misma le libró de su presencia, diciéndole:

—Veo que os molesto; perdonad si no lo he comprendido antes. Gracias, de todos modos, por vuestra afabilidad.

Y se retiró de él riendo, sin darle tiempo para formular una disculpa.

Hurtado quedó pensando:

—Sin duda la reina no necesita ya que su dama me entretenga y por eso me abandona.

Despechábale servir de juguete de aquel modo, sin poder remediarlo.

* * *

Siguió D. Luis paseando solo, y al cabo de un instante, al llevar por casualidad la mano á su escarcela, encontró en ella un objeto que antes no había.

Era un pequeño trozo de pergamino muy enrollado.

—¿Qué es esto?—se preguntó sorprendido.

Y lleno de curiosidad, se retiró á una de las cámaras más solitarias.

Allí rompió los sellos del pergamino y leyó su contenido:

Decía así:

«Si queréis convenceros de la traición de que sois víc-

tima y sospecháis, y si deseais á la vez adquirir armas para vuestra venganza, bajad á la media noche en punto á los jardines de este palacio y encaminaos á la glorieta del lago.»

No decía más el pergamino ni tenía firma.

Hurtado quedó confundido.

¿Quién le enviaba aquel aviso?

¿Quién puso el pergamino en su escarcela?

¿Qué cosa debía hacer de todo aquello?

¿Asistiría á la misteriosa cita?

Su perplejidad era fundada.

De quien primero sospechó fué de Margarita.

Lo de invitarle á pasear con ella, ¿habría sido un pretexto para deslizar en su escarcela el pergamino sin que él lo advirtiese?

Pero según lo que en el pergamino se le decía, tratábase de algo contrario á los intereses de D.ª Juana y esto no podía suponerlo de su dama predilecta.

Tras mucho pensar sobre ello, D. Luis acabó por decirse:

—De quien venga el aviso, importa poco. El caso es que se trata de un asunto que me interesa, y á la cita acudiré. Lo contrario fuera quizá interpretado como muestra de cobardía.

Y regresó á los salones, donde esperó impaciente la hora de la cita.

***

Al punto de la media noche, un caballero deslizábase por los obscuros y solitarios jardines del palacio habitado por la reina, hasta los que llegaban como un eco lejano los rumores de la fiesta.

Aquel caballero era Hurtado.

Los jardines eran extensos y en uno de sus más apar-

tados rincones levantábase una rústica glorieta á la orilla de un pequeño lago, al cual vertían sus aguas algunos artísticos surtidores.

Era el sitio de la cita, y D. Luis encaminóse á él.

Sentía cierta emoción inexplicable.

¿Con quién iba á encontrarse allí?

Temblaba, no de miedo, pero sí de inquietud.

Llegó á la glorieta y detúvose á la entrada, sin atreverse á penetrar en ella.

El rumor de los surtidores del lago resonaba lento, monótono, misterioso.

Permaneció D. Luis indeciso unos instantes é iba ya por fin á penetrar en la glorieta, cuando vió salir de ella un embozado que se le puso delante, diciéndole:

—Dios os guarde. Veo que sois puntual á las citas que se os dan, lo cual os honra y favorece. Entrad conmigo y en el recinto obscuro de esa rústica estancia, hablaremos mejor, más cómodamente y sin temor de que nos sorprendan. Entrad.

* * *

Permaneció inmóvil D. Luis y el desconocido añadió:

—¿Desconfiáis de mí? ¿Qué teméis?

—Nada,—contestó Hurtado,—pues si temor abrigase hasta aquí no habría venido.

—Entonces...

—Pero no es bien que estando yo descubierto y sabiendo vos quien soy, el rostro me ocultéis y con quien hablo no sepa. Descubríos, aunque mi enemigo seais, que si sois un caballero, como vuestro porte indica, en vuestra lealtad fiaré y con vos iré sin reparo adonde queráis conducirme.

—Razón os sobra en lo que decís,—repuso el otro desembozándose.

Hurtado se acercó á él para verle bien el rostro, y exclamó sorprendido:

—¡Fonseca!

En efecto, era D. Pedro de Fonseca el que tenía delante, su antecesor en los favores de la reina, el cómplice y protector de Margarita.





CAPÍTULO XVII

Por el amor de una reina

EL asombro de D. Luis estaba justificado.

Antes de que se repusiera de él, Fonseca le tendió la mano noblemente, diciéndole:

—¿Queréis que seamos amigos? Nada hay en razón que á ello se oponga. Si rivales hemos sido en los favores de una mujer, no fué por causa nuestra, sino por culpa de su liviandad que la hizo despreciarme á mí para preferiros á vos, como ahora á vos os desprecia para preferir á otro. Estamos, pues, iguales, idéntica ofensa hemos recibido de la misma persona, y en vez de odiarnos sin motivo, más cuerdo será que mutuamente nos apoyemos en nuestra común venganza.

Acercándose á Hurtado, añadió muy bajo:

—Que D.ª Juana os engaña y sus favores otorga á otro, no lo ignoraréis.

D. Luis levantó la cabeza y exclamó con arrogancia:

—¡Tiento poned en lo que decís y en cuenta habed de quién habláis! Si el despecho os fuerza á ser atrevido, mi espada sabrá enseñaros á tener respeto á quien lo merece.

* * *

D. Pedro no se enojó por estas frases.

—Lástima me dáis, pues de vuestra caballerosidad hacéis alarde en defensa de la que no es acreedora á ello. Lo mismo hice yo en otro tiempo y bien me pesa, pues mientras tal hacía, la persona por quien me hallaba dispuesto á sacrificar la vida, burlábase de mí. Cuerdo sed y en mi espejo miraos. Mi privanza precedió á la vuestra y duró solo lo que durar puede un capricho de mujer. A vos os sucede otro tanto como otro tanto sucederá un día ú otro al designado para sustituiros. A tratarse de otra dama, fuera el desprecio el mejor castigo; pero, ¿no opináis que tratándose de quien se trata, bien haremos en vengarnos?

—¡Si convencido estuviese de que es cierto lo que vos decís y yo sospecho, quizá de vuestros deseos de venganza participase!

—¿Y me ayudaríais á realizarlos?

—Tal vez.

—Pues entonces mi aliado seréis, porque una prueba tal os daré de que os engañan, que vuestras sospechas en evidencia se verán convertidas.

—¿Una prueba decís?

—Sí.

—¿Cuál?

—Entrad conmigo en esta glorieta y lo sabréis. Nada temáis. Es muy largo lo que tengo que deciros y ahí dentro podré hablaros mejor y más libremente.

—Entremos, pues.

Desaparecieron en el interior de la glorieta y todo volvió á quedar en silencio y calma.

Sólo los surtidores del lago seguían dejando oir su monótono y cadencioso murmullo.

* * *

La conferencia fué larga, y cuando los dos caballeros salieron de la glorieta, parecían ya de acuerdo en todo.

—¿Decís que el portugués llegará esta noche hasta las habitaciones de la reina?—preguntó D. Luis.

—Esta misma noche, después de la fiesta,—contestó D. Pedro.—Así está convenido.

—Si eso fuera cierto, habéis dicho bien: ya no podría dudar.

—Os convenceréis por vos mismo.

—Y cuando de ello me convenza...

—¿Qué haréis?

No sé.

—¿Lo que hemos acordado?

—¡Me repugna!

—¿Por qué?

—Se trata de un caballero y fuera más noble atacarle frente á frente.

—Con noblezas no vayáis á quien no ha de comprenderlas. ¿Acaso no os roba él á traición lo que por vuestro teníais?

—Sí...

—Pues á traición castigadle, usando sus mismas armas.

Conocíase que Hurtado vacilaba aún.

—Veremos,—dijo, al fin.

Y se despidió de Fonseca, añadiendo:

—Hasta luego.

—Hasta luego,—respondióle su antiguo rival.

Separáronse y D. Luis volvió á los salones, donde su ausencia había sido ya notada.

Unicamente D.ª Juana no la notó, muy entretenida en hablar con el portugués.

Hurtado parecía más preocupado que nunca, y Margarita al advertirlo pensó:

—Su preocupación es natural consecuencia de lo que deben haber hablado.

* * *

La fiesta duró hasta muy tarde, y hubiese durado mucho más, á no haberse retirado la reina, alegando una repentina indisposición.

Lo de la tal indisposición no fué creido por nadie.

Pocas veces D.ª Juana había tenido tan buen semblante como aquella noche.

Pero la cortesía imponía el deber de aparentar creerla, y así lo hicieron.

Más aún: aunque á todos teníales sin cuidado que la enfermedad de la reina fuese real ó aparente, fingieron gran pesar y retiráronse haciendo toda suerte de comentarios.

Con una de las personas con quien D.ª Juana se mostró más abatida por su repentina dolencia, fué con Hurtado.

Este aparentó no maliciar nada.

Acompañóla hasta su cámara y allí despidióse de ella, haciendo votos por su pronto y completo restablecimiento.

Apenas hubo salido, la reina echóse á reir, y volvióse para decir á Margarita, única dama que la acompañaba:

—¡Qué necio es!

La ex-ventera asintió á estas palabras con una sonrisa; pero en aquella sonrisa un buen observador habría descubierto algo extraño.

Cuando el palacio ya estaba todo en silencio y no se veía luz en ninguna de sus ventanas, un caballero llegó ante una puertecilla de los jardines, y dió en ella dos golpes.

La puertecilla abrióse en seguida y apareció en ella una dama envuelta en un manto, la cual, cogiendo de la mano al caballero, le hizo entrar y cerró de nuevo.

Apenas la puertecilla hubo vuelto á cerrarse, de una esquina próxima destacáronse dos embozados.

Uno de ellos preguntó al otro:

—¿Os convencéis ahora?

—¡Oh, sí!—respondió con voz colérica el interpelado.

—Era el portugués.

—Bien lo he reconocido.

—¿Y qué pensáis hacer ahora?

—Esperar á que salga.

—¿Y después?

—¡Vengar la infame traición de que soy víctima!

—Escondámonos, pues.

—Escondámonos.

Y volvieron á desaparecer tras la esquina de donde habían salido.

* * *

Transcurrieron algunas horas.

Comenzaba á clarear el día, cuando la puertecilla del jardín abrióse de nuevo y salió por ella el mismo caballero que por ella había entrado antes.

No había andado más que unos cuantos pasos, cuando dos embozados arrojáronse sobre él.

Oyóse un grito y el caballero cayó al suelo.

Uno de los embozados se inclinó sobre él y luego los dos huyeron.

Todo esto fué tan rápido, que ocurrió en menos tiempo del que hemos empleado para referirlo.

Nadie presenció aquella escena.

Hízose más clara la luz del día, y los primeros rayos del sol iluminaron el cadáver de un hombre, tendido al pié de los muros del jardin del palacio de la reina.





CAPÍTULO XVIII

El abandono por castigo



RAN escándalo produjo la muerte del portugués y aún fué mayor porque sobre su cadáver, sujeto al pecho por un rico joyal de pedrería, hallóse un pergamino en el que con tinta roja había escrito lo siguiente:

«Escarmienten en este ejemplo los que sus miradas ponen demasiado altas y altos favores reciben, y tengan todos en cuenta que hay amores, que en vez de dar la felicidad, causan la muerte.»

Nadie dudó de que los favores de la reina fueron la causa del crimen y todos designaron á Hurtado como autor del delito.

Los celos y el despecho al verse suplantado por otro en la privanza de que hasta entonces habíase mostrado orgulloso, bien pudieron inspirarle aquella extrema resolución.

D. Luis había desaparecido y esto aumentó las sospechas contra él.

¿Por qué huía?

Sin duda por temor de que su crimen fuese descubierto y castigado.

No había, sin embargo, quien no le disculpase, diciendo:

—La culpa no es suya, sino de D.ª Juana, que el juicio le trastornó con sus veleidades.

Con lo que la reputación de la reina fué la que más padeció en aquel asunto; y los mismos cortesanos que ante ella se inclinaban aduladores y serviles, eran los que con saña mayor la censuraban.

* * *

Aquel día mismo supo D.ª Juana lo ocurrido, y aunque estaba acostumbrada á lances semejantes y más de una vez su honra había sido puesta en lenguas, el espanto y la vergüenza, domináronla.

Aquella vez el escándalo era mayor, pues que á la deshonra uníase el crimen.

No fué la muerte del de Ribero lo que más la impresionó, sino las consecuencias que tal muerte podía tener para ella.

Precisamente por aquellos días acababa de recibir un mensaje de Pacheco, el cual en nombre del rey invitábala á abandonar á Madrid, dejando allí su hija, pues á Madrid pensaba trasladarse D. Enrique «y no era bien,—decía el mensaje,—que junto al monarca estuviese quien su dignidad y decoro ponía en mofa, con actos y hechos más para callados que para dichos.» (1)

Resistióse el orgullo de la reina á tan humillante imposición y al mensaje respondió diciendo «que de Madrid

(1) Del texto original, según mención de Carrillo, Pulgar y otros cronistas y recopiladores.—N. del A.

Madrid no saldría, pues era su voluntad permanecer en aquel sitio, y que sus sentimientos de madre impedíanle separarse de la princesa.» (1).

Dirigió la respuesta al rey, por considerar indecoroso hacerlo a un inferior, siquiera fuese el de Villana, y esperó tranquila el resultado de su audacia, resuelta a no ceder en su empeño.

Después de aquel escándalo, ¿cómo no transigir, si la muerte del de Ribero era prueba de lo mismo que ella negaba?

Razón sobrada había con lo ocurrido para que don Enrique, como su esposa, al fin, la encerrase en un convento, si a su voluntad se resistía, y el convento era para doña Juana la amenaza mayor y más terrible.

Por todo pasaba, menos por renunciar al mundo y sus placeres.

En vista de todo esto, doña Juana, irreflexiva en sus resoluciones, como lo era en todas sus cosas, tomó inmediatamente la determinación de partir.

Así se libraba de la vergüenza y el escándalo, fingiendo obedecer las órdenes del rey.

Ignoraba adónde iría y teníala sin cuidado.

De espíritu aventurero, el cambiar frecuentemente de residencia era para ella un placer.

No faltaría alguno de sus partidarios que alojamiento cómodo y decoroso le brindase, hasta que otra cosa determinara.

---

(1) Del texto original, inserto en la recopilación de cartas y documentos reales.—*N. del A.*

En cuanto a lo de separarse de su hija, teníala sin cuidado.

No la amaba, y pensó que a su lado, en aquellas circunstancias, la princesa servíale de estorbo. Estando, en cambio, junto al rey, como éste exigía, siempre sería un lazo de unión entre ella y su esposo.

Empezó, pues, por dirigirse a la cámara de la princesa doña Juana, a la que dijo:

—Hija mía, es preciso que nos separemos. El rey así lo dispone.

Contra lo que esperaba, la princesa no manifestó ni asombro ni pesar.

Hasta ella había llegado noticia de lo ocurrido, y sospechaba la verdadera causa a que tal separación obedecía.

Permaneció silenciosa y con la cabeza baja durante todo el tiempo que duró su entrevista con la reina, como si la agobiase la vergüenza de su madre, y al separarse de ella díjole únicamente:

—Id con Dios, señora, y que el cielo os ilumine.

Aquella fría despedida, que encerraba un reproche y un consejo, era una humillación para la madre y un pesar para la hija.

Pero doña Juana no lo comprendió así, o no quiso comprenderlo, y quedóse tan tranquila.

Aún esperaban a la reina nuevos y mayores desengaños, que habían de herirla más hondo.

Comentando con Margarita lo pasado, decíale, hablándole con la libertad con que hablar podía a la depositaria de todos sus secretos:

—Necia fuí al poner mis miradas en el portugués,

y bien cara pago mi ligereza. Con ello me he comprometido, perdiendo a la vez la estimación y los buenos servicios de don Luis Hurtado, en quien siempre tuve un defensor entusiasta. Cargos pudiera hacerte, pues en mi locura me animaste, en vez de hacerme desistir de ella; pero el mal no tiene ya remedio, y me resigno a sufrir sus consecuencias, sin culpar a nadie más que a mí misma.

Habló luego de su viaje, que tenía todos los caracteres de una retirada vergonzosa, y dijo a su dama:

—Espero que tú me acompañarás.

—Siento no poder complaceros, señora—repuso fríamente Margarita.

—¿Me abandonas?

—No hay tal. Me niego a seguiros, porque así me conviene. No ejercéis sobre mí autoridad hasta el punto de poder obligarme a seguiros a la fuerza.

Despechada por tal desprecio, la reina consideró impropio de su dignidad hasta el formular quejas, y despidió a Margarita en aquel mismo punto, dándole a entender de este modo que para nada la necesitaba.

Cuando se quedó sola, lloró de ira.

—¡Este es el pago que merecen mis favores!—exclamó.

Sin pensar que favores otorgados en pago de cierta clase de servicios, no pueden engendrar la gratitud.

No acabaron aquí las decepciones de la reina.

Convocó a todos sus cortesanos para manifestarles su resolución, y, creyendo atraérselos de este modo, empezó por leerles el mensaje que Pacheco habíale enviado, en nombre del rey.

—No quiero suscitar nuevas cuestiones—dijo luego—, y, atenta sólo al bien de mi hija, accedo a lo que se me exige. ¡Sacrificio inmenso que todos vosotros sabréis apreciar en lo que vale! Decidida estoy, pues, a partir en seguida. Pero no creo que me dejéis marchar sola. ¿Quién de vosotros está dispuesto a seguirme?

Todos callaron.

—¿Me abandonáis? ¿Me volvéis la espalda? —añadió doña Juana, enfurecida.

Igual silencio.

—¡Pues bien; a nadie necesito!—exclamó la reina—. ¡Salid todos de mi presencia, y el cielo os tome en cuenta vuestra traición!

Todos los que hasta entonces tuvo por sus defensores, desfilaron silenciosos ante ella, sin intentar siquiera desagraviarla.

Se vió sola, sin apoyo, y entonces lloró de pesar, como antes había llorado de ira, comprendiendo, demasiado tarde, que sus propios errores eran los que a tal situación la habían llevado.

Aquella misma noche, como a escondidas, sin despedirse de nadie ni a nadie decir adónde iba, y acompañada sólo por dos de sus servidores más humildes, doña Juana salió de Madrid.

Pocos días después entraba en Madrid don Enrique, entre las aclamaciones de los que antes apoyaban a su esposa en contra suya.

La princesa doña Juana salió a recibirle, y él la besó en la frente, con lo que dió a entender que vol-

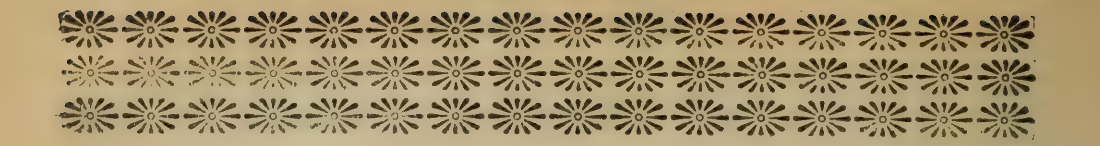
vía a considerarla como su hija y como la heredera de su trono.

Esto animó a los partidarios de la Beltraneja, que aumentaron rápidamente en número, ante la esperanza del triunfo.

Siempre fué la ambición el móvil de ciertos entusiasmos.

Pero no por eso doña Isabel y su esposo perdieron partidarios: crecieron también en número los que les defendían y apoyaban, y entre ellos figuraron desde entonces don Luis Hurtado y don Pedro de Fonseca, quienes fueron admitidos después de declarar que reconocían su error al haber apoyado a la reina doña Juana, y se avergonzaban de ello.





CAPITULO XIX

Viaje desdichado.

SIEMPRE ambicioso y egoísta, quiso Pacheco que el rey le acompañara inmediatamente a Extremadura para que le pusiese en posesión de Trujillo; mas el viaje hubo de aplazarse, no porque el monarca se negara a satisfacer los deseos de su favorito, sino porque el estado de salud de don Enrique distaba mucho de ser satisfactorio.

Su última enfermedad, que el de Villena le hizo creer obedecía a una tentativa de envenenamiento, y no fué sino una pulmonía, dejóle muy quebrantado, hasta el punto de que, una vez en Madrid, hubo de suspender hasta las audiencias.

No tenía fuerzas para nada, y don Juan resignóse al aplazamiento de sus deseos, pensando:

—Más que todo, me interesa la vida del rey, pues mientras él viva tendré un auxiliar inconsciente y su-

miso de todos mis planes, y de su autoridad dispondré como si fuese mía.

Y él mismo señaló la época del viaje para cuando mejorase el tiempo.

Precisamente aquel año los fríos fueron intensos y los temporales frecuentes, y habría sido, en realidad, una imprudencia que el rey se pusiese en camino.

Llegó la primavera, y Pacheco renovó sus pretensiones.

Para más obligarle al monarca a complacerle, decíale:

—Ved, señor, que interesada está en ello vuestra propia dignidad. De Trujillo no he podido posesionarme hasta ahora, a pesar de habérmelo vos otorgado, y al decoro real conviene que vuestra voluntad sea cumplida, para ejemplo y escarmiento de los que, osados, no os rinden el respeto y la obediencia que os deben.

No necesitaba don Enrique de tantas razones para ceder, y un día que su favorito hablábale de tal asunto, respondióle:

—Está bien. Prepara tú mismo todo lo necesario para el viaje.

El de Villena no se hizo repetir la orden, y tres días después el rey partía para Extremadura con Pacheco y numerosos hombres de armas encargados de hacer cumplir a la fuerza su voluntad.

Pocos nobles acompañáronle en aquel viaje.

La mayor parte de ellos se excusaron con bien fingidos pretextos; pero, en realidad, no quisieron acom-

pañarle, porque consideraban injusta la gracia que a don Juan iba a ser otorgada.

Hubo con tal motivo muchas murmuraciones, y algunos decían:

—Es vergonzoso que mientras nuestro rey y señor tiene abandonados los más graves e importantes asuntos de sus reinos, gaste sus escasas energías en satisfacer la ambición de un intrigante.

Por el estado de salud del monarca, que no era satisfactorio ni mucho menos, a pesar de haber llegado el buen tiempo, las jornadas hacíanse muy cortas; no obstante lo cual, don Enrique decía a cada momento:

—Regresemos a Madrid.

A lo que el de Villena replicábale:

—¡Cómo, señor! ¿No teméis las habladurías de vuestros cortesanos, los cuales harán seguramente malévolas suposiciones, en desprestigio de vuestra autoridad? Creerán, por lo menos, que habéis tenido miedo de imponeros por la fuerza.

Con lo que lograba que el rey siguiese adelante, aunque no de muy buen grado.

Parecía el monarca un juguete de don Juan, el cual lo manejaba a su antojo.

Hasta era el de Villena el que disponía los lugares donde habían de detenerse y las horas que en ellos debían descansar; y a fe que no siempre tuvo, en este sentido, para con don Enrique, las consideraciones que su estado de salud requería.

Diríase que tenía miedo de no llegar al término de su viaje, y si tal temía, preciso es reconocer que sus

temores fueron casi un presentimiento, porque se cumplieron muy pronto.

He aquí de qué manera.

Llegaron al caer de una tarde a Santa María, a dos leguas de Trujillo.

Pernoctaron allí y dispusieron lo preciso para entrar al otro día solemnemente en la población, término de su viaje.

Pacheco hizo por sí mismo todos los preparativos, en los que le ayudó Tarsio, el cual acompañábale como su hombre de confianza.

El idiota, ansioso siempre de contrariar en cuanto pudiera al señor a quien servía y odiaba, decíase:

—¿De que manera impediría yo el logro de sus ambiciosos deseos, proporcionándole con ello un disgusto?

Pero no hallaba modo de realizar sus intenciones.

Estaba ya la estación muy adelantada, y hacía bastante calor.

La última parte de la jornada de aquel día fué fatigosa, pues Pacheco quiso llegar a Santa María lo más temprano posible, a fin de tener tiempo de prepararlo todo para la entrada en Trujillo a la mañana siguiente.

Además, una vez allí, agitóse mucho en los preparativos, y estaba sofocado, con el rostro encendido y la respiración anhelante.

Secas las fauces por el calor, bebió agua fresca sin la precaución de esperar a calmarse un poco, e inmediatamente sintióse mal.

No dió, sin embargo, importancia a ello, y pasó a la cámara del rey para poner a éste al tanto de cuanto había dispuesto.

Tampoco estaba don Enrique muy bien, pues la fatiga le tenía postrado, y escuchó a su favorito distraído, casi sin hacer caso de lo que decía.

De pronto, cuando con más entusiasmo hablaba Pacheco, quedóse sin voz, su rostro inyectóse de sangre, y cayó al suelo, donde quedó tendido, inmóvil, como muerto.

El rey se asustó mucho.

Comenzó a gritar, y acudió gente, la cual trasladó al de Villena a un lecho.

Por la delicada salud del monarca, viajaba con él un médico, el cual apresuróse a prestar a don Juan los auxilios de la ciencia.

Desde luego, opinió mal de la enfermedad.

Logró volverle al conocimiento, pero su estado era muy grave.

Habíasele hinchado horrorosamente la garganta, hasta el punto de no poder ni hablar.

—Se muere sin remedio—dijo el médico al rey.

Y éste se asustó aun más que el mismo paciente.

Creyó que su existencia no estaba allí segura, que el mal de su favorito era contagioso y que iba a verse atacado también de él.

Como todos los seres débiles, don Enrique era supersticioso y asustadizo, y deseó regresar cuanto antes a Madrid.

Sólo allí, en su palacio, rodeado de guardias y servidores, se creía seguro.

Como si para las enfermedades físicas sirvieran escoltas y guardianes.

El rey pasó toda la noche en vela, pero sin entrar en la estancia de Pacheco.

Temía el contagio.

Inspirado por el miedo, resolvió regresar a Madrid en cuanto amaneciera.

Su propio terror no le dejó pensar en las molestias de las jornadas del precipitado regreso.

Dió las órdenes oportunas, que todos obedecieron con extrañeza, pensando:

—¿Cómo así abandona al de Villena, por el que tanta predilección mostraba?

Apenas amaneció, dispuesto ya para partir, el rey mandó a su favorito uno de sus servidores, con el encargo de decirle que sentía mucho abandonarle, pero que había resuelto regresar a Madrid, en vista de lo ocurrido.

Pacheco lloró de rabia.

¡Enfermar a las puertas mismas de Trujillo, y verse abandonado por el rey en tales circunstancias!

—Justo castigo a su ambición—pensaba Tarsio.

Y como el médico habíale asegurado que el estado del enfermo era muy grave, el idiota encargó a uno de los hombres de la escolta del rey que llevase a Madrid un pliego reservado e importante, cuyo contenido sabremos pronto.

Partió, pues, don Enrique, sin ver siquiera al de Villena, y éste quedó en Santa María al cuidado de Tarsio, que le odiaba, y de algunos de sus hombres, que le temían más que le respetaban.



CAPITULO XX

Llegar a tiempo.



TRANSCURRIERON tres días, durante los cuales la enfermedad de Pacheco fué agravándose.

Lo que más le empeoraba era su estado constante de desesperación.

El no poder hablar enfurecíale, y sus inútiles esfuerzos para articular algunas palabras aumentaban la hinchazón de su garganta, que amenazaba ahogarle, matándole por asfixia.

Tarsio no se apartaba un instante de su lado, y él, a veces, mirábale como dándole las gracias por su solicitud.

De otra manera muy distinta habríale mirado a conocer los verdaderos sentimientos del idiota.

No era un cariñoso interés el que le retenía junto al lecho de su señor, sino todo lo contrario.

Complacíase en verle sufrir e interesábase en su curación, pensando:

—Si muere, escapará a mi venganza.

No se satisfacía con su muerte el odio que le profesaba.

Hubiera querido matarle, sí; pero después de hacerle sufrir todos los tormentos imaginables.

A medida que empeoraba el estado de Pacheco, manifesábase en Tarsio una extraña inquietud.

A veces, sentado pensativo en un sitial junto al lecho de su señor, escuchando la respiración fatigosa del enfermo, murmuraba:

—¿Llegarán demasiado tarde?

Referíase a Zoraida y Alí.

Para ellos era el pliego que entregó a uno de los hombres de la escolta del rey.

En él decíales:

«Venid en seguida. El malvado se muere, y, ya que no de otra manera, debemos vengarnos de él amargando sus últimos instantes, echándole en cara sus infamias.»

Pero era lo que pensaba:

—Si don Enrique regresa a Madrid con la misma calma con que hasta aquí vinimos, tiene para días, y entonces Zoraida y Alí, aunque se pongan en camino en cuanto reciban mi aviso, llegarán, quizá, cuando el malvado haya muerto.

De aquí su inquietud, su preocupación y su empeño en alargar la vida de don Juan todo lo posible.

Aunque parezca paradoja, quería que viviese por lo mismo que le odiaba tanto.

Pasaron algunos días más; el estado del enfermo era cada vez peor, y los dos hermanos no llegaban.

Una noche, Pacheco se agravó de tal modo que el médico dijo:

—Morirá mañana, lo más tarde.

Fué tal la desesperación de Tarsio al escuchar este pronóstico, que muchos la tomaron por manifestaciones de un dolor que estaba muy lejos de sentir.

—¡Cuánto le ama!—decían—. ¡Nunca lo hubiéramos creído!

Y él, que les oyó, pensaba:

—¡Necios! ¡No saben ni aun distinguir el amor del odio!

Lo que a él le inquietaba era que su señor muriese antes de que la mora y su hermano llegasen.

Y esto era ya casi inevitable, pues si el de Villena moría al día siguiente, como el médico había pronosticado, era preciso que los dos hermanos llegasen en aquellos mismos momentos para que lo encontraran con vida.

Nunca como aquella noche extremó Tarsio sus cuidados para con el enfermo.

Quería prolongar en lo posible hasta los minutos de aquella existencia que tanto odiaba.

Interpretando mal sus intenciones y sus sentimientos, el de Villena, en más de una ocasión le estrechó la mano, como dándole las gracias.

Sus ojos parecían querer decirle: «¿qué hubiera sido de mí sin ti?»

Tarsio se burlaba en su interior, pensando:

—¡Imbécil!

Al amanecer, oyóse detener algunos caballos ante el alojamiento de Pacheco.

—¿Serán ellos?—preguntóse Tarsio.

Y salió presuroso.

En efecto, Zoraida y Alí eran.

Para viajar con más seguridad, los dos hermanos habían abandonado sus trajes moriscos, y la joven vestía de hombre, semejando un gentil mancebo.

Al ver al idiota, preguntáronle, ansiosos:

—¿Vive aún?

Y al obtener una respuesta afirmativa, sonrieron de gozo.

También ellos, a impulsos de su odio, habían temido llegar demasiado tarde.

Púsoles al tanto Tarsio del estado del enfermo, y ellos, a su vez, diéronle explicaciones de su viaje.

Lo habían realizado a marchas forzadas, caminando de día y de noche, sin descansar más que el tiempo necesario para que sus cabalgaduras no cayesen reventadas en mitad del camino.

Pero ¡al fin estaban allí!

—Conviene preparar a nuestro señor para recibiros—díjoles el idiota—, a fin de que la impresión que reciba no sea demasiado violenta y adelante su muerte. Los momentos de esa existencia que tanto odiamos nos son preciosos.

Así lo convinieron, y Tarsio entró a preparar a su señor, mientras los dos hermanos tomaban algún descanso para reponerse de las fatigas del camino.

A pesar de las precauciones que tomó el idiota, la emoción de Pacheco fué grande al saber que estaban allí Alí y Zoraida.

Quiso verlos en seguida, y se presentaron a él.

La mora fingió una vez más con tanta perfección como otras veces había fingido.

Se abrazó a él llorando, y díjole:

—Al saber que tu preciosa vida peligraba, señor, mi hermano y yo hemos querido venir a cuidarte. No hubiéramos estado tranquilos de otro modo.

En parecidos términos habló Alí, y los dos invocaron a Alá, como testimonio de la sinceridad de sus protestas.

No necesitaban tanto para ser creídos.

El de Villena les creyó sin dificultad alguna, y les demostró su gratitud con sus miradas, ya que no podía hacerlo de otro modo.

Contra lo que todos esperaban, pareció iniciarse en el enfermo una ligera mejoría; mas fué cosa pasajera, motivada por la misma excitación nerviosa que la improvisada llegada de los dos hermanos le había producido.

Aquella misma tarde se agravó aún más, y el médico dijo:

—De esta noche sí que no sale.

Todas las apariencias parecían confirmar su vaticinio.





CAPÍTULO XXI

La muerte de un malvado

Era media noche y Tarsio, Alí y Zoraida hallábanse en torno del lecho donde agonizaba Pacheco.

La agonía había empezado algunas horas antes y era lenta, dolorosa.

El moribundo dejaba escapar de vez en cuando guturales sonidos que eran como gemidos de dolor ó gritos de angustia.

Seguía sin poder articular palabra, y sus ojos hundidos expresaban con muda elocuencia cuanto sufría.

Sus víctimas, los que él creía sus leales amigos, gozaban viéndole sufrir.

Era la única venganza que podían tomar ya de los males que de él recibieron.

La presa que consideraban segura escapábaseles de entre las manos; y esto aumentaba su ferocidad.

Para mayor desdicha suya, el de Villena conservaba sus facultades todas, de modo que se daba perfectamente cuenta de lo que á su alrededor ocurría.

Extrañóle la expresión del rostro de aquellos, poco antes tan humildes para con él, y les interrogó con la mirada.

Ellos echáronse á reir, con lo que aumentó la sorpresa del moribundo, uniéndose á ella cierta inquietud.

¿Por qué reían, como si se burlasen de él, los que juzgaba debían estar tristes y pesarosos por su muerte, próxima y segura?

* * *

Pronto tuvo la explicación de aquel enigma.

Después de cruzar una mirada de inteligencia con los dos hermanos, sus cómplices, Tarsio inclinóse sobre el lecho y dijo, con acento de odio reconcentrado:

—Marqués de Villena, ¿te acuerdas de mi madre?

Pacheco se estremeció.

—Era honrada y feliz,—continuó diciendo el falso idiota,—y por tu causa perdió dicha y honra. Murió por no poder sufrir la afrenta de que la hiciste víctima, y por tu culpa murió también mi padre, cuyos buenos servicios pagaste con el engaño y el deshonor. Por tí quedé sólo en el mundo, desamparado... ¡Eres tan necio que has creído que yo podía olvidar todo esto y hasta tenerte cariño! Te has equivocado. En mí no ha habido para tí otro sentimiento que odio, y á impulsos de él he procurado vengarme destruyendo tus planes. Muchas de las contrariedades que has sufrido, fueron obra mía. Mi venganza no está aún terminada; la muerte te arrebata á ella; pero no importa: vas á comparecer ante Dios, y él me vengará, castigando como merecen todos tus crímenes. ¡La condena-

ción eterna te aguarda, en cambio de lo que hiciste sufrir á tus inocentes víctimas!

* * *

A la sorpresa sucedió en Pacheco el espanto.

Nunca creyó que Tarsio pudiera hablarle de aquel modo.

Volvióse hacia los dos hermanos, como pidiéndoles ayuda, y vió que también se inclinaban sobre él, amenazadores, terribles.

—¡Marqués de Villena!—exclamó entonces Zoraida.—¿Te acuerdas de la orfandad en que á mi hermano y á mí nos sumiste, sin razón para ello, sólo por satisfacer tus sanguinarios instintos?

—La paz y la dicha reinaban en nuestro escondido aduar,—añadió Alí,—y tú las destruiste.

—Mataste á nuestros padres.

—Incendiaste nuestra casa.

—Te complaciste en nuestra desventura.

—¡E hipócrita nos dispensaste una protección que no podía compensarnos del mal que nos habías hecho!

—Hemos vivido á tu lado odiándote.

—Hemos crecido acariciando la idea de nuestra venganza.

—La muerte te arrebata á nuestro castigo, y no pudiendo demostrarte ya de otro modo nuestro aborrecimiento, nosotros te maldecimos en nuestro nombre y en el de nuestros padres.

—¡Y que tu Dios te maldiga, como al nuestro hemos pedido repetidas veces que te maldijera!

* * *

Lleno de pavor, Pacheco giró en torno suyo la ansiosa mirada, buscando quien le protegiese.

No tenia ya fuerzas para intentar defenderse por sí mismo.

—Es inútil que busques auxilio, porque nadie te lo prestará,—dijo Tarsio.—Todos te aborrecen por tus maldades y te abandonan en la hora de tu muerte. Hasta tu familia.

—No habrá quien derrame por tí una lágrima,—añadió Zoraida.

—Y tu patria, á la que has sido traidor tantas veces,—agregó Alí,—maldecirá tu nombre.

—Te aguardan la condenación en la otra vida y el desprecio á tu memoria en esta.

—¡Justo castigo á los malvados y traidores como tú!

—A las generaciones venideras, tu recuerdo pasará perpetuado, como el de un monstruo de perversidad.

—Tu muerte será tenida como un bien por todos.

—Y los mismos á quienes consideras tus amigos, por haberles colmado de favores, dirán con alegría al saber que ya no existes: «nos hemos librado de un tirano.»

* * *

Daba compasión el infeliz Pacheco, á pesar de sus maldades.

Bien caras las pagaba.

Convencido, aunque tarde, de que aquellos séres que le rodeaban tenían motivos sobrados para odiarle y maldecirle, cruzó las manos con ademán humilde y les miró como pidiéndoles indulgencia.

¡Ni podía hablar para sincerarse y formular sus súplicas de otro modo!

Ellos se echaron á reir.

—¡Compasión pides!—dijo Tarsio.—No la esperes. ¿La

tuviste de mi madre, cuando llorosa te suplicaba que respetases su honra?

—¿La tuviste de los mios,—agregó Zoraida,—cuando sorprendidos por tí y tus hombres les matásteis indefensos?

—¿La tuviste jamás de tus víctimas?—añadió Alí.

—Sufre lo mismo que por tu culpa han sufrido otros.

—Aprende á comprender lo que son las súplicas desatendidas, los ruegos despreciados.

—¡Expía en tus últimos instantes todas las injusticias de tu miserable existencia!

Y fieros, arrogantes, los tres se erguían ante él amenazadores.

* * *

Con un esfuerzo supremo, el moribundo se incorporó.

Su aspecto era tal, tan terrible, que instintivamente, los que le rodeaban retrocedieron algunos pasos.

Tenía el rostro inyectado en sangre, los ojos parecían querer saltársele de las órbitas y sus inútiles esfuerzos para hablar, arrancaban á su garganta guturales sonidos, desgarradores, roncos.

Pareció que iba á saltar de la cama para demandar auxilio, para huir de los que en la hora de la muerte se gozaban en su martirio.

Fué á hacerlo, pero en el momento mismo de intentarlo, desplomóse de nuevo en el lecho, como si las energías le abandonasen, lanzó un grito terrible y quedó inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos, vidriosos, fijos.

Los que le rodeaban sintiéronse sobrecogidos de espanto.

Pasados unos instantes, viendo que no se movía, Tarsio acercóse á él y le puso una mano sobre el corazón.

—¡Muerto!—exclamó.

—¡Muerto!—repitieron los dos hermanos.

En efecto, había fallecido.

Aquel grito que se escapó de su garganta, fué el último adios con que se despidió de la vida, en la que tanto mal había hecho, pudiendo hacer tanto bien. (1)



(1) Todos los cronistas de la época convienen en que Pacheco murió del modo que queda descrito, de una hinchazón en la garganta, en Santa María, á dos leguas de Trujillo.—N del A.



CAPÍTULO XXII

¡Libres!



EN el momento mismo de morir Pacheco, oyóse ruido de caballos que se detenían delante de la casa.

Tarsio corrió á asomarse á la ventana.

—¿Quién es?—le preguntó Zoraida.

—El hijo del difunto,—respondió el idiota.

—¿Su heredero?

—Sí.

—A tiempo llega.

—No se ha apresurado mucho á venir á recoger el último suspiro de su padre.

—Prueba elocuente de lo mucho que le ama.

—¿Quién podía amar á semejante mónstruo? Ni aún sus hijos.

Alí intervino en la conversación, diciendo:

—¿Qué hacemos?

Tarsio reflexionó un instante.

—Huir,—dijo, al fin.

Los dos hermanos le miraron sorprendidos.

¿Por qué huir?

Ningún peligro les amenazaba.

El falso idiota comprendió el significado de aquella mirada y añadió precipitadamente:

—Quedaos vosotros si queréis, pero yo me alejo. Para los nobles, los plebeyos no somos ni siquiera seres humanos; somos cosas. Como tales nos consideran. El nuevo marqués de Villena nos considerará como cosa suya, como si formásemos parte de la herencia de su padre y nos tratará como á esclavos y solo conseguiríamos cambiar de tirano. Yo no quiero la esclavitud ni quiero depender de nadie; quiero la libertad y la independencia. La vida de D. Juan era el lazo que á él me unía, ansioso de venganza. ¿El lazo se ha roto? Pues me emancipo. Prefiero la miseria al vergonzoso vasallaje en que he vivido hasta ahora.

* * *

Estas palabras hallaron eco en el corazón de los dos hermanos.

También ellos querían ser libres; pero impresionados por las circunstancias mismas, no habían pensado en su propia situación.

—¡Sí, libertad! - exclamó Zoraida.

—¡Huyamos!—añadió Alí.—Pero, ¿por donde sin que tropecemos con los que acaban de llegar y á esta estancia se dirigen, sin duda?

—Por aquí,—respondió Tarsio, abriendo una puertecilla que había al otro lado del lecho.—Yo me comprometo á poneros en salvo. Pero no nos detengamos un instante más ó somos perdidos. Vamos. Llega gente...

En efecto, en la antecámara oíase rumor de pasos.

—Vamos,—repitieron los dos moros.

Y se lanzaron á la puertecilla que Tarsio acababa de abrir.

Antes de desaparecer por ella, detuviéronse para lanzar una última mirada de odio al cadaver de Pacheco.

Luego salieron.

Ya era hora.

En el momento mismo de ellos desaparecer, cerrando la puerta, abrióse la de la antecámara y se presentó el hijo de D. Juan, al que seguían algunos caballeros y servidores.

Acababa de llegar enterado, aunque tarde, de la gravedad de su padre.

*
* *

Viendo que en la estancia no había nadie, el recien llegado preguntó sorprendido:

—¡Cómo! ¿Teníais abandonado al enfermo?

—Tarsio le cuidaba,—respondiéronle.

—¿Y dónde está?

—No sé.

—Su ausencia es inexplicable.

Acercóse al lecho y exclamó con espanto:

—¡Muerto!

Todos se aproximaron y convenciéronse de que efectivamente Pacheco no era ya más que un cadaver.

¿Sintió el hijo la muerte de su padre?

Difícil sería asegurarlo, aunque casi puede decirse que no.

El difunto no había hecho nada para que nadie, ni aún sus hijos, sintiesen su pérdida.

Fué la encarnación del egoismo más exajerado.

No obstante, su heredero tenía que fingir gran pesar y lo fingió lo mejor que supo.

Pasados los primeros instantes de aparente dolor, extrañando la desaparición de Tarsio, ordenó:

—¡Que se le busque!

Obedeciéronle.

Buscaron al idiota por todas partes, pero no se le encontró.

Pronto olvidáronse de él, pensando sólo en rendir al difunto toda clase de honores, no por respeto á su memoria, sino por vanidad é hipocresía.

En su interior, todos pensaban:

—La muerte nos ha librado de un malvado.

Es el único epitafio que consiguen y merecen los que viven como Pacheco había vivido.

* * *

Mientras tanto, Tarsio, Alí y Zoraida alejábanse de allí todo lo aprisa que les era posible.

Por corredores escusados llegaron á la cuadra, ensillaron tres caballos, montaron en ellos y partieron á galope, sin que nadie les viera.

La confusión producida por las primeras noticias de la muerte de Pacheco favoreció la fuga.

Cuando pensaron en buscarles ya estaban lejos y no era fácil que les alcanzaran.

Durante algunas horas corrieron sin descanso.

Temiendo que sus caballos cayesen reventados, detuviéronse, al fin, en una venta, donde tomaron algún alimento, reposaron algunas horas y decidieron lo que debían hacer.

—Lo que será de mí de hoy en adelante,—dijo Tarsio,—lo ignoro. Me confiaré á la ventura y que ésta se cuide de depararme el porvenir que más le cuadre. Siendo como soy solo, las penalidades no me asustan. Tendré valor para sufrirlas y salir en bien de ellas.

Y añadió:

—Por consiguiente, debo separarme de vosotros. Unidos me estorbaríais y os estorbaria. Esto no quiere decir que si alguna vez necesitáis de mí y yo puedo ayudaros, sea en lo que sea, no lo haga con la mejor voluntad.

* * *

Nada tuvieron los dos hermanos que oponer á estas razones.

Eran justas.

—Y nosotros,—preguntó Alí á Zoraida,—¿qué hacemos?

—Lo que tú decidas,—respondió la mora.

—Mi decisión no puede ser más que una.

—¿Cuál?

—¿No la sospechas?

—No.

—Regresar á nuestra patria.

Zoraida se estremeció.

Regresar á su patria era renunciar para siempre al amor de D. Diego, al cual adoraba más cada día.

Mas, ¿cómo decir á su hermano que prefería quedarse en tierra de cristianos, por amor al poeta?

Guardó silencio.

Con emoción y ternura, Alí, añadió:

—Volvamos junto á los nuestros, visitemos los lugares donde nacimos, besemos el sitio donde se alzó nuestro aduar, visitemos la tumba de nuestros padres, demostremos á nuestros hermanos que la ausencia no nos ha hecho olvidarles. Pajarillos prisioneros, recobrada la libertad, debemos regresar á nuestro nido. Allí no faltará quien apoyo y amparo nos preste.

—Volvamos á nuestra patria, puesto que así lo deseas, —respondió Zoraida, con una firmeza que no dejaba traslucir sus verdaderos sentimientos.

Pero mientras tal decía, pensaba:

—¿Cómo me he de separar del bien que adoro? ¡Imposible! Correré en su busca y me quedaré á su lado.

* * *

Una vez hubiéronse repuesto de la fatiga de su precipitada fuga, los tres aliados dispusiéronse á emprender de nuevo la marcha.

Salieron juntos de la venta, y al llegar á un sitio en el que el camino se dividia en dos, detuviéronse para despedirse.

Tarsio debía seguir por uno y los dos hermanos por otro.

Había llegado la hora de la separación.

El idiota abrazó á Zoraida y Alí.

—Vuestro Dios os proteja,—díjoles, un tanto conmovido.

—Y á tí el tuyo,—respondiéronle ellos, también emocionados.

Y no se dijeron más, pero alejáronse haciendo votos por su felicidad.

—¡A Segovia!—partió exclamando Tarsio.

Alí dijo:

—A Cádiz, para embarcar en el primer bajel que parta para las costas africanas.

Zoraida sonrió murmurando:

—Partirás tú solo.





CAPÍTULO XXIII

Por el amor



omo la distancia que tenían que recorrer era larga y no contaban con recursos de ninguna clase y á la vez tenían que adoptar ciertas precauciones para que no les encontrasen si les perseguían, después de la primera jornada los dos hermanos pensaron en el modo de allegar dinero y proseguir su viaje en las mejores condiciones posibles.

—A mí no me consultes nada,—dijo Zoraida.—Yo aprobaré cuanto tú dispongas.

Alí creyó esta incondicional obediencia una prueba de cariño, cuando era todo lo contrario.

Tras mucho pensar, resolvió vender los caballos.

Era lo único de algún valor que poseían.

Cierto que así tendrían que hacer el viaje á pié, lo que

sería más molesto y más largo; pero no les quedaba otro remedio.

Además, no tenían prisa y caminando á pié hasta Cádiz, podrían ocultarse mejor si eran perseguidos.

El moro dijo á su hermana lo que había resuelto y ella respondióle:

—Ya te he dicho que estoy dispuesta á acatar tu voluntad en todo.

* * *

No les fué difícil encontrar comprador para sus caballos, pues eran buenos y estaban prontos á cederlos por lo que les dieran.

En una venta se los compró un traginante, pagándolos en menos de la mitad de su valor.

Ya tenían dinero.

Pero no bastante para lo que tenían que gastar en el camino y para lo que hubieran de pagar al patrón del barco que les condujese á Africa.

Además, debían pensar en disfrazarse.

Esto preocupaba sobremanera á Alí.

Siguieron su viaje á pié, y llegado que hubieron á una población bastante populosa, cuyo nombre ignoraban, el moro procuró enterarse de donde vivía alguno de los judíos que en todas las poblaciones se dedicaban á mercaderes.

Diéronle las señas de uno que según referencias tenía sus almacenes muy bien surtidos, y á su casa se encaminó el moro con su hermana.

Pronto se entendieron.

A cambio de los que llevaban y una cantidad encima, el judío cedióles dos trajes de húngaros, uno de hombre y otro de mujer.

Poco escrupuloso, como todos los de su raza, cuando

se trataba de negociar, ni se mostró extrañado siquiera de que Zoraida fuese vestida de hombre.

Podían fiar en su discreción, por la cuenta que á él mismo teníale callar.



Disfrazados de tal modo, conseguían dos cosas: la primera, evitar que pudieran reconocerles; la segunda, aumentar sus recursos.

Porque acompañándose con la pandereta que llevaba en la mano y al compás de un instrumento que tañía Alí, Zoraida debía cantar y bailar en calles y plazas, recogiendo las monedas que quisiesen darle.

La joven se prestó á todo con excesiva complacencia.

Repugnábale aquel modo de ganarse la vida; pero decíase:

—Así como antes he sabido resignarme á todo y esperar la hora de la venganza, sabré esperar ahora la del amor.

Jamás profirió una queja.

Su hermano, como para animarla, hablábale de su patria, á la que llegarían, al fin.

El entusiasmábase hablándole de aquel modo y ella sonreía oyéndole.

Así continuaron su camino.

La gente tomábalos por zíngaros verdaderos y las colectas eran abundantes, gracias á la belleza de Zoraida y á su maestría en el canto y el baile.

Reunieron en algunos días más de lo que necesitaban para llegar al término de su viaje, y entonces apresuraron la marcha.

Alí ansiaba verse cuanto antes junto á los suyos y Zoraida fingía tener el mismo deseo.

Llegaron, por fin, á Cádiz.

Su viaje había sido mucho más rápido de lo que esperaban.

Inmediatamente se encaminaron al puerto.

En él había anclados varios barcos.

Uno de ellos había de hacerse á la mar aquella misma madrugada con rumbo á Africa.

—La suerte nos proteje,—dijo Alí.—¡Pronto estaremos en nuestra patria querida!

Habló con el patrón del barco y se entendieron fácilmente.

Mediante una corta cantidad consintió en transportarlos á los dos.

Mientras hablaban Alí y el marinero, Zoraida se fijó en el segundo.

Su aspecto no era recomendable.

De mirar receloso, advertíanse desde luego en él la codicia y la maldad.

Esto, lejos de asustar á la mora, pareció complacerla.

—Creo que nos entenderemos,—pensó.

Y sonrió satisfecha.

No dijo nada, y cuando su hermano le propuso que se trasladaran inmediatamente al barco para esperar la hora de la partida, accedió contenta.

Tenía formado su plan y contaba realizarlo sin el menor inconveniente.

* * *

La jornada había sido fatigosa, pues para llegar cuanto antes á Cádiz apresuraron la marcha, y Alí se durmió en cuanto estuvieron á bordo.

Era de noche.

Sentada sobre cubierta, la mora contemplaba el cielo, como si preguntase á las estrellas su porvenir.

Cuando se convenció de que su hermano estaba bien dormido, encaminóse en busca del patrón.

—Tengo que hablaros,—le dijo.

Y sin más preámbulos le expuso su deseo de este modo:

—El hombre con quien voy no es mi hermano, aunque él así lo dice. Me lleva á la fuerza y no quiero ir con él. Vos podéis salvarme. ¿Cuánto queréis por conducirme á tierra momentos antes de que el barco se haga á la mar, sin que ese hombre se entere?

El patrón no se mostró ni sorprendido ni receloso.

—¿Cuánto puedes tú darme?—interrogó á su vez.

—Esto,—respondió Zoraida.

Y púsole en las manos un bolso en el que había reunido cuantas monedas pudo, sin que su hermano lo supiera.

Contó el patrón el dinero y dijo:

—Poco es. ¿No tienes más?

—No.

—¡Bah, no importa! Haré lo que deseas.

Y le volvió la espalda.

Estaban entendidos.

* * *

Pasó la noche.

Comenzaba á clarear el nuevo día, cuando el patrón se acercó á la mora diciéndole:

—Vamos.

Alí dormia.

Zoraida dirigióle una cariñosa mirada de despedida y respondió:

—Vamos.

Un bote estaba preparado.

La joven saltó á él y poco después llegaba á tierra.

El bote regresó al barco y en seguida este, sueltas las amarras, se alejó, balanceándose sobre las olas.

Zoraida lo contempló, diciendo:

—¡Adios, hermano mío! ¡Por mi amor te abandono!... ¡Perdóname!

Y se internó en las calles de la población, murmurando:

—Ahora á Segovia en busca de mi D. Diego.

Estaba el barco ya en alta mar, cuando se despertó Alí.

En seguida notó la ausencia de Zoraida.

Preguntó por ella y no le respondieron.

El pobre joven la buscó como un loco por todos los rincones del barco.

No la encontró.

Convencióse de que le había abandonado.

Adivinó la causa, y llorando de dolor y de cólera, exclamó:

—¡En nombre de nuestro Dios, de nuestros hermanos y de mi cariño, yo la maldigo por infame y perjura! ¡Ay de ella si algún día vuelve á mi lado!





CAPÍTULO XXIV

Las postrimerías de un reinado



A noticia de la muerte de Pacheco impresionó profundamente al rey, quien vuelto á Madrid de su viaje, hubo de guardar cama por no ser el estado de su salud nada satisfactorio.

La enfermedad sufrida en Segovia había dejado muy mal parada su débil naturaleza.

En el lecho supo que su favorito había muerto y su dolencia empeoró.

Entráronle remordimientos, muy propios de su caracter apocado.

Unas veces pensaba:

—Fuí un ingrato para con el pobre Villena, que tantos y tan buenos servicios me prestó en vida. Pues que le llamaba mi amigo, debí permanecer junto á él para cuidarle, en vez de huir cobardemente, por miedo al contagio, en

cuanto de su enfermedad tuve aviso. Quién sabe si habrá muerto maldiciendo mi ingratitud!

Otras veces, recordando muchas de las cosas que su favorito y él habían hecho y acerca de las cuales su conciencia no estaba muy tranquila, decíase:

—Tarde ó temprano se paga el mal que se hace. El infeliz Pacheco ha recibido ya con la muerte el castigo de sus faltas ó errores; ahora me tocará á mí. Acaso me halle condenado á morir de un momento á otro como él, de un mal terrible, incurable, imposibilitado para hablar y sin tiempo para poner en orden mis asuntos.

* * *

Con estos pensamientos, el terror apoderábase de él empeorando su estado y viviendo casi en un contínuo delirio.

Las noches, sobre todo, eran para él terribles.

Pasábalas casi todas ellas en vela, y si conciliaba el sueño un instante, asaltábanle pavorosas visiones que le hacían despertar sobresaltado.

Creía ver á Pacheco, quien envuelto en blanco sudario, presentábase para echarle en cara su ingratitud y decirle:

—Pronto nos reuniremos; vuestro fin se acerca; temblad porque llegue, pues sufriréis las mismas penas del infierno que yo sufro.

Para evitar lo que él creía apariciones y no era otra cosa que delirio de su fantasía debilitada, tenía siempre á su lado alguna persona de su confianza.

Pero ni aún así se libraba de aquel tormento.

Hasta delante de gente veía aquellos fantasmas que le enloquecían.

Como que eran forjados por los remordimientos de su conciencia sobresaltada.

Los cortesanos, que no amaban á D. Enrique, que todo lo más teníanle una compasión muy parecida al desprecio, comenzaron á murmurar que el rey estaba loco y era preciso obligarle á que abdicara.

Y aquí comenzaron de nuevo las intrigas.

Unos pretendían que abdicase en su hija Juana; otros en su hermana Isabel.

Pero no llegó el caso de que ni aquellos ni estos le expusieran su pretensión.

* * *

Nadie mejor que D. Enrique mismo conocía su estado, y conociéndolo, nadie mejor que él comprendía la necesidad en que se hallaba de arreglar sus cosas.

Sin embargo, no las arregló por miedo.

—Si hago una declaración terminante en favor de la princesa D.ª Juana, proclamándola como mi heredera,—pensaba,—excitaré el odio de los partidarios de Isabel; y si del lado de Isabel me inclino, disgustaré á los partidarios de la otra.

Lo más cómodo, pues, era no hacer nada y nada hizo, aunque sabía muy bien que á su muerte se encendería la guerra civil, tratando de defender las dos princesas sus respectivos derechos á la corona.

Pero con egoismo mezquino, decíase:

—Allá ellos. Una vez muerto, poco me importa lo que hagan ni lo que ocurra. Yo no lo he de ver ni he de sufrir las consecuencias...

Con lo que demostraba no tener corazón ni de padre ni de hermano.

La cobardía sobreponíase en él á los más naturales sentimientos.

* * *

Mejoró algo el rey, aunque sin curar del todo, y en seguida, con gran admiración de la corte entera, mandó celebrar en la capilla del palacio solemnes exequias, para honrar la memoria de Pacheco.

Nunca favorito alguno mereció tan alta distinción, y de aquí el escándalo y admiración de la corte.

Mas el monarca no daba aquella pública y aparatosa muestra de dolor por cariño y respeto á la memoria del difunto, sino por remordimiento.

Creyó acallar así los gritos de su conciencia y librarse de aquellas visiones que tanto le atormentaban.

D. Enrique en persona asistió á las exequias vestido de negro, como si llorase la muerte de una persona muy querida, y estuvo arrodillado durante toda la ceremonia, á pesar de su estado.

Ni cuando la muerte de su padre hizo tantas manifestaciones de pesar.

Como aquello era sobradamente exajerado, para que fuese sincero, muchos se burlaron de él y de su hipocresía.

De todas maneras, el triunfo de Pacheco, hasta después de muerto, excitó la envidia de los que en vida le habían odiado; y como ya no tenían que temerle, las honras fúnebres en su honor dispuestas, sirvieron solo para evocar recuerdos y dar origen á murmuraciones que en nada le favorecían.

* * *

Aún hizo más el monarca para honrar la memoria de su favorito.

El mismo día de las exequias, después de salir de la capilla, reunió en un salón á toda su corte.

Allí, en presencia de todos, abrazó al nuevo marqués

de Villena, hijo del difunto, vertiendo abundantes lágrimas.

Luego le dijo:

—En memoria de vuestro padre y en premio á la lealtad con que siempre me sirvió y para que vos me sirváis lo mismo, yo os confirmo en la posesión de todas las ciudades, villas y fortalezas de la corona, que él disfrutaba.

Estas palabras levantaron un sordo murmullo de protesta.

Las mercedes del rey para con el hijo del difunto eran á todas luces injustas, y había allí muchos nobles caballeros que se creían con más derecho á ellas.

—Además,—prosiguió el monarca, sin hacer caso de los murmullos:—os nombro también, como á vuestro padre, gran maestre de Santiago, con todas las prerogativas, preeminencias y privilegios á ello inherente.

*
* *

Esto era ya demasiado y los presentes acentuaron sus protestas.

El rey, á pesar de su autoridad, no podía nombrar por sí solo el gran maestre de una orden, sin consultarlo, al menos, con los caballeros y comendadores de la misma.

Así constaba en las pragmáticas reales y pontificias de su fundación.

Este requisito no se había cumplido, aparte de que el nombramiento recaía en una persona que no era del agrado de nadie.

Fué aquella una de las pocas veces que D. Enrique mostró estemporánea energía.

—Esto quiero y ordeno,—exclamó, imponiéndose á los nobles,—y esto será.

Y se retiró, después de recibir las manifestaciones de gratitud del hijo de Pacheco.

La voluntad del monarca fué verdaderamente cumplída.

El nuevo marqués de Villena fué gran maestre, sin corresponderle tal honor ni merecerlo.

Mas esto aumentó el vacío en torno de D. Enrique, haciéndole perder la mayor parte de los pocos partidarios que tenía.

Casi todos ellos fueron á engrosar las filas de los defensores de Isabel, y los que así no lo hicieron, no fué por adhesión al rey, sino por lástima á la *Beltraneja*.

Todo lo que ocurría era preparación de los grandes acontecimientos que se acercaban.





CAPÍTULO XXV

Flaquezas reales



ON frecuentes alternativas que hacían temer á cada instante por su vida, D. Enrique vivió desde entonces siendo rey únicamente de nombre.

No se cuidaba de nada ni en nada intervenía.

Abandonó por completo el gobierno á las personas que le rodeaban, sin inspeccionar siquiera sus actos.

Esto aumentó el desbarajuste y el desorden.

Cometiéronse más abusos que nunca, y aunque el monarca no tenía la culpa de ellos, pues ni aún los conocía, á él éranle achacados, con lo que fué aumentando su impopularidad.

No hubo revueltas ni rebeliones, porque el pueblo estaba ya cansado de guerras y porque esperaba que todo tuviese pronto término con la muerte del rey; pero no ha-

bía quien no desease que aquella muerte llegara, considerándola como un bien.

¡Triste suerte la de aquel cuya existencia llega á hacerse odiosa ó indiferente, al menos!

Y más tratándose de un monarca, el cual tiene hasta la obligación de hacerse amar por sus vasallos, sobrándole medios para conseguirlo.

* * *

El caracter hasta entonces siempre dulce de D. Enrique, volvióse desigual é irascible.

Unas veces estaba sombrío y melancólico, como si presintiese su próximo fin y le doliera abandonar una existencia que tan mal había empleado; otras veces organizaba fiestas y diversiones, cual si quisiese invertir en el placer el poco tiempo que le quedaba de vida.

Pero ocurría casi siempre que en lo mejor de aquellas fiestas, las fuerzas le abandonaban, sobreveníale un accidente y todo concluía tristemente.

Seguía á esto una temporada de recogimiento y calma, durante la cual, el rey castigaba como un crimen la más leve sonrisa.

El sufría y deseaba que todos los demás sufriesen ó lo aparentasen, al menos.

Desequilibrado en todo, como un ser en quien por su propia debilidad se sobrepone el sistema nervioso con sus desigualdades y arrebatos, unas veces llevaba sus manifestaciones religiosas hasta el fanatismo, pasándose horas en la capilla de palacio entregado á la oración y rodeándose de frailes y sacerdotes, y otras mostrábase incrédulo hasta el ateismo.

Según el estado de su conciencia, sujeta á todas las alternativas del remordimiento.

Con todo lo cual, servia de objeto de burla á los pocos que le rodeaban y presenciaban sus flaquezas y sufrían sus caprichos.

* * *

No era más cuerdo y consecuente en sus sentimientos.

La princesa D.ª Juana era la persona más allegada que tenia á su lado, y unos días teníala de continuo junto á sí, no permitiendo que se separase de él un instante; y otras, por el contrario, no quería ni aún verla.

En el primer caso, colmábala de caricias, diciéndole:

—Perdóname, hija mía, las injusticias que he cometido contigo. Las reconozco y me arrepiento de ellas. Eres mi hija verdadera y única y sólo en tu cariño puedo hallar consuelo á mis desengaños.

Los que de este modo le oían expresarse, pensaban:

—D.ª Juana será la heredera del trono.

Y la adulaban á fin de congraciarse con ella, para cuando llegase á reinar.

Pero llegaban los otros días, aquellos en que el rey no quería ver ni á D.ª Juana, y mostraba hacia ésta un desprecio humillante, y recordaba sin cesar á su hermana, diciendo:

—Isabel es buena; la juzgué mal; si ella estuviese á mi lado, tendría quién me quisiese y consolase.

Con lo que los cortesanos no sabian qué hacer ni por cual de las dos princesas decidirse.

El mismo D. Enrique, si le hubieran puesto en el caso de tener que decir franca y lealmente á cual de las dos prefería, hubiérase visto en gran apuro.

* * *

De lo expuesto resultaba, que D.ª Juana era la víctima inocente de todo y de todos.

Sufrió las consecuencias de los devaneos de su madre y sufría ahora las de los caprichos del rey.

En nadie encontró nunca cariño sincero y constante.

Cuando el monarca estaba de malas y no la llamaba para que estuviese junto á él, pasábase la vida sola en sus habitaciones, llorando muchas veces, triste y pensativa siempre.

Aquella vida engendró en ella una idea.

La de renunciar al mundo en el que, á pesar de su juventud, tanto había ya sufrido.

¿Qué perdía renunciando á él?

Nada.

A lo menos viviría tranquila en el ignorado rincón de un claustro.

Tal cuerpo tomó en ella este pensamiento, que hasta lo confió á D. Enrique, pidiéndole su vénia para realizarlo.

Pero escogió mal la ocasión.

Habló de ello un día que el rey estaba de buenas, y ni la dejó concluir siquiera.

La interrumpió abrazándola y diciéndole:

—¿También tú quieres abandonarme? ¡No lo consiento! ¿Qué será de mi si tú me dejas? Además, no te perteneces. Eres mi sucesora y te debes á tu pueblo, cuya felicidad habrás de hacer algún día.

Resultado, que la infeliz no se atrevió á volver á hablar de su deseo, aunque seguía pensando en ello más que nunca.

A solas decíase:

—Aunque no quieran permitírmelo, tengo para mí que algún día habré de hacerlo, obligada por las circunstancias.

* * *

A todo esto, de D.ª Isabel y su esposo no sabíase otra

cosa sino que continuaban en Segovia, queridos y respetados, sumando cada día más partidarios á su causa.

Cuando D. Enrique cayó por segunda vez enfermo, á raiz de la muerte de Pacheco, los príncipes enviáronle un mensaje interesándose por su salud.

«Al fin sois nuestro hermano muy querido,—escribíanle,—vuestras injusticias para con nosotros os perdonamos, considerándolas más sugeridas por los que os rodean que consecuencia espontánea de vuestros sentimientos, y vuestra salud nos interesa sobre todo (1)

Después hablaban discretamente de la muerte de Pacheco, considerándola un bien y deseando que Dios le hubiese perdonado, como ellos le perdonaban.

De momento, aquel mensaje indignó al rey, cuando debiera haberle halagado, por el interés que demostraba.

—¡Hipócritas!—exclamó.-¿Tienen aún la audacia de escribirme, fingiéndome afecto?

Pero luego, pasado algún tiempo, lo recordó más de una vez, diciendo conmovido:

—Mis hermanos son buenos y me aman; bien me lo han demostrado.

Mas con todo esto no acababa de decidirse ni por doña Juana ni por D.ª Isabel, y todos preguntábanse:

—¿Quién será la heredera del trono?

Cuestión importante que aún no estaba resuelta.



(1) De la colección de cartas y documentos reales existente en la biblioteca Nacional de Madrid.—N. del A.



CAPÍTULO XXVI

¡El rey ha muerto!



ASÓ el verano, llegó el invierno, y con los primeros fríos agravóse el estado de salud del monarca.

Desde que empezó el otoño no salía de sus habitaciones.

Su abandono de los negocios del Estado fué mayor que nunca.

Si sus consejeros iban á hacerle alguna consulta, por grave que fuera, interrumpíales diciendo:

—Disponed vosotros lo que mejor os parezca; para eso os he revestido de toda mi autoridad. Ya no quiero entender en nada ni saber nada. Dejadme acabar tranquilo mis días.

Conocía mejor que nadie que su fin se acercaba.

Tomando pié de ello, alguien se atrevió á decirle:

—Pues si la muerte teméis, señor, y el cielo haga que

vuestros temores no se confirmen, preparaos, tomando vuestras disposiciones, por lo que pueda ocurrir.

A lo que él respondió:

—Mis disposiciones están ya tomadas.

Pareció dar á entender con ello que tenía hecho testamento y que su voluntad sería conocida después de su muerte.

Era mentira.

Fué un subterfugio de que se valió para que le dejasen en paz.

* * *

Así llegó el mes de Diciembre.

Hubo grandes nevadas en toda la península y el frío se hizo irresistible.

El rey hubo de guardar cama.

Los médicos declararon que no tenía enfermedad alguna, pero que se moría irremisiblemente.

La vida iba extinguiéndose en él poco á poco por el aniquilamiento de sus fuerzas.

Y cosa extraña; él, que tanto había temido la muerte, mostró entonces grandes esperanzas de vivir.

—Estoy bien,—decía.—No tengo otra cosa que frío, mucho frío. Cuando el tiempo mejore abandonaré el lecho y me repondré rápidamente.

¿Cómo contradecirle?

Daba pena oirle hablar de sus proyectos para cuando estuviese bueno, precisamente en los instantes en que su vida corría mayor peligro.

Sólo un milagro podía salvale y todos pensaban:

—No es de esperar que ese milagro se realice, porque no lo merece. Además, lejos de ser un bien sería un mal para sus reinos. Dios hace una obra de justicia y de misericordia, llevándoselo.

* * *

El 10 de Diciembre, el estado del monarca empeoróse repentinamente de tal modo, que todos comprendieron que había llegado el desenlace que esperaban.

El también lo conoció, cesando en sus esperanzas é ilusiones.

—Estaba engañado,—dijo con tristeza, pero sin desesperación.—¡Me muero!

Y pidió confesarse.

Hasta entonces, como había creído vivir, no pensó nunca en tal caso.

Si hubiese sido un simple particular, sus últimos momentos habrían sido edificantes.

Recibió los sacramentos con fervor ejemplar, y después de recibidos, á todos los presentes les pidió, con humildad conmovedora, que le perdonasen si en algo les había ofendido.

Pero á más de hombre era rey y como rey no hizo nada ni cumplió ninguno de sus deberes.

No dictó disposición alguna para la sucesión al trono ni tuvo una sola frase de interés dedicada á su pueblo.

Diríase que hasta llegó á olvidarse de su gerarquía.

No faltó quien le hiciese alguna indicación en tal sentido, y ni respondió siquiera.

***

Aquella noche, efecto de su gran debilidad, las facultades mentales del enfermo empezaron á obscurecerse y comenzó el delirio.

Los médicos de cabecera quedáronse junto á él, seguros de que la muerte sobrevendría de un momento á otro.

También quiso quedarse la princesa D.ª Juana, pero no se lo permitieron.

Lo que allí iba á suceder, quizá la impresionara demasiado.

Ella no mostró tampoco gran empeño.

La verdad era, que si no odiaba al que ni siquiera sabía si era su padre, pues en su corazón sencillo y bondadoso no cabía el odio, tampoco tenía motivos para amarle.

Erale indiferente y todo lo más le compadecía.

Retiróse, pues, á sus habitaciones, y lo que hizo fué no acostarse, por lo que pudiera ocurrir.

Durante aquella noche, pensó en su porvenir por vez primera.

¿Qué le reservaba el destino?

¿Estaba llamada á ceñir una corona á sus sienes y gobernar un pueblo?

¿Serían sus derechos desconocidos y despreciados?

¿Qué importancia tendría para ella la muerte del esposo de su madre?

Pensó en todo esto, pero á decir verdad, con cierta indiferencia.

De antemano resignábase á todo lo que le sucediera, fuese lo que fuese.

***

La noche transcurrió sin novedad.

El enfermo continuaba en el mismo estado.

Parecía mentira que aquel cuerpo tan débil, tuviera tantas fuerzas para luchar con la muerte y retener la vida.

Al amanecer empezó la agonía; una agonía lenta, dolorosa.

Por caridad, los que la presenciaban pedían á Dios que aquello terminase cuantos antes.

El moribundo debía sufrir horrorosamente.

Y menos mal que no se daba cuenta de nada; pero sus sufrimientos físicos debían de ser terribles.

Agitábase sin cesar entre las revueltas ropas del lecho,

con las facciones desencajadas, el rostro lívido, los ojos muy abiertos y la respiración jadeante.

De sus labios escapábanse sin cesar lastimeros gemidos.

*
* *

Después de muchos días lluviosos, aquella mañana brilló el sol esplendoroso.

Todo parecía reanimarse, nacer á nueva vida, mientras D. Enrique agonizaba.

Violento contraste que aumentaba la tristeza de aquella agonía.

Los que le rodeaban tenían fija en él la mirada ansiosa.

De pronto le vieron incorporarse en el lecho, con actitud y expresión tales, que algunos retrocedieron asustados.

Parecía un espectro más que un ser humano.

Fué la última convulsión, el último instante de aquella lucha desesperada entre la vida y la muerte.

El monarca cayó de nuevo sobre la cama y quedó inmóvil.

Había muerto.

Los que había presentes quedaron un momento silenciosos, mirándose con estupor.

Después exclamaron, reponiéndose de su emoción:

—¡El rey ha muerto!

Y por todo el palacio resonó de boca en boca la misma frase:

—¡El rey ha muerto!

Así acabó su vida Enrique IV de Castilla, en la mañana del 11 de Diciembre de 1474, á los cincuenta años de edad.

Su único epitafio fué el sobrenombre de *el Impotente*, con que luego le designó la Historia.

CAPÍTULO XXVII

¡Al fin reina!



OMO digimos antes, la princesa doña Juana pasó toda la noche en vela; pero al amanecer, rendida por el sueño y el cansacio, se acostó vestida y durmióse profundamente.

Antes de acostarse, envió una de sus camareras á enterarse de cómo seguía el rey.

Volvió diciendo que igual.

—Llamadme si ocurre alguna novedad,—ordenó la princesa.

El sueño de D.ª Juana fué inquieto.

Durante él, como sucede muchas veces, vió con clarividencia que tenía mucho de extraordinaria, lo que le reservaba el porvenir.

Hay sueños que parecen avisos de lo que nos espera.

Soñó que moría el rey, que la aclamaban á ella por

reina y que se sentaba en el trono empuñando el cetro y ciñendo á su frente la corona.

No era vanidosa y sin embargo la halagó el acatamiento con que la rendían homenaje todos los cortesanos.

Entre ellos había muchos de los que hasta entonces fueron sus enemigos.

Su elevación al trono bastó para convertirles en sus más entusiastas partidarios.

La princesa les dijo:

—Si de nuevo me persigue la desgracia, volveréis á abandonarme.

A lo que ellos respondieron con vehementes protestas de adhesión.

Sin embargo, no se fió gran cosa de aquellas protestas y receló de los que las hacían.

* * *

Una de las personas que en sueños acudió primero á rendir homenaje á la nueva reina, fué su madre.

D.ª Juana, siempre indiferente para con su hija y más atenta á sus devaneos que al cumplimiento de sus maternales deberes, la abrazó con efusión, como nunca la había abrazado.

—Bien sabes, hija adorada, cuánto te amé siempre,—decíale.

Y la princesa pensaba en sueños:

—¡Lo que son la ambición y el interés y cómo cambian á las personas!

También recibió homenaje de Isabel y Fernando, y he aquí la mejor prueba de que todo aquello era un sueño.

Isabel le dijo:

—Respeto tus derechos y ante ellos depongo los míos.

La princesa respondióle:

—En premio á vuestro desinterés y á vuestra abnega-

ción, os tomo por consejera. Vos me ayudaréis á gobernar los Estados á que renunciais.

Isabel y Fernando instaláronse en palacio, á su lado, y todos vivieron en la mejor armonía:

D.ª Juana solía decirles:

—Yo no me casaré nunca, pues tan desprovista me hallo de hermosura, que no he conseguido otro galán que un viejo, y no lo quiero; por lo tanto, á mi muerte, el trono pasará al mayor de vuestros hijos. Así os premiaré la desinteresada ayuda que ahora me prestáis.

***

Hay sueños que es lástima grande que no sean verdad.

La primera parte de los sueños de la princesa fué muy hermosa, como queda expuesto.

Pero repentinamente, todo cambió.

D.ª Juana dejó de contemplar en torno suyo caras sonrientes y no vió más que rostros sombríos que la dirigían miradas amenazadoras.

Fué quedándose sola.

Todos huían de su lado, diciendo despreciativamente:

—¡Es la Beltraneja!

Hasta su madre la abandonó, burlándose de ella.

Acudió á Isabel y Fernando pidiéndoles ayuda, y le volvieron la espalda.

En su soledad y en su abandono, únicamente una persona se acercó á ella, brindándole apoyo.

Era un viejo de sonrisa repulsiva.

—Cásate conmigo,—decíale,—y todos volverán á respetarte.

Aquel viejo inspiraba á D.ª Juana repugnancia invencible.

Quiso resistirse á sus excitaciones, y entonces él, sentándose en el trono á su lado, la abrazó á la fuerza.

La princesa lanzó un grito de espanto, y despertóse sobresaltada.

* * *

En su alcoba, junto al lecho, vió á una de sus damas.

—Os he llamado repetidas veces sin conseguir despertaros,—díjole.—Parecíais presa de una espantosa pesadilla.

—Sí, espantosa,—asintió D.ª Juana, pasándose una mano por la frente.

Luego preguntó ansiosa:

—¿Qué ocurre? El rey...

La dama inclinó la cabeza.

La ansiedad de D.ª Juana creció con esto.

—Decid,—insistió.

No tuvo que esperar la respuesta.

En aquel instante, llegaron hasta ella las voces de los servidores de palacio, que repetían·

—¡El rey ha muerto!

—¡Muerto!—repitió la princesa, estremeciéndose.

Y quedóse pensativa, diciéndose:

—¿Habrá llegado la ocasión de que se conviertan mis sueños en realidad?

Permaneció largo rato abismada, como si orase.

Al fin salió de su abstracción, diciendo:

—¡Dios le perdone!

Y abandonó el lecho.

No vertió una lágrima ni había motivo para que la vertiera.

Tenía á D. Enrique el respeto de rey, pero no el cariño de padre.

* * *

Llamaron á la puerta de la cámara.

Era otra dama, la cual iba á anunciar que los nobles caballeros que habían asistido al rey en sus últimos instantes, deseaban ver á la princesa.

Esta pasó á otra cámara para recibirles.

—Acaso vengan á manifestarme la última voluntad del difunto,—pensó,—y quizá esa voluntad sea que le suceda en el trono.

La ambición comenzaba á despertarse en ella, hasta entonces tan humilde y sencilla.

Comparecieron en su presencia los nobles.

Eran pocos y no de los más ilustres de Castilla.

Los de mayor valía habían ido pasándose todos al bando de Isabel.

El más anciano tomó la palabra en nombre de los otros, é inclinándose dijo:

—Señora, el rey ha muerto. Desconocedores de su última voluntad, hemos preguntado al guarda-sellos si existe testamento ó escrito alguno donde se exprese; nos ha contestado negativamente, y en vista de ello, los aquí presentes, fieles servidores de vuestro padre y entusiastas partidarios de vuestros derechos, hemos acordado aclamaros y reconoceros como nuestra reina y señora. No dudamos que las cortes que al efecto convocaremos, aprobarán vuestra proclamación, pues vuestros derechos son indiscutibles; pero si así no fuera, todos los aquí presentes y muchos más que vendrán á reunírsenos, desenvainaremos nuestras espadas en defensa vuestra. Permitidnos, pues, que tengamos la satisfacción y la honra de ser los primeros en rendiros el homenaje de nuestro respeto.

Y acercándose á ella, hincó una rodilla en tierra y le besó la mano.

Todos los demás hicieron luego lo mismo.

⁂

D.ª Juana no acertó á responder al anterior discurso.

Estaba muy conmovida, y además, efecto de la existencia obscura y retirada que hasta entonces había llevado, tenía poca facilidad para expresarse en público.

El que antes había hablado, añadió luego:

—Para evitar toda clase de peligros, hemos acordado ocultar la muerte del rey y vuestra proclamación. Es indudable que vuestra tía D.ª Isabel aprovechará la muerte de su hermano, para intentar hacer valer sus pretendidos derechos al trono que á vos sola pertenece. Por si así fuera, conviene que nos halle prevenidos, y necesitamos algún tiempo para reunir á vuestros partidarios y apercibirnos á la defensa. De aquí el secreto que os he indicado antes.

D.ª Juana lo encontró todo muy bien y á todo prestó su aprobación incondicional, autorizando á los nobles para que dispusiesen lo que mejor les pareciera.

Después, creyendo cumplidos con esto sus deberes de reina improvisada, manifestó deseos de ver el cadaver de D. Enrique.

* * *

Pasó D.ª Juana á la cámara mortuoria.

Seguíanla las damas y los nobles.

El cadáver del monarca reposaba aún en el lecho donde había exhalado el último suspiro.

Habíanle rodeado de luces y puéstole encima un crucifijo.

Un fraile oraba junto á él, cubierta la cabeza con la capucha del hábito.

La princesa arrodillóse junto al lecho y oró.

Todos los que la seguían la imitaron.

La oración fué breve.

Concluída, D.ª Juana levantóse, besó al cadaver en la

frente y salió tranquila, serena, sin señal alguna de dolor ni de tristeza.

En las galerías que tuvo que recorrer para regresar á sus habitaciones, habíanse reunido todos los servidores de palacio, ansiosos de ver á la nueva soberana.

A su paso prorrumpieron en aclamaciones, y ella sonrió.

Luego todo quedó en silencio.

Había órdenes terminantes para que no se pudiera traslucir lo ocurrido.

En todo Madrid ignorábase aún que el rey hubiese muerto.

De nuevo en su cámara, D.ª Juana exclamó gozosa:

—¡Ya soy reina! ¡La primera parte de mis sueños comienza á cumplirse!

Y añadió temblando:

—¡Ojalá no se cumpla también la segunda!





CAPÍTULO XXVIII

El mercader y el caminante



L mismo día de la muerte del rey, al caer de la tarde, un mercader salía de Madrid montado en una mula, cargada con algunos fardos que debían contener parte de sus mercancías, y seguido de otra, aún más cargada.

Era, sin duda, uno de los mercaderes más ricos que recorrían las tierras de Castilla, realizando ventas provechosas en villas y lugares.

Así lo indicaba su equipaje, que debía contener preciosas mercancías.

Mas por lo mismo era extraño que se aventurase solo en los caminos, infestados de bandoleros, sin la compañía siquiera de un criado que en ventas y posadas le ayudase á descargar sus mulas y en caso de peligro le defendiese.

Aún subía de punto la extrañeza fijándose en el mercader, pues era joven, muy joven, imberbe y de apariencia débil y delicada; hombre, en fin, incapaz de sostener una lucha en defensa de sus bienes y su vida.

Otro detalle digno de ser tenido en cuenta: las mulas á pesar de ir tan cargadas caminaban muy aprisa, lo cual podía ser indicio ó de su resistencia, verdaderamente admirable, ó del escaso peso de su voluminosa carga.

Por lo demás el mancebo vestía con una modestia que parecía intencionada, pues no era natural que quien tantas y tan ricas mercancías llevaba vistiera tan pobremente, y parecía intranquilo, á juzgar por la frecuencia con que volvía la cabeza, cual si temiese ser seguido.

Como para aparentar la indiferente calma que no sentía ó como para distraer su soledad, el mercader lanzó al aire la siguiente copla:

«Por los campos de Castilla
vago errante y solitario,
con la esperanza por guía
y por consuelo mis cantos.»

Su voz era dulce, melodiosa, y resonó poéticamente en la soledad que le rodeaba, repitiéndola á lo lejos los ecos del campo, envuelto ya en la violada media luz del crepúsculo.

* * *

Como evocado por aquella voz, salió al camino un hombre, quien por lo visto caminaba ó hallábase oculto entre la maleza de la orilla.

Era de aspecto poco airoso y humilde y apoyábase en un grueso bastón, hecho de la rama de un árbol.

Aquel bastón tosco, grosero, sin pulimentar, pero muy resistente, podía servir tanto de apoyo como de defensa.

En manos de quien supiese manejarlo, era un arma terrible.

El mercader le vió, pero siguió su camino sin hacerle caso.

Alcanzóle el otro, demostrando con ello la agilidad de sus piernas y le saludó diciéndole:

—Dios os guarde, amigo.

—Con él vengáis, buen hombre,— respondió el mancebo, mirándole con alguna desconfianza.

—Contento parecéis estar, pues que cantáis.

—No siempre es el canto indicio de alegría.

—Tenéis razón.

—A veces es muestra de aburrimiento.

—O de pesar.

—Por lo que á mí toca no diré tanto, pues motivos no tengo para estar pesaroso.

—Más vale así. Aunque demasiado joven parecéis para conocer el dolor.

—La desgracia no respeta edades.

—Es verdad.

Y el desconocido, mientras tal diálogo sostenían, apretaba el paso procurando adelantarse á las caballerías, para ver la cara al mercader; mas éste, adivinando quizá su deseo, volvía la cabeza al otro lado, para impedir que realizase su intento.

* * *

Caminaron silenciosos unos instantes.

El hombre del bastón reanudó la conversación, diciendo:

—Por lo visto llevamos el mismo camino.

—Ignoro cual sea el vuestro,—respondió con desabrimiento el mercader;—por mi parte no llevo ninguno: marcho á la ventura y me detengo en cuantos poblados encuentro á mi paso.

—Igual hago yo, de modo, que si queréis, podemos caminar juntos.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque vos camináis á pié y yo en mi mula; no podráis seguirme ni yo puedo acortar el paso para que me sigáis.

—Permitid que os diga que sois poco galante. Otro en vuestro caso, no solo hubiera aceptado mi compañía, sino que me hubiese invitado á montar en la caballería que va detrás de la que vos montáis; pero en fin, soy indulgente y no me ofendo. A pié os seguiré, por aprisa que marchéis, y así os cenvenceréis de la fuerza y agilidad de mis piernas.

Era tan extraño el empeño del desconocido en acompañar al joven, que éste, olvidándose de sus anteriores precauciones, volvió hacia él la cara para mirarle fijamente.

Pudo entonces el otro verle á su sabor, y al contemplarle, estuvo á punto de lanzar una exclamación de asombro.

Contúvose, disimulando su impresión con una sonrisa, y murmuró para sí:

—¡Por Dios que el lance es famoso! ¿Cómo había yo de pensar?... Burdo es el disfraz que viste para engañar con él á un hombre como á mí. Mi buena suerte me depara su compañía. Así podré llegar antes al término de mi viaje y realizar mejor el objeto que lo motiva. Sin duda ha abandonado Madrid con igual intención que yo.

Y seguía mirando al mancebo con particular fijeza, como para convencerse de que no se equivocaba.

***

Molestado por aquella insistencia en mirarle y seguirle, y al parecer no muy tranquilo, el mercader exclamó:

—Vaya, buen hombre: seguid vos vuestro camino y dejad que yo siga en paz el mío, que no está bien ofrecer compañía á quien no se conoce y no la solicita. Dios os guarde.

Y arreando su caballería, procuró alejarse.

No lo consiguió, pues el hombre del bastón apretó el paso y continuó caminando á la par de él.

—Hacéis mal en rechazar mi ofrecimiento,—díjole,—pues un buen compañero, siempre es útil á quien como vos viaja solo y al parecer llevando en su equipaje objetos de valor. Aunque quién sabe si esas cajas y fardos irán vacías ó contendrán cosa de poca monta!

—Contienen mis mercancías,—repuso el mancebo, bastante turbado.

—¿De veras?

—Mercader soy y los pueblos recorro haciendo mis ventas.

—Pues razón de más para que la soledad en que viajáis sea para vos un peligro. ¿No teméis que os salga al paso una cuadrilla de bandoleros?

—No temo á nada ni á nadie.

—Mentís, porque ahora mismo mi presencia os está haciendo temblar de miedo.

Y se echó á reir nuevamente.

* * *

En realidad, el mercader no estaba muy tranquilo.

Aparentó, no obstante, una resolución que no tenía, y deteniendo su cabalgadura, encaróse con el desconocido y díjole:

—¿Os habéis propuesto burlaros de mí?

—No tal,—le respondió su interlocutor.—Me he propuesto ampararos, aunque vos no queráis.

—No necesito amparo de nadie.

—Estáis en un error.

Y acercándose más, añadió en voz baja:

—Una mujer siempre necesita amparo y defensa.

El mancebo palideció y en su rostro reflejóse el sobresalto.

Con sonrisa forzada, dijo:

—¡Estáis loco! ¿Una mujer, decís?

—Sí, una mujer sois,—insistió el otro con firmeza.

—¡Famosa salida!

—Y para mejor convenceros de que no me engaño, os diré vuestro nombre, si gustáis.

—¿Eh?

—Os llamáis Margarita.

El mercader no replicó.

El espanto y la admiración habíanse apoderado de él.

—Fuísteis primero ventera,—agregó su interlocutor,—luego gran señora, tuvísteis amores con un pobre mozo llamado Sebastián, servís á D. Pedro de Fonseca y váis disfrazada á Segovia, para llevar la noticia de la muerte del rey D. Enrique, ocurrida hoy mismo y aún de casi todos ignorada. Ya véis si estoy bien informado.

Y tornó á reir burlonamente.

***

Fué tal el trastorno causado en el mercader por las palabras del desconocido, que no acertó ni aún á decir palabra.

Como si se compadeciese de él, el hombre del bastón le dijo:

—Nada temáis; tenéis en mí un aliado que lucha por vuestra misma causa, no un enemigo. Y para que más

pronto os tranquilicéis, después de haber dicho quién sois vos, voy á deciros quién yo soy. Probablemente no habréis fijado nunca en mí la atención. ¡Valgo yo tan poco y sois vos tan ambiciosa! Pero quizá mi nombre no os sea desconocido. Veamos: En el palacio de D. Juan Pacheco en Valladolid, donde estuvísteis una noche, ¿no oísteis nombrar á Tarsio el idiota?

—¡Tarsio!—exclamó el mancebo, tranquilizándose como por encanto.

—El mismo.

—Y más tarde, cuando á Sebastián os atragísteis de nuevo en Segovia, para libraros de su venganza, seguramente le oiríais pronunciar mi nombre más de una vez.

—Sí.

—Pues Tarsio soy; con que ya véis que de nada os sirve el disimulo, que ha sido para vos una fortuna el encontrarme y que lejos de temerme, debéis confiar en mi ayuda.

Y tendióle la diestra, que el mercader estrechó con efusión.



CAPITULO XXIX

Camino de Segovia.

Los dos caminantes a quienes la casualidad reunía casi a las puertas de Madrid eran, efectivamente, Margarita y Tarsio.

Por encargo de Fonseca, la primera habíase quedado oculta en Madrid, a la partida de doña Juana, con el encargo de averiguar cuanto ocurriese; no sabiendo el segundo adónde dirigirse, cuando, muerto Pacheco, se separó de Alí y Zoraida, a Madrid encaminóse, buscando amo a quien servir o intrigas en que medrar.

Por inclinación espontánea y por interés, decidióse el idiota a ser partidario de los príncipes.

En primer lugar, creía que la salvación de Castilla estaba en que ellos ocupasen el trono, y en segundo lugar, eran los que más probabilidades tenían de vencer en la lucha que de seguro se entablaría a la muerte de don Enrique; y él, satisfecha su venganza con la muerte de Pacheco, escogía como regla de conducta la frase vulgar de «arrimarse al sol que más calienta».

Metidos ya anteriormente en tantas intrigas, y re-

lacionados en secreto con la gente de Palacio, Margarita y Tarsio supieron el fallecimiento del rey, a pesar de que se ocultó a todo el mundo, y los dos emprendieron en seguida el viaje a Segovia, deseoso cada cual de ser el primero en llevar la noticia.

Para más seguridad, pues no estaba bien que una joven viajase sola, y no se fiaba de nadie para que la acompañara, la ex ventera se disfrazó del modo que hemos visto; el idiota, como no tenía nada que temer de nadie, emprendió el camino sin tantas precauciones, y ya hemos visto cómo se encontraron y se reconocieron.

Rápidamente, los dos improvisados compañeros de viaje echaron para sí sus cuentas y pensaron:

—Nos conviene unirnos. Primero, porque los dos defendemos la misma causa, y fuera necio hacernos la guerra; segundo, porque así evitamos la competencia de ver quién llega antes a Segovia.

Los dos sabían mutuamente, por las indiscreciones de Sebastián después de su reconciliación con su antigua amante, que trabajaban en favor de los príncipes. Podían fiarse, pues, uno de otro.

Su unión tenía, además, para ambos otras ventajas. Marchando unidos, Margarita tendría quien la defendiese de cualquier peligro, cosa que tuvo muy en cuenta, pues empezaba a arrepentirse de haber emprendido el viaje sola; y en cuanto a Tarsio, podría hacer el viaje con mayor rapidez y comodidad, montado en la otra mula que seguía al falso mercader.

No necesitaron, pues, muchas explicaciones para entenderse, no habiendo, como no había, motivos para

recelar uno de otro y deseando, como deseaban, los dos la misma cosa.

Puestos de acuerdo y después de confesarse mutuamente que su viaje obedecía al deseo de llevar cuanto antes a Segovia la noticia de la muerte del rey, Margarita dijo a su improvisado compañero:

—Montad, pues, en la mula que me sigue, y continuemos nuestro viaje.

—¿No teméis que, yendo, como va, muy cargada, mi peso la fatigue demasiado?—replicó Tarsio, con sorna.

La joven se echó a reír.

—Antes lo temía—repuso—; pero ahora no.

Y añadió maliciosamente:

—Las cajas y fardos que lleva sobre sus lomos encierran mercancías muy ligeras.

—Como que no encierran nada, ¿verdad?—replicó el idiota.

—Vos lo habéis dicho.

—Lo había sospechado.

—Para pasar por mercader, no necesitaba más que parecerlo.

—Naturalmente.

—Sólo en una caja llevo algunas baratijas, por si me viera precisada a representar mi papel más a lo vivo.

—Sois mujer de ingenio.

—La experiencia me ha enseñado a ser precavida.

—Y gracias a vuestra precaución, a vuestra experiencia, a vuestro ingenio y a vuestra horemosura, habéis hecho fortuna.

—No tanto como ambiciono; pero en camino estoy de conseguirlo.

Montó Tarsio en la otra caballería, y siguieron caminando.

Deseando la joven atraerse aún más al antiguo servidor de Pacheco, preguntóle:

—Y, muerto vuestro amo, ¿a quién servís?

—A nadie—respondió Tarsio—. Deseo conservar mi libertad y mi independencia.

—¿De modo que no queréis sujetaros a las órdenes de nadie?

—Según y conforme. Si amo encontrase que apreciara mis buenos servicios en lo que valen, le serviría.

—Yo ese amo os ofrezco.

—¿Quién es?

—Don Pedro de Fonseca.

—¿El sobrino del arzobispo?

—El mismo.

—¿En qué situación se halla?

—En la más favorable para hacer fortuna a su lado.

—Explicáos.

—Declarado francamente partidario de los príncipes, éstos tiénenle en gran estima.

—No digáis más; la fortuna será de los que a los príncipes sirvan, pues ellos vencerán y ocuparán el trono.

—¿Conque es decir que mi ofrecimiento aceptáis?

—Lo acepto reconocido.

—Entonces, no hay más que hablar. Cuando a Segovia lleguemos, a don Pedro os presentaré y quedaréis admitido, no como un simple criado, sino como el hombre de su confianza.

—El y vos podéis fiaros de mí en todo.

Durante el resto de su viaje no les ocurrió incidente alguno digno de ser mencionado.

En todas partes tomáronlos por lo que parecían: por un mercader y su criado.

Para mejor demostrar a Margarita su adhesión, Tarsio díjole:

—Sebastián está en Segovia, y Sebastián es para vos un peligro si comprende que os burláis de su amor y de sus celos. ¿Qué pensáis hacer con él?

—¡Pobre Sebastián!—repuso burlonamente la joven—. No me asusta. Y, en último caso, vos me ayudaréis a librarme de él.

—Os ayudaré a engañarle, que es mejor y más cómodo.

Y los dos se echaron a reír.

Así como así, no necesitando ya del pobre mozo, su suerte tenía a Tarsio sin cuidado.

Instruído en la escuela de Pacheco, el idiota no se interesaba por las gentes más que cuando podían serle útiles.

Pero no contaba con que Sebastián, en su rudeza, era también receloso y temible.

Mas no adelantemos los acontecimientos.

Realizaron el viaje con la mayor rapidez y con toda felicidad; llegaron a Segovia y encamináronse en seguida al alojamiento de Fonseca, para participarle las importantes nuevas de que eran portadores.



CAPITULO XXX

Escuchar a tiempo.

AL marcharse Tarsio a Madrid con Pacheco, Sebastián quedó en Segovia al servicio de don Andrés Cabrera, esposo de doña Beatriz de Bobadilla, cerca del cual había ejercido hasta entonces, como sabemos, el oficio de espía.

El idiota hízole creer que era preciso continuase prestando iguales servicios; pero, en realidad, fué aquél un medio para deshacerse de él, pues ya no le necesitaba.

Esto al villano importábale poco. Lo que le tenía fuera de sí era la desaparición de Margarita.

Después de haber hecho las paces con ella, como se recordará, la joven habíase ausentado sin despedirse siquiera, y el mozo pensaba:

—Se ha burlado de mí. Temiendo mi venganza, ha

fingido arrepentimiento para de nuevo engañarme. Lo que es ahora, si vuelvo a verla, juro que no he de dejarme convencer por sus hipocresías.

Juraba lo que no había de cumplir.

Seguía amando, a pesar de todo, a la ex ventera; amábala más que nunca, por razón de su mismo encumbramiento, y en cuanto la viese y hablase, y ella le dirigiera una mirada, desaparecería su enojo.

La joven estaba convencida de esto, y he aquí la razón por la que no le temía.

Pasados algunos meses, don Pedro de Fonseca se presentó en Segovia para ofrecer sus respetos a los príncipes, a cuya causa afiliábase decididamente.

El hecho dió mucho que hablar, y llegó a oídos de Sebastián.

Este sabía que Fonseca era el protector de Margarita, y pensó:

—También habrá venido ella.

Y desde entonces vigiló el alojamiento de don Pedro, pero sin dar con el rostro de la que buscaba.

Como ya sabemos, habíase quedado oculta en Madrid.

Entre sus buenas cualidades, que, a decir verdad, no eran muchas, Sebastián tenía la de la paciencia. Sabía esperar.

No se inquietó, pues, y se dijo:

—No importa que no haya venido; vendrá.

Y siguió vigilando el alojamiento de don Pedro.

Pasó tiempo sin que Margarita se presentase; mas Sebastián no se desesperaba. Mientras Fonseca continuara en Segovia, tenía esperanzas de ver a la joven;

y si de Segovia salía el indicado caballero, resuelto hallábase a seguirle, fuera adonde fuera. Por medio de él únicamente podía encontrar a la que tanto amaba.

El día en que Tarsio y Margarita llegaron a Segovia, Sebastián vigilaba, como de costumbre, la casa de Fonseca, de modo que los vió llegar.

Reconoció a su antigua amada, a pesar de su disfraz de mercader, y se alegró, pensando:

—Razón tuve al esperar. A mi paciencia debo el buen resultado de mi espionaje.

No quiso dejar para después el presentarse a la joven, por miedo de que otra vez se le escapara, y pidió verla. Negáronse a su petición, e insistió en ella con amenazas.

Pasaron recado a Margarita.

Esta, vestida ya con traje de mujer, como convenía a su sexo, departía con Fonseca y Tarsio. La insistencia del villano la enojó.

—¿Queréis que me encargue yo de despedirlo? —preguntó el idiota.

—No—respondió ella—. Se enfadaría.

—¿Y qué os importa?

—Nada.

—¿Le teméis?

—No.

—Entonces...

—Pero no hay enemigo pequeño, y sigo la máxima de estar bien con todo el mundo.

Don Pedro y Tarsio aprobaron su prudencia.

Los que andaban metidos en intrigas, como ellos, debían granjearse simpatías, no enajenárselas.

El criado que transmitió el deseo de Sebastián recibió, por consiguiente, orden de introducir al villano en una cámara, donde debía esperar a que Margarita terminase su conferencia con Fonseca y el idiota.

Así lo hizo.

La conferencia fué larga, y en ella Tarsio quedó admitido, más como aliado que como servidor.

Al ver que conseguía su deseo de ser recibido, Sebastián sintióse orgulloso.

—Me teme—pensó.

Y se propuso rendirla por el temor, ya que no lo había logrado por el cariño.

Pronto empezó a parecerle que Margarita tardaba demasiado en presentarse a él. Aquello era una descortesía.

La cámara donde aguardaba hallábase cerca de la de don Pedro, en la que tenía lugar la conferencia de que antes hemos hecho mención.

Hasta él llegaba el rumor del diálogo, pero sin entender lo que decían.

—Muy importante debe ser lo que hablan, cuando tanto tarda ella en venir—se dijo.

Y entró en deseos de oírles. Quizá oyéndoles descubriese algo que le conviniera saber.

Acostumbrado ya al papel de espía, tuvo que vencer pocos escrúpulos para decidirse a escuchar.

¿Quién se lo estorbaba?

Nadie le veía.

Para llegar hasta la puerta de la estancia donde

los otros hablaban, no tenía que cruzar más que la antecámara.

Se decidió. En el caso de que le sorprendieran, no le faltaría una disculpa.

Cruzó la antecámara, acercóse a la puerta y escuchó. Lo oía todo perfectamente.

Tarsio y Margarita hablaban con Fonseca de lo beneficioso que podía serles en ser los primeros en notificar a los príncipes la noticia de la muerte del rey.

Sin duda, ellos la agradecerían; y el agradecimiento de las personas reales es la fortuna, el poder.

La noticia debía llevarla don Pedro, como persona la más indicada para llegar sin dificultad hasta la presencia de doña Isabel y su esposo; pero de las demostraciones de gratitud que él recibiera en forma de beneficios participarían sus dos aliados. Así lo convinieron. Fonseca solo daría la cara en aquel asunto, pero los provechos serían para los tres.

Aquella fué la base principal de una unión de la que se permitían grandiosos resultados.

Cuando doña Isabel llegase a reinar, lo cual sucedería pronto, obtendrían de ella todas las mercedes que solicitasen. Y como el éxito estaba en llegar con la noticia antes que todos, don Pedro fué en seguida a vestirse para presentarse a sus altezas lo antes posible.

Todo esto lo oyó Sebastián, y la ambición despertóse en él, sobreponiéndose al amor.

—¿Y por qué no he de ser yo el que la noticia dé y el galardón me lleve?—pensó.

Puesto que la casualidad habíale hecho descubrir un secreto de tanta importancia, ¿por qué no aprove-

charlo? Y si conseguía encumbrarse de aquel modo, ¿no sería ésta la manera mejor de tomar venganza de los desdenes de Margarita? ¡Qué satisfacción la suya si algún día la viera a sus pies, suplicante y humilde!

Todas estas ideas pasaron con rapidez por la mente del villano. Escuchó lo suficiente para enterarse bien de todo, y luego, en vez de esperar a su amada, salió, pensando:

—Ocupémonos ahora de lo que más importa, de lo que ha de ser origen de mi fortuna; tiempo sobrado me quedará después para verla a ella.

Terminó la conferencia, yéndose Fonseca a vestir para trasladarse a la presencia de los príncipes.

Margarita se trasladó entonces a la cámara donde Sebastián debía esperarla.

No le encontró en ella.

Preguntó a la servidumbre, y contestáronle que el villano se había marchado sin decir nada.

—Se habrá cansado de esperar—pensó la joven.

Y no dió más importancia al asunto.

Lo mismo opinó Tarsio.

—Volverá—dijo ella.

—Sin duda—asintió el idiota.

—Entonces volveré a hacerlo mío sólo con una mirada.

Y los dos se echaron a reír.

Hacían mal en reírse de lo que podía ser para ellos causa de gran desengaño.





CAPITULO XXXI

Cabrera por medianero.

AL salir Sebastián del alojamiento de don Pedro, detúvose indeciso, sin saber adónde dirigirse.

¿Iría él, en persona, a llevar la noticia a los príncipes?

No le recibirían.

¿De quién valerse?

Porque el que se presentara sería el que se llevase el provecho y la gloria.

Empezó a temer que la traición que había concebido no le reportara beneficio alguno.

Pero el caso era que ya tampoco podía volver a esperar a Margarita; luego todo lo había perdido.

—No, pues yo he de hacer algo—decíase—. Otro que en mi lugar estuviese y un secreto de tal importancia conociera, procuraría aprovecharse de él. ¿Por qué no he de hacer yo lo que otro haría?

De pronto se le ocurrió una idea.

¡Si lo confiase todo a su amo!...

Cabrera gozaba de gran valimiento con los príncipes y además era muy justo en todas sus cosas.

Podría llevar inmediatamente la noticia a doña Isabel y suplicaría la protección de ésta para el que tales nuevas le había dado.

En último caso, ya que no la de los príncipes, alcanzaría la protección de su amo.

No se entretuvo a reflexionar más, y encaminóse presuroso al alcázar, donde Cabrera tenía sus habitaciones, como alcaide que era.

Presentóse en seguida a su amo, diciéndole:

—Vengo a traeros nuevas importantes.

—¿Tú?—le preguntó don Andrés, dudando de que uno de los más humildes de sus servidores pudiera decirle cosa alguna de trascendencia.

—Sí, yo; aunque lo dudéis.

—Por lo menos, me extraña.

—Es que a veces, los que menos valemos...

—Bien: di qué es ello.

—Perdonad; no puedo decíroslo sin imponer antes ciertas condiciones.

—¿Eh?

—La noticia en cuestión es de la mayor importancia para sus altezas.

—¡Ah! ¿Se trata de los príncipes?

—Sí.

—Y bien...

—Puesto que un gran favor voy a hacerles, deseo contar por adelantado con su agradecimiento.

—Comprendo: es el interés el que te impulsa, no la adhesión.

—Yo...

—Y si el agradecimiento que exiges no te es otorgado, no darás la noticia de que hablas; ¿es así?

—Vos comprenderéis...

—¡Basta! Guárdate tus nuevas, sean las que sean, y retírate de mi presencia, que ni los príncipes ni yo queremos servidores tan interesados.

Sebastián se asustó.

¿Habría conseguido, por su torpeza, malquistarse con su amo, en vez de las grandezas con que soñaba?

Se decidió a decirlo todo, aunque otra cosa no lograse con ello que volver a la gracia de Cabrera.

—Perdonad, señor — balbuceó humildemente —; pero mi intención no ha sido... Como las personas cuanto más poderosas son, más espléndidamente pagan los favores que se les hacen, por eso yo...

—Favor cuyo pago se exige—le interrumpió don Andrés—, deja de ser favor para convertirse en servicio; y no todos los servicios merecen ser aceptados y retribuídos. Si el tuyo es tal que lo merece, confía en la munificencia de aquellos a quienes te propones favorecer; pero no empieces por exigir, pues de ese modo empequeñeces tú mismo tu acción.

—Razón tenéis.

—¿Estás decidido a hablar?

—Sí, señor.

—¿Sin interés alguno?

—Sólo por cumplir mi deber y desenojaros.

—Pues en ese caso, habla.

Seguro del efecto que sus palabras iban a causar, Sebastián dijo:

—El rey don Enrique ha muerto.

—¿Qué decís?—exclamó Cabrera, levantándose del sitial que ocupa.

—La verdad.

—¡Imposible!

—Murió el día 11 del corriente.

—¿Cómo puede ser eso, si ningún aviso se ha recibido de Madrid participándolo?

—Los nobles que rodeaban al rey en sus últimos momentos acordaron ocultar su muerte todo el tiempo posible.

—¿Para qué?

—Para apercibirse a la defensa, si, como es de esperar, los partidarios de doña Isabel reclaman para ésta el trono.

—Según eso, ¿han reconocido como reina a la Beltraneja?

—Sí.

—¿Lo dispuso así el rey?

—El rey no dejó dispuesto nada relacionado con la sucesión al trono.

Todo esto, aunque extraordinario, era posible; más aún: era probable; y Cabrera escuchaba con asombro al que se lo decía.

Parecíale mentira que hombre tan humilde estuviese al corriente de cosas tan importantes, y, sin embargo, no se atrevía a despreciar sus palabras.

Podían ser ciertas; en cuyo caso era un aviso muy provechoso.

Cabrera formuló la pregunta que era natural que formulase:

—¿Cómo has sabido todo esto?

Aquí empezaron los apuros de Sebastián.

No había pensado en el modo de justificar aquel extremo.

—El cómo importa poco—repuso—, con tal de que lo que digo sea verdad.

—Importa mucho—replicó don Andrés—; porque, según el origen que tenga, la noticia merecerá ser creída o no.

—El caso es que yo no puedo deciros el modo cómo he descubierto secreto de tanta importancia, señor.

—¿Por qué?

—Porque es cuestión delicada.

—¿Qué importa? ¿Desconfías de mí?

—¡Oh, no!

—¿Entonces...?

—Pero hay cosas... También los villanos tenemos nuestros escrúpulos.

—Yo respeto los tuyos sin conocerlos; pero si no me das una prueba de que es cierto lo que dices, no podré creerlo. Habla, pues, con claridad, o retírate y como si no hubieses dicho nada.

Cual si de pronto se le ocurriese una idea, Sebastián exclamó:

—Conque, es decir, ¿que sabiendo el origen de la noticia, la creeréis?

—Sí—contestó Cabrera.

—Pues bien; oíd.

—Habla.

—Ya conocéis a don Pedro de Fonseca.

—Sí: es ahora uno de los más entusiastas parti-

darios de doña Isabel, como antes lo fué de la reina doña Juana. Por lo mismo su entusiasmo no me satisface del todo.

—El entusiasmo de don Pedro encubre ambición y egoísmo.

—Así lo sospecho.

—Pues bien: el señor de Fonseca acaba de recibir la noticia que yo os he comunicado.

—¿El?

—Sí.

—¿Por medio de quién?

—Por medio de dos personas que acaban de llegar de Madrid.

—Y esas dos personas...

—Son dos de los agentes que le secundan en sus intrigas.

—¿Qué piensa él hacer?

—Presentarse a los príncipes para ser el primero en darles tan importante nueva, con lo cual piensa granjearse su favor. Vistiéndose quedó al venir yo aquí, para ir en seguida a presentarse a sus altezas.

Cabrera quedóse pensativo.

Lo que el villano le decía parecíale más verosímil desde que supo la intervención de don Pedro en ello.

Aprovechando el silencio de su amo, Sebastián añadió:

—Esto es cuanto puedo deciros. Permitid que oculte el modo cómo he descubierto lo que solo don Pedro sabe.

Transcurrieron algunos instantes. Al fin, como saliendo de su abstracción, don Andrés dijo al villano:

—Retírate.

Conoció por su aspecto que no se iba muy satisfecho, y agregó:

—Si cuanto me has dicho es cierto, ni los príncipes ni yo dejaremos de pagar tus noticias como merecen.

Esto tranquilizó a Sebastián. Había conseguido algo, si bien no tanto como esparaba. Salió, pues, satisfecho y esperanzado.

Cabrera, al quedarse solo, murmuró:

—¿Será verdad lo que ese necio ha dicho?

—Tal vez. Por si acaso, conviene que lo sepa la princesa.

Y saliendo de sus habitacines, se encaminó a las de su esposa.

Doña Beatriz estaba ya levantada.

—¿Qué traéis?—le preguntó, viéndole alterado.

—Es preciso que vayáis inmediatamente a ver a doña Isabel.

—¿Para qué?

—Para llevarle una importante noticia.

Y le explicó rápidamente lo que ocurría.

Doña Beatriz opinó que la princesa lo debía saber todo. Vistióse, pues, apresuradamente y se encaminó al domicilio de sus altezas.

Cabrera se quedó pensando:

—Después de todo sería una suerte que resultase verdad lo que ese necio ha dicho. Hora es ya de que ocupe el trono de Castilla quien lo merezca.



CAPITULO XXXII

No por mucho madrugar...

Doña Beatriz llegó a la residencia de los príncipes mucho más temprano de la hora señalada para audiencias, pero a nadie sorprendió, sabiendo como sabían el cariño y la confianza con que la trataba doña Isabel.

Esta tenía dada orden de que su dama predilecta y amiga íntima, pudiese llegar hasta ella a cualquier hora, sin previo anuncio.

La esposa de Cabrera encaminóse, pues, directamente a la habitación de su alteza.

En la antecámara, algunos esperaban ya que la princesa les recibiese, a pesar de ser todavía muy temprano. Entre ellos estaba Fonseca.

Inútilmente había pretendido llegar hasta doña Isabel o su esposo.

La princesa no había salido aún de su cámara, y el segundo trabajaba con sus secretarios. No tuvo otro remedio que esperar. Consolábale la idea de ser el prime-

ro que hablase con sus altezas, puesto que había sido el primero en llegar.

—Difícil será, por lo tanto—decíase—, que nadie se me adelante en darles la noticia de que soy portador, si es que hay alguno que lo sepa.

Al ver allí a don Pedro, doña Beatriz sonrió pensando:

—Mucho ha madrugado, pero inútilmente. Como es la ambición y no la fidelidad la causa de su premura, recibirá como castigo de su egoísmo el desengaño.

Sabedor Fonseca de la amistad que mediaba entre doña Isabel y la de Bobadilla, supuso con razón que a ésta no le sería prohibida la entrada. Salióle, pues, al encuentro, y después de saludarla con mucha más afabilidad que de costumbre, díjole:

—Como supongo que veréis a su alteza, voy a permitirme demandaros un favor.

—Decid qué es ello—respondió la esposa de Cabrera—, pues si está en mí el poder complaceros, lo haré con sumo gusto.

—Os adelanto las gracias por vuestra amabilidad y doblemente confío en que me complaceréis cuando sepáis que se trata de prestar un gran servicio a los príncipes.

—¿Qué es ello?—interrogó doña Beatriz, como si no supiese o sospechase al menos de lo que se trataba.

—Necesito ver inmediatamente a doña Isabel, para hablarle de un asunto importantísimo que le interesa.

—Difícil de conseguir me parece lo que solicitáis.

—Es preciso.

—Debéis saber que su alteza no altera nunca por na-

da sus costumbres. Hasta la hora en punto que tiene señalada para salir de sus habitaciones, no se presentará a nadie.

—Insistid en que me reciba, asegurándole de mi parte que no le pesará.

—Así lo haré por serviros; pero os adelanto que no confío salir airosa de mi empeño.

—Gracias de todos modos.

Doña Beatriz saludó con una reverencia y desapareció por la puerta de la cámara de la princesa.

Don Pedro quedó diciéndose:

—Ahora sí que me recibe sin tardanza. Suerte grande ha sido para mí que la esposa de Cabrera acertase a venir tan oportunamente.

Estaba muy lejos de suponer que la de Bobadilla iba precisamente con el intento de destruir sus maquinaciones.

Doña Isabel sorprendióse y casi se alarmó al ver entrar en su cámara tan de improviso a su dama y amiga.

Trabajaba en una labor de tapicería, a la que era muy aficionada.

Hallábase sola, pues cuando no tenía a su lado personas que mereciesen en absoluto su confianza, prefería el aislamiento, porque así entregábase mejor a sus reflexiones.

Suspendiendo su trabajo, levantóse del sitial que ocupaba y se adelantó a recibir a su amiga.

Tendióle cariñosa los brazos, al tiempo que le decía:

—No sé si alegrarme o entristecerme de tu inesperada y siempre agradable visita; pero ello me indica que

algo grave ocurre, pues de no ser así, no vendrías a tal hora. Adelántame solo, para calmar mi inquietud, si el motivo que te trae es favorable o adverso.

—De todo tiene—respondió doña Beatriz—; pues al mismo tiempo que a traeros una buena nueva, vengo a daros una mala noticia.

—Tristes nuevas, por buenas que sean, las que en compañía de desgracias vienen.

—Tranquilizáos.

—No temas y habla pronto y sin rodeos, pues bien sabes que más valor me sobra para acoger las adversidades que las alegrías.

Con misterio que alarmó aún más a la princesa, doña Beatriz dijo:

—Desearía, señora, que presente estuviera también vuestro esposo para que oyese lo que a deciros vengo. Como sé de antemano que sin su consejo no habéis de decidir nada, oyendo él al mismo tiempo que vos mis explicaciones, podrá resolverse con mayor rapidez lo que más convenga.

—¿Tan urgente es el asunto?—interrogó doña Isabel.

—Mucho.

—Pues a complacerte voy. Da tú misma orden de que en mi nombre supliquen a Fernando que venga a esta cámara.

La de Bobadilla se apresuró a obedecer. Llamando a un paje, le transmitió el encargo de ir a avisar a su alteza. Luego volvió junto a la princesa, la cual había vuelto a reanudar su labor.

Inspirada por el presentimiento de que había de lle-

gar a tener que dominar mucha gente, doña Isabel procuraba empezar por dominarse a sí misma.

Depuso, pues, la curiosidad de que se había dejado llevar en un principio y recobró la calma que le era propia. Ni volvió a formular pregunta alguna. Esperó pacientemente a que su esposo acudiera a su llamamiento, para escuchar las explicaciones de su amiga.

Doña Beatriz conocíala muy bien, y, sin embargo, contemplábala admirada.

La serenidad majestuosa de la que había de ser en breve reina de Castilla, imponía admiración y respeto.

Acudió presuroso don Fernando al llamamiento de su esposa, aunque le contrarió sobremanera que le interrumpiese en su trabajo; mas supo disimular su contrariedad con una sonrisa.

—¿Qué me queréis, señora?—entró preguntando.

—Perdonadme ante todo la molestia—repuso Isabel.

—No es ni puede ser molestia para mí el veros y serviros, sino todo lo contrario—replicó él, con galantería un tanto forzada.

—A molestaros no me habría atrevido, a no ser por la súplica de doña Beatriz. Algo viene a decirme, que desea que vos también la escuchéis.

—Así es—asintió la de Bobadilla.

—Pues hablad; os escuchamos.

Y sentándose junto a su esposa, don Fernando aparentó disponerse a oír.

Decimos aparentó, porque en el fondo seguía pensando en la interrupción de su trabajo, acaso para oír cosas que no le importaban.

Invitada doña Beatriz a hablar, creyó que lo mejor sería no andarse con rodeos, y dijo:

—Con una sola frase comprenderéis la importancia del asunto que motiva esta visita.

Y añadió, con cierta solemnidad:

—El rey don Enrique ha muerto.





CAPITULO XXXIII

La humildad de doña Isabel y la prudencia de don Fernando.

DOÑA Beatriz refirió a los príncipes todo lo que sabía relativo a la muerte de don Enrique y el modo como su esposo lo había averiguado. Antes que el natural y disculpable egoísmo, en doña Isabel reveláronse sus bondadosos sentimientos. Las lágrimas nublaron sus ojos y murmuró tristemente:

—¡Pobre Enrique! ¡Al fin era mi hermano!

No porque participara de los sentimientos de su esposa, sino porque a ello le impulsaba su instinto sagaz de político astuto, de lo que dió luego en distintas ocasiones tantas y tan elocuentes muestras, don Fernando dijo:

—De tal manera probaremos a todos nuestro pesar por la muerte del rey, que no habrá quien lo ponga en duda, demostrando de esta manera que en nosotros el cariño no está reñido con el natural y legítimo interés.

La princesa aprobó estas frases creyéndolas since-

ras, sin ver en ellas deseo ni propósito de aparentar lo que no era verdadero. Como ella sentía de todo corazón la muerte de su hermano, supuso que a su esposo le pasaría lo mismo. El amor que profesaba a Fernando y la confianza que tenía en él, hacíanle juzgar sus sentimientos con excesiva benevolencia.

Hablaron luego de la ambición de Fonseca y del partido que se proponía sacar de aquella noticia.

—Castigo merece más que premio—dijo Isabel—, pues no es la fidelidad a nosotros la que le hace interesarse de tal modo en nuestros asuntos, y poco podemos fiar de los buenos oficios de amigo tan interesado. De todas suertes, castigado está con el desengaño de sus esperanzas, pues cuando su noticia nos dé, podremos sellar su labio advirtiéndole que todo lo sabemos. Sírvanos este caso de provechosa experiencia para no fiar en don Pedro más de lo debido.

Volviéndose a la de Bobadilla, añadió:

—Y tú, mi buena y cariñosa amiga, ¿qué gracia solicitas para ti y tu esposo en premio de vuestro celo?

—Ninguna, señora—respondió doña Beatriz—. A Cabrera y a mí bástanos con la satisfacción de haberos sido útil y no habrá merced que a ello iguale.

La princesa la abrazó y ella siguió diciendo:

—Unicamente os pido vuestra protección para Sebastián, el que a mi esposo ha dado tan importante noticia.

—Premiar su servicio es justo—repuso Isabel.

Y preguntó a su esposo:

—¿No os parece, Fernando?

El príncipe se encogió de hombros indiferentemen-

te. Pensaba a la sazón en asuntos más importantes que favorecer a un humilde villano.

—Otorgue Cabrera a ese hombre el premio que considere justo—dijo la princesa a su amiga—, y lo que él le otorgue, por nosotros será aprobado.

—Así se hará—contestó doña Beatriz.

Como don Fernando se hubiese quedado muy pensativo, la princesa se acercó a él, para preguntarle cariñosamente:

—¿Qué os preocupa?

—Vuestro interés—respondió él—. Llegada es la hora de defender vuestros derechos al trono de Castilla, y pienso el modo mejor y más seguro de hacerlos valer.

—Tiempo habrá para ello.

—No tanto como pensáis. Según las noticias recibidas, los partidarios de la princesa doña Juana la han proclamado reina, ocultando la muerte de don Enrique hasta reunir partidarios bastantes para apoyar su proclamación.

—No habiendo, como parece, disposición alguna de mi hermano en tal sentido, esa proclamación no es válida.

—Ciertamente.

—El último documento legal relativo a la sucesión al trono es el tratado de *los Toros de Guisando,* en el cual soy reconocida como heredera. Puesto que ese documento no ha sido anulado por ningún otro, mi derecho es indiscutible.

—Sí pero, ¿lo reconocerán así los que a doña Juana defienden? Habrá lucha, no lo dudéis, y por lo tanto, hemos de apercibirnos a la defensa.

—¡Una guerra civil!

—No hay otro remedio. ¿Vacilaréis en sostenerla, si vuestros adversarios la provocan?

Irguióse doña Isabel con aquella majestuosa arrogancia de que hacía gala en determinadas ocasiones, y dijo con entereza:

—Nadie como yo abomina la guerra, por considerarla un azote de los pueblos, porque es enemiga de prosperidades que sólo pueden conseguirse al amparo de la paz; pero cuando la guerra tiene por objeto la defensa de una idea justa o de un derecho sagrado, yo la bendigo. Convencida estoy de mi derecho al trono de Castilla y la seguridad abrigo de que cuando en él me siente he de hacer la felicidad de mi pueblo. Esto basta para determinarme a luchar contra doña Juana, contra sus partidarios, contra todos los que a mi derecho se opongan. La sangre que se vierta no caerá sobre mí, sino sobre ellos, que la lucha provocan injustamente. La razón está de mi parte y el triunfo será mío.

Iba don Fernando a rectificar diciendo: «será nuestro», pues no permitía su orgullo que su esposa considerase sus asuntos como suyos solamente; mas se contuvo, por no provocar disentimientos prematuros, y humillándose con fingida humildad, dijo:

—Reina sois de Castilla desde este instante, por derecho divino y humano, y me complazco en ser el primero que así lo reconozca y os rindo el debido vasallaje.

Arrodillándose ante ella, la besó una mano.

Imitóle doña Beatriz.

Muy conmovida, Isabel les obligó a que se levan-

taran. Abrazó a su amiga, estrechó la mano al príncipe y dijo a este último:

—Con vuestra ayuda cuento para cumplir mis deberes de reina. La misión de gobernar un pueblo es difícil y espinosa; auxiliadnos en ella.

Por toda respuesta, el príncipe tornó a besarla la mano con galantería.

Nunca como en aquellos instantes se manifestó la humildad de doña Isabel. Había en ella satisfacción legítima al ver llegado el momento de empezar a cumplir la alta misión para que se creía designada; pero sin asomo de orgullo.

—¿Y qué debemos hacer ahora?—preguntó.

—Esperar—respondióle su esposo—, y esto es lo que me contraría. Para asegurar vuestro triunfo, deberíamos adelantarnos a los partidarios de doña Juana; pero sería una imprudencia hacerlo sin tener noticia segura de la muerte de don Enrique. Suponed que las noticias recibidas por Fonseca no sean ciertas y que vuestro hermano viva; ¿qué sucederá entonces, si por vos levantamos bandera? Que el rey nos tendrá, y con razón, por rebeldes, justificando con nuestra conducta la desconfianza y recelo que le inspiramos.

—Decís bien.

—Necesitamos ante todo calma, mucha calma. Sabiendo esperar, se tiene mucho adelantado para vencer.

Determinaron, pues, no hacer nada, y tomada esta resolución, la princesa reanudó su trabajo, sin que la seguridad casi absoluta de ser ya reina, fuese bastante a hacerle cambiar en lo más mínimo sus costumbres.



CAPITULO XXXIV

La confirmación de una noticia.


L maestresala de doña Isabel pidió permiso para comparecer ante los príncipes.

Otorgado que le fué, penetró en la cámara.

Inclinándose respetuosamente, dijo:

—Acaba de llegar de Madrid un correo, portador, según dice, de pliegos importantes para sus altezas.

Los dos esposos y doña Beatriz, cruzaron una mirada. Aquellos pliegos podían contener la confirmación de la noticia que la última había dado.

Don Fernando apresuróse a ordenar que el correo compareciese ante él.

Doña Beatriz quiso retirarse.

La princesa detúvola, diciéndole:

—Quédate. Para ti no tenemos secretos, y nuestra

confianza es el premio mejor que podemos conceder a tu fidelidad.

Entró el correo, y después de saludar respetuosamente, puso en manos de doña Isabel los pliegos de que era portador.

La princesa los entregó a su esposo para que los abriera y leyera en voz alta, y el correo se retiró, después de saludar nuevamente.

Los pliegos eran del arzobispo de Toledo, el más entusiasta partidario y defensor de los príncipes. Velando por los intereses de los que defendía, puso espías junto al rey, para que le tuviesen al corriente de todo.

Por ellos supo antes que nadie la muerte de don Enrique. Trasladóse a Madrid para comprobarla, y una vez convencido de que era cierta, apresuróse a participarla a quienes más les convenía saberla.

Acababa diciendo en su escrito:

«Mando delante de mí un correo para que os lleve una nueva que tanto tiene de feliz como de triste; pero inmediatamente me pongo también en camino para esa, a fin de asistir a la solemne ceremonia de la proclamación. Que se retrase hasta mi llegada, pero que todo esté dispuesto para celebrarla en seguida. Los partidarios de doña Juana andan desconcertados, sin saber qué hacer, y conviene adelantarse a cuanto puedan intentar.»

Ya no era posible dudar de la noticia que doña Beatriz había dado.

En aquellos pliegos estaba su confirmación.

El semblante de don Fernando resplandecía de gozo.

Doña Isabel, por el contrario, continuaba impasible,

como si ningún efecto causara en ella lo que a la menos ambiciosa habría desvanecido.

Si algún sentimiento se reflejaba en su semblante, era dolor por la muerte de don Enrique.

—Cúmplasce la voluntad del Señor—dijo humildemente—. Pues que ha llegatdo la hora de que se realice mi destino de ocupar un trono, procuraré cumplir mis deberes de reina, como he cumplido los de mujer.

No dijo más.

Su misma sencillez resultaba grandiosa, sublime.

—¿Qué hacer?—preguntóle su esposo.

Y ella respondió:

—Disponed vos mismo lo que os plazca, de acuerdo con las advertencias del buen arzobispo.

Y siguió trabajando, mientrtas doña Beatriz contemplábala con admiración creciente.

Nadie como aquella buena amiga apreciaba y comprendía la grandeza de su alma.

Deferente a las indicaciones de su esposa, don Fernando dispuso lo conveniente para que la importante nueva se hiciese pública en debida forma.

Esto era necesario como preliminar de la proclamación de doña Isabel por reina de Castilla.

Suspendió por aquel día las audiencias y convocó a su palacio a todos los nobles caballeros que formaban su corte.

Todo esto fué motivo de contrariedad e inquietud para Fonseca, el cual aguardaba aún en la antecámara.

Recibió al mismo tiempo la noticia de que sus altezas no recibían en audiencia particular, y la convocatoria para la reunión de nobles.

Al fin, figuraba entre los partidarios de sus altezas. Ambas cosas le sorprendieron y le inquietaron.

—¿Conocerán la noticia que yo me disponía a comunicarles—pensó—, y de la que me prometía tanto provecho? Si es así, de nada me ha servido la premura de Margarita en venir a enterarme de lo que ocurre, y todos mis planes caen por tierra.

Los nobles todos acudieron al llamamiento de los príncipes. Los pajes introducíanlos en un salón donde iban reuniéndose. Entretenían su curiosidad y su impaciencia comentando por adelantado a lo que podía obedecer aquella convocatoria. Nadie acertaba con la causa de ella.

Don Pedro fué el primero en acudir. Era el único que hubiese podido decir algo acerca de lo que pasaba; pero se abstuvo de pronunciar una sola palabra relacionada con tal asunto, pensando:

—Quizá me equivoque en mis temores; quizá sus altezas nos llamen con objeto distinto del que yo supongo, y en tal caso, aún podré sacar partido de la noticia que reservo.

La ambición seguía dominándole, y sólo a sus impulsos obraba.

Cabrera, que también acudió, sonreía mirando a Fonseca. Adivinaba sus pensamientos, y decíase:

—Buen desengaño le espera. ¡Justo castigo a su desmesurado interés!

Cuando todo el salón estaba ya ocupado por la mayor parte de los nobles y entusiastas partidarios de los príncipes, presentáronse en él sus altezas. Vestían

de riguroso luto. Avanzaron hasta el estrado con honores de trono que había en el testero principal, y se sentaron en él.

Reinó un silencio profundo. Las negras vestiduras de los príncipes llamaron la atención de todos. Después de hablar algunas palabras en voz baja con su esposa, don Fernando se levantó y dijo:

—Nobles caballeros, ilustres defensores de los derechos de mi esposa al trono de Castilla: llegado es el momento de que probéis vuestra lealtad y vuestra adhesión a nuestra causa. ¡El rey don Enrique ha muerto!

Levantóse un murmullo de sorpresa.

—Alguien hay aquí presente que no lo ignora —prosiguió el príncipe—; pero reservaba la noticia para emplearla como medio de satisfacer su codicia. La lealtad se ha adelantado a su ambición.

Don Pedro comprendió que iban dirigidas a él estas palabras, y pensó, despechado:

—Todo se ha perdido; pero no alcanzo a comprender quién ha revelado mi secreto.

Repuestos de su sorpresa, los nobles exclamaron, con entusiasmo:

—¡El rey ha muerto! ¡Viva Isabel primera!

Y apresuráronse a rendirle homenaje.

La noticia cundió en seguida por la población, y en todas partes oíanse las mismas aclamaciones:

—¡El rey don Enrique ha muerto! ¡Viva la reina doña Isabel!



CAPITULO XXXV

¡Castilla por Isabel!

POCOS días después llegó el arzobispo de Toledo a Segovia, como anunció en su mensaje.

Siguiendo sus instrucciones, todo estaba preparado para la ceremonia de la proclamación.

Las noticias de que su eminencia era portador no tenían nada de tranquilizadoras.

En Madrid, los partidarios de la Beltraneja aprestábanse a sostener los pretendidos derechos de doña Juana al trono.

Al fin, habíase hecho pública la noticia de la muerte de don Enrique, y al saberla, muchos aventureros habíanse declarado defensores de la que nadie sabía con certeza si era verdaderamente hija del difunto monarca.

Pero esto a aquellos aventureros importábales poco.

No se aprestaban a defender a doña Juana por convicción, sino por conveniencia.

Creían que la guerra seríales provechosa para su medro personal, y afiliáronse al partido en que más fácilmente habían de hallar acogida.

Isabel y su esposo eran demasiado severos para admitir en sus filas gente de cierta calaña.

Pero, de todas maneras, y fuese por lo que fuese, aquellos hombres eran otros tantos adversarios, y entre ellos había algunas buenas espadas, vencedoras en más de un combate.

Convenía, pues, tomar precauciones.

Además, como la misma princesa había soñado la noche de la muerte de don Enrique, y cual si sus sueños fueran convirtiéndose en realidad, la reina doña Juana apresuróse a reunirse a su hija, a la que trató con una ternura con la que nunca la había tratado hasta entonces.

También obraba así por ambición y cálculo, no a impulsos de sus sentimientos maternales.

Si su hija se afirmaba en el trono, confiaba en ser ella la que realmente reinara, y esto halagaba su vanidad.

Aunque pocos, doña Juana también llevó tras sí algunos partidarios, que se sumaron a los de la Beltraneja, contribuyendo a engrosar sus filas.

En honor de la verdad, debe decirse que eran no pocos los que preferían que doña Juana triunfase, no porque creyesen sus derechos más legítimos que los de Isabel, sino porque contaban con que, reinando ella,

podrían seguir más fácilmente haciendo en todo su voluntad.

Temían la rectitud de don Fernando y su esposa, y la desmoralización había llegado a tal punto, que el bien del reino era pospuesto a la conveniencia particular.

Por otra parte, el rey de Portugal, al tener noticia de la muerte de don Enrique, renovó sus ya abandonadas pretensiones a la mano de la Beltraneja.

También en esta parte los sueños de doña Juana se cumplían.

El portugués creyó propicia la ocasión para apoderarse de un reino que unir al suyo, ensanchando de este modo sus limitados dominios, y se ofreció a defender con sus armas los pretendidos derechos de la que volvía a llamar su futura esposa.

Tal oferta era un elemento más de fuerza para la Beltraneja.

La situación, pues, se complicaba, y aunque en un principio era mayor el número de los defensores de Isabel, las fuerzas iban equilibrándose poco a poco, y el resultado de la lucha que necesariamente había de entablarse era incierto.

El que se adelantase sería el que tuviera más probabilidades de triunfo.

De todo esto habló el arzobispo con los príncipes, y acordaron apercibirse para la guerra; pero, ante todo, había de celebrarse la ceremonia de la proclamación para dar a entender públicamente que doña Isabel no renunciaba a sus derechos, sino que antes bien hallábase decidida a hacerlos valer con la mayor energía.

El día designado para la ceremonia, Segovia apareció vistosamente engalanada.

Los balcones lucían ricas colgaduras y por todas partes veíanse tapices, flámulas, gallardetes y flores.

Los habitantes de la población y muchos forasteros llegados con el único fin de presenciar el solemne acto, invadían las calles y plazas, adornados con sus mejores galas y dejando todos traslucir en el semblante el gozo de que se hallaban poseídos.

Entre la clase media y plebeya, principalmente, Isabel tenía numerosos partidarios.

Sus costumbres intachables, su virtud y su talento, de todo lo cual había dado repetidas muestras, hacían esperar que sería una buena reina, amante de la justicia y del bienestar de sus súbditos.

Los comentarios que en todas partes se hacían no eran nada favorables ni para doña Juana ni para el difunto don Enrique, y sin el menor recato formulábanse punzantes sátiras sobre el origen de la una y la vergonzosa debilidad del otro.

En cambio, todo eran elogios para Isabel y Fernando, a quienes los buenos segovianos llamaban ya, con satisfacción y orgullo, «sus reyes».

A las diez en punto de la mañana, numerosa y lucida comitiva, en la que figuraban nobles, magnates, caballeros y prelados, salió del alcázar, donde se habían reunido, encaminándose a la residencia de los príncipes.

Precedíanles numerosos heraldos, vestidos con ricas dalmáticas recamadas de oro; rodeábales un ver-

dadero tropel de pajes y escuderos, y seguíales una nutrida escolta de soldados.

La muchedumbre se apretaba en las calles para dejarles paso.

Los príncipes les aguardaban ya, y les recibieron al punto.

Para asistir a la ceremonia abandonaron los dos el luto que vestían por la reciente muerte de don Enrique, y lucían lujosas galas.

Estaban dispuestos para ellos dos magníficos caballos, en los que montaron, poniéndose a la cabeza de la comitiva.

El caballo de doña Isabel era blanco, y junto a ella cabalgaban sus damas, radiantes de riqueza y hermosura.

Abrían la marcha los pendones de Castilla y de León, con sus respectivas escoltas de honor.

El espectáculo era magnífico; hacíalo más grandioso aún la brillantez de los rayos del sol, y la muchedumbre prorrumpía en entusiastas aclamaciones al presenciar el magnífico desfile.

Llegado que hubieron a la plaza más espaciosa de la ciudad, los príncipes sentáronse en el trono en ella levantado al efecto, y, en medio de un silencio imponente, dióse lectura al acta de proclamación, que firmaron los personajes más distinguidos entre todos los presentes.

Terminada la lectura, los heraldos gritaron:

—¡Castilla por doña Isabel y don Fernando!

Sonaron los clarines, abatiéronse los pendones,

muchos se arrodillaron y levantóse un vocerío ensordecedor, repitiendo:

—¡Castilla por doña Isabel y don Fernando!

Los nuevos reyes sonreían, satisfechos y emocionados.

Bajaron del trono, y la comitiva púsose otra vez en marcha.

Dirigiéronse al templo, donde se cantó un solemne *Tedéum* en acción de gracias.

Luego, en vez de regresar a su antigua residencia, Fernando y su esposa encamináronse al alcázar.

Cabrera les salió al encuentro, presentándoles las llaves, hincada una rodilla en tierra.

Doña Isabel se las devolvió, confirmándole en su cargo de alcaide, y poco después ella y don Fernando vestían otra vez sus ropas de luto.

La ceremonia había terminado.

Ya tenía Castilla reina.





CAPITULO XXXVI

El martirio de la ausencia.

ENTRE los caballeros que formaban el cortejo de los príncipes figuraba el poeta don Diego de Zabala, el cual en poco tiempo había conseguido gozar de la privanza de sus altezas, sin él haberlo pretendido, lo que hacía su triunfo mucho mayor. Don Diego no recurrió nunca a la adulación y la lisonja, tan corrientes en los cortesanos, lo cual le granjeó en primer término la simpatía de doña Isabel. En cambio, procedía en todo lealmente, siendo su conducta de una fidelidad intachable y doña Isabel díjole en más de una ocasión:

—Os tengo por uno de mis más valiosos defensores.

—Lo soy de todo corazón, señora—respondía él—; pero de poco os sirvo; pues si bien llevo espada al cinto y esgrimirla sé cuando conviene, mi arma es la pluma.

—¿Creéis acaso que la pluma no sea arma tan poderosa como la espada? En tanto tengo una como otra, y en prueba de ello, si a reinar llego, a las letras

dispensaré mi protección más decidida. Siendo vos uno de los que las letras cultiváis con más aprovechamiento, inútil es decir que seréis de los favorecidos.

Demostrando no ser una ingrata, doña Isabel acordábase también del autor o autora de los misteriosos avisos que tan oportunamente recibió en más de una ocasión; y como Zabala sabía quién era aquella persona, pues el último aviso recibiólo por sus manos, decíale frecuentemente:

—¿Y del oculto amigo que por mis intereses vela y por mi bien se desvive, qué me decís?

Don Diego suspiraba, dando una respuesta evasiva. Zoraida había desaparecido de Segovia, sin darle noticias suyas. Suponía el poeta, fundadamente, que habríasela llevado consigo Pacheco, y hasta buscaba el modo de trasladarse a Madrid, cuando supo la muerte de don Juan. Esta noticia le hizo desistir de su viaje, pensando:

—Muerto su señor, modo hallará de venir en mi busca o de hacerme saber su paradero.

Esperó inútilmente que sus esperanzas se cumplieran. Transcurrió el tiempo sin que Zoraida diese fe de vida, y don Diego pensó:

—La he perdido para siempre. Tornadiza y caprichosa como hembra, de mi amor se cansó, y ni piensa en mí a estas horas. ¡En cambio, yo, insensato, cuanto más clara veo su traición, más la adoro! ¡La vida diera por hallarla y en cara echarle su engaño, o de sus labios oír que aún me ama!

Todo esto tenía al pobre Zabala en un estado tal de exaltación continua, que alarmaba a su buen escu-

dero Megalasio. Frecuentemente mediaban entre los dos cuestiones y altercados por causa de aquellos amores, que el escudero creía contrarios a la dignidad de su señor.

—En buen hora—decíale—que por una cristiana pasáseis tales ansias y anhelos. ¡Pero por una mora! ¿No os avergonzáis de haber entregado vuestro corazón a una mujer de creencias contrarias a las de vuestros antepasados? Lo que os ocurre es justo castigo a vuestra insensatez. Los dos habéis faltado al amaros, ella y vos; luego ni su Dios ni el vuestro bendecir pueden esos amores, y así os sirven de tormento, en vez de serviros de dicha.

Y terminaba diciendo:

—Esa pasión olvidad y penitencia haced para que la culpa de haberla concebido os sea perdonada.

Don Diego incomodábase, replicándole:

—¿Qué entiendes tú de eso? ¿Crees que los sentimientos sujetos se hallan al dominio de religiones y creencias? Pues te equivocas, y si por mi amor yo consiguiera que Zoraida a nuestra religión se convirtiera, triunfo sería éste que sobre nosotros atraería las bendiciones del cielo.

Dudaba Megalasio de que estos deseos se cumplieran y tachaba a su señor de loco, aunque nunca, por razón de sus versos, lo tuvo por muy cuerdo.

Que algo de lo que su escudero le decía considerábalo Zabala razonable, demostrábalo su mismo empeño en que sus amores no fuesen conocidos, y lo que nos satisface y enorgullece no se esconde; sólo se oculta lo que nos avergüenza. En aquel mismo miste-

rio hallaba el enamorado poeta agravación para sus ansias. Es doloroso tener penas en el corazón y no poder desahogarlas, confesándolas a alguien. Pero ¿a quién confesar las suyas, que de su pasión no se burlase? De aquí su silencio. No pudiendo permitirse otro desahogo, escribía conmovedores versos, expresando en ellos su amor sin ventura. Los que sus composiciones leían, ignorando el origen de ellas, decían:

—¡Lo que es el genio! Aquí el poeta expresa sentimientos que desconoce, pues amores no tiene, y los expresa como si fuesen ciertos.

Zabala reíase escuchándolos, y pensaba:

—¡Si ellos supieran!...

Así las cosas, llegó la muerte de don Enrique y la proclamación de doña Isabel, ceremonia esta última a la que don Diego no pudo faltar, pues su ausencia habría sido muy comentada. No estaba el caballero de humor de fiestas, y de mejor gana habríase ocultado a todo el mundo para llorar a solas sus desventuras amorosas; pero pensó, no sin motivo:

—Si a la ceremonia de la proclamación no asisto, todos, hasta sus altezas, lo extrañarían, interpretando mi ausencia como prueba de tibieza en mis ideas.

Por eso sólo determinóse a asistir, y asistió, como antes queda dicho.

Megalesio tuvo en ello una satisfacción, pues era lo que le decía siempre:

—Cuidáos, señor, un poco menos de vuestras quimeras poéticas y amorosas, y un poco más de las realidades de la vida.

Y a las realidades de la existencia podía ser muy

provechoso que los que iban a pasar de príncipes a reyes se convencieran de la fidelidad de uno de sus defensores que más necesitaba su protección.

Amo y escudero, pues, figuraron en la comitiva, ocupando en ella cada uno el lugar que le correspondía.

Don Diego, entre los caballeros, oscurecido y eclipsado por el lujo de éstos; Megalasio, entre los escuderos, distinguiéndose de todos por su monstruosa fealdad.

Cuando, después de la ceremonia y besamanos, doña Isabel, en el salón del trono, departió afectuosamente con algunos de sus partidarios, acercóse a Zabala y le dijo:

—Reina soy ya, y el momento se acerca de que vuestros buenos servicios premie. Cuando el instante de las recompensas llegue, decid a la misteriosa persona que tanto me ha protegido, y que vos conocéis, que a mí se acerque sin temor. Sea quien sea, yo prometo que manifestarle sabré mi gratitud en forma cumplida. No olvidéis este encargo.

Y de él se apartó para ir a cumplimentar a otros caballeros.

Don Diego suspiró y las lágrimas casi asomaron a sus ojos. ¡Qué más hubiera querido él que poder cumplir el encargo de la reina! La ocasión no hubiera podido ser más propicia para convertir a la mora en noble dama; pero el paradero de Zoraida seguía ignorando, y eran imposibles los deseos de la reina y los de su corazón.



CAPITULO XXXVII

¡Siempre juntos!



ETIRADOS los reyes a sus habitaciones, después de la ceremonia, en la plaza del alcázar seguía reunido inmenso gentío para ver salir y desfilar a los nobles caballeros que en la comitiva habían formado. Era aquello como un recuento que hacía el pueblo de los partidarios y defensores de los nuevos monarcas.

Cada uno de los que salían de palacio daba origen a animados comentarios. Los curiosos designábanle por su nombre, midiendo los grados de su poderío y nobleza y relatando sus hazañas.

Así fueron convenciéndose de que lo más florido de la nobleza castellana estaba con doña Isabel.

El triunfo era, por consiguiente, de ésta.

Salió también don Diego, y muchos preguntaron:

—¿Quién es ése?

Unos no le conocían.

Otros juzgáronle con injustificado desprecio.

—Es un poeta—dijeron los mejor informados.

Y como para los ignorantes un poeta era un ser completamente inútil, miráronle despreciativamente y dejáronle pasar sin hacerle caso.

Más se fijaron en su escudero que en él, y la figura de Megalasio provocó burlas y risas.

Indiferente a la descortés indiferencia del público, don Diego avanzó entre el gentío, preocupado siempre con el mismo pensamiento: el deseo de encontrar a Zoraida. Llegado que hubo a una callejuela próxima, en la que apenas había nadie, ordenó a su escudero:

—Retírate y déjame solo.

—¿Para pensar más a vuestras ansias en las quimeras que os tienen sorbido el seso?—replicó Megalasio, moviendo tristemente la cabeza.

—Pensar quiero una elegía en la que la triste suerte de mi amor llore.

—¿Y qué ventaja sacaréis de ello?

—Dar consuelo y desahogo a mis pesares.

—¡Linda cosa!

—Para el que sufre, el consuelo es el bien más grande.

—Mirad, señor, que el tiempo perdéis lastimosamente en lo que no os ha de reportar provecho alguno.

—¿Qué entiendes tú de eso, ignorante? ¡Obedéceme!

Avínose el escudero a complacerle, y alejóse, murmurando:

—¡Malhaya la hora en que al servicio entré de

señor de tan poco seso! Y menos mal, si sus extravíos los sufriese él solo; pero lo triste del caso es que a mí también me alcanzan sus consecuencias.

Y pensó, suspirando, en los días de hambre sufridos por culpa de los malditos versos y de los no menos malditos amores de su amo.

En distinta dirección alejóse don Diego, no menos preocupado, aunque por distinta causa.

—Tengo por cierto—decíase—que hay una deidad que a los enamorados protege, consolando sus pesares y satisfaciendo sus deseos. Si esa deidad verdaderamente existe, ¿por qué no acude en mi ayuda? ¿Qué hice yo para no merecer de ella la protección que dispensa a los demás amantes?

A continuar iba sus críticas lamentaciones, cuando una voz oyó que, muy cerca de él, pronunciaba su nombre. El sonido de aquella voz le hizo estremecerse, y volvióse presuroso. Vió a sus espaldas un mancebo de airoso continente, que guardaba el rostro con el embozo de su tabarda.

—¿Quién sois y por qué me habéis nombrado? —preguntóle, intentando en vano verle la cara.

Por toda respuesta, el otro se desembozó, y Zabala exclamó, sobrecogido de admiración y de gozo:

—¡Zoraida!

En efecto, Zoraida era, perfectamente disfrazada con traje varonil, sin que el disfraz disminuyese en nada sus encantos.

Sin reflexionar el lugar donde se hallaban, el poeta quiso arrodillarse a los pies de la mora para besarle las manos, transportado de amor y de alegría.

—¿Qué hacéis?—le dijo ella interrumpiéndole—. El juicio recobrad y cuidado poned en no comprometeros ni comprometerme.

—¿Cómo juicio pedís—replicó él—a quien la felicidad de vuestra inesperada presencia se lo ha robado?

—Reportáos y de aquí alejémonos.

—¿Adónde ir?

—Adonde queráis.

—A mi alojamiento.

—Bien. No tengo ninguno...

—Pues vamos.

—Vamos.

Y echaron a andar juntos, aparentando ser, no dos amantes, sino dos amigos.

Por el camino, el poeta asedió a preguntas a la mora, más ella negóse a responderle y a satisfacer su justa curiosidad.

—Todo lo sabréis—decíale—; pero cuando estemos en sitio donde podamos hablar libremente sin temor de ser interrumpidos ni escuchados.

Llegaron al alojamiento de Zabala y encerráronse en la estancia de éste. Megalasio sorprendióse de ver regresar acompañado a su amo. Desde que tan triste le tenían sus amores, huía de la compañía de todos.

—Será algún loco como él—pensó el escudero—, o un enamorado, o un poeta.

Y, desde luego, miró con poca simpatía al nuevo supuesto amigo de su señor.

Una vez solos don Diego y la mora, después de las naturales expansiones de amor del primero, la segunda

refirió cuanto ya sabemos: la manera como a su hermano abandonó para ir a reunirse con el que amaba. No pudo realizar hasta entonces su deseo, porque la carencia de recursos y el no poder fiarse de nadie, la obligaron a desafiar y vencer sola toda clase de peligros. Pero, al fin, ya estaba allí, y todo lo sufrido dábalo por bien empleado. También explicó el por qué había vivido siempre junto a Pacheco, relatando su venganza. No quería tener secreto alguno para el que era dueño de su corazón.

Concluyó de hablar Zoraida, y don Diego la abrazó, diciéndole:

—¡Me amas! ¡La dicha será el premio de tu amor!

Luego, buscando el modo de afirmar su situación, le dijo:

—A la reina Isabel preséntate, dile quién eres y su protección implora. Dispuesta la hallarás a otorgártela.

—No quiero más protección que la tuya—respondió apasionada—. He renunciado a todo por ti y mi deseo es vivir para ti solamente, siendo tu esclava. Dispón de mí como quieras, a todo me conformo, mientras a tu lado me tengas siempre. Que nadie sepa mi existencia, y así podré consagrártela por completo.

El poeta se creyó el hombre más feliz del mundo. Abrazando de nuevo a su amada, exclamó embelesado:

—¡Tienes razón, bien mío! ¡Siempre juntos!

—¡Siempre!—repitió ella.

Y se acariciaban con los ojos, mientras una sonrisa de dicha suprema entreabría sus labios.



LIBRO CUARTO

VIRTUD, TALENTO Y PRUDENCIA

CAPITULO PRIMERO

El valor de una mujer.

ARDÍA la guerra en toda Castilla.

Proclamada reina Isabel, los partidarios de la Beltraneja protestaron de tal proclamación con las armas en la mano.

Poco hubieran podido, sin embargo, a no contar con el apoyo del rey de Portugal, el cual a su vez solicitó y obtuvo la ayuda de Luis XI de Francia.

Ambicioso y de carácter aventurero, a pesar de sus años, el monarca portugués creyó propicia la ocasión para reunir en una sola las coronas de Portugal, León y Castilla y justificar el sobrenombre de *el Africano*, que en sus mocedades había conquistado por sus hazañas en Africa.

Aceptó, pues, las nuevas proposiciones que se le hicieron para casarse con Doña Juana, a pesar de la diferencia de edad que entre ellos mediaba y de los lazos de íntimo parentesco que les unían, pues si la Beltraneja era efectivamente hija de don Enrique, resultaría ser sobrina de su esposo.

Por estas y otras razones el Papa mostróse reacio en autorizar tal matrimonio; otorgó, al fin, una bula en la que daba una autorización vaga y en términos tales que el casamiento pudiera ser anulado cuando conviniera, y celebráronse los esponsales de Don Alfonso de Portugal y Doña Juana.

Con esto tuvo ya pretexto el ambicioso monarca para entrar en Castilla con numeroso ejército, en el que figuraba lo más florido de su reino y cuyo mando compartió con su hijo, el príncipe don Juan.

Alegaba que lo hacía en defensa de los derechos e intereses de su esposa; pero en realidad lo que buscaba era el modo de satisfacer su codicia y vengarse de Doña Isabel, por haber despreciado en otro tiempo su mano.

A pesar de su orgullo, queriendo asegurar aún más su triunfo, convino con el rey de Francia que éste entrase por el Norte, cediéndole la posesión de cuantas tierras dominase.

Avínose Luis XI a estos tratos, pues conveníale apoderarse en la Península de territorios más o menos extensos que le sirvieran de base de operaciones en sus constantes litigios con Don Juan II de Aragón, padre de Don Fernando; así, pues, al mismo tiempo que las tropas de Portugal penetraban por Extremadura, apoderándose de algunas importantes plazas y estableción-

dose en Toro, como ciudad la más importante de las que poseían y la que les era más adicta, los franceses entraban por Guipúzcoa, poniendo sitio a Fuenterrabía.

A todo esto, los moros andaluces, aprovechándose de tantas revueltas, hacían frecuentes irrupciones en las tierras fronterizas al reino de Granada.

Tal estado de cosas puso en grave apuro a los nuevos reyes de Castilla, Isabel y Fernando, que no estaban prevenidos, ni mucho menos, para combatir contra tantos y tan encontrados elementos.

Contaban con numerosos partidarios; pero carecían de organización, y, sobre todo, de recursos.

Y era el caso que no querían imponer a sus vasallos sacrificios de ninguna clase, tanto porque temían verse desairados cuanto por la mísera situación en que sus estados se hallaban.

No se arredraron con tantas contrariedades, y encomendándose a Dios, con los que buenamente quisieron seguirles marcharon contra el portugués, que era el que más de veras los amenazaba.

Aquel ejército reducido, desorganizado, heterogéneo, desprovisto casi de pertrechos de guerra, supo luchar con tanto valor y tal denuedo, animado por el ejemplo de Isabel y Fernando, que lo mandaban en persona, que los portugueses y sus aliados fueron vencidos en distintas ocasiones, perdiendo varias de las plazas que ocupaban, entre otras, la importantísima de Zamora.

Triunfo verdaderamente extraordinario, que reaccionó el decaído espíritu del pueblo, haciéndole poner sus esperanzas en los nuevos monarcas, y que humilló

el orgullo del portugués, obligándole a encerrarse en Toro y haciéndole comprender que la empresa acometida era mucho más difícil de realizar de lo que había pensado.

Obtenidas las primeras victorias, Doña Isabel convocó Cortes para arbitrar recursos.

No hallando sus consejeros modo de darle lo que demandaba, ella misma propuso la solución.

Dirigiéndose a los prelados, les pidió la cesión de la mitad de la plata y oro que atesoraban las iglesias, para atender al sostenimiento de la guerra.

¡Cosa extraña! El clero, siempre avaro de sus intereses, accedió a su deseo.

Hubo, por lo tanto, dinero.

Hizo al mismo tiempo un llamamiento al pueblo, y numerosos soldados acudieron a alistarse bajo sus banderas.

Hubo también, por lo tanto, hombres.

Suceso verdaderamente asombroso.

Sin conocerla aún apenas, sin casi haber dado muestras todavía de lo que era capaz de hacer, todos depositaron en ella su confianza, ofreciéndole los nobles su espada, el pueblo sus hijos y el clero sus tesoros.

Y si antes con escasos elementos habían vencido, ¿qué no podía esperarse ahora?

Reorganizóse el ejército, adquiriéronse pertrechos de guerra y se aseguró de este modo el triunfo final y definitivo.

A fuer de imparciales, debemos consignar que la mayor parte de la gloria de los sucesos que indicamos pertenecía a Isabel.

Fácilmente lo demostraríamos narrando más determinada y detalladamente tales sucesos; pero no es una obra de la índole de esta propia para ello, si bien hemos de mencionar, siquiera sea de paso y a manera de digresión, los hechos históricos que sirvieron de base a los novelescos que desarrollamos.

Sin el menor género de duda, don Fernando era un valiente, y así lo demostró en repetidas ocasiones; pero doña Isabel fué el espíritu organizador que todo supo preverlo y ordenarlo; el genio superior que sacó recursos de donde no los había y trocó la desconfianza en fe, el recelo en entusiasmo.

Intrépida e incansable tanto como el hombre más valiente, tomaba parte activa en las batallas, sin consideración a su estado, pues se hallaba encinta, cabalgaba horas y horas, iba sin cesar de una parte a otra, sin revelar cansancio, y caminaba lo mismo de noche que de día.

Esto provocó en ella un aborto en una de las jornadas, casi en mitad de un camino, y a las pocas horas de un accidente tal, que a cualquier mujer deja en estado de debilidad y postración extremas, montó de nuevo a caballo, como si tal cosa.

Conquistada Zamora y abatido el poder orgulloso de los portugueses, Don Fernando marchó al Norte a entendérselas con el monarca francés y obligarle a levantar el sitio de Fuenterrabía.

Por respeto a su padre y en consideración a los asuntos pendientes entre éste y el rey de los franceses, conveníale tratar a Luis XI con cierta diplomacia, y tan cumplidamente realizó su empeñó, que consiguió de él

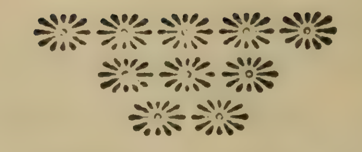
una entrevista con Don Juan II de Aragón, convirtiéndolo, si no en aliado, al menos en amigo.

Doña Isabel quedó mientras tanto al frente de las tropas y redobló sus esfuerzos para que la ausencia de su marido no fuese notada.

No sólo trabajaba sin cesar de día, sino que velaba de noche, y a favor de las sombras, envuelta en un manto, sola o todo lo más seguida de alguno de sus más fieles partidarios, recorría el campamento, oyendo lo que hablaban sus soldados, sin que ellos la vieran.

Así enterábase por sí misma de lo que le convenía saber.

Su intención era nada menos que apoderarse de Toro para cuando su esposo volviese, y había demostrado que le sobraba aliento para realizar cuanto se proponía.





Así enterábase por sí misma de cuanto le convenía saber





CAPITULO II

El voto de un caballero.

HALLÁBASE el ejército de Isabel acampado cerca de Toro, cuya plaza proponíase atacar.

Para ello esperábase el resultado de ciertas negociaciones entabladas con gente de la plaza, para asegurar el éxito del ataque.

Repugnábale a la reina tratar con los que, al fin y al cabo, hacían el papel de traidores; pero no le quedaba otro remedio para asegurar el resultado de su empresa.

Sin embargo, aunque pagó siempre religiosamente a los que le ayudaron con la traición y hasta los admitió en sus filas, nunca los miró con muy buenos ojos ni puso en ellos gran confianza, pues pensaba fundadamente que lo mismo que habían traicionado a sus adversarios, podían traicionarla a ella si se presentaba ocasión.

Una cosa era pasarse de uno a otro bando por cambio de convicciones, y otra muy distinta venderse al oro que ofrecido en pago de ciertos servicios, deshonraba.

Por eso si Isabel admitió a su gracia a cuantos enemigos lo solicitaron, perdonando magnánima los agravios que de ellos tenía recibidos, jamás otorgó merced alguna a un traidor, aunque de su traición se aprovechara.

Uno de los primeros de los del bando contrario convertido a la causa de la nueva reina, fué el poderoso conde de Benavente.

Pero su conversión fué noble y sincera, como correspondía a un caballero cual él.

Tales y tan elocuentes muestras dió de su adhesión, que Isabel depositó en él su confianza y teníalo como lugarteniente para cuidar de que el orden en las tropas no se alterase y sus órdenes fuesen pronto y fielmente ejecutadas.

No tuvo que arrepentirse de ello, pues el noble conde le prestó muchos y muy buenos servicios.

Tan identificado estaba con la manera de pensar de la reina, que ésta dejábale en muchas ocasiones en libertad para que dispusiese las cosas según su criterio, sin previa consulta, y tan acertado estuvo siempre en cuanto resolvió por sí mismo, que Isabel no tuvo que desaprobar nunca nada de lo por él dispuesto.

De aquí que el de Benavente fuese una verdadera potencia y muchos acudiesen a él para que les sirviera de intermediario con la reina.

Y él, que sabía mejor que nadie los graves asuntos que a Doña Isabel ocupaban, cuidaba de no molestarla y distraerla más que en aquello que valía la pena de que fijase su atención.

Una noche hallábase el de Benavente en su tienda,

examinando unos pliegos cuyo estudio le había encomendado Isabel y en los que se exponían las condiciones exigidas por varios de los que se prestaban a auxiliarles en su empresa de apoderarse de Toro, cuando le pasaron aviso de que un encubierto, recién llegado al campamento, quería hablarle.

—¿Quién es?—preguntó, contrariado al verse interrumpido.

—Oculta su rostro y su nombre—respondiéronle—, y a cuantas preguntas se le han dirigido contesta que sólo a vos dará las debidas explicaciones.

Por lo misterioso, el caso llamó la atención del conde.

—¿Será un espía?—pensó.

Pero desechó este pensamiento, diciéndose:

—Si así fuera, se presentaría de distinto modo disfrazado, mas no con el rostro cubierto, lo cual basta para fijar en él la atención.

Ocurriósele otra idea, que tuvo por más probable.

—Mejor será—dijo—alguno que venga a hacer revelaciones u ofrecer servicios poniendo antes precio a unas y a otros.

Y aunque también a él le repugnaba la traición, comprendiendo que podía tratarse de algo de verdadera importancia, ordenó que fuese conducido el encubierto a su presencia.

La hora de la entrevista hacía ésta mucho más misteriosa, pues era ya muy cerca de la media noche.

Apareció en la tienda el misterioso desconocido, y el de Benavente, al contemplar su arrogante apostura, pensó para sí:

—Buena presencia. No es fácil que bajo ese exterior arrogante y noble se oculte un miserable traidor.

El aspecto del encubierto autorizaba estas favorables suposiciones.

La gallardía de su cuerpo llamaba desde luego la atención.

Vestía armadura completa, como si fuese a entrar en combate, iba armado de todas armas, sin que en éstas se viese emblema o escudo de ninguna clase, y cubría su rostro con la celada del casco, en cuya cimera no ondeaban rizadas plumas.

La misma sobriedad de su atavío dábale un aspecto imponente.

Después de haberle contemplado a su sabor, el conde le dijo:

—Antes de decirme lo que de mí deseáis, puesto que descubierto estoy y en mi presencia os halláis, descubríos también.

El desconocido no hizo siquiera ademán de obedecerle.

—¿No me habéis oído?—añadió Benavente.

—Sí—respondió el otro.

—¿Pues por qué no me complacéis en una cosa que sin que yo os la demandara, la cortesía debió imponéroosla?

—Porque no puedo.

—¿Cómo?

—Si a descubrirme quisiérais obligarme y conmigo os negáseis a hablar si no me descubriese, de aquí saldría al punto, sin deciros a lo que vengo. Conque ved si cubierto queréis oírme, o vuestra venia dadme para

que me retire, y perdonad la molestia que os he causado.

Habló el encubierto con una firmeza tal, que oyéndole no cabía poner en duda su resolución de hacer lo que anunciaba.

—¡Extraño empeño, por mi vida!—exclamó el conde—. ¿A qué obedece?

—A un voto—respondió el otro.

—¡Ah! Eso es distinto.

—Por razones que no son del caso, voto solemne tengo hecho de no mostrar mi rostro a nadie ni a nadie decir mi nombre hasta que el voto en cuestión esté cumplido.

—Por ahí hubiérais empezado y no habríamos tenido que hablar tanto. Un voto siempre es sagrado, por nada ni por nadie debe quebrantarse, y yo respeto el vuestro.

—Gracias.

—¿Obedece, quizá, a una venganza?

—Perdonad que no conteste a ninguna de las preguntas que en tal sentido me dirijáis.

—Como gustéis.

—Respetando mi incógnito, ¿consentís en oírme?

—Sí, hablad.

—Las gracias os doy nuevamente por vuestra condescendencia. Seguro estaba de que hallaría en vos al caballero cortés y bondadoso, cuyos altos merecimientos todos justamente ensalzan. Oid.

Verdaderamente excitada su curiosidad, el conde prestó atención y el encubierto se expresó de esta manera:

—Caballero soy, y mis deberes de tal me impiden permanecer indiferente a las luchas que ensangrientan el suelo de mi patria. Como caballero y como castellano, tengo la obligación de tomar parte en la guerra. Pues a eso vengo: a pedir que me sea concedido un puesto, el más humilde, en las filas de los defensores de la causa y de los derechos de nuestra reina y señora Doña Isabel I, que Dios guarde. Siempre le fuí adicto, y fuera en mí traición no ofrecerle mi espada cuando el caso es llegado de esgrimirla en su defensa.

Complacido por estas razones, el conde respondióle:

—Vuestra resolución os honra, y yo la admiro y apruebo. Vale más la lealtad de quien, como vos, viene a ofrecerse espontáneamente, que la del que lo hace a la fuerza. Ese solo rasgo basta para acreditar vuestra nobleza; pero aun aprobando vuestra conducta, no puedo acceder a lo que me pedís.

—¿Por qué?

—Porque aunque de vos no desconfíe, la prudencia me ordena no admitir en nuestras filas a quien no conozco y de quien no puedo, por lo tanto, responder. No diré que vos lo seáis y ni lo sospecho siquiera; pero en quien como vos se presenta, puede esconderse un traidor.

No se ofendió el desconocido por estas palabras.

Al contrario, repuso:

—Razón tenéis en vuestros reparos, lo reconozco; pero es el caso que de mi intento no quiero desistir. Por realizarlo, me atrevo a proponeros un medio.

—¿Cuál?

El encubierto guardó silencio un instante, como si vacilara.

Al fin, dijo:

—Caballero sois y de vuestra hidalguía me fío. ¿Me juráis no revelar a nadie quién soy, si os lo revelo?

—¡Os lo juro!—respondió el de Benavente.

—Debo advertiros que cerca de vos hay alguna persona, para mí muy allegada, de la que más que de nadie tengo empeño en guardarme.

—No seré yo quien a esa persona os descubra.

—La reina misma debe ignorar quién soy.

—Lo ignorará.

—En ese caso...

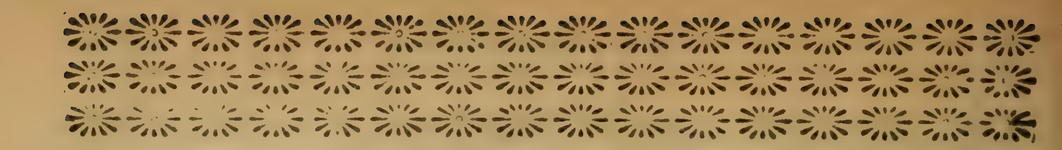
Iba ya a descubrirse, cuando el conde le detuvo, diciéndole:

—Basta. Vuestro propósito de mostraros a mí es suficiente para que mis temores desaparezcan. Si fuérais un espía o un traidor, hubiéseis insistido en no mostrar el rostro a nadie. Seguid cumpliendo vuestro voto y quedáos a nuestro lado, si así lo queréis.

—¡Gracias!—exclamó con entusiasmo el desconocido—. No tendréis que arrepentiros de lo que hacéis, y si algún día mi nombre llega a ser conocido, cierto estoy de que os alegraréis de haber procedido conmigo tan noblemente. Básteos saber por ahora que no soy para vos un extraño, sino un amigo.

Y tendió su diestra, que el de Benavente estrechó con la suya, sin saber quién fuese al que tal merced otorgaba.





CAPITULO III

Por la suerte.

La llegada del misterioso caballero al campamento excitó la curiosidad de todos, y durante algunos días no se habló de otra cosa.

La reina misma tuvo noticia del suceso y llamóle la atención.

—Pues que le habéis admitido en vuestras filas —dijo al de Benavente—, motivos tendréis para fiar en él. Conozco demasiado vuestra prudencia para ponerla en duda. ¿Qué precauciones habéis tomado para su admisión?

—Ninguna, señora—respondió el conde.

—¿Cómo es eso?

—He aquí lo ocurrido entre él y yo.

Y le relató la escena que ya conocemos.

Después de oírle atentamente, Doña Isabel dijo:

—Bien hicísteis y en vuestro lugar habría hecho otro

tanto. Hombre que como él viene a ofrecerse espontáneamente y que ante el temor de no ser admitido se dispone a quebrantar su voto, confiando en vuestra caballerosidad, merece respeto.

Quiso la reina verle, y el encubierto se presentó a ella, pidiendo antes permiso para no descubrirse.

Concedido que le fué, ofreció sus respetos a doña Isabel con el mayor rendimiento.

No bien le hubo oído la reina, estremecióse, pensando:

—Yo conozco esa voz.

Y, en efecto, no era la primera vez que la oía, como a su tiempo sabremos.

Pero no pudo recordar a quién pertenecía aquella voz, que no le era desconocida, por más esfuerzos que hizo.

Entre los caballeros más distinguidos que figuraban en el ejército de Isabel, establecióse un verdadero empeño en ver quién era el primero que descubría el nombre del misterioso personaje.

Dos de los más interesados en descifrar aquel enigma, eran don Rodrigo de Paredes y don Diego de Zabala.

Los dos formaban parte de las tropas.

El primero, buscando consuelo a su desengaño y a su tristeza, por no haber podido encontrar a su hermano don Tomás, a pesar de todos sus esfuerzos; el segundo, porque en tiempo de guerra la profesión de poeta daba poco, pues siempre fué el cultivo de las letras más pro-

pio de la paz, y la necesidad obligóle a abandonar momentáneamente a Apolo para consagrarse a Marte.

A Zabala acompañábale, como de costumbre, su escudero Megalasio, pero a la par llevaba consigo un paje imberbe, al cual parecía tener en gran estima.

Todos extrañábanse de que caballero tan falto de recursos pudiera permitirse tal lujo.

Su extrañeza habría cesado al saber que el paje en cuestión era una mujer, no un hombre.

Era Zoraida.

La mora no quiso separarse en modo alguno del que amaba, y el poeta no tuvo otro remedio que llevarla consigo, disfrazándola de aquel modo para que no fuera reconocida por nadie.

Como Zoraida estaba ya acostumbrada a vestir el traje varonil y era valiente y de carácter enérgico, nadie sospechó que fuese lo que en realidad era.

Al hallarse juntos, don Rodrigo y don Diego hablaron más de una vez de don Tomás, del que no se había vuelto a saber ni una palabra.

Su pérdida les entristecía, aburríales la inacción en que estaban en espera del ataque de Toro, y el empeño de penetrar el misterio de que se rodeaba el encubierto fué para ellos una distracción más que otra cosa.

Mas como todos, pretendieron inútilmente satisfacer su curiosidad.

En vano fué que apelasen al ardid de ofrecérsele como amigos.

El agradeció cortésmente la honra que le dispensaban y rehusó el ofrecimiento.

Permanecía siempre solo y alejado de los demás.

Sin escudero ni nadie que le sirviese, él mismo limpiaba sus armas y cuidaba de su caballo.

Unas veces permanecía horas y horas encerrado en su tienda, en la que no era permitida la entrada a nadie; otras paseábase por los lugares más apartados.

En sus paseos sentábase a descansar cuando la fatiga le rendía, y entregábase a profundas meditaciones.

En tales momentos parecía no darse cuenta de nada, y muchos aseguraban que le habían oído sollozar bajo su casco.

Todo esto aumentaba el interés y la curiosidad.

A no haber contado con la protección del de Benavente, quizá alguno se hubiera permitido con él alguna imprudencia; pero no había quien se atreviese a provocar la cólera del poderoso conde.

De lo que sí pudieron convencerse todos muy pronto, fué de que no era un espía.

Parecía por completo ajeno a cuanto le rodeaba.

Comenzaba a cundir la impaciencia por el tiempo que llevaban allí sin hacer nada, cuando se recibieron noticias importantes que prometían prontos y faustos acontecimientos.

Así lo aseguraban todos, aunque en realidad nadie sabía a punto fijo de lo que se trataba.

El conde de Benavente celebró una larga entrevista con la reina, y luego, reuniendo a los nobles, les dijo:

—Se necesita quien se encargue del cumplimiento de una misión difícil y arriesgada.

Aun sin saber qué misión era, todos los presentes prestáronse a desempeñarla.

—No me sorprende lo que ocurre—añadió el conde—. Lo esperaba. Tenía la seguridad de que todos vosotros os disputaríais como un honor lo que es un peligro. En vista de que no me he equivocado, he aquí el medio que se me ha ocurrido para designar a uno sin que los demás queden descontentos. Confiemos a la suerte el decidir quién ha de ser el que la indicada misión desempeñe.

La idea fué aprobada.

Entre los reunidos hallábanse el caballero encubierto, don Rodrigo y don Diego.

A cada uno de los nobles se les dió un número.

También el de Benavente tomó el suyo, pues tratándose de una empresa en la que había peligro, hubieran podido creer que renunciaba a ella por miedo.

Verificado el sorteo, salió el número del caballero encubierto.

La suerte, que tan poco propicia parecía habérsele mostrado en otras cosas, le favoreció en esto, si favorecerle era designarle para ir a exponer su vida.

El pareció muy contento.

Los otros nobles, por el contrario, le miraron con envidia.

No faltó quien al de Benavente dijera:

—¿Y váis a confiar una misión de importancia, a persona que no conocéis?

El conde no hizo caso de esta advertencia.

Dió sus instrucciones al agraciado, y éste partió inmediatamente a desempeñar su cometido.



CAPITULO IV

Rebelión.

COMO el encubierto habíase presentado en el campamento solo, sin escudero ni servidor de ninguna clase, sola partió también la importante misión que por designio de la suerte le había sido confiada.

—¿Queréis que alguien os acompañe?—le preguntó el conde de Benavente, quien cada día mostrábase con él más afectuoso.

—No—respondió él— Prefiero aceptar para mí solamente los peligros y la responsabilidad que puedan haber en el desempeño de este encargo.

—Como gustéis.

—Así la gloria, si la hubiese, también será toda mía.

—Ambicioso sois.

—Soy celoso de mis derechos. Además, entiendo que para ciertos casos estorba la compañía. En todo compañero puede haber un envidioso o un traidor.

—¿Es eso prudencia o pesimismo?

—Las dos cosas.

—Para ser tan pesimista, muchos desengaños debéis haber sufrido.

—Bastantes, y de los más dolorosos

No hablaron más, pero lo que antecede fué bastante para que aumentara la simpatía del conde hacia el desconocido, pensando:

—Es un pobre desengañado de la vida.

Y tanto él como los demás caballeros esperaban con impaciencia el regreso del desconocido, para ver cómo desempeñaba su misión.

Según todos los cálculos y probabilidades, el encubierto debía volver a los tres días.

Transcurrió este plazo y no volvió.

El de Benavente estaba inquieto y pesaroso.

—¿A qué obedece tal tardanza?—preguntábase—. ¿Es que ha sucumbido en algún peligro o víctima de alguna traición, o será que hice mal en confiar encargo tan delicado e importante a quien no conocía?

Al temor uniéronse en él la desconfianza y el recelo.

Comunicó sus inquietudes a la reina, la cual díjole:

—No juzguéis mal sin motivo. ¡Quién sabe lo que a ese infeliz puede haberle pasado! La misión que le encomendásteis, ¿no era peligrosa?

—En grado sumo.

—Cualquier otro que a desempeñarla hubiese ido, ¿no habría podido tardar también, por causas imprevistas?

—Sin duda alguna.

—Pues no seamos con él más severos que con cualquier otro y esperemos, poniendo nuestra confianza en Dios.

Para tranquilizar al buen conde, añadió:

—Por lo demás, suceda lo que suceda, no temáis que os dirija cargo alguno. En vuestro caso, habría tenido en ese caballero la misma confianza que vos.

Con cuyas palabras, el de Benavente se calmó un tanto; pero, de todas maneras, siguió preocupándole aquella inexplicable tardanza.

En el campamento comenzaron a correr de boca en boca los más absurdos rumores.

Alguien pronunció imprudentemente la palabra traición, y dióse como cosa cierta y segura una gran infamia.

Los envidiosos de que el desconocido hubiera sido designado para un encargo en cuyo cumplimiento podía haber gloria, comenzaron a propalar que el encubierto les había traicionado, que era un espía de los adversarios y que éstos caerían sobre ellos de un momento a otro, guiados por él y por él enterados de las posiciones que ocupaban.

Con todo esto mezclábanse acerbas censuras dirigidas contra el de Benavente, por su falta de previsión.

—En vez de someter a los caprichos de la suerte un asunto tan delicado—decían—, debió escoger a cualquiera de los caballeros que no ocultamos nuestro nombre y que tenemos probada nuestra lealtad en más de una ocasión.

Don Rodrigo de Paredes y don Diego de Zabala

eran de los pocos que defendían al incógnito caballero.

Sin saber por qué, sentían hacia el misterioso simpatía.

—Calma—decían a los murmuradores—Aun no hay motivos para sospechar. A cualquiera de vosotros, en igual caso, hubiera podido ocurrirle algo que retrasase el regreso

Con lo cual no conseguían otra cosa que crearse enemistades e infundir recelos.

Como transcurriesen dos días más sin que tampoco volviera el que esperaban, cundió el descontento e iniciáronse indicios de rebelión.

Al dirigirse Benavente a la tienda de la reina para dar cuenta a ésta de lo que pasaba y tomar una resolución, acercósele un grupo de nobles en actitud agresiva.

Eran los que no le perdonaban sus distinciones a un desconocido.

Seguíanles a distancia numerosos soldados, también en actitud hostil.

Los nobles increparon al conde, y de entre los soldados salieron silbidos y gritos.

Sorprendióse doña Isabel por aquel ruido inexplicable, y salió de la tienda para enterarse por sí misma de lo que ocurría.

A su aparición, todos callaron, inclinando la cabeza.

La reina les ordenó que expusiesen sus quejas.

Uno de los nobles se adelantó y habló en nombre de todos, acusando al de Benavente de imprevisor.

—Por su culpa—decia—podemos ser víctimas de una traición.

El discurso del noble fué interrumpido, antes de que la reina pudiese responderle, por el sonido de un clarín que anunciaba la llegada de alguien al campamento.

Como obedeciendo a una súbita inspiración, la reina ordenó que compareciese ante su presencia el que de llegar acababa.

No sabía quién era ni esperó a que se lo dijesen; obró por un impulso misterioso que siempre la animó e inspiró en las situaciones más difíciles de su vida.

Todos vieron avanzar con asombro una extraña comitiva.

Formábanla cuatro hombres, llevando en hombros una especie de andas, sobre las que descansaba el cuerpo de un hombre.

Seguíanles una mujer y un anciano.

La mujer lloraba y tenía tan inclinada la cabeza, que era difícil verle el rostro.

Los que conducían las andas depositaron éstas a los pies de la reina.

El hombre que en ellas iba incorporóse con gran esfuerzo, y entonces todos pudieron ver que era el encubierto.

Le reconocieron por sus armas, pues, como de costumbre, cubría su rostro con la celada del casco.

Parecía expirante; por lo menos, gravemente herido.

Presentó a la reina un enrollado pergamino, y dijo con voz muy débil:

—Señora, he aquí las condiciones de la negociación que en vuestro nombre fuí a estipular. Todo ha quedado

convenido según vuestro deseo. Al regresar, cumplida satisfactoriamente mi misión, caí en una traidora celada, en la que fuí gravemente herido; pero Dios me ha conservado la vida lo bastante para llegar a vos y daros cuenta del encargo con que me honrásteis.

Dirigiéndose luego a todos, añadió:

—Mi voto está cumplido, y hora es ya de que sepáis quién soy.

Se levantó la celada del casco, y todos exclamaron:

—¡Don Tomás de Paredes!

Al mismo tiempo, Zabala dijo, fijándose en la mujer:

—¡Teresa!

Don Rodrigo corrió a abrazar a su hermano, y la reina, al oír el nombre de aquella infeliz mujer que lloraba, recordó el encargo que antes de morir le había hecho el conde de Arjona.

En efecto, el desconocido y la mujer que le seguía, eran don Tomás y Teresa.





CAPITULO V

Los designios del acaso.

POR qué misteriosos azares del destino la suerte había vuelto a reunir a aquellos dos seres, separados un día por la desgracia?

He aquí lo ocurrido:

Don Tomás, pues ya sabemos que el misterioso encubierto era él, partió a cumplir la misión que le había sido confiada. Partió lleno de esperanza y de entusiasmo. No le asustaban los peligros, porque de todos los nobles que peleaban por Isabel, era el que menos temía la muerte. Antes, por el contrario, la deseaba. El infeliz caballero había sufrido mucho. Abandonó su casa para buscar a su desgraciada esposa, con el propósito de reparar públicamente la injusticia con que la había tratado. Los sentimientos de su corazón impusiéronse a todos los convencionalismos y comprendió que Teresa era inocente, a pesar de su deshonra. Ni fué culpa suya

el sucumbir por la fuerza a las asechanzas de un seductor, ni obró con engaño al admitirle por esposo, pues le suponía enterado de su desgracia. Todo fué obra de la fatalidad y de la infame venganza de doña Leonor de Padilla.

Haciéndose cargo, aunque tarde, de todo esto, don Tomás habíase dicho:

—Pues si reconozco que es inocente y estoy cierto de que me ama, debo traerla a mi lado y hacerla respetar por todos como merece. Algunos me despreciarán, suponiendo que transijo con la deshonra; pero no me importa; mi conciencia está tranquila; hago lo que debo y a mi vez despreciaré a los que tal modo piensen.

Para más afirmarse y comprometerse en la realización de su noble propósito, hizo voto solemne de ocultarse a todos, de no mostrar su rostro a nadie, ni aun a su hermano, hasta que a su esposa hubiese encontrado.

Así lo hizo, y cual caballero andante en busca de aventuras, lanzóse a recorrer el mundo en busca de Teresa.

No se limitó a recorrer los reinos de León, Aragón, Castilla y Navarra, sino que visitó también Portugal y Francia, por si los fugitivos habían cruzado la frontera, para mejor ocultarse.

Todas sus pesquisas fueron inútiles.

No encontró a Leandro y Teresa en parte alguna.

Desesperado, don Tomás regresó a Castilla, siempre sin darse a conocer a nadie ni a nadie pedir ayuda para su empresa.

Habíase entablado ya la guerra de sucesión al trono entre doña Isabel y la Beltraneja.

Paredes se dijo:

—Mi voto no me dispensa de cumplir mi obligación de patriota y caballero.

Y como siempre fué partidario de Isabel, en su campamento se presentó para solicitar el ser admitido en sus filas, como ya sabemos.

Resuelto a seguir cumpliendo su voto, no se dió a conocer ni aun a su hermano, aunque muchas veces estuvo tentado de ello.

Más de una vez oyó a don Rodrigo y a Zabala hablar de él y conmovióse al ver el dolor sincero con que lamentaban su desaparición.

—¡Ojalá pueda devolverles algún día la tranquilidad presentándome a ellos!—pensaba—. ¡Será señal de que he encontrado a mi esposa!

Comenzaba a temer que no hallaría a Teresa, y de aquí que le importase poco la vida.

Para vivir de aquella manera, casi le valía más morir.

Por esto aceptó con tanto entusiasmo la misión que le fué confiada.

Si en su desempeño hallaba la muerte, lo consideraría un bien.

Cumplió don Tomás satisfactoriamente el encargo que se le confió, y apresuróse a volver al campamento, sin contar con que la traición pudiera salirle al paso en el camino.

Alguien descubrió los manejos de los que con doña Isabel habían pactado y quiso oponerse a ellos.

Para conseguirlo, no halló modo mejor que apostarse en una encrucijada, matar al enviado de la reina y

apoderarse de los pliegos de que era portador y en los que constaban, firmadas, las estipulaciones convenidas.

Así lo hizo.

Faltábale a Paredes ya únicamente una jornada para llegar al campamento.

A fin de acelerar su regreso todo lo posible, caminaba de día y de noche.

Una madrugada, al llegar a un sitio solitario, saliéronle de improviso al encuentro dos enmascarados, intimándole la rendición.

El creyó habérselas con bandidos y se apercibió a la defensa.

No hubo lucha.

En el momento de desenvainar su espada, un tercer enmascarado, saliendo sin que él le viese, le hirió por la espalda.

Don Tomás cayó al suelo bañado en sangre, exclamando:

—¡Muerto soy!

En aquel instante oyóse rumor de gente que se acercaba, y los criminales, temiendo ser sorprendidos, huyeron, sin apoderarse del documento por robar el cual acababan de cometer el crimen.

Los que se acercaban eran un anciano y un joven.

Parecían amo y criado, aunque el porte de los dos era muy modesto.

Seguramente habrían pasado de largo, si el herido no les hubiese llamado la atención con sus lamentos.

Acercáronse a él, y don Tomás les explicó brevemente lo ocurrido.

El anciano pareció indignarse.

—No temáis—le dijo—; yo os auxiliaré.

Entre los dos levantáronle del suelo y se internaron con él en el bosque.

Poco después llegaron a una humilde casa, con honores de choza.

Una mujer joven y hermosa, con el rostro muy pálido y vestida modestamente, les abrió la puerta.

Depositaron al herido en un lecho y procedieron a curarle.

Para ello hubo necesidad de quitarle toda la armadura, incluso el casco.

Paredes se resignó a mostrar el rostro, puesto que a ello obligábanle las circunstancias.

Apenas su cara quedó al descubierto, la mujer que le curaba exclamó:

—¡Don Tomás!

Volvióse él para mirarla, y dijo a su vez, con acento indefinible:

—¡Teresa!

¡Al fin la encontraba!

La presencia de Teresa en aquel modesto y oculto albergue, tenía una explicación muy lógica y sencilla.

Después de la muerte de Leandro, la joven, en cumplimiento de la última voluntad del que la sirvió de padre, partió en busca del conde de Ariona, rehusando, como se recordará, los ofrecimientos que le hizo para que se quedase a su lado, el bondadoso viejecito que los recogió del bosque y en cuya vivienda exhaló Leandro el último suspiro.

Al pronto, Teresa no se atrevió a ir a Segovia, por miedo de encontrarse con su esposo.

Vivía mendigando y esperaba una ocasión propicia para presentarse al de Arjona.

Aquella ocasión no se le ofrecía nunca.

Cuando deponiendo sus temores se decidió a ir a Segovia, supo que el anciano conde había muerto.

—¿Qué hacer ahora?—se preguntó.

Su porvenir la aterraba.

Recordó entonces los ofrecimientos del bondadoso viejecito que se brindó a servirle de padre, y volvió a pedirle hospitalidad y amparo.

Fué muy bien recibida, y allí vivió desde entonces.

Júzguese la emoción de los dos esposos al encontrarse de modo tan imprevisto.

Mediaron entre ellos mutuas explicaciones, y don Tomás hizo contar cuales eran sus propósitos.

Teresa le abrazó llorando, agradecida a su bondad.

El estado del herido era muy grave.

En vista de que en dos días no mejoró, y como él deseara presentarse a la reina cuanto antes para exponerle el desempeño de su misión, trasladáronle al campamento, del modo que hemos visto.





CAPITULO VI

Rehabilitación.

ANTES de que se hubiesen repuesto todos de la emoción y la sorpresa que les produjo el saber quiénes eran el caballero encubierto y la mujer que le acompañaba, don Tomás dijo a la reina:

—Otorgadme, señora, vuestra venia para hacer pública una declaración importante.

—Hablad lo que queráis—respondió Isabel, no menos conmovida que los demás.

Entonces Paredes, reuniendo todas sus fuerzas para que sus palabras fuesen oídas, añadió:

—Reconozco a esta mujer como mi esposa, y declaro que es inocente de toda culpa, no mereciendo, por lo tanto, la injusticia con que la traté. Y para que a nadie quepa la menor duda de lo que digo, he aquí la demostración de su inocencia.

Detúvose para tomar alientos, y luego prosiguió:

—No niego que un hombre la deshonró, ni tengo reparo alguno en decirlo, puesto que pública se hizo su deshonra el día de mi matrimonio con ella. Pero su seductor apeló a la traición y a la fuerza para robarle el honor, y, por consiguiente, no hubo falta en ella, sino desdicha. ¿Y cuándo la desventura inmerecida e involuntaria, ha sido digna de desprecio y no de compasión? Si el que por más noble se tenga, yendo por un camino se ve asaltado por un ladrón que le roba su fortuna, ¿cargará él con la vergüenza del delito? Claro que no. Pues igual es este caso. Un robo infame fué la deshonra de mi esposa, y al que tal robo hizo, mis manos le dieron muerte; luego redimido quedó, además, el honor, de esta manera.

Entre los que oían al herido levantóse un murmullo de aprobación.

Animado por él, don Tomás siguió diciendo:

—No quedaba en Teresa más culpa que la de haberme engañado, al casarse conmigo. Pero no hubo tal engaño. Procediendo con nobleza que la honra, negóse a ser mi esposa hasta que creyó que yo estaba enterado de todo y lo perdonaba. La infamia fué de quien, teniendo el encargo de revelarme su desgracia en su nombre, calló, por realizar una ruín venganza.

Y refirió a continuación los manejos de doña Leonor, confesados por ella misma.

La conducta de la de Padilla provocó protestas y reproches. Mientras a ella la censuraban, dirigían a la pobre Teresa miradas de compasión y de respeto. Su rehabilitación prometía ser completa, tal como don Tomás le dijo al encontrarla. Su continente humilde y

recatado aumentaba en todos la simpatía. Permanecía silenciosa, con la cabeza baja y llorando.

—Trastornado por el pesar, e interpretando torcidamente las leyes del honor—continuó Paredes—, traté a mi pobre esposa con dureza, a pesar de constarme de un modo cierto que no era responsable de nada. Ella, ofendida en su dignidad, huyó de mi lado. Hasta haberla perdido no comprendí lo arbitrario de mi conducta. Entonces hice el voto solemne que todos sabéis, consagrándome a buscarla.

Luego narró el modo cómo la había hallado, después de tantos y tan inútiles esfuerzos.

—Puesto que Dios me la devuelve—terminó diciendo—, quiero reparar mi falta. Si curo de mi herida y vivo, sabré honrarla como merece por su inocencia y su desdicha; si muero, encargo a mi hermano que reconozca todos los derechos que la asisten, como mi esposa; pido a la reina que la ampare, y suplico a los presentes que la respeten...

No pudo continuar. Todas las manos tendiéronse a él, como prometiéndole hacer lo que pedía; don Rodrigo le abrazó, y la reina dijo solemnemente:

—Nombro mi dama de honor a la digna esposa del noble don Tomás de Paredes, uno de mis más fieles servidores, según acaba de demostrar en el desempeño de la misión que le fué confiada.

Era la distinción más alta que podía otorgarle.

Teresa arrodillóse a los pies de la reina para darle las gracias, y todos la rodearon, ofreciéndole el homenaje de su amistad y su respeto.

Estaba rehabilitada.

Como el estado de don Tomás ofrecía serios cuidados, fué trasladado a su tienda.

Teresa pidió permiso a la reina para cuidarle.

Como su dama de honor que era, no podía hacer nada, desde entonces, sin su consentimiento.

Doña Isabel otorgóle el permiso que pedía, y díjole:

—Cuando el cumplimiento de vuestros deberes de esposa os dejen espacio para ello, venid en mi busca. Tengo una misión que cumplir cerca de vos.

Se refería al encargo que al morir le hizo el conde de Arjona.

Don Rodrigo, don Diego, Teresa y el anciano que había acogido a ésta en su casa, sirviéndole de protector, acompañaron al herido a su tienda, y allí quedáronse con él, cuidándole.

La reina se retiró a su tienda, y leyó detenidamente las instrucciones que el conde de Arjona hacíale en el pliego que le envió cerrado.

Aquel pliego contenía importantes revelaciones.

Después de haberse enterado de ellas, doña Isabel dijo:

—Es necesario que las conozca esa desgraciada; así descubrirá el misterio que envuelve su vida.





CAPITULO VII

El manuscrito del conde.

QUELLA misma noche, aprovechando un momento en que don Tomás descansaba, Teresa encaminóse a la tienda real, e hizo que la anunciasen a doña Isabel.

Esta se apresuró a recibirla.

Acogióla con gran cariño, y ordenó a cuantas personas la acompañaban que se retirasen.

Cuando se hubieron quedado solas, Teresa dijo:

—Señora, vengo a ponerme a vuestras órdenes.

—¿Cómo sigue vuestro esposo?—la interrogó la reina.

—Mal, señora.

—¿No halla alivio en su dolencia?

—Mis esfuerzos y cuidados son inútiles para procurárselo.

—¡Dios le conserve la vida!

—Por ello ruego constantemente.

—Y yo, a mi vez, hago votos por que así sea.

—¡Oh, señora! ¿Cómo agradeceros tanta bondad?

—Cumplo un deber al interesarme de tal modo por uno de mis más fieles servidores.

—Si mi esposo vive, los dos consagraremos la existencia a manifestaros nuestra gratitud.

—Y si don Tomás muere, en mí tendréis siempre una protectora y una amiga; aunque, por las revelaciones que he de haceros, juzgo que para nada necesitaréis mi protección.

Recordaron estas palabras a Teresa las que la reina le dirigió antes advirtiéndole que tenía algo que decirle, y replicó:

—A la vez que a ponerme a vuestras órdenes y ofreceros mis respetos, vengo obedeciendo a la indicación qeu me hicisteis...

—Y para hablaros del asunto que os indiqué—la interrumpió Isabel—he ordenado que nos dejasen solas.

—Os escucho.

—Sentáos.

—¡Oh, señora!...

—No veáis en mí a vuestra reina, sino a una amiga que por vuestro bien se interesa, más de lo que creéis, como vais a juzgar ahora mismo.

Confundida por tantas bondades, Teresa ocupó el asiento que le ofrecía la reina, colocado junto al que ésta ocupaba.

Isabel cogióle una mano, como hubiese podido hacer con una verdadera amiga, y díjole:

—Valor, hija mía. Las revelaciones que voy a haceros, aunque beneficiosas para vos, encierran grandes

tristezas. Revestíos de energías para escucharlas. Cuando las hayáis oído, consultad con vuestra conciencia y haced lo que ésta os dicte. Por mi parte, os aseguro que respetaré lo que vos decidáis, permitiéndome sólo daros algún consejo.

Este preámbulo despertó la ansiedad de Teresa. ¿Que era lo que la reina tenía que decirle que exigiese tantas precauciones?

Esperó ansiosa a que hablara.

Tras unos instantes de reflexión, doña Isabel se expresó de esta manera:

—¿Oísteis alguna vez, hija mía, nombrar a un noble y valiente caballero, designado por el título de conde de Arjona?

La esposa de Paredes estremecióse, recordando el encargo que para el conde le dió Leandro antes de morirse.

Considerando que con la reina debía ser sincera, respondióle:

—Sí, le oí nombrar más de una vez, y hasta... Creo, señora, que a vos tengo el deber de decíroslo todo.

—Hablad sin temor de ninguna clase.

—Mi padre...

—Querréis decir el bondadoso anciano que teníais por padre.

—¿Sabéis que no lo era?

—Sí.

—Pensé que ese secreto no lo conocía nadie.

—Proseguid.

—Bien; mi padre, pues siempre le seguiré llamando de este modo, al morir, me dió un pliego para el

conde de Arjona, encargándome que me presentase a dicho caballero.

—Comprendo.

—No pude cumplir su encargo, porque el conde murió.

—Precisamente, y de él es de quien tengo que hablaros.

—¡De él!

—También al morir me dejó un encargo para vos.

—¿Es posible?

—Voy a cumplirlo.

Adoptó la reina un tono de gravedad imponente.

—No dejando, al morir, pariente ni persona alguna que le inspirase confianza—siguió diciendo—, el noble conde nombróme ejecutora de su última voluntad. Para ello me dejó escritas sus instrucciones. Según ellas, debía conservar en depósito un abultado pliego cerrado, hasta que vos pareciérais. Si parecíais y me érais presentada por vuestro cuñado don Rodrigo, que es el que más gestiones ha hecho para hallaros, debía abrir el pliego, enterarme de su contenido y obrar como mi conciencia me dictase. Habéis parecido; el pliego he abierto, y mi conciencia me aconseja que os lo entregue para que de su contenido os enteréis.

Sacándolo y presentándolo a la joven, añadió:

—Aquí lo tenéis, hija mía. Leedlo, meditad sobre él y comunicadme la determinación que toméis.

Teresa cogió el pliego, temblando. Por las advertencias de la reina, comprendió que iba a saber algo

muy importante para su porvenir. Quizá su suerte dependiera de aquella lectura que se le recomendaba.

Doña Isabel levantóse, como dando por terminada la entrevista.

La joven la imitó.

—Volved junto a vuestro esposo, hija mía—díjole la reina—. El cumplimiento de vuestros deberes os llama a su lado. Cuidadle ante todo; pero cuando su cuidado os deje espacio para ello, leed ese documento y venid a decirme la impresión que os ha producido.

Acompañándola hasta la puerta misma de la cámara, añadió:

—Hasta que su contenido sepáis y una resolución sobre él toméis, que nadie, ni aun vuestro esposo, conozca la existencia de ese pliego. Se trata de un secreto que afecta al honor de personas que no existen, y los secretos y el honor de los difuntos deben sernos sagrados, por lo mismo que no pueden defenderlos.

—Descuidad, señora—protestó Teresa—. Seguiré en todo vuestras indicaciones.

Y salió de la tienda, después de besar la mano a la reina.

Esta quedó pensando:

—Creo haber interpretado fielmente los deseos del pobre conde al hacerme ejecutora de su última voluntad. Veremos qué decide esa joven respecto al secreto que, en la actualidad, sólo Dios y yo conocemos.

Teresa regresó a la tienda de don Tomás, en la que se hallaban don Rodrigo y don Diego.

El anciano que había servido de protector a la jo-

ven regresó aquella misma tarde a su humilde casita, negándose a recibir gratificación alguna.

Para premio de su generosidad, bastábale con la satisfacción de haber hecho una buena obra.

Teresa dijo que había estado en la tienda de la reina, pero sin indicar lo que con doña Isabel había hablado.

Obedecía sus advertencias acerca del secreto que, por lo pronto, había de guardar en aquel asunto.

El herido despertóse. Con las horas que había reposado, parecía hallarse mejor. Su hermano y el poeta quisieron quedarse junto a él toda la noche. No lo consintió, ni lo permitió tampoco Teresa.

Esta pensaba:

—Si ellos se van, mientras él duerme podré enterarme del contenido del manuscrito.

Al fin, los dos caballeros cedieron a las instancias del herido y su esposa, y se retiraron a sus tiendas respectivas, advirtiendo que se les llamase a la menor novedad.

Teresa esperó a que don Tomás se durmiera nuevamente; y cuando le vió dormido, convencida de que estaba sola, entregóse a la lectura del manuscrito que la reina le había entregado.





CAPITULO VIII

La reparación de una venganza.

SIN necesidad de que lo transcribamos, fácilmente puede suponerse el contenido del manuscrito del conde.

En él no hacía otra cosa que ampliar y completar el relato que Leandro, antes de morir, hizo a Teresa.

Esta supo por él, como se recordará, que no era su hija, sino fruto de los adúlteros amores de una dama con un apuesto mozo.

Calló el nombre de la dama y el de su esposo, y esto era lo que el de Arjona revelaba, extendiéndose en detalles del modo cómo realizó su venganza.

Teresa supo, pues, por el manuscrito que era hija adulterina de la infiel esposa del difunto conde.

Esto la llenó de satisfacción y, al mismo tiempo, de pena.

De satisfacción, porque, al fin, sabía quién fué su madre, y esto siempre es un consuelo; de pena, porque le avergonzaba que su origen lo manchase la deshonra.

No obstante, de esto último consolóse pensando:

—Yo no soy responsable, en modo alguno, de lo

que mi madre hiciera. Además, como hija suya, no tengo derecho a juzgar sus actos ni mucho menos; tócame únicamente compadecerla y respetar su memoria.

El recuerdo de la condesa fué, desde aquel instante, sagrado para ella.

Hablaba luego el de Arjona en su manuscrito de sus remordimientos, y decía:

«Grande fué la ofensa que mi esposa me infirió en mi honor y en mis sentimientos; me engañó como esposa y me humilló como hombre. Indudablemente, tenía el derecho de castigarla y hasta el deber de redimir mi honor ultrajado; pero falta saber si el castigo fué justo y proporcionado a la ofensa. Durante mucho tiempo he creído que sí; pero al fin de mis días, cuando, cercano ya a la muerte, pienso en las cosas con más calma y las juzgo más desapasionadamente, creo que me excedí, y esta creencia me atormenta, robándome la tranquilidad.

»Pues que Dios es el que da la vida y el único, por consiguiente, que puede quitarla, ¿hice bien en cortar la de mi esposa, aunque me hubiese ofendido?

»Hay otra consideración que pesa mucho en mi ánimo.

»Mi esposa tenía una hija, fruto de su adulterio. Al yo matarla a ella, privé a su hija de sus cuidados. Su hija era inocente. ¿Hice bien al privar a un ser, cuya inocencia reconozco, de los cuidados de su madre?

»Heme enterado de que aquella hija ha sido desgraciada, y mi conciencia me advierte que acaso haya sido desgraciada por mi culpa. De no haberla yo pri-

vado del amparo de su madre, quizá habría sido dichosa.»

Esta parte del manuscrito conmovió a Teresa, haciéndole pensar:

—El hombre en quien tales escrúpulos se despertaron, por fuerza debió ser bueno, aunque, en un instante de obcecación y de arrebato, cometiera un crimen. La víctima de este crimen fué mi madre, y, sin embargo. yo no puedo condenarlo. Hubo razones que, hasta cierto punto, al menos, disculparon la venganza del esposo ofendido. Fué terrible, pero no infundada. Luego no debo odiar la memoria de este hombre, aunque fuera el asesino de la que me dió el ser.

Ateniéndose a estas razones por la bondad de sus sentimientos y la rectitud de su conciencia, también tuvo desde entonces respeto, compasión y casi cariño para la memoria del esposo de su madre.

—Si él viviera—se dijo—, obligación fuera en mí tratar de compensarle de las ofensas que mi madre le infirió. Porque su esposa murió a sus manos, es cierto, y en forma tal que la muerte tuvo a los ojos de todos la apariencia de un accidente fortuíto; pero la vida de él, en cambio, quedó para siempre amargada por el desengaño y el remordimiento; luego si cometió un crimen al vengarse, también recibió por él, y muy cumplido, el castigo que merecía. ¡Descanse en paz!

Después de otras consideraciones por el estilo de las que anteceden, el de Arjona terminaba su manuscrito como sigue:

«En vista, pues, de lo que queda expuesto, y ansioso, para tranquilidad de mi conciencia y por la sal-

vación de mi alma, de reparar en lo posible el mal que justa o injustamente cometí, es mi voluntad que Teresa, la hija de mi esposa, herede mi nombre, mi fortuna y mi título, caso de que fuere hallada, como si mi hija verdadera fuese.

»Para ello y para que en el cumplimiento de mi deseo no haya menoscabo para la honra de nadie, puede seguir siendo un secreto lo que todos ignoran, justificando las cosas de esta manera:

»Puesto que Teresa nació estando su madre casada conmigo, puede pasar por mi hija legítima sin que nadie lo ponga en duda, pues aunque así no fuese mi voluntad, así sería legalmente y con arreglo a derecho.

»Lo de que, siendo mi hija, nadie haya tenido en tantos años noticia de su existencia, puede explicarse diciendo que yo, trastornado por la muerte de mi esposa, no quise tenerla a mi lado para que su presencia no evocase en mí el recuerdo de la difunta, renovando el dolor que me produjo su pérdida; pero que, en la hora de mi muerte, convencido de tamaña injusticia, la reparo confesando espontáneamente la verdad y reponiendo a Teresa en todos sus derechos.

»Todo esto será fácilmente creído, porque no hay prueba en contra y porque la palabra de un moribundo rara vez se pone en duda; y, por mi parte, miento a sabiendas, sin escrúpulo de ninguna clase, convencido de que hago una buena obra.

»Además, a nadie perjudico con mi determinación, pues carezco de parientes cercanos que me hereden.»

La esposa de Paredes no pudo menos de admirar la generosidad del proceder del anciano. Si grande

fué el crimen que cometió, grande era también la reparación que por el ofrecía. No la obligaba, sin embargo, a aceptarla, lo cual hubiera sido, en cierto modo, una arbitrariedad, pues el manuscrito concluía con esta cláusula:

«Por si en mi decisión, aunque la creo justa, hubiera error, la someto al parecer de persona tan juiciosa y recta como la princesa doña Isabel, a la que nombro depositaria y ejecutora de estas mis últimas disposiciones.

»Si Teresa parece, el día mismo en que tal ocurra, lea su alteza estas declaraciones y entérese bien de ellas; una vez enterada, obre como juzgue más oportuno. O guarde mi secreto, si opina de este modo, o confíelo a Teresa, si cree que debe confiárselo.

»En el último caso, sujétese también la solución de este asunto a la voluntad de la hija de mi esposa.

»Si Teresa juzga que hay humillación o desdoro en aceptar la herencia de mi nombre, mi fortuna y mi título, rehúsela y siga pasando como hija del amigo a cuyo cuidado la confié; y, en tal caso, repártanse mis riquezas entre los pobres.

»Guárdese para tomar una determinación el plazo de diez años, a contar desde el día de mi muerte; y si pasado ese tiempo Teresa no pareciese, que doña Isabel disponga entonces lo que considere más justo.»

Luego daba algunas instrucciones acerca del modo como la joven había de ser declarada hija suya y puesta en posesión de su herencia.

Terminada la lectura del manuscrito, Teresa quedóse muy pensativa. ¿Qué debía hacer? Si aceptaba

la herencia del conde, podía creerse que lo hacía a impulsos de la vanidad y de la codicia. Para una humilde joven como ella, era una suerte inesperada y fabulosa verse de pronto en disposición de apropiarse una fortuna cuantiosa, un nombre ilustre y uno de los títulos más nobles del reino. Por otra parte, nada de esto le pertenecía en realidad, y repugnaba a su conciencia aceptarlo. Pero si lo rehusaba, era una ingratitud para el conde, que tan generoso se mostraba, y un ofensivo desprecio a su memoria.

—Y hay que tener en cuenta—decíase Teresa—que él se vió independiente, libre y dueño de sus acciones, y no teniendo herederos forzosos, según confiesa, pudo disponer de cuanto le pertenecía, a favor de quien quisiera. ¿Qué mal hay para mí en haber sido yo la agraciada, ni qué participación he tenido en ello, puesto que nada he solicitado?

A pesar de todas estas reflexiones, no se decidía. El asunto era delicado. Necesitaba el consejo de alguien. ¿A quién pedirlo? Pensó en la reina; pero desistió de ello, diciéndose:

—Por lo mismo que es la ejecutora de la última voluntad del difunto, ateniéndose a una de las cláusulas del manuscrito, me dejará en completa libertad para que obre según mi deseo; no querrá ejercer presión alguna en mi ánimo.

No se le ocurría otra persona a quien pedir consejo. Al fin, tras mucho meditar, pensó:

—Nadie mejor que mi esposo para decidir en este asunto. Pues que con él estoy casada, le pertenecen mi honra, mi persona, cuanto yo poseo; tiene

por lo tanto, el deber de mirar mis asuntos como propios. Si me quiere humilde, seguiré como hasta ahora; si ambiciona grandezas y cree que puedo admitir sin desdoro las que la casualidad me ofrece, pasaré por hija del conde. Que él resuelva.

Esta fué su última decisión.

Mas como don Tomás no estaba en disposición de ser consultado, pues la gravedad de su estado lo impedía, acordó esperar a que curase.

Si moría, entonces todo le era igual, pues se había formado el propósito de en tal caso renunciar al mundo, retirándose a un claustro.





CAPITULO IX

Otro manuscrito.

A más de las que quedan indicadas, una revelación había en el manuscrito que sorprendió sobremanera a Teresa.

Refiriéndose a Leandro, que había servido de padre a Teresa, el de Arjona declaraba ser el anciano el noble conde de Palencia, muy conocido en otro tiempo en la corte castellana.

«Siendo mi mejor amigo—escribía—y el único a quien revelé mi venganza, a él entregue la inocente niña, fruto del adulterio de mi esposa, para que hiciese de ella lo que tuviera por conveniente.

»Pasado algún tiempo, causó general asombro la noticia de que el conde de Palencia habíase retirado del mundo para acabar sus días en un convento.

»Así era efectivamente y pude comprobar por mí mismo la exactitud de la noticia.

»Algunos años más tarde súpose que había muerto en su retiro. Muchos le habían ya olvidado; pero yo,

que le recordaba siempre, lloré su muerte como la de un hermano, más aún que como la de un amigo.

»Júzguese mi sorpresa y mi alegría cuando algunos años después se me presentó el de Palencia vivo, bajo el nombre de Leandro.

»A referirme comenzó sus desventuras y las causas de su muerte fingida; pero su relato no pudo terminar, por razones ajenas a nuestro deseo, y quedéme sin conocer el misterio que envolvía los últimos años de su existencia.»

Hasta aquí lo que el de Arjona decía referente al supuesto padre de Teresa.

La joven deseaba saber más.

¿Cómo averiguarlo?

Recordó entonces que conservaba aún la carta que Leandro le dió para el conde de Arjona y que no pudo entregar a éste por haber muerto.

Después de la lectura del manuscrito, nada contendría aquella carta que ella no pudiese saber.

¿Por qué no leerla?

Quizá el falso Leandro explicaría en ella las causas de su renuncia al mundo y de su supuesta muerte.

Más que una pueril curiosidad, impulsaba a la joven el afecto que siempre tuvo al anciano y el respeto que guardaba a su memoria.

Aun sin conocerlas, inspirábanle compasión las desdichas que a tan triste estado habíanle conducido.

Guardaba la carta en el pecho.

La sacó, y tras nuevas vacilaciones decidióse a abrirla.

Lo hizo, al fin, murmurando:

—¡Que Dios me perdone si cometo una falta! Pero no hay otro modo de calmar la ansiedad que me domina...

Y sin más escrúpulo leyó la carta con el mismo interés con que había leído el manuscrito.

Leandro empezaba recomendando Teresa al conde.

Explicábale la situación en que había quedado y decíale:

«No le he revelado que sea hija de vuestra esposa; vos lo haréis si lo juzgáis oportuno; pero supongo que no podréis menos de ampararla, y por esto os la recomiendo.»

Luego, pasando a hablar de sí mismo, decía:

«Como si este escrito va a parar a vuestras manos será señal de que he muerto, quiero terminar las revelaciones que comencé a haceros y no pude concluir. Así sabréis cómo y por qué vivo, cuando vos y todos me creíais muerto.»

—No me equivoqué en mis suposiciones—pensó Teresa—. Aquí está la explicación del misterio que ansío conocer. Bien he hecho en abrir esta carta.

Y cada vez más interesada en la lectura, la siguió de este modo:

«Recordaréis que empecé a contaros mis desgraciados amores con doña Luz de Castro, casada con Zabala, por no declarar yo a tiempo mi pasión.»

—¡Doña Luz de Castro!—exclamó Teresa—. ¡La madre de don Diego!

La intervención de la madre del poeta en aquellos asuntos, los hacía doblemente interesantes.

«Honrada doña Luz—seguía escribiendo Lean-

dro—, y yo caballero y hombre de conciencia, ni ella faltó a sus deberes de esposa ni yo a los de amigo, aunque nos amábamos; pero no pudimos sustraernos de igual modo a las manifestaciones de nuestro amor; fué un desahogo necesario a nuestra pasión contrariada.

»Después de muchos ruegos por mi parte, consintió doña Luz en recibirme a solas algunas veces.

»¡Os juro que en nuestras entrevistas no ocurrió nunca nada que ultrajase el honor de Zabala, esposo de Luz y mi amigo!

»Nos limitábamos en ellas a hablar de nuestra desgracia.

»Ignoro por qué medios, Zabala se enteró de aquellas entrevistas, y procediendo con un tacto y una prudencia que nunca elogiaré bastante, procuró convencerse del alcance de nuestra falta, antes de tomar una resolución.

»Gracias a esto se evitó una catástrofe.

»Escuchó algunas de nuestras conversaciones, sin que nosotros lo supiéramos, y pudo convencerse de que éramos inocentes, aunque nos amábamos.

»Nuestro amor era una contrariedad para sus sentimientos, pero no una ofensa para su honor.

»Una vez estuvo al tanto de todo, no dijo nada a su esposa, sino que vino en mi busca y me habló en estos o parecidos términos:

»—Sé que amáis a Luz y que por ella sois correspondido; pero sé también que, a pesar de vuestro amor, habéis respetado mi honra. No vengo, pues, a pediros una satisfacción, sino a formularos una súplica.

»Acto seguido me expresó su deseo, que era el de

que me alejase de su esposa para siempre, a fin de impedir el peligro que para su honor había en que nos viéramos, amándonos como nos amábamos.»

El noble proceder de Zabala impresionó a Teresa.

—Tan bueno como su hijo—murmuró, recordando las generosidades que para con ella había tenido don Diego.

»Comprendiendo lo fundado de la petición del esposo de Luz—continuaba la carta—, accedí a ella, y entonces fué cuando me retiré a un convento, renunciando al mundo y repartiendo mi fortuna entre mis deudos.

»Era tan desgraciado, que sólo en la soledad del claustro pensé hallar consuelo a mis desventuras.

»Me equivoqué.

»Pasado algún tiempo, en el claustro me encontré peor aún que fuera.

»Me atormentaba el deseo de saber de los seres que me eran queridos y que en el mundo habían quedado. Además, vos me confiasteis la hija de vuestra esposa y debía velar por ella.

»Tras largas y dolorosas luchas, que sería prolijo enumerar, decidí huir del convento, y así lo hice.

»Alguien propaló la falsa noticia de mi muerte.

»Quizá fueran los frailes mismos para evitar que mi fuga redundase en desdoro del convento.

»Yo, lejos de desmentir tal impostura, me aproveché de ella para volver al mundo con un nombre supuesto, seguro de que nadie había de conocerme.

»Así fué.

»Desde entonces me llamé Leandro y nadie sospechó que fuese el conde de Palencia.»

Todo quedaba explicado con lo que antecede.

Las pocas líneas que restaban ya de la carta, decían así:

«En el mundo me aguardaban nuevos dolores y nuevos desengaños.

»Luz había muerto.

»Algunos años más tarde murió también Zabala, dejando a su hijo Diego una herencia harto mezquina.

»Yo recogí a Teresa, de la persona a quien la había confiado, y me la llevé a vivir al campo, consagrándome en absoluto a su cariño, que era lo único que me proporcionaba algún consuelo.

»Así viví desde entonces, hasta que ocurrieron los sucesos que ya conocéis, los cuales me obligaron a abandonar mi retiro con Teresa.

»Sólo me resta pediros que a nadie repitáis mis revelaciones, que todos sigan ignorando que Leandro y el conde de Palencia fueron una misma persona. No lo pido sólo por mí, sino también y principalmente, por respeto a la memoria de Zabala y Luz.»





CAPITULO X

¡A Toro!

A la mañana siguiente, como don Tomás se encaminóse a la tienda real, solicitando ser cuidado de don Rodrigo y don Diego y encontrase más aliviado, Teresa lo dejó al recibida por doña Isabel. La reina hallábase en aquellos momentos conferenciando con algunos nobles acerca de importantísimas nuevas que se suponían recibidas recientemente; así fué que no pudo otorgar audiencia en seguida a la joven; pero la envió a decir con uno de sus pajes que aguardara, que también ella tenía necesidad de verla.

Teresa esperó. Mientras aguardaba a ser recibida por Isabel, pudo convencerse por sí misma de que algo muy importante se preparaba.

Pajes, heraldos y escuderos iban y venían sin cesar transmitiendo órdenes. Según se murmuraba, el campamento sería levantado inmediatamente para dirigirse sobre Toro, cuya toma era probable, casi segura.

Con ello recibirían un golpe mortal los portugueses, casi únicos defensores ya de la Beltraneja.

Al fin terminó el consejo y la reina recibió a la esposa de Paredes.

—Supongo que venís a anunciarme lo que habéis decidido acerca de la herencia del conde de Arjona, después de la lectura del manuscrito que os entregué—le dijo—, y de aquí mi impaciencia en recibiros, a pesar de los pocos instantes que puedo consagraros. Se preparan importantísimos acontecimientos que reclaman toda mi atención; pero no por ello olvido que es para mí deber de conciencia cumplir lo mejor y más pronto posible la última voluntad del difunto conde, pues que de ella hízome depositaria. Así, pues, decid: ¿qué habéis resuelto?

Desconcertó a Teresa el tener que hablar con tal premura, pues no le quedaba espacio para justificar su determinación con las razones que para ello llevaba prevenidas. Haciéndose, no obstante, cargo de las circunstancias, respondió:

—Sentiré, señora, que mi resolución no sea de vuestro agrado, y dispuesta estoy a cambiarla si no os place, pues mi deseo mayor es contentaros.

—Bien me guardaré de influir en vuestro ánimo para que hagáis cosa contraria a vuestra voluntad en asunto de tal índole—le replicó Isabel—. No es mi deseo lo que debéis tener en cuenta, sino vuestra conveniencia, y según ella es justo que juzguéis y procedáis. No tengáis, pues, escrúpulo ni temor alguno en decir francamente lo que hayáis resuelto. Yo podré haceros una advertencia o daros un consejo, sino estoy conforme con

vuestra resolución, pero sin que esto quiera decir que me oponga a ella.

Animada por estas frases, dignas de aquella de cuyos labios salían, Teresa determinóse a decir:

—Pues he resuelto, señora, no resolver nada.

—¿Cómo es eso?—interrogó sorprendida la reina.

—Lo comprenderéis ni me otorgáis la gracia de prestarme unos instantes de atención.

—Decid.

—Pues que casada estoy y mi esposo me recibe de nuevo a su lado, después de una larga separación, juzgo que él es el que debe decidir en todo cuanto a mí concierna.

—Comprendo.

—A él pertenecen mi fortuna, mi nombre, mi honra, mi porvenir, todo cuanto soy o pueda ser.

—Muy bien.

—Luego él es el que debe decir si es justo que acepte o no la herencia de que el difunto conde de Arjona os hizo depositaria.

—Y vuestro esposo, ¿qué decide?

—Considerad, señora, que su estado no es propio para ocuparse en tales asuntos.

—Tenéis razón.

—He de esperar por consiguiente a que cure. Entonces se lo confiaré todo sometiéndome a su voluntad. Si tuviera la desgracia de que no curase, de que sucumbiese a su herida, en ese caso... después de pensarlo bien, resolvería por mí misma.

Con afectuoso acento, la reina dijo:

—Pláceme sobremanera vuestra determinación, pues es prueba de sensatez y buen juicio.

—Me tranquilizáis—repuso Teresa—, pues temía que os contrariara.

—Me contraría, efectivamente, en cierto modo, pues me obliga a demorar el cumplimiento de la última voluntad de un difunto; pero las razones que para ello alegáis son justas y las admito. Esperemos el restablecimiento del buen Paredes, para que él decida. Id a cuidarle y no perdonéis cuantos esfuerzos estén de vuestra parte para salvarle la vida.

—De la suya depende la mía, señora—contestó Teresa—. Si él muere, yo no podré sobrevivir a mi dolor, conque ved si está en mi interés cuidarlo para que se salve.

Besó la mano que la reina le tendía y salió de la tienda real, dirigiéndose a la que ocupaba don Tomás, acompañado en aquellos instantes por el poeta y don Rodrigo.

Al ver a Zabala, Teresa no pudo menos de recordar la triste historia de los amores del falso Leandro con la madre de don Diego; pero se abstuvo de decir de ello ni una palabra.

Apenas había tenido Teresa tiempo para enterarse de cómo seguía su esposo, cuando resonaron en el campamento los timbales y clarines, tocando a llamada.

En cumplimiento de su deber, don Diego y don Rodrigo salieron presurosos para enterarse de lo que sucedía.

Volvieron a poco con la noticia de que se había dado orden de partir inmediatamente sobre Toro.

Ya estaban levantando el campamento y recogiendo las tiendas.

—Como no está bien que te abandone en el estado en que te hallas—dijo don Rodrigo a su hermano— pediré a la reina permiso para quedarme junto a ti.

—Lo mismo haré yo—añadió el poeta—; pues los auxilios de mi buena amistad pueden ser necesarios.

En los dos advertíase cierta contrariedad al hablar de esta manera. Sentían renunciar a la gloria que pudieran conseguir en el sitio y asalto de una plaza tan importante como Toro.

Adivinando los sentimientos de su hermano y su amigo, don Tomás díjoles:

—Agradezco vuestros cariñosos propósitos, pero no consiento que los realicéis. Como nobles y valientes que sóis, vuestro deber os obliga a pelear, no a renunciar a la lucha, en la que si hay peligro, también puede haber gloria. Teniendo a mi esposa, vuestros cuidados no me son precisos, aunque siempre me serían agradables. Partid, pues, y dejadme con Teresa. Lo que siento es no poder acompañaros. Si no muero, mis brazos os recibirán cuando volváis victoriosos.

No hubo modo de convencerle de lo contrario y los dos caballeros decidiéronse, al fin, a partir.

La despedida fué en extremo conmovedora.

Aquel mismo día partieron las tropas, y poco después, don Tomás y Teresa, con una reducida escolta que don Rodrigo les había dejado, trasladáronse a Segovia, donde el enfermo podría ser mejor instalado y atendido.

CAPITULO XI

Un rasgo de Isabel.

RINDIOSE Toro a la reina Isabel, con lo cual quedaron tan abatidos los portugueses, que su rey marchóse a su país dejando al frente de las tropas a su hijo, con la recomendación de mantenerse a la espectativa, pero sin empeñar combates formales en los que seguramente sería vencido.

No desistió sin embargo en absoluto el monarca portugués de ensanchar sus dominios con las conquistas que había soñado, y trasladóse a la corte de Francia para solicitar el auxilio de Luis XI; pero este rey, de acuerdo ya con don Fernando, supo entretenerlo con razones, sin comprometerse a nada, lo cual ayudó poderosamente al triunfo de doña Isabel, pues mientras tanto ésta afirmábase en la posesión del trono, haciendo suyos poco a poco a todos los nobles que antes defendían a doña Juana.

No se durmió la reina sobre los laureles conquistados, sino que trabajó con más empeño que nunca en la pacificación de sus reinos, diciendo frecuentemente:

—Quiero que cuando Fernando vuelva pueda compartir conmigo tranquilamente el gobierno de mis pueblos.

Así las cosas, hallándose aún la reina en Toro, recibió aviso de que en Segovia, la ciudad que hasta entonces le había sido más adicta, amenazaba estallar la rebelión, por una causa en apariencia insignificante.

Fundaban su descontento los alborotadores, en el predominio de Cabrera, alcaide del alcázar, al cual consideraban indigno de las distinciones con que la reina le honraba.

Pedían su destitución y castigo, y como doña Isabel, siempre justa, no atendiera sus reclamaciones, por no creerlas fundadas, amenazaban con asaltar el alcázar y apoderarse de la infanta Isabel, que en él estaba, por no permitirle su corta edad acompañar a su madre en sus peligrosas correrías.

Esto era lo único que sabíase de aquel motín, cuyas causas no aparecían claras.

Había, no obstante, un motivo fundamental, que la reina supo adivinar en parte desde el primer momento, y de aquí que concediese a aquellos sucesos la importancia que tenían, haciendo lo que muy pronto vamos a ver.

Los acontecimientos de Segovia no eran más que una tentativa de la ambición de algunos nobles, para hacerse cargo de los provechos que en favor de su egoísmo y su codicia podían esperar del nuevo reinado.

Acostumbrados a la debilidad de don Enrique, en tiempos del cual la sola amenaza de alterar el orden bastaba para que el rey transigiese en todo y a todo se aviniera, quisieron saber si con doña Isabel y don Fernando sucedería lo mismo.

Cabrera fué la víctima escogida para aquella prueba, como pudo haber sido escogido cualquier otro.

A preparar el movimiento contribuyeron poderosamente don Pedro de Fonseca, Tarsio y Margarita.

Don Pedro, en vez de ir como la mayor parte de los nobles a tomar parte en la guerra, quedóse tranquilamente en Segovia, con lo que demostró que su adhesión a los nuevos reyes era ficticia.

Hallábase furioso por no haber conseguido la recompensa que esperaba siendo el primero en dar cuenta de la muerte de don Enrique.

Entróse de que Cabrera se le adelantó, por confidencias de Sebastián, según sabemos, y de aquí su odio al alcaide del alcázar.

Margarita y Tarsio, sus aliados y secuaces, no estaban menos furiosos que él y le ayudaron eficazmente en sus manejos.

Sebastián, arrepentido de lo que había hecho, por no haberle producido ventaja alguna, y deseoso de congraciarse con su antigua amante, les ayudó también, siendo su ayuda muy valiosa, por hallarse como se hallaba, al inmediato servicio de Cabrera.

Esto era lo que no podían sospechar ni la reina ni nadie: que en el fondo de asunto tan importante, palpitara un mezquino deseo de venganza puramente personal.

Enterada la reina de lo que en Segovia sucedía y del incremento que tomaban las cosas, decidió ir a apaciguar los ánimos por sí misma.

Los nobles a quienes consultó su determinación, trataron de disuadirla de ello.

—Ved, señora—dijéronle—, que os exponéis a un fracaso lamentable. Obcecados, los revoltosos desconocen vuestra autoridad y gritan contra vos. Si a ellos os presentáis, seguramente se permitirán algún desmán. Hay peligro y grande en lo que intentáis hacer, no sólo para vuestro prestigio, sino hasta para vuestra persona.

—Pues por eso—replicó la reina—, porque hay peligro quiero y debo ir a desafiarlo. Los peligros no se conjuran huyendo de ellos, sino afrontándolos cara a cara.

Estas palabras no admitían respuesta, y los nobles cesaron en sus observaciones.

Sólo aconsejaron a Isabel que llevase consigo fuerzas bastantes para asegurar su vida.

—¡Nunca!—replicó ella, enérgicamente—. Cuando acabo de posesionarme de Toro, si de aquí retirara parte de las tropas que lo han conquistado y lo guarnecen, me expondría a una tentativa de los portugueses para reconquistar la plaza. La prudencia, pues, me aconseja lo contrario de lo que vosotros decís. Además, los segovianos alegan por causa de su rebelión, mi injusticia al distinguir a Cabrera; no se trata, pues, de rendirles con las armas, sino de convencerles con razones. Que me expongan personalmente sus quejas; yo responderé a ellas y les demostraré que se hallan obcecados.

No hubo modo de hacerla desistir de tales propósitos.

Partió inmediatamente sin admitir otra compañía que la de algunos caballeros.

A marchas forzadas, sin detenerse un momento para descansar, llegó a Segovia.

Enterados por un correo de su arribo, algunos de los pocos adictos que tenía en la ciudad, salieron a recibirla fuera de las murallas.

—No entréis, señora—dijéronle—. Las turbas amotinadas recorren las calles, gritando contra vos; ante el alcázar se agolpa una multitud enloquecida, dispuesta a apoderares del palacio. La situación es más grave que nunca. Os veréis desacatada, escarnecida y sin medios para hacer valer vuestra autoridad.

Doña Isabel no les permitió que continuasen.

—Mentira parece—díjoles—que vosotros, los que blasonáis de ser mis más fieles partidarios, me habéis de esa manera. Conque, es decir, ¿que, según vosotros, yo, la reina, he de ceder ante las imposiciones de los descontentos? ¡No en mis días! En Segovia entraré y a los revoltosos veré frente a frente, suceda lo que suceda. Que me sigan aquellos de vosotros que no sientan miedo y dispuestos se hallen a sacrificar su vida, como yo la mía.

Y sin decir más, lanzóse dentro de la ciudad.

La situación era tal como los que salieron al encuentro de la reina habían dicho. Exasperada hasta el último extremo la locura de los revoltosos, en número de algunos miles intentaban apoderarse del alcázar. Las guardias que defendían el palacio eran impotentes para contenerlos. Habían intentado ya un asalto, y al segundo las puertas cederían, seguramente.

Cabrera, alocado por el terror y la cólera, iba de

una parte a otra, dictando órdenes de resistencia contradictorias, inútiles. Considerábase perdido, y se veía ya arrastrado por las calles, o colgado de alguna almena, presa de las turbas enfurecidas, sedientas de sangre.

Doña Beatriz, su esposa, con la infanta Isabel en sus brazos, lloraba, temiendo por su esposo y por aquella niña, confiada a sus cuidados.

Fuera, entre los amotinados, Fonseca y Tarsio procuraban exaltar más y más los ánimos.

Los gritos eran amenazadores, espantosos, y entre blasfemias y amenazas, proferíanse insultos contra los reyes.

Cuando mayor era la confusión en el alcázar, temiendo un nuevo ataque de los asaltantes, presentóse en él la reina. Entró por una puerta de servicio abierta en la parte trasera del palacio, sitio no atacado aún por los rebeldes. Su presencia llenó de consternación a los que en el palacio había. Creyeron que con ella aumentaba el peligro. Si los revoltosos se enteraban de que la reina hallábase allí, estaba perdida.

—¿A qué venís, señora?—le preguntó Cabrera.

—A cumplir mi deber.

Y como doña Beatriz le dirigiese igual pregunta, respondióle:

—A salvaros a todos y defender mi autoridad.

Dió un beso a su hija y ordenó a la de Bobadilla que se retirase con ella a las habitaciones interiores.

Lo mismo dispuso respecto a Cabrera.

Luego encaminóse al patio al que daba acceso la puerta principal del alcázar.

La puerta había sido cerrada y amenazaba derrumbarse a los golpes furiosos de los amotinados.

Isabel dispuso que todos se retirasen, menos los dos guardias que había a ambos lados de la puerta, y dijo a éstos:

—¡Abrid!

Como, asombrados, vacilaran en obedecerla, añadió:

—Os he dicho que abráis. ¿No oís que los que hay fuera desean entrar? ¡Nunca mi pueblo hallará obstáculo de ninguna clase para llegar hasta mí!

La puerta fué abierta, y por ella abalanzáronse los amotinados, como imponente avalancha, profiriendo gritos de alegría y de triunfo.

Isabel, sola, sin nadie que la acompañase ni defendiese, se adelantó a ellos, y con voz que dominó su gritería, preguntóles:

—¿Qué queréis?

Sobrecogidos de espanto, los revoltosos retrocedieron inconscientemente, exclamando:

—¡La reina!

—Sí, la reina—repitió ella—; vuestra reina, que os pregunta: ¿cómo así os atrevéis a hollar mi casa? ¿Es este el respeto que tenéis a mi autoridad y a mi persona? ¿Es este modo de llegar hasta mí para exponerme vuestras súplicas o vuestras quejas? ¿Queríais verme? Pues aquí me tenéis. ¿Queríais entrar en mi palacio? Pues la entrada tenéis franca. No os temo. Pero compareced en mi presencia como es debido. ¡De rodillas ante vuestra soberana, segovianos!

Fué inexplicable lo que sucedió entonces.

Aquellos hombres antes furiosos, amenazadores, sedientos de sangre, inclináronse humildes, descubrieron la cabeza y se arrodillaron.

La energía de la reina habíase impuesto a su furor, dominándolos, sometiéndolos.

Isabel erguíase ante ellos majestuosa, imponente, arrogante.

El cuadro era grandioso.

Los que antes proferían gritos y amenazas de muerte, temblaban ahora de respeto y espanto ante una mujer, que se presentaba ante ellos sola, indefensa, sin otro escudo que el de su propia autoridad.

Reinó silencio profundo.

La voz de la reina resonó vibrante, diciendo:

—Ahora que os humilláis ante mí con la humildad debida, decid: ¿qué queréis?

—¡Justicia!—exclamaron unos.

—¡Venganza!—dijeron otros.

—¡Muera Cabrera!—gritaron unos cuantos.

—Si justicia demandáis—replicóles Isabel—, ¿por qué al pedirla la escarnecéis y a ella faltáis con vuestros excesos? ¿Es acaso éste el modo mejor de conseguirla? Quien a la justicia se acoja, que empiece por respetarla. Si con derecho y motivo os creéis para exigirla, ¿no hubiera sido mejor que a mí hubieseis venido en debida forma a exponerme vuestras reclamaciones? ¿Cuándo me negué a escucharos? ¿Cuándo desatendí vuestras palabras, si se inspiraban en la razón? ¿No habéis tenido siempre franco el acceso hasta mí? Y quien de tal modo procede, ¿merece que empleéis la violencia para conseguir lo mismo que otras veces

habéis conseguido de buen grado? Vuestra conducta me ofende en mi dignidad y lastima mi corazón, hiriendo mis sentimientos, porque es prueba de que no me amáis como yo os amo, y lo demuestro procurando vuestra felicidad. Soy para vosotros una madre, y vosotros sois para mí hijos ingratos que despreciáis mi cariño.

Estas últimas palabras fueron de gran efecto.

A muchos ojos hicieron asomar las lágrimas.

—Pues como a hijos os quiero—prosiguió la reina—, como madre os perdono. Justicia pedís y justicia tendréis, si sois acreedores a ella; yo os lo prometo. ¿Es Cabrera el causante de vuestro enojo?

—¡Sí!—respondieron todos—. ¡Que muera!

—Pues bien: desde este mismo instante, Cabrera queda destituído del cargo de alcaide de este palacio y reducido preventivamente a prisión.

—¡Viva la reina!—gritaron los rebeldes, creyendo haber vencido.

—Pero esto no es más que una medida transitoria —añadió Isabel—, para demostraros que estoy dispuesta a atenderos, si la razón se halla de vuestra parte; pero si razón os falta en lo que pedís, no esperéis que os atienda. Que una comisión de vosotros se presente a mí mañana para exponerme en nomber de todos las quejas que tenéis contra Cabrera. Yo escucharé a los comisionados, inquiriré la certeza y fundamento de sus acusaciones y fallaré en consecuencia. Si Cabrera es realmente culpable, será castigado; pero si es inocente y se trata sólo de un error vuestro o de una mezquina venganza, será repuesto en su destino, y ¡ay de

quien intente oponerse a mi decisión! La justicia es antes que todo; a mí me toca cumplirla, y la cumpliré sin consideraciones ni debilidades.

Nadie osó replicar a estas palabras.

—Despejad—terminó diciendo Isabel—. Retiráos a vuestros hogares y descansad en ellos tranquilos; vuestra reina vela por vosotros y por vuestros derechos. Fiad en mí.

Retiróse, y los amotinados fueron disolviéndose pacíficamente.

Durante el resto del día no se volvió a oír un solo grito. La calma reinó en Segovia. La rebelión estaba dominada.

Al día siguiente, los comisionados del pueblo expusieron a doña Isabel las quejas que alegaban contra Cabrera. Como aquellas quejas eran infundadas, la reina no las atendió. Así lo declaró públicamente, devolviendo la libertad a Cabrera y reponiéndole en su puesto de alcaide del alcázar. Como la resolución era justa, y como fué cumplida con energía, nadie protestó de ella. Los nobles comprendieron que todas sus tentativas para satisfacer su ambición serían inútiles, y el pueblo adoró a su reina, poniendo en ella su confianza. Lo que fué un serio peligro, convirtióse en una gran victoria.





CAPITULO XII

Contiendas conyugales.

INCANSABLE en su empeño de afirmar su trono y asegurar la tranquilidad en sus reinos, una vez anulado casi el poder de los portugueses con la conquista de Toro, y restablecido el orden en Segovia, doña Isabel marchó a Andalucía, donde había algunos poderosos nobles que aún se resistían a acatar su autoridad.

El viaje de la reina fué una marcha triunfal, dejando tras sí, por dondequiera que pasaba, el entusiasmo, la fe en su persona y la admiración por su talento y sus virtudes.

Todos los nobles rebeldes fueron sometiéndose a ella, vencidos los unos por su grandeza, atemorizados los otros por su justicia, convencidos todos de que merecía indiscutiblemente ocupar el trono de Castilla.

Hallándose en Sevilla recibió aviso de que don Fernando iba a reunirse con ella, y su corazón llenóse de alegría.

Con legítimo orgullo, pensaba:

—Creo que estará contento de mí y que no podrá menos de aprobar cuanto he hecho.

Como esposa amante, ansiaba ante todo, complacer a su marido.

Llegó don Fernando, y la reina advirtió con extrañeza que no se mostraba tan satisfecho por su comportamiento como ella creía.

Con la noble franqueza que le era propia, le preguntó la causa de ello.

—¿Por desgracia, he hecho algo que merezca vuestro enojo?—díjole—. Si es así, como habrá sido contra mi voluntad, atenta sólo, ante todo, a complaceros, decidlo y veréis cómo inmediatamente corregiré mi error.

Con una frialdad que ella no esperaba, su esposo respondióle:

—Pues que reina y señora única sois de vuestros estados, a pesar de ser vuestro esposo, derecho no tengo para juzgar vuestros actos como soberana.

—¿Qué queréis decir?—replicó Isabel, aun más sorprendida.

—Que la reina sois vos; que yo aquí no soy nada; que, según las leyes de Castilla, vos sola mandáis y disponéis, y que, por consiguiente, no quiero inmiscuírme en vuestros asuntos. Hasta me pesa la parte activa que en vuestros negocios he tomado hasta ahora, inspirado del mejor deseo. En adelante, vos sola gobernaréis de hecho, pues que en vos reside por derecho el poder de todo.

La reina reconoció, con tanto asombro como pena, que su esposo estaba celoso de su autoridad.

—¿Y sois vos el que de tal manera me habláis? —exclamó, amargamente—. ¡Oh, Fernando! Las palabras que acabáis de pronunciar son indignas de vuestra grandeza y de vuestros sentimientos. ¿Es posible que consideraciones tan mezquinas os contengan en los nobles propósitos por los dos concebidos y hasta ahora realizados con tanta fortuna? La gloria de nuestros triunfos es por igual para los dos.

—Sí; pero vos sois únicamente la reina.

—No es verdad. Vos sois el rey, puesto que sois mi esposo.

—¡Esposo consorte que ninguna autoridad tiene, que nada puede ordenar y disponer, que ha de posponer en todo su voluntad a la vuestra, al que las Cortes no reconocen derecho alguno! ¡Lindo papel, por vida mía! Por vuestros intereses lucho, y, sin embargo, los decretos, órdenes, pragmáticas y cartas reales sois vos quien las autorizáis con vuestra firma; la mía no serviría para nada. ¿Creéis que es decoroso para mí admitir por más tiempo este estado de cosas?

Cuanto Fernando decía era verdad, pero demostraba en él un egoísmo y una mezquindad de miras que impresionó tristemente a su esposa.

—Aun suponiendo que lo que señaláis sea injusto —repuso Isabel—, ¿qué queréis que yo haga, ni cómo queréis que lo remedie?

—¡Y me lo preguntáis!—replicó, colérico, el rey.

—Tales son los usos y las leyes de Castilla, que yo juré respetar al ceñir a mis sienes la corona.

—Pero por encima de todo están los sentimientos,

y cuando éstos se imponen y las leyes son injustas, por respeto a aquéllos se reforman éstas.

—No os comprendo.

—Decid, mejor, que no queréis comprenderme.

—¡Fernando!...

—Vuestro interés se opone a ello.

—Motivo no os he dado para que me juzguéis de tal manera.

—Os equivocáis, pues precisamente con vuestra ambiciosa conducta, fundamento y razón dais a mis quejas.

—¡Oh!...

—Otra cosa esperaba de vos.

—Pero ¿qué queréis?, ¿qué deseáis? Exponedlo con claridad.

—¿Lo exigís?

—Lo suplico.

—Voy a complaceros. Escuchadme.

Era la primera reyerta que surgía entre los dos esposos y por motivo tan mezquino como la cuestión de intereses.

Por esto contrariaba doblemente a la reina, hiriéndola en sus más delicados sentimientos.

—¿Mi esposa no sois?—empezó diciendo el rey.

—Sn duda—contestó Isabel.

—Y pues que lo sois, ¿no os halláis dispuesta a cumplir los deberes de tal?

—Claro que sí.

—Además, en distintas ocasiones, ¿no habéis asegurado que me amáis?

—¡Con toda el alma!

Y, con la arrogante firmeza que le era propia, la reina añadió:

—De todo os permito que dudéis, menos de mi amor, Fernando, porque os he dado demasiadas pruebas de él para que le infiráis la ofensa de ponerlo en duda. Si no os amase, a vos no me hubiese unido, porque a la vez que reina soy mujer, y, como tal, nunca hubiera sacrificado por nada ni por nadie mis sentimientos. La misma ansiedad con que os escucho, ¿no es acaso una prueba de mi amor? Si no os quisiese, ¿qué podía importarme vuestro enojo? Pero os quiero, y os he invitado a hablar, porque deseo buscar el modo de hermanar mis sentimientos y deberes de mujer, esposa y reina.

Aparentando no hacer caso de estas razones, aunque, en verdad, por lo sinceras y fundadas, produjeron en él cierta confusión, el rey dijo:

—Pues si de veras me amáis y vuestros deberes de esposa queréis cumplir, de otra manera debiérais haber procedido; y ya que así no lo habéis hecho, corregid vuestra conducta; aún estáis a tiempo para ello.

—¿De qué manera?—interrogó Isabel.

—En todo matrimonio legal, honrado y cristianamente constituído, el esposo asume por completo la autoridad de la familia y administra libremente los bienes comunes, tanto los propios como los de la esposa, puesto que unos y otros constituyen la herencia de los hijos. Así consta en el famoso código del que arrancan vuestras leyes, en las partidas de nuestro común antecesor Alfonso *el Sabio,* y así lo reconocen los códigos de todos los pueblos, reinos y países, consagran-

do un derecho consuetudinario, inherente a la constitución de la familia.

—Y bien...

—La cosa es clara. Si vuestro esposo soy, ¿por qué no he de asumir yo toda la autoridad, el gobierno de nuestras cosas y la administración de nuestros bienes? ¿Que vuestro patrimonio es un trono? ¡No importa! Como mujer y como esposa, debisteis empezar por cederme todos vuestros derechos a él. Esto es lo que no habéis hecho, a pesar de lo que decís que me amáis.





CAPITULO XIII

La terquedad de la ambición.

Más que indignación, en Isabel produjeron pena inmensa las pretensiones de su esposo. Daba con ellas idea de una ambición mezquina, vulgar.

—¡Oh, Fernando!—exclamó, con los ojos arrasados en lágrimas—. ¡Nunca esperé de vos un desengaño semejante! ¡No me amáis!

—¿Porque hago valer mis derechos de esposo?—replicó irónicamente el rey.

—No: porque pretendéis sacrificarme a vuestras ambiciones.

—¿Acaso vos no pretendéis sacrificarme a mí a vuestra vanidad?

—No digáis eso.

—No hallo otra causa que justifique vuestra obstinación.

—Pero si no es obstinación. ¡Si es imposibilidad de hacer lo que me proponéis!

—Porque no queréis hacerlo.

—Porque no puedo.

—¿Quién lo impide?

—Nadie.

—¿Entonces...?

—Pero se oponen a ello mis deberes.

—¿Cuáles?

—Los de reina.

—Antes que ésos son los de esposa.

—Estáis en un error. Antes que mujer, y antes que esposa vuestra, soy la encargada por Dios para gobernar un pueblo, y he de sacrificarlo todo al cumplimiento de ese encargo. Por mucha fe que en vuestro talento y en vuestra justicia tenga, ¿creéis que obraré bien diciendo: «desprecio vuestra proclamación; cedo mis derechos a otra persona y os impongo un monarca que vosotros no habéis elegido»? Fuera corresponder con la ingratitud a su lealtad, con el desprecio a su entusiasmo.

No hallando palabras que oponer a estas razones, don Fernando permaenció silencioso.

—Ser reina—prosiguió su esposa—no es para mí una satisfacción que halaga mi orgullo; me ofendéis si tal pensáis; es, por el contrario, una carga pesada; pero la soporto contenta, porque a ello me obligan mis deberes. ¡Cuánto más dichosa no sería yo viviendo humildemente en el retiro de mi hogar, sin tener otras obligaciones que cumplir que las de esposa y madre! Viviría, al menos, más tranquila, porque pesarían sobre mí menos responsabilidades. Mas no esperéis que el egoísmo de mi tranquilidad me haga renunciar voluntariamente a la autoridad que ambicionáis. ¡Nunca! Os amo y os respeto; pero no hasta el punto de abdicar de mis derechos, porque eso fuera hacerme traición a mí misma. Si un trono es mi patrimonio, com-

partidlo conmigo en buen hora; entre esposos, todo debe ser común; pero no lo queráis para vos solo, pues fuera igual que pretender arrebatármelo.

—Pues que en tal texitura os colocáis—dijo don Fernando, levantándose del asiento que ocupaba—, no hablemos más. Acabaría por degenerar nuestra discusión en vulgar contienda. Quedáos con vuestro trono y con toda vuestra autoridad, que yo, como considero denigrante para mi dignidad de esposo someterme a la última, a Aragón me vuelvo.

—¿Qué decís?

—Que puesto que vos no me consideráis como merezco, de vos me separo.

El dolor demudó el rostro de la reina; pero supo, gracias a su energía, conservar la calma.

—¡Un rompimiento!—exclamó.

—Sí— respondióle su esposo.

—¡Es decir, el escándalo, el mal ejemplo, la vergüenza!

—Vos lo queréis.

—¡Fernando!

—No os censuro; será costumbre en Castilla tratar a los esposos de la manera que vos a mí me tratáis; en Aragón procedemos de otro modo, y yo, a las costumbres y las leyes de mi país me atengo. Allí, más justos y prudentes, a las mujeres se las exime del cumplimiento de otros deberes que no sean los de hija, los de esposa o los de madre. Las hembras están excluídas del trono; no pueden reinar por sí solas.

—Aquí tenemos otros usos.

—Yo prefiero los de mi tierra.

—¿Y pretendéis que yo a ellos acomode mi conducta?

—Es vuestro deber.

—Infringiría las leyes, que debo ser la primera en respetar.

—Las leyes no son inmutables. Se cambian, se modifican, se corrigen sus errores.

—¡Y había yo de modificar las de Castilla!

—¿Por qué no, si, como decís, me amáis? Sometidas a vuestra autoridad, las Cortes castellanas aprobarían lo que vos dispusiérais en tal sentido.

Hubo una pausa.

Don Fernando esperaba ansioso que su esposa hablase, creyendo haberla convencido con sus razones.

—Opino en contra de lo que vos indicáis—dijo, al fin, la reina—, por no considerarlo justo. Según ello, las mujeres quedamos reducidas a la inutilidad y a la impotencia; somos declaradas seres inferiores a los hombres, lo cual es contrario a los principios de nuestra santa religión, que a todos los nacidos nos considera y nos proclama iguales. Además, es la violación de un derecho; porque si una mujer es hija primogénita de un rey, ¿por qué no ha de poder gozar de la herencia de su padre, que en ley y en razón le corresponde? Quitársela, sea con la disculpa que sea, es un despojo, un robo, una injusticia.

Con cierta timidez, añadió:

—No lo digo por molestaros con importunos recuerdos; pero reflexionad las revueltas que en Aragón, vuestro país, ha provocado esa msima ley que en apoyo de vuestras pretensiones invocáis.

—¿Se ha librado acaso Castilla de revueltas y motines, porque entre sus leyes no figure la que yo invoco?—replicó Fernando.

—Ciertamente que no; pero han sido por otras causas. Pero dejemos todo esto a un lado y oid solamente un argumento. Después de haberlo oído, determinad lo que vuestra conciencia os dicte.

—Decid.

Acercóse Isabel a su esposo, y cariñosamente, como tratando de conmoverle, dijo:

—Hasta ahora el cielo no ha bendecido nuestro matrimonio más que con una hija, una hembra, nuestra Isabel.

—Pero en cinta estáis—repuso don Fernando—, pronto volveréis a ser madre, y quién sabe si daréis a luz un varón.

—Ciertamente; mas, ¿y si fuese también una hija lo que de mí naciera? Según vuestros deseos, si yo modificara las leyes de Castilla en el sentido que indicáis, excluyendo a las hembras del trono, nuestra hija, dado caso de que Dios no nos concediera un hijo, no podría recoger nuestra herencia, no podría reinar. El trono que nosotros habríamos conservado para ella, a costa de grandes sacrificios, sería solicitado por parientes ambiciosos ajenos a nuestra descendencia, y nuestra hija, nacida para ocuparlo, veríase relegada al olvido, atropellada en sus derechos, reducida a la oscuridad, despojada de lo que debiera pertenecerle por ser nuestro. Esta sería una de las consecuencias de la realización de vuestros designios.

Mirándole frente a frente, cual si quisiera leer en su rostro los pensamientos que despertaban en él sus palabras, agregó:

—Y bien, Fernando; vuestros sentimientos de padre invoco: ¿no se alarman ante el peligro que os acabo de indicar? ¿No os aterra la idea de que nuestra hija se vea despojada por vuestra culpa de la herencia que al morir le dejaremos?

Pocas veces como en aquella ocasión resplandeció el talento sobrenatural de Isabel.

Al decir lo que antecede, pareció como si con clarividencia extraordinaria previese el porvenir.

Los argumentos no admitían réplica, y el rey, encolerizado al reconocerlo así, replicó:

—¡No es el porvenir el que me preocupa, sino el presente! ¡El porvenir! ¿Quién sabe lo que nos reserva?

—Pero deber nuestro es prevenir todas sus contingencias—respondióle su esposa.

—¡Basta! Mi resolución es firme. O me cedéis todos vuestros derechos y mi autoridad es reconocida, o a Aragón me vuelvo.

Y retiróse, poniendo fin a la entrevista.

Al quedarse sola, la reina rompió a llorar, exclamando entre sollozos:

—¡No me ama, pues que antepone sus ambiciosos deseos a mi amor!





CAPITULO XIV

Tanto monta, monta tanto...

INOPINADAMENTE, sin dar razón alguna que lo justificase, Isabel dispuso el inmediato regreso a Segovia.

Su esposo mismo no le preguntó la causa de ello. Don Fernando, que la conocía muy bien, pensaba:

—En vista de cuanto le he dicho, algo resolverá; esperemos a que resuelva.

Y manteníase en actitud espectante, reservada.

Trasluciéronse las discusiones de los monarcas, aunque ellos pusieran cuidado en ocultarlas, y todos esperaban curiosos la determinación de la reina.

Muchos confiaban en su talento, y decían:

—Medio justo y adecuado hallará de arreglarlo todo.

Si doña Isabel, cediendo a las excitaciones de su marido, hubiese abdicado en éste todo su poder, los nobles castellanos habríanse opuesto a ello; pero por otra parte,

no querían que don Fernando cumpliese su amenaza de retirarse a Aragón, pues esperaban mucho de él, principalmente de su valor, probado de una manera indudable en los últimos acontecimientos.

No había quien no deseara una fórmula de concordia que sin menoscabo de los derechos de Isabel, satisfaciese las aspiraciones de Fernando.

Así las cosas, trasladáronse a Segovia, como hemos dicho, y la reina convocó cortes inmediatamente.

Muchos supusieron que era para tratar de las pretensiones de su marido, y no se equivocaron.

Doña Isabel presentóse a las cortes y les expuso la cuestión en términos claros y precisos.

—No discuto si son justas o injustas las pretensiones del rey—dijo—, ni consiento que nadie las discuta; sólo las expongo para que vosotros, como mis consejeros que sois, me iluminéis acerca de lo que debo hacer.

Luego, entrando aún más de lleno en el asunto, añadió:

—Figuráos el conflicto en que me hallo. Como reina, yo no puedo en modo alguno ceder un ápice de los derechos por vosotros reconocidos en nombre de todo el reino. La autoridad que me conferisteis es un depósito sagrado del que no puedo disponer libremente; pero al mismo tiempo, como esposa, no puedo desatender tampoco los deseos de mi marido ni puedo consentir que nuestro matrimonio se rompa por cuestión tan mezquina como la de los intereses materiales.

Todos estuvieron conformes en uno y otro extremo, reconociendo la gravedad de la situación.

El conflicto era difícil de resolver.

La reina misma indicó una fórmula de arreglo, diciendo:

—Consultada debidamente mi conciencia sobre el caso, creo que lo justo y procedente es que reconozcáis a mi esposo derechos y prerrogativas iguales en todo a las prerrogativas y derechos que yo uso; que le concedáis facultades para mandar y disponer en todo como yo; en una palabra, que hagáis su autoridad igual a la mía, de modo que entre los dos no pueda haber en lo sucesivo suspicacias y recelos. Para más igualarnos, opino debéis disponer que ni sus órdenes tengan fuerza por sí solas ni las mías tampoco; esto es, que su firma haya de ir autorizada por la mía y la mía por la suya; en una palabra, que los dos gobernaremos juntos, y de tal modo, con tanta igualdad y tan perfecto acuerdo, que formemos como una sola persona y una autoridad única.

Los que la escuchaban no la dejaron concluir.

Tan justo y oportuno parecióles lo que la reina proponía, que prorrumpieron en aclamaciones.

—Si estas disposiciones no satisfacen a don Fernando—agregó la reina—; si no le basta ser igual a mí, si aspira a ser más, entonces, como sus pretensiones no serían justas, que Dios decida y determine sobre ellas. A vosotros y a mí nos quedará siempre la satisfacción de haber dispuesto lo que la justicia demandaba.

Las cortes dieron forma práctica y legal al acuerdo de la reina, consignándolo en una pragmática en la que se reconocían a don Fernando derechos iguales en todo a los de su esposa.

Extendido y firmado aquel importante documento, la reina se encargó de él, diciendo:

—Permitidme cumplir por mí misma vuestras determinaciones.

Y fuese en busca de su esposo, al que dijo:

—Señor: Vuestras pretensiones me manifestásteis, exponiéndoos yo las causas que me impedían acceder a ellas. Pero no debía,tampoco, desatender en absoluto vuestros deseos. Ganosa de complaceros en cuanto me fuese posible, sin faltar al cumplimiento de mis deberes como reina, he aquí lo que he decidido, de acuerdo con mis cortes. Lo creo justo y por eso os lo ofrezco. Hago votos porque a vos os satisfaga. Si así no fuese, entonces tomad la determinación que queráis; por mucho que me lastime, siempre me quedará el consuelo de haber cumplido mis deberes de esposa, sin faltar a los de soberana.

Y le entregó el documento autorizado por las cortes castellanas, reunidas con tal fin.

Leyó don Fernando el documento en cuestión, y a medida que lo leía, iba penetrándose de su importancia.

Aquello no era todo lo que él había pedido; pero era lo bastante para poderse dar por satisfecho.

Exigir más, hubiera sido demostrar una ambición desmedida.

Igualábanle en todo a su esposa.

¿Qué más podía pedir?

Deponiendo, pues, todo su enojo, dijo a la reina:

—En estas disposiciones reconozco y admiro una vez más vuestro talento y vuestra justicia, señora.

—¿Luego aceptáis lo que os ofrezco en compensación de lo que vos pedíais?—exclamó Isabel.

—¿No he de aceptarlo?

—¡Oh, gozo!

—Ante las mismas cortes, que tales preeminencias y prerrogativas me otorgan, prestaré el debido juramento, y ante vos, que tan alta idea dáis de vuestra equidad y buen juicio, yo prometo contribuir con todas mis fuerzas a la felicidad y esplendor del noble pueblo castellano, cuyo gobierno compartiremos, y si a mi juramento o mi promesa faltara, que Dios me lo demande y me lo tome en cuenta.

La alegría sustituyó en Isabel a la anterior inquietud. El conflicto estaba resuelto y la paz conyugal quedaba asegurada.

Promulgáronse con gran solemnidad las nuevas disposiciones, y todos las acogieron con regocijo, considerándolas justas y beneficiosas.

Los que habían confiado en el talento de la reina, exclamaban entusiasmados:

—¡Razón tuvimos al decir que ella encontraría modo de arreglarlo todo!

El vulgo dió en seguida forma al nuevo acuerdo, con la conocida frase:

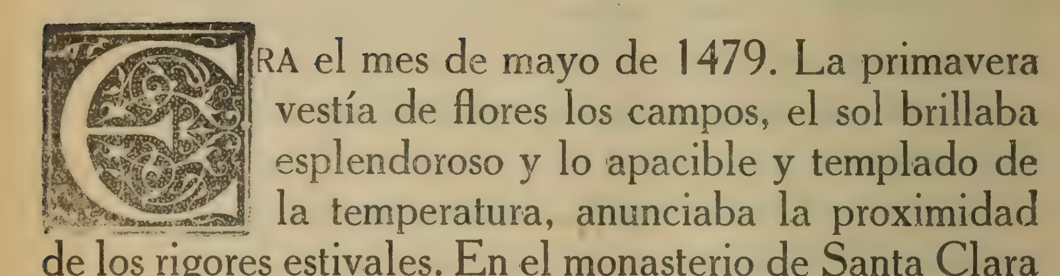
«Tanto monta, monta tanto
Isabel como Fernando.»

Y esta frase, que reflejaba fielmente la absoluta igualdad del poder de los dos esposos, fué grabada como lema en su escudo y bordada con letras de oro en el dosel que cobijaba el trono desde el cual los dos labraban la dicha y el engrandecimiento de su pueblo.



CAPITULO XV

Las cláusulas de un convenio.



ERA el mes de mayo de 1479. La primavera vestía de flores los campos, el sol brillaba esplendoroso y lo apacible y templado de la temperatura, anunciaba la proximidad de los rigores estivales. En el monasterio de Santa Clara en Coimbra, celebrábase una gran fiesta.

Así lo indicaba el majestuoso templo, adornado con ricos tapices e iluminado con infinidad de luces.

Celebrábase el solemne acto de la toma de velo de una nueva religiosa.

Antes de la hora señalada para la ceremonia, comenzó a llenarse la iglesia de un público numeroso, en el que estaban representadas todas las clases sociales, ansioso de presenciar lo que por las trazas había de revestir todos los caracteres de un gran acontecimiento.

En el presbiterio había colocados lujosos sitiales, que serían ocupados, sin duda, por personajes de elevada jerarquía, y en la amplia nave veíase separado un gran espacio, destinado a los que habían recibido especial invitación para el acto.

Debían ser muchos y de calidad, según el lujo de los asientos y los ricos tapices con que se había cubierto el suelo.

Entre los sitiales del presbiterio, distinguíase uno, rematado por una corona real.

Era el destinado al rey.

Los buenos portugueses verían aquel día por vez primera a su monarca, después de haber permanecido éste mucho tiempo ausente, en España, primero, y en la corte de Francia, después; lo cual hacía aquella solemnidad mucho más memorable.

Entre el público hacíanse toda suerte de comentarios acerca del acto que iban a presenciar.

—Es cosa que no se ve todos los días—decían unos.

—¡Profesar una princesa!—exclamaban otros, con esa ingenua admiración que causan siempre en el vulgo los actos más sencillos de las personas de elevada jerarquía.

—¿Y dicen que asistirán a la profesión los reyes de Castilla?—preguntaban varios.

—No—respondían los que parecían bien informados—. Eso no puede ser. Si los reyes de Castilla hubieran de asistir ya habrían venido y hubiéraseles dispensado un recibimiento entusiasta, como es debido a monarcas poderosos y amigos, porque Isabel y Fernando

son ahora nuestros aliados, y esta profesión misma es una consecuencia de ello. Nuestro rey renuncia a apoyar a la Beltraneja en sus pretendidos derechos, y la infortunada princesa, al verse sin ayuda de nadie, renuncia al mundo.

—Hace bien.

—Para el porvenir que la esperaba...

—Nuestro rey rompió sus compromisos matrimoniales con ella.

—No ocupando un trono no le convenía para esposa.

—Quien asistirá a la ceremonia para dar fe de ello es un representante de los reyes de Castilla.

—El cual llevará a sus señores la seguridad de que doña Juana no ha de volver a molestarles pretendiendo disputarles el trono que ocupan.

—Isabel ha vencido.

—Y no habrá ya quien su triunfo ponga en duda.

Los comentarios de los portugueses eran ciertos en todas sus partes.

La nueva religiosa que tomaba aquel día el velo era la princesa doña Juana.

No profesaba por vocación, sino porque a ello la obligaban sus desventuras.

Su renuncia al mundo, más que resultado del triunfo de Isabel, era consecuencia del incumplimiento de la palabra del monarca de Portugal.

Vencido don Alfonso en Toro, empezó a comprender que no era cosa tan fácil como creyó en un principio sentar en el trono de Castilla a la doncella que admitió para esposa; más aún, parecióle empresa imposible de realizar.

De aquí que se enfriase repentinamente su afecto a doña Juana y hasta le mostrara algún desvío, no volviendo a hablarle de su concertado matrimonio, que antes parecía tan ansioso de realizar y cuyas bases habíanse ya convenido y firmado.

Mas por ambición quiso intentar el último esfuerzo y trasladóse a Francia para pedir al rey Luis su ayuda, según lo que en otro tiempo habían concertado, cuando los dos supusieron que era empresa sin riesgo repartirse los dominios de Castilla y Aragón.

Luis, que ya había llegado a un acuerdo con don Juan II, por mediación de don Fernando, no conviniéndole, por lo tanto, indisponerse con sus nuevos amigos, recibió cortésmente al monarca portugués, pero sin comprometerse a nada ni prestarle la ayuda que le pedía.

Con su hipocresía y su astucia entretúvole bastante tiempo, hasta que don Alfonso comprendió que no sacaría nada de él.

Entonces el rey de Portugal abandonó la Francia y firmó la paz con los reyes de Castilla, cuya legitimidad reconoció, en detrimento de los pretendidos derechos de su futura esposa.

Figuraron en aquel tratado de paz dos cláusulas irrisorias, que aunque firmadas de buena fe por una y otra parte, no habían de llegar a cumplirse, por absurdas.

Según una de ellas, el hijo de don Alfonso había de casarse con la princesa Isabel, hija de Fernando y su esposa, niña de corta edad, como sabemos.

Pero aún era más absurda la otra.

Según ella, la Beltraneja había de unirse en matrimonio con el príncipe don Juan, al que Isabel dió a luz

en Sevilla el 30 de junio de 1478; de modo que contaba a la sazón solo algunos meses, y doña Juana, doncella ya en edad para tomar estado, había de esperar muchos años para poder casarse con él.

En verdad, este convenio obedeció principalmente al deseo de don Alfonso de librarse de cumplir a la Beltraneja su palabra de hacerla su esposa.

Ya no le convenía aquel matrimonio y buscó la manera de romperlo, sin tener para nada en consideración el estado en que a la princesa dejaba y el ridículo papel que la hacía jugar en aquel asunto.

La suerte era en todo adversa a la pobre doña Juana, que siendo aún doncella, veíase repudiada sin haber sido esposa, y por toda compensación, ofrecíanle por esposo un niño de pocos meses que estaría en disposición de casarse cuando ella ya fuera vieja.

En esto habían venido a parar todas sus ambiciones e ilusiones.

Para que en aquel convenio todo fuese original y extraño, concertóse de la manera más rara.

Una noche, a hora de antemano fijada, dos barcas deslizáronse por las aguas del Duero, siguiendo una la dirección de la corriente y yendo la otra contra ella.

Al llegar a un sitio determinado, las dos barcas encontráronse y detuviéronse en mitad del río.

Una de las barcas iba ocupada por el rey de Castilla; la otra, por el rey de Portugal.

Ya antes, en otra ocasión, cuando la guerra estaba en su apogeo y el resultado de la misma era indeciso, los dos monarcas concertaron verse y hablarse de aquel modo, considerando jurisdiccionales las aguas del río, sitio

completamente neutral donde podían encontrarse, sin temor alguno.

El rey de Castilla asistió puntual a la cita; pero el de Portugal faltó a ella, y de aquí que aquella primera entrevista no se celebrase.

La noche a que hacemos referencia asistieron puntuales los dos reyes, y de barca a barca hablaron y entendiéronse, fijando las bases del convenio sobre que había de concertarse el tratado de paz.

Magnánimo, por lo mismo que era el vencedor, don Fernando no impuso condiciones.

Exigió sólo que la legitimidad de los derechos de su esposa, y por consiguiente los suyos, al trono de Castilla, fuesen reconocidos y respetados.

Don Alfonso se avino a ello y puso, como condición, los dos matrimonios indicados.

Prestó el de Castilla su consentimiento a ello, en nombre propio y en el de su esposa, y, pocos días después, la paz fué solemnemente firmada por una y otra parte.

Al saber la forma en que de su destino y porvenir habíase dispuesto, sin consultar siquiera su voluntad, la princesa doña Juana se indignó.

Y le sobraban motivos para ello.

Había consentido antes en ser la esposa de un viejo; pero no estaba dispuesta ahora a consentir en ser la esposa de un niño.

Era demasiado.

En su desesperación, acudió a sus partidarios, pidiéndoles defensa y ayuda.

Los pocos que le quedaban, volviéronle la espalda.

No era posible hacer nada por ella ni de ella podían esperar ya nada.

Su misma madre la abandonó, sin hacerle caso.

Entonces, con buen acuerdo, decidió retirarse a un claustro, pensando resignada:

—Tócame expiar faltas que no cometí.

Como de todos modos se libraba de ella, don Alfonso aprobó su resolución y los reyes de Castilla no se opusieron tampoco.

He aquí los antecedentes de la ceremonia que se celebraba aquel día.





CAPITULO XVI

La profesión.



la hora en punto señalada para la ceremonia, llegó a la iglesia la comitiva real, al frente de la que figuraba el mismo monarca don Alfonso.

Pretendió el rey con esto rendir un homenaje de respeto a la infortunada princesa; pero resultó todo lo contrario, pues no parecía sino que su presencia allí tuviese por objeto el ridiculizar aún más la situación en que la infeliz había quedado después de su desprecio.

Seguíale numerosa corte de personajes castellanos y portugueses, figurando entre los primeros un delegado especial de los reyes de Castilla, el cual caminaba a la derecha de don Alfonso, como prueba de respeto rendida a aquellos a quienes representaba.

El público que ocupaba el templo estrechóse para dejar libre el paso a la comitiva, y el órgano llenó el espacio de un torrente de armonías.

Llegado el rey al presbiterio, ocupó el sitial de honor para él prevenido, sentó al delegado de Castilla a su derecha, ocuparon sitio en torno de él los demás personajes que por su jerarquía tenían derecho a ello, acomodáronse los numerosos invitados en el anchuroso espacio que les estaba prevenido y dió principio el acto.

Abriéronse las puertas que daban acceso al claustro y apareció la comunidad toda formada en dos hileras, con la abadesa al frente.

Las monjas llevaban el rostro cubierto con espesos velos, y sostenían en la mano cirios encendidos.

En el centro de ellas destacábase la esbelta figura de una apuesta joven, vestida de blanco y adornada con ricas joyas.

Era la Beltraneja.

Por un resto de orgullo disculpable, quiso lucir en aquella ceremonia la corona real sobre sus sienes; pero don Alfonso se opuso a ello, temiendo enojar, si consentía, a sus buenos amigos los monarcas castellanos.

Ello fué motivo de un vivo altercado entre él y la novicia.

—Conste—díjole doña Juana cuando de tal asunto hablaron el día antes de la profesión—, que al retirarme a un claustro renuncio a todos mis derechos al trono en el que vos os comprometisteis a sentarme; pero que esos derechos existen, y por lo tanto, puesto que aún no he renunciado a ellos, gozo de todas las prerrogativas de soberana.

El monarca portugués no se avino a estas razones, y la princesa hubo de transigir.

¿Qué remedio le quedaba?

Ya no tenía poder alguno para imponer su voluntad.

Presentóse, pues, ceñida la frente sólo con una diadema, el uso de la cual no podían prohibírselo, dada su condición de princesa.

Todos los presentes fijaron su atención en doña Juana y vieron que estaba muy pálida, pero tranquila.

Avanzó con paso firme hasta llegar ante el altar y arrodillóse.

La comunidad la rodeó como amparándola, ansiosa de tenerla en su seno. La abadesa adelantóse y le hizo solemnemente las preguntas de rúbrica.

La princesa contestó a ellas sin vacilación de ninguna clase, con voz sonora, prestando el juramento que se le exigía y haciendo las renuncias que se le ordenaban.

No hubo quien no se sintiese conmovido. Aquella infortunada joven, en quien el infortunio parecía haberse ensañado, era digna de compasión.

Tuvo entonces lugar la parte más interesante y curiosa de la ceremonia. La abadesa fué despojando a la profesa poco a poco de sus joyas y galas. Primero le quitó la diadema que ceñía su frente, luego el blanco velo que flotaba sobre sus cabellos, después las joyas todas, por último, el rico traje, que fué inmediatamente sustituído por un tosco hábito.

Antes de ponerle las tocas y el manto, cortáronle la hermosa cabellera.

Ella, arrodillada y con las manos fervorosamente cruzadas sobre el pecho, parecía ajena a todo.

Al fin, hiciéronla levantarse. Ya era una monja como las demás.

Abrazóla la abadesa, besándola en la frente y llamándola hermana; hicieron luego lo mismo las demás religiosas, y envolviéndola todas cariñosamente, desaparecieron con ella en el claustro, cuya puerta cerróse para ya no abrirse más a su paso.

La ceremonia había concluído.

Poco después, el templo quedaba solo. Salió primero el rey con su comitiva y siguiéronle todos los demás espectadores. Aquel mismo día regresó a su país el delegado castellano, llevando a sus reyes un acta extendida en debida forma, del acto celebrado.

Isabel no tenía ya nada que temer de la que hasta entonces le había disputado el trono. La corona de Castilla quedaba vinculada en ella y sus legítimos descendientes.

Desde entonces, la princesa que antes fué su enemiga, inspiróle sólo piedad.

Más adelante, según consta en documentos cuya autenticidad no cabe poner en duda, interesóse repetidas veces en tener noticias de doña Juana, mostrando gran satisfacción al saber que seguía tranquila en su retiro, sin ambiciones ni inquietudes.

Quizá la renuncia de la Beltraneja al mundo no fué ni espontánea ni sincera; pero una vez hecha, obligada a ella por las circunstancias, resignóse con su suerte y limitó sus aspiraciones a la paz melancólica del convento.

Cuando ya no quedaba nadie en la iglesia, destacá-

ronse del fondo de una oscura capilla dos sombras, un hombre y una mujer.

Eran Tarsio y Margarita.

—Tarde hemos llegado; hemos tenido tiempo únicamente para presenciar la ceremonia, pero no para impedirla.

—No importa—respondióle la ex ventera—. Con doña Juana hablaré, y si a pesar de sus votos sueña aún con las grandezas mundanas, como creo, tendremos en ella el pretexto que necesitamos para justificar nuestra rebelión.

—Rebelión que ahogará en seguida el poderío de los reyes castellanos.

—Pero que redundará en nuestro provecho, y de esto es de lo que se trata. Puesto que doña Isabel no nos ha admitido como amigos, dudando de nuestra lealtad, nos temerá como adversarios y procurará contentarnos.

Tarsio movió la cabeza, como dudando de aquellas palabras.

—Tal es el plan de don Pedro—añadió Margarita—, y a ayudarle en todo nos hemos comprometido. Cumplamos sus órdenes. Seguidme.

Y pasaron de la iglesia al convento.

Poco después hallábanse en el locutorio.

No sin grandes esfuerzos consiguió Margarita hablar con la nueva religiosa. Para ello tuvo que decir que era una dama de honor de la reina doña Juana y que llevaba un encargo de ésta para su hija.

Gracias a tal ardid, la princesa se presentó a ella.

La conocía, en efecto, por haberla visto en Madrid al servicio de su madre, y preguntóle:

—¿Qué me queréis?

La ex ventera respondióle, bajando la voz:

—No vengo en nombre de vuestra madre, como para conseguir que me recibáis he dicho.

—Entonces...

—Vengo en nombre de algunos nobles y valientes caballeros para deciros que dispuestos se hallan a seguir peleando por vos. Autorizadles para defender vuestros derechos, y el día del triunfo vendrán a arrancaros de este encierro y os sentarán en el trono.

—Tarde llega ese ofrecimiento—contestó la Beltraneja—. Decid a esos nobles que agradezco su ayuda, pero que la rechazo, porque a todo he renunciado para siempre.

Y retiróse sin añadir una palabra más.

Tarsio y Margarita salieron del convento despechados.

—Todo inútil—dijo él.

—Don Pedro decidirá lo que debemos hacer ahora —respondió ella.

Y aquel mismo día emprendieron también el regreso a Castilla.





CAPITULO XVII

La Santa Hermandad.

TRANQUILOS ya los reyes de Castilla respecto a la seguridad de su trono con la profesión de la princesa doña Juana, y respecto a la tranquilidad de sus reinos con los tratados de amistad firmados con los reyes de Portugal y Francia, dedicáronse a restablecer el orden interior, bastante alterado con tantas revueltas, propicias para amparar los abusos de todas clases.

Imponer la equidad y la justicia en todo era la preocupación constante de doña Isabel.

Y a fe que buena falta hacía que realizase su intento.

La desmoralización había cundido de tal modo entre todas las clases sociales, que los derechos más sagrados, entre ellos el de la propiedad y la vida, eran un mito.

Todos los días registrábanse robos escandalosos y asesinatos horribles, que quedaban impunes.

La seguridad no existía en los caminos, ni siquiera en el interior de las ciudades.

Y por lo que a los nobles respectaba, escudados en su mismo poder, cometían toda clase de desafueros, sin que nadie se atreviera a castigarles.

Era necesario hacer sentir a unos y a otros el peso de la ley, y la reina estaba resuelta a ello.

Un día, los nobles todos del reino recibieron una convocatoria de los reyes, en la que se les invitaba a reunirse en Toledo un día determinado.

En Toledo hallábanse por entonces, donde doña Isabel había dado a luz el 6 de noviembre de 1479 una princesa, a la que pusieron por nombre Juana, y que andando el tiempo había de ser la infeliz reina doña Juana *la Loca.*

Pocos dejaron de asistir a la convocatoria, y los que no asistieron, fué por impedírselo razones dignas de ser tenidas en cuenta, pues los reyes habían conseguido imponerse a ellos de tal modo, que no osaban desobedecer el más insignificante de sus mandatos.

Triunfo verdaderamente notable si se tiene en cuenta que en los reinados anteriores, la autoridad real no existía más que de nombre.

La nobleza desobedecíala y hasta muchas veces imponíale su voluntad.

Los magnates y altos rendatarios acudieron llenos de inquietud, pensando:

—¿Prepararán los monarcas un nuevo golpe contra nuestros bienes y privilegios?

Porque es de advertir que ya Isabel y Fernando habíanles arrebatado todo aquello que no les pertenecía y de que injustamente disfrutaban.

Para ello mandaron abrir una especie de información, en la que se depuraba las causas y razones por las que habían sido otorgadas gracias y mercedes, y cuando

las razones y las causas no eran justas, aquellas mercedes y aquellas gracias quedaban anuladas.

Con esto consiguióse que volvieran a la corona cuantos bienes le pertenecían, y de los que los nobles habíanse apoderado por debilidad o miedo de los anteriores monarcas.

No les faltaban motivos para su inquietud a los nobles, y pronto pudieron convencerse de ello.

Reunidos todos, la reina les habló de esta manera:

—No puedo yo consentir, ni vosotros podéis disculpar, que continúen el escándalo y la desmoralización en que vivimos. La justicia no existe, los crímenes quedan impunes, y envalentonados con ellos, los criminales cometen cada día desafueros mayores. Vosotros, que sóis precisamente los que tenéis bienes que defender y que guardar, debéis ser los más interesados en que esto concluya, y por eso os he llamado, para demandar vuestra ayuda.

Este principio pareció a todos muy bien. Creyeron por él que se trataba únicamente de la defensa de sus intereses particulares, y aplaudieron.

—Para conseguir lo que me propongo—prosiguió Isabel—, se necesitan dos cosas. Primero, que los tribunales de justicia cumplan con su deber, procediendo en todo con imparcialidad y con arreglo a la ley. De esto me encargo yo, y os juro que no habrá juez que con su deber no cumpla, pues los vigilaré por mí misma, estudiaré sus fallos, y aquel que cometa la más ligera falta, sufrirá todo el peso de la justicia misma, que tan indignamente representa.

También estas palabras fueron bien acogidas, en

la creencia siempre de que tanto rigor iba encaminado contra los de abajo exclusivamente, no contra los de arriba.

La reina sospechó esta creencia y se guardó muy bien de desmentirla, pensando:

—Ayúdenme en lo que me propongo, y luego, los medios que me den, se volverán contra ellos mismos.

Así, pues, continuó diciendo:

—Segundo, se necesita quien a los criminales persiga, descubra y entregue a la justicia, y de esto es de lo que habéis de encargaros vosotros.

Protestaron los nobles, temiendo que se pretendiera convertirlos en esbirros.

—No es eso—replicó Isabel—. Sé muy bien el respeto que vuestra jerarquía merece, y solicito vuestra ayuda, no personal, sino pecuniaria.

Y expuso su plan detalladamente.

Según él, proponíase formar una especie de guardia permanente, que se llamaría «La Santa Hermandad», y que tendría por único objeto recorrer constantemente los caminos, campos y poblados, sin otro fin que el de estorbar la comisión de toda clase de delitos y perseguir y prender a los delincuentes.

Algo parecido a lo que es actualmente nuestra guardia civil, de la que aquélla puede decirse que fué origen.

El pensamiento pareció muy bien, y era realmente un adelanto en aquella época en la que no se había establecido ni imaginado siquiera nada semejante.

—Como comprendéis—añadió la reina—, para que su acción sea eficaz y provechosa, la Hermandad ha de constar de crecido número de individuos, a cuyo sosteni-

miento hay que atender. Para esto es para lo que necesito de vosotros. La corona no puede atender por sí sola a la fundación y sostenimiento del nuevo instituto, cuya importancia y provecho habéis reconocido; necesita sus recursos para acometer otras empresas de las que tendréis muy pronto noticia. Por consiguiente, vosotros habéis de realizar lo que la corona no puede hacer, pues que de defender vuestras vidas y haciendas se trata principalmente.

Y no como quien formula una petición, sino como quien da una orden, dijo:

—Por consiguiente, mando y ordeno que todos paguéis un pequeño tributo, con el cual se atienda al sostenimiento de la Santa Hermandad.

Y ella misma fijó la cuantía de lo que no era ni más ni menos que una contribución.

Fué tan insignificante el tipo señalado, que nadie pudo negarse a contribuir con él.

Hubiera sido mezquindad ridícula.

Pero sumaba todo ello en junto una cantidad tan crecida, que bastaba para la fundación y sostenimiento del nuevo instituto.

La Santa Hermandad quedó, pues, fundada, entró en seguida en funciones, sin que al erario costase un solo maravedí, y pronto púdose circular libremente por campos y caminos, sin miedo a asesinos y ladrones.

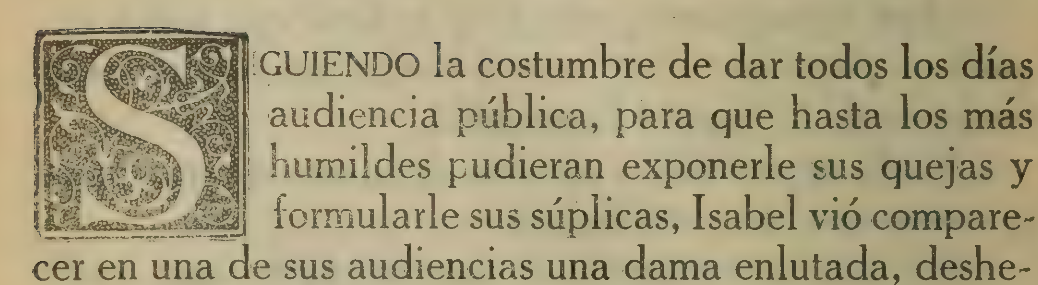
El orden renacía y la justicia comenzaba a imponerse.





CAPITULO XVIII

Un acto de justicia.



SIGUIENDO la costumbre de dar todos los días audiencia pública, para que hasta los más humildes pudieran exponerle sus quejas y formularle sus súplicas, Isabel vió comparecer en una de sus audiencias una dama enlutada, deshecha en llanto.

—¡Justicia!—entró diciendo.

Y cayó de rodillas ante las gradas del trono.

Compadecida de ella al verla llorar de aquel modo, la reina procuró ante todo consolarla.

Dirigióle algunas frases cariñosas, y luego le dijo:

—Si justicia pedís y la merecéis, no os faltará, yo os lo prometo. Hablad, ¿de qué tenéis que quejaros?

—De un crimen horrible—respondió la dama.

—¿Cometido por quién?

—Por un hombre a quien sus riquezas hacen poderoso.

—Ante la ley no hay poder que valga; todos son iguales.

—En esa confianza acudo a vos.

—Explicaos.

Animada por tan bondadosas frases, la dama expuso sus cuitas y querellas de este modo:

—Era mi esposo escribano, y tan celoso del cumplimiento de su deber, que nunca dádivas, promesas ni amenazas, de él consiguieron apartarle.

—Tal era su obligación—repuso la reina.

—Un día, don Alvaro Yáñez, vecino de Medina del Campo, hombre inmensamente rico, le llamó a su casa. Mi esposo fué sin el menor recelo, y no volví a verle.

—¿Cómo es eso?

—Desapareció y fué inútil buscarle por todas partes.

—¡Extraña desaparición!

—Asaltóme la sospecha de que Yáñez hubiese cometido con él un crimen, fiado en la impunidad de su riqueza; pero no tenía pruebas para acusarle y callé.

—Obrasteis cuerdamente, pues acusando sin pruebas hay el peligro de convertirse en calumniador y la calumnia es también delito que la ley castiga.

—Contribuyó a aumentar mis sospechas el hecho de que Yáñez se apoderó por entonecs de unos bienes que no le pertencían. Los documentos mediante los cuales se apoderó de tales bienes estaban autorizados por la firma de mi esposo, y se me ocurrió pensar: «le obligaría a que firmara y luego le mataría para que no le denunciase».

—Aventurada era la suposición.

—Pero, por desgracia, era cierta.

—¿Qué decís?

—Tengo pruebas de ello.

—¿Y cuánto tiempo hace que ocurrió lo que me contáis?

—Dos meses escasos.

—Proseguid.

La reina escuchaba con interés creciente a la viuda y pensaba escuchándola:

—Si es cierto lo que dice, un escarmiento ejemplar haré para que comprendan los que en su poder, su nobleza y su fortuna fían, que no hay nada que ante la ley pueda amparar la impunidad de sus crímenes.

—Hace pocos días—continuó diciendo la dama—, presentóseme un hombre que pretendía hablarme reservadamente. Consentí en ello. Era un antiguo criado de Yáñez, al que éste había despedido. Guiábale el deseo de vengarse de su antiguo amo.

—¿Y qué os dijo?

—Lo mismo que yo sospechaba. El lo presenció todo oculto. Yáñez obligó a mi esposo a que firmara los documentos mediante los cuales apoderóse después de los bienes de que antes he hecho mención. Mi esposo resistióse; mas firmó, al fin, obligado a ello por las amenazas de don Alvaro. Evidentemente era su intento revelarlo todo en cuanto saliera de allí, para anular su firma. Así debió temerlo Yáñez, pues una vez mi esposo hubo firmado, lo mató traidoramente por sí mismo y lo enterró en su propia casa, donde enterrado permanece aún.

Era el crimen tan inaudito y espantoso, que la reina no se atrevía a creer en él.

Comprendiéndolo así la dama, añadió:

—Puedo ofreceros el testimonio del criado que me hizo la denuncia que os repito.

—¿Y dónde está ese hombre?—preguntó Isabel.

—Fuera aguarda.

—¿Le habéis traído con vos?

—Sí.

—Bien hecho.

—Quise que en vuestra presencia repitiera sus declaraciones, si de mis palabras dudábais.

—Hacedle entrar.

—En seguida.

Salió la viuda y volvió a poco con el criado en cuestión, el cual repitió ante la reina lo mismo exactamente que la dama había dicho, ampliándolo con algunos nuevos detalles.

Cuanto decía era sin duda verdad, pues no se concebía, que no siéndolo, aquel hombre lo inventase.

La reina le advirtió:

—¿Sabéis a lo que os exponéis si mentís?

—Como no digo mentira, sino verdad—contestó él tranquilamente—, nada temo.

Su misma calma era prueba de la sinceridad de sus acusaciones.

En vista de lo que antecede, la reina dijo a la viuda:

—A vuestra casa volved y en mi justicia fiad. El asesinato de vuestro esposo será castigado; la ley os amparará en vuestros derechos.

La dama parecía dudar de tales promesas.

—Os he advertido antes—balbució tímidamente—que Yáñez es muy rico.

—¿Y qué?

—No es este el primer crimen que comete. Guiado siempre por su codicia insaciable ha cometido otros, y

con su dinero ha comprado a los jueces que habían de condenarle.

—No sucederá ahora lo mismo.

—Señora...

—¿Aún dudáis?

—Es costumbre en Castilla que la ley no rija más que para los desvalidos.

—Sería costumbre antes, no ahora. Y, en fin, mi real palabra tenéis. ¿No os basta?

Rindióse la viuda a estas razones y se retiró, al parecer bastante esperanzada.

Volvióse luego Isabel hacia el criado y díjole:

—Pues que vuestras declaraciones constituyen una grave acusación contra vuestro antiguo amo, detenido quedáis desde ahora, para responder de ellas, hasta que sean desmentidas o aprobadas. Si habéis dicho la verdad, nada temáis, y hasta os cabrá la satisfacción de haber auxiliado a la justicia; pero si habéis mentido, seréis castigado.

El criado no se inmutó.

Señal de que había dicho la verdad y nada temía.

Dió inmediatamente la reina las órdenes necesarias para que se depurase la verdad en aquel asunto, y pocos días después, la justicia presentábase en Medina del Campo, en casa del opulento hacendado don Alvaro Yáñez.

Este no se alarmó.

Seguía confiando en que su riqueza ampararía su impunidad.

Siguiendo las indicaciones del criado, trasladáronse

a la cuadra, y el juez ordenó cavar en el suelo, en el sitio mismo donde ponían sus pies los caballos.

Apenas hubieron quitado una ligera capa de tierra, apareció el cadáver del escribano, en completo estado de descomposición.

Apreciόse en él una profunda herida en la espalda, que fué la que le mató.

La posición de la herida indicaba claramente que había sido atacado por detrás y a tración, lo cual hacía más repugnante aún el asesinato.

Yáñez no pudo negar su crimen y lo confesó cínicamente.

A continuación hizo tentadoras ofertas a todos los presentes para que no le perdieran.

Su asombro fué grande al ver que sus ofrecimientos no eran admitidos.

Estaba acostumbrado a vencer en todo con su dinero.

Redujéronle a prisión, y él, confiando aún en su fortuna, se dijo:

—Soy bastante rico para comprar mi vida a la reina.

Isabel misma presidió en persona el tribunal que había de juzgar al asesino, y éste fué condenado a muerte.

En atención a las circunstancias que concurrieron en su crimen, había de morir degollado, que era entonces la muerte más afrentosa.

Yáñez, al saberlo, escribió un memorial a la reina, ofreciéndole cuarenta mil doblas de oro, para la guerra con los moros, en cuyos preparativos se ocupaba, a cambio de su vida.

En tiempo de los anteriores monarcas, esta oferta cuantiosa habría bastado para salvarle.

Isabel, no sólo rechazó tales proposiciones, sino que ordenó que el reo, antes de morir, fuese públicamente azotado, por haber pretendido sobornar a la justicia.

Así se hizo, y Alvaro Yáñez murió degollado, sin que le sirviese de nada su dinero.

Una vez cumplido el fallo de la ley, como el difunto no dejara herederos, la reina dispuso que se estudiara escrupulosamente el origen de su fortuna.

Aquellos de sus bienes que habían sido usurpados o adquiridos por malos medios, fueron devueltos a sus dueños, y el resto fué confiscado, con lo que el erario se benefició en más de las cuarenta mil doblas de oro que el culpable ofrecía.

Este ejemplo produjo un efecto saludable, pues los ricos y los nobles comprendieron que si faltaban para nada les servía su fortuna y su nobleza, y desde entonces todos respetaron y cumplieron la ley, ante la que no había jerarquías ni privilegios.





CAPITULO XIX

El torneo.

L día 19 de enero de 1479 murió en Zaragoza el rey don Juan II de Aragón, con lo cual la corona de este reino pasó a las sienes de don Fernando.

Avisado oportunamente de la gravedad del estado de su padre, el esposo de doña Isabel fué a recoger su último suspiro y la herencia que le legaba.

El arreglo de los asuntos de su nuevo reino túvole ausente de Castilla durante algunos meses, y mientras tanto doña Isabel llevó todo el peso del gobierno de sus estados, procediendo con la sabiduría y justicia que acabamos de ver.

Anunció, al fin, don Fernando su regreso, y por mandato de la reina dispúsosele un recibimiento entusiasta.

Aunque volvía de luto, esto no fué óbice para que se organizasen grandes fiestas en su honor, demostran-

do de esta manera el placer que sentían los buenos castellanos al volver a gozar de la presencia de su monarca; máxime cuando éste volvía aumentado su prestigio con una nueva corona y prefería estar entre ellos a quedarse con los aragoneses.

Nunca como en aquella ocasión pudo convencerse el rey de que eran infundados sus recelos de que respetasen y quisiesen a la reina más que a él.

Entre los festejos organizados figuraba un torneo, en el que habían de tomar parte los caballeros más nobles y valientes.

Eran muy del gusto de la época tales fiestas, en las que se adiestraban en el manejo de las armas, a veces con riesgo de la vida, pues campeón hubo que sucumbió en el palenque, y algún otro quitóse la vida, avergonzado de su derrota.

Mas, a pesar de estos peligros, era la diversión favorita del pueblo, que hallaba ocasión de este modo de admirar y aplaudir a los defensores de la patria.

Isabel quiso que aquel torneo revistiese solemnidad inusitada, y para ello señaló diversos premios, otorgando uno extraordinario de honor al que más se distinguiese.

El merecedor de este último había de vencer a todos los que hubiesen obtenido los demás, y no hubo caballero que no soñase en conquistarlo, aunque era empresa harto arriesgada conseguirlo.

La creencia de todos era que no se adjudicaría, pues en un combate sostenido entre los más valientes campeones, vencedores en combates anteriores, la suer-

te se mantendría neutral, sin declararse en favor de uno ni de otro.

Los vencedores habían de ser doce, pues tal era el número de premios; y considerábase imposible que un solo hombre los venciese luego a todos, uno después de otro.

Si era vencido por uno siquiera de ellos, el premio de honor no se concedería.

El torneo había de durar tres días.

En el primero se disputarían seis de los doce premios ordinarios; en el segundo, los otros seis, y en el tercero, que era el más interesante, los vencedores lucharían entre sí para conquistar el premio de honor.

La fiesta había de celebrarse en una gran plaza adornada para el caso, en la que se habían levantado el trono real y tribunas para los espectadores.

El primer día, a la hora de antemano anunciada, presentáronse los reyes y ocuparon el trono.

El pueblo prorrumpió en aclamaciones, los heraldos lazaron al viento las agudas notas de sus clarines, y dió comienzo la fiesta.

Los jueces reconocieron el campo, señalaron el sitio de combate y retiráronse a su tienda, levantada en uno de los extremos del palenque.

En torno de éste levantábanse las tiendas de los campeones, encima de cada cual ondeaba su pendón, con las armas y escudo de su dueño.

Por ello podía venirse en conocimiento de que lucharían los caballeros más nobles de Castilla.

Los escuderos, a la puerta de las tiendas, inmóviles como estatuas, sostenían las armas que sus amos

habían de esgrimir, bruñidas y brillantes, como si fuesen de oro; y los palafreneros sujetaban los fogosos corceles, enjaezados con ricas gualdrapas recamadas de oro y pedrería.

En las tribunas, las damas más hermosas de la corte lucían su lujo y su belleza, y más de alguna suspiraría, quizás, anhelando que el dueño y señor de sus pensamientos fuese el vencedor.

El estrado real, sobresaliendo por encima de las tribunas con su rico dosel, sus flámulas y sus gallardetes, dominaba todo aquel rico y deslumbrador conjunto.

El espectáculo era soberbio, y bastaba contemplarlo para convencerse de la virilidad y energía de un pueblo que a tales diversiones se entregaba.

Aparecieron en plaza los dos primeros campeones.

Aunque llevaban cubierto el rostro con la celada del casco, por los cuarteles de su escudo todos reconocieron en ellos a dos nobles caballeros, pertenecientes a ilustres familias castellanas.

Acometiéronse con furia, espoleando sus caballos, después de haber hecho ante los reyes el debido acatamiento; saltaron rotas las dos primeras lanzas, y el público aplaudió frenético.

Los incidentes del combate fueron interesantísimos, y los espectadores los seguían ansiosos, dividiéndose los pareceres y declarándose en favor de uno u otro de los campeones

Al fin, tras reñida lucha, uno de los dos quedó vencido, no sin haber demostrado, a pesar de su vencimiento, su valor y gallardía.

Vencedor y vencido recibieron justos plácemes, y el primero fué a recibir de manos de la reina el premio a su victoria.

Entonces descubrióse el rostro, y pudo verse que era el mismo que todos habían imaginado.

Una vez recibido el premio, consistente en una rica presea, fué a ofrecerlo a la dama de su predilección, y ésta, adornando con él su pecho, pasó a ocupar un sitio en la tribuna real, donde había prevenido asiento para las damas de los doce vencedores, y uno de honor para la del que alcanzase el premio extraordinario.

Verificáronse los demás combates, con incidentes parecidos a los del primero.

Sin embargo, el quinto ofreció mucho más interés que los otros, por las circunstancias que vamos a mencionar.

Sostuviéronlo un noble caballero, por todos admirado y conocido, y un incógnito campeón, que nadie sabía quién era.

Presentóse sin cuarteles en el escudo, lemas ni empresas que pudieran indicar su nombre o su título.

Esto mismo hizo que todos fijasen en él la atención, preguntándose, curiosos:

—¿Quién será?

No hubo quien acertara a responder a esta pregunta.

El mismo misterio de que se rodeaba hizo que todos deseasen que se declarara el triunfo en favor suyo, pues pensaban:

—Así, al descubrir su rostro para recibir el premio, sabremos quién es.

La reina misma participó de la general curiosidad, y llamando a los jueces, preguntóles quién era el incógnito campeón.

—Lo ignoramos, señora—respondiéronle—. Presentóse a inscribirse a última hora, y ocultó su nombre. Prudente no creímos obligarle a que lo dijera, máxime cuando por su apostura y gentileza bien indica lo ilustre de su alcurnia. Al interrogarle, nos respondió únicamente: «Mis hechos hablarán por mí.»

Todo parecía conjurarse para aumentar la curiosidad que despertaba el desconocido.

La primera acometida del incógnito campeón levantó un grito de entusiasmo y asombro.

Su adversario rodó por el polvo, desmontado de su corcel.

Nunca habíase visto cosa semejante.

Aquel hombre luchaba para todos de manera nueva y desconocida.

Al primer bote de su lanza, desmontaba al contrario.

Su agilidad y su fuerza eran extraordinarias.

Inclinóse él mismo para ayudar a levantarse a su adversario, y prosiguió la lucha.

Los espectadores estaban admirados.

El desconocido jugaba con su enemigo, concediéndole toda clase de ventajas y venciéndole a pesar de ellas.

Muchas veces pudo terminar el combate con un golpe certero, y no lo hizo.

Parecía como si se divirtiese prolongándolo.

Era incansable.

Su contrario no podía sostenerse ya sobre su caballo, y él parecía tan fresco y descansado como al principio.

Aquello llevaba trazas de no terminar nunca.

Los jueces ordenaron a los heraldos dar un toque de atención, y entonces el desconocido, de un solo golpe, venció a su contrincante.

Entre entusiastas aplausos y aclamaciones, el vencedor encaminóse a la tribuna real, mientras el vencido retirábase a su tienda, lleno de vergüenza y despecho.

—Ahora sabremos quién es ese valeroso adalid —pensaban todos.

Lo mismo decíase la reina.

Se llevaron chasco.

El desconocido llegó ante el trono, desmontó de su corcel, hincó una rodilla en tierra y dijo:

—Permitid, señora, que mi rostro no descubra, pues no es él el que ha de hablar de mí, sino mis hechos. En el tercer día, si vuestra venia me otorgáis, parte tomaré en el combate para disputar el premio de honor, y entonces, si venzo, mi rostro descubriré y sabréis quién soy.

—Vuestro incógnito respeto—respondióle Isabel—, si bien fuera un placer para mí conocer al que con su valor me ha sorprendido y admirado, que no necesitáis nuevas proezas para acreedor haceros a mi entusiasmo; os basta con la que de realizar acabáis. De todas suertes, a vuestro deseo accedo; callad en buen

hora quién sois, que, como muy bien habéis dicho, los hechos hablan en vuestro honor mejor que las palabras pudieran hacerlo.

Y le entregó el premio que tan bizarramente acababa de alcanzar.

Pensaron todos que, por el nombre de la dama a quien el premio ofreciese, deducir podrían el del vencedor; pero también en esto anduvieron equivocados.

Después del premio haber recibido, el incógnito adalid volvióse al rey y le dijo:

—¿Me dais, señor, vuestra venia para que a la reina vuestra esposa ofrezca esta presea?

Accedió gustoso Fernando, complacido por el obsequio y por la forma respetuosa en que era hecho, y entonces el desconocido presentó el premio a Isabel, diciéndole:

—Por vuestro valor, vuestro talento y vuestras virtudes, señora y dueña única sois de mis pensamientos y de mi vida, y sólo en vuestro honor y defensa ha de esgrimirse esta espada, cuyas humildes proezas acabáis de premiar magnánima; a nadie más que a vos corresponde, por lo tanto, lo que con ella conquiste. Hoy es una presea; mañana querría que fuese un reino que unir pudiérais a vuestros estados para más engrandecerlos. Aceptad bondadosa el humilde presente del último y más leal de vuestros súbditos. Con él os ofrezco mi alma, mi corazón y mi vida.

Emocionada quedó Isabel con el entusiasmo y sinceridad de este discurso.

—Agradecida acepto vuestro presente—respondió—y todo lo demás que con él me ofrecéis. ¡Dichosa la

reina que servidores tiene tan esforzados, adictos y leales!

Y prendió en su pecho la presea.

El incógnito caballero saludó y retiróse, abandonando el palenque.

El resto del torneo, por aquel día, no ofreció incidente alguno.

Todos los comentarios eran para el desconocido vencedor.

No había labios de los que no saliese la misma pregunta:

—¿Quién es?

La reina era la más interesada en saberlo.

Las rendidas palabras de aquel hombre habíanla impresionado.

No atreviéndose a formular sus pensamientos, por miedo de ofender a los demás campeones, decíase:

—Que venza el tercer día para que su rostro descubra y su nombre declare.

Y lo mismo deseaban todos, siendo muchos los que confiaban en aquella victoria.





CAPITULO XX

La serenata.



QUELLA noche, cuando todos hallábanse ya entregados al descanso y el silencio reinaba en la ciudad, los armoniosos acordes de un laúd, hábilmente tañido, dejáronse oír en la plaza del alcázar.

En palacio todos dormían, menos la reina..

Isabel velaba.

Como durante el día no podía cuidar de sus asuntos, ocupada todo él en los festejos que había dispuesto en honor de su esposo, consagrábales las horas de la noche, robándolas al descanso.

Razón tenía al decir a sus súbditos:

—Fiad en mí.

Mientras los demás dormían, ella trabajaba por el bienestar de todos.

Fernando la acompañó hasta muy tarde; pero al fin se retiró, cediendo a las instancias de la reina misma, la cual decíale:

—Vuestra molestia no evita la mía, pues sabéis que por mí misma quiero enterarme de todo; de manera que velaremos los dos sin provecho, bastando con que lo haga uno solo. Descansad, señor, que cuando note que mis fuerzas desfallecen, seré la primera en reclamar vuestro auxilio. Pero mientras así no sea, quiero ser yo la que por el bien de mi pueblo se sacrifique. Es un derecho que en nada os ofende y que no podéis negarme.

Graves y de importancia eran los asuntos que aquella noche había de estudiar la reina; pero, a pesar de ello, no lograba dedicarles toda la atención que merecían.

Estaba distraída.

Sus esfuerzos eran inútiles para apartar de su memoria el recuerdo del incógnito y misterioso vencedor del torneo.

A veces, suspendiendo la lectura de los documentos que tenía delante, quedábase pensativa y decíase:

—¿Quién será? Jamás ninguno de mis súbditos más leales me habló en los términos en que él lo hizo. Sus palabras parecían encerrar un algo misterioso que me llegó al alma, conmoviéndome. Es valiente cual pocos, pues bien lo demostró en el torneo; es de la primera nobleza del reino, como lo revela su apostura; es generoso, porque sólo un hombre de delicados sentimientos puede hablar en los términos que él lo hizo;

es leal, porque ninguno ha tenido para conmigo tales muestras de adhesión y respeto.

Y tornaba a preguntarse, cada vez más interesada y curiosa:

—¿Quién será?

Por un esfuerzo de su voluntad consiguió la reina sobreponerse a sus preocupaciones, y entregóse al estudio de los asuntos que había de resolver aquella noche. Era el principal de ellos un breve pontificio, en el que Su Santidad recomendábale la conveniencia de restablecer la Inquisición en sus estados.

Fundada había sido ésta algunos años antes en Castilla; pero sin el apoyo que había alcanzado en Francia y otros reinos.

En Francia, sobre todo, ocupando en la actualidad el trono el fanático rey Luis XI, el Santo Oficio había alcanzado en poco tiempo gran preponderancia.

El Papa aducía razones dignas de ser tenidas en cuenta.

Hacía notar que, puesto que bajo el cetro de Isabel y Fernando iban agrupándose los distintos reinos en que estaba dividida la península española, formando una gran nacionalidad, para unir aún más todos aquellos elementos, convenía el predominio de una religión única.

—Es verdad—pensaba Isabel—. Y para conseguir ese predominio de la religión verdadera la Inquisición es el medio más adecuado, máxime habiendo, como hay en mis reinos, elementos perturbadores de religiones diversas.

Y así era.

Había sobre todo la religión judaica, representada por los numerosos hebreos que habitaban en casi todas las ciudades impirtantes, y había el mahometismo, bastante extendido por el inevitable contacto con el pueblo moro del reino de Granada.

Pero, al mismo tiempo, la reina decíase:

—La Inquisición, exagerada en su celo, va más allá de lo que debiera. Si yo le presto mi decidido apoyo, hará como en otras partes: quemará en la hoguera a cuantos se nieguen a seguir la religión cristiana; y me repugnan tales medios para propagar e imponer una doctrina, toda caridad y amor. Además, el Santo Oficio llegaría a pretender imponer su voluntad a la mía, creando privilegios en favor de una clase, lo cual sería causa de perturbación y desorden.

Consiguió, al fin, abstraerse en su estudio, por la gravedad y trascendencia que el asunto entrañaba, olvidándose por completo del vencedor del torneo; pero cuando más atenta estaba en sus meditaciones, sacáronle de ellas los acordes de un laúd que resonaron en la plaza del alcázar, y de los cuales hemos hecho antes mención.

Isabel, al oírlos, hizo un gesto de desagrado.

—¿Quién será el importuno—murmuró—que el atrevimiento tiene de turbar de este modo el silencio de la noche?

Y se respondió a sí misma, sonriendo bondadosa:

—Sin duda, el enamorado galán de alguna de mis damas. Si amor le inspira, debo ser con su atrevimiento indulgente, que siempre fueron dignas de piedad las faltas a que el amor induce.

Y recreóse escuchando la música, diciendo:

—Bien tañe, a fe mía, ese sonoro instrumento el nocturno y enamorado galán.

Unióse a los acordes del laúd una voz de hombre, como también antes indicamos, y la reina añadió:

—Sus cuitas va a expresar en forma más elocuente. Oigámoslas.

Y, levantándose del sitial que ocupaba, acercóse al ventanal de la estancia, que daba a la plaza precisamente.

Desde allí escuchó la canción, sin perder nada de ella.

A las pocas palabras que hubo oído, inmutóse y exclamó:

—¿Qué escucho? ¡La serenata está a mí dirigida!

Y así era.

El nocturno cantor repitió varias veces su nombre, glosándolo con la letrilla que cantaba.

Era su canción un elocuente homenaje de respeto y entusiasmo hacia la soberana.

En ella ensalzábanse sus virtudes, su valor y su talento, reconociendo como una honra y una dicha el servirla y defenderla.

No era, ciertamente la forma más adecuada para dirigirse un vasallo a su reina, y así lo reconocía el trovador, pidiendo perdón por su osadía; pero era su canción tan humilde y sincera, que Isabel no halló en ella nada que la enojase y sí mucho que la complaciera.

Tras aquellas manifestaciones de respeto parecía palpitar el amor; pero si el amor existía realmente

tras ellas, no fué expresado ni aun de un modo indirecto.

Dominada por una emoción que ella misma no acertaba a comprender, Isabel díjose:

—Sólo un hombre conozco capaz de dirigirse a mí de esa manera: el misterioso vencedor de hoy en el torneo. ¿Será él? ¡Oh, yo lo sabré!

Y, llena de curiosidad, sin pararse a reflexionar lo que hacía, abrió las pintadas vidrieras del ventanal, asomóse a éste y miró a la plaza.

La música y el canto cesaron al abrirse las vidrieras, y un hombre corrió presuroso a esconderse tras una de las esquinas de la plaza.

La reina no tuvo tiempo para verle.

Permaneció allí unos instantes en espera de que volviese; pero fué inútil, porque no volvió.

Al fin, cerró las vidrieras, pensativa y despechada.

La duda atormentábala, y habría dado cualquier cosa por salir de ella.

Quiso seguir entregada a sus asuntos, y no pudo.

Estaba más distraída aún que antes.

En vista de ello, decidió retirarse a descansar, y así lo hizo.

Tardó mucho en dormirse, y al conciliar el sueño pensaba:

—¿Sería él?





CAPITULO XXI

El segundo día.

Al día siguiente reanudóse el torneo para adjudicar a los vencedores los otros seis premios ordinarios.

Aún todos los espectadores recordaban al misterioso caballero del día anterior, y hablaban de él con entusiasta elogio.

—Seguramente no presenciaremos hoy hazañas como las suyas—decían.

—No hay quien a él pueda igualarse en bizarría y valor.

Y proseguían los comentarios, tratando inútilmente de averiguar quién era.

Tampoco la reina lo había olvidado.

Al sentarse en el trono junto a su esposo para presidir la fiesta, pensó:

—¿Se presentará también hoy?

Y recorrió con la mirada todo el palenque, buscándole.

No estaba.

Isabel experimentó cierta contrariedad.

Se consoló diciéndose:

—Se presentará mañana, según dijo.

Y preguntóse, pensativa:

—¿Sería él el atrevido cantor de la noche pasada?

Pronto los incidentes del torneo la distrajeron, haciéndola olvidar, siquiera fuese momentáneamente, al que tanto la preocupaba.

* * *

Los cuatro primeros encuentros tuvieron lugar sin incidente notable, digno de ser mencionado.

Los que en ellos tomaron parte demostraron gallardamente su valor y bizarría, mereciendo los aplausos de los espectadores; pero aunque les aplaudían, todos pensaban:

—Ninguno como el caballero de ayer.

Ya eran nueve las damas de los vencedores, que ocupaban sitio en el estrado real, formando como una corte de la reina, la corte de la hermosura.

Fernando, muy aficionado á tales espectáculos, en armonía con sus hábitos guerreros, mostrábase complacido y decía á su esposa:

—Fiesta no pudísteis imaginar y disponer más de mi gusto.

A lo que ella contestaba sonriendo cariñosa.

Su deseo no era otro que halagarle y complacerle en todo.

También el rey tuvo algunas frases de recuerdo para el héroe del día anterior.

—Complaciérame,—dijo,—que hoy se presentara á hacer nuevo alarde de su valor y que el incógnito rompiese en que se encierra, pues hombre de tan altos merecimientos, digno es de nuestras distinciones y mercedes.

Hasta bromeó con la reina, diciéndole, aludiendo al ofrecimiento del premio por él autorizado y por ella admitido:

—¿Qué habéis hecho de vuestro galán, señora?

Lo cual hizo que Isabel se ruborizase, pensando:

—¡Si supiese lo de la serenata!

El atrevimiento del nocturno cantor, que ella perdonaba, quizá al rey le habría enojado.

***

Los clarines de los heraldos anunciaron el quinto encuentro, y con los últimos sones, apareció en el palenque un caballero encubierto, sin armas, lemas, cuarteles ni empresas en el escudo.

Todos le reconocieron.

Era el héroe del día anterior.

El público aplaudióle con frenesi y la reina sonrió complacida.

También el rey celebró la aparición del misterioso caballero, y los monarcas respondieron afectuosamente á su saludo, cuando se acercó al trono y se inclinó ante él, como pidiendo venia para tomar parte en la lucha.

Si el rostro del adversario del desconocido, no hubiera estado cubierto por la celada del casco, habríasele visto palidecer densamente.

El temor le embargaba y de antemano reconocíase vencido.

De buena gana habría renunciado á pelear disputando un premio que estaba seguro de no conseguir, por librarse de la vergüenza de la derrota; pero su retirada hubiérase tachado de cobardía, y por orgullo y dignidad permaneció en su punto, maldiciendo á la suerte que le deparaba un adversario semejante.

***

La espectación era tan grande, que una vez acallados los aplausos, con que fué recibido el misterioso caballero, el silencio reinó en el concurso todo, no oyéndose el más leve rumor.

Muchos corazones palpitaban de simpatía y entusiasmo hacía el desconocido.

Entre ellos estaba el de la reina, la cual preguntábase, con cierta ansiedad:

—¿Vencerá también hoy?

Su derrota la hubiese contrariado, llenándola de tristeza.

Dió principio el combate.

El primer encuentro fué ya un triunfo para aquel cuya victoria todos deseaban.

Su adversario no pudo resistir el empuje y rodó por el suelo.

Renovóse la lucha, la cual se prolongó durante largo rato, como el día anterior, realizando en ella el desconocido prodigios de valor y destreza, que entusiasmaron á cuantos los presenciaban.

Los jueces dieron la señal de haber transcurrido el tiempo reglamentario, y entonces el combate terminó, con la victoria del desconocido.

El entusiasmo del público llegó al delirio.

Al recibir el premio, también el vencedor pidió permiso al rey para ofrecerlo á la reina, y luego retiróse sin haber descubierto su rostro.

Nadie dudaba ya de que al día siguiente él derrotaría á todos los demás vencedores, y el premio de honor sería, por lo tanto, otorgado.

* * *

Aquel día, el último combate ofreció una circunstancia particular, que llamó la atención de muchos.

Tomaron parte en él dos nobles caballeros, que consiguieron hacerse aplaudir por su valentía.

Al descubrir su rostro el vencedor, para recibir el premio de manos de la reina, muchos exclamaron sorprendidos:

—¡El menor de los hermanos Paredes!

En efecto: era D. Tomás.

Presentábase por primera vez en público después de su desaparición y de la herida que puso en grave peligro su existencia, y de aquí la sorpresa de muchos al verle.

Recibido de manos de la reina el premio que acababa de conquistar, Paredes fué á ofrecerlo á una hermosa dama, que ocupaba una de las tribunas.

Algunos preguntaron:

—¿Quién es ella?

Los que parecían bien informados, respondieron:

—Es su esposa.

Y efectivamente, era Teresa, radiante de lujo y de hermosura.

Aceptó sonriente el homenaje de su esposo, y pasó á ocupar el puesto que le correspondía en la tribuna real, siendo acogida por Isabel con una afectuosa sonrisa.





CAPÍTULO XXII

Rehabilitación completa

PUESTO que incidentalmente hemos nombrado á D. Tomás de Paredes y á Teresa, su esposa, conviene decir qué había sido de ellos desde que les dejamos dirigiéndose del campamento á Segovia, á él gravemente herido y á ella sin saber qué decidir respecto al delicado asunto de la herencia del conde de Arjona.

No quería resolver nada en tal cuestión hasta consultarlo con su esposo, y el estado de éste obligábala á demorar la consulta.

—Si vive,—decíase Teresa,—su voluntad será la que decida; en esto, como en todo, haré lo que él me ordene que haga. Si muere, entonces todo me será igual y á todo renunciaré para acabar el resto de mis días en un claustro.

Consecuente con estas ideas, no pensaba en otra cosa ni en otra cosa se cuidaba que en asistir solícitamente al

herido; para ver si con sus cariñosas atenciones conseguía salvarle la vida.

Una vez llegados á Segovia se instaló á la cabecera del lecho del enfermo y de allí no se movió mientras duró la gravedad, admirando á todos con su abnegación y su constancia.

* * *

Contra lo que se temió en un principio, D. Tomás curó de sus heridas, si bien la curación fué larga y delicada.

En su convalescencia, convenciose sin ningún género de duda de lo mucho que su esposa le quería, alegrándose de haberse reconciliado con ella y reconociendo una vez más su injusticia al condenarla.

—Tengo mucho que amaros,—decíale,—para merecer que me perdonéis bondadosa mi comportamiento anterior.

Ella esforzábase en demostrarle que no le guardaba rencor, que antes bien estábale muy agradecida, por haberla admitido de nuevo á su lado.

—Pero si pensáis que en ello pueda haber para vos desdoro,—díjole más de una vez,—separémonos de nuevo. Yo me resignaré sin protestar, á lo que vos dispongáis. Me basta con que hayáis reconocido que no fué mi intención engañaros ni tuve culpa de lo que pasó. Con esto me doy por contenta.

A lo que él contestaba abrazándola y diciendo:

—Vuestro sitio está á mi lado; y os juro que de tal manera os rehabilitaré con mi cariño á los ojos de todos, que no habrá quien no os respete. ¡Ay de aquel que se atreviera á ofenderos! Tendría que habérselas con mi espada.

* * *

Teresa no quiso hablarle de sus asuntos, hasta verle

completamente restablecido, por miedo de que se impresionase demasiado y esto le fuera perjudicial.

Esperó, pues, aunque la reina, al mismo tiempo que á saber noticias de Paredes, envió á preguntarle qué decidia.

Ella contestábale siempre lo mismo: que hasta que su esposo no estuviese en disposición de decidir, no resolvería nada.

Al fin D. Tomás curó por completo y manifestó á su esposa su propósito de ir inmediatamente á reunirse con la reina, para luchar á su lado, como era su deber de caballero.

—¡Ya pensáis en separaros de mí!—díjole Teresa pesarosa.

—¿Qué remedio?—replicó él.—Bien lo siento. Pero el deber es antes que todo y mi deber me obliga á separarme de vos, aunque con vos quede mi alma.

—¿Y qué será de mí durante vuestra ausencia?

—En nuestra casa quedaréis esperándome, atendida y respetada por todos. Rezaréis por mí, y vuestras plegarias me volverán sano y salvo á vuestros amantes brazos.

***

No le quedaba á Teresa otro remedio que resignarse y se resignó.

Creyó llegado el momento de hacer á su esposo la consulta que anhelaba, y lo preparó para ella, diciéndole:

—Hay en mi origen un secreto que ignoraba; pero que puesto que al fin lo conozco, también debéis conocerlo vos.

Y refirióle todo lo que ya sabemos, causando con ello la admiración de D. Tomás.

Dióle luego á leer el escrito del conde de Arjona y la

carta del falso Leandro, su supuesto padre, añadiendo:

—Enteraos del contenido de esos pliegos y decidid en conciencia lo que debo hacer. Yo no he querido tomar resolución alguna por mí sola. Puesto que se trata de un asunto que á mi decoro interesa y mi honor es vuestro, vos sóis el que debéis acordar lo que juzguéis más conveniente. En esto, como en todo, yo haré lo que vos decidáis.

***

Sorprendido en extremo quedó Paredes, por la magnanimidad del conde de Arjona.

—En gran apuro me ponéis,—dijo, tras meditar largamente,—porque es muy delicado resolver en un asunto semejante.

—Proceded con entera independencia,—advirtió ella,—y sin tener en cuenta consideraciones de ningún género, que conmigo se relacionen.

—De una parte, fuera una ingratitud no cumplir los generosos deseos del noble conde, y una injusticia privaros á vos de su herencia.

—Lo último sería lo de menos. Yo no ambiciono ni necesito nada más que vuestro afecto.

—De otra parte, coincidiendo el recibir vos tal herencia con nuestra reconciliación, podrían creer algunos, y lo creerían seguramente, que ha sido la ambición la que me ha impulsado á con vos reconciliarme.

—¡Eso sería una infamia!

—Pues no faltaría quien lo pensase.

—Por lo mismo os he dicho que acordéis vos, con entera libertad, lo que mejor, más justo y conveniente os parezca.

De momento D. Tomás no decidió nada.

—Aguardad mi regreso,—dijo, tras muchas vacilacio-

nes.—Ya pensaré sobre el caso, lo consultaré con la reina y con mi hermano y á mi vuelta resolveré en definitiva.

En esto quedaron.

Teresa esperó sin impaciencia la resolución de un asunto que tanto la interesaba.

* * *

Partió D. Tomás para Sevilla, donde se hallaban los reyes con los caballeros que les seguían, entre los cuales contábase D. Rodrigo.

Todos celebraron sinceramente la curación del herido.

El esposo de Teresa habló á su hermano del asunto de la herencia del conde, preguntándole qué debía hacer.

D. Rodrigo opinó desde luego que debía aceptar.

—El título y la fortuna que de ese modo poseerá Teresa,—dijo,—harán que todos la respeten, dando al olvido lo pasado. La murmuración se acalla muchas veces deslumbrándola.

Habló también del caso D. Tomás con la reina, y ésta destruyó sus escrúpulos.

—El que de vos malicie lo que teméis,—díjole,—demostrará ser capaz de hacerlo, y debéis despreciarlo.

Luego añadió:

—Os prometo honrar de tal manera á vuestra esposa, que no sólo la respeten todos, sino hasta la envidien.

D. Tomás vaciló aún, pero al fin decidióse á que su esposa aceptase la herencia.

Vuelta la corte á Segovia, Teresa fué reconocida pública y legalmente como hija legítima del conde de Arjona, y su heredera; en vista de lo cual, entró en posesión del nombre, el título y la fortuna del difunto.

La reina cumplió su promesa de distinguirla más que á todas sus damas, y de esta manera fué admitida entre la nobleza sin el menor reparo, haciéndose notable pronto por su talento y sus virtudes.



CAPÍTULO XXIII

¡Era él!



AMBIÉN la noche del segundo día del torneo, Isabel oyó desde su cámara la serenata de su nocturno y misterioso admirador.

No pudo asomarse á verle como la noche anterior, porque el rey estaba con ella.

Por fortuna Fernando no se fijó en la letra de la canción que oía.

Unicamente dijo:

—¿Quién será el importuno que viene á estorbarnos y distraernos con sus cantos? Tentado estoy de ordenar á nuestros guardias que le prendan y en un calabozo le encierren para castigarle por su osadía al turbar de este modo el silencio de la noche.

—No haréis tal,—le replicó la reina asustada,—porque si tal hiciérais, seríais injusto. Nunca merecieron tanta severidad galanterías disculpables.

Y bajando la voz, añadió cariñosa:

—También en Valladolid una noche, hace ya algunos años, un enamorado rondador entonó sus cantos al pié de mi ventana. Si yo entonces hubiese hecho con él lo que vos hacer queréis con el que hoy os molesta, ¿qué habríais dicho?

Este recuerdo hizo sonreir á Fernando, el cual siguió entregado al despacho de los asuntos que le habían obligado á velar aquella noche con su esposa, y ya no volvieron á hablar de la serenata, aunque ésta seguía oyéndose.

Parecía que el cantor tuviese el propósito de no moverse de allí hasta ver abrirse como la noche anterior el ventanal de la cámara de la dama á quien sus cantos iban dirigidos.

Isabel estaba inquieta.

—¡El imprudente!—pensaba.—Va á comprometerse y á comprometerme.

A pesar de lo cual seguía interesándose por aquel á quien ni siquiera conocía.

De aquí su indulgencia.

*
* *

Dió D. Fernando por concluído el trabajo, y levantóse para retirarse á su cámara.

La reina se alegró.

Temía que acabara por fijarse en la letra de la serenata.

Acompañóle hasta la puerta de la estancia y allí despidióle afectuosamente, diciéndole:

—Que descanséis, señor.

—Igual bien os deseo,—respondió el rey, besándole la mano.—Adios, Isabel, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y se separaron contentos como siempre y como siempre cariñosos.

La reina apresuróse á cerrar aquella puerta y corrió á la ventana.

Antes de llegar á ella, detúvose diciendo:

—No; sería una imprudencia que le alentaría aún más. Bueno es no mostrarle un rigor que no merece; pero sin darle motivo para que crea en una complacencia que no existe.

Reflexionó un instante y luego encaminóse á la puerta que correspondía à la cámara donde pasaban la noche sus damas de servicio, murmurando:

—Beatriz me sacará del apuro. Por su lealtad y afecto puedo confiar en ella tanto como en mí misma.

* * *

Era costumbre que cada noche se quedase de guardia una de las damas de la reina, por si á ésta se le ocurría alguna noche.

Precisamente aquella noche estaba de guardia la de Bobadilla, la esposa de Cabrera, la amiga íntima de Isabel.

Abrió ésta la puerta á que antes hemos aludido, y asomándose á ella, dijo:

—¡Beatriz!

La dama apareció al punto, preguntando:

—¿Qué ordenáis, señora?

—Ven, acércate,—contestóle la reina.

Y cogiéndola de la mano y señalándole la ventana, añadió:

—¿Oyes?

—¡Una serenata!—exclamó D.ª Beatriz.

—Sí.

—Dedicada, sín duda, á alguna de las damas de palacio.

—No; dedicada á mí.

—¿Qué decís?

—Escucha y te convencerás.

Prestó la de Bobadilla atención y dijo tras una pausa:

—Es verdad. ¡Qué atrevimiento!

—Atrevimiento relativo,—replicó la reina,—que merece más indulgencia que enojo; porque sigue escuchando y te convencerás de que en esa canción no hay nada que pueda enfadarme y sí mucho que debe complacerme.

—Es cierto. ¡Qué rendimiento y qué entusiasmo!

—Sólo es censurable la forma de dirigirse á mí, por ser como soy reina.

—¿Según eso la conducta del nocturno cantor abonáis?

—La disculpo.

—¿Sabéis quién es?

—No.

—Entonces...

—Pero sea quien sea, sus sentimientos son nobles y sus intenciones honradas.

—Eso sí.

—De aquí que no haya ocasión para la severidad, que sería obligada en otro caso.

—¿Y qué pensáis hacer? Porque si el rey escuchara esa canción, quizá no la juzgaría tan benévolamente como vos.

—Ya la ha escuchado.

—¿Es posible?

—Pero no la ha entendido.

—¡Ah!

—De todas suertes, te he llamado para pedir tu auxilio.

—Ordenad, señora.

* * *

Bajó aún más Isabel la voz y siguió diciendo:

—No ya el rey, sino cualquier otra persona que esa canción escuchara, la juzgaría mal, aunque injustamente.

—Sin duda alguna,—asintió D.ª Beatriz.

—Pues para evitar los inconvenientes y peligros de un mal juicio, es necesario ordenar al cantor que en sus cantos cese y se retire.

—¿Y queréis que sea yo la que esa orden le transmita?

—Sí.

—Al punto.

—Sin decirle que vas de parte mía ni nombrarme para nada.

—Desde luego.

—Pues que tu esposo es el alcaide de este alcázar y todas sus entradas conoces, fácil te será salir sin ser vista, por una puerta de servicio.

—No os inquiete eso.

—Sal, pues, con ese desconocido habla, inquiere quién es y decídele á alejarse con la promesa de no volver.

—Descuidad.

—En tu discreción confío.

—Estad tranquila.

—Te aguardo.

—Volveré pronto.

Y D.ª Beatriz salió por la misma puerta por donde había entrado antes.

* * *

Transcurrió un rato.

Isabel empezaba á impacientarse, temiendo que su dama hubiese tenido algún tropiezo.

—Quizá no ha podido salir,—pensaba.—Y tal vez la habrá visto alguien.

Pero la serenata había cesado.

¿Era que el cantor habíase ido ó que hablaba con la de Bobadilla?

No quiso asomarse á la ventana para convencerse de ello.

Habría sido una imprudencia.

Aguardó.

Al fin apareció D.ª Beatriz.

—¿Qué hay?—le preguntó la reina ansiosamente.

—Estáis servida, señora,—respondió ella.

—¿Cómo has tardado tanto en volver, sabiendo que yo te esperaba?

—La impaciencia ha multiplicado para vos la duración del tiempo.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Y qué?

—Me ha respondido, sin tampoco nombraros, como yo no os nombré, pero refiriéndose á vos, que no volverá á molestaros con lo que por lo visto os desagrada; pero que sus sentimientos respecto á vos, seguirán siendo los mismos hasta que muera.

—¿Y quién es?

—No le he visto el rostro.

—¿Lo ocultaba?

—Pero le he reconocido por su apostura. Es el vencedor del torneo.

—¡El!

—El valiente desconocido á quien todos admiran.

—No me equivoqué en mis suposiciones; acerté la verdad en mis sospechas.

Y la reina guardó silencio emocionada y pensativa.



CAPÍTULO XXIV

El premio de honor

LLEGÓ el tercer día del torneo, esperado por todos con gran impaciencia.

En él debía disputarse el premio de honor, consistente en una banda bordada por la reina misma.

Sólo podían tomar parte en la lucha los vencedores de los otros días, y el premio sería adjudicado al vencedor de todos ellos, y en caso de que no hubiese uno que de todos triunfase, al que venciese á mayor número.

Los combatientes eran once, pues si bien los premios fueron doce, dos de ellos los alcanzó, como sabemos, el misterioso caballero cuyo valor sin ejemplo era objeto de la admiración general.

Eran muchos los que aseguraban que también él vencería aquel día y á fe que no les faltaban motivos para suponerlo.

Ninguno de los combatientes se había mostrado en días anteriores tan aguerrido y valeroso.

Entre los luchadores mismos reinaba cierta inquietud, como reconociendo de antemano la superioridad de aquel á quien admiraban y temían.

Alguno habría renunciado, de buena gana, á tomar parte en la lucha; pero hubiera sido una prueba de cobardía y todos decidieron probar fortuna, jugando el todo por el todo.

***

Desde mucho antes que fuese hora de empezar la fiesta, ya estaban las tribunas ocupadas por numeroso gentío, el cual distraía su impaciencia haciendo pronósticos acerca del resultado probable de la lucha que iban á presenciar.

Los partidarios del campeón desconocido eran los más numerosos.

Hiciéronse por él crecidas apuestas y esperábase el momento de verlo aparecer en el palenque, teatro de sus glorias, para tributarle una ovación.

Pero transcurría el tiempo y el héroe no se presentaba.

Los otros diez combatientes estaban ya en sus puestos.

La inquietud empezó á atormentar á los partidarios del desconocido.

¿Le impediría alguna causa desconocida, asistir aquel día al torneo?

Si así era, la fiesta perdería su principal atractivo.

Los que más entusiasmo mostraban por él, decían:

—Vendrá, presentándose en el momento oportuno.

Así lo creían también muchos, porque era lo que había hecho los días anteriores; pero á medida que avanzaba el tiempo crecían la ansiedad y la inquietud y eran ya muchos los que murmuraban, contrariados:

—Acaso no venga.

* * *

A la hora en punto aparecieron los reyes con su séquito y ocuparon su tribuna.

Había llegado el instante supremo, decisivo.

La fiesta iba á empezar y el desconocido no estaba allí.

También la reina lo buscó entre los caballeros que esperaban para tomar parte en el combate, y no viéndolo, murmuró sorprendida:

—¡Es extraño!

Su mirada cruzóse con la de D.ª Beatriz, á la que también sorprendía aquella ausencia, sobre todo después de lo ocurrido la noche anterior.

Un paje puso á los pies de Isabel una bandeja cubierta con un paño.

Contenía la rica banda que se destinaba como premio al vencedor.

Aunque preocupada y contrariada con la incomprensible ausencia de aquel á quien todos deseaban conocer, la reina dió la señal para que comenzase la fiesta.

Obedeciendo la indicación de la soberana, los heraldos lanzaron al viento las agudas y penetrantes notas de los clarines y en el público prodújose un movimiento de espectación.

Había llegado el instante por todos tan deseado.

* * *

En el preciso momento en que los heraldos anunciaban el comienzo del torneo, apareció en el palenque un arrogante caballero, ginete en brioso corcel.

Era el desconocido.

El público le recibió con un nutrido aplauso y él fué á saludar á los reyes, inclinándose ante ellos.

La reina le acogió con una afectuosa sonrisa, y él, haciendo caracolear á su caballo, que parecía orgulloso de llevarlo sobre sus lomos, fué á colocarse en fila junto á los otros diez combatientes.

Los que dudaron de su asistencia, decían satisfechos:

—¡Ha venido!

Y los que tuvieron fé en su puntualidad, agregaban orgullosos:

—Estaba cierto de que vendría.

Procedieron los jueces á designar á los dos caballeros que debían tomar parte en el primer encuentro, y para que no se les pudiese tachar de parcialidad, lo confiaron á la suerte.

El que venciese en aquel primer combate, lucharía luego con otro, si vencía también mediría después sus armas con un tercero; y así sucesivamente.

La suerte pareció satisfacer el deseo de todos, que ansiaban fuese el desconocido uno de los designados para el primer encuentro, y así fué.

Luego desde el primer instante, el torneo ofrecería el atractivo del interés.

* * *

Colocáronse los dos combatientes cada cual en su puesto, y empezó la lucha.

El héroe de los días anteriores siguió distinta táctica que hasta entonces había seguido en sus encuentros.

En vez de entretenerse en cansar á su adversario, jugando con él hasta el momento en que los jueces le avisaban que había transcurrido el tiempo señalado, como si estuviese seguro de tener que luchar con todos y quisiera conservar sus fuerzas, acorraló á su enemigo desde el primer embite, lo desarmó, lo rindió y venciólo con rapidez tan extraordinaria, que el público, asombrado, casi no se dió cuenta de su victoria.

Sin embargo, había triunfado, y mientras su adversario se retiraba del palenque, aplaudiéronle con entusiasmo.

Salió otro caballero á luchar con él y corrió la misma suerte.

También fué vencido con rapidez prodigiosa.

Lo mismo sucedió después con otro y luego con otro y así con todos, hasta triunfar sin el menor esfuerzo, de los diez que le disputaban el premio.

Aquello era inconcebible.

Nunca habíase visto cosa igual.

El público entusiasmado no cesaba de aplaudir, y los diez caballeros vencidos, abandonaron el palenque, avergonzados de su derrota.

Podía consolarles, sin embargo, el haber corrido todos la misma suerte y el tratarse de un hombre de valor tan prodigioso, que no había modo de rendirle y vencerle.

Luchando los diez juntos contra él tampoco le habrían vencido.

***

Encaminóse el desconocido á la tribuna real, desmontó de su caballo y arrodillóse ante el trono, en el cual Isabel esperábale de pié, entusiasmada por lo que había presenciado.

La reina ciñó la banda al vencedor.

Luego le dijo:

—Una promesa hicísteis y llegada es la ocasión de que la cumpláis. Todos esperamos ansiosos ver vuestro rostro, para saber quién sóis.

—A satisfaceros voy,—respondió él,—sumiso á vuestros mandatos y consecuente á mi palabra; pero aunque mi rostro muestre no me reconoceréis, pues nunca hasta ahora me puse ante vuestra presencia, ni ninguno de los



LA REINE [illegible] EL VENCEDOR



que os rodean me conocerá tampoco, pues jamás me presenté en la corte.

Así diciendo levantó la celada de su casco y dejó el rostro al descubierto.

Miráronle todos con curiosidad, y efectivamente, nadie le conocía.

Era joven, de facciones enérgicas y fisonomía noble y expresiva.

Unicamente D.ª Beatriz de Bobadilla murmuró sorprendida, al contemplarle:

—¡El! ¡Mi primo! ¡Debí haberlo supuesto! ¡Y no le reconocí cuando anoche hablé con él de parte de la reina, ni él, á pesar de ser yo con quien hablaba, me dijo quién era!

—¿Vuestro nombre?—preguntó Isabel, después de haberlo contemplado.

—Gonzalo de Córdoba,—respondió el caballero.

La reina lanzó una exclamación de gozo.

—¡Vos!—dijo.—¡Vos sóis el esforzado campeón al que aún no conocía, pero cuyas gloriosas hazañas trajo la fama hasta mí! ¡Oh, bien venido seáis, pues no era bien que un tan leal servidor y un tan valiente guerrero, de nosotros estuviese tan alejado!

En parecidos términos hablóle el rey, muy complacido de conocerle, y los dos le colmaron de distinciones, invitándole á que les acompañase al alcazar.

Púsose en marcha la comitiva, de la cual formaba parte el vencedor, ostentando la rica banda que acababa de ganar.

A su paso, el público aplaudía, diciéndose unos á otros:

—Se llama Gonzalo de Córdoba.

Desde aquel día, este nombre fué por todos conocido y respetado.



CAPÍTULO XXV

El amor de un héroe



ESPUÉS que hubieron llegado al alcázar y Gonzalo habló largamente con los reyes, los cuales le colmaron de elogios y distinciones, D.ª Beatriz condujo á Córdoba á las habitaciones que en el mismo palacio ocupaba con su esposo.

Según ella misma había dado á entender, el vencedor del torneo era primo suyo.

Al despedir al valiente campeón, Isabel díjole:

—Pues que á la corte al fin habéis venido, no de ella viváis tan alejado, que los buenos y leales servidores de los reyes, tienen su puesto cerca del trono.

A lo que Gonzalo respondió, inclinándose respetuosamente:

—Pues que á la corte al fin he venido, en ella permaneceré si así me lo ordenáis.

—No os lo ordeno,—replicó vivamente la reina.—Os lo suplico.

—Tanto monta, pues para mí vuestras súplicas son órdenes. Pero advertiros debo, que al someterme á vuestro deseo, quizá con ello os dé motivo de enojo.

—¿Por qué?

—Porque yo, señora, no soy cortesano. Criado en mi terruño, del que solo he salido para emprender alguna hazaña guerrera, las costumbres de palacio desconozco, acostumbro decir lo que siento, expresándolo tal como es, y esto...

—Es una virtud muy digna de ser tenida en cuenta, no un defecto.

—¿Lo juzgáis así?

—Qué otra cosa quisiéramos los monarcas, sino tener siempre á nuestro lado quien la verdad nos digese!

—¿Aunque fuera dura?

—Fuese como fuera.

—Pues contad con que yo os la diré tal como sea, en en todas las ocasiones.

—¡Que me place!

—Pero lo repito: recomendando mi brusquedad á vuestra indulgencia.

Y salió caminando de espaldas, seguido por la bondadosa mirada de los reyes.

* * *

Solos los dos primos en la cámara de D.ª Beatriz, ésta dijo al valiente luchador:

—No sé si alegrarme de que á la corte hayáis venido, ó lamentarlo.

—¿Por qué, prima?—preguntó él indiferente, como si una grave idea le preocupara.

—Porque os temo.

—¿A mí?

—O hablando más propiamente; temo que vuestra irreflexión os comprometa.

—No os comprendo.

—Antes de saber quién érais, admiré vuestro valor.

—¿Y cesó la admiración al saber quien soy?

—Convirtióse en espanto.

—¿Por qué causa?

—Porque al mismo tiempo que me complacía que fuérais vos el vencedor, me contrariaba también que á la vez fuéseis el nocturno rondador de las ventanas de este alcázar.

—¡Ah!

—¿Comprendéis ahora?

—Voy entendiéndoos. Pero aún así no se me alcanza...

—¿Por qué me enojan vuestras serenatas y vuestras nocturnas rondas?

—Justamente.

—Torpe estáis, por vida mía.

—No es torpeza: es deseo de que con claridad os expreséis.

—¿Con que es decir que deseáis?...

—Que me habléis con franqueza. Enemigo soy de los rodeos.

—Pues oid.

—Os escucho.

* * *

Calló la de Bobadilla unos instantes, como para preparar lo que decir se proponía, y luego se expresó de esta manera:

—No me negaréis que á la reina iban dirigidas vuestras serenatas.

—No lo niego,—respondió Gonzalo,—ni tengo para qué. Además, que el negarlo fuera inútil, pues claramente indicaba mi intento en la letra de mi canción y claramente os lo dije á vos, cuando sin saber quién era me interrogásteis.

—Es verdad.

—Ya véis, por lo tanto, que mis intenciones no oculté. ¿Qué hay en ellas de reprochable?

—¡Y me lo preguntáis!

—Claro está, pues que lo ignoro.

—Bien se conoce que criado os habéis lejos de la vida cortesana.

—Por eso espero y confío que en sus costumbres y secretos me iniciéis.

—Y lo haré ya que mi primo sóis y por vos me intereso.

—Y yo os lo agradeceré, con toda la lealtad que vuestro interés merece.

—¿Y seguiréis mis consejos?

—Si cuadra á mi voluntad.

—Según eso, si á vuestra voluntad no se avienen...

—No los seguiré, aunque los agradezca.

—Esa ruda franqueza es descortesía.

—Es sinceridad. Y aunque la sinceridad sea pecado en la corte, según va pareciéndome, á ella no faltaré por nada. Para mí seguirá siendo virtud.

***

No quiso D.ª Beatriz entrar en discusión sobre tal punto.

—Serenatas nocturnas y nocturnas rondas,—siguió diciendo,—son homenaje más propio para ofrecidos á una dama á la que se galantea, que á una reina á la que se respeta.

—No lo niego,—asintió Córdoba.

—¡Lo reconocéis así y sin embargo lo hacéis!

—La voluntad háse sobrepuesto esta vez á la razón.

—Pues preciso será que la segunda recobre en vos su predominio sobre la primera.

—¿Por qué?

—Porque si así no es, expuesto podríais veros á grandes males.

—No temo los peligros.

—Bien lo habéis demostrado.

—Entonces...

—Pero desafiar los males, es temeridad, no valor.

—¿Como los que me prevenís?

—Sí.

—¿Y cuáles son?

—Uno sobre todos.

—Decidlo.

—El de que se crea que á la reina amáis.

—Y no se equivocaría el que tal creyese.

—¿Cómo?

—A la reina adoro.

—¡Tenéis el atrevimiento de confesarlo!

—¿Por qué no he de decirlo, si es verdad? Yo no sé mentir.

—Quizá no me habéis entendido.

—Puede ser.

—No he querido decir que á la reina amáis como á soberana, pues así la rinden adoración todos sus vasallos.

—Yo el primero.

—He querido decir que la amáis como mujer.

—Es muy cierto.

—¿Es posible?

—La adoro en todos sentidos y no me recato de decir-

lo. ¿Es esto lo que deseábais saber y lo que os proponíais reprocharme? Pues ya lo sabéis: vengan ahora los reproches.

* * *

Asombrada quedó la esposa de Cabrera, por una osadía semejante.

—¡Pero desgraciado!—exclamó.—¿Qué esperáis de vuestro amor?

—Nada,—respondió Gonzalo.

—Pues entonces, ¿por qué no renunciáis á él?

—Por que fuera igual que renunciar á la vida.

—¿Tanto la queréis?

—¡Con toda el alma!

—¿Y cómo sin haberla visto hasta ahora, de ella pudísteis enamoraros?

—No es mi amor sentimiento material, que de los sentidos haya necesitado para nacer y desarrollarse; es impulso del corazón, anhelo del espíritu, despojado de toda clase de impurezas. Amé á Isabel antes de conocerla, la habría seguido amando aunque nunca la hubiera visto. Produjo en mí el amor, la admiración de su valor, su talento y sus virtudes. Sin necesidad de contemplar su rostro, desde lejos ví su alma tal cual es, noble, grande, hermosa; y su alma amé. Cuando la dicha alcancé al fin, de mirarla frente á frente, convencíme con satisfacción de que á la belleza de su alma correspondía la de su rostro; pero esto para mí era lo de menos. Fea de rostro, con fealdad monstruosa, de la misma manera habríala seguido adorando. ¿Qué es el cuerpo ni qué vale sus perfecciones? ¡Grosero amor el que por los sentidos entra y sólo los sentidos lo mantienen! es amor vil y deleznable, pues materializa el sentimiento y fenece cuando muere el capricho y la pasión se extingue.

¿Qué contestar ni qué reparo poner á la expresión de un amor tan puro?

D.ª Beatriz sólo se atrevió á decir conmovida:

—Ved que á la reina ofendéis con vuestros sentimientos.

—¡Imposible!—replicó Córdoba.—El enojo y la ofensa por tal causa, serían indignos de una mujer superior como ella. Habría ultraje en desearla, pero no lo hay ni lo puede haber en quererla, sin esperanza y sin deseo. Yo únicamente la adoro. Y decid, prima mía: ¿habrá mujer á quién humille, saber que hay un pecho que la sirve de santuario y un corazón en el que tiene un trono?

—Ciertamente que no.

—Pues en tal caso...

—Pero las manifestaciones de ese amor...

—No traspasarán nunca las conveniencias del respeto, yo os lo juro.

—Tales conveniencias las habéis traspasado ya con vuestras serenatas.

—¿Lo suponéis así?

—Os lo advierto.

—¿De parte de la reina?

—Por mi cuenta.

—Pues perdonad que de vuestra advertencia no haga caso.

—¡Gonzalo!

—Mientras la reina misma su contrariedad no me manifieste, seguiré haciendo lo mismo que hasta ahora.

* * *

No hubo modo de hacerle entrar en razón.

La de Bobadilla estaba aterrada con aquel amor que fué la primera en sospechar.

Gonzalo se reía de sus apuros.

—Os asustáis,—decíale,—porque no me habéis comprendido. Si la reina me oyera, ella no se asustaría. No me correspondería, ni á ello aspiro, porque si me correspondiera, ya no la amara.

—¿Cómo así?—replicóle su prima, en el colmo de la admiración.—Todo amor ansía correspondencia.

—Cuando ésta no envuelve menoscabo para el honor. Lo que yo principalmente adoro en Isabel es la virtud. Siendo casada, si á mi amor correspondiese á su virtud faltaría, y por lo tanto haríase indigna de que la amase.

Suspirando añadió:

—Por otra parte, ¿cómo esperar ser amado por mi soberana?

—Pues por lo mismo, renunciad á ella.

—¡Oh, no! ¡Seguiré amándola siempre en silencio, con el alma, sin que nada haya en mi amor que ofender pueda su virtud y su pureza!

Y se despidió de su prima, repitiendo lo mismo.

¡La amaría siempre!

D.ª Beatriz quedó atemorizada y conmovida.

Desde luego, aquel amor era una gran locura; pero decíase, recordando las palabras de Gonzalo:

—¡Qué locura tan noble y tan hermosa!





CAPITULO XXVI

Los apuros de una dama

AGUARDÓ la reina impaciente ocasión de hablar á solas con su dama y amiga doña Beatriz, á la que deseaba dirigir algunas preguntas relativas á su primo.

La de Bobadilla esperábalo y temíalo, pues conociendo el caracter de D.ª Isabel, decíase:

—Su curiosidad estará excitada con todo lo ocurrido.

Y la atormentaba la duda, preguntándose:

—¿Qué debo hacer? ¿Repetirle cuanto Gonzalo me ha dicho? ¿Revelarle su amor? Fuera desacato y quizá provocase su cólera contra mi primo. Por otra parte, me repugna engañarla, máxime cuando ella me ha advertido en más de una ocasión que le diga la verdad en todo, sea lo que sea. Si miento, á la confianza falto que en mí tiene depositada, y si todo se lo revelo, tal vez origine un conflicto.

Y la esposa de Cabrera repetíase, sin acertar á tomar una resolución definitiva:

—¿Qué hacer?

De aquí que esperase con sobresalto que la reina la llamara.

Porque si la llamaba, sería para hablarle de Gonzalo, estaba convencida de ello.

Llegó á pensar:

—Bien hubiera hecho mi primo en permanecer alejado de la corte, con lo cual me habría librado del apuro en que por su culpa me veo.

***

Por suerte para la inquieta y asustada dama, fué aquel un día tan ocupado para la reina, que hasta la noche no pudieron hablar á solas.

Deseando evitarlo, D.ª Beatriz entró á despedirse de ella á la hora de retirarse á descansar.

No le tocaba estar de guardia aquella noche.

Aprovechó una ocasión en que D.ª Isabel estaba con su esposo, pensando:

—En presencia del rey, no se atreverá seguramente á hacerme indicación alguna.

Se llevó chasco.

Al pedirle su venia para retirarse, la reina le dijo, sin que la contuviese la presencia de D. Fernando:

—Aguarda en la antecámara; te necesito.

Lo cual, bien mirado, no tenía nada de particular ni podía llamar en modo alguno la atención del rey.

¿Qué había de extraño en que D.ª Isabel tuviese que dar órdenes á una de sus damas?

Era lo más natural y corriente.

—No hay escape,—murmuró la de Bobadilla, retirándose á esperar á donde se le había indicado.

Y siguió dudando si al ser interrogada debería callar ó decirlo todo.

Al fin decidió no decidir nada.

Haría lo que las circunstancias exigiesen.

***

Separóse el rey de su esposa y ésta se apresuró á llamar á su dama.

D.ª Beatriz compareció ante ella temblando.

Hablándole con la misma afabilidad con que la hablaba siempre, D.ª Isabel le dijo:

—Estoy quejosa de tí.

—¿Por qué, señora?—preguntó ella alarmada.—¿En qué he faltado?

—En mostrarte indiferente al afecto que te tengo y al cual creí correspondías.

—¿Creéis acaso que no lo correspondo con toda mi alma?

—Motivos tengo para dudarlo.

—¡Oh, señora!

—Quien por otra persona se interesa, procura complacerla en todo, adivina sus deseos para adelantarse á ellos.

—Siempre fué mi empeño serviros.

—Menos hoy.

—¿Qué queréis decir?

—Debiendo suponer mi ansiedad en hablar contigo para pedirte noticias de tu primo, pues que primo tuyo resulta el vencedor del torneo y nocturno rondador de este alcázar, de mí te has alejado durante todo el día, como para quitarme ocasión de que mi curiosidad satisfaciese. No contenta con esto, me pides mi venia para retirarte á descansar, como para seguir evitando que te hable. ¿No es esto falta de interés? ¿No es indiferencia?

***

No supo D.ª Beatriz qué contestar, pues todo lo esperaba menos aquellos reproches.

La reina había adivinado su intento y esto la desconcertaba y confundía.

Como compadecida de su confusión, la reina díjole con cariñosa jovialidad:

—Pues ya ves que no te han valido tus tretas, pues á mi disposición estás, mal que te pese, y no tendrás otro remedio que responder á cuanto te pregunte. Obligóla á sentarse á su lado y añadió:

—Sepamos. ¿Qué te ha dicho de mí tu primo?

No esperaba tampoco la dama esta pregunta; así fué que se quedó perpleja.

—Responde,—insistió la reina.

Y ella, obligada á hablar, dijo:

—¡Qué me ha dicho de vos Gonzalo! podéis suponerlo.

—Si lo supusiera no te lo preguntara. Quiero saber cuales son sus sentimientos respecto á mí.

—Bien claramente os los ha manifestado.

—Por lo mismo dudo de ellos. Los alardes de sinceridad encubren á veces la mentira.

—Gonzalo es incapaz de mentir.

—¿De veras?

—Ese es quizá su mayor defecto: la excesiva franqueza.

—La franqueza no puede ser un defecto nunca.

—Según y como.

—¡Nunca!

—Cuando lo que se dice y expresa debe permanecer oculto...

***

Estas palabras fueron una imprudencia y pronto se convenció D.ª Beatriz de ello.

Mirándola fijamente, la reina exclamó:

—¡Ah! ¿Con que según eso tu primo ha dicho de mí algo que debiera haber callado?

—Señora,—repuso la de Bobadilla, asustada.—Yo no he dicho eso.

—¡Lo has dicho!

—A veces las palabras no reflejan bien el pensamiento.

—Y á veces lo reflejan con demasiada fidelidad.

—Ved....

—Veo que me engañas, ó por mejor decir, pretendes engañarme, y eso no está bien, Beatriz; no es esa conducta reservada, la que de tí, mi única amiga, tengo derecho á esperar. Sí como á reina me hablases, comprendería tus escrúpulos y tus temores; pero sabes muy bien que cuando á solas estamos, no somos más que dos amigas. ¿Por qué, pues, de distinto modo que como á una amiga me tratas?

***

Sucedía lo que por adelantado temió D.ª Beatriz.

Contra su voluntad y su propósito, la reina acabaría por obligarla á que todo se lo dijese.

D.ª Isabel la decidió á ello, diciendo:

—Tu reserva me indica que tu primo se ha permitido decir de mí algo que no me es muy favorable.

—¡Todo lo contrario!

—Pues entonces es que ha dicho algo que me favorece demasiado.

—Tampoco.

—¿Tampoco? Pues no lo entiendo. ¿A qué vienen entonces tu temor y tu reserva?

—Es que...

—¿Quieres que yo diga lo que te ha dicho tu primo y tú no te atreves á repetir?

—¿Vos?

—Sí, yo.

—¡Imposible!

—Sus atrevimientos y sus imprudencias me lo hicieron sospechar y tu reserva justifica y confirma mis sospechas.

Inclinándose hacia ella, añadió, hablándole al oído:

—Te ha dicho que me profesa un sentimiento más íntimo y profundo que el que un vasallo debe á su soberana, ¿verdad?

La de Bobadilla lanzó una exclamación de asombro.

—¡Lo sabéis!—dijo.

—¿Luego he acertado?

—¡Señora!...

—¿Aún no te decides á hablarme con sinceridad, viendo que á tus revelaciones me adelanto?

—Considerad...

—Considero que te muestras harto remisa en acceder á mis deseos, Beatriz, y tu deber es obedecerme en todo. Pues que te ordeno hablar, habla.

—Si lo deseais...

—Lo mando.

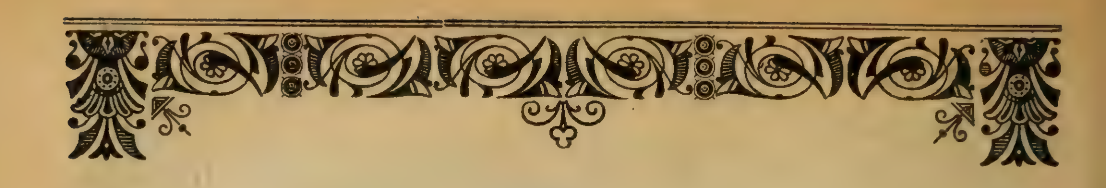
—Pues oid.

—¡Gracias á Dios!

La dama dispúsose á decirlo todo, viendo que no había otro remedio, y la reina la acarició diciéndole:

—Si no tuviera tanta confianza en tí, dudar podría de tu adhesión y de tu afecto. Bastante me ha costado conseguir que seas franca conmigo!





CAPITULO XXVII

Corazón de mujer

CON la sinceridad que se le pedía, D.ª Beatriz habló del amor de Gonzalo, pintándolo tal cual era, grande, noble y sin esperanza.

No se quedó corta en la pintura, sino que antes por el contrario, deseando justificar en lo posible el atrevimiento de su primo, exajeró su pasión, para deducir de ello que el arrebato de su amor habíale trastornado el juicio.

Aún así no expresó toda la vehemencia del enamorado caballero, que hay cosas que sólo expresarlas sabe aquel que las siente.

D.ª Isabel escuchóla atentamente, sin dar muestras de emoción ni aún de sorpresa.

Ni una sola vez interrumpió á su dama, para aclarar sus explicaciones con una pregunta.

Permaneció tranquila como si todo aquello le fuera indiferente, ó mejor aún, como si ya de antemano hubiese adivinado lo que se le decía.

En su rostro majestuoso resplandecía la piedad, sin que ni una sola vez lo obscureciera el enojo; en cambio en más de una ocasión, asomó á sus labios una dulce sonrisa, como si compasión le inspirase aquello que escuchaba.

***

Concluído que hubo Beatriz sus explicaciones, suplicó humildemente:

—¡Perdón para mi infortunado primo, señora! Sirva de disculpa á su loco y osado proceder, su ignorancia de las costumbres de la corte.

—¿Perdón me pides?—replicóle la reina.—¿Para qué falta? No ha cometido ninguna, que yo sepa, y por consiguiente no necesita ser perdonado.

La de Bobadilla miró á su soberana con asombro.

—¿Eso decís?—repuso.—¡No os entiendo! ¿Falta y grave no es el poner en vos sus ojos?

—Según la intención con que tu primo los haya puesto.

—Con ninguna que ofenderos pueda, os lo juro, pues ya dije antes que no aspira á nada ni nada espera.

—Entonces...

—Pero aún así, ¿no es atrevimiento incalificable el amaros como él os ama? ¡Sois su reina!

—¿Y qué?

—Y á su reina los buenos caballeros deben ofrecerle respeto, adhesión sin límites, lealtad inquebrantable, pero no amor.

—Es que Gonzalo aún no me ha ofrecido el suyo.

—Es muy cierto.

—Si tal hiciese, quizá me enojara; pero no habiéndolo hecho, ¿en qué fundaría mi enojo?

* * *

Crecía el asombro de la dama, al oir á la reina expresarse de este modo.

—Cualquiera pensaria,—atrevióse á decir,—que ese amor que yo temí que os enfadase, os halaga.

—Pues pensaría mal,—replicó Isabel severamente.—No me halaga, pero tampoco me ofende. Me entristece nada más.

—¡Os entristece!

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque será causa de la desgracia de uno de mis más fieles servidores. Amándome como me dices y siendo su amor imposible, como él mismo reconoce, Gonzalo será desgraciado.

—Sin duda alguna.

—Pues esto es lo que me contrista: ser yo causante de una desgracia que no puedo remediar; pero lo demás...

—¿No os importa?

—Absolutamente nada.

—¿Y vuestra dignidad, señora? ¿Y vuestra gerarquía?

—¿En qué las ofende el amor de un hombre como tu primo? Antes bien las honra.

—¡Que tal digáis!

—Y no me arrepiento de ello. Reina ó villana, noble ó plebeya, es un honor para una mujer el ser digna de que un hombre como Gonzalo de Córdoba la ame.

* * *

A tal punto llegó la estupefacción de la dama oyendo

estas razones, que la reina que la miraba fijamente, no pudo menos de sonreir.

Cogióle las manos, que retuvo entre las suyas con fraternal afecto, y le dijo, con tono sencillo y reposado:

—Aunque un trono ocupe, más por la misericordia de Dios que por mis merecimientos, no dejo de ser como otra mujer cualquiera y como todas las mujeres tengo un corazón con sus debilidades y flaquezas, asequible á todos los sentimientos. No me negarás, Beatriz amiga, y juzgándote á tí misma puedes convencerte de ello, que cuando un hombre nos ama, sea quien sea, un favor nos otorga que merece gratitud, aunque no alcance correspondencia, pues de una honrosa distinción nos hace objeto, al elegirnos entre todas las demás; máxime si ese hombre es de las condiciones de tu primo.

Hizo una breve pausa y luego prosiguió:

—Ahora bien: si satisfacción sintiera otra mujer al verse en mi caso, ¿por qué no he de sentirla yo también? ¿Es que no tengo alma? ¿Supones que el peso de mi corona ha ahogado en mí los sentimientos? No, Beatriz amiga; si tal piensas, te equivocas. Antes que reina soy mujer y como tal mis sentimientos son iguales á los de las demás mujeres. El amor de tu primo no correspondo, no lo autorizo siquiera, porque no soy libre, porque estoy casada y mi corazón es de mi esposo; pero lo agradezco, como cualquier otra mujer lo agradecería en mi caso. En esto, ¿qué hallaría de censurable ni aún mi esposo mismo? Nada. Ante el mundo entero repetiría lo mismo que aquí te digo á solas, en el seno de la amistad y la confianza, sin temor á como el mundo me juzgase. Si me juzgaba mal, peor para él, pues demostraría ser incapaz de comprenderme, y á pesar de su juicio, yo tendría en más el de mi conciencia y estaría tranquila.

***

Sin poder contenerse, la esposa de Cabrera exclamó:

—¡Sois grande en todo, señora! Como mujer me habláis, no como reina, y sin embargo, pocas mujeres en vuestro caso me hablarían de ese modo.

—Pues sería porque se lo impidiese la hipocresía de su virtud,—replicó Isabel,—no la virtud verdadera. La verdadera virtud fía más en sí misma que en la opinión de los otros, y no muestra tantos escrúpulos con lo que ella sabe que no es malo, aunque los demás por malo lo tengan.

Cambiando de tono, añadió:

—Lo que dicho queda, por cuanto á mí se refiere; ahora, por lo que á tu primo respecta, oye.

Después de reflexionar un instante, se expresó de este modo:

—Debes saber muy bien, pues que á tu esposo amabas al unirte con él en matrimonio, que el amor no es voluntario ni consciente; nace en nosotros porque sí, hacia la persona que él libremente elije, y serían vanos todos nuestros esfuerzos para encaminarlo hacia otra persona diferente de la por él elegida.

—Es muy cierto,—asintió D.ª Beatriz.—Así amé yo á Cabrera antes de ser su esposa: asi amásteis vos á D. Fernando, aún antes de conocerle.

—Pues del mismo modo me ha amado á mi Gonzalo, independientemente de su voluntad. Si á su voluntad hubiese podido sujetar su amor, ¿crees que lo hubiera puesto en mí, de quien no puede esperar nada?

—Claro que no.

—Luego su amor es una desgracia involuntaria, que merece compasión, no enojo ni mucho menos castigo.

—Considerando las cosas de ese modo...

—Es como considerarlas debo con arreglo á justicia. ¿Sabes en lo que sí habría falta y ofensa? En pretender

que ese amor imposible fuera por mí correspondido. Pero tu primo no aspira á tal.

—Ni mucho menos. Ni revelará siquiera á nadie su pasión.

—Pues entonces, ¿en qué está su culpa?

* * *

Con noble firmeza que daba idea de la sinceridad de sus palabras, la reina dijo:

—A Gonzalo no digas que su amor me has confesado. Siga él amándome en silencio, puesto que no hay modo de impedirlo. Un amor verdadero no se extingue con prohibiciones ni mandatos. A su pasión yo no puedo ni debo corresponder; ni á la correspondencia me impulsan sentimientos ni me lo permitirían mi virtud y la honra de mi esposo; pero siempre habrá en mí compasión para su amor desgraciado. Y ya que otros consuelos no pueda ofrecerle, le ofreceré los de mi amistad. En corresponder con la amistad el amor, no hay falta ni culpa.

—¡Oh, señora, qué buena sois!—exclamó la de Bobadilla, besándole las manos.

Y cuando poco después salió de la cámara real, para dirigirse á la suya, iba pensando:

—No es extraño que lazos misteriosos y puros unan sus almas; son igualmente grandes.

D.ª Isabel, por su parte, quedó diciéndose:

—¡Pobre Gonzalo! ¿Por qué ha de haber puesto en mí su amor, para que por mi culpa sea infeliz?

Suspiró y pasó largo rato pensativa, antes de entregarse al descanso.



CAPÍTULO XXVIII

Una nueva fundación

CORRIÓ en aquel entonces por toda Castilla la nueva de que cerca de Segovia, en un lugar pintoresco que fué hasta entonces quinta de recreo de un noble y opulento caballero, y que alguien adquirió, sin saberse quien fuera, habíase instalado una institución piadosa, verdaderamente notable y extraordinaria en aquellos tiempos.

Tratábase de una especie de asilo para recoger y amparar á jóvenes desvalidas que á la miseria, á la ignorancia ó á la desgracia habían sacrificado la doncellez, perdiendo la pureza y la honra.

Allí se las atendía, se las cuidaba y se las hacía volver al buen camino.

La que lo deseaba, quedábase para siempre en aquella casa, consagrándose á cuidar y redimir á otras desgraciadas; y la que no se avenía con tal alejamiento, vol-

vía al mundo redimida de sus culpas, para seguir en él el camino emprendido de su regeneración.

Como se ve, la idea de la nueva fundación era altamente noble y humanitaria, sobre todo en aquella época de atraso moral tan grande, que el mal y el bien eran juzgados con injustos convencionalismos.

***

Cosa extraña y sin embargo comprensible: lo que debía haber alcanzado desde luego el apoyo y la aprobación de todos, mereció, por el contrario, la indiferencia y el desprecio.

Los fines de la nueva institución, tuviéronse por escandalosos y atentatorios á la moral y á las buenas costumbres.

Las personas que se preciaban de más rectas en su proceder y en sus opiniones, decían indignadas:

—¡Desatino igual! ¡Amparar el vicio! Pues entonces, ¿qué se hará con la virtud? El vicio no merece otra cosa que desprecio y castigo.

No concebían la piedad llevada hasta el extremo de ejercitarse en la redención del culpable.

Más lógico encontraban que se invirtiera en el amparo de los virtuosos é inocentes.

Sin haber en cuenta en su estrechez de miras, que los culpables, sólo por la desgracia de serlo, eran dignos de compasión.

Al bueno protegiéndolo, se le libraba únicamente de sufrimientos materiales; al malo, en cambio, con una protección bien entendida se le podía convertir en bueno, lo cual era más que evitar sufrimientos á su cuerpo; era salvar su alma.

***

A pesar de tanta guerra como se le hacia, y quizá por ello mismo, hablóse mucho de la nueva institución.

A popularizarla contribuyó en gran parte, la aureola de misterio que rodeaba á su fundadora.

Decíase de ésta que era una dama noble, rica y hermosa, la cual había renunciado voluntariamente á todos los placeres del mundo, para consagrarse á tan caritativa misión.

Pero lo que más intrigaba á todos, era que nadie sabía quién era.

Jamás presentábase á persona alguna con el rostro descubierto; siempre lo ocultaba bajo tupido velo que no dejaba traslucir su belleza, adivinándose ésta por algunos detalles que no podían escapar á un buen observador.

Que era joven, lo denunciaba el timbre de su voz, sonora y fresca; que era apuesta y distinguida, advertíase por la gentileza de su cuerpo, á pesar de la modestia de sus vestidos, y por la gracia y desenvoltura de sus ademanes.

Algunas otras damas auxiliábanla en su caritativa empresa, presentándose también como ella, siempre oculto el rostro.

Pero esto no quiere decir que vivieran en reclusión, muy al contrario, pues iban por todas partes en busca de las infelices á quienes deseaban protejer.

Ellas mismas las recogían y las llevaban al asilo.

* * *

Que la fundadora era rica, tampoco cabía dudarlo.

La realización de su obra y el sostenimiento de ella suponía una gran fortuna.

Y esto fué lo que más llamó la atención de todos, perdiéndose en suposiciones de todas clases, á cerca de quién podría ser.

Hubo quien la tuviese por loca, cuando precisamente con lo que hacía daba grandes pruebas de cordura.

Otros, llevando aún más allá sus atrevidas hipótesis, decían:

—Será una pecadora como las mismas á quienes se empeña en protejer.

Algunos, llevados de la curiosidad, visitaron el asilo.

La fundadora les recibió á todos afablemente, pero con el rostro cubierto.

No hubo modo de conseguir que lo dejara ver.

Al final de la visita, ella tendía la mano, pidiendo humildemente una limosna para la casa.

—Cuanto mayores sean los recursos que pongan á mi disposición las personas caritativas que tengan á bien ayudarme en mi empresa,—decia,—á la salvación de mayor número de desgraciadas podré atender.

Lo cual fué motivo para que alguien pensara:

—Se trata de una especulación.

Sin reflexionar el que tal decía, que los modestos donativos recogidos, eran insignificantes comparados con los grandes desembolsos que el sostenimiento de la institución representaba.

*
* *

Tuvo la reina noticia de la nueva fundación, y en principio despertó su simpatía; pero los informes que de ella le dieron las personas á quienes encargó que adquiriesen datos de la misma, fueron tan desfavorables, que, guiándose por ellos, juzgó la nueva obra indigna de prestarle su atención y su apoyo.

No obstante lo cual, dijo más de una vez, en oposición á las opiniones de cuantos la rodeaban:

—Y sin embargo, la idea es grande y noble. Ha sido

bien concebida; pero por lo visto está mal ejecutada. ¡Lástima grande que una tan loable iniciativa se malogre!

Y á los que se mostraban sorprendidos al oirla hablar de esta manera, decíales para convencerles:

—¿No fué siempre obra meritoria de caridad la redención de los cautivos? ¿Qué mayor cautiverio puede haber que el del mal y el vicio? Pues redimir de él á los que lo padecen, es una noble empresa.

Con lo cual demostraba que ella únicamente había comprendido todo el alcance y toda la importancia de la nueva institución.

Pero á pesar de las opiniones de la reina, todos seguían teniendo por un escándalo el proteger y amparar el vicio, como ellos decían, sustituyendo la verdad con el sofisma.

* * *

Transcurrió algún tiempo.

Un día, todas las damas principales de la corte recibieron un mensaje de la misteriosa fundadora del nuevo asilo, pidiéndoles su protección y ayuda para el mismo.

«Aunque mi fortuna era grande,—escribía,—mis recursos están agotados; ofrecedme los vuestros, para que prosiga mi obra, dadme un poco de lo que malgastáis en vuestros caprichos, y las bendiciones de muchas infelices, libradas del mal por vuestros esfuerzos, caerán sobre vosotras.

El efecto producido por aquella humilde súplica, fué contraproducente.

Todas aquellas á quienes los mensajes estaban dirigidos, creyéronse ofendidas en su dignidad.

¡Tener el atrevimiento de solicitar su ayuda para tan loca empresa!

¿Habían ellas de convertirse en protectoras del vicio?

¡No en sus días!

Y no hallando modo mejor de formular una enérgica protesta, fueron á la reina en súplica de que castigase á la osada que tamaño atrevimiento se había permitido con ellas.

***

Escuchólas Isabel atentamente, y cuando hubieron concluído de exponer sus quejas, díjoles:

—Un mensaje semejante al vuestro he recibido.

La indignación de las damas subió de punto.

¡Dirigirse hasta á su soberana!

—Merece un ejemplar castigo,—dijeron.

—¿Por qué?—replicó la reina.—A mí la petición de esa dama no me ha ofendido, sino todo lo contrario. Y tanto es así, que dispongo para mañana una visita al asilo y ordeno que todas vosotras me acompañéis. Así juzgaremos por nosotras mismas lo que es esa institución, y si como voy creyendo merece ser apoyada, le prestaremos nuestra ayuda; yo la primera.

Nadie se atrevió á protestar y todas dispusiéronse á obedecer el real mandato; pero retiráronse descontentas y murmurando:

—La reina es demasiado indulgente.

—Demasiado buena.

—Con seguridad tendrá que darnos la razón y arrepentirse de su condescendencia.





CAPÍTULO XXIX

La visita al asilo



EGÚN la voluntad de la reina al día siguiente trasladóse la corte al pintoresco lugar donde se hallaba establecida la nueva institución.

Según dijimos, era una hermosa quinta de recreo, transformada en una especie de convento; pero conservando bellezas y comodidades bastantes para hacer agradable la estancia en ella á las infelices que allí iban á parar.

No quiso D.ª Isabel que se anunciara previamente su visita, pues dijo con muy buen acuerdo:

—Si de ella tienen aviso, todo lo dispondrán de modo adecuado para que á mis ojos parezca mejor de lo que es, y yo voy á conocer y apreciar por mí misma la verdad de lo que es esa nueva obra, cuya idea me entusiasma. Ello

es necesario para convencerme de si merece la protección que estoy decidida á dispensarle.

Con esto se privaba de ser recibida con los honores debidos; pero ella era poco aficionada á tales vanidades, si bien no prescindía nunca de cuantos detalles y requisitos consideraba convenientes para sostener sin menoscabo la dignidad real.

D. Fernando quedóse en Segovia por exigirlo así asuntos importantes y considerar él que ningún provecho había de reportarle tal visita.

Acompañaban, pues, á la reina sólo algunos caballeros y todas sus damas de honor.

Entre los primeros figuraban los dos hermanos Paredes y entre los segundos contábanse D.ª Beatriz y Teresa.

*
* *

Llegado que hubieron al asilo, prodújose en éste la confusión natural, con visita tan inesperada.

La fundadora, rodeada de las otras damas que le prestaban su ayuda en tan loable empresa, salió al encuentro de la soberana y su séquito.

Todas ellas vestían sencillamente, pero sin que sus ropas revistiesen la forma y aspecto de hábitos monacales, y cubrían el rostro con tupidos velos negros, que hacían de todo punto imposible distinguir sus facciones.

En su aspecto denotaban todas ser personas distinguidas, lo cual hacía doblemente interesante y curiosa la nueva institución.

Los que antes habían hablado mal de ésta, despreciándola injustamente, comenzaron á reformar su juicio.

Pues que damas al parecer tan ilustres prestaban su valiosa ayuda á la nueva obra, no debía ser esta de fines tan reprobables como habían supuesto.

Hasta hubo quien encontró muy original aquella manera de vestir y no faltó quien de buena gana allí habríase quedado una temporada, á no tener que renunciar para ello á los placeres del mundo en que vivían y de cuyas diversiones gozaban.

* * *

Adelantóse la fundadora hacia la reina, á la que besó la mano, y díjole luego:

—Bien venida seais, señora. No esperaba esta humilde casa verse honrada con vuestra presencia. Pláceme vuestra visita, porque gracias á ella, juzgando por vos misma nuestra modesta obra, no dudo de que la otorgareis vuestra valiosa protección.

—De eso trato,—respondió Isabel;—de apreciar por mí misma los fines y reglas de vuestra institución, para si verdaderamente es tan buena como por adelantado supongo, apoyarla y protegerla en cuanto pueda. Para ello, me habéis de dar cuantos datos os pida, aunque peque de importuna y prolija en mis preguntas.

—Estoy incondicionalmente á vuestras órdenes, señora.

—Bien. Ante todo, ¿habéis hecho voto vos y vuestras compañeras, de no dejaros ver de nadie el rostro?

—No, señora. Como nuestra institución no está aún canónicamente constituída y aprobada, no se sujeta á reglas fijas. Estas van surgiendo de la necesidad y de la experiencia, y cuando las hayamos completado las someteremos á la debida aprobación; pero por común acuerdo, mis compañeras y yo hemos convenido en ocultar el rostro y el nombre, no por vergüenza de nuestra obra, como alguien pudiera suponer; todo lo contrario; por rehuir la vanagloria que en la realización de nuestra empresa pudiera cabernos.

Inclinando la cabeza humildemente, añadió:

—No obstante, si queréis conocernos, nos descubriremos ante vos; pero ante vos sola.

***

La reina apresuróse á responder negativamente.

—En modo alguno,—dijo.—No seré yo quien os induzca á faltar á ninguno de vuestros propósitos, que admiro y apruebo. El respeto á los fines que os proponéis, puede más en mí que una pueril curiosidad. Guardad, pues, en buen hora el incógnito, hasta para conmigo, que para juzgaros, me bastarán vuestras obras.

Y siguió formulando otras muchas preguntas, á todas las cuales respondió la fundadora con precisión y claridad.

Según ellas, la institución fué pareciendo á todos mucho más importante y digna de estudio de lo que en un principio creyeron.

D.ª Isabel no se recataba de prodigarle sus más entusiastas elogios, y aunque sólo fuera por imitarla, las damas hacían lo mismo, sin acordarse ya de las censuras del día anterior.

Pasaron á ver la casa y visitar las asiladas.

La fundadora guiaba.

De pronto, las que la seguían viéronla detenerse y vacilar, como si fuera á caer al suelo.

Diríase que acababa de sufrir una violenta impresión.

—¿Os ponéis mala?—preguntáronle.

—No, no es nada,—respondió ella.—Un vahido.

Y siguió adelante.

***

Según lo que en su visita pudieron apreciar, el orden que reinaba en toda en el nuevo asilo, era admirable.

Las asiladas merecieron la compasión de todos.

Creyeron ver mujeres descaradas de aspecto repug-

nante y cínico, y encontráronse, por el contrario, con jóvenes tímidas y humildes, cuyas mejillas cubría el rubor.

Verdaderamente no podía haber empresa más meritoria que la de desviar á aquellas infelices del camino de perdición que hasta entonces habían seguido, empujadas por el infortunio, la ignorancia ó la miseria.

D.ª Isabel se emocionó mucho al verlas y hasta habló con algunas afectuosamente.

¿Cuando pudieron esperar ellas, cruzar la palabra con su soberana?

No solo se las compadecía, sino que hasta se las honraba.

* * *

Terminada la visita, la reina elogió el asilo y dijo:

—Puesto que es tal como yo había supuesto, le otorgo desde ahora mi decidida y especial protección.

E hizo á la casa un expléndido donativo, prometiendo otros no menos importantes.

Las damas que la acompañaban imitaron su ejemplo, con lo cual aumentaron extraordinariamente en pocos instantes, los recursos de la nueva obra.

La fundadora mostrábase muy agradecida.

Todos mirábanla con mal disimulado interés y hubiesen hecho cualquier sacrificio por poder verle el rostro.

La reina díjole:

—Ahora, en premio á vuestros loables esfuerzos, pedidme para vos una gracia particular. Os concederé lo que me pidáis, sea lo que sea.

La fundadora levantó la cabeza al escuchar estas palabras.

—Pues bien, una gracia voy á pediros, ya que sois tan magnánima que para ello me autorizáis,—repuso.

—Decid, que es ello.

—Pero para formularos mi petición, desearía que nos hallásemos á solas.

La reina accedió á tal deseo y todos los demás se retiraron.





CAPÍTULO XXX

Quién era la fundadora



SOLAS D.ª Isabel y la misteriosa dama, fundadora de la caritativa institución que la reina acababa de admirar, la primera inclinóse humildemente, diciendo:

—Aquí donde me véis, señora, yo no soy más que una culpable, que busca la redención de sus faltas; una pecadora que expía voluntariamente sus errores.

—¡Pecadora! ¡Culpable!—respondióle bondadosamente la soberana.—¿Qué mujer habrá en el mundo, que esos calificativos no merezca? ¿Cuál será la que pueda decir con orgullo: «sobre mi conciencia no hay ni la sombra de una falta? Pecamos todas en nuestra condición y estado, cada cual á su manera.

—Sí, pero mis culpas son mayores que las de otra alguna.

—Quizá á impulsos de vuestros mismos remordimientos os juzgáis con excesiva severidad.

—No; aún peco de sobrado indulgente para conmigo misma, pues me he limitado á la expiación, cuando debiera haberme impuesto castigo.

—No somos nosotras las llamadas á castigarnos; eso solo cumple á Dios. El es el que nos juzga y nos castiga ó nos premia. Paréceme que por vuestra edificante conducta, aunque faltas haya en vuestro pasado, más que para el castigo, méritos hacéis para el premio.



Profundamente conmovida, la fundadora exclamó, con voz que parecía embargada por el llanto:

—¡Bendita sea la que, á las inquietudes de mi conciencia, ofrece el bálsamo consolador de la esperanza!

—Cumplo un deber de humanidad,—repuso la reina. —Obligación tenemos de compadecer y consolar las desdichas de nuestros semejantes, y la culpa no es otra cosa que una desgracia muy grande.

—¡Inmensa!

—Compasión debe, pues, inspirarnos y no desprecio; máxime cuando la culpable muestra el sincero arrepentimiento que en vos se descubre.

—¡Oh, sí! ¡Os juro por la salvación de mi alma que vergüenza y dolor me causan mis pasados errores y que por no haberlos cometido diera gustosa los días que de existencia me restan!

—Pues eso basta para que vuestras culpas os sean perdonadas. Como humanos somos imperfectos y propensos, al mal. ¿Qué más puede exigírsenos que si en el mal caemos, lo conozcamos y de él procuremos huir con todas nuestras fuerzas? El culpable arrepentido, es tan agradable á los ojos de Dios como el inocente que nunca

incurrió en pecado, pues casi hay más mérito en apartarse del mal una vez conocido, que en no incurrir en él no conociéndolo.

***

Lloraba la dama, hondamente impresionada por estas razones, y la reina, cambiando de tono, díjole con cariño:

—Pero ¿por qué á mí de vuestras culpas me habláis? La confianza agradezco, pero ved que un sacerdote no soy que de vuestras faltas absolveros pueda. Vuestra confesión rechazo, sin que esto quiera decir que ella pudiese influir en mi ánimo, en menoscabo de la simpatía y el respeto que me inspiráis. Os juzgo sólo por vuestro proceder actual, y según él, únicamente elogios puedo prodigaros. Si el camino de la caridad escogido habéis para redimiros de vuestros errores, á fé que acertada estuvísteis, pues no hay manera más completa y acertada de ejercer el bien ni que sea más agradable á los ojos de Dios; máxime, cuando como en este caso la caridad se dirije á redimir del pecado otras almas. Las infelices á quienes del mal salváis rogarán por vos, y sus súplicas serán escuchadas, no lo dudéis.

Luego, tras una pausa, agregó:

—Una gracia os indiqué que me pidiérais, y para pedírmela solicitásteis esta entrevista. Vuestra petición aguardo, ganosa de atenderla. Decid, pues: ¿qué deseais de mí? Exponedlo con franqueza.

***

Obligada por estas palabras á manifestar su deseo, la dama dijo:

—Una gracia y grande ha sido ya la que me habéis otorgado oyéndome.

—Pero no creo que se limite á eso lo que tenéis que pedirme,—replicó Isabel.

—Ciertamente que no, aunque de gran consuelo ha sido para mí lo que habéis tenido la bondad de decirme.

—Proseguid.

—Para que de alguna tranquilidad goce mi conciencia y para que completa sea la obra de mi regeneración, necesito ser perdonada por los que más ofendí con mi anterior conducta.

—¿Y os dirigís á mí para conseguirlo?

—Sí.

—¿Luego suponéis que puedo influir en vuestro favor en tal sentido?

—Sin duda.

—Decid, pues, que si de personas se trata, cerca de las cuales goce de algún valimiento, en vuestro provecho lo emplearé gustosa.

—¿Cómo ha de haber en vuestros reinos, quien vuestra voluntad no acate?

—No en asuntos de conciencia, pues en ellos, mi voluntad guardaríame de imponer. La conciencia es libre y yo soy la primera en reconocer y respetar su imperio.

—Las personas á quienes me refiero dependen directamente de vos y os obedecerán, sea en lo que sea.

—¿Me acompañan acaso en esta visita?

—Sí.

—¿Quienes son?

—Una dama y un caballero de los que forman parte de vuestra comitiva.

—¿Sus nombres?

—Más que el de ellos debo deciros el mío, pues sabedora sois de las ofensas que les inferí, y lo comprenderéis, todo.

—Decid, pues.

—Mi nombre no necesitaré pronunciar con mostraros mi rostro. ¡Miradme!

Y arrancó el velo que cubría su semblante, dejando éste al descubierto.

* * *

El rostro de la dama era hermoso, de líneas correctas, expresión dulcísima y pulidez transparente, que denotaba la mortificación y el agiotismo.

La reina al verlo, exclamó asombrada:

—¡D.ª Leonor de Padilla!

—¡Yo soy!—respondió ella, cayendo de rodillas á las plantas de D.ª Isabel.

Y en efecto, D.ª Leonor era; la en otro tiempo ambiciosa dama, que ordenó á sus secuaces atentaran contra la vida de D. Rodrigo de Paredes, para que las riquezas de éste fueran á parar á manos de su hermano D. Tomás, á quien amaba, pero al cual vacilaba en unirse, por no ser tan rico como ella; la que después, á impulsos de los celos y la envidia, trató de hacer desgraciados con el escándalo y la vergüenza, al mismo D. Tomás y á la pobre Teresa; la causante, en fin, de tantos males como ya conocemos.

La reina al reconocerla retrocedió algunos pasos, y ella, inclinando la cabeza con humildad, balbuceó:

—Sí, yo soy. ¿Necesitaréis ahora que mis culpas os confiese?

No era en verdad necesario, pues Isabel lo sabía y lo recordaba todo.

* * *

Hubo una pausa.

D.ª Leonor lloraba y la reina seguía contemplándola, sin acertar á salir de su admiración.

—¡Vos!—exclamó, al fin.—¡Vos! ¡Nunca lo hubiera creído!

—Os contraría que yo sea, ¿verdad?—replicó la de Padilla.

—Os equivocáis. Antes bien me complace, pues veo que de vuestras faltas estáis arrepentida.

—En mi arrepentimiento habéis creído.

—Y sigo creyendo en él y por él os felicito.

—¡Una vez más bendigo vuestra indulgencia!

—Las personas, pues, de quienes queréis ser perdonada...

—Son D. Tomás y su esposa.

—La felicidad han hallado, aunque vos procurásteis sumirlos para siempre en la desgracia.

—Lo sé, puesto que he visto resplandecer en ellos la dicha, y esto me ha servido de gran satisfacción.

—Levantad y el rostro cubrid de nuevo.

—¿Qué intentáis?

—Que por ellos mismos seáis perdonada.

—¿Pretendéis que á ellos me muestre?

—Sí.

—¡Oh, señora!

—¿Qué teméis? Confiad en su bondad y en su dicha; la dicha siempre es indulgente.

Ayudó ella misma á la de Padilla á ponerse el velo, y luego, llamando á uno de los pajes que formaban parte de su comitiva, le ordenó advirtiese á D. Tomás de Paredes y su esposa, que ella les llamaba.





CAPÍTULO XXXI

Perdón y olvido



ON Tomás y Teresa acudieron solícitos y diligentes al llamamiento de la reina.

—Entrad,—les dijo ésta,—y oidme.

Algunos pasos apartada y oculto el rostro por el velo, D.ª Leonor dispúsose á escuchar ansiosa lo que la soberana iba á decir.

—Háseme hecho una consulta,—prosiguió Isabel,—y yo á mi vez quiero hacerla á vosotros, para que con franqueza me expongáis vuestra opinión en el asunto de que se trata.

Los dos esposos miráronse sorprendidos.

Hablando por ambos, Paredes repuso:

—Nuestra opinión vale muy poco, señora.

—Para mí vale ¡mucho,—replicóle la reina.—Os tengo por personas justas y rectas...

—Procuramos serlo en todos nuestros actos.

—Y lo sois.

—Nos confundís con vuestra bondad.

—Y como de un caso de conciencia se trata, á vuestra rectitud y á vuestra justicia recurro. Consultadlas antes de responderme y contestadme lo que ellas os dicten.

—Os obedeceremos en esto como en todo, pero perdonad que os diga que á personas más autorizadas que nosotros en tales materias, podiáis haberos dirigido.

—No lo habré considerado conveniente ni oportuno, cuando así no lo he hecho.

Paredes inclinóse con muestras de respeto y humildad y los dos esperaron curiosos á saber de lo que se trataba.

***

Tras una breve pausa, la reina se explicó de este modo, dirigiendo frecuentes miradas á D.ª Leonor, como solicitando su aprobación para lo que decía:

—Suponed que una persona, cuyo nombre, sexo y condición importan poco, hubiese incurrido en grave falta, en una de esas faltas que atañen al honor ajeno, escarneciéndolo é injuriándolo: merecería castigo, ¿verdad?

—Un castigo severo,—respondió D. Tomás,—proporcionado á la gravedad de la culpa.

—Muy bien: eso es lo que la justicia ordena, máxime cuando la falta en cuestión, á más de interesar al honor, perjudica también al bienestar y porvenir de alguien, destruyendo una felicidad y lesionando sentimientos legítimos y respetables.

—Entonces la culpa es doble,—dijo Teresa,—porque atacar los sentimientos en los que ciframos nuestras esperanzas, es más criminal, aún, que atacar la vida.

Conteniéndose añadió:

—Perdonad que en estos términos me exprese, señora;

pero sabéis muy bien que por mí misma tengo dolorosa experiencia de la gravedad de lo que decís.

La reina sonrió, pensando:

—¡Cómo ha de suponer ella, que de sus mismas desventuras pasadas se trata!

* * *

Siempre con el mismo tono confidencial y amistoso, D.ª Isabel siguió diciendo:

—Continuando en las mismas suposiciones, imaginad que el culpable desaparece, escapando de este modo al castigo, y que durante mucho tiempo no vuelven á tenerse noticias de él. Mientras tanto, las personas por el culpable perjudicadas se han repuesto de las consecuencias de la falta y son dichosos. Las circunstancias han cambiado respecto á las víctimas.

—Sí, pero siguen siendo las mismas con respecto al que faltó. Puesto que las consecuencias de su falta no se han reparado por su esfuerzo, sigue mereciendo castigo.

—Muy cierto,—dijo la reina, asintiendo á estas palabras de D. Tomás.—Pero hagamos otra suposición; la última y más importante.

Mirando nuevamente á la de Padilla, agregó:

—Supongamos que la persona que faltó, vuelve á presentarse sinceramente arrepentida de su culpa, dispuesta á remediarla en la medida de sus fuerzas y consagrada por todo el resto de su vida á la expiación de sus errores, lo cual equivale á castigarse á sí misma. ¿Qué merece entonces?

—Perdón,—dijo sin vacilar Teresa.

—Perdón,—repitió Paredes.

—¿Por grande que la culpa fuese?—interrogó la reina, sonriendo complacida.

—No hay culpa, por grave que sea,—replicó D. Tomás, —que con el arrepentimiento no se redima, si es sincero.

—¡Muy bien!

—Quien faltó y lo reconoce y se arrepiente y se corrige, es lo mismo que si no hubiera faltado. Tal es mi opinión, señora.

—Y la mía,—añadió Teresa.

***

Si en aquel momento D.ª Leonor hubiera descubierto su rostro, habríase visto inundado en lágrimas de gratitud y de alegría.

También la reina estaba emocionada.

—Pláceme que de tal modo opinéis en asunto tan delicado,—dijo esta última,—porque la vuestra es mi opinión, la de todas las personas rectas y honradas, seguramente. Concretando, ahora algo más mi consulta, os diré que la persona que faltó y hoy se muestra arrepentida de sus faltas, es la dama que tenéis delante.

Y señaló á la fundadora.

—¡Ella!—exclamaron los dos esposos, volviéndose á mirarla sorprendidos.

—Sí; tuvo sus errores, como todos nosotros estamos expuestos á tenerlos; errores graves que produjeron la infelicidad de dos personas, si bien la Providencia se encargó, después, de corregir y remediar su obra. Vosotros, como todos los que me acompañan, acabáis de admirar su abnegación al abandonar las comodidades y los placeres, para consagrarse en absoluto á la salvación y cuidado de los infelices que del mal son víctimas.

—¡Oh, sí! ¡Una abnegación sublime, hermosa!

—¡Un ejemplo que muy pocos en su caso seguiría!

—Pues esa es la expiación que voluntariamente ha escogido para su culpa.

—¿Es posible?

—Practica el bien, en desquite del mal que en otro tiempo hizo.

***

Los dos esposos contemplaban á D.ª Leonor asombrados.

Hubiérase creído que con sus miradas intentaban penetrar el espeso velo que la cubría el rostro.

—Ahora bien,—prosiguió la reina.—Cuando esta mujer tal hace por impulso espontáneo y sin que á ello nadie la obligue, ¿puede dudarse de la sinceridad de su arrepentimiento?

—¡Oh, no!—respondieron los dos.

—¿Merece ser perdonada, por grandes que fueran sus faltas?

—Desde luego.

—¿Qué duda cabe?

—¿Eso os dicta vuestra conciencia?

—Y la justicia.

—De modo, que si vosotros fuérais los ofendidos...

—La perdonaríamos sin vacilar.

—¡Con el alma!

—En ese caso, cumplid lo que decís y perdonadla, porque de vosotros es de quienes perdón solicita por mi conducto.

—¡De nosotros!

—No la conocemos...

—En nada nos ha injuriado...

—Miradla y os convenceréis de lo contrario.

La reina arrancó el velo que cubría el rostro de la fundadora y los dos esposos retrocedieron, exclamando:

—¡D.ª Leonor!

Esta arrodillóse ante ellos, suplicando entre sollozos:

—¡Perdón!

* * *

Callaron todos.

Hay situaciones en las que las palabras huelgan, por deficientes para expresar los sentimientos.

Aquella era una de esas situaciones.

La de Padilla fué la primera en hablar.

—La reina ha expuesto fielmente mis deseos—dijo—. Mucho os ofendí, pero grandes son los remordimientos que por ello sufro. ¡Creed que con el martirio que en silencio devoro, estoy suficientemente castigada de mis culpas! Lo único que me consuela es el ver que, a pesar de todos mis esfuerzos para haceros desgraciados, sois dichosos. ¡Bendito sea Dios que de esta manera corrige y remedia mis errores!

La emoción y el llanto le dificultaban el poder hablar.

Detúvose un instante para secar sus lágrimas y tomar aliento, y luego prosiguió:

—He escogido la caridad como medio para conseguir la redención de mis culpas. A ella consagraré los días que me resten de vida, en la forma que por vosotros mismos habéis visto. Pero esto no basta. Para que mi redención sea completa y pueda consagrarme tranquila a la obra que he emprendido, necesito que me perdonéis. Hacedlo bondadosos y el premio de vuestra generosidad serán mis

bendiciones. Acepto las condiciones que me impongáis para concederme vuestro perdón; a todo me resigno... ¡pero perdonadme!

* * *

Llorando de piedad y de ternura, Teresa tendió los brazos a la que tanto mal le había hecho, y la levantó y estrechó en ellos, diciéndole:

—El pasado ya no existe, lo hemos olvidado y en ese olvido va envuelto el de vuestras ofensas. Mucho sufrimos por vnestra culpa; pero somos dichosos, y ningún rencor os guardamos.

—¿Luego me perdonas?—exclamó doña Leonor, con alegría.

—¿No he de perdonaros? ¡Con el alma!

—¿Y vos?—preguntó la de Padilla a don Tomás.

Por toda respuesta, éste le tendió su mano.

Ella la estrechó con efusión y pretendió besarla.

—Basta—dijo noblemente Paredes—. La doña Leonor de Padilla que nosotros conocimos, ya no existe; sólo hay en su lugar una dama virtuosa, cuya sublime abnegación merece todo nuestro respeto.

Y se inclinó ante ella.

Desarrollóse entonces una escena conmovedora.

Doña Leonor bendecía a los dos esposos por su generosidad, y la reina aprobaba su conducta, diciéndoles:

—Habéis procedido como yo esperaba. Bien hice en fiar en vuestra bondad y en la rectitud de vuestra con-

ciencia. ¡Sois acreedores al aprecio y a la estimación con que os distingo!

* * *

Mediaron después algunas explicaciones, por las que doña Leonor supo cuanto a los dos esposos había pasado.

Ella, por su parte, refirió lo que había hecho desde su desaparición.

Como no revistió interés alguno, renunciamos a reproducir su relato.

Terminó diciendo:

—Sólo me falta suplicaros que no reveléis quién soy.

Ellos prometieron complacerla, pero con una excepción.

Don Rodrigo y el poeta, debían saberlo todo.

—Consiento—repuso la de Padilla—; pero nadie más que ellos; y pedidles de paso, que también me perdonen.

Dió las gracias a la reina por su intervención, y doña Isabel le dijo:

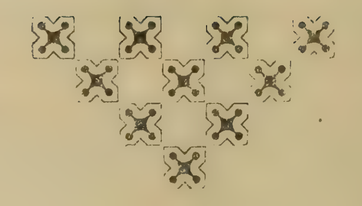
—Mi promesa he cumplido. Os ofrecí concederos la gracia que me pidiérais; una me pedísteis y os la he otorgado.

Cubrióse de nuevo la fundadora con su velo y fueron todos a reunirse con los demás, que ya esperaban impacientes y curiosos, por lo prolongado de aquella entrevista.

Poco después la reina y su acompañamiento abandonaban el asilo, el cual contó desde aquel día con la protección de la reina y de las damas principales de la corte.

Una de las que más se distinguieron en protegerlo, fué Teresa.

En cuanto a su fundadora, todos siguieron ignorando quién era, excepto Zabala y don Rodrigo, a quienes lo revelaron don Tomás y su esposa.





LIBRO QUINTO

LA CONQUISTA DE GRANADA

CAPÍTULO PRIMERO

Las preocupaciones de la reina

HALLÁBANSE los reyes en Medina del Campo, a donde acostumbraban retirarse algunas temporadas para descansar de las fatigas que les producía el gobierno de sus estados, si bien tales descansos no eran otra cosa que períodos de calma y recogimiento, durante los cuales concebían y maduraban provechosas reformas que luego llevaban a la práctica con toda la energía y prudencia que les eran propias.

Procuraban a la sazón a la reina, dos grandes problemas.

El uno era el establecimiento del tribunal de la Inquisición en sus reinos, a lo cual resistíase por impulso espontáneo de su corazón generoso.

Amante de su pueblo, no quería exponer éste a los excesos del Santo Oficio de los cuales tenía ejemplo en Francia y otros países donde se había establecido.

Tampoco el cardenal Mendoza, consejero de Isabel en estos asuntos, era partidario del terrible tribunal, temiendo las consecuencias de las exageraciones de un fanatismo y un celo mal entendidos.

Pero por otra parte, el estado moral y religioso de los estados dependientes de la corona de Castilla, era alarmante.

La preponderancia de los judíos daba lugar a frecuentes contiendas, muchas de ellas sangrientas, y urgía poner un freno a sus atrevimientos y desagraviar a los buenos cristianos, escandalizados por tal estado de cosas.

El rey don Fernando, consultado sobre el particular, se desentendió del asunto, respondiendo:

—No quiero que mi parecer pese e influya en cuestión de tanta trascendencia. Sólo sí diré que en Aragón el Santo Oficio no será nunca establecido, no ya porque mi voluntad a ello se oponga, sino porque no lo tolerarían mis buenos aragoneses, y la prudencia de todo gobernante debe consistir en no excitar las pasiones de los pueblos que gobierna.

No se equivocaba en sus suposiciones, como a su debido tiempo veremos; pero también se verá que a pesar de ello, la Inquisición extendió su fatal dominio a Aragón, como a todas partes.

* * *

Obligada a decidir por sí sola en asunto tan grave y delicado, la reina tomó la resolución de apelar a todos los medios imaginables, antes de ceder a las reiteradas excitaciones que le hacía la corte de Roma.

Para ello, púsose de acuerdo con su consejero el cardenal, y éste dictó órdenes a todos los prelados para que ateniéndose a ellas, ejercieran cierto prudente rigor con judíos y conversos, a fin de que no hubiera motivos de odios y rencillas entre ellos y los cristianos.

Las órdenes de Mendoza cumpliéronse exactamente: pero sin resultado alguno.

Los sangrientos escándalos proseguían, teniendo gran parte en ellos el fanatismo y la ignorancia.

Precisamente aquellos días habíanse desarrollado en Sevilla gravísimos sucesos que fueron causa de gran perturbación, la cual extendióse a otras muchas partes.

Los hechos fueron los siguientes:

Dió el vulgo en propalar y creer, no habiéndose podido averiguar si era cierto, que los judíos habíanse apoderado de un niño perteneciente a una noble familia cristiana, y llevándolo a una de las ocultas sinagogas en las que se entregaban a los ritos de su culto, lo crucificaron remedando en todos sus detalles, el sacrificio consumado en Jerusalén con el Salvador del mundo, por el pueblo judáico

La verdad de estas murmuraciones nadie pudo comprobarla, pudiéndose asegurar únicamente que el niño en cuestión había en efecto desaparecido, ignorándose su paradero; pero bastó la suposición de un crimen tan horrendo para que los cristianos, indignados, arremetiesen contra los judíos en sus barrios, en sus casas, en las calles, donde quiera que los encontraban.

La mortandad fué horrorosa.

Los israelitas pedían amparo y defensa a los reyes, protestando de su inocencia.

Aun siendo culpables, no podía permitirse que los atropellaran de aquel modo, pues era contrario a justicia; pero por otra parte, los reyes no podían declararse en favor suyo, pues hubiera sido excitar aún más el furor de los cristianos.

* * *

Por si esto fuera poco, para agravar aún más las circunstancias, en Toledo ocurrió también otro suceso que produjo aún más funestas consecuencias que el anterior.

Un judío fanático penetró en el templo en ocasión en que se celebraba una gran ceremonia religiosa, en la que el prelado administraba la Eucaristía a numerosos fieles.

Avanzó el judío hasta el presbiterio, aprovechándose del estupor que en todos produjo su presencia; llegó hasta el prelado, arrebatóle el copón de las manos, lo arrojó al suelo y pisoteó las sagradas formas

A este sacrilegio espantoso sucedió una escena horrible.

Los fieles lanzáronse sobre el judío, sin que la voz de su prelado lograse contenerles; se apoderaron de él, sacáronlo a la calle, lo descuartizaron, y llevando sus sangrientos restos clavados en las picas y lanzas, a manera de trofeos, desparramáronse por la ciudad, asesinando a cuantos judíos encontraban al paso, asaltando sus casas y yendo a buscarles en los rincones donde atemorizados se escondían, para saciar en ellos su odio.

Los reyes no podían autorizar en modo alguno aquellos excesos, aunque reconociesen la necesidad de castigar el atrevimiento de los enemigos de la religión católica; pero, ¿cómo obrar en justicia, para imponerse a unos y a otros?

Contristada, doña Isabel decía:

—No me quedará otro remedio que autorizar el establecimiento de la Inquisición, para que los motivos de tales desórdenes prevenga y evite.

Pero repugnábale, a pesar de todo, llegar a tal extremo; retardábalo todo lo posible y añadía, cuando de este asunto hablaba:

—Si la Inquisición llega a establecerse en mis dominios, será de modo y en condiciones que no sobreponga su poder a la autoridad real, y ésta servirá siempre de freno a sus excesos.

Propósitos nobles y sabios, más fáciles de concebir que de realizar.

* * *

Hemos dicho que aparte de esto, otro asunto de no menos importancia, ocupaba la atención de la reina por aquel entonces.

Para saber cuál éra, oigámosla a ella misma:

Era media tarde y paseaba con don Fernando por los jardines de su residencia, después de haber dedicado al trabajo todas las horas del día.

Seguíanles a respetuosa distancia algunas damas y caballeros, pero ellos ordenaron a unas y otros que se retirasen para quedar en mayor libertad.

Isabel estaba muy pensativa.

Advirtiólo Fernando y preguntóle:

—¿Qué os preocupa?

—Nunca lo adivinaréis—respondió ella.

—No es fácil. Si siempre es difícil penetrar el pensamiento de una persona, lo es mucho más cuando esa persona, como vos, tiene de continuo ocupada la mente por ideas grandes.

—Grande es, en efecto, la que ahora me aburre y domina. ¡Demasiado grande!

—¿A qué se refiere?

—A lo que es tema constante de mi preocupación y mis desvelos; al cumplimiento de mis deberes de soberana.

—Con exceso los cumples.

—¿Así lo creéis?

—No hay duda de ello.

—Tampoco mi conciencia encuentra en ese punto nada que reprocharme. Pero no estoy contenta, creo que hago poco, desearía hacer más.

—Más no es posible.

—Sí, Fernando.

—Cuando tal decís, es que empezáis a acariciar algún nuevo proyecto.

—No se trata de un proyecto nuevo, sino muy antiguo, y de él os he hablado muchas veces.

—¿Cuál es?

—¿No lo adivináis?

—No...

* * *

Acercóse la reina a su esposo y con voz baja y acento vehemente, como inspirado, díjole:

—Al Sur de nuestros estados, en la hermosa región an-

daluza, que la Naturaleza y el poder de Dios convierten en florido paraíso, hay un rincón de tierra que un día formó parte de la monarquía española, y que hoy no nos pertenece; el último baluarte de una raza invasora a la que nuestros antepasados, a impulsos de la fe, han ido arrojando palmo a palmo de la tierra de que por traición se apoderaron.

—¿El reino de Granada?—replicó el rey.

—Sí, el reino de Granada. Su existencia es para nosotros un baldón. Si a nuestra corona se agregara y de él arrojásemos a los últimos sectarios de Mahoma que profanan nuestro suelo y ofenden nuestra religión con sus creencias, terminado habríamos la obra grandiosa de la reconquista, comenzada por D. Pelayo y proseguida con entusiasmo y fe a través de tantos siglos. ¿A qué gloria mayor podíamos aspirar, que a la de dar cima a tamaña empresa?

—Pensar en eso es un sueño.

—¿Por qué?

—Porque no tenemos medios ni recursos para hacer lo que decís.

—¿Los tenían acaso mayores, los que allá en Covadonga se refugiaron en una cueva, para desde su refugio comenzar la lucha más desigual y grande que han presenciado los siglos? Eran pocos, y los enemigos, por el contrario, eran muchos; no obstante, los vencieron recuperando parte de la tierra de que se habían apoderado. Bajaron de sus alturas y fueron haciéndoles retroceder hasta relegarlos al último rincón que hoy ocupan. Hoy nosotros somos más y más fuertes y los enemigos débiles y menos. La lucha no es tan desigual como lo fué entonces...

* * *

Acompañando sus palabras con una sonrisa de bondadosa compasión, el rey interrumpió a Isabel, diciéndole:

—No soñéis, porque vuestros sueños, por hermosos que sean, os apartan de la realidad, y esto es un peligro. Las circunstancias han cambiado mucho desde los tiempos que decís, hasta ahora. Hoy el rey de Granada es amigo nuestro. Sin una causa que lo justifique, no podemos romper con él y declararle la guerra. Y aunque la guerra le declarásemos, ¿qué conseguiríamos? Nada. Recordad que no hace mucho se negó a pagarnos el tributo que nos debe, y hemos tenido que dejar de castigar su negativa.

—Lo cual puede envanecerle y decidirle a cometer algún desmán—replicó la reina.

—¿Lo teméis así?

—Lo deseo, porque entonces, para vengar la ofensa, no tendríamos otro remedio que tomar la ofensiva.

—En efecto; si Muley-Hasen hiciese algo que nuestra dignidad humillase, buscaría las represalias, yo os lo fío; pero vale más que ese caso no llegue, al menos por ahora. Nuestros recursos y nuestras energías se han agotado en el arreglo de nuestros asuntos interiores, y mientras de ello no nos repongamos, no nos conviene meternos en peligrosas aventuras.

La reina no replicó, comprendiendo la verdad de estas palabras; pero suspiró, murmurando:

—¡Fuera tan hermoso realizar lo que verdaderamente es por ahora un sueño!

Y preocupados los dos con lo que acababan de hablar, siguieron paseando silenciosos.

□ □ □ □



CAPÍTULO II

El marqués de Cádiz

UN paje se presentó a los reyes, diciendo:

—Don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, acaba de llegar y pide venia para...

No dejaron que el paje terminara el anuncio.

—¡El buen marqués de Cádiz!—exclamaron.

—Para que su residencia haya abandonado y en nuestra busca venga, preciso es que algo extraordinario ocurra.

Y dejando el jardín, encamináronse a sus habitaciones para recibir al recién llegado.

Más inquietud mostraba doña Isabel que su esposo en saber lo que ocurría.

Era el de Cádiz uno de los vasallos más nobles, más fieles y más valientes de sus reyes; pero por lo mismo, no estaba casi nunca junto a ellos. Demostrábales mejor su adhesión y su lealtad, peleando continuamente con los moros andaluces, con cuyas tierras lindaban algunos de sus extensos dominios.

Como en cierta ocasión la reina se le quejara de su alejamiento, él la respondió:

—Señora, qué preferiríais: ¿que a vuestro lado estuviese prodigándoos cortesanas lisonjas, que vuestro talento rechaza, o que lejos de vos la integridad de vuestros estados defendiese? Decid lo que sea más de vuestro agrado y eso haré, pues mi deseo no es otro que complaceros.

—Permaneced lejos de mí, marqués—le contestó la reina—, que quien como vos la lealtad entiende, cerca está siempre de sus monarcas, aunque lejos se halle.

Desde entonces no volvió a quejársele de su ausencia, y era cosa verdaderamente extraordinaria y siempre justificada por algún motivo importante, el ver a Ponce de León junto a sus reyes.

De aquí la inquietud y la ansiedad de doña Isabel, pues el solo anuncio de la llegada de aquel noble caballero, fué para ella indicio de trascendentales acontecimientos.

* * *

Compareció el marqués ante los monarcas, cuya mano besó, hincada una rodilla en tierra.

Cubría aún sus armas y vestiduras el polvo del camino y todo en él era indicio de una larga y precipitada marcha.

Esto aumentó aún más la impaciencia de los reyes, pues muy grave debía ser lo que el noble marqués iba a decirles, cuando a ellos se presentaba de aquel modo.

Además, en su rostro parecía reflejarse hondo pesar, como si las noticias de que era portador no fuesen satisfactorias.

—Hablad, don Rodrigo—díjole la reina—; hablad presto, que vuestra inesperada y siempre agradable pre-

sencia, nuncio es para mí de una gran desdicha o de una inmensa ventura.

—Vuestros presentimientos no os engañan, señora—respondió él—. Portador soy de nuevas importantísimas, por desgracia desfavorables.

—Desfavorables decís?

—Y tristes por añadidura.

—¡Oh, Dios mío!

—De vuestro valor y de vuestra abnegación dad una vez más prueba, escuchándolas tranquila y resignada.

—Decid. Acostumbrada estoy a acatar sumisa los decretos del Altísimo, aunque contrarios sean a mis deseos.

—Decid—añadió el rey—, que no hay dicha humana sin mezcla de contrariedad y nosotros somos demasiado afortunados en todas nuestras empresas, para que alguna contrariedad no sea justo que suframos.

* * *

Animado por estas frases, que le demostraban en sus reyes el valor con que de antemano contaba, Ponce de León dijo:

—Mi labio se resiste a comunicaros la desgracia tremenda que sobre nosotros cae, y que al par que el dolor, despierta en el alma la cólera. Rudo guerrero para el combate nacido y en el combate educado, la forma ignoro de atenuar las cosas, presentándolas menos tristes de lo que en realidad son. Así, pues, aunque vuestro pesar con mi laconismo aumente, en una sola frase os diré lo que ocurre.

Y con plañidero acento agregó:

—¡Zahara ha sido tomada por los moros!

—¿Qué decís?—exclamaron los monarcas, impresionados por lo grave e inesperado de la noticia.

—¡Zahara!

—¡Una de las perlas más preciadas de nuestra corona!

—¡Una de las plazas más importantes de nuestros estados!

—¡Una de las conquistas más gloriosas de las armas cristianas!

—¡Zahara en poder de los infieles!

—¡No puede ser!

—Equivocado estáis, quizá, buen don Rodrigo, o acaso vuestra buena fe han sorprendido con semejante patraña.

—¡Plugiera al cielo que así fuese!—replicó el de Cádiz—, pero seguro estoy de lo que digo.

—¿Luego es cierto?

—¿Luego es verdad lo que decís?

—¿Convencido estáis?

—¿Pruebas tenéis?

—¡Oh, Dios santo!

—¡La realidad de la desgracia es mayor de cuanto mi recelo previno!

Y los monarcas inclinaron abatidos la cabeza.

A los ojos de doña Isabel asomaron amargas lágrimas, no de temor, sino de pena; y la frente de don Fernando frunciόse con expresión de amenazador despecho.

—¡Zahara en poder de los moros!—repetía el rey, con reconcentrado acento.

Y cerraba los crispados puños, prometiéndose en su interior tomar venganza de aquel ultraje.

Pasados los primeros momentos de dolor y de asombro, los reyes invitaron al noble portador de tan triste no-

ticia, a que el modo explicara cómo había ocurrido, y él, obediente, se expresó de esta manera:

—Detalles ignoro, pero esto no importa para la gravedad del hecho reconocer en toda su importancia. He aquí cómo tuve aviso del desastre.

Hizo una breve pausa y luego prosiguió diciendo:

—En noche tempestuosa recorría yo por mí mismo las guardias de mi castillo, sin temor a los desencadenados elementos, pues noches tales son las que la traición escoge para preparar una sorpresa, cuando a mis oídos llegó una voz plañidera y triste que gritaba: «¡Ah de la torre!» Parecióme al pronto, más que sonido de voz humana, el gemir del huracán entre las encinas del bosque cercano; pero el grito repitióse, claro y distinto, y a mis hombres ordené que a las murallas se asomasen y se enteraran de lo que ocurría. Sin paciencia para esperar a que mis órdenes cumplieran les acompañé yo mismo, y un hombre pude distinguir al pie de los torreones, al otro lado del foso.

—¿Quién era?—interrogó impaciente la reina.

—Un infeliz que pedía hospitalidad.

—Y bien...

—Se la otorgué al punto convencido de que estaba solo y era de los nuestros, y poco después hallábase en mi presencia.

* * *

El relato era interesante, aunque nada ofrecía de particular hasta entonces.

—El aspecto de aquel desdichado—continuó el mar-

qués—, movióme a compasión. Estaba medio desnudo y con las carnes ensangrentadas. Al hallarse ante mí, cayó al suelo, como si las fuerzas le abandonaran, y rompió a llorar Le interrogué y no obtuve respuesta, estaba desfallecido y no tenía ánimos ni aun para hablar. Reanimado por nuestros esfuerzos, de sus labios salió, como un gemido, la misma frase que de los míos ha salido hace poco: «¡Zahara está en poder de los infieles!»

Interrumpióse el de Cádiz para cobrar aliento, y prosiguió después:

—De la terrible noticia dudé, como vosotros habéis dudado, y pedí explicaciones de ella. Mi huésped me las dió confusas, pues no le permitía su estado otra cosa; pero bastantes para convencerme de que la noticia era cierta. Formó parte de las escasas fuerzas que guarnecían Zahara. Aunque mi humildad de vasallo no me permita formular cargos ni a ello me atreva, oportuna me parece la ocasión para consignar que las plazas fronterizas con los moros, y expuestas, por lo tanto, a su rapacidad, se encuentran mal y escasamente protegidas.

—Lo sé—repuso don Fernando—, y asunto es ese que desde antiguo me preocupa, pero nuestros recursos actuales no nos permiten otra cosa. En vista de ello y esperando tiempos mejores, una tregua convine, como sabéis, con el rey de Granada, gracias a la cual esas plazas creía seguras.

—Pues ya véis el caso que el infiel hace de tal convenio. Cuando a su ambición cuadra, lo rompe y falta a él. Temí que este caso llegara, desde que en Sevilla recibísteis sus emisarios, portadores de su negativa a pagaros el

tributo que os debe. La negativa rechazásteis, pero el tributo no pagó y vos no se lo exigísteis.

—No convenía a los asuntos interiores de mis reinos, aventurarme por entonces en una nueva guerra.

—Como debilidad interpretó él lo que fué prudencia, y ya veis los resultados.

* * *

Impaciente la reina por el giro que la conversación tomaba, dijo:

—El pasado olvidemos para pensar en el presente.

—Razón tenéis, señora—respondió el de Cádiz.

Y reanudó su relato, diciendo:

—Según me refirió mi huésped, una noche los moros asaltaron Zahara por sorpresa. La guarnición era poca y dormía confiada. Cuando se dieron cuenta de lo que ocurría, ya tenían al enemigo dentro del recinto amurallado de la plaza. La defensa fué desesperada, heróica; pero inútil. Casi todos los defensores fueron degollados, muy pocos salvaron la vida, y uno de los pocos fué el que hasta mi castillo llegó, para darme la noticia. Pudo huir ayudado, quizá, por la Providencia, para que por él conociéramos el desastre.

Cambiando de tono añadió:

—No me bastaron estos informes, y espías envié para que se enterasen de si eran ciertos. Los espías volvieron diciéndome lo mismo: «¡Zahara está en poder de los moros!» Yo, entonces, en cumplimiento de mi deber, me puse en camino a marchas forzadas, para venir a deciros lo que ocurre.

▫ ▫ ▫ ▫



CAPITULO III

El amor de una cautiva



A veces los grandes hechos tienen por origen causas insignificantes y así sucedió con la toma de Zahara por los moros.

El motivo no fué otro que una secundaria cuestión de celos entre mujeres.

Algún tiempo antes, en una de las escaramuzas que a pesar de todos los tratados y convenios de paz, había constantemente entre moros y cristianos, fué hecho prisionero un noble caballero, llamado Solís, al cual acompañaba su hija Isabel, doncella de rara y portentosa hermosura.

Conducidos a Granada, fueron presentados al sultán Muley-Abul-Hasen, para que éste decidiera lo que había de hacerse con ellos.

Esperaban que los retuviese cautivos, encerrándolos en profundas mazmorras o que los cambiara por algunos personajes moros, prisioneros de los cristianos.

Este cambio no era difícil, teniendo en cuenta la elevada categoría de Solís y su hija.

Pero Muley Hasen no hizo ni lo uno ni lo otro.

Al contemplar en su presencia a Isabel, todos los que con él estaban viéronle perder el color del rostro y quedarse como sobrecogido de admiración.

La hermosura de la doncella cristiana le había cautivado.

—¡Por Alhá que es una hurí del paraíso prometido por el profeta de los creyentes—dijo—, y no seré yo quien atrevido su mal procure.

Y ordenó encerrarlos, pero no en oscuras mazmorras, sino en lujosas estancias del palacio de la Alhambra, donde él tenía su residencia.

A Isabel le fué destinada una preciosa torre, con toda la servidumbre necesaria (1).

En cuanto al padre, le fué destinado también lujoso alojamiento, que nada tenía de prisión.

* * *

Llamó grandemente su atención la extraña conducta de Muley-Hasen, y aun sin sospechar a lo que obedecía, no faltó quien lo pusiese en conocimiento de la sultana Aixa, madre de Boabdil, heredero del trono.

Aixa era mujer de gran talento y energía, en la que se hermanaban todas las cualidades características de su raza.

Manejaba la intriga como nadie, era ambiciosa y altiva, y en más de una ocasión había demostrado un valor y una energía que hubieran envidiado muchos hombres.

---

(1) Aún se conserva dicha torre, casi eu ruinas, en los alrededores de la Alhambra, y se la conoce con el nombre de «Torre de la cautiva».—*N. del A.*

Lo que los cortesanos no supieron comprender al pronto, lo adivinó ella en seguida.

Conocía las arrebatadas pasiones del sultán y pensó al punto:

—Se ha enamorado de la cristiana.

Para más convencerse de ello, quiso ver a la cautiva.

Se presentó en su torre sin previo aviso, y vió justificados sus temores en la belleza de la prisionera.

—Cristiana—le dijo—: hermosa eres como un rayo de sol, y como el sol pareces buena y pura. Tu religión prohibe a las doncellas el amor, como no sea el del hombre a quien llamáis esposo. Si con el disfraz del amor a tu honra atentase un hombre de creencias diferentes a las tuyas, e incapacitado, por lo tanto, para ser tu esposo, ¿qué harías para defenderte?

—Perder la vida—respondió Isabel sin vacilar.

Sonrió Aixa satisfecha, y se retiró, pensando:

—Nada tengo que temer. La cautiva es virtuosa, y no cederá ni por la amenaza ni por el halago a las pretensiones del sultán.

No obstante, se mantuvo alerta, para adelantarse a cualquier peligro.

* * *

Dando con ello idea clara de lo rendido de su amor, Muley-Hasen no abusó de su autoridad para obligar a la prisionera a obedecer su capricho, sino que intentó hacérsela suya con obsequios y halagos.

Enviábale ricos presentes e iba por las noches a entonar enamoradas canciones al pie de los minaretes de su encierro.

Aixa sabía todo esto y callaba.

Tenía fe en la virtud de la cautiva.

Isabel manteníase insensible a los ruegos del sultán.

Este arrastrábase de rodillas a sus pies, mendigando una mirada de amor, y ella tapábase los oídos para no escucharle.

Desesperado él trocaba las súplicas por las amenazas y la doncella respondíale:

—Matadme si queréis; pero ni aun así lograréis hacerme faltar a mi virtud y a mis creencias.

Con lo cual enamoraba y enloquecía aún más a Muley-Hasen.

Aixa, enterada de la noble conducta de la joven, enviábale ricos presentes e iba a visitarla algunas veces, para animarla con sus elogios a mantenerse en su actitud.

—Cumplo mi deber—respondía Isabel, a las palabras de la sultana—. Peor para la que en mi caso se encontrase y no hiciera lo que yo hago.

* * *

En algunas de sus entrevistas, la cristiana amenazó al sultán con quitarse la vida, si intentaba algo contra ella, si llegaba a ponerle la mano encima.

Esta amenaza impresionó a Muley-Hasen y le contuvo por algún tiempo; pero después, reflexionando friamente en ella, se dijo:

—No hará lo que dice. ¿Cómo ha de hacerlo, careciendo de armas para matarse?

Y una noche fué a la torre de la cautiva resuelto a todo.

Isabel velaba, pensando en su triste suerte.

Al ver presentársele el sultán a deshora, se asustó.

El expresó de nuevo sus deseos.

Le ofreció honores, grandezas, hasta su trono.

Como la joven siguiera resistiéndose, la dijo:

—Pues serás mía aunque no quieras.

Isabel corrió a refugiarse junto a un minarete, repitiendo su terrible amenaza:

—Si intentáis algo contra mí, me mato.

Muley-Hasen se rió de aquella amenaza, que otras veces tanto le había asustado.

Avanzó hacia la joven, con el intento de estrecharla en sus brazos, y la cristiana entonces, abriendo el minarete junto al cual se hallaba, se arrojó por él.

El sultán lanzó un grito de espanto, considerando a la doncella perdida para siempre.

Aquella parte de la torre daba a un profundo barranco, por el fondo del cual corría el Darro.

La muerte de Isabel era segnra (1).

* * *

Por un verdadero milagro, la doncella no murió.

Recogiéronla ensangrentada, pero viva, y pudieron curarla y vivió, sin detrimento alguno para su hermosura.

Aíxa admiró aquel rasgo de valor heróico de la prisionera, y confió más que nunca en su virtud.

Mas pronto aquella confianza se convirtió en odio.

Después de tanta resistencia, Isabel sucumbió a los deseos del sultán.

Amenazóla éste con vengarse en su padre de sus des-

---

(1) En las ruinas antes citadas, se ve aún la ventana por donde se arrojó la cautiva.

El Darro no pasa ya a sus pies, por haber sido desviado algo su curso, por exigencias del moderno crecimiento y ensanche de población.—*N. del A.*

vios, a la joven le faltó valor para despreciar estas amenazas, como había despreciado las que contra ella únicamente iban dirigidas.

De prisionera pasó a la categoría de favorita del sultán, con el nombre de Zoraya, el cual tiene en árabe un significado muy poético.

La corte de Granada rindió homenaje a la nueva favorita; el poder de ésta no tuvo desde entonces límites; organizáronse en su honor espléndidas fiestas y su padre fué uno de los personajes más influyentes cerca del sultán.

Había allí aduladores, como los había en todas pastes, y Zoraya fué tenida por muchos como la sultana verdadera, sin que ella pareciese muy pagada de tales grandezas.

Había sucumbido únicamente por salvar la vida de su padre, y en su interior, su virtud protestaba de su deshonra.

* * *

Despechada y furiosa, herida en sus derechos de mujer y en sus sentimientos de madre, Aixa buscó compensación y consuelo en la venganza.

Entonces fué cuando empezaron sus intrigas.

Supo atraerse a algunos personajes influyentes, haciéndoles ver que Muley Hasen faltaba al cumplimiento de sus deberes de rey.

—Adormecido en los brazos de la cristiana—decíales —no defiende sus territorios ni cuida de ensancharlos.

Y comenzó a preparar el terreno para destronar a Muley Hasen y proclamar a su hijo Boabdil.

Pronto tuvo muchos partidarios.

Enterado el sultán de aquellos manejos, comprendió que necesitaba dar un golpe de efecto para contrarrestar las intrigas de Aixa, y entonces fué cuando por sorpresa tomó Zahara, como podía haber hecho cualquier otra cosa.

Aquella conquista no obedecía a un plan preconcebido.

El caso era hacer algo que le diese alguna gloria y le rehabilitase ante sus súbditos

El éxito fué satisfactorio, como sabemos, y los granadinos, irreflexivamente entusiasmados, aclamaron a su sultán.

Las maquinaciones de Aixa, quedaron destruídas, y la mayoría de sus parciales la abandonaron.

Aixa ocultó su cólera, esperando mejor ocasión para sus planes, mientras crecía el prestigio de Zoraya.

He aquí por qu dijimosé antes, que la toma de Zahara tuvo por origen una cuestión de celos entre mujeres

A veces, el destino de una nación, depende del capricho de una mujer.

Aquella había de ser causa de que el reino de Granada se perdiese.





CAPÍTULO IV

El desquite

CONVENCIDOS de la verdad de las tristes noticias de que el marqués de Cádiz era portador, los reyes comprendieron la necesidad de buscar una compensación a aquella desgracia; pero no quisieron resolver nada por sí solos y consultaron el parecer de los principales magnates y los más nobles caballeros.

Todos opinaron como los monarcas y todos comprendieron la necesidad de hacer algo, ofreciéndose incondicionalmente para todo.

Aquella unanimidad de parecer y aquellos ofrecimientos animaron a Isabel y Fernando.

Pero las circunstancias eran demasiado críticas y penosas para emprender la reconquista de Zahara, al menos por el presente.

No contaban con elementos para ello, y los moros, además, la habían guarnecido y fortificado, haciéndola poco menos que inexpugnable.

Procurar entonces recuperarla, era exponerse a una derrota que agravaría la situación.

La reina, de temperamento aún más enérgico que cuantos la rodeaban, replicó:

—Y sin embargo, hay que hacer algo. Todo antes que sufrir resignados la afrenta que los moros nos han inferido.

* * *

Cuando ya todos hubieron expuesto su parecer sin dar una solución satisfactoria al conflicto, el marqués de Cádiz, que hasta entonces se había reservado su opinión, dijo:

—Yo puedo ofrecer el desquite que se busca.

Estas palabras, en boca de caballero tan sensato y prudente, reanimaron la esperanza de todos.

Invitáronle a explicarlas, y él se expresó de esta manera:

—Para dar una lección al rey de Granada, y demostrarle que los cristianos no estamos dispuestos a sufrir resignados sus desafueros, juzgo que no es preciso intentar por ahora la reconquista de la plaza de que él se ha apoderado; esta será empresa más propia para acometida después y con más calma. Bastará que nos apoderemos por sorpresa de otra cualquiera de sus plazas, como él se ha apoderado de una de las nuestras. Algunas hay que las tiene bastante descuidadas, y cuyo asalto, con el sigilo y la prudencia convenientes, será de éxito casi seguro.

Pareció muy bien este consejo a todos, y la reina, que al oir hablar de esta manera a Ponce de León, comprendió que sus palabras obedecían a un plan preconcebido y meditado, díjole:

—¿Y qué plaza opináis que podemos atacar? Habladnos francamente, don Rodrigo, que vuestra sabia opinión

es de mucho peso para todos los que os escuchamos, y en consideración será tomada, aunque no fuere seguida.

Igual invitación hízole el rey, y todos los presentes, que para con él tenían la consideración y el respeto a que era acreedor, esperaron impacientes a que expusiese su idea con más claro desarrollo.

* * *

Demostrando que en efecto hablaba premeditadamente y no con caprichosa y punible ligereza, don Rodrigo dijo:

—Hay una plaza de gran importancia, que los moros tienen en la mayor estima y que consideran segura por su posición y sus defensas. Apoderarse de ella sería para el enemigo un golpe terrible, pues fuera ir a buscarle y herirle en el corazón mismo de su reino.

—¿Y qué plaza es?—preguntó Isabel con impaciencia.

—Alhama—respondió el de Cádiz.

Todos miráronle con asombro, temiendo que el buen marqués se hubiese vuelto loco.

—¡Alhama!—exclamó el rey—. La elección no me parece acertada. Otras plazas fronterizas hay a las que pudiéramos llegar con menos riesgo.

—Pues yo opino que don Rodrigo dice bien—objetó la reina—, y que precisamente por las dificultades que la conquista de Alhama ofrece, debe intentarse para que, si se consigue el golpe, tenga más resonancia.

Con animación creciente, añadió:

—Apoderarnos de una plaza fronteriza insignificante y mal defendida, es empresa sin gloria, que no corresponde a la magnitud del ultraje recibido. Además, es de suponer que Muley-Hasen tema que busquemos el desquite, y ante tal temor, las plazas que sospechará atacaremos primero, son las más inmediatas a nosotros; por lo tanto, procurará defenderlas convenientemente, y podría muy

bien ocurrir que al intentar un golpe que considerábamos fácil, sufriéramos un descalabro doblemente vergonzoso.

Estas razones, muy lógicas y atinadas, empezaron a pesar en el ánimo de los que las oían.

—Alhama en cambio—prosiguió la reina—, por su posición no puede temer el enemigo que sea atacada, y a pesar de su importancia acaso esté menos guarnecida. La conquista de Alhama, pues, será quizá menos difícil de lo que se cree y producirá mayor efecto por lo inesperada e importante. Será una digna contestación al reto que se nos ha lanzado. Opino, por consiguiente, como el marqués de Cádiz, que en Alhama debemos fijar nuestras miras. Me satisface la elección.

* * *

Con verdadero entusiasmo, Ponce de León, dijo:

—Con vuestro talento superior, señora, os habéis hecho cargo en seguida de la situación, adelantándoos a aducir los mismos argumentos que yo hubiera aducido en defensa de mi plan. Nada tengo que añadir a lo que vos habéis dicho. En las consideraciones por vos expuestas apoyaba yo mi idea.

A los demás no les parecía ya tan desacertada la opinión del marqués, después de oir a la reina.

Esta les había casi convencido.

—Pero hay que enterarse de si Alhama está en condiciones de ser atacada con probabilidades de éxito—dijo don Fernando.

—Ya está eso hecho, señor—repuso don Rodrigo.

—¿De veras?

—No había de atreverme a proponer un plan, sin estar antes seguro de su probable realización.

—¿Luego poseéis los datos que necesitamos?

—Sí.

—Exponedlos.

—Preferible será que los oigáis de labios del mismo que los ha adquirido.

—¿Qué queréis decir?

—¿Me otorgáis vuestra venia para que comparezca en vuestra presencia quien podrá enterarnos de lo que deseamos saber?

—Mi permiso tenéis.

El marqués saludó, asomóse a la puerta de la cámara y habló algunas palabras con su escudero.

* * *

A poco presentóse la persona que el de Cádiz había mandado llamar.

Era el capitán Juan Ortega, conocido ya de los reyes y tenido en gran estima por su valor.

También la palabra del capitán merecía crédito y los informes que él diese habían de ser tenidos por verídicos.

Saludó a los monarcas, y esperó que le dijese para qué había sido llamado.

—Por indicación mía—dijo el marqués—, el capitán Ortega, aquí presente, realizó hace tiempo un viaje a Alhama, con las debidas precauciones, para enterarse de la situación de la plaza, pues entraba en sus planes y en los míos apoderarnos de ella por nuestra cuenta. Que él exponga los datos que adquirió, pues para ello le he traído en mi compañía, suponiendo que mi plan sería tomado en consideración, como así ha sido.

Invitaron los monarcas al aludido a hablar, y él lo hizo en esta forma:

—Ganoso de ayudar a mi buen amigo don Rodrigo en alguna de las gloriosas empresas que pregonan su valor, a él me ofrecí y él me habló de la conquista de Alhama, intento que al pronto me pareció muy arriesgado. No obs-

tante, como la prudencia del marqués me inspira tanta confianza como admiración me infunde su valentía, mi ofrecimiento sostuve y a cumplirlo me apresuré, haciendo lo que me indicaba. A Alhama fuí y en la plaza entré, enterándome detalladamente de cuanto me convenía averiguar.

* * *

Muy interesada doña Isabel en el relato, preguntó:

—¿Y cómo en la plaza entrar lográsteis y cómo hasta ella pudísteis llegar sin que os detuviesen?

—A la astucia pedí recursos para ello, señora—respondió Ortega—, que hay ocasiones en las que el valor no sirve y la astucia es necesaria.

—La astucia unida al valor—objetó don Fernando—, se llama prudencia.

—¿Qué hicísteis?—insistió la reina.

—Me disfracé.

—¡Ah!

—Pero con perfección tan rara, que mis deudos más allegados no habrían podido reconocerme.

—Muy bien.

—Me disfracé de mercader judío.

—Muy buena idea, porque los judíos circulan sin dificultad por todas partes.

—Sin tropiezo llegué al punto a donde me dirigía, en la plaza entré, y hasta al alcalde me presenté para ofrecerle mis mercancías.

—Valor fué, después de todo—dijo uno de los caballeros—, porque si, a pesar del disfraz, os hubiesen reconocido...

—Me hubieran retenido cautivo o me habrían matado.

—Es lo probable.

—Es lo seguro. Pero, ¿qué valen la libertad y la vida,

cuando del cumplimiento del deber se trata? Al deber se sacrifica todo y el mío es luchar por la gloria de mis reyes, por la defensa de mi religión y por el engrandecimiento de mi patria.

—¡Bravo, mi valiente capitán!—exclamó la reina—. ¡Así habla un fiel vasallo de corazón hidalgo y alma esforzada! Proseguid.

* * *

Inclinóse el capitán, dando las gracias por tan lisonjeros elogios, y siguió diciendo:

—En la plaza estuve tres días y pude estudiar por mí mismo sus defensas.

—Teugo entendido que son formidables—dijo el rey.

—En efecto, y a ello contribuye la posición de la plaza misma. Asentada sobre unas rocas, en una altura, para subir a ella no hay más que un camino, y un camino sólo es fácil de defender y de guardar. Pero esto mismo que ha aumentado la confianza de los moros, sus posesores, creyendo Alhama inexpugnable, es precisamente lo que la hace fácil de tomar para quien sepa dirigir el ataque e intentar el asalto. Para darse mejor cuenta de ello, conviene el estudio de un plano que levanté sobre el terreno, y que aunque imperfecto, basta para hacerse cargo de lo que quiero que comprendáis.

Extendió sobre una mesa un pergamino que sacó de su escarcela, y todos se agruparon en torno suyo.

La curiosidad se pintaba en todos los rostros, menos en el del marqués de Cádiz.

Este conocía ya detalladamente todos aquellos datos.

* * *

Señalando sobre el plano lo que iba diciendo, el capitán continuó:

—Como veis, el camino único para subir a la plaza es este que está aquí trazado y que según dije antes se halla muy bien defendido. Las defensas son más débiles en las murallas laterales, y en la parte posterior no existen en absoluto. Por este lado las rocas son tan escarpadas, que no han creído necesaria otra defensa que la natural que el terreno ofrece. Pero si se escala una muralla altísima coronada de soldados, ¿por qué no ha de escalarse del mismo modo y acaso con más facilidad una roca?

—Tenéis razón—aslntió Isabel.

—Todo el secreto del·éxito está en llegar con sigilo y dirigir el ataque por este lado. Tengo por seguro que si así se hace, la victoria es cierta. Una vez dentro de la plaza, lo demás depende del valor de los soldados y me atrevo a responder de los que yo mande. Tales son los datos que puedo dar de plaza tan importante. Si se me ordena que la ataque, casi aseguro un buen resultado.

* * *

A pesar de los informes del capitán, aún había quien vacilaba.

Discutióse largamente si se intentaba aquella aventura.

La reina opinaba que sí y prevaleció su opinión sobre las de los demás.

Pero había que convencerse de si la plaza estaba aún

en las mismas condiciones o habían sido reformadas sus defensas.

Ortega encargóse también de ello.

Hizo un segundo viaje, disfrazado como en el primero, y volvió diciendo:

—Todo está igual. Alhama será nuestra si la atacamos.

Animáronse hasta los más desconfiados, hiciéronse los preparativos necesarios, y al fin reunióse una pequeña columna, que partió al mando del marqués de Cádiz y del capitán Ortega, sin decirse a dónde iba.

En viajes y preparativos invirtiéronse algunos meses.

Al fin, un día, en Marzo de 1482, recibióse la fausta nueva de que Alhama había sido conquistada por los cristianos.

Estaba tomado el desquite de la pérdida de Zahara.

La nueva produjo el mayor entusiasmo, y la reina, al saberla, dijo a su esposo:

—La guerra contra los moros, que os aconsejaba para terminar la obra de la reconquista, y que vos prudente rechazábais por no hallarnos en condiciones de emprenderla, ya está comenzada. Así lo ha querido la suerte, que en este caso parece cómplice de mis deseos. Sigamos adelante y no nos detengamos hasta hacer desaparecer ese último baluarte de la dominación árabe en España. ¡Adelante, siempre adelante! ¡Dios lo quiere!

Aquel hecho puede asegurarse que fué el principio de la conquista de Granada.



CAPÍTULO IV

La debilidad de un príncipe.

LA pérdida de Alhama, produjo en Granada extraordinario y profundo efecto.

No acertaban a comprender cómo los cristianos habían llegado hasta allí, apoderándose de una plaza que consideraban inexpugnable, y explicábanselo achacándolo a causas sobrenaturales.

Muley Hasen perdía ascendiente en el ánimo de sus fanáticos partidarios.

Sólo a los errores del sultán, achacábase aquella derrota, y muchos de los que hasta entonces figuraron en las filas de sus leales amigos, declaráronse en contra suya.

Sucedió lo que acostumbra suceder siempre en el desastre. Los mismos que más le habían animado a provocar a los cristianos con la toma de Zahara, protestaron de aquella provocación, considerándola una locura.

—Los estados castellanos no son ya lo que eran en reinados anteriores—decian—. Isabel y Fernando han logrado dar unidad a sus dominios, sujetándolos a su autoridad; llegarán a constituir en poco tiempo una monarquía poderosa, y nos hubiera sido más conveniente atraernos su amistad que provocar su enojo. Sólo en buena armonía con ellos habríamos conservado la integridad de nuestro reino. Con la toma de Zahara, ¿qué hemos conseguido? Perder Alhama y dar pretexto a nuestros vecinos para que nos declaren la guerra; y si la guerra nos declaran, ¿cuál será su resultado? El desastre.

Estos razonamientos eran lógicos; pero para razonar con lógica, aquella gente necesitaba escarmientos como el que acababan de sufrir.

Como la exageración es la nota característica de la manera de ser de los árabes, a la desesperación se entregaron, considerándolo todo perdido.

Los santones profetizaban grandes calamidades y el pánico cundía por la ciudad y de la ciudad extendíase a los pueblos.

Por aquella vez las profecías se cumplieron como todos nosotros sabemos y veremos muy pronto detalladamente; pero a ello contribuyó en gran manera el terror supersticioso de los que en tales vaticinios creían.

* * *

Constante en su odio al sultán por las preferencias con que éste distinguía a su nueva favorita Isabel de Solís, la cristiana renegada que todos designaban ya con el nombre de Zoraya, Aixa aprovechó la ocasión para poner en

práctica el plan antes concebido y no realizado de proclamar a Boabdil.

Las circunstancias no podían ser más oportunas.

Todos censuraban al sultán por su derrota, como le hubieran ensalzado por su triunfo, y volvían los ojos hacia el joven príncipe, poniendo en él su esperanza.

Los parciales que perdía el uno, los ganaba el otro, y Aixa veía acudir a ella a los más nobles e influyentes dignatarios de la corte, ofreciéndole su ayuda.

La orgullosa y vengativa sultana estaba satisfecha.

Su vanidad la cegó impidiéndole comprender que aquel a quien destinaba para prematuro sucesor de su padre y usurpador de su corona, no reunía condiciones para ello.

Boabdil era bueno, inteligente y afable, pero débil, y la debilidad en los monarcas es a la vez un defecto y un peligro.

Encerrado casi siempre en el poético recinto de la Alhambra, ni había intervenido nunca en los negocios del gobierno que había de heredar un día, ni pensaba en otra cosa que en entregarse a poéticos ensueños que le hacían vivir fuera de la realidad.

No tuvo nunca ni aun la alegría propia de la gente moza y que viene a ser como tributo obligado de la juventud.

De carácter retraído y melancólico, hablaba apenas y siempre nublaba su rostro una nube de tristeza inexplicable, pues no habiendo sufrido aún, por razón de sus pocos años, pesares de ningún genero, aquella tristeza no tenía razón de ser.

Diríase que era como un presagio de los desengaños y las desventuras que le aguardaban.

* * *

El día en que Aixa habló a su hijo de sus propósitos, Boabdil intentó oponerse a los deseos de su madre.

Lo intentó únicamente, porque le faltaban energías para una oposición formal y firme.

Era de noche.

El joven príncipe paseaba solo por los jardines del generalife, su retiro predilecto.

La luna, filtrando sus rayos a través de las verdes copas de los añosos laureles, reverberaba en las aguas de los estanques, abrillantando su serena superficie. La temprana flor de los almendros embalsamaba el ambiente y la brisa mecía dulcemente los altos penachos de las esbeltas palmeras.

De pronto, al desembocar en una apartada plazoleta, en la que un murmurante surtidor vertía el líquido caudal de sus aguas en pulida taza de alabastro, Boabdil distinguió confusamente en la espesura una sombra blanca y vaporosa, que avanzaba hacia él.

El futuro sultán se detuvo temblando, no de miedo, sino de emoción.

¿Sería aquello la realización de uno de sus fantásticos sueños?

¿Quién sino una hurí del paraíso del profeta, podía penetrar en aquella mansión, en la que a todos les estaba prohibida la entrada?

La sombra siguió avanzando y Boabdil cruzó los brazos sobre el pecho y se inclinó humilde ante ella.

Era una mujer la que junto a él llegaba.

Despojóse del blanco albornoz que la envolvía y Boabdil pudo ver que era la sultana.

* * *

Trocóse en cariñoso respeto la emoción del joven príncipe y con voz dulce dijo:

—Con Alhá vengas, madre.

—El te acompañe—respondió Aixa, besándole en la frente—. En tu busca vengo.

Boabdil la miró con miedo.

Cuando su madre le buscaba, siempre era para algo contrario a sus deseos.

Con la vehemencia propia de su carácter exaltado, la sultana agregó:

—Ha llegado la hora de que ocupes el trono a que tienes derecho.

—¿Ha muerto acaso mi padre?—preguntó él conmovido.

—No.

—Entonces...

—¿Y qué importa?

—¡Madre!

—Ausente está de Granada, aunque si aquí estuviera sería lo mismo, pues en los brazos hallaríase de Zoraya, su nueva favorita; pretendiendo lanzarse a imprudentes aventuras guerreras, para las que su indigno amor es un obstáculo, los cristianos acaban de apoderarse de Alhama,

en castigo de haberse él apoderado de Zahara. Sus manos no sirven ya para empuñar el cetro que compromete con sus locuras, y es preciso y conveniente que a las tuyas pase. Así lo exige nuestro bien y el de nuestro pueblo.

—¡La rebelión!—murmuró Boabdil, estremeciéndose.

—¿Te asusta?

—Sí, madre, porque la rebelión contra un padre es un crimen. El día que el sultán muera, obligado por el destino a ser su sucesor, resignado recogeré su herencia; pero mientras ese día llega, y ojalá tarde, déjame gozar libremente de la vida, sin cuidados ni deberes, y no me excites a hacer lo que a mi corazón repugna.

* * *

Enojada y colérica al oir estas razones, Aixa exclamó:

—¡Esas palabras son indignas de ti! Mentira me parece que las pronuncies y al escucharlas dudo si eres mi hijo y si mi sangre corre por tus venas! ¿Qué diría de ti tu pueblo, el pueblo que has de gobernar un día, si de ese modo te oyera expresarte?

—Diría que soy prudente—respondió el príncipe.

—Diría que eres cobarde.

—Nunca fué el respeto cobardía.

—Pero lo es la debilidad.

—No es debilidad la que me hace hablar de este modo; es cariño y obediencia a mi padre y señor.

—Los príncipes no tienen para con sus padres los mismos deberes que los demás hombres; son príncipes antes que todo y antes que todo deben velar por el trono en que

han de sentarse. El trono que has de ocupar vacila, tu padre acabará por perderlo y tú debes defenderlo y conservarlo, apoderándote de él. ¡Es tuyo!

Hablándole al oído, añadió con acento insinuante:

—Todo está preparado. Nuestros partidarios son numerosos y esperan únicamente tu presentación para rendirte pleito homenaje como a su soberano. Cuando tu padre vuelva avergonzado por su derrota, ellos le impedirán la entrada.

—Fuera mejor recibirle compasivo, con los brazos abiertos, para que en ellos llorase su desgracia.

—Hay desgracias que no merecen compasión, sino castigo. ¡Sígueme!

—¡Madre!

—Te aguardan nuestros partidarios para proclamarte. ¡Ven conmigo!

—¡No!

Sin hacer caso de esta negativa, la sultana le cogió de la mano y le obligó a seguirle.

Boabdil ya no le opuso resistencia alguna.

No se atrevió a ello.

La siguió tembloroso, murmurando:

—¡Acabaron para siempre mi tranquilidad y mi dicha!

Y suspiró tristemente.





CAPÍTULO V

La fuerza de las circunstancias.

REVISTIÓ la proclamación de Boabdil gran solemnidad, tuvo extraordinaria resonancia y fué apoyada efectivamente por nobles y poderosos magnates granadinos, ganados por Aixa para la causa de su hijo, que era la suya, la de su venganza.

El pueblo aclamó al nuevo sultán, y pocos, muy pocos permanecieron fieles a su padre.

Cifraban todas sus esperanzas en el hijo y esperaban verlas realizadas en plazo breve.

Como siempre que un nuevo rey ocupa el trono, y sobre todo si es joven y débil de carácter, cuantos rodeaban al monarca que acababan de proclamar, pretendían darle consejos.

En compensación de la ayuda que le habían prestado, aspiraban a imponerle su voluntad.

Los unos, los más prudentes, aconsejábanle que no se enredara en peligrosas aventuras y mantuviera a toda costa la amistad y buena armonía con los cristianos, por lo menos hasta que contasen con medios para luchar con

ventaja; los otros, los osados y ambiciosos, le aconsejaban, por el contrario, que solemnizase su proclamación e hiciera célebre su reinado con atrevidas conquistas que ensancharan sus dominios.

Aixa era de los segundos.

Por lo mismo que amaba entrañablemente a su hijo, quería hacer de él uu héroe.

Si lo conseguía, sería este el medio mejor para atraerse los pocos partidarios que restaban a Muley Hasen, el cual se vería solo.

Entre tan opuestos y encontrados pareceres, el nuevo sultán no sabía qué decidir y concluía por no hacer nada.

Ni procuraba atraerse la amistad de los cristianos, dándoles cumplida satisfacción por la toma de Zahara, ni buscaba el desquite por la pérdida de Alhama.

Dejaba que los acontecimientos siguieran su curso, desarrollándose por sí solos, y fatalista, como todos los de su religión y su raza, no intentaba torcer el destino.

A las excitaciones de unos y otros, respondía:

—Lo que haya de ser, será.

Y con esto, que tenía por una profunda sentencia, pensaba decirlo todo.

Y era que Boabdil, agobiado por el peso de la carga que a la fuerza habían echado sobre sus hombros, proclamándole casi contra su voluntad, echaba de menos los tiempos dichosos en que no tenía que hacer otra cosa que entregarse a sus fantásticos ensueños.

Ya no podía pasearse horas y horar por los floridos vergeles de la Alhambra, poetizando las realidades de la existencia, que le eran casi completamente desconocidas.

Nuevos deberes le reclamaban, solciitando por com-

pleto su atención, y el sultán suspiraba echando de menos su anterior y tranquila oscuridad.

De buena gana habría abandonado el poder a cualquiera, dejándole hacer y deshacer a su antojo y autorizando a ojos cerrados cuanto hiciera.

Pero no podía.

A su lado estaba su madre para impedírselo; su madre que le decía a cada instante:

—Piensa lo que eres y cumple con tu deber.

La corte de Castilla seguía con el mayor interés los acontecimientos que tenían lugar en la de Granada, y la proclamación de Boabdil produjo en ella extraordinario júbilo.

Con la penetración que le era propia, Isabel vió en aquello una esperanza para la realización de sus designios y dijo:

—La guerra civil estallará entre los moros, los partidarios del padre lucharán contra los del hijo, sobrevendrán graves desórdenes, todo esto les debilitará, les aniquilará casi, y entonces estarán en condiciones de ser fácilmente vencidos. Hay que saber esperar: esperemos.

Hablando del mismo asunto con su esposo, decíale:

—Mirad cómo todo va combinándose providencialmente para animarnos a emprender la conquista de Granada, que vos considerábais imposible. Como para alejar nuestros temores y decidirnos a ella, las circunstancias nos la presentan casi como necesaria e inevitable.

Pero don Fernando no se dejaba llevar fácilmente por la opinión de nadie, ni aun de su esposa, y respondía con calma:

—No soñemos; mantengámonos dentro de la realidad

y la realidad es que si hoy emprendiéramos la conquista que decís, o seríamos vencidos en ella o careceríamos de recursos para llevarla a feliz término.

Doña Isabel suspiraba al escuchar estas razones, precisamente porque comprendía que eran fundadas.

También llegó hasta Muley-Hasen la noticia de la proclamación de su hijo, que era como su destronamiento.

El sultán destituído conocía bien a los suyos y pensó:

—Lo que me sucede es consecuencia natural de la toma de Alhama por los cristianos, en represalias de haberme apoderado yo de Zahara. Esto, que siendo un hecho casi natural y lógico, tiene apariencias de desgracia y derrota, ha impresionado a los míos hasta el punto de decidirles a volverme la espalda; pero mudarán de parecer en cuanto mi suerte cambie. Si yo alcanzase ahora una victoria y a Granada tornase, sería recibido en ella triunfalmente y mi hijo y usurpador tendría que huir y defenderse de los mismos que le han proclamado.

Así hubiera sido, en efecto; pero la dificultad estaba en conseguir la victoria a que el sultán se refería.

Sobrábanle recursos y medios para ello; mas sus tropas comenzaban a estar desmoralizadas, y según la empresa en que hubiese querido empeñarlas, no le habrían obedecido.

Pero era necesario hacer algo y Muley-Hasen pensó:

—¿Qué otra cosa pudiera intentar mejor que la reconquista de Alhama?

Si vencía, el golpe sería verdaderamente de extraordinario efecto.

Bien mirado, la victoria no era difícil, sino antes bien, fácil y probable.

Con imprevisión incomprensible, los cristianos habían

dejado la plaza tan gloriosamente conquistada, escasamente guarnecida.

Por el número, sus defensores serían impotentes para rechazar un ataque serio.

Además, por su situación, era difícil que recibiesen auxilios con la oportunidad necesaria.

Teniendo en cuenta todas estas ventajas, el sultán decidióse a jugar el todo por el todo.

Si fracasaba en su intento, estaba perdido para siempre; en cambio, si salía con bien, estaba salvado.

En la corte de Castilla túvose noticia de la apurada situación de la plaza de Alhama, amenazada por los moros y sin medios suficientes de defensa.

Enviar recursos era difícil por la distancia, por la situación y por la carencia de medios; y por otra parte, no podían abandonar sin ayuda de ninguna clase a los valientes que allí estaban dispuestos a morir en cumplimiento de su deber.

Discutióse largamente lo que se debía hacer, y algunos, el rey entre ellos, optaron por abandonar la plaza.

Que se retirasen de ella sus defensores, regresando a Castilla, y que los moros la volvieran a ocupar sin lucha y por consiguiente sin triunfo.

Los que tal opinaban, decían:

—El golpe está ya dado, la venganza tomada, la victoria conseguida, y el abandono voluntario de lo que hemos hecho nuestro, no amenguará en lo más mínimo nuestra gloria. Sostener la plaza en las condiciones en que está, es muy difícil. Si intentamos llegar hasta ella para auxiliarla, nos cerrarán el paso, y aun en el caso de vencer, llegaremos pocos. Faltan recursos, y los pocos que hay

conviene aplicarlos a otras cosas. Alhama será un peligro constante, pues constantemente se verá amenazada por nuestros enemigos, y después de grandes esfuerzos llegará un día, en que por el más leve descuido, la perderemos vergonzosamente. Para esto, vale más renunciar a ella.

Aun comprendiendo lo atinado de estas razones, la reina opinó de muy distinto modo.

—Abandonar Alhama—dijo—fuera una cobardía y una vergüenza. ¿Para qué la hemos conquistado, entonces? ¿Disponemos, quizá, de la sangre de nuestros soldados, para derramarla por capricho en inútiles empresas? Todas esas razones hubieran estado muy bien antes de la conquista, no ahora. Si demostramos miedo, y miedo es renunciar a lo que es nuestro, los que hoy nos admiran nos despreciarán, y los que nos siguen nos negarán su ayuda cuando volvamos a necesitarla, diciéndonos, con razón: «¿Para qué reclamáis nuestro auxilio, para que después resulte estéril el fruto de nuestros esfuerzos?»

Como el rey era uno de los que defendían el abandono, Isabel llegó a decir:

—Si de defender y conservar Alhama se desiste, Castilla sola y yo en su nombre, toma por su cuenta la empresa y la llevará a feliz término. Yo sé muy bien que mis nobles castellanos, cuyos corazones laten al unísono del mío, no han de abandonarme. Con ellos solos acometeré lo que todos juntos no se atreven a realizar.

Las valientes palabras de la reina hallaron eco en los que las oían y muchos de los que antes pensaban de otro modo, se adhirieron con entusiasmo a su opinión.

El rey mismo, herido en su amor propio por las palabras de la reina, díjole:

—Disponed vos lo que ha de hacerse y yo seré el primero en obedeceros.

Dispusiéronse rápidamente refuerzos que partieron para Alhama, llegando a tiempo para defenderla de los moros, que ya la rodeaban.

Los sitiados defendíanse como héroes, y gracias a la imprevisión de los sitiadores, que no llevaban artillería, pudieron entretenerlos hasta que llegaron los auxilios que esperaban.

Los moros viéronse cogidos entre dos fuegos, los de la plaza y los de los refuerzos, que les batían a retaguardia, y hubieron de levantar el campo, huyendo desordenadamente.

Rehiciéronse más tarde y volvieron sobre la plaza; pero también fué inútil.

Alhama quedó definitivamente para los cristianos, bien aprovisionada y defendida.

Ya no había que temer nuevas tentativas.

El genio de Isabel triunfó una vez más, conservando aquella gloriosa conquista que fué como el primer jalón que marcaba el camino que más tarde había de seguir para llegar hasta Granada.

Todos, hasta el mismo rey, así lo reconocieron, felicitándola por su entereza.

Muley-Hasen, avergonzado y vencido, no se atrevió a regresar a Granada, donde su derrota afirmaba el poder de su hijo, y retiróse a Málaga, para desde allí emprender insensatos planes de reivindicación y reconquista.



CAPÍTULO VI

Las desgracias de un Sultán


IGUIENDO siempre los consejos de su madre y obedeciendo en todo sumiso su voluntad, Boabdil casó con Moraima, hija de Aliatar, valiente alcaide de Loja.

Aixa dispuso aquel matrimonio por varias razones muy atendibles, dos sobre todo.

La primera, porque de aquel modo se atraía a su partido uno de los hombres más valientes y prestigiosos del reino: Aliatar, el padre de la esposa de su hijo.

Por su debilidad de carácter, el nuevo sultán necesitaba a su lado quien le animase y excitara, y nadie mejor que aquel valiente guerrero, que a más de su valor contaba con la poderosa ayuda de los que le admiraban por sus hazañas.

La segunda, porque Aixa creyó que en el matrimonio encontraría Boabdil la realización de sus ensueños, viniendo de este modo a la realidad, fuera de la cual vivía.

A pesar de sus extravíos, hijos de la fogosidad meri-

dional de su temperamento, Aixa era buena madre, se proponia un buen fín, y si sus esfuerzos hubieran encontrado apoyo en otro hijo de condiciones diferentes a las del suyo, habria hecho de él un gran hombre.

Pero con Boabdil, todo era inútil.

No habia modo de sacarle de su apatía, consecuencia lógica de su fatalismo.

* * *

No se conocían Moraima y Boabdil y para ellos fué un sacrificio el casarse, un acto de obediencia a sus padres, que fueron los que entre sí concertaron la unión, sin contar para nada con los interesados.

Un día, la sultana dijo a su hijo:

—Mañana llega la que ha de ser tu esposa.

Y Boabdil respondió, como resignándose:

—Bueno.

Aliatar, por su parte, dijo a su hija:

—Mañana irás a Granada, donde conocerás al esposo que te deparo y con el cual has de compartir un trono.

Moraima respondió respetuosa, pero sin entusiasmo:

—Mi voluntad es la tuya.

Al decir esto había lágrimas en sus ojos, como si aquel viaje y aquella unión representasen para la doncella una gran contrariedad, un sacrificio inmenso.

Había una ventaja, y era que Moraima y Boabdil tenían el corazón libre.

Ni ella amaba a otro hombre ni él amaba a otra mujer, y por consiguiente no tenían que sacrificar un amor en el que hubiesen cifrado sus esperanzas.

Sucedió lo contrario de lo que acostumbraba suceder en casos tales.

Al verse, Moraima y Boabdil prendiéronse uno de otro, se amaron y su proyectada unión dejó de ser para ellos una violencia, convirtiéndose en un placer, en una necesidad.

Casáronse, dando con ello ocasión a que en Granada se celebrasen espléndidas fiestas, y momentáneamente fueron dichosos.

Lo hubieran sido mucho más a no tener que compartir un trono.

Los dos lamentábanse de lo mismo por lo cual muchos les envidiaban, y huían de los esplendores de la corte para consagrarse a su ternura.

Eran igualmente buenos, sencillos y soñadores.

Aixa se convenció, aunque tarde, de que su hijo hubiera necesitado otra mujer; una mujer enérgica, como ella, que le hubiese animado en sus empresas, en vez de adormecerlo en sus brazos, como hacía Moraima.

Pero ya no era hora de buscar otra sultana.

* * *

Constantemente instigado por Aixa y por Aliatar, su suegro, quienes deseaban que el nuevo sultán hiciese alguna gloriosa proeza que le ganase la admiración del pueblo, pués eran ya muchos los que murmuraban de su pasividad, Boabdil, siguiendo, no los impulsos propios, sino los consejos que le daban, acordó intentar algo contra los cristianos; imprudencia peligrosa cuyas probables con-

secuencias no tuvieron en cuenta los que a ella le empujaron.

Aunque él había de tomar personalmente parte en la expedición, dejó que los demás la organizasen a su gusto y ni sabía a dónde habían de dirigirse, hasta que se lo dijeron, casi en el momento mismo de la partida.

Aliatar fué el alma de aquella aventura.

Contaba para vencer en ella con su valor y con el del sultán; porque Boabdil era valiente, todos lo sabian, no lo ignoraba nadie, ni nadie lo ponía en duda. Lo que le faltaba era resolución, pero llegado el caso, cumpliría como bueno.

Aquellos preparativos reanimaron el espíritu público en Granada, y hacíanse toda clase de profecías acerca del resultado de la expedición.

Las pocas veces que el sultán se presentó en público antes de su partida, fué aclamado con entusiasmo como si por adelantado saludaran ya en él a un futuro vencedor.

Aquellos oplausos y aquellos vítores preocupaban al que los recibía, porque decíase:

—¿Y si la suerte me es adversa?

* * *

La noche antes de su partida, Boabdil despidióse cariñosamente de su amada Moraima.

Los dos estaban tristes por aquella separación, y fatídicos presagios aumentaban su tristeza.

Salieron a pasear por los jardines de la Alhambra, bajaron hasta las riberas del Darro, cruzaron éste por un

puentecillo que el nuevo sultán había mandado construir, y escalaron la colina opuesta hasta llegar a su cumbre.

Desde aquella altura dominábase un paisaje extenso y encantador y sin embargo, el lugar, aunque poéticamente bello, era lúgubre.

De un lado veíase la ciudad con sus cúpulas y minaretes; de otro, la extensa vega que fecundaban dos ríos, convirtiéndola en un vergel.

En la cúspide misma de la eminencia, la naturaleza habíase encargado de construir espontáneamente un cómodo asiento formado por cuatro rocas, dispuestas de manera que figuraban un amplio sillón. Una servía de asiento, otra de respaldo y dos de brazos.

Aquel era uno de los sitios predilectos de Boabdil, lo mismo cuando príncipe que cuando sultán.

Allí había pasado muchas horas solo, entregado a sus meditaciones.

Pero escogía siempre aquel lugar para término de sus solitarios paseos, cuando la tristeza le invadía, como aquella noche.

Era el sitio que más tarde había de designar la Historia con el poético nombre de «el suspiro del moro», por haber llorado allí por última vez sus desdichas el último rey de Granada, antes de abandonar para siempre la ciudad querida.

La preferencia que Boabdil mostraba por él, parecía predestinación o presentimiento.

Allí lloró más de una vez por instinto sus futuras desgracias, y allí volvió a llorarlas por vez postrera, cuando agobiado por ellas perdió en un instante de disculpable debilidad, su energía de hombre y su dignidad de rey.

* * *

Sentáronse los dos esposos juntos en el sitio donde Boabdil se había sentado tantas veces solo, y la luna les envolvió con sus plateados rayos.

Moraima lloraba.

—¡Luz de mis ojos!—le dijo el sultán, a punto también de romper en sollozos y haciéndole reclinar sobre su hombro la cabeza—. ¿Por qué lloras? ¿Por qué desgranas las perlas de tus lágrimas sobre las rosas de tus mejillas? ¿Por qué el llanto se desprende de tus azules pupilas como lluvia bienhechora cayendo de un cielo puro y sin nubes?

—¡Por qué lloro!—repuso ella—. ¡Y me lo preguntas, bien de mi vida! Vas a partir a desafiar los peligros de la guerra, vamos a separarnos, quién sabe si te volveré a ver, y mi alma, que es toda tuya, aunque contigo vaya, por tu partida se angustia y desespera.

—¡Angel de mis amores! Tregua da a tus pesares y una sonrisa envíe el corazón a tus labios, para tranquilizar mis ansias. Y si dominarte no puedes, si el dolor supera a tu voluntad, dilo y a tu lado me quedaré aunque mi madre me maldiga y tu padre me desprecie y mi pueblo me destrone.

—No, mi señor y dueño. ¡Eso no! Eres hombre, eres rey y el amor hasta ese punto fuera en ti indignidad y flaqueza. Primero son tus deberes que mis penas. Te quiero amante y rendido; pero por lo mismo que te amo tanto, te quiero también vencedor y cubierto de gloria.

Parte, parte, puesto que el destino así lo quiere, pero no me olvides.

—¡Eso nunca!

—Lleva contigo mi recuerdo, que él te sirva de escudo en los peligros, y cuando tu valiente diestra empuñe el arma exterminadora, terror del enemigo, piensa en mí.

—¡A todas horas! Cuando me lance a la pelea, al tiempo mismo que los nuestros invoquen a nuestro Dios, para solicitar su ayuda, yo pronunciaré tu nombre. ¿Qué mejor egida? Cuando en la callada noche mis soldados duerman y yo por el campamento pasee, desvelado por tu recuerdo, a esa luna que nos alumbra y que entonces contemplaré solo, le pediré que te traiga mis suspiros. Si la desgracia me persigue y sucumbo, para t será mi última palabra; si la suerte me ayuda y venzo, a postrarme a tus pies vendré triunfador, para ofrecerte los trofeos de mi victoria.

—¡Mi señor!

—¡Mi Moraima!

Confundiéronse en un abrazo y en aquel lugar poético y solitario permanecieron hasta cerca del amanecer.

Aunque procuraban consolarse con su amor, los dos sentíanse dominados por tristes presentimientos.

Aixa presentóse a interrumpir el amoroso coloquio.

Hacía rato que inquieta buscaba al sultán por todas partes.

Al encontrarlo, al fin, lo arrancó violentamente de los brazos de su esposa, diciéndole imperativamente:

—El cumplimiento del deber te llama.

Y se lo llevó consigo, sin darle tiempo ni aun para abrazar por última vez a Moraima.

Esta les siguió llorando.

Poco después, cuando apuntaba el nuevo día y las rosadas luces de la aurora difundían la claridad por cielo y tierra y con la claridad la alegría, Boabdil salió de Granada con sus huestes.

Tras las caladas celosías de uno de los miradores de la Alhambra, dos mujeres le veían partir, en brazos una de otra.

Eran Moraima y Aixa.

La primera, lloraba; la segunda sonreía, pensando:

—¡Alhá lo volverá vencedor a nuestros brazos!

Al salir de las murallas Boabdil volvió la mirada hacia aquel sitio, y sobre el fondo dorado de las caladas celosías destacáronse dos blancos cendales que se agitaban al viento.

Era la última despedida que le enviaban su esposa y su madre.

. . . .

No pasó mucho tiempo sin que se recibieran en Granada noticias de los expedicionarios.

Aquellas noticias fueron desconsoladoras.

Boabdil había caído prisionero de los cristianos en Lucena.

Aixa tuvo la energía necesaria para dominar su dolor.

Moraima, llorando en los brazos de la madre de su esposo, decía con amargura:

—¡Mi corazón no me engañó! ¡Mis tristes presentimientos se han cumplido!



CAPITULO VII

Un triunfo más de Isabel.

A inesperada prisión de Boabdil sorprendió a todos, especialmente a los cristianos, los cuales no tenían noticias siquiera de que el monarca granadino se hubiera lanzado a guerreras aventuras.

Isabel, al saberlo, siempre magnánima, compadeció al pobre rey, comprendiendo que aquella desgracia era el principio del fin de su nuevo reinado.

¿Qué confianza habían de tener en él sus súbditos cuando el fracaso y el desastre eran el resultado de su primera tentativa?

Pero claro es que no había de compadecerle hasta el punto de lamentar lo ocurrido.

Al contrario.

Lo tuvo por una suerte inesperada, por un auxilio imprevisto de la Providencia, y dijo a su esposo:

—¿Os convencéis de que es llegada la hora de cumplir mi propósito, emprendiendo en serio la conquista de

Granada para arrojar a los moros de su último baluarte en España? Todo parece conjurarse para demostráros lo. Tratándose como se trataba de un rey amigo, con el que teníamos firmados tratados de paz, necesitábamos un pretexto para emprender la guerra, y él mismo nos le dió apoderándose de Zahara. Bien puede darse por bien empleada la pérdida de esta importante plaza, en atención a los beneficios que nos ha reportado.

* * *

El rey no tenía más remedio que asentir a estas razones, reconociéndolas fundadas.

—Para desquitarnos de la pérdida de Zahara, intentamos la conquista de Alhama—prosiguió la reina—, y el éxito coronó una empresa tenida poco menos que por imposible.

—Por lo menos era muy difícil—repuso Fernando.

—Y, sin embargo, vencimos en ella. Fué necesario enviar socorros a Alhama para conservarla en nuestro poder; los enviamos y conseguimos nuevos triunfos.

—Todo eso es verdad.

—Ahora, cuando menos lo esperábamos, el nuevo rey de Granada cae en nuestro poder.

— Su prisión era para nosotros de extraordinaria importancia.

—Y todo esto tan extraño, que parece providencial, y acaso lo sea, ¿no os dice que si acometemos la empresa que medito hace tanto tiempo, la victoria coronará nuestros esfuerzos?

—¡Quién sabe!

—¿Aún dudáis?

—No dudo. Creo, como vos, que todo se dispone y combina en favor nuestro, sea por capricho de la casualidad, sea por otras causas.

—Entonces...

—Pero, ¿y los recursos necesarios?

—Los tendremos.

—¿Quién se encarga de proporcionarlos?

—Yo.

—¡Vos!

Y Fernando dejó asomar a sus labios una sonrisa de incredulidad.

Fijándose en aquella sonrisa, su esposa preguntóle:

—Si contáis con los recursos que decís, ¿os decidiréis a intentar lo que os aconsejo?

—¿Quién lo duda?—replicó él.

—Pues entonces, Granada será nuestra, porque, os lo repito, aunque mis palabras pongáis en duda: yo facilitaré cuanto necesitáis.

—¿Y de dónde lo sacaréis?

—Lo veréis cuando el caso llegue.

El rey no insistió en sus preguntas, pero siguió dudando que su esposa hiciese lo que decía.

Hizo mal en dudar, porque cuando Isabel hablaba de aquel modo, era que había concebido alguna idea, grande como suya.

* * *

Boabdil fué conducido a Córdoba, donde por orden de los monarcas castellanos le fueron tenidas toda clase de consideraciones.

Su desgracia como prisionero, no redundaba en desprestigio de su jerarquía como rey.

En Córdoba, en la ciudad morisca en la que la dominación árabe había dejado tantos vestigios el infortunado Boabdil creíase en su Granada, y por las noches, aspirando el aroma de los naranjos en flor que rodeaban su prisión, lloraba pensando en Moraima.

El recuerdo de su esposa le inspiraba tristeza y el de su madre espanto.

¿Qué pensaría Aixa de su hijo?

Le despreciaria quizá.

—Y no obstante—decíase Boabdil, devorando su vergüenza—, yo no soy cobarde, sino desgraciado.

Si cayó prisionero, fué precisamente por haber tomado una parte demasiado activa y directa en el combate.

En los seres como él, a quienes la fatalidad persigue, los intentos más nobles se traducen en vergonzosos fracasos y humillantes derrotas.

* * *

Cuando Boabdil menos lo esperaba, le fué concedida la libertad, mediante la entrega de rehenes y el reconocimiento de ciertas obligaciones para con los monarcas castellanos; pero sin condición alguna que le rebajase.

Isabel y Fernando no quisieron abusar de su triste situación.

Aparte de que a ello se oponían sus bondadosos sentimientos, consideraron más conveniente para sus planes, que su prisionero volviese a Granada.

Y así era, aunque parezca mentira.

La desgracia de Boabdil encendió la guerra civil en Granada.

Varios eran los pretendientes que aspiraban a ocupar el trono de los sultanes, ocupado entonces por él.

Si volvía, con su presencia recrudeceria la guerra, y fuese cual fuese el resultado, en ella gastarían sus energías y sus recursos, y cuando los cristianos se decidiesen a emprender la guerra en serio, los moros no estarían en disposición de oponerle gran resistencia.

Todo parecía seguir combinándose en favor de los planes de Isabel.

Triste y avergonzado, Boabdil, regresó a su Alhambra, debiendo el regreso a la magnanimidad de sus enemigos.

El pueblo granadino le vió pasar por sus calles con respetuosa compasión, sin aclamarle, pero también sin hacer muestra alguna de desagrado.

A la puerta de la Alhambra le esperaban Aixa y Moraima.

Las dos le abrazaron llorando, sin proferir un reproche, y él se consoló de sus desdichas con el cariño de su esposa y de su madre.

Si no hubiera sido rey, aquellas dos mujeres que tanto le amaban, cada cual a su manera, habríanle hecho dichoso; pero la desgracia de Boabdil consistía precisamente en ser quien era.

* * *

Cuando sus múltiples asuntos se lo permitieron, los monarcas castellanos trasladáronse a Madrid, donde convocaron Cortes.

Reunidas éstas, la Reina les expuso el motivo de la convocatoria.

No era otro que el de pedirles recursos para emprender la guerra contra los moros.

Supo hablar Isabel con tanto entusiasmo y con tal persuasión, que comunicó su fe y su confianza en la empresa a los que la oían, y los recursos que solicitaba fuéronle otorgados.

El estado del erario no era para permitirse dispendios de ninguna clase, pero ante la magnitud del proyecto todos se entusiasmaron, comprometiéndose a hacer cuantos sacrificios estuvieran de su parte.

El clero, la nobleza, el estado llano, todos acogieron bien la idea y se prepararon a prestarle su ayuda.

En vista de este resultado, la reina dijo a su esposo:

—¿Veis cómo he cumplido la promesa que os hice? Cumplid vos ahora la que me hicísteis. Necesitábais recursos, ya los tenéis. Ya os los he proporcionado. Ahora...

—Ahora a mí me toca hacer lo demás—la interrumpió Fernando, herido en su amor propio—. No quiero ser menos que vos. ¿La conquista de Granada pretendéis? Está bien; la emprenderemos; pero si somos vencidos...

—De los dos será la vergüenza de la derrota, como de los dos será la gloria del triunfo, si vencemos. Nuestro poder está en eso, en nuestra unión.

Y empezaron en seguida los preparativos para acometer una de las empresas más arriesgadas y gloriosas que había de consignar la Historia.

El genio de Isabel había vencido una vez más, puesto que por su iniciativa y consejo se emprendía la guerra.



CAPITULO VIII

El anatema de Torquemada.



L día 2 de Agosto de 1483 hallábase doña Isabel en Segovia, y le fué anunciada la visita de Fray Tomás de Torquemada, prior del convento de dominicos de dicha ciudad.

Sorprendió a la reina, que no siendo hora de audiencia, Fray Tomás pretendiese verla sin antes haber solicitado el correspondiente permiso, como era costumbre hacer en las audiencias particulares.

Consintió, no obstante, en recibirle, por tratarse de quien se trataba.

Era Torquemada de aspecto seco, grave, ceremonioso y no muy simpático; pero aún le pareció a la reina ver resaltar aquel día en él estas cualidades más que otras veces.

Presentóse a ella con cierto aire de superioridad, no muy de acuerdo con el respeto y homenaje que debían todos a su elevada jerarquía.

Hízoselo notar ella así, con la discreción que le era propia, y el fraile le respondió, sin deponer su actitud:

—Represento en estos instantes, señora, un poder más alto que el vuestro, y vengo a hablaros en nombre de una persona ante la cual hasta lo reyes inclinan la frente.

—¿En nombre de quién venís?—interrogó Isabel, cada vez más sorprendida por aquel tono y por aquellas palabras.

—En nombre de Su Santidad—respondió fray Tomás con énfasis.

Inclinó la reina la cabeza, en señal de respeto, y añadió:

—¿Qué venís a decirme en nombre de Papa?

* * *

Por única respuesta, Torquemada le presentó un enrollado pergamino, de cual pendía un sello.

Isabel lo leyó y la admiración reflejóse en sus ojos.

Era un breve del Sumo Pontífice, nombrando a fray Tomás de Torquemada Inquisidor general de la Corona de Castilla.

La admiración de la reina estaba justificada.

Ella no tenía noticia de aquel nombramiento; no lo había autorizado ni era cosa acordada, siquiera, el establecimiento de la Inquisición en sus estados.

Así lo indicó al nuevo Inquisidor, el cual respondióle:

—Sin embargo, desde muy antiguo, el Santo Oficio existe en Castilla.

—Irregularmente, puesto que ninguno de los monarcas, mis antecesores, le ha reconocido existencia legal. Existe consentidol no autorizado.

—Cuestión es esa, señora, que no toca a mí dilucidarla.

—¿A quién, entonces?

—A Su Santidad, a quien represento.

—Pues si lo representáis para abrogaros sus honores, para todo lo demás debéis también representarle, incluso para responder a mis justas observaciones.

* * *

Como el terreno en que la reina planteaba la cuestión, no era muy firme para fray Tomás, éste procuró apartarla en seguida de él, diciendo:

—Al Papa haréis cuantas observaciones os parezcan oportunas y él os contestará a ellas en la forma que le plazca. Yo me limito a presentaros mi nombramiento, para que lo firméis.

—Pero si lo firmo—replicó Isabel—, el establecimiento del Santo Tribunal autorizo, siquiera sea de un modo indirecto.

—Que es de lo que se trata.

—¡Y lo decís!

—¿Por qué no? Háse notado en Roma, señora, vuestra tibieza en cumplir el deber que como reina y cristiana tenéis de defender y respetar los fueros de nuestra santa religión. Cuando el Santo Oficio funciona ya en todos los estados católicos, con el apoyo y el respeto de sus soberanos, vos no lo habéis establecido aún en el vuestro.

—Porque lo considero atentatorio a mi autoridad.

—¿Eso decís?

—Digo siempre lo que siento. La Inquisición aspira a tener poder hasta sobre los reyes.

—Y lo tiene, por lo que es y por lo que representa.

—Es una institución inhumana.

—Pero inspirada en un fin divino, y en fin, señora: repito que no es mi ánimo entablar con vos una discusión sobre este punto. ¿Firmáis?

—¡No!—respondió Isabel con entereza.

—Ved lo que hacéis.

—Lo que debo. No puedo resolver por mí sola en asunto de tanta monta; necesito la aprobación de mi consejo.

* * *

La tenaz obstinación de la reina encolerizó a Torquemada, hombre de carácter irascible y exaltado.

Al recibir de Roma el nombramiento que mostraba con orgullo, pero que no tenía sino un valor relativo sin la firma de los reyes, pensó hacer de él un arma para dominar a sus mismos soberanos, y en la primera escaramuza para probar el temple de aquella arma, rompíasele contra la energía inquebrantable de Isabel.

Esto no podía perdonarlo ni sufrirlo su orgullo; lo consideraba una humillación vergonzosa.

Prescindiendo, pues, de toda clase de consideraciones y respetos, exclamó furibundo, para dar desahogo a su ira:

—Pensad lo que hacéis y lo que decís, señora, porque vuestra conducta puede costaros cara algún día. A los que se resistan a acatar la autoridad sagrada e indiscutible del jefe de la Iglesia, del padre de todos los fieles, se les castiga con la excomunión, y la excomunión cayendo sobre una cabeza coronada es doblemente terrible, porque alcanza en cierto modo a todos los que a la soberanía de aquella corona están sujetos.

—¿Me amenazáis?—exclamó a su vez la reina, irguiéndose arrogante.

—Os advierto.

—Es que hay advertencias, que según a quien se dirigen y la forma en que se expresan, tienen el valor de verdaderas amenazas. El hábito que vestís os sirve de escu-

do contra mi indignación; pero no me provoquéis, porque hasta de que vestís ese hábito puedo olvidarme.

—Ahora la que amenazáis sois vos.

—Os respondo en el tono en que me habláis y os enseño el respeto que me debéis, y que por lo visto habéis olvidado.

* * *

Tampoco esta nueva actitud de la reina impresionó al fraile.

Era un hombre que no cedía jamás ante nadie ni ante nada...

—¡Firmad!—repitió, como queriendo imponerse.

—¡No!—respondió Isabel, con la misma energía con que se le hablaba.

—¿Con que es decir que desafiáis el poder del Cielo?

—Defiendo el mío, que en modo alguno es ni puede ser contrario al que vos representáis.

—Muy orgullosa estáis de él.

—Procuro sostenerlo con dignidad.

—Vuestro deber primero es emplearlo en defensa de la religión, no en contra suya.

—La religión no ataco.

—Pero no la apoyáis como debiérais. ¿Y sabéis a lo que os exponéis con esto? Pues a que la herejía y la impiedad cundan en vuestros dominios. Os ofrecemos el medio de evitarlo y lo rechazáis. Peor para vos. Cuando del mal os convenzáis y pretendáis impedirlo, ya será tarde; entonces no habrá remedio. Vuestro poder mismo, ese poder terrenal que defendéis con tanto empeño, será ultrajado por los que sin el freno de la religión, se burlarán de las leyes. La culpable de todo seréis vos, vos sola. ¿Qué responderéis entonces a los justos cargos que se os dirijan? Os reprocharéis a vos misma vuestros errores y no



El terrible anatema de Torquemada, impresionó á Isabel.

podreis escapar al castigo que tendréis más que merecido.

Creyendo haberla dominado con estas palabras, presentóle de nuevo el nombramiento, añadiendo con energia:

—¡Firmad, señora, firmad!

* * *

El terrible anatema de Torquemada impresionó a Isabel; pero no cedió, sin embargo.

—Mientras otros medios no empleéis para lograr vuestro intento—dijo—, nada conseguiréis.

Y cambiando de tono, añadió:

—¡Basta! Habéis olvidado por un instante quien yo soy; agradeced que del mismo modo yo me haya olvidado de quién sois vos. Al Papa decid de mi parte que acato su autoridad en todo, menos en aquello que pueda redundar en desprestigio del poder que represento. En mis reinos no puede otorgarse nombramiento alguno sin que mi firma lo autorice, y para firmarlo necesito que por lo menos se me consulte antes de extenderlo. Que el Pontífice siga en este asunto los trámites debidos, que vuelva sobre su acuerdo y que lo someta a mi aprobación y a la de mi consejo.

Dando por terminada la audiencia, ordenó:

—Salid.

Como viese que el fraile vacilaba en obedecerla, llamó y dijo a un paje que se presentó al punto:

—Acompañad a fray Tomás.

Y como en señal de despedida, besó humildemente la mano del nuevo inquisidor.

* * *

Torquemada se mordió los labios para disimular su despecho.

Aunque con el respeto debido, era arrojado de allí.

En presencia del paje, no se atrevió a manifestar su cólera.

Guardóse el nombramiento, saludó con una reverencia y salió, lanzando a la reina una mirada furibunda.

Iba diciéndose:

—¡Es preciso que su soberbia sea humillada, y poco he de poder si no lo consigo!

Isabel acababa de crearse un enemigo; pero no se arrepentía de ello, aunque se le alcanzaban las consecuencias que su firmeza pudiera tener.

—He cumplido mi deber—quedóse pensando—. No discuto las disposiciones del representante de Dios en la tierra; pero opino que una religión toda amor y caridad, no puede ni debe imponerse por la violencia. Los nuevos cristianos, convertidos por la fuerza a la verdadera fe, con seguridad serían malos creyentes.

Fué en busca de su esposo, al que refirió lo que acababa de ocurrir.

Don Fernando, político antes que todo, limitóse a responderle:

—Un rompimiento con Roma, podría tener para nosotros en las actuales circunstancias, fatales consecueneias.

La reina quiso ilustrar su opinión sobre el particular con otra más autorizada, y llamó al cardenal Mendoza para consultarle.

El sabio y virtuoso cardenal aprobó sin reservas la conducta de su soberana, y, para tranquilizarla, le dijo:

—Seguid en esto como en todo los consejos de vuestra conciencia y nada temáis.



CAPITULO IX

El triunfo de la Inquisición

N Aragón como en Castilla, el Santo Oficio estaba tolerado, pero no establecido de una manera sólida y legal, a pesar de las gestiones de la corté de Roma cerca de don Fernando, para recabar todo su apoyo; y don Fernando, hombre de carácter enérgico, partidario de los recursos extremos, habría otorgado de buena gana la amplia y completa autorización que se le pedía; pero varias razones, todas ellas muy atendibles, hacíanle vacilar.

En primer lugar y sobre todo, lo ocurrido entre Isabel y Torquemada, que les ponía en una situación tirante y violenta con la corte pontificia.

Aunque el rey no aprobaba en absoluto los temperamentos de energía de su esposa en esta cuestión, y mejor hubiera buscado un medio que hubiese suavizado asperezas, llegando a un acuerdo sin comprometerse a nada ni conceder demasiado.

Era su sistema, en todo.

Pero por otra parte, sobrábale prudencia para comprender que no debía aparecer nunca ni con ningún pretexto su opinión divorciada de la de la reina.

Al prestigio de su autoridad convenía que los dos aparecieran siempre de acuerdo en todo; y de aquí que aunque en el fondo existieran a veces entre ellos notables diferencias, éstas no se manifestaban nunca al exterior.

Don Fernando no podía aceptar para Aragón, por consiguiente, lo que doña Isabel no había aceptado para Castilla.

Hubiérase manifestado su diversidad de opiniones en este punto y unos se hubieran puesto de parte de él y otros se habrían declarado en favor de ella, formándose partidos, el peligro más grave para las monarquías.

* * *

Aparte de esta razón principal y otras secundarias, el rey tenía en cuenta, con muy buen acuerdo, el carácter y la manera de ser de los aragoneses.

Pueblo leal hasta la abnegación y el sacrificio, no admitía, sin embargo, imposiciones de ninguna clase, cuando no las consideraba fundadas.

En todo Aragón mirábase con recelo el Santo Oficio, casi con odio.

Si don Fernando se hubiese empeñado en imponerlo, los aragoneses se habrían rebelado contra su autoridad; y una rebelión debe siempre evitarse, aunque se cuente con medios para dominarla.

Iban restableciéndose la unidad y la armonía entre los diversos reinos que por destino providencial se juntaban

bajo un mismo cetro, para formar en lo porvenir una poderosa monarquía, y no era prudente romper y alterar aquel consorcio, por cuestiones de importancia secundaria.

—Hay que sostener la paz interior a todo trance—decía el rey siempre que venía a cuento—porque ella será la base más sólida de nuestro poderío.

Tenía razón y a esta regla de conducta, prudente y sabia, ajustábase siempre en todo.

Además, a la sagacidad de don Fernando no se ocultaba que la Inquisición, en vez de ser para él un elemento de gobierno, sería por el contrario un poder opuesto al suyo, que tendría que estar conteniendo siempre para que no se excediera en perjuicio y menoscabo de su propia autoridad.

De aquí que aunque mirase la Inquisición con cierta simpatía y lamentara en cierto modo la firmeza de su esposa, que les creaba una situación difícil con la corte pontificia, no se decidiera a conceder al Santo Tribunal todo su apoyo, limitándose a tolerarlo, como Isabel hacía en Castilla.

Era necesario que un motivo fundado y poderoso le obligara a sobreponerse a todas las consideraciones y a todos los escrúpulos, y este motivo no tardó en presentarse, por desgracia.

* * *

Siguiendo el sistema que la caracterizó siempre en todos sus empeños, la corte de Roma, viendo que no conseguía de una manera franca y decidida el apoyo de los reyes de Aragón y de Castilla, propúsose recabarlo por otros medios.

Al efecto, valiéndose de la tolerancia con que contaba, empezó a reorganizar los distintos tribunales del Santo Oficio establecidos de antiguo en algunas ciudades españolas, y que hasta entonces casi no habían existido más que de nombre.

Adquiriendo poco a poco y en la sombra, importancia y poder, llegaría un día en que los reyes y el parlamento no tendrían otro remedio que reconocerlos y admitirlos, otorgándoles la beligerancia que hasta entonces les habían escatimado, sin negársela en absoluto.

Era un plan de largo desarrollo, pero de resultados ciertos.

La reorganización empezó nombrando nuevœ inquisidores generales y procurando recayesen los nombramientos en hombres de carácter enérgico, templado para la oculta lucha que habían de sostener.

En Castilla fué confirmado Torquemada en el nombramiento que no quiso autorizar la reina con su firma, y en Aragón, nombróse a Arbués, hombre de sólida reputación como muy versado en las ciencias teológicas, pero que distaba mucho de poseer todas las otras condiciones de prudencia, energía y tacto que le atribuyó la corte romana.

Torquemada era el tipo perfecto del inquisidor general, según las exigencias del cargo, contribuyendo a ello hasta algunos de sus mismos defectos, como el de la soberbia.

Arbués, por el contrario, tenía que violentarse y sobreponerse a su manera de ser, para desempeñar un cargo que aceptó sólo por obediencia.

Su natural sencillo y bondadoso, aveníase mal con los

medios violentos y hasta arbitrarios que el Santo Oficio empleaba casi siempre y que entonces habían de extremarse más que nunca, para conseguir aquel poderío y aquella preponderancia a que se aspiraba.

* * *

Sucedió una cosa muy natural, aunque parezca paradógica.

Arbués, por lo mismo que era bueno, desempeñó su cargo muy mal, precisamente porque puso todo su deseo en desempeñarlo bien.

Deseando hacer méritos y violentándose a sí mismo, cometió desde el principio excesos en los que Torquemada tuvo muy buen cuidado de no incurrir hasta que se reconoció con autoridad y poder bastantes para ello.

Aquel exceso de celo le perdió.

Los aragoneses, que hasta entonces no se habían dado cuenta casi de que tuviesen establecida la Inquisición, protestaron de las violencias de un tribunal, cuyo derecho a imponerles su poder desconocían y negaban.

Acudieron en queja al rey y el rey no les atendió, respondiéndoles que era un asunto sujeto a la exclusiva potestad del Sumo Pontífice, y en el cual él, por consiguiente, no tenía que ver ñada.

No satisfizo ni convenció esta respuesta a los aragoneses, en los cuales siguió acumulándose el odio hacia el Santo Tribunal; odio justificado y enardecido con nuevos excesos.

Enterado de lo que en Aragón sucedía, Torquemada escribió a Arbués aconsejándole tacto y prudencia; pero el segundo no hizo caso de los consejos del primero, creyéndolos inspirados por la envidia.

* * *

Las cosas llegaron a tal punto, que los aragoneses, no queriendo soportar por más tiempo lo que les contrariaba y viéndose desatendidos por el rey en sus quejas, decidieron tomar la justicia por la mano.

Formóse un complot, en el que quedó acordado asesinar al inquisidor Arbués.

Quiénes formaron el complot y quiénes fueron los elegidos para realizar su acuerdo, cosas son que jamás han podido averiguarse.

Ello fué que en la noche del 15 de Septiembre de 1485, el inquisidor Arbués murió asesinado.

El hecho revistió circunstancias y caracteres misteriosos, que lo hicieron mucho más terrible.

A la media noche del citado día, Arbués, encaminóse a la catedral de la Seo a orar, como tenía por costumbre.

Algún indicio debía tener de lo que contra él se tramaba, porque llevaba puesta finísima y acerada cota debajo de los hábitos.

Pero esta precaución fué inútil.

Penetró en el templo por la puerta del prebisterio, que comunica con la sacristía, y arrodillóse en el reclinatorio para él dispuesto, bajo los débiles resplandores de una lámpara.

Sin saber por dónde entraron, aunque quizá estuviesen ya escondidos en la iglesia, los asesinos cayeron sobre él y rodó al suelo sin vida, bañado en sangre.

* * *

La impresión que aquel asesinato produjo, fué enorme.

Los mismos aragoneses indignáronse, porque a la nobleza de sus sentimientos repugnaba aquel modo vil y traidor de deshacerse de un enemigo.

Operóse una reacción, y el Santo Oficio, como purificado y redimido por la sangre de uno de sus mártires, dejó de ser odioso, aunque siguió siendo siempre temible.

El espíritu público manifestaba como la necesidad y el deseo de compensar de algún modo a la Inquisición de la ofensa que se le había inferido en uno de sus miembros.

No fué el rey don Fernando el que menos se indignó con lo ocurrido.

Por una parte, aquel asesinato era como un desacato de los aragoneses a su autoridad; por otra, la corte pontificia exigiría compensaciones, y si no se le daban, era inevitable un rompimiento.

Era preciso castigar a los aragoneses con un escarmiento y era conveniente, a la vez, ofrecer una satisfacción a la corte de Roma.

Para conseguir lo uno y lo otro, al rey no se le ocurrió nada mejor que consentir en lo que hasta entonces había rehusado.

Autorizó legalmente en Aragón el establecimiento del Santo Oficio, prestándole todo su apoyo.

Con esto la corte pontificia quedó satisfecha y desenojada, y los aragoneses, avergonzados de su crimen, no se atrevieron a protestar.

* * *

Reconocido en Aragón el Santo Oficio, también había de llegar a serlo en Castilla, y así sucedió muy pronto.

Lo contrario hubiera sido dar a conocer aquella disparidad de pareceres, que Isabel y Fernando se empeñaban en evitar.

La reina cedió, al fin, deponiendo su energía, y la In-

quisición venció en Castilla, como en Aragón había vencido antes.

Justo es consignar en favor de Isabel, que hubo una razón, que ella consideró de mucho peso, para obligarla a ceder.

Confiada en la segura conquista de Granada, hiciéronle creer que era preciso un poder superior que dominase a los moros que a la religión cristiana se convirtiesen, pues de no ser así, la falta de unidad religiosa sería siempre causa de perturbación en sus dominios.

Mas Isabel no cedió sin condiciones.

Ilustrada en este asunto, como en todos los de igual índole, por el sabio cardenal Mendoza, exigió el establecimiento de un poder superior al del Santo Oficio, que los excesos de éste contuviera y dominara.

La corte de Roma, atenta únicamente por el pronto logro de sus deseos, consintió en todo.

Tiempo sobrado le quedaría después a la Inquisición para ir recabando su independencia y superioridad.

Establecióse, pues, el Consejo de la Suprema, con el derecho de imponer su veto a las deliberaciones del Santo Oficio.

Si la autoridad de dicho Consejo hubiera sido reconocida y acatada siempre, como lo fué en un principio, la Inquisición en España no se habría estralimitado jamás de los fines exclusivos para los cuales fué autorizado su establecimiento, y su gestión, en cierto modo, hubiera sido provechosa; pero la corte romana trabajaba en silencio para conseguir su independencia, y no descansó hasta lograrla.



CAPÍTULO X

Resumen histórico

ACERTADA fué la medida de Isabel y Fernando, permitiendo que Boabdil regresase a Granada en vez de retenerlo prisionero, pues de este modo fomentaron la guerra civil que debilitaba el ya mermado reino de los árabes en España.

Los moros, de carácter impresionable y tornadizo, unas veces dividíanse en dos bandos que defendían respectivamente a Muley-Hasen y a su hijo; otras aclamaban todos al uno y desacataban al otro, según que la suerte les era favorable o adversa, con lo cual, la sangre manchaba frecuentemente las calles de Granada misma y el desorden era continuo.

Intervino en las contiendas el Zagul, príncipe prestigioso, hermano de Muley-Hasen, y aunque su propósito fué restablecer la paz, no consiguió sino enconar aún más los ánimos, formándose un tercer partido en su favor.

Boabdil pidió el auxilio de los reyes cristianos, sus aliados, por el convenio entre ellos firmado y gracias al

cual devolviéronle la libertad, y los monarcas de Aragón y de Castilla aviniéronse a prestárselo, convencidos de que así trabajaban en pro de su propia causa.

* * *

No es nuestro propósito detallar las luchas intestinas de los moros y sí únicamente hacer constar aquellos hechos más importantes, que influyeron de una manera poderosa en los acontecimientos que vamos relatando.

Lo contrario sería impropio de una obra de esta índole.

Tras numerosas y variadas alternativas, en las que la suerte estuvo unas veces de parte de unos y otros, tuvieron lugar dos sucesos igualmente importantes, que influyeron poderosamente en el desenlace que se acercaba y que los hechos mismos cuidábanse de precipitar.

Muley-Hasen abdicó en su hermano el Zagul y éste y Boabdil dividieron el reino en dos emiratos.

El uno, el de Granada, quedó para el Zagul; el otro, el de Almería, fué aceptado por Boabdil.

Para que éste se conformase a abandonar la que había sido siempre y seguía siendo, a pesar de todo, la capital del verdadero reino, adujéronle, como razones, que puesto que él estaba en buena armonía con los reyes castellanos, debía gobernar las tierras fronterizas con los estados de estos y así se evitaba el peligro de nuevas agresiones.

Boabdil fingió dejarse convencer, pero ni él ni su tío suscribieron de buena fe aquel convenio.

Uno y otro prometíanse faltar a él en cuanto se les presentara ocasión propicia, con lo que volvería a encenderse entre ellos la guerra civil, como así fué.

La paz era ya imposible en un estado que se desmoronaba poco a poco y que no tardaría en desplomarse por completo, hundiéndose en el abismo de la más espantosa ruina.

* * *

Cumpliendo Boabdil los deberes del pacto con él concertado, apresuróse a comunicar a don Fernando su convenio con su tío, por el cual la paz parecía asegurada, siquiera fuese momentáneamente, en el reino granadino.

Mas a don Fernando no le convenía aquella paz y pronto halló manera de turbarla.

Con la astucia de que había dado muestras en varias ocasiones dió torcida interpretación a las intenciones de Boabdil, juzgando su convenio con el Zagal, como una infracción del pacto que con él tenía firmado, indicando además la sospecha de que muy bien pudieran haberse convenido los dos para luchar juntos contra él.

Declarándole, pues, la guerra, puso sitio a la ciudad de Loja, que cayó en su poder, haciendo prisionero por segunda vez a Boabdil; y si de nuevo le devolvió la libertad, fué con la condición de renunciar al título de rey de Granada y entregarle esta ciudad, si llegaba a apoderarse de ella.

Para esto, el monarca castellano había de ayudarle

a luchar contra su tío, como así lo hizo, prestándole el concurso de valientes y esforzados campeones.

Tras Loja, cayeron en poder de los cristianos Illora, Moclín, Montefrío, Colomera y la fortaleza del Salar; y al año siguiente, don Fernando, al frente de un ejército de 50.000 peones y 12 000 caballos, logró poner sitio a Vélez-Málaga, que después de una heroica resistencia y de ver deshecho un ejército que el Zagal mandó en su auxilio, abrió sus puertas a las huestes cristianas.

* * *

Estos triunfos animaron a don Fernando a emprender más arduas empresas, entre las que figuró en primer término la toma de Málaga, verdadero emporio del Mediterráneo.

Larga fué en verdad la lucha que se hubo de sostener.

Baste decir que Málaga tuvo que sucumbir, al fin, a pesar de los extraordinarios esfuerzos de sus defensores, capitaneados por el indomable Hamet el-Zegri.

En aquel memorable sitio ocurrió un incidente que pudo tener fatales resultados y que milagrosamente no paso de un atentado infructuoso.

Un santón fanático introdújose en el campamento cristiano, y llegando hasta la misma tienda real, arrojóse sobre una dama que en ella había, con

tención de matarla, creyéndola la reina; pero era la marquesa de Moya, la cual salvó la vida, gracias al oportuno auxilio de algunos caballeros.

* * *

Con la toma de Málaga, quedaba en poder de los Reyes Católicos toda la parte occidental del territorio granadino.

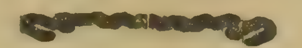
Faltábales sólo aislar su capital, sometiendo la parte oriental, y para ello empezaron por sitiar la plaza de Baza, defendida por Cid Yahya, el cual opuso una tenaz resistencia; pero convencido al fin de lo inútil de sus esfuerzos y mediante el permiso de su rey, el Zagal capituló mediante honrosas condiciones.

Con esta entrega sonó la última hora para el menguado reino granadino.

Gracias al apoyo que le prestó Fernando y a las derrotas y desdichas del Zagal, Boabdil entró de nuevo en Granada, aclamado como rey.

Según el pacto de Loja, debía entregar a los monarcas cristianos la ciudad.

Si se negaba al cumplimiento de aquel convenio, Fernando tendría que luchar contra él, después de haber sido su aliado, y para vencerle contaba con la poderosa ayuda del Zagal, quien renunciando a todos sus derechos, peleaba a las ordenes del rey cristiano, por odio a su sobrino.





CAPITULO XI

Una boda interrumpida

Tuvo lugar por aquel entonces un fausto acontecimiento, que la mala estrella que parecía presidir los asuntos íntimos de familia de doña Isabel, convirtió luego en funesto.

Su hija mayor, la infanta de su mismo nombre, casó con el príncipe don Alfonso, heredero de la corona de Portugal.

Tuvieron lugar las fiestas de la boda en Sevilla, y como el novio no pudiera asistir a ellas, representóle por poderes en el acto del desposorio, el embajador portugués don Fernando de Silveira.

Tal unión era a todas luces muy conveniente, por varias causas a cuál más atendibles; entre otras, porque aseguraba la paz con un reino vecino y porque permitía abrigar la esperanza de que la corona de Por-

tugal se uniese algún día a la de Castilla, como ya se había unido la de Aragón.

No se realizaron, sin embargo, tan halagüeñas ilusiones, porque algunos meses después, al poco tiempo de estar la Infanta Isabel en Portugal junto a su esposo, falleció éste.

Mas como en el momento de celebrar la boda no era posible presagiar tan triste y próximo desenlace, todos entregábanse a la más expansiva alegría, y las fiestas que se celebraron fueron espléndidas.

* * *

En medio de la general satisfacción, doña Isabel era la única que parecía triste y pensativa.

Interrogada acerca de su tristeza, dijo:

—La empresa que me propuse realizar al sentarme en el trono de mis antepasados, aún no está terminada, y mientras así sea, considero casi un crimen el regocijo.

—Sois sobradamente descontentadiza, señora—le replicó Fernando, a quien no sentaron bien aquellas quejas—. ¿Quién en nuestro lugar habría hecho más que nosotros?

La reina replicó:

—Hemos realizado, en efecto, todo lo que hemos podido, pero no todo lo que debemos.

Y añadió:

—Aun no está concluída la obra de la reconquista, comenzada hace cerca de ocho siglos en Covadonga;

aun hay en España un reino árabe que no hemos podido dominar por completo, sometiéndolo a nuestra autoridad, un rincón que no nos pertenece, en el que se habla una lengua que no es la nuestra y en el que se adora a un Dios que no es tampoco el verdadero, el nuestro.

—Tranquilizaos—le respondió el rey sonriente—. Granada será nuestra; yo os lo prometo. El rey Boabdil es dueño de Granada, y, por pactos que conocéis, obligado está a hacernos entrega de ella.

—¿Y si esos pactos no cumple?

—La tomaremos nosotros.

Esta sencilla contestación, dada sin arrogancia, pero con firmeza, entusiasmó a todos los presentes, que repitieron con energía:

—¡La tomaremos!

* * *

Las frases del rey parecieron proféticas.

Aquel mismo día recibióse aviso de que Boabdil, faltando al cumplimiento del pacto de Loja, negábase a entregar Granada.

Fundaba su negativa en que a tal entrega se oponían los valientes campeones que en la ciudad se refugiaron dispuestos a seguir peleando con los cristianos hasta el último momento.

Además, Boabdil no sólo no cumplía lo prometi-

do, sino que, dando muestras de una actividad y una resolución que nunca había revelado hasta entonces, al frente de lucidos escuadrones penetró por territorio cristiano, talando y saqueando cuanto se presentaba ante él e infundiendo el terror en todas las poblaciones.

Estas noticias indignaron a todos, y el grito de ¡guerra! turbó la alegría del festín.

Doña Isabel fué la primera en lanzarlo, resplandeciendo en sus ojos el valor y el entusiasmo que tantas veces supo comunicar a los suyos, animándoles a conseguir la victoria.

—¡Guerra! —exclamó con voz potente, que resonó vibrante en el salón donde se celebraba el festín de boda—. ¿Hemos de consentir que el musulmán nos ultraje y se apodere de las plazas conquistadas, merced al noble sacrificio de la sangre de nuestros valientes campeones? Tal vez Dios es el que dispone las cosas de este modo para que prescindiendo de toda clase de consideraciones, nos decidamos a reunir nuestros esfuerzos para abatir al enemigo. ¡Sus, mis bravos capitanes! ¡A la batalla! ¡Guerra!

—¡Guerra! —gritó el rey, con no menor entusiasmo—. ¡La gloria nos espera! ¡A conquistarla! ¡Que me sigan los que el laurel del triunfo aspiren a ceñir a sus sienes, como corona inmarcesible!

—¡Guerra! —repitieron todos, mostrándose dispuestos a seguir a su rey.

Suspendiéronse las fiestas y empezaron los bélicos preparativos para partir en castigo del moro.

* * *

Al día siguiente, el rey cristiano partía de Sevilla con huestes más escogidas que numerosas, pero bastantes para asegurarle de momento el triunfo que ambicionaba.

Por lo pronto no se proponía otra cosa que castigar a Boabdil.

Luego, más tarde y con más calma, emprendería la guerra en serio.

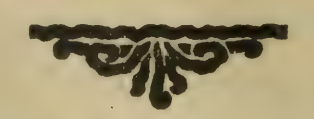
Entre los que le seguían figuraban Cid-Jahya y el Zagal, como auxiliares, en cumplimiento de la promesa que los dos le hicieron al rendirse, de no desnudar nunca más la espada en contra suya y ayudarle en todas sus empresas.

Siempre noble y magnánimo, don Fernando intentó relevarles del cumplimiento de su promesa, diciéndoles:

—Os dispenso de seguirme, pues que a luchar voy contra los vuestros.

Pero, precisamente, por esto mismo, tenían ellos más empeño en acompañarle, por odio a Boabdil.

Las tropas cristianas corriéronse por toda la vega sin parar hasta las murallas de la Alhambra, con lo que el atrevimiento de Boabdil quedaba castigado.





CAPÍTULO XII

Una hazaña de Pulgar

En el breve período de tiempo de calma relativa, que sucedió a los hechos últimamente narrados, muchos caballeros entretuvieron sus ocios con atrevidas empresas que les valieron el título de héroes.

Entre ellos distinguióse en primer término Hernán Pérez del Pulgar, conocido con el sobrenombre de «el de las hazañas», quien no contento con haber salvado la fortaleza de Salobreña, sitiada por Boabdil, realizó la aventura que a continuación referimos por boca del ilustre historiador granadino Lafuente Alcántara, verdadera autoridad en estas materias.

* * *

Dice así Lafuente Alcántara, refiriéndose a Pulgar:

«No satisfecho con haber penetrado en Salobreña y salvado con su arrojo esta fortaleza importante, discurría nuevas empresas con que provocar a los moros y lastimar el orgullo de sus guerreros.

»Estando en Alhama, adonde había ya regresado como a su residencia habitual, reunióse en la plaza a conversar con otros hidalgos, y oyó que cada cual recordaba sus aventuras y hechos valerosos en las pasadas correrías; uno se jactó de peligrosos desafíos con jinetes intrépidos de Granada; otro de haber clavado su daga en las puertas mismas de la ciudad.

»Silencioso Pulgar, convocó quince compañeros, todos membrudos y valientes, y les preguntó si se hallaban con resolución para seguirle, penetrar en Granada e incendiarla. Estupefactos se quedaron los quince hidalgos con una proposición al parecer descabellada; pero como Pulgar rehusase entrar con ellos en discusión y les requiriese para que dieran una respuesta categórica, todos se brindaron a seguirle, queriendo más bien arriesgar sus vidas que pasar en cualquier ocasión por hombres de flaco espíritu.»

* * *

Por lo que antecede se ve con cuánta facilidad los hombres de aquellos tiempos concebían y acometían las más arduas empresas.

Continúa Lafuente de este modo:

«Con ánimo resuelto abandonó Pulgar los muros de Alhama, seguido por sus quince amigos.

»Caminaron los caballeros hasta la Malaha, en cuyas inmediaciones buscaron un paraje sombrío donde permanecer ocultos con sus caballos durante el día.

»Pulgar mandó recoger un haz de retama para aplicar fuego a algunos edificios de Granada.

»Luego que obscureció volvieron a cabalgar los aventureros, y sin ser vistos ni oídos por enemigo alguno, se acercaron al muro de Granada por la parte de Bibataubin, y marcharon a la desfilada por el cauce del río Darro, hasta llegar bajo el puente de la Paja. Seis permanecieron aquí inmóviles y silenciosos, y Pulgar, seguido de los restantes, bajo la dirección de un moro granadino, liberto suyo y bautizado con el nombre de Pedro Pulgar, avanzó por el mismo cauce del río arriba, y saltando por unas acequias, cruzó las calles silenciosas y obscuras y llegó a las puertas de la gran mezquita.

»Arrodillado Pulgar ante sus umbrales, sacó un pergamino en que aparecía escrito el símbolo «Ave María» (1), y clavándolo con un puñal en las chapas de hierro de la puerta, se dirigió a la cercana Alcaicería para incendiarla con el haz de leña, de que, según dijimos, se previno en el campo. Tristán de Mon-

---

(1) En recuerdo de este suceso, una de las puertas de la catedral de Granada, situada en el lugar mismo donde estuvo la mezquita, se llama del «Ave-María».—*N. del A.*

temayor, a quien encargó una tea para aplicar el fuego, la dejó olvidada en la puerta de la mezquita, y despertó con su descuido ardiente enojo en el ánimo del guerrero.

»Empeñado éste en procurarse lumbre haciendo encender con eslabón y pedernal un trozo de cuerda, sintió desembocar por las calles cercanas una ronda de moros: al ver al enemigo al frente, puso mano a su espada, y seguido de sus fieles hidalgos arremetió intrépido y los dispersó a cuchilladas.

»Guiado por el converso regresó al puente con los suyos, y saltando todos en sus caballos, aplicaron espuelas y se alejaron de la ciudad.

»Los reyes, en recompensa de esta hazaña, hicieron a Pulgar y a sus quince compañeros grandes mercedes; concedieron al primero asiento de honor en el coro de la catedral, cuyo privilegio conservan sus herederos los marqueses de Salar, y señalaron para su sepultura el mismo sitio donde se arrodilló para clavar su emblema religioso, cuya tumba se conserva con veneración.»

*
* *

Realmente, al leer el anterior relato, parécenos ver resucitar los héroes de los tiempos mitológicos, y

realizar extraordinarias proezas para admirar al mundo entero y conquistar el título de dioses.

Otro hecho que prueba la caballerosidad y galantería de los contendientes, fué la sorpresa de una comitiva que acompañaba a una sobrina del alcaide de Granada, Aben Comixa, llevada a cabo por el conde de Tendilla, quien no sólo trató a la joven con toda delicadeza y la prodigó las mayores atenciones, sino que al recibir una carta del mismo Boabdil, solicitando su rescate, la puso inmediatamente en libertad, dándole ricas joyas de regalo y un lucido acompañamiento para su seguridad.

Esta acción fué correspondida por el monarca granadino, dando libertad a veinte sacerdotes y a ciento treinta hidalgos castellanos y aragoneses, con algunas otras cautivas.

Con caballeros tan valientes y generosos, que tales empresas realizaban, no era aventurado predecir el triunfo de los cristianos, y doña Isabel procedía fundadamente al tener en él una fe y una esperanza ciegas.





CAPITULO XIII

Recuento de fuerzas

LLEGÓ en tanto la primavera del año 1491, y don Fernando, decidido a realizar los deseos de su esposa, al frente de un ejército de cuarenta mil infantes y diez mil jinetes, se puso en marcha hacia la capital del desmembrado reino nazarita, y plantó sus tiendas en la hermosa vega, convertida entonces en vasto teatro de heroicas empresas.

Día triste para los musulmanes debió ser aquel en que vieron brillar las cruces y ondear los pendones de Aragón y Castilla ante las murallas de su ciudad.

¡Cuántos sin duda sintieron misteriosa sacudida en todo su ser, como presagio triste de la desventura que les aguardaba! ¡Cuántos otros derramarían lágrimas de pena al ver holladas las doradas mieses que con

tanto afán habían cultivado! ¡Cuántas madres cariñosas debieron abrazar a sus pequeñuelos, que ya no habían de conocer la patria en que abrieron los ojos a la luz!

Pero en pechos varoniles como los de los defensores de la ciudad; en pechos españoles, que, al fin y al cabo, la mayor parte de ellos habían nacido en nuestro suelo y españoles eran, por lo tanto, presto se ahogan los impulsos de la tristeza y se sobreponen los altos sentimientos que el valor infunde, y presto estuvieron los defensores de Granada dispuestos para la última lucha.

* * *

No les faltaban, por otra parte, medios para luchar con gloria, pues la población de Granada elevábase a doscientas mil almas, y su ejército, a más de los cuerpos veteranos, contaba con veinte mil jóvenes, en edad de empuñar las armas.

Abul-Cacim tenía a su cargo las armas, provisiones y alistamiento de soldados; Muza, con el famoso Reduan y el moro Zaide de nuestros romances, compartían el mando de la caballería y la dirección de los combates en campo abierto; Abdel Keris el-Zegri estaba encargado de la defensa de las murallas; por último, Mahomed-Zair-Ben-Atar, al frente de una sección

de caballería ligera, debía molestar al enemigo con escaramuzas y sorpresas.

* * *

No más reducido en número ni poseído de menor entusiasmo ni de inferiores condiciones en ningún concepto era el ejército cristiano, acampado en la Vega.

Figuraban en él el marqués de Cádiz, el de Villena, el gran maestre de Santiago, los condes de Cabra, de Cifuentes, de Ureña y de Tendilla, don Alonso de Aguilar, nombres todos ya ilustres en los fastos contemporáneos, y mil otros bravos capitanes como Gonzalo de Córdoba, Pulgar y Martín de Alarcón.

La poderosa artillería, ante cuyo empuje cayeran las torres de Ronda, Cambil, Loja y Málaga, estaba toda ella dispuesta a renovar sus horrores, y las milicias de todas las ciudades de Castilla y de otras provincias formaban tan aguerrida hueste.

Sentóse el campamento a dos leguas escasas de la ciudad.

A los pocos días llegó a él doña Isabel, cuando hubo provisto el mantenimiento del ejército.

Entonces empezaron mil y mil combates sin importancia decisiva, pero en los que lucían su gentileza, valor y caballerosidad los campeones de uno y otro bando, convirtiéndose el campo cristiano en un continuado y sangriento torneo.

Unas veces era un grupo de guerreros árabes que salía de la ciudad, llegando hasta el centro mismo de los

sitiadores; otras un grupo de caudillos cristianos, que avanzaba hasta las murallas mismas de Granada.

* * *

Entre estas escaramuzas y combates parciales, mencionan los historiadores la llamada batalla de la Zubia, pueblecillo situado en una colina próxima a la ciudad.

Tuvo lugar del modo siguiente:

Cierto día ocurriósele a Doña Isabel ver más de cerca la ciudad y sus potentes fortificaciones, para lo cual, acompañada por el marqués de Cádiz y otros valerosos caudillos, llegó hasta la antes citada población.

De pronto, se lanzaron gran número de guerreros musulmanes sobre los caballeros que acompañaban a la reina.

Aunque el marqués de Cádiz, que dirigía la expedición, recibió orden de Doña Isabel de no empeñar la lucha, pues no quería que por un capricho suyo se derramase la sangre de sus soldados, al ver el peligro que amenazaba a la reina, el valeroso marqués se olvidó de tales órdenes, y en vez de retirarse, lo cual hubiese sido una vergonzosa huída, con los pocos caballeros que le seguían arremetió contra los musulmanes, obligándoles a refugiarse precipitadamente en la ciudad, aunque eran muchos más en número, no sin dejar en el campo gran número de muertos, heridos y prisioneros.

* * *

Tan vivo quedó en la memoria de Doña Isabel

aquel combate, dado ante sus ojos, y en el que sin el esfuerzo de sus bravos capitanes habríase visto envuelta y cautiva por sus enemigos, que para conmemorar la victoria, siguiendo la piadosa costumbre de la época, fundó en aquel paraje un convento, donde plantó un laurel por su propia mano (1).

Desde entonces mostróse más cauta en satisfacer sus caprichos y nunca más volvió a exponer a sus gue rreros a inútiles peligros, aunque todos ellos hubiéranse dejado quitar la vida por realizar el más insignificante de sus deseos.

(1) El laurel plantado por la reina florece todavía en aquel sitio y, conocido con el nombre del «laurel de la Zubia», vive como recuerdo de aquel hecho, haciendo latir de entusiasmo el corazón de los que lo contemplan, como lo ha contemplado el que estas líneas escribe.—N. del A.





CAPITULO XIV

Santa Fe

Hay ocasiones en la vida de los pueblos, en las que los accidentes de menor monta dan lugar a hechos de trascendental importancia, y en una de esas ocasiones se encontraba entonces nuestra patria.

En la noche del 14 de julio de 1491, un voraz incendio destrozó todo el campamento cristiano.

Como todas las noches, la reina al retirarse a descansar, entregóse largo rato a la oración.

Ya hemos dicho que ocupaba la tienda del marqués de Cádiz, la cual éste le cedió galantemente, para su mayor comodidad.

Hallábase Doña Isabel arrodillada en su reclinatorio, cuando la luz de una bujía prendió fuego en los cortinajes de la tienda.

La reina, al pronto, no se dió cuenta de nada.

Cuando advirtió lo que sucedía, vióse ya envuelta en llamas, y sin su presteza en salir corriendo, seguramente habría perecido.

Todo el campamento púsose en conmoción a los gritos de la reina; la terrible palabra «¡fuego!» era repetida por todas las bocas, con el espanto consiguiente, e hiciéronse desesperados esfuerzos para dominar el incendio.

* * *

Todo fué inútil.

El viento avivó la llama, propagándola a las rústicas cabañas de leños levantadas para albergue de los soldados, y en pocas horas todo el campamento cristiano quedó totalmente destruído.

Júzguese la impresión que la catástrofe produciría en las tropas.

En la ciudad, en cambio, el incendio produjo extraordinario regocijo.

Desde las murallas contemplábalo la población toda, y lanzaban al aire gritos de alegría, creyéndose salvados gracias a un accidente.

Porque era lo que Boabdil mismo decía a sus caudillos:

—¿Cómo han de reponerse los cristianos de tan grandes pérdidas, ni cómo han de levantar un nuevo campamento que sustituya al destruído?

Lógicamente pensando, lo consideraban imposible.

* * *

Pero imposible no había nada para Isabel, en quien las contrariedades producían el efecto de acicates que más la animaban a perseverar en sus empresas.

Repuesta del natural sobresalto, dijo:

—Sensible es lo ocurrido, pero no hasta el punto de que nos desconcierte y amilane. En nuestra misma desgracia hemos tenido suerte, pues ni uno solo de nuestros hombres ha perecido en el incendio, y por consiguiente todo se reduce a levantar un nuevo campamento.

Miráronla todos sorprendidos al oirla hablar de esta manera y ella añadió:

—Estamos lo mismo que cuando llegamos aquí por vez primera. Tampoco entonces teníamos albergues y los levantamos; pues volvámoslos a levantar.

Alguien se atrevió a objetar:

—Carecemos de elementos.

A lo que ella replicó, sin ceder un punto en su indomable energía:

—Se buscan.

* * *

La construción de un nuevo campamento quedó definitivamente acordada; pero no habían de echar en olvido los prudentes monarcas la terrible lección que

de la experiencia acababan de recibir; así, pues, decidieron edificar una verdadera ciudad, en la que las casas sustituyesen a las destruídas cabañas.

Así se ponían a cubierto de un nuevo accidente.

Pusieron en seguida manos a la obra, con gran admiración de los sitiados, quienes no acertaban a explicarse aquellos trabajos.

Sin descuidar los servicios necesarios para impedir una sorpresa de los enemigos; sin alterar las costumbres del campamento, instalado provisionalmente al aire libre, en el breve plazo de ochenta días, la nueva ciudad quedó completamente terminada con sus calles y plazas.

No faltaban en ella ni su iglesia ni habitaciones relativamente cómodas para los reyes y sus principales caudillos.

En atención a que la idea de aquella obra sorprendente y grandiosa fué de doña Isabel, el ejército entusiasmado quiso dar a la nueva ciudad el nombre de «Isabela»; pero la reina se opuso.

—La fe es la que nos ha ayudado a realizar tal obra—repuso.

En vista de lo cual, por su deseo, el nombre de «Isabela» fué sustituído por el de «Santa Fe».

* * *

Razón tienen los historiadores al afirmar que esto influyó en el ánimo de los sitiados más que diez batallas desgraciadas.

Vieron surgir como por encanto una ciudad donde antes estuvo el campamento; comprendieron por ello la energía, la tenacidad y el poder de sus adversarios y abandonaron toda esperanza de salvación.

Los que de tal modo convertían las catástrofes en origen y causa de nuevas grandezas y se instalaban de modo tan permanente y hacían en tan poco tiempo lo que otros no habrían hecho en años, ni eran fáciles de vencer ni abandonarían su empresa, a pesar de todas las contrariedades.

Además, el hambre empezaba a dejarse sentir en la ciudad, pues cabalgadas cristianas habían recorrido en distintas ocasiones el valle de Lerín y la Alpujarra, de donde se continuaban abasteciendo, y les habían cortado esta última fuente de su sostenimiento.

En tales circunstancias, sólo en la muerte podían buscar garantía segura de su libertad.





CAPITULO XV

El último esfuerzo

Con todo lo que antecede, andaba inquieto y bullicioso el voluble pueblo granadino; oíanse por todas partes murmuraciones sobre la inacción del «Zogoibí», como llamaban a su rey, mientras que éste veíase rodeado de pérfidos consejeros que dejaban deslizar en sus oídos palabras de acomodamiento y capitulación con los cristianos.

Hallábase perplejo Boabdil sobre el partido que más le convenía tomar, cuando determinó hacer una salida contra los sitiadores.

Trataron de disuadirle de su idea, y él respondió, según las palabras que citan los historiadores, oídas por un testigo presencial:

—«Vale más morir todos antes que recibir la afrenta de que una ciudad tan grande se entregue así.»

Y en efecto, a pesar de los ruegos de su esposa y de sus hijos, que miraban más por su vida que por su dignidad, llevó a cabo su temerario empeño.

* * *

El día señalado para intentar aquel último y desesperado esfuerzo, salió Boabdil de la ciudad con la flor de la caballería granadina, ya muy mermada con las bajas que había sufrido; y dejando la infantería en los puntos próximos a las murallas, para asegurar la retirada, se lanzó con extraordinario brío a la cabeza de sus tropas sobre los caballeros cristianos, trabándose una terrible pelea.

Por parte de unos y otros hiciéronse prodigios de valor; pero el triunfo fué de los sitiadores, sin que el desventurado rey de Granada lograse perecer en el campo de batalla, por más que lo procuró dando buena cuenta de su persona en los lances más arriesgados de la encarnizada lucha.

¡Qué triste entrada la de Boabdil vencido, donde soñó entrar vencedor!

No escuchaba aplausos y aclamaciones, sino reproches y quejas, y sólo los brazos de su fiel Moraima le recibieron amantes.

Hasta su madre, la implacable Aixa, le volvió la espalda con desprecio.

* * *

Este fué el postrer esfuerzo de los sitiados, quienes entablaron negociaciones por medio del wazir Abul Cacim, que alcanzó una suspensión de hostilidades para ultimar la capitulación.

El 25 de noviembre de 1491 quedó firmada la capitulación, en virtud de la cual Granada se entregaría a los Reyes Católicos en el término de sesenta y cinco días, mediante el cumplimiento de una serie de condiciones públicas que se estipularon, y otras secretas en favor de Boabdil y su familia.

Pero precisamente la primera, o sea la entrega de la ciudad, no había de tener exacto cumplimiento, ya que habiendo trascendido hasta el pueblo la noticia de la capitulación, a pesar del secreto con que fué llevada, y excitados los ánimos por las predicaciones de un fanático santón, se amotinó y obligó a Boabdil a refugiarse tras las murallas de la Alhambra y a rogar a los reyes que adelantasen el día de la entrada en la capital, a fin de evitar mayores males que amenazaban sobrevenir.

Quedó así convenido, y el día 2 de enero del año 1492, se realizó este hecho, uno de los más importantes y gloriosos en la historia de los pueblos.

*
* *

Gran siglo, año feliz y glorioso día fueron realmente para nuestra patria aquellos en que terminó la lucha de ocho siglos iniciada en el Waddi-Yacca.

Sin duda debieron estremecerse de ventura en sus sepulcros los restos venerandos de tantos héroes y de tantos mártires de la causa nacional.

Había caído el tronco de la palmera, símbolo de la civilización oriental; Castilla, Aragón y las demás regiones españolas, habían confundido su preclaro nombre en otro más querido, más grande, más excelso: en el glorioso nombre de España.

La unidad nacional era ya un hecho.

Desde aquel día, en España no regirían más que unas leyes, no se hablaría más que una lengua, ni se profesaría más que una religión, ni se reconocería más que una autoridad, la de los monarcas ilustres que habían realizado la grandiosa obra de unir y juntar bajo su cetro, los fragmentos hasta entonces separados de la gran patria española.

El valor de un hombre y el talento y la abnegación de una mujer, habían realizado el milagro, con la ayuda poderosa de la Providencia.





CAPÍTULO XVI

La entrada en Granada

Al dorar los rayos del sol del día 2 de Enero de 1492 las cumbres de Sierra Nevada y los fertilísimos campos de la vega granadina, veíase a los capitanes, caballeros, escuderos, pajes y soldados del ejército cristiano, vestidos de rigurosa gala, con arreglo a una orden la noche anterior recibida, agruparse y formar bajo sus respectivas banderas.

A pena de muerte estaba condenado el que aquel día faltara a las filas.

Los mismos reyes y personas reales vistieron de gran ceremonia, dejando el traje de luto que llevaban por la inesperada muerte del príncipe don Alfonso de Portugal, malogrado esposo de la infanta de Castilla doña Isabel.

En esto retumbaron por el ámbito de la vega tres cañonazos disparados desde los baluartes de la Alhambra.

Era la señal convenida para que el ejército vencedor partiera de los reales de Santa Fe, para tomar posesión de la insigne ciudad muslímica.

Diéronse al aire las banderas y comenzó la marcha.

Iba delante el gran cardenal de España Don Pedro González de Mendoza.

* * *

Atravesó la hueste el Genil y, con arreglo al ceremonial acordado, subía la cuesta de los Molinos hacia la esplanada de Abahul, al tiempo que Boabdil, saliendo por la puerta de los Siete Suelos con cincuenta nobles moros de su casa y servidumbre, se presentó a pie al gran sacerdote cristiano.

Apeóse al verle el cardenal y le salió al encuentro; el príncipe musulmán le dijo en alta voz y con triste acento:

—Id, señor, id en buen hora y ocupad esos mil alcázares en nombre de los poderosos reyes, a quienes Dios, que todo lo puede, ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes (1).

Y se despidió del prelado con ademán melancólico.

Mientras el cardenal con su hueste proseguía su

(1) Palabras rigurosamente exactas, según el ilustre historiador Lafuente.—*N. del A.*

camino y hacía su entrada en la Alhambra, el rey moro cabalgaba, seguido de su comitiva, y bajaba por el mismo camino al encuentro de los reyes.

*
* *

Al llegar a la presidencia de los Reyes Católicos, el príncipe moro apeóse e hizo ademán de besarles la mano; pero Fernando se apresuró a impedirlo.

Entonces, Boabdil les presentó las llaves de la ciudad, diciéndoles:

—Vuestros somos, poderosos y ensalzados monarcas; he aquí las llaves de este paraíso; la ciudad os entregamos, pues así lo quiere Alá, y confiamos en que usaréis de vuestro triunfo con generosidad y con clemencia (1)

En seguida sacó el rey Chico de su dedo un anillo, y ofreciéndoselo al conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad, le dijo:

—Con este sello se ha gobernado Granada; tomadlo para que la gobernéis, y Dios os dé más ventura que a mí.

La reina Isabel le consoló magnánima y restituyóle su hijo, que formaba parte de los jóvenes nobles que se habían dado en rehenes como garantía del cumplimiento de uno de los convenios anteriormente estipulados.

Despidióse el infortunado príncipe con su familia y prosiguió escoltado hasta los reales de Santa Fe.

---

(1) Palabras auténticas, según el referido historiador.—*N. del A.*

Todos los que presenciaron la anterior escena quedaron impresionados y muy profundamente conmovidos.

* * *

Reinaba en Granada pavoroso silencio.

La reina Isabel, que colocada en una pequeña eminencia no apartaba los ojos de las torres de la Alhambra, sentía latir su corazón de impaciencia, al ver lo que tardaba en ondear en el palacio árabe la enseña del cristianismo.

En esto hirió su vista un resplandor que bañó su pecho de alegría.

Era el brillo de la cruz de plata que llevaba Fernando en las batallas, plantada en la torre llamada hoy de la Vela.

A su lado vió tremolar el estandarte de Castilla y el pendón de Santiago.

—¡Granada, Granada por los reyes Don Fernando y Doña Isabel!—gritaron en alta voz los reyes de armas.

El júbilo se difundió por todo el ejército.

Incorporáronse la reina y el rey, y dando a besar sus reales manos a los nobles y capitanes que les habían ayudado a terminar tan gran empresa, procedieron a posesionarse de la Alhambra, a cuyas puertas les aguardaban ya el cardenal Mendoza, el comendador Cárdenas y el Alcaide Aben-Comixa.

El rey entregó las llaves de Granada a la reina, la cual las hizo pasar sucesivamente a las manos del prín-

cipe Don Juan, del cardenal y del conde de Tendilla, nombrado gobernador de la Ciudad y del Alcázar, según antes hemos dicho.

* * *

Una vez dentro de la Alhambra, las damas y los caballeros discurrían embelesados por aquellos aposentos de alabastro y oro, aplaudiendo los sutiles conceptos de leyendas y versos estampados en sus paredes, y explicados por Gonzalo de Córdoba y otros personajes peritos en el árabe.

El 6 de enero tuvo lugar la entrada triunfal de los Reyes Católicos en la última capital del Islamismo en nuestra patria.

Pusiéronse en marcha, llevando al frente un lucido escuadrón de caballeros montados en briosos caballos con arneses de gala; seguía el príncipe Don Juan, armado caballero pocos días antes por sus mismos padres, a cuyo lado cabalgaban en sendas mulas el gran cardenal revestido de púrpura y Fray Hernando Talavera, primer arzobispo de Granada; venían después los reyes espléndidamente ataviados, en medio de la flor de la nobleza de Castilla y Andalucía, y tras de ellos todo el ejército con las banderas de los grandes y de los concejos desplegadas, al son de instrumentos marciales.

* * *

Entró la espléndida comitiva por la puerta de Elvira, y después de recorrer varias calles, subieron a la Alhambra, en donde se había preparado un trono en la sala de Comares, en el que recibieron y dieron a besar su mano los monarcas a los nobles de su corte.

Ningún incidente desagradable vino a turbar y descomponer tan hermoso cuadro.

En previsión de ello, los reyes encargaron el gobierno de la ciudad al prudente conde de Tendilla, la suprema sede al virtuoso y benigno Hernando de Talavera, y a Hernando de Zafra la difícil misión de interpretar las capitulaciones.

La sabiduría y tacto de aquellos tres preclaros varones, eran garantía segura de orden, imparcialidad y justicia.

No se hicieron alardes exagerados que hubiesen encendido el odio en los habitantes de la ciudad.

* * *

Entretanto Boabdil, anhelando no presenciar espectáculos que tan dolorosos habían de serle, habíase puesto en marcha para su destierro de Andarax, donde debía terminar sus días, tranquilo y respetado.

Marchaba con el corazón oprimido por mortal angustia, y al divisar desde la cuesta del Padul, su ciudad querida, rompió en llanto, exclamando:

—¡Allah Akbar!

A cuya exclamación respondió su madre, según leyenda tradicional, con la fiereza propia de su indómito carácter:

—¡Llora, llora como una mujer, ya que no has tenido valor para luchar como hombre! (1).

Respuesta harto injusta, pues la razón de la vergonzosa derrota del infortunado príncipe, no fué su cobardía, sino su propia desgracia.

Y motivo tenía en verdad Boabdil, para llorar de aquel modo su amarga desventura.

Dejaba para siempre aquella hermosa ciudad, en donde se había mecido su cuna, arrullado en su sueño por el murmurio amoroso de sus perfumados bosques y de sus cristalinas fuentes; dejaba aquella Alhambra sin igual, donde en cada paseo, en cada patio, en cada alhamíe, en cada salón de artesonado techo, quedaba un pedazo de su corazón.

¿Y cómo dejaba todo aquello?

En manos de odiados enemigos, que no sólo habían de hollar con su planta desde la Alhambra al Albaicín, todo el recinto sagrado de su ciudad querida, sino que habían de reducir a la servidumbre y a la ignominia a su pueblo que, aunque voluble para él, tanto le había querido; que habían de coronar sus torres y mezquitas con la enseña de la Cruz, adorando en sus

---

(1) Palabras textuales, según Lafuente y otros distinguidos historiadores.—N. del A.

altares los mártires y los santos del Cristianismo, mientras los antiguos dueños y señores de la ciudad muslímica, bañados en llanto, o aceptaban resignados aquella humillación o la abandonaban para siempre, prefiriendo perderla o conservarla a trueque de la más ignominiosa servidumbre.

Tal vez también, con esa visión profética que a veces presta la desgracia, veía en lontananza el momento supremo de la desaparición completa de su pueblo; tal vez veía la ciudad triste, abatida, poco menos que desierta.

* * *

Así acabó la famosa empresa de la conquista de Granada, timbre de gloria de la reina Isabel, su principal iniciadora, y así terminó la dominación de los muslimes en España.

Por nuestras venas corre sangre de su sangre; en nuestras costumbres se retrata en parte, sobre todo, en determinadas regiones, su propia vida; en nuestra lengua, multitud de palabras destinadas a indicar objetos e ideas atestiguan su floreciente civilización; y en nuestra literatura, a su influencia se deben un cierto sabor oriental, una gran tendencia hacia lo extraordinario y maravilloso.

Al propio tiempo, pues, que bendecimos la hora en que nuestra patria por el poderoso esfuerzo de una mujer sin igual, se vió libre del vergonzoso yugo a que vivió sujeta durante ocho siglos, debemos lamentar

también la infausta suerte de aquel tan valeroso como ilustrado pueblo.

Sus propios méritos aumentaron la gloria de nuestriunfo sobre él, haciéndolo más grande, más digno de admiración y aplauso.





CAPÍTULO XXII

A manera de apéndice.

Como complemento y apéndice a la toma de Granada, uno de los hechos más gloriosos de la excelsa reina cuya historia revelamos, creemos oportuno decir cuatro palabras acerca del fin y destino que tuvieron los principales personajes que tomaron parte en suceso tan extraordinario.

Aunque muchos de ellos no hayamos hecho más que consignarlos de pasada en nuestro relato, por no permitir otra cosa la índole de esta obra, aún así tienen relieve más que sobrado para que nuestros lectores hayan fijado en ellos su atención, y por consiguiente, para que lean con gusto los últimos datos que vamos a dar.

Procuraremos ser breves, porque otros sucesos de no menor importancia reclaman nuestra atención.

* * *

Dos reyes moros habían sobrevivido a la ruina de su poder en España: Muley Abdallah el Zagal y Boabdil

Al valiente Zagal, terror que había sido de las armas cristianas durante largo tiempo, le estaban reservados infortunios aun mayores que los de ver caído el Islam a los pies de los Reyes Católicos.

Lleno de tristeza y melancolía, vendió al cabo de poco tiempo a los reyes cristianos, el territorio que estos mismos le habían adjudicado en Andarax, y seguido de varios de sus fieles amigos, se dirigió a las playas africanas en busca de un asilo donde pasar sus últimos años.

Pero allí le estaban reservados nuevos y mayores tormentos.

El rey de Fez, ambicioso de sus tesoros, le encerró en una mazmorra, así que llegó a sus dominios, y con fútiles pretextos sugeridos por su codicia, le mandó abrasar los ojos.

Así, ciego y andrajoso, hubo de mendigar de puerta en puerta el sustento, hasta que por fin fué recogido por uno de sus antiguos amigos, en cuya casa pasó los últimos días de su azarosa existencia.

* * *

Menos infortunado fué Boabdil, en medio de sus desventuras.

Tuvo la desgracia de perder a la fiel y cariñosa Moraima, la sultana favorita, hija del bravo Aliatar, muerto gloriosamente en el campo de batalla; pero a pesar de tantos contratiempos, aún pudo alcanzar días tranquilos en la corte del rey de Fez, donde se hizo construir un alcázar, débil recuerdo de su hermosa y querida Alhambra.

Allí vivió por espacio de treinta y cuatro años, al fin de los cuales, comprometido a luchar en defensa del califa que le dispensara tan generosa acogida, murió peleando como bueno en una batalla.

La hermosa Zoraya, la que, como dijimos, fué causa inconsciente de la última fatal división del reino granadino, volvió de nuevo a la religión católica, que en su juventud había profesado, y sus hijos don Fernando y don Juan de Granada recibieron rentas y títulos de infantes, conservando en sus blasones las armas de los Alhamares y emparentando sus descendientes con las principales familias de la nobleza española.

El noble y esforzado príncipe Cid Jahya, convertido también a la religión católica con el nombre de Pedro de Granada y Venegas, desempeñó elevados cargos y obtuvo honrosas distinciones, que legó a sus descendientes, los cuales emparentaron y dieron origen a varias ilustres casas españolas.

Esto por lo que respecta a los personajes moros; digamos ahora algo de los cristianos.

*
* *

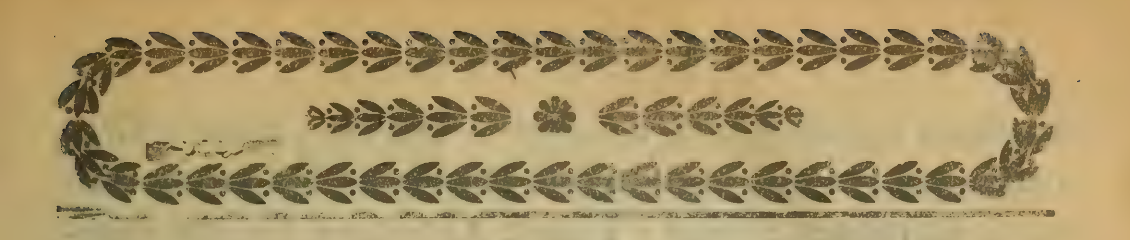
Coincidencia singular es, realmente, que concluída la lucha secular de la reconquista con la guerra de Granada y la rendición de esta ciudad, sus principales y más decididos actores desaparecieran en breve plazo, como si hubiesen realizado ya completamente su misión en la tierra.

El condestable de Castilla, don Pedro Fernández de Velasco, murió el mismo día de la entrada de los reyes en la capital muslímica; el adelantado de Castilla, don Pedro Enríquez, falleció también al poco tiempo; igual suerte tocó al duque de Alburquerque, don Beltrán de la Cueva, favorito que fué de Enrique IV; y el célebre marqués de Cádiz y don Enrique de Guzmán, antiguos rivales, aunque heroicos defensores ambos de su patria, reconciliados y convertidos en nobles y generosos amigos, murieron en la misma semana, y según algunos historiadores, en el mismo día 28 de agosto de 1492.

Otros, menos entrados en años, les sobrevivieron, emulando sus glorias en lo sucesivo.

Entre ellos ocupa preferente sitio Gonzalo Fernández de Córdoba, de la noble casa de Aguilar, del cual hemos de ocuparnos aún, y que más adelante mereció que sus contemporáneos le designaran con el glorioso sobrenombre de «el Gran Capitán».





CAPITULO XXIII

Expulsión de los judíos.

NADA humano es perfecto, y a veces los hechos más gloriosos, las acciones más grandes, son oscurecidos por la obcecación y el error.

Los Reyes Católicos, como seres humanos, tenían sus imperfecciones y sus errores.

Acababan de realizar una de las hazañas más gloriosas de la historia, la conquista de Granada, cuando el día 31 de Marzo del mismo año de 1492, sorprendió a todos la promulgación del decreto de expulsión de los judíos, por ellos firmado.

Nunca pudo ser aquella medida menos justa y oportuna.

Acababa de conquistarse la capital muslímica de España, tras larga y sangrienta lucha, en la que los judíos habían favorecido extraordinariamente a los reyes, cuidándose del abastecimiento de aquellos nu-

merosos ejércitos que sitiaron a Málaga, Baza y Granada, y a los que nada había faltado en tan largos asedios; Abraham Senior e Isahak Abarvanel habían cumplido su cometido con tanto celo, que la abundancia y hasta el lujo dominaron allí donde sin ellos hubiera sido un problema, aún hoy día el primero que hay que resolver en las grandes guerras, de difícil, por no decir de imposible, solución; recientes estaban las capitulaciones, por las que se concedía a los judíos los mismos derechos que a los mahometanos vencidos, lo que había hecho concebir a estos desgraciados un porvenir lisonjero; mas de pronto vino a tronchar en flor tan legítimas esperanzas el famoso edicto por el que los Reyes Católicos mandaban salir de sus Estados a todos los judíos, vedándoles para siempre volver a ellos.

* * *

Como era necesario dar alguna excusa y fundamento a tan radical medida, en el preámbulo del edicto se apoyaba en las siguientes razones:

«1.° Que noticiosos de que había en el reino cristianos que judaizaban, de lo cual eran mucha culpa el trato y comunicación con los judíos, se había hecho la ley de apartamiento de 1480.

»2.° Que aparecía notorio y constaba por informes de los inquisidores, ser tanto el daño que nacía de la expresada comunicación de cristianos y judíos, cuanto era más constante el empeño de los últimos en pervertir a los primeros, separándoles de la fe católica y atrayéndoles a su ley y práctica de sus ritos y errores.

»3.° Que abrigando la convicción de que solo consistía el remedio de estos daños en cortar de raíz todo trato y comercio social entre judíos y cristianos, habían echado de las ciudades y villas de Andalucía a los contumaces hebreos, por ser en aquellas regiones mayor el daño y peligro, creyendo que este ejemplo bastaría a refrenar a los de las otras ciudades, en el pervertir a conversos y cristianos viejos.

»4.° Que no habían producido el «entero remedio» ni aquella resolución relativa a los judíos andaluces, ni el castigo ejemplar de los culpables de tales crímenes, y antes bien proseguían los judíos cometiéndolos con oprobio de la religión católica, donde quiera que moraban».

* * *

Como consecuencia de tales premisas, se fijaba un plazo de tres meses para que saliesen del reino, se condenaba a pena de muerte a todos los que regresasen y se conminaba con terribles penas a cualquiera que les socorriese o ocultase, pasado dicho plazo.

«Abandonados de todo el mundo —dice un historiador—: abrumados bajo el peso de los dos edictos, que los presentaba a los ojos de la muchedumbre cual

seres tocados de mortífera pestilencia; despojados fatalmente de la parte más granada de sus bienes; amenazados, en fin, con la esclavitud o la muerte, se preparaban los judíos a tan dolorosa expatriación, única senda que les restaba, para salvar en sus hombros los profanados penates de sus mayores.

»Al mover unos su planta vacilante, volvían los tristes ojos a las desiertas moradas, donde recibieron un día las caricias paternales, y donde habían visto nacer y crecer a sus desventurados hijos, sujetos ahora, como ellos, a los desastres de una dispersión inesperada. En su dolor no acertaban otros a separarse de aquellos seres queridos; y hubo ciudades, donde antes de resolverse a emprender tan dura peregrinación, permanecieron los hebreos tres días enteros en el cementerio de sus mayores, regando las tumbas con su llanto y enterneciendo con sus lamentos los corazones de sus mismos adversarios.

* * *

Triste fué el aspecto que a primeros de agosto de aquel año tan fecundo en grandes acontecimientos, presentaba la Península.

Veíanse por todas partes apesadumbradas caravanas en busca de la salida de aquella tierra, por ellos tan querida; los caminos, las sendas que se dirigían a Portugal y Francia, iban atestados; en los puertos se agitaba inmensa muchedumbre de judíos, que eran estivados en miserables embarcaciones dispuestas a



LOS JUDIOS SEGUIAN CAMINANDO SIN ENCONTRAR ALBERGUE



salir con distintos rumbos, dirigiéndose unas a las costas de levante, otras a las africanas playas, cuales a Italia, cuales al norte de Europa.

¡Y cuántas penalidades les estaban reservadas a gran parte de ellos!

Un historiador, testigo ocular de tales hechos, escribe lo siguiente:

«Iban unos cayendo, otros levantando, unos muriendo, otros naciendo, otros enfermando; que no había cristiano que no tuviese dolor de ellos. E siempre por donde iban, les convidaban al bautismo, e algunos... se convertían e quedaban, pero muy pocos. E los Rabbies los iban esforzando; e fascían cantar a las mujeres e mancebos, e tañer panderos e adufes, para alegrar la gente».

Dando con ello ejemplo de piedad y previsión, en la mayor parte de las ciudades fuera de España, donde se presentaron, les recibieron con benevolencia y se aprovecharon en beneficio de su industria y su comercio, de tan entendidos hábiles desterrados.

Todavía los judíos de Africa y de Turquía conservan la lengua castellana del siglo xv como recuerdo permanente de nuestra Patria, y muchas sinagogas de Europa usan aún los mismos libros de rezo que sacaron de España.

* * *

Unánime es casi la opinión de los historiadores sobre el edicto de expulsión, pues aunque difieran en el número de los que forzosamente emigraron de nuestro suelo, fijado por uno en ochocientas mil almas, reducido por otros a ciento ochenta mil dos convienen en que fué altamente perjudicial para los intereses de España, ya que, si participando de la errónea doctrina de que el oro y la plata constituyen la riqueza de un país, se les prohibió su exportación, no vieron los hombres de la época que sus riquezas, más que en esos metales, consistía en su actividad, en su inteligencia para las artes, la industria y el comercio.

¿Qué se hicieron aquellas «alcaicerias» y famosas «alcanas», envidia de los extraños y constante recurso de reyes, magnates y prelados?... ¿Qué se hicieron los famosos telares de Sevilla y de Toledo, de Lérida y de Valencia, de Teruel y de Mallorca?... ¿Qué fué de las celebradas tenerías de Córdoba, de sus preciadas orfebrerías, de sus ricas fábricas de cueros, estampados y paños de colores?... ¿Qué de las abastadas ferias, en que ostentaban los hebreos los productos del Oriente y del Occidente?... ¿Qué de los mercados donde competián a la par las sedas de Persia y de Damasco, las pieles de Tafilete y las delicadas filigranas de los árabes?

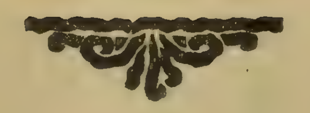
*
* *

Con la expulsión de los judíos, quedaron convertidos en desiertos los más pingües distritos del reino, despoblándose de una clase de ciudadanos que contribuían más que todos los otros, no sólo a los intereses generales del Estado, sino también a los recursos peculiares de la Corona.

Es fama que el sultán Bayaceto, que tenía formado un juicio bastante favorable del Rey Católico, exclamó al aportar los judíos a sus dominios:

—¿Este me llamáis el rey político, que empobrece su tierra y enriquece la nuestra? (1)

Sin embargo, los reyes tenían una disculpa, lo repetimos: el empeño de todos los hombres de la época, en conseguir la unidad religiosa en España.



(1) Dichos y hechos célebres.



CAPITULO XXIV

Fugitivos

Entre los fugitivos que partían a fundar sus hogares en tierra más hospitalaria que la de España, veíanse un hombre y una mujer que caminaban del brazo apoyándose mutuamente y como consolándose.

Dificultaba su marcha un pequeño cofrecito del cual parecían muy interesados en no separarse.

Aquel cofrecito era muy pesado a pesar de ser pequeño.

Si lo hubiesen abierto, todos los que hubiesen visto su contenido habrían lanzado un grito de admiración.

Encerraba un tesoro, una fortuna incalculable, en joyas y pedrería.

Parecía que los demás judíos que marchaban con ellos, no miraban muy bien ni a la mujer ni al joven.

Sólo un rabino que formaba parte de la caravana, dirigíales de vez en cuando; algunas palabras cariñosas, como para reanimar su valor.

La mujer lloraba y el joven decíale:

—¡Animo, madre! A nadie más que á mí tienes en el mundo y yo voy contigo; no temas que te abandone. En un rincón escondido de las playas africanas fundaremos nuestro nuevo hogar y seremos dichosos.

Su compañera mirábale con ternura al oir estas palabras, y seguía llorando.

* * *

Había partido la caravana de Valladolid, formándola casi todos los judíos que habitaron hasta entonces en dicha población, y dirigíanse á Cádiz para embarcarse con rumbo á Africa.

Hallábanse aun en la primera jornada.

Aunque muchos de ellos hubieran podido viajar con mayor comodidad, pues tenían recursos para ello, como también los había pobres, para que marchasen todos reunidos, participando de las mismas penalidades, los rabinos dispusieron que fuesen á pié.

Las caballerías servíanles sólo para transportar sus equipajes.

Al llegar la noche acamparon al aire libre, sin otro abrigo que las copas de los árboles, pues suponían fundadamente que en posadas y mesones no les recibirían, aunque pagasen en el doble de su precio la hospitalidad que les prestaran.

Hijo y madre acamparon con los demás, sin separarse un momento.

Juntos habían caminado durante todo el día y juntos recostáronse al pié de un árbol, cuyas ramas extendían sobre ellos su sombra protectora.

Dormían ya todos y la mujer y el joven aun continuaban despiertos.

Hablaban en voz baja.

La mujer decia:

—Sí, Isac, sí, hijo mio: si quieres quedarte, quédate; yo partiré sola.

—¿Eso dices, madre?—replicaba él.—¡Abandonarte! ¿Por qué? Para ello tendría que abjurar de nuestra religión, de la religión de mis mayores.

—De la mía, pero no de la de tu padre.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu padre no era judío.

—¿Qué era, entonces?

—Cristiano.

Un grito de dolor y de sorpresa escapóse de la garganta de Isac.

—¡Cristiano!—exclamó:—Luego entonces, por eso nuestros hermanos nos miran á tí y á mí con desprecio.

—Sí, por eso,—asintió ella, sollozando.

—Por eso tu padre, mi abuelo David, murió maldiciéndote.

—Por eso.

—¡Madre! ¿Pudiste faltar á tu fé y á tu decoro, siendo la amante de un cristiano?

—¡No me condenes sin oirme!

—Eso quiero, que me cuentes la verdad, que me reveles mi origen.

—Pues escúchame y luego júzgame y haz lo que tu conciencia te aconseje.

—Habla, madre mía, habla.

***

Con los lábios pegados casi al oido de su hijo, para

que nadie más que él pudiese escucharla, la mujer refirió la historia de una deshonra.

No necesitamos repetirla, pues los lectores ya la conocen, como también á aquella mujer.

La madre que confiaba á su hijo sus faltas, era Raquel, la hermosa judía hija del viejo David, seducida por D. Rodrigo de Paredes, con el nombre de Fabio.

Aquel hijo, Isac, era el fruto de aquella deshonra.

D. Rodrigo no había vuelto á acordarse de aquella desgraciada.

Ella sí, ella le había recordado siempre y le había visto de lejos en más de una ocasión; pero nunca le dijo nada.

Al pronto, al verse abandonada, sintió deseos de vengarse; pero aquellos deseos extinguiéronse poco á poco y al fin perdonó á su seductor, por ser padre de su hijo, al que idolatraba.

Si culpa hubo en sus amores, bien la expió la infeliz.

Cuando su padre supo su deshonra y supo quien era su seductor, quiso matarla; luego se calmó, pensando que podría arrancar á D. Rodrigo una fuerte suma, en compensación del honor que le había quitado.

Raquel se opuso á la codicia de su padre y este la arrojó de su casa con su hijo.

Murió á poco maldiciéndola, y el rabino la buscó y la puso en posesión de su herencia.

Era rica, y desde entonces vivió tranquila consagrada á su hijo, hasta que el decreto de expulsión la obligó á abandonar Valladolid donde había nacido y donde quedaba D. Rodrigo, al que todavía amaba.

* * *

Terminó Raquel su relato é Isac la abrazó en silencio.

—Sabes quien es tu padre,—añadió ella.—Si junto á él

quieres quedarte, déjame á mi y ve en su busca. Creo que te recibirá en sus brazos. Si tal haces, lleva contigo este cofrecito; yo para nada necesito nuestras riquezas; hazte cristiano y sé dichoso, mientras yo con los mios, lloro en el destierro nuestra separación, á la que me conformo.

Isac no respondió á estas palabras.

Limitóse á decir:

—Es muy tarde, madre mía; duerme; yo velaré tu sueño.

—Pero, ¿qué decides, después de lo que te he revelado? —insistió ella.

—Duerme,—repitió él, besándola en la frente.

Y se tendió á su lado.

Raquel no se atrevió á insistir de nuevo.

Poco después los dos callaban permaneciendo inmóviles, cual si durmiesen como todos los de la caravana.





CAPÍTULO XXV

Deber de hijo



ENDIDA por la fatiga de la jornada, Raquel acabó por dormirse.

Isac permanecía inmóvil, fingiendo dormir también, pero velaba, espiando los más leves movimientos de su madre.

Cuando la vió entregada á un sueño profundo, incorporose con tiento, la contempló un instante con ternura y luego púsose en pie y alejóse de ella.

Pronto llegó al sitio donde estaban las caballerias y toda la impedimenta de la caravana.

Dos judíos habíanse quedado velando para guardar todo aquello; pero cediendo al cansancio, acabaron por dormirse.

Después de convencerse de ello, Isac escogió el caballo que le pareció más fuerte y ligero, lo ensilló sin hacer ruido, y llevándolo por la brida, se alejó con él.

Nadie le vió ni le oyó alejarse.

Cuando estuvo á alguna distancia del pequeño é improvisado campamento, montó en el caballo, y oprimiéndole los hijares, al mismo tiempo que le soltaba las rienda, exclamó:

—¡A Valladolid!

Y en dirección á Valladolid partió el fogoso corcel en desenfrenada carrera, necesitándose todas las condiciones de excelente ginete que reunía el joven, para que no le arrojase al suelo.

* * *

Comenzaba á despuntar el nuevo día cuando Isac entró en Valladolid, de donde había salido el día anterior.

Internóse por sus calles, sin detener la carrera de su brioso alazán, cubierto de espuma, y fué á detenerse ante la puerta de la casa que habitaba su padre D. Rodrigo, como el mayor de los hermanos Paredes.

D. Rodrigo descansaba allí de las guerras de la conquista de Granada, en las que tomó una parte muy activa.

Sus guerreras proezas éranle conocidas, y sin saber ni aún sospechar que fuera su padre, más de una vez habíale contemplado con admiración y respeto, pensando:

—¡Quién fuera como él noble y valiente caballero!

La sangre de Paredes circulaba por sus venas, y más que al comercio, como casi todos los de su raza, habríase consagrado mejor á pelear junto á los cristianos, para alcanzar gloria.

Pero por otra parte no había querido abjurar nunca de la religión de su madre.

Habríale parecido una traición y una vergüenza.

* * *

Con mano temblorosa, efecto de los encontrados sentimientos que agitaban su corazón, el joven llamó á la puerta ante la cual habíase detenido.

No le contestaron.

Era muy de mañana y todos dormían aún en la casa.

Volvió á llamar con el mismo resultado.

Al fin, tras repetidos golpes, asomóse un criado á una ventana, preguntando:

—¿Quién sóis?

—Quien en esta casa necesita entrar, pues que á su puerta llama,—respondió el joven.

—¿Entrar á semejantes horas?

—Al punto.

—¿Con qué objeto?

—Con el de ver y hablar al noble D. Rodrigo de Paredes.

—No es ocasión oportuna para visitas.

—Cualquier ocasión es buena para el desempeño de una misión importante y urgente.

—¿Una misión habéis dicho?

—Sí.

—¿Urgente é importante?

—Eso es.

—¿A cerca de mi señor?

—Claro, puesto que por él pido.

El sirviente reflexionó.

No era la vez primera que á horas desusadas llamaba un emisario á aquella puerta, portador de algún mensaje ó encargo.

—Esperad,—dijo al fin el criado.—De vuestro deseo voy á dar cuenta.

Y desapareció, cerrando la ventana.

***

Transcurrió un rato, que para el judío tuvo la duración de un siglo.

Disponíase á llamar de nuevo, cuando la puerta se abrió, apareciendo en ella el mismo sirviente de antes.

—Pasad,—dijo.—Mi señor se ha levantado y os espera.

Desmontó Isac, entregó al criado las riendas de su caballo y entró.

Otro servidor condújole á una cámara, donde se hallaba D. Rodrigo.

Este al verle díjole:

—Me han anunciado que venís á cumplir una misión importante y por eso he consentido en abandonar el lecho para recibiros.

—Agradezco vuestra bondad, señor,—respuso Isac,—y os pido mil perdones por mi atrevimiento.

—Decid: ¿de parte de quién venís?

—De parte de nadie.

—¿Eh?

—O por mejor decir: vengo de parte mía.

—¿Luego habéis apelado á un engaño para conseguir ser recibido?

—No

—Entonces...

—Una misión vengo á cumplir, pero por mi cuenta.

—No os conozco.

—¿Y qué importa?

—Entre un desconocido y yo no puede haber asuntos de tanta importancia, que una entrevista á semejantes horas justifiquen.

Cambiando de tono, añadió:

—Pero en fin, puesto que ya os he recibido, cumplid la misión que decís.

*
* *

Por toda respuesta, Isac arrodillóse á los pies del caballero.

—¿Qué hacéis?—preguntó este sorprendido.

—Lo que debo,—respondió el joven.—No á otra cosa he venido que á postrarme humildemente ante vos, pidiéndoos que me bendigáis.

—¡Bendeciros!

—Para luego volver á separarnos.

—No os comprendo.

—¿No os explica vuestro corazón este enigma?

—¡Eh!

—Miradme fijamente: ¿no os recuerda mi fisonomía facciones que en otro tiempo os fueron muy conocidas? Consultad vuestra memoria: ¿no halláis en ella recuerdo alguno que pueda haceros sospechar quien soy yo?

—No...

—Fácilmente lo recordaréis y lo comprenderéis todo. Oid una historia.

Y con pausado acento dijo.

—Hace algunos años vivía en esta ciudad una hermosa y joven judía, llamada Raquel.

—¡Raquel!—repitió Paredes, estremeciéndose.

—¿Va refrescándose vuestra memoria?

—Seguid.

—Un caballero cristiano la requirió de amores, bajo nombre fingido.

—¡Oh!...

—Aquel caballero érais vos.

—¿Cómo sabéis?...

—Tened paciencia hasta el final; acabo al punto. De los amores de la judía y el cristiano nació un niño.

—¿Qué decís?

—Un niño sin padre, puesto que vos abandonásteis á la infeliz Raquel.

—¡Es verdad!

—Pues bien: antes de abandonar para siempre esta tierra, de donde todos los suyos son inicuamente expulsados, aquel niño, vuestro hijo, viene á llamaros por primera y única vez padre y á pediros que le bendigais.

Con humilde ternura agregó:

—Atended mi ruego y bendecidme, padre mio.





CAPÍTULO XXVI

Para siempre

SINTIENDO en su corazón lo que no había sentido nunca, todas las ternezas y dulzuras del amor de padre, D. Rodrigo estrechó al joven en sus brazos.

—Hijo mio,—le dijo, á punto casi de llorar.—Perdóname en tu nombre y en el de tu madre. Hoy comprendo por vez primera la gravedad de lo que hice; fué una infamia, cuyas consecuencias sufres tú injustamente. Si pudiese repararla, cree que lo haría; pero no hay medio. Tu madre no querrá abjurar de su religión, como yo no quiero abjurar de la mía; no puedo hacer otra cosa, pues, que lo que hago: pediros que me perdonéis.

—Y con eso basta, padre mio,—respondió Isac.—Con eso y con que no nos olvidéis.

—¡Eso nunca!

Y Paredes le volvió á abrazar, aun más conmovido.

Luego añadió:

—Pero tú es diferente. Aunque educado en la religión de tu madre, eres joven, las creeucias de la fé judáica no pueden estar muy arraigadas en tí, renuncia á ellas, quédate á mi lado y serás el heredero de mi fortuna y de mi nombre. Un porvenir brillante te espera junto á mí; yo te lo ofrezco; acéptalo.

—¡Nunca, señor! ¿y mi madre?

D. Rodrigo inclinó la cabeza, como comprendiendo la razón de lo que su hijo decía.

***

Con acento insinuante, lleno de ternura y respeto, Isac añadió:

—Si yo fuera solo, no vacilaría en aceptar lo que acabáis de proponerme. ¡Vivir siempre junto á vos, junto á mi padre! ¿Qué mayor dicha? Pero tengo á mi madre, señor, á mi pobre madre con la que he vivido hasta ahora y la cual no tiene en el mundo á nadie más que á mí. ¿Cómo abandonarla? ¡Sería inicuo! Moriría de dolor la pobre y yo no puedo dar la muerte á quien me ha dado la vida, consagrándome por completo toda su existencia.

—Tienes razón,—asintió Paredes, suspirando.—Su derecho á tu cariño, es preferente al mio. ¿Qué he hecho yo por tí? Nada. Todo se lo debes á ella.

—Llevando su abnegación hasta el extremo, cuando en la pasada noche me refirió la historia de mi origen, durante el descanso de la primera jornada de nuestro triste viaje de emigración, puso en mis manos el cofrecito donde se encierran nuestras riquezas, riquezas bastantes para satisfacer al más ambicioso, y me invitó á partir con ellas para venirme con vos ó para dirigirme á donde quisiera. Yo le devolví las riquezas que me entregaba y no le respondí siquiera; pero con el propósito de no separarme nunca de ella.

—Es tu deber.

—Después, cuando el cansancio la rindió al sueño, cediendo al deseo de veros y abrazaros, monté á caballo y abandoné el campamento, sin que nadie me viera. Ya os he visto y os he abrazado. Mi deseo de hijo está satisfecho y mi deber para con vos está cumplido. Dejad ahora que vaya á cumplir los deberes qne para con mi madre tengo.

***

Paredes no insistió en sus proposiciones.

Comprendía que la conducta de su hijo era la natural y justa.

Hablaron pocas palabras más, hasta que Isac dijo al fin:

—Y ahora, padre mio, permtid que de vos me despida y me separe para siempre. Mi madre y mis desdichados hermanos me aguardan; debo ir á reunirme con ellos y á compartir su triste suerte. La caravana se habrá puesto ya en camino, y todos extrañarán mi ausencia. Si no me apresuro á partir, no podre alcanzarles. Mi madre creerá, que usando del permiso que me dió, la abandono. Dejad que vaya cuanto antes á convencerla de lo contrario.

—Ve con Dios,—le respondió D. Rodrigo emocionado. —No tengo derecho para detenerte. Si fueras pobre te ofrecería una parte de mis riquezas; pero eres rico, más rico que yo y te ofrezco mi eterno y cariñoso recuerdo. Sé dichoso y no me olvides. Pídele á tu madre en mi nombre que me perdone y que también se acuerde de mí. En el remordimiento que has despertado en mi alma con tu sola presencia, siempre, mientras viva, os tendré presentes á los dos.

Quitóse de su mano una rica sortija con su escudo de armas, y la puso en la mano de su hijo, diciéndole:

—Guárdala como memoria mía.

—Adios, padre,—respondió el joven.—No nos volveremos á ver, pero no importa. En el retiro que escojamos en las playas africanas, seamos felices ó desdichados, siempre vivirá con nosotros vuestro recuerdo, respetado por mi madre y por mí. Ella no os odia, á pesar de todo, y yo os amo. ¡Adios, padre mio, adios!

Y abrazándole por última vez, salió presuroso.

Poco después oíase el galope de un caballo que se alejaba á todo correr, y D. Rodrigo desplomábase en un sitial, exclamando:

—¡Es mi hijo y lo pierdo para siempre apenas conocido! ¡Justo castigo á la infamia que cometí con la pobre Raquel!

Y lágrimas de arrepentimiento y de ternura bañaron sus ojos.

***

Mientras tanto, como Isac supuso, la caravana de que su madre formaba parte, habíase puesto en marcha.

Raquel al despertar y no ver junto á ella á su hijo, creyó que la habia abandonado y lloró, sin exhalar una queja.

Ni en aquel día ni en las jornadas siguientes, Isac logró reunirse á sus compeñeros.

Le llevaban demasiada delantera.

Raquel no hacía otra cosa que llorar, y sus compañeros murmuraban de la ausencia del joven.

Llegaron á Cádiz.

Iban ya á embarcarse á bordo del bajel que había de conducirles á las costas africanas, cuando se presentó á ellos un joven cubierto de polvo.

Era Isac.

Llegaba á tiempo para partir con sus hermanos.

Su madre al verle lanzó un grito de alegría y le estrechó en sus brazos.

—¿Creistes acaso que te había abandonado?—díjole él.—¡No, madre de mi alma, eso nunca!

Refirióle lo que había hecho y añadió:

—He ido á satisfacer un deseo de mi corazón y á cumplid lo que creia un deber; pero aquí me tienes de nuevo, para no separarnos nunca.

Y embarcaron juntos, con los demás judíos que formaban la caravana.

. . . .

. . . .

. . . .

En uno de los más apartados y pintorescos lugares de la playa africana, cerca de Argel, elevábase al poco tiempo una hermosa y solitaria vivienda.

Era la que habían edificado Raquel y su hijo, para que les sirviese de retiro.

En ella vivieron felices durante muchos años, acordándose alguna vez de D. Rodrigo, el cual no volvió á saber de ellos.

Isac se casó y tuvo numerosa prole.

Cuando murió Raquel, hizo un viaje á España para abrazar otra vez á su padre; pero Paredes también había muerto ya.

Entonces regresó á Africa, y en su solitaria casa pasó el resto de sus días, gozando de las riquezas que de su madre heredó, y rodeado de los suyos, que le adoraban.



LIBRO SEXTO

Colón

CAPITULO PRIMERO

En el convento de la Rábida



La importancia misma de los sucesos que novelamos, nos obliga á alterar un tanto el órden cronológico de nuestra narración, para tratar dichos y hechos aisladamente, con la detención debida.

Así, pues, suplicamos á nuestros lectores retrocedan al otoño del año 1491, anterior á la conquista de Granada, de que ya hemos hablado.

En un día crudísimo de dicha estación y año, que más parecia de riguroso invierno por lo frío y desapacible, un hombre y un mancebo, casi un adolescente, avanzaban

por el camino que conducía desde Huelva al pequeño puerto de Palos.

Era el anochecer y el sol había desaparecido velado por negros nubarrones, que presagiaban próxima y furiosa tempestad.

El aspecto de los dos caminantes era miserable y triste.

Notábase en ellos el cansancio y el pesar.

—¡Tengo hambre!—decía de vez en cuando el niño.

El hombre levantaba la mirada al cielo, como protestando de la desconsoladora amargura que encerraban las palabras del adolescente, y suspirando decía:

—Paciencia, Diego, hijo mío. La Providencia hará que lleguemos pronto á sitio donde nos socorran.

Diego callaba, pero para volver á poco á sus lamentaciones.

Ya no decía sólo «tengo hambre», sino que exclamaba al mismo tiempo:

—¡Tengo sed!

*
* *

Anochecido ya llegaron á una pequeña esplanada en la cual levantábase un gran edificio, que por su aspecto parecía ser un convento.

Era el convento de la Rábida.

En el centro de la plazoleta, delante de la puerta de la iglesia elevábase una cruz.

Diego dejóse caer rendido en las gradas que servían de basamento á la cruz, diciendo entre sollozos:

—¡No puedo más, padre, no puedo más!

El hombre se sentó á su lado y hundió la cabeza entre las manos.

También lloraba.

¡Qué lágrimas tan amargas las suyas!

—¡Y que me vea condenado á mendigar un pedazo de

pan para mi hijo,—murmuró hablando consigo mismo,—cuando soy más rico que todos los grandes y poderosos de la tierra! No hay tesoros comparables á los que mi mente ha entrevisto en largas noches de insomnio, á través de las brumas que sobre el mar se ciernen, como gasas que velan el misterio por los hombres no sospechado hasta ahora. Ofrezco esos tesoros á los príncipes y reyes, á cambio de una poca de protección... y los desprecian! Yo no puedo por mí solo hacer surgir del mar ese mundo fantástico, desconocido, de cuya ignorada existencia estoy cada vez más seguro. ¿Quién me ayudará á descubrirlo? Y si su descubrimiento no realizo, ¿permanecerá para siempre oculto en las sombras del misterio, ó habrá otro más afortunado que yo que lo descubra? Y si esto último ocurre, ¿por qué ha de serme usurpada la gloria que á mí solo pertenece?

—¡Tengo hambre y sed!—siguió diciendo el niño, sin que su padre le hiciera caso.

* * *

Cada vez más abstraido en sus tristes reflexiones, el hombre siguió diciendo:

—¡Oh España, noble tierra, á la que á impulsos de mis esperanzas vine, para ofrecer á tus reyes mi descubrimiento! ¡Mal acoges á este pobre genovés, que en tu hidalguía y grandeza cifró sus ilusiones! Tus hijos me desprecian y escarnecen y cierran sus oidos á mis promesas, esclavos de la ignorancia. Hoy que tu poderío se afirma, yo podría aumentarlo con el dominio de remotos imperios, que te harían la nación más rica y poderosa de la tierra; y tú, no solo no me haces caso, sino que me niegas hasta un pedazo de pan para saciar el hambre de mi inocente é infortunado hijo.

Con doloroso abatimiento agregó:

—No me quedará otro remedio que abandonarte, que huir de tí para ir á ofrecer á otra parte lo que tú desprecias. Y si cuando realizada mi gran obra reconoces tu error y te arrepientes de tu injusticia, ya será tarde. Otros gozarán de los tesoros que yo quise ofrecerte y tú despreciaste.

Con repentina resolución exclamó:

—¡Sí, no me queda otro remedio que abandonar España é ir de una en otra á todas las cortes europeas, hasta conseguir lo que deseo! ¡Oh injusticias del acasc! ¡Que en trance tal se vea el que pudiera ser señor de dominios más extensos que los de los monarcas más poderosos!

Y concentróse en sí mismo, sin oir siquiera que su hijo repetía:

—¡Tengo hambre y sed!

***

Al fin las quejas del niño lograron hacer volver en sí al padre.

Levantó éste con arrogancia la cabeza, como si quisiese desafiar la desgracia, que parecía empeñada en perseguirlo, y dijo:

—¡Es necesario vivir! ¡Vivir para mi hijo y para mi empresa! ¿Qué importan los sufrimientos, las humillaciones y las penalidades? Si venzo, todas mis penas se trocarán en alegrías. Entonces, ¡cómo me envidiarán los que ahora me desprecian, como me respetarán los que ahora me abandonan! ¡Y venceré! Dios no puede haber encendido en mí la llama de esta inspiración sobrenatural que me anima, haciéndome ver con claridad suprema lo que los otros no pueden ni aún concebir, para que mis esfuerzos se esterilicen, sucumbiendo ante los obstáculos que á mi proyecto oponen el egoismo y la ignorancia. ¿Qué me

importa la indiferencia de los hombres? Dios vale más que todos y Dios está conmigo.

Con acento de convicción profunda, en el que vibraban la fé y el entusiasmo, repitió:

—¡Venceré!

Habíase transformado hasta el punto de parecer otro hombre.

Resplandecía su rostro de facciones enérgicas, al que sus largos cabellos, prematuramente blancos, daban imponente majestad, y brillaban sus ojos, cual si los iluminase una luz sobrenatural, la luz de una inteligencia superior.

* * *

Levantóse, besó á su hijo y le dijo con ternura:

—Aguarda, Diego, aguarda. Tendrás agua y pan.

Miró en torno suyo y agregó:

—Dios, sin duda, ha encaminado mis pasos á este sitio. Me hallo ante las puertas de un convento, y los santos varones que en él moran, alejados voluntariamente de todas las mezquindades y miserias del mundo, aunque solo sea por caridad, no dejarán de socorrerme. Si supieran quién soy, acaso se burlaran de mí, como se burlan muchos, llamándome loco; pero no es posible que hasta este retiro haya llegado la fama de mi supuesta locura. No sabrán quien soy y no verán en mí más que un desvalido.

Cambiando de tono agregó:

—Pero, ¿por qué he de ocultar yo á nadie lo que soy y lo que pretendo? ¿Es acaso un crimen? ¡No, al contrario, y debo tener orgullo en decirlo! Si no saben comprenderme y me desprecian, peor para ellos; pero si me socorren, que sepan á quién socorren.

* * *

Con paso firme se acercó á la puerta del convento y llamó á ella.

Abrió el ventanillo un lego, preguntando:

—¡Ave María! ¿Quién es?

—La paz de Dios sea en esta santa casa,—respondió el hombre.

—Con Dios vengáis, hermano. ¿Qué queréis?

—Que de mi pobre hijo y de mí os compadezcáis, dándonos por caridad un pedazo de pan y un poco de agua para saciar el hambre y la sed del primero.

—¡Vuestro hijo, decís! ¿Dónde se halla? No le veo.

Miradle sentado al pie de aquella santa cruz.

—¡Pobre criatura!

—Se encuentra desfallecido.

—Esperad, hermano. Al padre prior daré aviso y él acordará lo que deba. Esperad un instante.

Y desapareció, cerrando el ventanillo.

El padre volvió junto á Diego, al que dijo:

—Anímate. Creo que encontraremos el socorro que tanto necesitas.

El niño sonrió, sin dejar de llorar.

También la esperanza renacía en su alma, como un consuelo.

No hubieron de aguardar mucho.

A poco abrióse la puerta del convento, apareciendo el mismo lego de antes.

Avanzó el lego hasta la cruz y dijo al padre y al hijo, á los que contempló con curiosidad é interés:

—El padre prior, enterado de vuestro deseo, consiente en socorreros y recibiros. Seguidme y os conduciré á su presencia.

Y entró con ellos en el convento, cuyas puertas volvieron á cerrarse.



CAPÍTULO II

Antecedentes

EL hombre que miserable, indigente y fatigado llamaba á las puertas del convento de la Rábida, pidiendo agua y pan para su hijo, era Cristobal Colón, el que poco más tarde habia de asombrar al mundo antiguo, con el descubrimiento de un mundo nuevo.

Creen muchos, y hasta algunos historiadores han incurrido en semejante error, que Colón llamó á las puertas del convento de la Rábida, apenas arribado á España.

No fué así, y para destruir esta equivocación como otras muchas, que forman en torno del ilustre navegante una aureola de contradicción y misterio, merced á la cual algunos han osado hasta negar su existencia, teniéndole por un mito, vamos á permitirnos dar algunos antecedentes relativos á él, siquiera sea de un modo superficial y ligero.

Por lo demás, que su existencia haya sido negada

cuando existen tantos documentos históricos que prueban lo contrario y cuando la existencia del nuevo mundo por él descubierto destruye tal especie, no debe sorprender á nadie.

Por mezquino impulso de su egoismo y su envidia, la humanidad se inclina casi siempre á negar, cuando considera una humillación creer, cuando lo que niega se sale de los límites de su pequeñez.

No de otro modo se explica que haya sido puesta en duda la existencia del Homero, á pesar de sus obras; del Cid, á pesar de sus hazañas; de Colón, á pesar de su descubrimiento; de Jesús, á pesar de sus doctrinas; de tantos grandes hombres, en fin, como de su vida y de su paso por el mundo, han dejado indeleble huella.

* * *

Del mismo modo que siete ciudades de la Grecia se disputaron en tiempos antiguos la gloria de haber visto nacer al autor de la Iliada, hasta veinte poblaciones de Italia han pretendido reivindicar para sí el inmarcesible lauro de haberse mecido en ellas la cuna de Colón. Hoy, sin embargo, ya por los datos de los historiadores contemporáneos, ya principalmente por las declaraciones de él mismo, sabemos que supo tan honrosa suerte á la hermosa ciudad de Génova, uno de los emporios del comercio durante la Edad media.

Nada positivo se puede afirmar respecto á la fecha de su nacimiento, pues los historiadores vacilan en fijarla entre los años comprendidos desde 1430 á 1451, período realmente largo, y poco más se sabe del primer tercio de su vida, respecto al cual se daban noticias bastante detalladas en una obra atribuída á su hijo Fernando, conocida bajo el título de la *Vida del Almirante*; pero sobre cuya

autenticidad se han suscitado dudas muy fundadas, desde que Harrisse, uno de los modernos biógrafos de Cólón, demostró las grandes inexactitudes que aquélla contenía.

Sabemos sólo que era de modesta familia, que su padre llamado Domingo Colombo lo tuvo de su esposa Susana Fontanarosa, y que su nombre figuró en el gremio de tejedores de Génova, como aprendiz.

Desde este punto hasta la época de su matrimonio con Felipa Muñiz de Perestrello, en Portugal, ignóranse sus hechos; pues si bien se ha dicho que se dedicó al estudio, auxiliado por su padre, que puso verdadero empeño en su educación científica, en la que demostró mucha aplicación y talento, y que concurrió á las clases de la Universidad de Pavía, en donde adquirió principalmente los conocimientos más adecuados á la vida marítima, que en breve emprendió, y en la que se citan también hechos notables, como un combate naval en que tomó parte, casi todas estas noticias son hoy consideradas por los historiadores como apócrifas.

Limitanse todos á indicar que se entregó realmente á la vida aventurera, muy común entonces, sobre todo en puntos que como Génova ofrecían facilidad y aliciente para ella, y que en este lapso de tiempo hizo varios viajes á la costa de Guinea, y uno hacia el norte de Europa, en el que llegó á rebasar la isla de Thule, que se cree fuera Iseland.

También debió ser en esta época de su vida cuando, apoyado en sus conocimientos geográficos y astronómicos, concibió la idea que constituyó en adelante la única meta que se propuso alcanzar en su vida, descubriendo un nuevo rumbo que por Occidente condujese á las Indias; idea que llegó á posesionar por completo su espíritu, has-

ta el punto de considerarla como un secreto impulso de la Divinidad.

Respecto á este punto, escribía el ilustre Pi y Margall lo siguiente:

«Cómo viniese Colón á concebir su audaz pensamiento, no es difícil presumirlo. La redondez de la tierra, admitida por casi todos los filósofos de la antigüedad, á contar desde Parménides y Thales de Mileto, había venido á ser la opinión general de los hombres de ciencia... Colón, marino y astrónomo, debió más de una vez robustecerla por sus propias observaciones... Ni faltaba entonces quien creyera que navegando al Occidente por el Atlántico, se pudiese llegar á la extremidad oriental de Asia. Lo había dicho en sus *Tratados de Cosmografía* el cardenal Aliaco (Pedro de Ailly), que el año 1416 asistió al concilio de Constanza, y lo sostenía Toscanelli... Consideraban los dos hasta corto y fácil el viaje á la India por este rumbo. Toscanelli llegaba á tenerlo por más corto que el que hacían los portugueses á Guinea. Colón conocía las obras de Aliaco, hasta el punto de haberlas anotado de su puño y letra, y estaba en relaciones con Toscanelli. De él había recibido en 1474 una carta de marear, donde se determinaba hasta la derrota que se debía seguir para ganar al través del Oceano los límites de Oriente. ¿Será tan aventurado suponer que principalmente en esos dos hombres halló la fuerza de que necesitaba para ofrecerse á expedición tan peligrosa?... Había además recogido Colón una série de noticias y datos que le confirmaban en su pensamiento. Por experiencia propia sabía que la tierra servia de morada al hombre lo mismo en la zona tórrida que en la nuestra, y no era el Oceano un mar tenebroso que pudiera intimidar almas de vigoroso temple; por relaciones de pilotos que ya en la isla de Puerto Santo, ya en las de Madera, ya más lejos, se habían visto traídos por los vien-

tos de Occidente gruesas cañas, recios pinos y maderas extrañamente labradas, y allá en las Azores, dos cadáveres de ancho rostro y facciones nada parecidas á las de los europeos, que bastaban por si solos á revelar la existencia de ignoradas tierras. A unos había oido que en aquellas mismas aguas habían aparecido almadías de rara forma; á otros que navegando por el mar de Irlanda, en tiempo borrascoso, habían dado á Poniente en playas, que no les dejó abordar el viento y creyeron ser las de Tartaria; á otros, que saliendo de los archipiélagos ya descubiertos y avanzando al O., habían distinguido islas á que no habían podido arribar, después de largos días de viaje.»

*
* *

Tan convencidos estaban los sábios de la época, de la redondez de la tierra, base de todas las demás ideas respecto á la navegación hacia Occidente, que Martín Behaim, caballero de Nuremberg, y cosmógrafo que estuvo al servicio del rey de Portugal, hizo construir, en 1492, el primer globo terráqueo, que se conserva aun hoy en dicha ciudad, y que se terminó antes de emprender Colón su primer viaje, en el cual aparecen las costas de Asia enfrente de las de Europa y Africa, con una inscripción en el espacio que media entre ambas, cuyas últimas líneas dicen: «Así es que ya no es posible que nadie dude de lo sencillo que es el mundo, pues por todas partes puede irse con los barcos.»

Realmente no cabe negar con el docto escritor antes citado, que á Pedro de Ailly y principalmente á Toscanelli, debió Colón los datos más necesarios para su colosal empresa, sin que se deje de tener en cuenta el influjo que en él debieron ejercer los relatos de varios navegantes.

En este terreno se ha llegado á afirmar que un piloto

de Niebla, llamado Alonso Sánchez, había sido arrojado en una travesía á una isla lejana y desconocida, de la que sólo á costa de grandes esfuerzos y de sufrir mil penalidades había podido regresar, siendo recogido y cuidadosamente asistido por Colón, en cuya casa murió, así como los cuatro compañeros que le habían seguido.

Este hecho, sin embargo, no está comprobado, y por el contrario se ve en la desaparición de todos aquellos tripulantes, algo de novelesco.

Gaffarel atribuye la gloria del descubrimiento, al capitán francés Juan Causin, quien, según él, llevaba de segundo á uno de los hermanos Pinzón, que tan brillante papel debían desempeñar á las órdenes de Colón; y no ha faltado quien haya supuesto que Colón mismo, antes de 1492, había estado ya en América.

***

Como se ve es muy fácil cuando se trata de un hecho conocido, modificarlo y torcerlo á juicio de cada cual, y los hombres, por desgracia, somos muy propensos á disminuir, en cuanto nos es posible, la gloria de nuestros semejantes, máxime cuando ésta les ha elevado á la inmortalidad.

No de otra cosa son fruto las disquisiciones y averiguaciones que se han hecho sobre la prioridad del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Pero aunque resultasen probadas las opiniones de los que suponen que ya en la antigüedad era conocida la existencia de tierras distintas de las nuestras, que más adelante se habían realizado viajes en dirección de aquellas, que los normandos y escandinavos habían abordado á las playas del Norte del Nuevo Continente y establecídose en él, en una palabra, que otros navegantes habían precedi-

do á Colón en su empresa, no se disminuiría en lo más mínimo la gloría que le cabe por tan extraordinario descubrimiento.

Por lo demás, razón tiene el discreto escritor Vidart, al afirmar que «aunque no fué ni pretendió ser en sus escritos el autor de un proyecto de navegación y descubrimientos geográficos que careciese por completo de precedentes en los libros ni en el pensamiento de sus contemporáneos, es lo cierto que sus ideas constituían un sistema completo que le permitió afirmar, con científico conocimiento, lo que hasta entonces sólo habían sido sueños en la mente de los viajeros y esperanzas de lucro en los cálculos de los políticos y de los navegantes».

Más explícito es todavía Goethe, al tratar este asunto:

«Un curioso ejemplo de lo dada que es la posteridad á robarle el honor á un antepasado,—dice,—nos lo demuestra el afán con que se ha tratado de arrebatar á Cristobal Colón la gloria de haber descubierto el Nuevo Mundo. Es verdad que la imaginación había poblado hace mucho tiempo de islas y paises el Oceano Occidental, y que en los primeros tenebrosos tiempos, mejor se hubiera dejado hundir una inmensa isla que dejarla sin poblar. Es asimismo verdad que se tenían más noticias de Asia, y que á los aventureros y audaces no les satisfacían ya los viajes á las costas, pues la feliz empresa de los portugueses había sobreexcitado al mundo entero; pero no puede negarse que faltaba un hombre que abarcase el conjunto para convertir en realidad, tanto la fábula como lo informe, tanto la tradición como la fantasía».

Esto fué lo que hizo Colón, y por lo tanto no es posible discutir más sobre tan legítima gloria.





CAPÍTULO III

Mendigando apoyo



L más autorizado de los biógrafos de Colón, Harrisse, figuró por los años de 1475 á 1479, la época en que el gran navegante fué á establecerse en Portugal, en donde, como antes hemos indicado, contrajo matrimonio con la hija de Bartolomé Perestrello, caballero italiano muy estimado en aquel tiempo por los navegantes más distinguidos, colonizador y gobernador de la isla de Puerto Santo, en la que vivió Colón algún tiempo y en la que tuvo un hijo que se llamó Diego.

Su estancia en esta región, al propio tiempo que las noticias que allí recibiera de varios marinos y el estudio de los mapas, cartas, papeles y otros documentos de su suegro, tuvieron un decisivo influjo en el desarrollo de su gran idea.

Colón, cuya vida en esta época era muy precaria, pues había de recurrir para sustentar á su familia á dibujar

cartas geográficas, tardó algún tiempo en exponer sus proyectos á Juan II, quien, sin desecharlos ni aceptarlos de plano, los puso á consulta de sus mejores cosmógrafos, que embebidos, sin duda, su atención, en otras cosas, dieron dictamen desfavorable á las ideas de Colón.

Parece, sin embargo, que el monarca lusitano abrigó grandes dudas respecto á los proyectos del ilustre genovés, á pesar del indicado dictamen.

* * *

Entonces fué cuando, triste aunque no abatido, muerta su esposa y agobiado de deudas, se trasladó Colón á nuestra patria, desembarcando en el puerto de Santa María, de que era señor D. Luis de la Cerda, primer duque de Medinaceli, á quien logró interesar vivamente en pro de su idea, y en cuya casa permaneció hasta que, comprendiendo quizá que tamaña empresa era propia de su reina, lo envió á Córdoba, donde estaban los reyes, con una carta sumamente expresiva, en la que solicitaba tomar parte en la empresa y merced por haberla iniciado.

Sucedió esto en 1486, el 20 de Enero, según parece, día en que él mismo dice entró al servicio de los reyes, quedando agregado al servicio de D.ª Isabel.

Preocupados los reyes con la guerra de Granada, no tomaron con gran interés el proyecto de Colón y le remitieron para su examen á una junta «de sábios, é letrados, é marineros», que debían ser escogidos por Fray Hernando de Talavera.

Esta junta, mal dispuesta respecto á Colón, en quien creían ver sus miembros un visionario místico, puso á discusión el proyecto, y tras peregrinas ideas en ella vertidas, «juzgaron sus promesas y ofertas por imposibles y vanas y de toda repulsa dignas...»

«Los reyes,—añade Las Casas, de quien son estas líneas,—mandaron dar por respuesta á Colón, despidiéndole, aunque no del todo quitándole la esperanza de volver á la materia, cuando más desocupados Sus Altezas se vieran.»

* * *

No todas las personas que figuraban á la sazón cerca de los reyes, fueron de este parecer, y así el extranjero «de capa raída é pobre», se vió secundado desde los primeros momentos por hombres tan eminentes como el gran Cardenal D. Pedro González de Mendoza, que gozaba de gran privanza con los monarcas; D. Alonso de Quintanilla, Contador mayor del Reino; Fray Diego de Deza, confesor del rey é Inquisidor general, que abogó por él con verdadero entusiasmo; Luis Santángel, escribano de ración de la Corona aragonesa; el astrólogo Antonio de Marchena el más fiel amigo que tuvo Colón en estos momentos, y hasta damas distinguidas, como la marquesa de Moya y D.ª Juana de la Torre, ama del príncipe D. Juan.

Gracias á las gestiones de tan poderosos valedores, alcanzó Colón que su proyecto fuese sometido á nuevo examen ante la Universidad de Salamanca, emporio á la sazón de las ciencias y del saber, celebrándose asi aquellas famosas *conferencias*, que presididas por Fray Diego de Daza, dieron dictamen favorable al proyecto, lo cual motivó el cambio de conducta que los reyes siguieron con Colón, á quien en 5 de Mayo de 1487, se libraron por la corte los primeros recursos para su sostenimiento.

* * *

Siguió desde ahora á los reyes en sus empresas contra las ciudades del reino de Granada, esperando la ocasión propicia para realizar sus planes.

Contrajo en este intermedio relaciones amorosas con D.ª Beatriz Enriquez, de la que tuvo un hijo, y fué varia su suerte y vario también el estado de su ánimo, tan pronto dominado por la esperanza como atormentado y abatido por nuevas decepciones.

Todo esto llevóle á entrar en tratos con los reyes de Portugal, Francia é Inglaterra; pero las caras afecciones que aquí había contraido, de un lado, y el recuerdo de pasadas amarguras por otro, le resolvieron á presentar decididamente la cuestión á los reyes, los cuales, ya fuese ante la importancia de la empresa, ya cediendo á las sugestiones del bando contrario á Colón, á cuyo frente estaba Hernando de Talavera, ya ante las exageradas pretensiones de Colón, no le concedieron la benévola acogida que él tenía derecho á esperar.

Entonces y no antes, como muchos suponen, fué cuando, habiendo roto con la corte, camino de Huelva, en Palos, llamó Colón abatido, desesperado y rendido de hambre y de cansancio, á las puertas del convento de la Rábida, en demanda de pan y de agua para su hijo; y tal momento ha sido el escogido por nosotros, para presentarlo, como hemos hecho.

A dicho momento volvamos, pues, para reanudar nuestro relato.





CAPÍTULO IV

Un partidario

FUERON conducidos Colón y su hijo por el lego, á presencia del prior Fray Juan Pérez, hombre docto y virtuoso que gozaba de gran valimiento en la corte, á pesar de vivir alejado de ella, por haber sido en otro tiempo confesor de D.ª Isabel. Y en tanto tenía la reina su ciencia y su virtud, que aún le consultaba en muchos asuntos importantes de difícil solución, siguiendo siempre sus consejos.

Algo debió ver Fray Juan desde el primer instante en su huesped, que le indicara la superioridad de su inteligencia, pues no sólo le recibió afable, sino también respetuoso; le invitó á cenar en su compañía, y durante la cena procuró de un modo discreto explorar su ánimo, para saber quién era y á dónde se dirigía.

—Si algún reparo tenéis en contestar á mis preguntas, —díjole,—dejadlas sin respuesta, pues no por ello he de

prestaros con menos voluntad la ayuda que vos y vuestro hijo necesitais. La caridad os ha abierto las puertas de esta santa casa y la verdadera caridad no admite distingos de ninguna clase; mas fuera para mí una singular satisfacción conocer vuestros antecedentes, pues paréceme que sin gran esfuerzo habíamos de llegar á ser buenos amigos, y de la buena amistad, la franqueza es una de las más sólidas bases.

* * *

No necesitaba Colón verse tratado con tanto afecto para expontanearse, pues era de natural franco y comunicativo.

Además, como aun sin ser inmodesto tenía formado un alto concepto de sí mismo, halagábale decir quién era y exponer sus propósitos, pues así hallaba desahogo y satisfacción á su legítimo y disculpable orgullo; por lo tanto, deferente á la cariñosa invitación que se le hacía, habló sin reservas, exponiendo sus planes y narrando sus desventuras todas á partir del momento en que concibió la grandiosa idea que aún soñaba en realizar.

Con extrañeza le escuchó el prior al principio, con asombro luego, con admiración después.

Sus conocimientos geográficos y astronómicos no eran suficientes para comprender científicamente el fundamento de aquella atrevida empresa; pero su corazón entusiasmóse, despertándose en él la confianza.

Por instinto creyó desde luego en la posibilidad de lo que aquel desconocido le decía.

—¿Y la reina Isabel no os ha prestado la ayuda que de ella demandábais?—preguntóle.

—Me la ha ofrecido, sin llegar nunca el momento de que su promesa me cumpla,—respondió Colón suspirando.

—Me sorprende, porque la reina es aficionada á las

empresas grandes y atrevidas. Es capaz de todo, y su talento sin igual penetra claramente en todo aquello que por su magnitud es obscuro é incomprensible para los otros.

—D.ª Isabel tiene fe en mis planes y participa de mis esperanzas; puedo jactarme de ello, pues así lo he oido de sus augustos labios.

—Entonces...

—Pero concentrada toda su atención en la conquista de Granada, no piensa en otra cosa, y yo no puedo esperar más tiempo á que espacio tenga para ocuparse de mis proyectos. Además, la rodean muchos enemigos de mi idea, que con su influencia acabarán por ponerla resueltamente en contra mía; en vista de todo lo cual, he resuelto abandonar España é ir á ofrecer mi pensamiento á las cortes extranjeras. Alguna habrá en la que halle la acogida que ansío y creo merecer.

Suspirando añadió:

—Mas creed que de buena fé lamento que no sea España la que se aproveche de mis futuros descubrimientos. Me ligan á esta hermosa tierra afecciones queridas, que me hacen tenerla por una segunda patria.

*
* *

Estas últimas palabras ahondaron aún más la impresión producida en el prior por las confidencias del atrevido navegante.

—¿No es en verdad una lástima,—pensaba,—que España renuncie á la posesión y el dominio de esos países desconocidos? Si existen realmente, ¿por qué no han de unirse á la corona que ciñe las augustas sienes de mis soberanos, formando bajo su cetro el imperio más grande y poderoso del mundo?

Con visión profética deslumbróle la imágen de un mun-

do nuevo, coronado por la cruz redentora, clavada en él por la mano de los españoles.

¡Qué gloria para los que tal hazaña realizasen!

¿Por qué no intentarla, al menos?

—Quiero que más noticias me deis de vuestros planes, —dijo,—y perdonad á mi ignorancia, si prolijos detalles de ellos os demando. Pero vuestro hijo se duerme, rendido por la fatiga. Acostémosle y luego, si gustais, proseguiremos nuestra plática.

Accedió Colón, pues no había para él motivo más agradable de conversación que sus proyectos, y hablando de ellos olvidábase de todo, hasta del cansancio y el sueño.

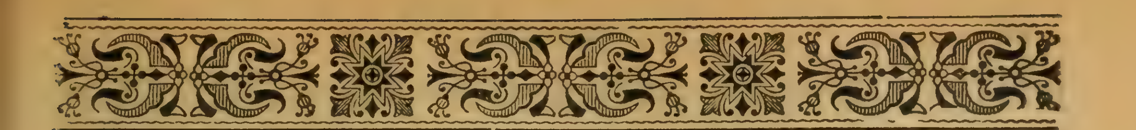
Acostaron, pues, á Diego en uno de los cómodos y limpios lechos que en una amplia celda habían preparado para los dos huéspedes y luego el fraile y el genovés siguieron hablando hasta que casi empezaba á clarear el día.

—Descansad y mañana seguiremos hablando,—díjole. —Creo en cuanto decís, y si en mi mano estuviera el concedéroslo, mañana mismo tendríais los tres buques que necesitais para realizar vuestra aventura. ¡Pero, quién sabe! Puede que la providencia haya hecho que me conozcais y quizá pueda yo hacer en vuestro favor más que nadie.

No dijo más, pero fué bastante para que Colón acariciara nuevas esperanzas, las cuales casi no le dejaron dormir en el resto de la noche.

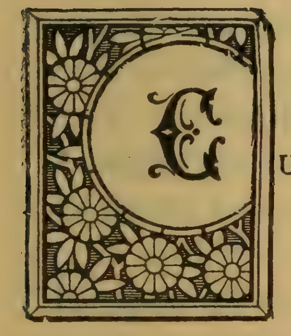
Por lo menos cabíale el consuelo de haber sido comprendido por un hombre como el prior, cuando todos lo despreciaban, y aunque otra cosa en su favor no hiciese, esto bastaba para que desde aquel instante le contara en el número de sus protectores y amigos y como á tal le quisiese y respetase.





CAPITULO V

Otra tentativa



UANDO á la mañana siguiente Colón tomó chocolate con Fray Juan, presentóle éste un su amigo llamado García Hernández, médico de profesión y algo entendido en astronomía, según dijo.

Habíalo llamado expresamente para que escuchara las explicaciones de su huesped y le asesorara acerca de su verosimilitud, pues aunque resuelto á hacer algo en su favor, no quería comprometerse á nada hasta asegurarse con la agena opinión, de que no se trataba de un loco ni un visionario.

Así lo comprendió y expresó Colón, cuando el prior le invitó á repetir sus explicaciones delante de su amigo.

—No lo niego,—repuso Fray Juan,—y sentiría que en ello hubiese para vos motivo de resentimiento ó enojo. No ha sido mi ánimo ofenderos ni inspira mi precaución la

duda, sino la prudencia. Mi corazón os cree y fía en vos, pero mi inteligencia es de menguados alcances para comprenderos, y busco el apoyo de otra más clara, que más confianza me inspire que la mía, pues asunto es este, al fin, que á la inteligencia más que al corazón atañe.

* * *

Desenojado Colón con estas francas y discretas razones, repitió sus explicaciones, en forma más clara y completa aún que la noche anterior.

Como se dirigía á un hombre de ciencia, expresábase en términos técnicos más concretos y precisos.

García Hernández le escuchó atentamente y le interrumpió más de una vez con preguntas y observaciones, dando evidentes muestras de aprobación á cuanto él decía.

Al fin, tras larga discusión, el médico levantóse de su asiento, é inclinándose respetuosamente, dijo:

—Saludo al futuro descubridor de un mundo nuevo.

—¿Luego creeis fundadas y verosímiles sus teorías?—preguntó Fray Juan.

—Las creo ciertas, seguras, indudables,—le respondió su amigo,—y tan claras y precisas, que si algo me sorprende es que hasta ahora á nadie se hayan ocurrido.

—¿De veras?

—Para mí el éxito de la expedición es seguro y sólo se me ofrece la dificultad de hallar los medios necesarios para realizarla; pero una vez esos medios hallados, respondo de ella.

Colón estrechóle la mano agradecido, exclamando:

—¡Si todos como vos opinaran! ¡Si todos tuvieran el talento necesario para comprender, como lo comprendeis vos, lo que es tan claro como la luz del dia! Pero la envidia y el egoismo les hacen ciegos, sordos y torpes.

Animado por la opinión de García Hernández, el prior afirmó sus esperanzas en la empresa del genovés.

No sólo creyó ya seguro su resultado, sino que tuvo su realización por cosa fácil y hacedera.

—¡Tendreis los barcos que necesitais para ir en ellos á descubrir esos ignotos países!—exclamó con entusiasmo.

—¿Quién ha de dármelos?—preguntó Colón, con aire de duda.

—Nuestra reina.

—¿D.ª Isabel?

—Sí.

—Es inútil intentarlo.

—¿Por qué?

—Porque no se conseguirá nada.

—¡Quién sabe!

—A lo sumo, promesas no cumplidas, como las alcanzadas hasta ahora.

—Creo ejercer algún influjo en el ánimo de nuestra soberana; yo veré... yo procuraré...

—Y mientras esperamos el resultado de vuestras laudables é infructuosas tentativas, me haréis perder un tiempo precioso.

—No será mucho.

—Perdonad. Vuestro ofrecimiento agradezco, pero lo rehuso.

—¿Insistís, pues, en ir á ofrecer vuestros descubrimientos á otros monarcas?

—Sí.

—¿Y creeis que yo he de consentirlo? ¡En modo alguno! Quiero para mi patria la gloria y el provecho de vuestra empresa.

—También para España deseaba yo la gloria y el provecho de la realización de mi idea; pero ha correspondido

á mi predilección con el desengaño. No, no debo esperar más; sería perder inútilmente el tiempo.

* * *

Tenaz en su empeño, Fray Juan insistió en que Colón esperase.

—Permaneced á mi lado unos cuantos días no más,—le dijo,—y durante ellos yo haré las gestiones que me propongo. Si dan resultado, me cabrá la satisfacción de haber ayudado á vuestra obra; si no consigo nada, entonces yo mismo os facilitaré recursos para que á otra parte os trasladeis.

García Hernández unió sus razones á las del prior, y entre los dos lograron, no sin gran esfuerzo, que Colón consintiera en esperar.

Al fin doliale tener que salir de España, no sabía aún á donde dirigirse y en el convento su hijo y él eran tratados con toda clase de consideraciones.

Consintió pensando:

—Intentaré este último esfuerzo, y si tampoco consigo nada, entonces partiré sin más demora.

El prior no perdió el tiempo.

Aquel mismo día escribió á la reina hablándole de los planes del genovés, que ya conocía, é interesándola en favor suyo.

La carta respiraba fé y entusiasmo y no podía menos de causar efecto en un corazón tan impresionable como el de la reina.

Colón al leerla dijo:

—Si D.ª Isabel no cede ahora, ya si que no habrá esperanza.

Enviaron la carta á su destino y quedaron esperando su resultado.

De nuevo la ilusión, el temor y la duda batallaron en el ánimo de Colón.

Tan pronto temia como esperaba, y el prior y el médico, adivinando sus sentimientos, procuraban animarlo.





CAPÍTULO VI

Ultimas tentativas



La respuesta de la reina no se hizo esperar y fué más explícita y satisfactoria de lo que confiaban.

D.ª Isabel escribía á su antiguo confesor que no tendría inconveniente en apoyar los planes de su recomendado, si éste se mostraba menos impaciente que hasta entonces y si exponía con claridad sus pretensiones, aún no bien determinadas.

Esta respuesta llenó de gozo al prior, á Hernández y á Colón.

El primero dijo:

—Las disposiciones de la reina no pueden ser más favorables. Conviene aprovecharse de ellas. Voy á partir, por lo tanto, para el real de Granada, á fin de tratar en persona este asunto con D.ª Isabel, y decidirla de una vez en favor de nuestros deseos.

—¿Vais á exponeros á las molestias de un viaje, sólo

por ayudarme en mi empresa?—exclamó el genovés, luchando entre la gratitud, la esperanza y la duda.

—¿Por qué no?—repuso el fraile.—Es lo menos que puedo hacer en favor vuestro. ¡Ojalá de otro modo pudiese ayudaros!

—¿Y cómo os pagaré yo semejante servicio?

—No necesitais pagármelo. Si mis esfuerzos logran el éxito apetecido, con ello quedarán suficientemente pagados.

* * *

El viaje quedó, pues, decidido, con la aprobación entusiasta de García Hernández, el cual dijo á Fray Pérez:

—Sí, id; id á interponer vuestra valiosa influencia con la soberana en favor de vuestro huésped, y la patria os lo agradecerá algún día y la Historia escribirá por ello vuestro nombre, en el libro de oro donde escribe los nombres de los varones ilustres.

Colón quiso acompañar en su viaje al prior, pero éste se opuso.

—En modo alguno,—replicóle.—No por orgullo, pero sí por dignidad, no debéis volver á la corte como quien se presenta de nuevo á pedir, sino como quien es llamado, para recibir una contestación definitiva y favorable á sus proposiciones y ofrecimientos. Quedad aquí, donde sabeis que de todos sois querido, y aguardad mi regreso.

Comprendiendo la prudencia de estas razones, Colón consintió en quedarse.

Su reaparición en la corte sería en efecto más airosa, si volvía á ella del modo que le anunciaba su nuevo protector.

Por otra parte, ya no tenía tanta prisa como antes en decidir su suerte, puesto que se hallaba donde él y su hijo

no carecían de nada, siendo los dos atendidos y agasajados, como nunca soñaron.

Podía esperar y esperó, temiendo unas veces y confiando otras en el resultado de aquel viaje, del cual dependía la realización de sus ensueños y aspiraciones.

***

Fray Juan sólo estuvo ausente el tiempo necesario para ir á Sante Fé, hablar con la reina y tornar.

Al verle volver tan pronto, Colón le dijo:

—Vuestro empeño ha sido inútil, ¿verdad?

—Al contrario,—replicó él.—Traigo orden de la reina de invitaros á volver á hablar con ella, para poneros de acuerdo acerca de las condiciones según las cuales está pronta á proporcionaros los tres buques que necesitáis y pedís para llevar á cabo vuestro propósito.

—¿Es posible?

—Como lo oís.

Y así era.

Con tanta eficacia habló el prior á D.ª Isabel, que ésta, que ya había desechado y olvidado las proposiciones del genovés, volvió sobre ellas y se prestó condescendiente á escucharle de nuevo, en mejores condiciones que nunca.

Y es de advertir que su condescendencia valía y significaba tanto más, cuanto casi todos los que la rodeaban, incluso el rey, mostrábanse contrarios á ello.

D. Fernando llegó á decirle:

—Si os decidís á apoyar á ese hombre, hacedlo por vos sola, pues no quiero asociarme á una empresa que me inspira más dudas que esperanzas.

A lo que su esposa le respondió, con la arrogancia que en ciertas cosas la caracterizaba:

—Por mí sola la acometeré, en nombre de Castilla y

con su auxilio único, y así, si como espero, la empresa de que tanto desconfiais es coronada con el éxito, de Castilla y mía será la gloria de haberla acometido.

D. Fernando reíase, tratando siempre este asunto con cierto menosprecio, cuando el empeño de su esposa debió bastar para hacerle pensar en él más detenidamente, pues nunca hasta entonces, D.ª Isabel se propuso ni intentó nada en que no venciera, inspirada por su genio y por su intuición sobrenatural.

Pero quizá la Providencia misma disponía las cosas de aquel modo para que, como ella decía, la gloria de tan extraordinaria empresa fuese suya exclusiva, sin que nadie pudiera disputársela ni aun compartirla.

* * *

Como el estado económico de Colón era tan precario, recibió de su nuevo protector los medios necesarios «para que se vistiera honestamente é comprase una bestezuela é pareciese ante Su Alteza», según dice un historiador, y se puso en marcha hacia el campamento cristiano.

Intentó llevar consigo á su hijo, pues le amaba tanto, que no quería separarse de él; pero lograron disuadirle de su empeño, haciéndole comprender que Diego le serviría de estorbo más que otra cosa.

Allí en el convento quedaría bien cuidado, con cuya seguridad el padre consintió en separarse de él.

Partió, pues, Colón solo, llegando al real de las tropas cristianas, en los momentos mismos en que se estipulaban las condiciones de la rendición de Granada.

Esto hizo que por el pronto no pudiera tratar de su asunto con los monarcas; pero se conformó, haciéndose cargo de la importancia de las razones que á ello se oponían.

Tuvo la satisfacción de asistir á la entrega de la ciudad morisca, y al ver ondear en las torres de la Alhambra las gloriosas enseñas que él debia plantar más tarde en las remotas playas americanas, exclamó lleno de fé:

—¡Mi triunfo se aproxima, como complemento de este gran triunfo!





CAPÍTULO VII

Las pretensiones de Colón

AL fin pudo la reina atender al recomendado de Fray Juan, y le concedió audiencia, rogando á su esposo que estuviera presente para autorizar con su presencia lo que se tratara.

D. Fernando consintió, aunque seguía dudando del éxito de aquellos proyectos.

También asistió á la entrevista, como secretario de doña Isabel, D. Luis Santángel, uno de los más decididos partidarios de Colón.

El genovés compareció lleno de esperanza y ansiedad ante los reyes, los cuales le acogieron benévolamente.

Invitáronle ellos á que de nuevo expusiera los fundamentos de sus planes, y el navegante les obedeció, expresándose con más entusiasmo y elocuencia que nunca.

Oyéndole, la reina animábase.

Llena de fé pensaba:

—Todo eso debe de ser verdad.

El rey, por el contrario, constante en sus dudas, decíase:

—Este infeliz es un loco, un visionario, que sueña é inventa en verdad muy lindas cosas.

Y no cesaba de sonreir.

En cuanto á Santángel, su entusiasmo era tal, que dominado por él ni se cuidaba de tomar las notas que su soberana le ordenó tomase.

***

Concluído que hubo Colón de exponer sus proyectos y los fundamentos de los mismos, la reina díjole:

—¿Y creéis que con tres barcos podréis realizar vuestro viaje?

—Lo aseguro,—respondió el interpelado.

—Pues contad con ellos.

—¡Oh, señora!

—Yo os los proporcionaré. Así lo prometí á Fray Juan Pérez, vuestro protector y amigo, á quien tengo en gran estima, y así me aconseja mi corazón que lo haga, después de haber oido nuevamente vuestras explicaciones. Hay en vuestras palabras algo que conmueve, que me subyuga, induciéndome á prestarles crédito, aun sin comprenderlas, pues no están á mi alcance las razones científicas en que las apoyáis. Por lo menos creo, y así lo declaro para vuestra satisfacción y tranquilidad, que si os equivocais será de buena fé y por que al error os lleve la desgracia; sea, pues, cual sea el éxito de vuestra empresa, reconozco desde ahora la buena intención que os guía.

—Eso sí.

—Para acabar de ponernos de acuerdo, sólo falta que expongais con franqueza vuestras condiciones; pues com-

pues comprendo que es justo que si un nuevo imperio descubrís y nos ofrecéis, algo pidáis en cambio. Hablad con franqueza.

Y creyendo que aquel hombre contendría sus peticiones dentro de los límites de la prudencia, se preparó a oírle, dispuesta a acceder a cuanto dijera.

* * *

Sucedió entonces una cosa inesperada.

Colón, el loco, como le llamaban muchos, haciéndole hasta entonces objeto de burla y escarnio, se creció, y con arrogancia, como si tratase de igual a igual, dijo:

—Pido el almirantazgo del mar Océano para mí y mis descendientes; del mismo modo para mí y mis descendientes pido el virreinato de los países que descubra; pido, por último, una parte importante de todo lo que se adquiera a consecuencia de mi descubrimiento.

Asombrados quedaron los reyes con estas pretensiones inconcebibles, exageradas.

Con tono de burla, don Fernando dijo:

—Poco pedís.

—Vos lo habéis dicho, señor —repuso Colón, sin desconcertarse—. Poco pido, comparado con lo que ofrezco.

—Considerad —repuso doña Isabel— que no ya

por ambición, sino por dignidad, no podemos acceder a lo que pedís.

—¿Por qué, señora?

—Porque otorgároslo fuera casi tanto como igualar vuestro poder al nuestro.

—¿Y qué importa?

—Nada os importará a vos; pero sí importa mucho a nuestra autoridad y prestigio.

—Pues mis condiciones sostengo sin ceder en ninguna de ellas.

—En ese caso, nada tenemos ya que hablar. Retiraos.

Y los monarcas le despidieron de su presencia, descontentos y ofendidos.

Con esto surgieron nuevos obstáculos para lo que pocos momentos antes parecía estar en tan buen camino, y tal vez los obstáculos no fueron culpa de los reyes; justo es reconocerlo y consignarlo.

* * *

Retiróse Colón desesperado, pues el desengaño era tanto mayor cuanto mayores fueron sus esperanzas y más cerca había estado de la realización de sus ideales. No confiando ya en nada, púsose inmediatamente en camino de la Rábida, con el propósito de recoger su hijo y salir para siempre de España.



CAPÍTULO VIII

Por consejo de Santángel

Cual si quisiese huir cuanto antes de la corte, en la que acababa de sufrir un nuevo desengaño, Colón no se detuvo hasta hallarse a dos leguas de Granada, en el sitio llamado de los Pinos.

Allí suspendió su viaje para tomar algún descanso y reflexionar sobre su ingrata suerte.

No se le ocultaba que estuvo exigente en el pedir, con lo cual dió motivo a la oposición de los monarcas; pero por otra parte repetía:

—Lo que pido, con ser mucho, es poco comparado con lo que ofrezco.

Y afirmábase en su propósito de no pedir menos

a todo aquel que se prestase a oír y apoyar sus proposiciones.

*
* *

Disponíase el genovés a reanudar su marcha, cuando vió llegar a él a caballo a un alguacil de la corte, el cual desde lejos comenzó a hacerle señales de que se detuviese.

Cuando estuvieron juntos, el alguacil le dijo:

—En vuestra busca vengo.

—¿De parte de quién?—preguntó el navegante.

—De parte de S. A. la Reina, que Dios guarde.

—¿Doña Isabel me llama?

—Sí.

—¿Con qué objeto?

—Lo ignoro. Bien comprenderéis que no ha de darme a mí mi soberana cuenta ni explicación de sus designios.

—¡Es extraño!

—A poco que hubisteis partido, se me ordenó que en vuestra busca viniese, no parándome hasta que os encontrase. S. A misma me dijo: «Id y decidle como le mando tornar, y si venir no quisiera, traedle». Por mi vida que no creí tener la suerte de encontraros tan pronto y temí me hicierais ir hasta Palos, adonde creo os dirigís.

Colón parecía perplejo entre obedecer las órdenes reales o resistirse a ellas, y pensaba:

—Quizá Doña Isabel haya vuelto sobre su acuerdo y me llame para aceptar mis proposiciones.

Y esto fué lo que le decidió a desandar lo andado.

—Vamos, pues—dijo—, que no se dirá nunca que desacato las órdenes de vuestra soberana, aunque tan poco indulgente ha sido para conmigo.

Y los dos pusiéronse de nuevo en marcha hacia Santa Fé.

* * *

Aquel extraño y repentino llamamiento cuando ya parecían definitivamente rotas todas las negociaciones, tenía explicación.

Cuando Colón salió de la presencia de los monarcas, doña Isabel tuvo que sufrir algunas irónicas alusiones de su esposo acerca de la ambición desmedida del loco, como seguían llamando al genovés.

Mientras las oía, algo en su interior protestaba de ellas, haciéndole pensar:

—Y sin embargo, de ser cierto lo que ese hombre ofrece, lo que pide no sería mucho.

Quizá, dejándose llevar de sus impulsos, habría acometido la empresa de apoyar al navegante, a pesar de sus exigencias; pero tropezaba con la carencia de recursos, que era lo que principalmente la detenía.

* * *

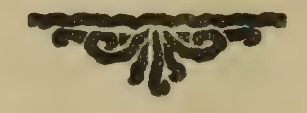
Retiróse al fin don Fernando, dando aquel asunto por cosa definitivamente terminada, y entonces, Luis Santángel, secretario de la reina y uno de los más en-

tusiastas partidarios de Colón, como ya en otro lugar dijimos, comenzó a hablar del genovés y de sus planes, en tal forma, con tanta elocuencia y tanto entusiasmo, que logró triunfar en el ánimo de doña Isabel, poniéndola nuevamente de parte de su defendido.

A sus repetidas instancias, la reina contestó:

—Mucho os agradezco vuestro deseo y el parecer que me dais y estoy dispuesta a seguir. Bien nos estaría que la ejecución de la empresa se difiriese un poco, porque nos permitiría alguna quietud y reposo, de que estamos harto necesitados, después de guerras tan prolijas; pero si todavía os parece que ese hombre no podría sufrir tanta tardanza, yo tendré por bien que sobre las joyas de mi recámara se busquen prestados los dineros que para hacer la armada pide Colón.

Y de aquí que un alguacil de la corte partiera inmediatamente en busca del genovés, al cual encontró en la fuente de los Pinos, como hemos visto.





CAPITULO IX

¡Al fin!



OLVIÓ, pues, Colón al campamento de Santa Fé, y el día 17 de abril de 1492 se firmaron las capitulaciones, por las cuales se concedía lo siguiente al futuro descubridor.

Primero: la dignidad de Almirante del mar Océano y de todas sus islas y tierra firme.

»Segundo: el título de Virrey y Gobernador de las mismas para él y sus descendientes.

»Tercero: el derecho a la décima parte de todo objeto comerciable, deducido su coste, y de cuantas riquezas se hallaren.

»Cuarto: el conocimiento de todo pleito, por sí o por su Teniente, a causa de las mercaderías que se llevaren o trajeren de las tierras e islas por él descubiertas, siendo justo.

»Quinto: el derecho a interesar con la octava parte

de los gastos, llevando la misma proporción en los provechos, en todo armamento y en toda conquista que se intentasen en las tierras que descubriere.»

* * *

Aun habiendo conseguido Colón cuanto deseaba, todavía surgieron nuevas dificultades para su empresa, pues a pesar de la actividad por él desplegada y de las terminantes órdenes de los reyes para que se le facilitase cuanto pidiera, es lo más probable que no hubiese podido organizar su pequeña flota, a no ser por el concurso de los Pinzones.

Eran estos distinguidos navegantes, una familia bastante acomodada del puerto de Palos, punto destinado para la partida de la expedición, los cuales, no sólo proporcionaron fondos a Colón para completar su pequeña escuadra, sino que se pusieron a su servicio, acompañándole en su prodigiosa aventura.

Favoreció extraordinariamente a Colón este apoyo, pues no obstante haber dado los reyes seguro por toda clase de crímenes, hasta dos meses después de su regreso, a aquellos que quisieran alistarse en las tripulaciones, por su calidad de extranjero no inspiraba el genovés la confianza necesaria, sucediendo lo contrario por lo que respecta a los Pinzones; de modo que en

cuanto se supo que los Pinzones tomaban parte en la expedición, las tripulaciones quedaron al punto completas.

Contribuyeron también mucho a los preparativos de la empresa Fray Juan Pérez, prior de la Rábida, el físico García Hernández, y particularmente Luis Santángel, que anticipó a Colón 3.500 ducados de su bolsillo particular, realizándose así el descubrimiento del Nuevo Mundo, no con fondos del reino como deseaba Doña Isabel, sino de particulares y, especialmente, de un judío converso; pero amantísimo de su patria como Santángel.

***

Por fin, el día 2 de agosto estaba lista la flota de Colón, compuesta de tres carabelas de reducido porte; pero fuertes y a propósito para la larga navegación a que se destinaban, según él mismo dice.

El Almirante mandaba la mayor, que había cambiado su antiguo nombre de «Gallega», por el de «Santa María»; Martín Alonso Pinzón iba al frente de la «Pinta», que era la más ligera, y en la que llevaba como piloto a Francisco Martín Pinzón; y la «Niña», de velas latinas, iba a las órdenes del menor de los tres hermanos, Vicente Yáñez Pinzón.

Componían el resto de la tripulación cuatro pilotos, un inspector general, un alguacil mayor, un escribano real, un cirujano, un médico, algunos amigos y criados y hasta noventa marineros.

No queriéndolo exponer a los peligros y a las contingencias de una expedición semejante, Colón dejó a su hijo en el convento de la Rábida, al cuidado del prior y de la comunidad toda.

La despedida fué conmovedora en extremo, y Colón mismo, a pesar de la fe que tenía en el resultado de su viaje, lloró al dar el último abrazo a su hijo y a sus amigos.

* * *

El viernes, 3 de agosto, a las ocho de la mañana, franquearon las tres pequeñas embarcaciones la barra de Saltes, dirigiendo su rumbo hacia las Canarias.

Como dice muy oportunamente el más reciente historiador de estos sucesos, el alemán Cronau: «desde que existe la tierra no hay precedente alguno de un acontecimiento de tamaña importancia para sus habitantes y que, por modo tan colosal, cambiase la faz del mundo».





CAPITULO X

¡Tierra!

Llegados a las Canarias los atrevidos expedicionarios, hubieron de permanecer allí cuatro semanas hasta que se repararon las averías de la «Pinta» y se repusieron de víveres, agua y todo lo necesario.

El 6 de septiembre volvieron a zarpar, siguiendo la ruta del sol poniente, tal como estaba indicado en el mapa de Toscanelli, y pronto perdieron de vista los picachos de la isla de Hierro, última estación del mundo entonces conocido.

El día 13, fecha que Humboldt califica con razón de notable en los anales de la astronomía náutica, observada por Colón la desviación de la aguaja magnética, las quillas de las carabelas cortaban el misterioso mar de «sargazo», lleno de algas marinas, que formaban en su superficie una tupida alfombra.

El mayor espesor de esta capa de vegetales, la cerrazón que presentó el horizonte y unas densas nieblas, originaron la lamentable equivocación de creer en la proximidad de tierra.

* * *

El 25 de septiembre, y después de una entrevista con Alonso Pinzón, cambió el Almirante el rumbo hacia el sudoeste, confiando en la proximidad de la tierra; pero desecha también esta ilusión, exasperáronse los ánimos de las tripulaciones de tal forma, que osaron amenazar al mismo Colón, el cual procuró apaciguarles.

No lo hubiera conseguido sin el auxilio de los Pinzones, contribuyendo a ello varias señales que realmente probaban la existencia de tierras no lejanas.

Todavía sufrieron sin embargo nuevas decepciones el 7 de octubre, en que modificó Colón nuevamente el rumbo en dirección oeste sudoeste, y el 10 del propio mes, en que estalló el descontento, manifestando los marineros sus deseos de volverse atrás.

Tampoco cedió a las amenazas en esta ocasión el Almirante, y últimamente acabó por decirles:

—No valen quejas. Para las Indias hemos salido y no hemos de parar hasta dar con ellas, con la ayuda de Dios.

Logró calmar su gente sólo a medias y con la atrevida promesa de que muy pronto tocarían tierra firme.

*
* *

Razón tenía el almirante para mostrarse tan confiado, pues las señales de tierras cercanas aumentaban a cada momento.

El día 9 habían podido percibir los expedicionarios una fresca brisa, saturada de emanaciones de árboles en flor; el 11 se recogió en la «Capitana» una rama verde, y la gente de la «Pinta» encontró un palo trabajado al fuego y otra rama con bayas encarnadas; por la noche, el almirante divisó una luz movible en el espacio, y por último, a las dos de la madrugada, el marinero Rodrigo de Triana dió la voz de «¡tierra!»

En efecto, al amanecer las tripulaciones sobre las bordas de las carabelas, sintieron esparcirse su ánimo al ver en lontananza una hermosa isla, baja y llana, cubierta de verdor.

*
* *

¡Tierra! ¡Tierra! Tal era el grito que lanzaban los tripulantes de las tres pequeñas embarcaciones, en medio de la soledad del Océano, al romper la aurora de aquel día, célebre desde entonces en la historia.

¡Tierra! ¡Tierra!, repetían embriagados de placer y

de entusiasmo, creyendo ver brillar, sin duda, como decía Castelar, el más galano de nuestros oradores, «aquellos palacios de plata y aquellos templos de oro, y aquellas puertas incrustadas con zafiros, rubíes y esmeraldas, con que la imaginación se alucinaba para poder, sostenida por tal magia increíble, arriesgarse al combate con las olas, con las nubes eléctricas y tempestuosas, con los ciclones asoladores, con las trombas terribles, con tantas calamidades como caen y llueven sobre los abismos del encrespadísimo y terrible Océano, en cuyas entrañas desaparecieron tantos héroes nacidos para combatirlo y para domarlo.»

*
* *

Poco después, los capitanes de los tres buques armados de punta en blanco y acompañados por buen número de sus marineros, pisaron aquella tierra que Colón besó.

Colocados a ambos lados de él los otros dos capitanes, con banderas blancas, en las que había una cruz verde y las iniciales de los Reyes Católicos, tomaron en su nombre posesión del nuevo suelo.

Habíase realizado en aquel momento la profecía de Séneca, el ilustre poeta cordobés (1); Tethis había

(1) «Venient annis—Sœcula seris, quibus Oceanus—Vincula rerum laxet, et ingens—Pateat tellus, Tethisque novos—Detegat orbes, nec sic terris—Ultima Thule.

Séneca—*Medea.*»

mostrado nuevos orbes, y no era ya Thule la última región del mundo conocido.

Los límites tan notorios y relativamente estrechos de la tierra se habían alejado de una manera prodigiosa e inesperada, y a la vetusta Asia, la culta Europa y la fecunda Africa, había de agregar otra cariñosa hermana, la joven América.

* * *

Por otra parte, roto en mil pedazos el estrecho molde del mundo antiguo, el espíritu a su vez, en su progresivo desenvolvimiento, había encontrado un nuevo y vasto campo, donde poder explayarse para producir sus más ópimos frutos.

El espíritu, cuyos ideales se habían engrandecido de un modo extraordinario con el Renacimiento, sentíase estrecho, comprimido en el limitado mundo antiguo, ya que su naturaleza había inspirado la musa de un Hesiodo y de un Teócrito en Grecia, de un Virgilio y de un Horacio en Italia, de un Columela en España, de un Ausonio en la Galia, ya que las grandiosas luchas humanas en él sostenidas, habían hecho repercutir por doquier el eco de los colosales cantos de un Homero, de las robustas canciones de un Pindaro, de las exuberantes creaciones de un Lucano.

Era necesario, pues, que un nuevo campo se abriese ante el espíritu; era preciso que nuevos horizontes cambiasen radicalmente la perspectiva; y en efecto, el nuevo campo abrióse, los horizontes ensancháronse, y el espíritu del viejo mundo, al encontrar la nueva y virgen naturaleza de América, encarnó en ella, y el tierno idilio de Pablo y Virginia, y los puros amores de René y Chactas, y los exuberantes cuadros de Heredia, y los tiernos y entusiastas cantos de Plácido, fueron sus más esplendentes manifestaciones.

* * *

Pero no era ciertamente sólo desde el punto de vista literario la transformación que en los ideales del espíritu había de producir el descubrimiento de América.

Iniciado ya un complejo movimiento de avance hacia el progreso, en todos los órdenes de la vida, no podía aquél tener un desarrollo adecuado en la vieja Europa, en donde las preocupaciones, la fuerza de la tradición y los prejuicios generalmente admitidos, habían de ser un gran obstáculo para ello.

Mal podía el antiguo siervo del terruño, a pesar de sus padecimientos y su miseria, romper de un modo definitivo contra aquellos señores que desde niño había considerado como sus dueños, después de Dios; mal podían aquellos orgullosos guerreros, que cubiertos de templado acero osaban mirar cara a cara a sus mismos monarcas, y que desde niños habían aprendido a ejercer una soberanía nunca disputada y tenida

como de origen divino, alternar con los despreciados pecheros, redimidos al regenerador influjo de las nuevas ideas del Renacimiento; imposible de todo punto era que los mismos monarcas, en fin, aceptasen el fondo individualista de la revolución política que se operaba, como imposible era que la reforma religiosa fuese aceptada por los tímidos corazones y las fanáticas conciencias de la inmensa mayoría de los individuos que componían la cristiandad

Sólo después de guerras encarnizadas para abatir la orgullosa aristocracia y de sufrir luengos siglos el absolutismo de los monarcas, sólo después del tremendo sacudimiento conocido en la historia con el nombre de Revolución francesa, pudo Europa ver el dominio de las ideas que aportaron a la sociedad el cristianismo y los pueblos germánicos; y sólo merced a esta revolución política y religiosa a la vez, pudo el siervo romper la dura coyunda que sobre él pesaba, y pudo el trabajo ennoblecido, ocupar en la sociedad el legítimo lugar que le correspondía.

*
* *

En América tenía que suceder lo contrario.

No se oponían en aquel virgen suelo antiguas tradiciones, rancias creencias ni erróneos prejuicios a las nuevas ideas que aportaron los colonizadores europeos; todos ellos ante la nueva tierra eran nuevos, to-

dos iguales, ninguno tenía mayor derecho para oprimir y tiranizar a los demás; el individualismo debía encontrar un medio adecuado para imperar en ella con todo su esplendor; la libertad debía dominar en la nueva sociedad, y el trabajo y el talento debían constituir la única nobleza de las nuevas nacionalidades que en ella se formaran.

Este fué el completo papel que en la historia de la civilización debía desempeñar y desempeñó el mundo descubierto por Colón el 12 de octubre de 1492, una de las fechas más gloriosas en los anales de la Humanidad; y para encarecer la importancia de hecho tan extraordinario, nos hemos permitido las anteriores consideraciones, aunque parezcan reñidas con la índole de esta obra, por lo cual pedimos perdón a nuestros amables lectores.





CAPÍTULO XI

Regreso.

San Salvador fué el nombre que el religioso genovés puso a la primera tierra descubierta, y que los indígenas, que asombrados ante la vista de los europeos les habían rodeado en actitud pacífica, llamaban Guanahani.

Washington, Irvingy y Humboldt, creen es la isla Cat; el español Muñoz y el capitán Becher, dicen es la de Watling; Varnhagen, la de Mariguana y Navarrete, una de las islas Turk.

La ruta trazada por el Almirante y la descripción que hace de la primera tierra que pisaron sus plantas, de la que dice: «esta isla es bastante grande, enteramente llana, tiene muchos árboles, mucha agua, y en el centro un lago y ninguna montaña», hace inclinar

la opinión hacia la isla de Watling, sin que sea posible afirmarlo en absoluto.

A este descubrimiento siguióse el de las islas de Santa María, hoy Cayo Rum, Fernandina, Isla Larga, Isabela, grupo do Acklin, Cuba, cuyas costas recorrió en su mayor parte, Haiti, llamada por él Española, y otras más pequeñas.

* * *

Emprendió Colón su viaje de regreso a la Península, en 4 de enero de 1493, desqués de haber dejado cuarenta hombres en la Española, amparados en un pequeño fuerte que se construyó con los restos de la «Santa María», que había encallado.

No fué tan feliz el viaje de vuelta como lo había sido el de partida, y hubo momentos en que el Almirante creyó llegada ya su última hora; pero, por fin, a costa de grandes penalidades, casi desarbolados sus dos pequeños buques y fatigados de tantos trabajos, lograron anclar en primeros de marzo en el puerto de Lisboa, en donde fué acogido con marcada benevolencia por parte del rey Juan II de Portugal, siendo objeto de la curiosidad de todos, los raros productos y los indios que consigo llevaba.

El 15 del propio mes llegó al puerto de Palos, donde fué recibido con inmenso júbilo, teniendo un continuado triunfo en todo el camino que siguió desde allí hasta Barcelona, donde le habían citado los reyes para recibirle.

* * *

El último de los historiadores del descubrimiento de América, el alemán Cronau, dice lo siguiente refiriéndose a este punto:

«Los heraldos abrían la marcha de la abigarrada caravana, a la que daban escolta centenares de nobles a caballo; en pos de los heraldos seguían los indios, ricamente adornados y con fantásticas pinturas por todo el cuerpo, cargados con grandes trozos de oro y varios objetos de adorno hechos del mismo metal.

»A los indios acompañaban otras personas, que conducían papagayos vivos de chillones colores, así como otros pájaros de pintado plumaje, y además ricas especies, plantas y maderas finas.

»Seguían después gentes que llevaban una verdadera riqueza en coronas, máscaras, discos y otros adornos de oro y piedras preciosas.

»Por último, cerraba la marcha Cristóbal Colón, rodeado de la flor y nata de la caballería española.»

* * *

Más adelante, añade el propio historiador:

«A fin de recibir al Almirante con las mayores distinciones, habían ordenado los reyes levantar en una esplanada (1) un magnífico dosel de brocado de oro, y allí, rodeados de todo lo más brillante de su corte, esperaban la llegada del descubridor.

(1) Se cree que en el sitio que actualmente ocupa la plaza de Medinaceli.—*N. del A.*

»Cuando Colón se acercó al regio dosel, se levantaron los soberanos y recibieron a aquel que hacía un año no sabía dónde reclinar su cabeza, como a una persona del más alto rango; y cuando Colón se arrodilló para besarles la mano, mandáronle inmediatamente que se levantara y se sentase, distinción que era tenida entonces en España como la más grande.

»A las preguntas de los reyes contestó Colón haciendo un sucinto relato de sus travesías, que completó presentando los hombres, plantas, metales y animales que había traído consigo, y añadiendo, con razón, que tales presentes eran sólo una débil muestra de las innumerables riquezas que atesoraban los nuevos países descubiertos.»

* * *

Ocioso es decir que los reyes confirmaron a Colón en todos sus títulos y dignidades, y para perpetuar en su familia la gloria del descubrimiento, le concedieron un escudo de armas, en cuyos cuarteles, debajo de las reales castillo y león, figuraban un grupo de islas rodeadas por el mar y cinco áncoras.

Más adelante se le aplicó el mote:

«Por Castilla y por León,
Nuevo Mundo halló Colón.»

Fué gran injusticia excluir de él la Corona aragonesa, que también contribuyó en gran manera al buen éxito de la empresa.



CAPÍTULO XII

La segunda expedición.

No permaneció Colón mucho tiempo inactivo, y con el beneplácito de los monarcas pudo reunir una nueva flota, compuesta de tres carracas y catorce carabelas que levaron anclas el 25 de septiembre, en dirección a las nuevas tierras.

«Esta vez —dice H. Fornes—acompañaban a Colón audaces aventureros, linajudos hidalgos, heroicos capitanes, levantiscos y tornadizos cortesanos, maestros de muchas artes y oficios, y doce frailes, con éstos fray Bernardo Buil, benedictino y vicario apostólico; en junto unos mil quinientos hombres, con la cabeza muy llena de caballerías y muy encendidos en amor a Dios y a los reyes, y muy animados por la sed de gloria y por la sed de oro, que de todo dieron muestras al poco tiempo.»

Esta armada iba además abundantemente provista de todo lo necesario, no sólo para el mantenimiento de las tripulaciones y hombres de armas, sino también para aclimatar en las lejanas tierras animales y plantas que no habían encontrado en la primera expedición, y cuya falta había hecho bastante precaria la vida de los atrevidos descubridores.

* * *

El 3 de noviembre divisaron los expedicionarios varias islas del grupo de las Antillas, anclando el Almirante en la Dominica; tocó en la Guadalupe, recorriendo y bautizando después gran número de islas, hasta que arribó a la llamada por los naturales «Boriquén», y que él llamó de San Juan, nombre que sólo conserva hoy su capital, pues se la conoce con el de Puerto Rico.

Por fin, se presentó ante la Española, en la que se encontró con la terrible nueva de la destrucción del fuerte que en ella fundara en su primer viaje, y de la muerte de todos los españoles que en él dejó, efecto de sus luchas intestinas y de los desafueros que cometieron contra los naturales.

En este momento empieza una nueva fase en la vida del ilustre genovés, sobre la cual se sustentan opiniones varias y diametralmente opuestas; pues mientras unos, entre ellos Roselly de Lorgues, llegan a santificar casi la memoria de Colón, otros, y son los más

y mejor enterados, nos relevaran las escasas dotes que como hombre de gobierno tenía, y que fueron la principal, si no la única causa de las tristes vicisitudes por que hubo de atravesar en el resto de su vida.

* * *

Deseoso, en efecto, el Almirante, de que las expediciones a las tierras descubiertas por él se costeasen con los beneficios que de las mismas pudieran reportarse, quiso someter a la esclavitud a los indígenas.

Por este motivo rompió con el padre Buil, que se opuso tenazmente a aquella idea, y entonces el primer apóstol del Nuevo Mundo se vió privado, lo mismo que sus compañeros, hasta de lo más indispensable para su mantenimiento, y hubo juntamente con los demás sacerdotes de regresar a España.

Entretanto siguió Colón con gran empeño la construcción de una gran ciudad, que se llamó Isabela, en sustitución del demolido fuerte; paso mil penalidades y dos grandes enfermedades, y hubo de sostener, auxiliado por su hermano Bartolomé, al cual había llamado a su lado, terribles choques, ya con los indígenas, ya con sus propios compañeros, que tramaron varias conjuras.

Ultimamente, estuvo sujeto a las averiguaciones que, en nombre de los reyes y por su mandato, practicó su delegado Juan de Aguado.

Colón, que en su segundo viaje llevó también consigo a su hijo Diego, habíalo enviado a España para

contrarrestar ante los reyes el efecto de las acusaciones del padre Buil, de Margarit y de los demás descontentos; pero al ver el giro que tomaban las cosas, se decidió a regresar él mismo a la península, como así lo hizo, llegando a ella el día 11 de Junio de 1496.

* * *

Los monarcas, sin tener en cuenta para nada lo sucedido, mostraron alegría, clemencia y benignidad al virrey.

«Confirmaron además todos los privilegios—dice Fernández Duro—, acrecentando los del beneficio del diezmo y el octavo; le acordaron la franquicia de derechos de exportación de granos y mercancías; hiciéronle otras mercedes, cuantas pidió, autorizándole para repartir tierras; le exceptuaron del pago de la octava parte de cuanto se había gastado en expediciones y colonización hasta aquella fecha, añadiendo la donación graciosa en la isla Española de cincuenta leguas de tierra de E. a O. y veinticinco de N. a S., con título de duque o marqués, a su elección, merced la última que suplicó se le permitiese no aceptar, por miedo a la murmuración.»

La opinión pública le era sin embargo hostil, y así no pudo, sino a costa de grandes esfuerzos, reunir la flota para un tercer viaje que tenía proyectado, y que emprendió con seis buques, en 30 de Mayo de 1498.





CAPITULO XIII

El último viaje

TRISTÍSIMO fué el cuadro que contempló el Almirante al llegar a la Española, pues la encontró poco menos que en plena insurrección contra su hermano Bartolomé, nombrado por él Adelantado de Indias y encargado del gobierno de la naciente colonia.

Procuró Colón devolver la tranquilidad a la isla, pero sin lograrlo, a pesar de sus esfuerzos y sacrificios, continuando las quejas a los reyes, hasta el punto de que a veces se reunían en los patios de la Alhambra, hasta cincuenta o más descontentos, para hacer llegar sus clamores contra el Almirante al rey.

Empezaba ya a preocupar la atención de don Fernando este universal clamoreo, cuando la noticia de que Colón había enviado una expedición de esclavos

para España, noticia que supieron los reyes por una carta del propio Almirante, hizo que la magnánima doña Isabel se decidiera finalmente a separarle del mando.

Entonces fué enviado a América don Francisco de Bobadilla, revestido de amplios poderes para abrir una información verbal y para tomar entre tanto el mando supremo de la colonia.

* * *

Llegado Bobadilla a Santo Domingo en 23 de agosto de 1500, empezó su información sin contar para nada con el virrey, y cuando éste quiso hacer algunas objeciones, le puso preso juntamente con su hermano y con su hijo, les cargó de hierro y les envió a España, en donde, después de una corta y feliz travesía, fueron puestos en libertad y Colón fué llamado a presencia de los reyes.

Presentóse Colón con gran pompa ante los reyes en 17 de diciembre del propio año de 1500, siendo recibido con sin igual distinción y escuchado con benevolencia, hasta el punto de que sólo bajo su palabra se destituyó a Bobadilla, ordenando retornara al Almirante todos sus bienes.

* * *

Don Nicolás de Ovando, encargado de substituir a Bobadilla, partió de Cádiz el 13 de febrero de 1502

con una gruesa flota de treinta buques, en la que iban dos mil quinientos hombres entre tripulantes, soldados, empleados y colonos.

Pocos meses después el mismo Colón, con cuatro pequeñas y débiles naves, y con el beneplácito de los monarcas, emprendió su último viaje de descubrimientos.

En esta larga excursión, fecunda en peripecias, después de tocar en Marruecos y en las Canarias con su pequeña flota, llegó a las islas Caribes, y de allí hizo rumbo a Santo Domingo, a pesar de las terminantes órdenes que recibiera en contra de los reyes.

No se le permitió tocar en su suelo, y tomó entonces rumbo a Occidente por aguas de Jamaica y de Cuba.

Perdidas dos de sus carabelas, con las dos restantes pudo llegar Colón a la costa de Jamaica, en donde varó sus naves y mandó a pedir auxilios a Santo Domingo, permaneciendo con ciento treinta y cuatro de sus compañeros más de un año en aquel sitio, sufriendo mil contratiempos, llegando al más desesperado trance, del que sólo se salvaron merced a los recursos y naves que el heroico Diego Méndez envió al efecto.

Regresó Colón a Santo Domingo, donde fué recibido con sumo agasajo por el gobernador Ovando; pero pronto se indispuso con él y se vió obligado a emprender su vuelta a la Península, a la que llegó sumamente quebrantado, física y moralmente, en 7 de noviembre de 1504.

*
* *

Una desgracia irreparable para nuestra patria vino a colmar los sinsabores de Colón: tal fué la muerte de Doña Isabel, en quien cifraba sus mayores esperanzas.

A pesar de todo, Colón fué recibido aún con agrado por el rey Don Fernando, cuando se presentó a éste, y encontró en Fray Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo a la sazón, un valioso apoyo.

No se encontró, pues, el ilustre descubridor abandonado de todos y en la mayor miseria, como le pinta la tradición, en los últimos años de su vida; antes bien, el monarca proveyó a todo lo que se refería a su hacienda y demás derechos, salvo el de la gobernación del Nuevo Mundo, respecto a cuyo punto daba largas, recordando los errores de Colón, quien aun en estos momentos se preocupaba sólo de gestionar en contra de los enemigos personales que se había creado durante su estancia en aquellas apartadas regiones.

Antes de morir aún tuvo, no obstante, un momento de esperanza con la venida a España de Doña Juana y Don Felipe, reyes de Castilla, que prometieron hacerle justicia; pero este fué ya el último paso que pudo dar en su accidentada vida, pues en 21 de mayo de 1506, entregó su alma al Creador.





CAPITULO XVI

A través de los siglos

Poca impresión produjo por entonces la muerte del descubridor del Nuevo Mundo, quedando reservado a la posteridad el reivindicar los derechos a la inmortalidad de aquel gran hombre.

Mas tampoco la posteridad ha cumplido como debiera la inmensa deuda de gratitud con él contraída, y revolviendo airada sus cenizas, ha puesto bajo el acerado escalpelo de la crítica, no siempre bien dirigido, su elevada personalidad.

Sus mismos restos han motivado vivas discusiones, no faltando historiadores distinguidos, entre ellos Cronau, varias veces citado, que afirmen ser apócrifos los que se guardaban en la Catedral de La Habana; asegurando otros ser los verdaderos, los que existen en la Catedral de Santo Domingo.

Aunque novelistas, por el carácter histórico de esta obra, no podemos dejar de hacer un juicio crítico de Colón, siquiera sea a la ligera, consignando lo más saliente de cuanto acerca de él ha dicho la crítica.

* * *

Era Colón (físicamente considerado y según las descripciones de los historiadores contemporáneos), hombre de elevada estatura, bien formado, de noble continente y de agradable presencia.

Era modesto en su porte, de vida morigerada, estaba dotado de fácil y sencilla palabra y de genio inventivo, a veces irreflexivo e impetuoso, sumamente sensible a la injuria, constante y enérgico, y fué siempre extraordinariamente devoto.

Este último era tal vez el rasgo dominante de su carácter, que encontramos reflejado en todos los momentos de su vida, en sus actos y en sus escritos; llegando a dominar en él de tal modo el espíritu religioso, que realizadas en buena parte sus esperanzas, llegó a creerse enviado por la Providencia para cumplir determinadas profecías bíblicas, y particularmente para difundir el cristianismo por todos los confines del mundo; idea que participaron varios de sus contemporáneos.

Esta arraigada fe fué sin duda el más firme sos-

tén de su ánimo y de la férrea constancia que desplegó toda su vida, puesta a prueba de decepciones y desengaños, así como de su firmeza y energía.

Con razón dijo el elocuente Castelar, con referencia a él, al ponderar las excelencias de la fe, que «si el Nuevo Mundo no hubiese existido, Dios lo habría hecho surgir de las aguas para recompensar tanta fe».

* * *

Se ha tachado a Colón de ambicioso y avaro, viniendo a confirmar este último cargo la usurpación que hizo a Rodrigo de Triana de la renta que debía percibir como premio por haber sido el primero en divisar tierra; pero el no reflejarse en ningún otro acto de su vida este carácter, y, por el contrario, el haberse mostrado generoso y hasta espléndido en varias ocasiones, al mismo tiempo que desvirtúa la anterior acusación, hace pensar que tal vez el móvil que le impulsó a ser injusto con aquel marinero, fué el pueril y discupable deseo de aparecer como el primero en haber visto el Nuevo Mundo.

Más fácil es relevarle de otra acusación que se le ha dirigido, respecto a su proyecto de reducir a esclavos los indígenas de las tierras descubiertas, pues aparte de que él creía que así había de lograr más fácilmente su conversión, obedecía a un principio social erróneo, que si no fué óbice para mover la opinión contra el descubridor, fué causa de que se iniciase el más vil tráfico que la humanidad ha presenciado con

los negros de Africa, reducidos a la esclavitud y transportados, contra todas las leyes divinas y humanas, a morir en tierras extrañas.

* * *

Si digna y noble es la figura de Colón como hombre, no es menos notable como científico, pues atesoró una inmensa erudición, al mismo tiempo que se distinguió por una fácil comprensión de los fenómenos físicos que pudo observar.

«En sus juicios sobre casos que pertenecen a la geografía física—dice Humboldt—, no obedeció Colón a sus maestros ni a sus reminiscencias de la filosofía escolástica, sino a sus propias ideas, como se ve en sus observaciones sobre la distribución del calórico, la variación del magnetismo terrestre, la corriente marítima ecuatorial y la configuración de la isla de la Trinidad y demás pequeñas Antillas, a consecuencia de esta misma corriente.

* * *

Sin embargo, al lado de estos relevantes méritos se encuentra en Colón un mundo de errores, entre los que merecen citarse su creencia de la reducida magnitud del globo terrestre, la poca extensión que concedía al mar, la servil sumisión a las ideas de Toscanelli, que le hicieron creer que había abordado al continente asiático, la existencia de un paraíso terrestre, y otros

muchos, que prueban, más que todo, el estado de fluctuación en que se encontraban los espíritus de la época del Renacimiento, en todas las esferas de la ciencia.

Sólo desde un punto de vista decae en gran manera la elevada figura del descubridor del Nuevo Mundo.

Colón no tenía condiciones políticas; era un mal gobernante.

«No puede menos de notarse —dice Fernández Duro refiriéndose a las pocas simpatías que Colón había despertado a causa de su mal gobierno—que al tiempo que nadie quería ir voluntariamente a las órdenes de Colón, Guerra, Bastida, Vicente Yáñez Pinzón y los demás descubridores, tenían de sobra gente voluntaria».

Baste recordar, por otra parte, las cartas de los frailes que acompañaron a Bobadilla, personas imparciales, pues no conocían al Almirante ni tenían intereses materiales en America, así como los terribles castigos que Colón hubo de imponer en varias ocasiones a los revoltosos, para convencerse de la verdad sentada y que la mayoría de los que la reconocen son los primeros en lamentar.

* * *

A pesar de esto, que como ya hemos indicado, constituye el lado obscuro del ilustre navegante, su

gloria es y será inmarcesible, pues con su obra aportó un factor importantísimo a la civilización e hizo dar un gigantesco paso a la humanidad en su libre y progresivo desenvolvimiento.

Tal vez al considerar que el descubrimiento excitó el espíritu aventurero de nuestros ascendientes, y que, preocupados por la falsa idea de que un pueblo es más rico cuanto más oro posee, se lanzaron de lleno a la vida de aventuras que empezó la emigración a aquellas lejanas regiones, y por lo tanto contribuyó a la despoblación de la Península, se quiera tachar de nefasto tan gran acontecimiento; pero si se considera que la despoblación de nuestro suelo reconoció otras causas más directas, y que la decadencia en España no obedeció sólo, ni mucho menos, al citado motivo, tendremos que confesar, que a trueque de pequeña pérdida, se ensanchó de un modo prodigioso nuestra patria y el hispanismo brilló con toda su fuerza y esplendor entre los pueblos europeos.

Aún hoy día podemos asegurar que nuestro suelo, a pesar de la distinta posición política que ocupan los pueblos fundados por nuestros ascendientes, no tiene por límites únicamente el Mediterráneo y el Atlántico, porque aún más allá, traspuestas las columnas de Hércules, encontramos hombres de nuestra raza.

Castelar lo ha dicho con su arrebatadora elocuencia:

«Las encendidas nubes del trópico guardan aún la escrudiñadora y ardiente mirada de Pinzón; las islas del mar de las Antillas han sido vistas la vez primera

con los ojos de un Rodrigo de Triana; por los campos de la Florida vaga errante aún la sombra majestuosa de Ponce de León, que ha pasado en alas de su fe desde las granadinas vegas a las vegas del Nuevo Mundo; la tierra del Yucatán ha sido descubierta por un Fernández de Córdoba, y por un Grijalba descubierto el inmenso imperio mejicano; la primera visita al golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe a un Garay; la aparición de la Carolina meridional a un Vázquez; ese gran río; esa arteria de los Estados Unidos, que sobrelleva en sus espaldas los productos del trabajo humano, el Missisipí, yacería aún ignorado, si un Soto no lo descubre entre fatigas increíbles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer las tribus salvajes tomarle por un Dios sobre la tierra, el nombre sublime del Dios de los cielos; como el Estrecho de Magallanes y el mar Pacífico han sido surcados la vez primera por la nave llamada «Santa Victoria», cubierto por el pabellón de nuestra España, y España dicen los volcanes y los ventisqueros y los aludes de los Andes; España, las ondas del Plata y las ondas del Amazonas; España, los desiertos de la Tierra Caliente y las pintadas selvas del Paraguay.»





CAPÍTULO XV

A manera de apéndice.

Antes de dar por terminada la parte de nuestro relato concerniente al descubrimiento del Nuevo Mundo, debemos consignar los nombres de las personalidades que más directamente intervinieron en tan importante acontecimiento.

Merecen citarse Don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, que acogió bajo su protección al ilustre descubridor y le tuvo dos años alojado en su casa, hasta que le recomendó a la reina Isabel; el gran cardenal Don Pedro González de Mendoza, personaje tan influyente que llegó a ser llamado el tercer rey de España, y que protegió y obsequió a Colón lo mismo antes del primer viaje que después del descubrimiento, y aún en medio de sus mayores amarguras; Fray Diego de Deza, confesor del rey, inquisidor general y más

adelante arzobispo de Sevilla, entusiasta de los proyectos del navegante, y que, según parece, los sometió a examen de los sabios de Salamanca; la marquesa de Moya, mujer de grandes talentos y de varonil entereza; el comendador Gutiérrez de Cárdenas; Fray Gaspar Gorricio, gran amigo de Colón y consejero suyo en Sevilla; el astrólogo Fray Antonio de Marchena, que la tradición confundió con Fray Juan Pérez, el legendario guardián de la Rábida; Alonso de Quintanilla, contador mayor del Reino, protector de Colón; Fray Juan Pérez y el físico García Hernández, que legó a la posteridad la relación de lo sucedido en la Rábida

* * *

Al par de estos ilustres protectores de Colón, la mayor parte de los cuales figuraban al lado de doña Isabel, hemos de hacer constar que hubo también un grupo de influyentes valedores del genovés, procedente de la antigua Corona de Aragón, grupo que, según uno de los más eximios literatos e historiadores de nuestra patria, Don Víctor Balaguer, «lo formaban el camarero del monarca, Juan Cabrero (de quien Las Casas llegó a decir que él y Fray Diego de Deza «habían sido causa que los reyes tuviesen las Indias»); Luis de Santángel, escribano de raciones, o como más comúnmente se dice, el escribano racional, que privaba grandemente en el ánimo del rey; Juan de Coloma, secretario del rey, y el mismo a quien más tarde se hubo de confiar el honor de entenderse con Cristó-

bal Colón para redactar las capitulaciones de Santa Fe, que tuvo la insigne gloria de firmar como secretario de los reyes, y el tesorero Gabriel Sánchez y el vicecanciller Alonso de la Caballería, que estuvieron con los reyes en la Vega de Granada, y quienes, a pesar de su alejamiento de Zaragoza, fueron elegidos consejero el uno y jurado en «cap» el otro, al propio tiempo que se confería a Luis de Santángel la lugartenencia del Zalmedinato de Zaragoza, lo cual demuestra, por una parte, su crédito, y por otra el favor que debían gozar cerca del Rey, cuando consta que éste los conservó a su lado saltando o salvando lo preceptuado en las «ordenaciones».

*
* *

Si no entre los protectores, entre los que acompañaron a Colón en su temeraria empresa, debemos contar a los hermanos Pinzón, cuya conducta con el Almirante no fué sobrado correcta.

El mayor de los hermanos, Martín Alonso, que mandaba la «Pinta», a más de haberle abandonado con su buque para ir en busca del país del oro y beneficiar sólo sus utilidades, proyecto que fracasó, viéndose obligado a reunirse de nuevo a Colón, trató también de usurparle su gloria, pues habiendo arribado a las costas de Vizcaya y suponiéndole perdido, envió mensajeros a los reyes para que le autorizasen para presentarse en la corte, a lo que los reyes, que habían recibido noticias de la llegada de Colón a Portugal, le

contestaron que sólo en el séquito del almirante le recibirían, con lo cual se irritó tanto el ánimo de Pinzón, que estaba ya enfermo, que murió poco después.

Vicente Yañez Pinzón, capitán de la «Niña» en el primer viaje, enriquecido con el descubrimiento, organizó y dirigió posteriormente varias expediciones, en la primera de las cuales, 1499, pasó la línea equinocial, descubrió el cabo de San Agustín en el Brasil, la embocadura del Amazonas y parte de la costa de Guyana, pero ocasionó la ruina de su familia; y en los viajes sucesivos, descubrió el continente americano hasta el 40° de latitud Sud.

Como dice muy bien un docto escritor, entre los amigos de Colón, en sus últimos tiempos, no se menciona ninguno de la familia de Pinzón.

Otro de los más renombrados continuadores de la obra de Colón, fué Alonso de Ojeda, cuyas proezas le crearon gran fama en la corte, y que, autorizado por los reyes, verificó una primera expedición y después otras varias por su cuenta al Nuevo Mundo, en donde tuvo sobrada ocasión para reanudar sus legendarias hazañas, muriendo al cabo pobre y desvalido.

Mejor suerte cupo a otro noble andaluz, de la ilustre casa de los Ponce de León, a quien se debe el descubrimiento de la Florida.

*
* *

La historia ha sido generosa con los adversarios que Colón tuvo, particularmente en los supremos momentos en que se debía decidir de su suerte por parte de los reyes.

Uno de ellos, sin que sepamos el motivo, aunque algún historiador supone fuese el espíritu altamente místico de Colón y exageradas ideas religiosas que mezclaba a cada momento con sus proyectos, fué fray Hernando de Talavera, piadosísimo varón, confesor de la reina y primer arzobispo que fué de Granada.

Entre los enemigos que posteriormente se creó Colón con su conducta, se cuentan el padre Buil, Pedro de Margarit, noble catalán encargado del mando militar de las fuerzas que acompañaban al almirante en su segundo viaje; Juan de Aguado; Francisco Roldán, magistrado superior de la Española y jefe de una rebelión contra el almirante, y Francisco Bobadilla.

Triste suerte cupo a estos dos últimos, pues no llegaron a retornar a España a causa de haberse perdido el buque que les conducía, en una tempestad prevista por Colón, quien con una generosidad grande había avisado a Ovando para que no permitiese la salida de la escuadra, a lo que se negó éste creyendo ser un pretexto de Colón para tocar en la Española.

El cruel Nicolás de Ovando, el obispo de Burgos, Fonseca y los hermanos Porras, que ocasionaron terribles sufrimientos al almirante en su última y azarosa expedición, cierran esta lista que, aun aumentada con algunos nombres, queda afortunadamente corta.

Cuando ya Colón había realizado su descubrimiento, y en ocasión en que regresó gravemente enfermo a la Isabela durante el segundo viaje, encontró allí a su hermano Bartolomé, a quien había llamado y con quien compartiera toda su vida la confianza y el cariño más íntimos.

Bartolomé fué el más viril y más enérgico de la familia.

A un corazón resuelto y a una sagacidad grande, reunía una arrogante figura, una regular ilustración y un valor a toda prueba.

Nombrado Bartolomé por su hermano Adelantado de la provincia, prestó relevantes servicios para la colonización de la isla, cuyo mando dejó, regresando preso con Colón a la península.

Tomó parte después en el último viaje de descubrimientos, prestando grandes servicios a su hermano.

Muerto ya éste, partió para el Nuevo Mundo con su sobrino don Diego, nombrado virrey, y conservó el título de Adelantado y la soberanía de una pequeña isla, viéndose obligado a permanecer inactivo, hasta que le sobrevino la muerte.

Otro de los hermanos de Colón, que compartieron con él los sinsabores y la fortuna que les produjo el descubrimiento, fué Diego, quien ejerció el cargo de gobernador de las nuevas tierras en distintas ocasiones, demostrando aptitudes no comunes para ello, aunque su carácter pacífico y franco no fuese el más apropiado a las circunstancias.

Distinguióse por su modestia, así como por su dis-

creción, suponiéndose que trataba de consagrarse a la iglesia.

* * *

Al dar antes algunos detalles de la vida de Colón, dijimos ya que había tenido dos hijos, uno legítimo de su esposa doña Felipa Muñiz, fallecida en Portugal, y otro natural, habido en sus relaciones con doña Beatriz Enríquez

El primero, de nombre Diego, que por algún tiempo permaneció en la Rábida educándose, fué el heredero de los derechos adquiridos por su padre, para cuya posesión hubo de acudir ante el Consejo de Indias contra el mismo monarca, obteniendo sentencia favorable por unanimidad de dicho Consejo; y tal vez no hubiera visto cumplido tan justo fallo, a no haber sido por su matrimonio con doña María de Toledo, que pertenecía a una ilustre casa y que estaba emparentada con lo más selecto de la nobleza castellana.

Diego Colón hubo de luchar, como su padre, contra bandos enemigos que se formaron en la colonia, si bien logró salir victorioso de ellos; le protegió la suerte en sus empresas, conquistó la isla de Cuba sin perder un solo hombre, hizo lo propio con la Jamaica, fué sumamente íntegro y no obstante se vió objeto de viles acusaciones, de las que vino a sincerarse perso-

nalmente a la península, siendo muy bien recibido por Don Fernando, más sin lograr su absolución hasta el reinado de Carlos V, en que fué confirmado en su cargo, y se le otorgó de nuevo el título de virrey.

Aún se vió nuevamente en trances semejantes por las acusaciones de sus enemigos, y murió, finalmente, trabajando en su defensa, alejado de su esposa, que había permanecido en Santo Domingo.

***

Fué Diego, al decir de todos los historiadores, de finos modales y de carácter franco, lo que le hizo ser víctima de la astucia y de las calumnias de sus adversarios.

Dejó dos hijos y tres hijas, que emparentaron con las principales familias de la nobleza española, y su primogénito Luis, continuó las gestiones de su padre para la reintegración de sus títulos y derechos, hasta que terminó renunciando a los de virrey por el de duque de Veragua y marqués de la Jamaica, y una pensión, que aunque reducida, cobran hoy sus descendientes.

A su muerte le sucedió en sus derechos Don Diego, cuarto Almirante de las Indias, en quien se extinguió la línea masculina de Colón.

Fernando, el hijo natural del descubridor, entró de paje del príncipe Don Juan, y después del fallecimiento de éste, siguió siendo paje de la reina.

Estuvo dotado de una instrucción vasta y de una

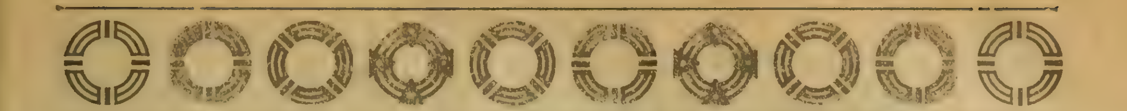
fortaleza de ánimo grande, de la que dió muestras en los contratiempos que sufrió junto con su padre en su último viaje.

Recorrió después gran parte de Europa y perfeccionó sus conocimientos en Geografía, Navegación e Historia Natural.

Abrazó el estado eclesiástico y murió en Sevilla, legando a la Catedral todos sus libros y papeles, dando así origen a la biblioteca llamada hoy «Colombina».

Fué, según parece, autor de una obra titulada: «Historia del Almirante Don Cristóbal Colón», cuya autenticidad ha sido puesta en duda, pero de la que un escritor distinguido dice que «es la piedra angular de la historia del Continente americano».





EPÍLOGO

CAPITULO PRIMERO

Un auto de fe.

ALBOREABA.

Era el amanecer de un día de invierno triste y frío, sin sol, gris, lúgubre, melancólico.

A pesar de lo desapacible de la temperatura y de lo intempestivo de la hora, una muchedumbre inmensa afluía por todas partes a la plaza de San Francisco, situada en el centro de Sevilla.

Toda aquella gente gritaba y reía alegremente como si se dispusiese a asistir a una fiesta, y, sin embargo, no era una fiesta de lo que se trataba, sino de todo lo contrario.

Iban a presenciar un espectáculo bárbaro, horrible, espantoso.

Iba a celebrarse un auto de fe.

Así lo indicaba la pira de leña que se levantaba en el centro de la plaza, en derredor de un poste.

A aquel poste sería atada la víctima, para que las llamas, al elevarse de los haces de leña seca, regados de antemano con materias combustibles, la consumiesen.

Así lo disponía la Santa Inquisición, ante cuyo poder sin límites, que los mismos reyes no pudieron contener, todos temblaban.

* * *

¿Quién era la víctima?

Nadie la conocía, todos ignoraban su nombre, pero en los grupos en los que se comentaba el suplicio que iban a presenciar, asegurábase que se trataba de una bruja, de una hechicera, de una mujer que con sus sortilegios había inferido una grave ofensa a la religión.

Contábase de ella casos verdaderamente extraordinarios.

¿Eran reales o inventados por la superstición del vulgo?

Habría sido difícil averiguarlo.

En aquellos tiempos de fanatismo intransigente, se juzgaba y se condenaba por indicios, por suposiciones, por sospechas, sin pruebas, bastando muchas veces una delación, inspirada por el odio o la venganza, para pronunciar un fallo condenatorio.

El delito de hechicería era una de las cosas más difíciles de probar y más severamente castigadas.

Creíase en la esxitencia de nu poder oculto, inspirado por los malos espíritus, contrario aı poder de Dios.

*
* *

Los que comentaban el caso, decían con supersticiosa admiración:

—La bruja á la que veremos arder dentro de poco, contaba tan en absoluto con la ayuda de Satanás, que diz que hasta á la reina D.ª Isabel la ha hecho víctima de sus hechicerías. Descubría sus secretos más íntimos, los secretos de su gobierno, y se permitía enviarle avisos y consejos para que obrase según su parecer y no según justicia.

Esto era lo más grave y extraordinario que la gente podía concebir, pues tenían á los reyes por tan superiores á los demás mortales, que no alcanzaban á comprender estuviesen sujetos á las debilidades y á los peligros de los demás seres humanos.

Excitada la curiosidad con estos datos, todos ansiaban ver aparecer la bruja para conocerla, para admirarla.

Unos decían:

—Será vieja y fea; todas lo son.

Otros replicaban:

—Pues os engañáis; es joven y hermosa.

Los que parecían mejor informados, rectificaban la opinión de unos y otros, diciendo:

—Ni vieja ni joven, ni fea ni hermosa; una mujer extraña de edad indefinible, que lo mismo podrá tener cuarenta años que doscientos. Las brujas no tienen edad; viven lo que les conviene y se rejuvenecen ó se hacen viejas, según les place. Para eso son brujas.

Tampoco faltaba quien dijese:

—De fijo vamos á presenciar algo extraordinario. El po-

der de esa mujer es tan grande como misterioso, y no me extrañaría que Satanás en persona se presentase á salvarla de la hoguera. Ya veréis como no muere.

La gente timorata santiguábase asustada al escuchar estas fantásticas suposiciones, y todos esperaban con impaciencia que llegase la hora señalada para la celebración del auto, seguros de que presenciarían algo nunca visto.

* * *

Dieron las siete, y en el gentío congregado en la plaza, iniciáronse un movimiento y un murmullo de espectación.

Era la hora.

La víctima no podía tardar en presentarse en el lugar del suplicio.

Con la última campanada del reloj, comenzaron á sonar las campanas de todas las iglesias y conventos.

Tocaban de un modo lúgubre.

No era el alegre repiqueteo de una fiesta; parecía mejor un toque de agonía.

Los que estaban junto á la entrada de la plaza gritaron:

—¡Ya viene!

Y todos agolpáronse hacia aquel sitio.

Los soldados eran impotentes, casi, para contener el gentío.

Los espectadores estrujábanse unos contra otros, ansiosos de verlo todo, de no perder el más insignificante detalle de la ejecución.

Las mujeres gritaban, los niños prorrumpían en sollozos y los hombres blasfemaban ó reían.

Era un bullicio infernal, como el producido siempre por el desenfreno de las pasiones humanas.

Todos aquellos seres, deseosos de ver el suplicio de uno de sus semejantes, tenían en aquellos momentos algo de fieras.

No se revelaba en ellos ni aun la piedad, que es uno de los sentimientos que más ennoblecen al ser racional.

Al contrario, llamaríanse á engaño si el espectáculo no les parecía tan cruel como imaginaban, si no había en él refinamientos sensacionales de ferocidad inaudita.

¡Y se trataba de un suplicio impuesto en nombre de la religión cristiana, toda amor, indulgencia y piedad!

—¡Ya están aquí!—volvieron á gritar algunos.

Y como por encanto se restableció el silencio, un silencio profundo, imponente.

Seguían estrujándose para ver mejor; pero todos callaban, dominados por la curiosidad.

* * *

Apareció una larga procesión compuesta de familiares del Santo Oficio, cubiertos con sus capuchas que les tapaban el rostro, y frailes de distintas órdenes.

Los soldados abrieron calle para que la comitiva pasase, siendo impotentes para contener la multitud.

Detrás caminaba la víctima, cubierta con blanca vestidura de lino.

Era una mujer de soberana hermosura, cuyo aspecto en nada se parecía al de una bruja, tal como nos presenta la tradición á las que se consagran á las ocultas artes de la hechicería.

Su abundante cabellera, suelta sobre la espalda, formábale como un manto.

Todos al verla pasar sentíanse movidos á compasión y decían:

—¡Qué bella es!

Ella marchaba con paso firme y la cabeza altaneramente erguida, sin asomo de desfallecimiento ni temor.

Aquella infeliz debía estar dotada de extraordinaria energía.

Al verla tan serena, muchos pensaban:

—Sin duda espera la ayuda de los poderes ocultos é infernales para salvarse. No se comprende de otro modo su tranquilidad.

Nuestros lectores habrían reconocido en ella á Zoraida, la consultora y protegida un día de Pacheco, la amante, después, del poeta D. Diego de Zabala.

El carácter enérgico de la mora manifestábase en aquella ocasión como en ninguna otra.

Veía frente á frente la muerte en una de sus formas más terribles, y sin embargo permanecía impasible, como si le importase poco abandonar la vida, en la que había hallado más contrariedades que venturas.

* * *

Llegó la comitiva al centro de la plaza, en el centro de la cual se hallaba la pira, que pronto había de convertirse en hoguera.

Los hombres de armas formaban un cordón conteniendo al gentío y dejando libre un ancho espacio.

Habíanse levantado tribunas para los mienbros de la Inquisición y para los nobles que quisieran asistir al fúnebre acto, como si se tratara de una fiesta.

Algunas de aquellas tribunas estaban llenas ya de espectadores y las otras llenáronse con los que formaban parte de la comitiva.

Dieron principio los preliminares de la ejecución.

Uno de los familiares leyó en voz alta la sentencia, en la que se hacían constar los cargos formulados contra la reo y en la que se invocaba más de una vez el nombre de Dios.

Acusábasela de embaucadora, bruja, hereje y relapsa, y de estar en relación con los espíritus infernales.

Ella escuchó la lectura, sonriendo despreciativamente.

Cuando hubo terminado la enumeración de los cargos que contra ella se hacían y por los cuales se la condenaba á morir en la hoguera, Zoraida gritó con todas sus fuerzas y de modo que muchos la oyeran:

—¡Todo eso es mentira! ¡Soy inocente! No profeso la religión cristiana, sigo la ley del Profeta, pero no soy culpable de lo que se me acusa.

Levantóse un murmullo de protesta por semejante atrevimiento.

Nunca en caso igual, reo alguno se atrevió á hablar de tal manera.

Su arrogancia fué tenida por desacato.

Los que la rodeaban hiciéronla callar y apresuraron los preliminares de la ejecución, para evitar que de nuevo hablase.

* * *

Subida á la fuerza sobre la pira, ataron á Zoraida de pies y manos á un poste, en el extremo superior del cual pusieron este letrero: «Así dispone la Santa Inquisición que muera, para escarmiento de herejes.»

Había llegado el momento culminante.

Dos encapuchados sostenían en la mano antorchas encendidas, para arrimarlas á la pira y prenderle fuego, en cuanto recibieran la señal.

La leña había sido regada de antemano con materias combustibles, para que más pronto ardiese.

Con la mirada fija en el cielo, Zoraida parecía agena á todo.

Pensaba en D. Diego.

—¿Cómo es posible,—decíase,—que él me abandone? ¿Por qué no me salva? Y si no puede salvarme, ¿por qué no está aquí al menos? Tendría el consuelo de poder despedirme de él.

Como si estas palabras hubiesen sido una invocación, un hombre apareció á caballo, cubierto de polvo.

Era el poeta.

Abrióse paso á viva fuerza, gritando:

—¡El indulto! ¡El indulto!

Y llegó ante la tribuna del inquisidor general, al cual presentó un pliego.

El inquisidor leyó el escrito y exclamó, con tanta extrañeza como contrariedad:

—¡Firmado por el Papa!

Dió orden de que la ejecución se suspendiese, y la víctima fué bajada de la pira, sin que la hoguera hubiese sido encendida.

El público protestó, viéndose burlado en sus esperanzas de satisfacer su ferocidad con el espectáculo que se prometía.

Zabala quiso acercarse á Zoraida, pero los que rodeaban á ella no se lo permitieron.

Lleváronse de nuevo á las prisiones del Santo Oficio á la supuesta hereje, la cual se despidió de su amado con una sonrisa, como diciéndole: «segura estaba de que me salvarías.»

Y él gritó, de modo que ella pudiese oirle:

—¡Pronto estarás en mis brazos!

Formóse de nuevo la comitiva, que desapareció por donde había llegado, y la gente fué retirándose haciendo toda suerte de comentarios.

Poco después la plaza quedaba sola, con la pira abandonada en el centro.





CAPÍTULO II

La venganza de Tarsio

NATURAL es que los lectores deseen saber como cayó Zoraida en poder del Santo Oficio y como el poeta logró salvarla.

Explicaremos lo uno y lo otro, siquiera sea brevemente.

Lo primero fué obra de Tarsio.

Se recordará que el falso idiota, por mediación de Margarita la ex-ventera, había entrado al servicio de D. Pedro de Fonseca, esperanzado en medrar á su sombra, y se recordará también que Fonseca, Margarita y Tarsio, despechados al ver que los reyes les rechazaban como partidarios suyos, convencidos de que obraban á impulsos de la codicia y no de la lealtad, se declararon en contra de los monarcas.

Su resentimiento les hizo intervenir en todos los sucesos desagradables que turbaron el glorioso reinado de Isabel y Fernando; pero el poder real acababa por vencer siempre de los manejos y de las combinaciones de sus enemigos, y cada derrota que sufrían, aumentaba aun más

el rencor de los intrigantes, en vez de convencerles de que todas sus maquinaciones eran inútiles.

No hubo infamia que no intentasen.

Intervinieron directamente, como ya sabemos, en los motines de Segovia, que la reina dominó con su sola presencia, y fomentaron más de una vez las persecuciones contra los judíos, antes de que fueran expulsados, para promover rebeliones.

Pero en quien principalmente cifraron sus esperanzas fué en la *Beltraneja*, en favor de la cual más de una vez intentaron levantar partido.

La princesa no les hizo caso.

Retirada del mundo en su convento de Coimbra, negóse á cuantas proposiciones se le hicieron para defender sus derechos al trono.

Entraron entonces los conspiradores nuevamente en tratos con la reina D.ª Juana, esposa del difunto D. Enrique; mas D.ª Juana murió sin que hubiesen intentado nada, y los conspiradores viéronse sin bandera de rebelión bajo la cual acojerse.

*
*

Asi siguieron las cosas, hasta que terminó la conquista de Granada.

Entonces, muchos caballeros de los que en las guerras habían tomado parte, retiráronse á descansar, hasta que sus monarcas volviesen á necesitarlos.

Entre ellos figuró D. Diego de Zabala.

El poeta habíase distinguido en la guerra, conquistando premios y mercedes que le permitían vivir con algún mayor desahogo que vivió hasta entonces.

Su escudero Megalasio decíale al tanto de ello:

—¿Véis, señor, como es más útil y provechoso el ma-

nejo de la espada que el de la pluma? Jamás escribiendo hubiérais conseguido lo que luchando.

Instalóse D. Diego provisionalmente en Sevilla donde puso casa, si no lujosa, decente al menos.

Todos sorprendiéronse al ver que le acompañaba una dama, á la que no conocían.

Era Zoraida.

Mientras el poeta tomó parte en la guerra, la mora, que no quería abandonarle en modo alguno, le acompañó disfrazada de hombre, como si fuese su paje; pero cuando los azares de la lucha abandonaron, retirándose á la ciudad, la hermana de Alí volvió á vestir sus ropas femeniles, no de mora, sino de cristiana, por consejo de D. Diego, quien creyó que de este modo estaría más justificada su presencia á su lado.

Más de una vez díjole el poeta:

—¿Por qué no abjuras tu religión abrazando la mía, y te haré mi esposa?

—No me impongas el sacrificio de mis creencias,—respondíale ella;—déjame permanecer en las de mis mayores, aunque sólo sea por respeto á su memoria, la cual de tantos otros modos he ofendido. Para amarte, tanto da que crea en tu Dios como en el mío.

Siguieron juntos, pues, pero cada cual con su religión.

Zoraida se mostraba en público muy pocas veces, y á nadie explicaron quien era.

La gente murmuraba y ellos dejábanla murmurar, sin importarles lo que decían.

Cuando los reyes iban á Sevilla, daban públicas muestras de su predilección hacia el poeta, honrándolo y agasajándolo; pero Zoraida nunca se presentó en la corte ni los monarcas tuvieron noticia de su existencia.

La mora solía decir:

—¡Si la reina supiese que soy yo la autora de los anó-

nimos que la salvaron en otro tiempo de tantos peligros!

Y D.ª Isabel preguntaba más de una vez á D. Diego:

—¿Quién es la persona en nombre de la cual me entregásteis un día un importante aviso? Me prometisteis revelármelo y aún no habéis cumplido vuestra promesa. Saberlo ansío, para recompensarla como merece.

A lo que el poeta respondía:

—Es un secreto que no me pertenece y no está en mí el revelároslo, señora.

La reina cesaba en sus excitaciones, pero advirtiéndole:

—Si esa persona necesita algún día de mí, que á mí acuda, segura de que ha de encontrarme propicia á sus deseos.

* * *

En ocasión de hallarse los reyes en Sevilla, fué Tarsio á dicha ciudad por encargo de Fonseca, que no cesaba en sus manejos y pretendía ponerse en relación con algunos señores de la corte.

Descubrió Tarsio la existencia de Zoraida y el modo como vivía, haciéndole pensar:

—Mi antigua aliada puede serme muy útil. Por ella podría atraer á nuestro partido á D. Diego de Zabala, al que según parece domina con su belleza, y quien goza de gran estimación y privanza en el ánimo de los reyes. Sería una buena adquisición. Por lo menos, por su conducto podría enterarme de muchas cosas que deseo saber y me conviene averiguar.

Y buscó modo de celebrar una entrevista con la hermana de Alí; cosa que consiguió fácilmente, pues apenas Zoraida supo que se trataba de su antiguo aliado, se apresuró á recibirle y lo acogió con regocijo.

El odio común á Pacheco, había engendrado en ellos cierta simpatía.

Mostraron los dos gran alegría al verse y se contaron mútuamente lo que de ellos había sido desde que se separaron.

Fueron sinceros, diciéndose en todo la verdad.

Tarsio no dió gran importancia á que Zoraida hubiese abandonado á su hermano por el amor del poeta; ella, en cambio, le reprochó duramente el que á los reyes fuese traidor, por ambición y despecho.

—Bien estuvo la intriga,—díjole,—mientras de ella necesitaste para tu venganza; pero muerto nuestro común enemigo, otra debiera ser tu conducta y mejor vivirías.

* * *

Sin dejarse convencer por estas razones y sin mostrarse ofendido por los reproches que encerraban, Tarsio expuso con claridad sus deseos.

Zoraida le escuchó llena de indignación.

—¿Pretendes,—replicóle,—que yo te ayude en lo mismo que censuro? ¡No lo esperes! Y en tal sentido no vuelvas á hablarme, sino deseas que nuestra amistad rompa y me convierta en tu enemiga.

El antiguo servidor de Pacheco insistió inútilmente.

Zoraida no se dejó convencer.

Entonces él, encolerizado, díjole:

—Te acordarás de mí.

Separáronse enojados.

Dominado por sus ruines sentimientos, Tarsio no pensó desde entonces en otra cosa que en vengarse de la resistencia de la mora á sus deseos.

Pronto halló el modo.

Envió á la Inquisición una denuncia anónima, en la que acusaba á la joven del delito de hechicería; y la Inquisición, como hizo en otros muchos casos, sin más prueba, apoderóse de la supuesta bruja, en ocasión de no hallarse

Zabala en Sevilla, pues había ido á Madrid, acompañando á los reyes en su regreso.

—Ya estoy vengado,—pensó Tarsio satisfecho.—De las garras de la Inquisición no escapa nadie.

Y no volvió á pensar en su víctima.





CAPÍTULO III

El amor y la gratitud

La sinceridad acabó de perder á Zoraida.

El tribunal del Santo Oficio la interrogó, ateniéndose en sus preguntas á las indicaciones que respecto á ella se hacían en el anónimo en que se la denunciaba.

Preguntáronle si era cierto que junto á su antiguo amo D. Juan de Pacheco, había ejercido las artes mágicas de la hechicería y la adivinación, y ella respondió afirmativa mente.

Para justificarse, dijo toda la verdad: el odio que tuvo al de Villena, que él fué el que hizo que la instruyeran en las ciencias ocultas de la nigromancia y que ella empleó tales conocimientos en hacérselo suyo, para conocer sus secretos y utilizarlos como instrumentos de su venganza.

No le valieron estas explicaciones.

El tribunal la consideró como hechicera y la condenó en consecuencia, con el rigor con que castigaba semejantes delitos.

Su condición de mora contribuyó á perjudicarla.

Invitáronla á cambiar de religión, prometiéndole en cambio cierta indulgencia, y se negó á ello.

¿Qué consideración podía merecerles la que se obstinaba en persistir en sus errores?

Bien era verdad, que si de sus creencias hubiese abjurado, habría conseguido solo que cambiasen el género de muerte á que la condenaban, por otro menos terrible y vergonzoso; pero de todas maneras, en una ú otra forma, habría muerto.

* * *

D. Diego, que como hemos dicho estaba ausente por haber ido acompañando á los reyes desde Sevilla á Madrid, volvió presuroso al saber por Megalasio lo que pasaba.

Intentó ver á Zoraida y no pudo conseguirlo.

Todas las influencias á que recurrió para lograr su deseo, fueron inútiles.

La Inquisición incomunicaba por completo á sus víctimas, aislándolas en sus calabozos, hasta los que no era posible llegar.

Supo sin embargo el poeta la sentencia formulada en contra de la mora, y se desesperó ante la idea de perderla.

Ansioso de salvarla á toda costa, ocurriéronsele los planes más absurdos.

Al fin concibió una idea que le pareció acertada, apresurándose á ponerla en práctica.

—La reina,—pensó,—me ha prometido hacer cuanto le pidiese en bien de la persona que la enviaba los provechosos avisos, uno de los cuales le llevé yo. Creo que ha llegado el momento de revelar quien es esa persona. Lo diré á la reina, y ella, en cumplimiento de su promesa, interpondrá su influencia y su poder, para salvar á mi Zoraida.

Y trasladóse nuevamente sin pérdida de tiempo á Madrid, donde por entonces se hallaba la corte.

* * *

D.ª Isabel recibió á Zabala con la afabilidad de costumbre.

—Vengo á pediros gracia, señora,—díjole él, arrojándose á sus plantas.

—¿Para qué la necesitáis?—interrogó la reina.

—No es para mí.

—¿Para quien?

—Para una persona á la que muchas veces me prometísteis proteger, si á vos acudía.

—Y esa persona...

—Es la que os enviaba los avisos de que tantas veces hemos hablado.

—¿Es posible?

—Ha llegado la hora de que la conozcáis.

—Lo ansio para manifestarle mi gratitud.

—Se halla en un grave peligro.

—¿Peligro de qué?

—De muerte.

—¿Por qué causa?

—La Inquisición la tiene en su poder y la ha condenado.

D.ª Isabel se alarmó.

Aquello era grave.

Para con la Inquisición, su poder no tenía sino una influencia muy relativa.

Temió no poder hacer nada.

No obstante, pidió explicaciones y D. Diego se las dió cumplidas, revelándole cuanto á su vez sabía por Zoraida misma.

Le dijo quien era la mora, el papel que había desempeñado junto á Pacheco y gracias al cual pudo enviarle aquellos avisos que le fueron tan útiles, su amor, el modo como hasta entonces habían vivido y por último su prisión y su condena, denunciada aun no sabía por quién.

***

Escuchóle la reina atentamente, interesándose en su relato.

Cuando hubo concluído de hablar, díjole:

—Yo salvaré á vuestra amada, en pago de los favores que le debo.

El poeta se arrojó de nuevo á los pies de su soberana, para darle las gracias por su bondad, y ella siguió diciendo:

—Por mí sola no puedo hacer nada. La autoridad real no puede oponerse al fallo del tribunal del Santo Oficio; antes bien está obligada á respetarlo y hacerlo cumplir. Si yo, pues, me entendiera directamente con la Inquisición, perderíamos el tiempo. Conozco su táctica. Los inquisidores me prometerían atender en lo posible mis indicaciones, para terminar haciendo lo que mejor les pareciera. Por lo tanto, el perdón, para que sea seguro, ha de ser impuesto al tribunal por el Papa mismo. Es la única autoridad que reconocen y respetan.

—¡Entonces Zoraida está perdida!—exclamó Zabala con desesperación.

—No, porque obtendré el perdón por medio del Pontífice.

—¿Lo esperais asi?

—Lo aseguro.

—¿Y si él se negara á pedirlo?

—No se negará. Por fortuna tenemos pendientes ahora con él algunas importantes negociaciones, y le conviene

complacerme. Más que pedir el perdón lo que hará será ordenarlo.

—Pero, ¿y cómo váis á obtener de su Santidad?...

—Le enviaré ahora mismo un emisario, con el exclusivo objeto de tratar de este asunto.

—Eso es muy largo.

—¿Qué remedio? No hay otro modo más breve de hacer lo que deseais.

—¿Y si la sentencia se cumple entre tanto?

—No lo creo. En todo caso, procuraremos evitarlo.

***

Hizo D.ª Isabel lo que prometía, y aquel día mismo salió un correo para Roma, con pliegos de la reina para su Santidad.

D. Diego quedó en Madrid, esperando el resultado de aquellas gestiones. La impaciencia le consumía.

Frecuentemente recibía avisos de Megalasio, el cual le tenía al tanto de cuanto en Sevilla pasaba. Al fin volvió el correo de Roma, con el perdón solicitado.

—Tomadlo,—díjole la reina, entregándole el breve pontificio;—llevadlo vos mismo, presentadlo al tribunal y salvad á la que amais. Mi deuda de gratitud para con ella está pagada.

Luego añadió:

—Cuando Zoraida se halle libre, venid á presentármela. Sabiendo como sé ya quién es, deseo conocerla.

El poeta prometió hacerlo asi.

Partió D. Diego inmediatamente para Sevilla, y ya hemos visto que llegó á tiempo oportuno, para impedir la ejecución.

Zoraida estaba salvada.

El amor y la gratitud la habían librado de una muerte vergonzosa y terrible.



CAPITULO IV

Conversión



LA Inquisición no tuvo otro remedio que soltar su presa.

Aun vieron los inquisidores si podían retenerla, comuntando su sentencia por otra.

Pero las órdenes del Papa eran terminantes.

Imponía el perdón y la libertad inmediata.

La noche del mismo día en que debió cumplirse la sentencia, Zoraida regresó á casa de D. Diego, el cual la recibió en sus brazos.

Tras las naturales expansiones de amor y de alegria, el poeta explicó á su amada lo que había hecho y el modo como la había salvado.

La mora aprobó su conducta..

—Mi deseo fué siempre que la reina ignorase quien yo era; pero bien hiciste en revelárselo, puesto que se trataba de mi vida.

A su vez expuso las causas á las que atribuía su prisión.

No se equivocó en sus suposiciones, señalando desde luego á Tarsio como autor de la denuncia.

La misma circunstancia de estar el tribunal tan enterado de su posición en casa de Pacheco, era una prueba de ello.

Explicó las proposiciones del falso idiota, su oposición á ellas y la indignación del primero, que le hizo proferir en amenazas.

—Sí, él ha sido,—asintió Zabala.—Yo lo buscaré para imponerle el castigo que merece.

*
* *

Habló D. Diego á la mora de los deseos de la reina de conocerla y de sus ofrecimientos de presentarla.

Estaban obligados á ir á arrojarse á sus pies, aunque el poeta no le hubiera prometido hacerlo, para demostrarle su gratitud.

Hicieron, pues, los preparativos necesarios para el viaje, y emprendieron este lo antes que les fué posible.

La corte continuaba en Madrid y á Madrid se encaminaron.

Llegado que hubieron, la reina les recibió al punto en audiencia privada, acogiendo á Zoraida con la mayor afabilidad.

La mora quiso arrodillarse para besarle la mano y ella no lo permitió.

—No es bien,—le dijo,—que la que tantos favores me hizo, ante mí se postre. Si algún resentimiento tengo con vos, es el de que no hayais comparecido antes de ahora en mi presencia, para brindarme ocasión de demostraros mi agradecimiento.

—Si algo hice, señora, que vuestras alabanzas merezca,—respondió Zoraida,—pagado lo habéis con creces, salvándome la vida. De hoy más tendréis en mí una ser-

vidora leal y humilde, que considerará como su dicha mayor la de seros útil en algo.

Unió D. Diego sus protestas de gratitud á las de su amada, hablando los dos en términos respetuosos y entusiastas, que halagaron á D.ª Isabel.

*
* *

Departieron afectuosamente durante largo rato, y la reina quiso saber las circunstancias por las cuales la mora cayó bajo el poder de la Inquisición, así como los antecedentes y detalles de su historia.

Zoraida apresuróse á complacerla y D.ª Isabel escuchó atentamente su largo relato.

Al saber que lo de la prisión había sido obra de Tarsio, indignado porque su antigua aliada no hubiera querido prestarse á secundar sus traidores planes contra sus soberanos, la reina dijo:

—Si á ese hombre se encuentra, se le castigará como merece, tanto por su infame conducta para con vos, como por su traición y deslealtad para conmigo.

Y después, cuando la historia de Zoraida hubo conocido minuciosamente añadió:

—Pues que entre los vuestros no podéis volver y hasta á vuestro hermano renunciasteis por amor á D. Diego, ¿por qué por ese amor no hacéis el último sacrificio?

—¿Cuál?—interrogó ella.

—El de abjurar vuestras creencias, convirtiéndoos á la religión católica. De este modo podríais ser esposa del hombre á quien amáis, y ningún riesgo tendríais que temer ya á su lado.

—Lo mismo la he indicado yo varias veces,—dijo Zabala.

—¿Y se ha negado?

—No porque la fé en la religión de mis mayores sea en

mí tan arraigada,—repuso la mora,—que á ella no pueda renunciar. Criada entre cristianos, cristiana me haría sin gran esfuerzo.

—Pues entonces, ¿por qué vuestra conversión no realizáis?

***

Quedó Zoraida perpleja ante las indicaciones de la reina y prometió meditar en ellas más detenidamente y con mayor espacio.

Una cosa decidiría ú otra durante el tiempo que permanecieran en Madrid.

De vuelta los dos amantes en su alojamiento, la mora preguntó al poeta:

—Si cristiana me hiciese, ¿me amarías más de lo que me amas?

—Eso es imposible,—le contestó D. Diego,—pues que te adoro con todo mi corazón.

—Pero, ¿tendrías mi conversión, al menos, como una prueba de mi amor?

—Eso sí.

No volvieron á hablar por entonces de tal asunto.

Durante algunos días, Zoraida pareció pensativa.

Al fin una mañana dijo al poeta:

—Llévame á la presencia de tu soberana.

—¿Para qué?—le preguntó él sorprendido.

—Una respuesta le debo á los consejos que me dió, y voy á dársela.

—Y esa respuesta...

—Ya la sabrás cuando á ella la diga.

Pidió D. Diego otra vez audiencia y de nuevo fueron recibidos por D.ª Isabel.

La mora le dijo:

—Por respeto á vos y por amor á D. Diego, vuestras indicaciones estoy dispuesta á seguir, señora.

—¿Os haréis cristiana?—preguntó la reina con alegria.

—Sí.

—No sabéis la satisfacción que me dáis. En prueba de ella, os prometo ser vuestra madrina en el bautizo.

—Y yo á mi vez os ruego que también lo seáis en el casamiento,—dijo Zabala, lleno de gozo;—pues una vez convertida á mi religión la que adoro, la haré mi esposa.

D.ª Isabel aprobó los propósitos del caballero, y dispuso que sin pérdida de momento, un sacerdote se encargara de preparar á la catecúmena, para que la doble ceremonia pudiera tener pronto lugar.

***

En los preparativos se hallaban del bautizo y la boda, cuando un día, yendo Zoraida con D. Diego por la calle, la casualidad hizo que se encontrasen frente á frente con Tarsio.

Este había ido á Madrid para proseguir allí sus manejos.

Al encontrarse inopinadamente con los dos amantes, quiso huir; pero la mora había advertido ya á Zabala que aquel hombre era su delator, y el poeta, arrojándose sobre él, lo sujetó diciéndole:

—¡Ah, miserable! ¡Al fin te encuentro para que puedas pagar todas tus infamias!

D. Diego hubiéralo castigado por sí mismo; pero comprendiendo que un caballero como él no debía mancharse con sangre de un villano, lo entregó á la justicia, dando aviso á la reina de su prisión.

D.ª Isabel dispuso que se le juzgase rápidamente y con severidad.

En el sumario que se instruyó para depurar sus crímenes, se comprobaron sus traiciones y sus manejos contra la autoridad real y fué condenado á muerte.

Era el castigo que se imponía á los traidores.

* * *

Llegó el día señalado para la celebración del bautizo primero y de la boda después.

La circunstancia de ser la reina madrina en ambas ceremonias, hizo que el hecho despertase gran curiosidad.

Asistió al doble acto la corte toda, desplegándose gran lujo y extraordinaria solemnidad.

Zoraida tomó por nombre María.

Una vez bautizada, D.ª Isabel la abrazó, diciéndole en presencia de todos:

—Pedidme alguna gracia.

A lo que ella respondió:

—Pues que tan bondadosa os mostráis, concededme en este memorable día el que á Tarsio le sea perdonada la vida.

La reina accedió á ello, contestando:

—Bien interpretáis los sentimientos de caridad y amor de la nueva religión que abrazáis.

Y al punto dió las órdenes necesarias para el cumplimiento de su promesa.

Tarsio, pues, libróse gracias á esto de la muerte, pero fué condenado, en cambio, á pasar en galeras el resto de sus días, con lo que vióse imposibilitado para siempre de intervenir en nuevas intrigas.

* * *

Después del bautizo celebróse el casamiento, y todos envidiaron á D. Diego por la hermosura de su esposa.

Además, para hacerla aún más digna de él, la reina los ennobleció á los dos, dándoles, como regalo de boda, el título de marqueses de la Fé.

Regresaron á Sevilla los recien casados, para gozar

allí de las delicias de su luna de miel; y pasado algún tiempo, ganoso de hacer fortuna, que era lo único que le faltaba para ser completamente dichoso, partió al Nuevo Mundo, formando parte de una de las muchas expediciones que se organizaron á raíz de su descubrimiento.

Su esposa no quiso abandonarle y partió con él.

Estaba acostumbrada á los azares y peligros y no la arredraron las contingencias de la travesía.

El fiel Megalasio acompañóles, diciendo más de una vez á su señor:

—Ahora sí que os veo en camino de hacer carrera. Si antes lo hubiérais emprendido, no habríamos pasado tantas necesidades.





CAPÍTULO V

Convenio matrimonial

LA condena de Tarsio fué un golpe y un escarmiento para D. Pedro de Fonseca y Margarita, sus intrigantes compañeros.

Estos comprendieron, aunque tarde, que conspirando no conseguirían nada.

Además, se habían ido quedando solos en su empeño.

Los pocos que por despecho, por envidia ó por ambición les ayudaron, fueron abandonándoles poco á poco.

Empeñarse en persistir en su obra, era exponerse á un sério percance como el que Tarsio había sufrido.

Mas ya no era tampoco hora de un cambio de actitud y de opiniones, pues tanto se habían significado en su oposición á los reyes, que éstos dudarían con razón de su lealtad, aunque de ella les hiciesen sérias protestas con el propósito de cumplirlas.

Por otra parte, bien considerado, D. Pedro no necesitaba comprometerse en nuevas aventuras para vivir disfrutando de toda clase de comodidades y placeres.

Era rico, y la ambición de aumentar su fortuna no fué la que le impulsó en sus manejos.

Margarita era distinto.

Salida de la nada, á la nada debía volver en cuanto las intrigas que la habían levantado terminasen.

* * *

Hallábanse los dos en Avila cuando tuvo lugar el castigo de Tarsio, que tanto les desconcertó.

Perdían su más inteligente compañero y á la vez exponíanse á seguir su misma suerte.

Los dos reflexionaron.

Como resultado de aquellas reflexiones, D. Pedro pensó:

—Hay que cambiar de vida.

Y Margarita se dijo:

—Exigiré á Fonseca que de un modo ú otro asegure mi porvenir en pago del tiempo durante el cual le he servido, y creo que aún no ha de serme difícil encontrar un hombre que me tome por esposa.

Pensó en Sebastián.

Era el único que se hubiera casado con ella incondicionalmente.

Pero no la satisfacía para marido.

—Ya he subido mucho,—decíase;—él, en cambio, ha quedado lo mismo que antes y media entre nosotros demasiada diferencia.

Además, lo cierto era que no sabía tampoco el paradero de su antiguo amante.

Este había desaparecido.

Y sin embargo, ansioso siempre de vengarse de los desvíos de la ex-ventera, seguíala de cerca, como tendremos pronto ocasión de ver.

Fonseca, por su parte, decíase:

—¿Cómo pago yo á Margarita sus buenos servicios y su adhesión? No puedo abandonarla de cualquier modo.

*
* *

Un día, D. Pedro se presentó á su aliada, diciéndole:

—Tenemos que hablar de un grave asunto.

—Os escucho,—respondió ella.

Y pensó para sí:

—¿Para qué nuevas intrigas necesitará mi ayuda?

Se llevó chasco en sus suposiciones, pues Fonseca empezó hablándole de este modo:

—En vista del fracaso de nuestros esfuerzos, he decidido abandonarlo todo y retirarme á descansar.

—Resolución muy cuerda,—le contestó Margarita,—que yo también pondría en práctica si pudiera.

—¿De veras os retiraríais de la vida activa que hasta ahora habéis llevado?

—No deseo otra cosa.

—¿Y podríais acostumbraros á vivir tranquilamente?

—¿Por qué no? La tranquilidad es un bien que á todos nos halaga.

—Pero sóis ambiciosa.

—Mucho.

—Y no habiendo realizado sino en parte vuestras ambiciones...

—Renuncio á ellas.

—¿De buena fe?

—De todo corazón.

—Si me convenciese de ello...

—¿A qué queréis que aspire yo? Mis deseos son tan modestos, que se limitan á asegurarme un porvenir humilde, y esto vos podéis hacerlo.

—¿Yo?

—Sin duda alguna.

—¿De qué modo?

—Señalándome una pequeña renta que me permita atender á mis necesidades.

—¿Nada más?

—Nada más ansío. Ya véis que me conformo con poco.

—Ciertamente.

Y lo que pido podéis hacerlo sin gran esfuerzo, puesto que sois rico.

* * *

Sonrió Fonseca y repuso:

—Algo más pensaba hacer por vos.

—¿Qué os proponíais?—interrogó ella, temiendo haber pedido demasiado poco.

—Adivinadlo.

—No es fácil.

—Pues me proponía...

—¿Qué?

—Haceros mi esposa.

—¿Cómo?

—Sí, Margarita, sí.

—Pero...

—Si os dijese que os amo, os engañaría.

—Entonces...

—Pero os aprecio.

—Es algo.

—Aprecio sobre todo en vos, vuestro talento y vuestra astucia, de que me habéis dado elocuentes muestras.

—He procurado serviros lo mejor que me ha sido posible.

—Después de la existencia que durante algunos años he llevado, he de condenarme al aislamiento, á la soledad. Los nobles de quienes he sido adversario no vendrán á ofrecerme espontaneamente su amistad y yo soy demasiado orgulloso para ir á pedírsela.

—Haréis bien, porque tampoco os la otorgarían.

—No me queda otro remedio que retirarme á alguna de mis posesiones, para vivir alejado de todos.

—Vuestro pensamiento es muy cuerdo.

—Pero la idea de una soledad absoluta me aterra.

—Es natural.

—Necesito alguna compañía que me distraiga. ¿Cuál mejor que la vuestra, que tan bien me conocéis? Hay entre nosotros gran diferencia de origen y condición; pero, ¿qué importa? Atento sólo á mi bienestar prescindo de toda clase de consideraciones, y os ofrezco en cambio de vuestra compañía y vuestros cuidados, lo que antes os he dicho: mi nombre y mi fortuna. ¿Aceptáis?

*
* *

No necesitó reflexionar mucho la ex-ventera para decidirse.

Aquello era superior á lo que ella había ambicionado.

Lograba de aquel modo fortuna, posición y nombre.

—Hablándoos con la franqueza con que me habéis hablado,—dijo,—os participaré que yo tampoco os amo.

—Lo suponía,—repuso D. Pedro.

—Pero también os aprecio.

—Es lo que basta.

—No hay por lo tanto en mí, repugnancia de ninguna clase á aceptar lo que me proponéis.

—¿Eso quiere decir que admitís?

—Sí, admito.

—Una advertencia.

—Decid.

—No pido amor; pero sí el respeto debido á mi honor y á mi nombre.

—Estad tranquilo. Pasó ya el tiempo de devaneos y

aventuras, y hasta por egoismo procuraré cumplir en todas sus partes mis deberes de esposa.

—Es lo que deseo.

—No tendréis queja de mí en tal sentido.

—En ese caso...

—Esta es mi mano.

—Y esta es la mía.

Se la estrecharon y el matrimonio quedó resuelto, empezando desde aquel momento los preparativos para realizarlo cuanto antes.





CAPÍTULO VI

Celos

MARGARITA habíase olvidado por completo de Sebastián y Sebastián vigilaba con la tenacidad propia de los caracteres rudos cuando se consagran á un sentimiento ó á una idea.

El no había desistido aún del amor de la ex-ventera, á pesar del tiempo transcurrido y de todo cuanto había pasado.

Su deseo no era ya amor, era obsesión, locura.

—Será mía ó no será de nadie,—repetíase á cada paso, ajustando á este propósito su conducta.

En más de una ocasión había dicho á Margarita:

—D. Pedro de Fonseca es tu amante.

Ella negaba y negaba con razón; pero Sebastián no la creía.

—Yo lo sabré,—se dijo.

Y empezó á vigilarla, pero escondiéndose en la sombra y el misterio, para no inspirar recelos.

La seguía á todas partes y ella lo ignoraba.

Para él no era obstáculo la posición á que su antigua amante se había elevado.

¿Qué importaba?

Puesto que en otro tiempo le amó, lo mismo podía seguir amándole entonces.

Era su razonamiento.

—Porque haya cambiado de fortuna,—decíase,—¿ha de haber cambiado también de corazón?

No acababa de convencerse de que Margarita no le amó nunca, aunque por coquetería hubiese hecho caso en otro tiempo de sus galanteos.

*
* *

Como D. Pedro y Margarita puede decirse que no se trataban con nadie, Sebastián tardó en tener noticia del proyectado enlace entre ambos; pero lo supo, al fin.

Lo averiguó por la servidumbre de Fonseca, pocos días antes de que la boda se celebrara.

Aquello fué para el celoso enamorado, cumplida demostración de todas sus sospechas.

—¡Y aun osaba asegurarme la pérfida,—pensó,—que no se amaban y entendían! Si así fuera, ¿cómo habían de casarse?

El razonamiento era lógico en apariencia, aunque falso en el fondo.

Nosotros sabemos que aquel matrimonio era puramente circunstancial y que el amor no intervenía en él para nada.

Pero esto Sebastián no podía saberlo.

Aunque se lo dijesen, no lo creería.

Juzgaba las cosas como cualquier otro en su lugar las habría juzgado, y pensó:

—¡No se burlarán de mí! Si Margarita ha olvidado sus deberes para conmigo, yo haré que los recuerde, y si se

y si se niega a recordarlos, entonces le demostraré que un hombre como yo no se deja engañar fácilmente por una mujer como ella.

Ideas de venganza comenzaron a germinar en su cerebro, y el odio y los celos despertáronse con más violencia que nunca en su corazón.

Como resumen de todos sus sentimientos, de los cuales él mismo no se daba cuenta exacta, repetíase:

—¡Esa mujer será mía o no será de ningún otro hombre!

* * *

Tras mucho reflexionarlo, Sebastián decidió hablar con Margarita, antes de tomar una resolución definitiva.

Abandonó Sebastián, pues, el incógnito y el misterio en que hasta entonces se había encerrado para mejor ejercer su espionaje, y pretendió ver a su antigua amada.

Costóle trabajo conseguirlo, porque ella, sustituyendo imprudentemente el temor con el desprecio, negóse a recibirle; pero insistió él y Margarita pensó:

—Vale más desengañar de una vez a ese insensato, para que me deje tranquila.

Y le concedió la entrevista que solicitaba.

No se ocultó para ello de Fonseca.

Hizo bien.

El mismo don Pedro díjole:

—Recíbele en buena hora, dile lo que viene al caso y despídele de una vez y para siempre. Que nunca

más se atreva a volver a molestarnos, o tendrá que habérselas conmigo, lo cual puede ser para él mucho más peligroso.

* * *

Para mayor decoro, la entrevista fué de noche, pues no estaba bien que la que en breve iba a ser esposa de un noble caballero, recibiese sin reservas a un antiguo amante.

Margarita esperaba en su camarín y una dueña introdujo en él a Sebastián.

El saludo de éste fué decirle, sin más rodeos:

—¡Con que te casas!

—¿Lo sabías?—replicó ella indiferente.

—Bien ves que sí.

—Lo celebro. Así me evitas la molestia de tener que participártelo.

—¿Hubieras osado decírmelo?

—¿Por qué no? Justo y natural es que mis amigos de otros tiempos, tengan noticia de mi fortuna de hoy.

—¿Luego consideras una fortuna esa boda?

—¿Quién se atreverá a negar que lo sea?

—Pero, ¿crees que yo he de consentir que se verifique?

—¿Te atreverías a impedirlo?

—Cuenta con ello.

—¿Y de qué modo?

—Eso es cuestión mía.

—No seas necio y déjate de simplezas.

—No te casarás con Fonseca, te lo aseguro.

—¡Bah!

Y la ex ventera echóse a reir burlonamente.

* * *

Sebastián se contuvo aún y dijo:

—Recuerda las promesas que en otro tiempo me hiciste, y cúmplelas.

—¿Qué promesas? —preguntó Margarita.

—La de amarme siempre y ser mi esposa.

—Las circunstancias han cambiado mucho.

—¡Margarita!...

—Cesa ya en tu necia porfía, acepta mi amistad en sustitución de mi amor y déjame en paz.

Como viese que él se preparaba a replicar, o insistir, llamó, presentóse su dueña y díjole.

—Sacadle de aquí.

Y desapareció por una puerta, despidiéndose de su antiguo amante con una sonrisa.

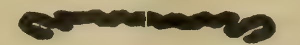
Sebastián no se resistió a salir; pero marchóse murmurando amenazadoramente:

—Puesto que ella lo quiere, sea.

Y repitió su frase de siempre:

—Si no es mía, tampoco será de otro hombre.

Margarita hizo mal en despedirle de aquel modo, pues fué provocarle.





CAPÍTULO VII

¡Venganza!

No volvió a saber Margarita de Sebastián, y sin embargo su antiguo amante velaba, no ya para reconquistar su amor, que consideraba perdido para siempre, sino para realizar su venganza.

—Se ha burlado de mí —decíase—, y debe pagar cara su burla.

Por las noches, veíase un hombre rondando los alrededores de la casa donde vivían Fonseca y su futura esposa.

Era Sebastián.

Y de día, usando variados disfraces o tomando todo género de precauciones para no ser descubierto, el desdeñado galán proseguía su espionaje.

Tenía miedo de que se le escaparan, trasladándose a otra población, y era lo que quería evitar a toda costa.

Pero los futuros esposos no pensaban en huir.

Ignorantes del peligro que les amenazaba, seguían preparándolo todo para su unión.

Sebastián estaba al tanto de todos aquellos preparativos y pensaba:

—El día de su unión será el día de su castigo.

* * *

Llegó la fecha señalada para la boda.

Aunque los novios convidaron a muy poca gente, por ser su propósito alejarse del mundo y no ser tampoco muy numerosos sus amigos desde que empezaron a ir mal en su empresa, en la población no se hablaba de otra cosa que de aquel enlace, comentándolo de mil modos.

Porque eran muchos los que conocían el origen de Margarita y el modo como se había encumbrado.

Esto era debido en parte a Sebastián, quien con la astucia del que se propone hacer daño, había propalado acerca de la ex ventera mil especies, que no eran calumnias, que eran todas ellas verdad, pero que por lo mismo favorecíanla muy poco.

Algo de todo aquello llegó a oídos de D. Pedro; mas como ya lo sabía, no hizo caso.

* * *

El día de la boda, en la iglesia donde había de celebrarse la ceremonia nupcial y en las calles que había de recorrer la comitiva, veíanse bastantes curiosos,

La comitiva era reducidísima, aunque lujosa.

Componíanla únicamente algunos amigos de don Pedro.

Damas no iba ninguna en ella más que la novia, porque ésta no tenía amigas que la acompañasen, a menos que las hubiera buscado en la ínfima esfera social a que antes había pertenecido, y eso hubiese mortificado su vanidad.

Pero aquella misma ausencia de mujeres, contribuía a hacer resaltar la belleza de Margarita.

No faltó, sin embargo, quien sonriera, viendo adornar sus cabellos el simbólico ramo de azahar.

*
* *

La ceremonia religiosa no ofreció detalle alguno digno de ser consignado.

Los nuevos esposos uniéronse para siempre ante el altar, sin emoción, indiferentes, como quien hace una cosa en la que para nada intervienen los sentimientos.

Ya casados salieron juntos de la iglesia, para regresar nuevamente a su casa, en la que permanecerían pocas horas, pues tenían acordado partir aquel mismo día para una de las posesiones de don Pedro.

Al aparecer cogidos de la mano, muchos de los cu-

riosos que había en el atrio del templo esperándoles, aplaudieron.

Aquellos aplausos no eran más que una felicitación sin importancia.

Lo mismo habrían aplaudido a otros desposados cualesquiera.

Sin embargo, don Pedro y Margarita sonrieron satisfechos y saludaron afables.

Los aplausos suenan siempre bien en todos los oídos, y la ex ventera, que los oía por primera vez dirigidos a ella, sintióse llena de orgullo.

Parecióle que se veía aclamada por todo un pueblo, que la ensalzaba de aquel modo por haber sabido elevarse desde la modesta obscuridad de su origen hasta una posición brillante.

—Es el triunfo de mi ingenio y mi belleza—se dijo.

Pero hablando con más propiedad, debió decirse: «es el triunfo de mi impudor y mi codicia».

* * *

Aún resonaban algunos aplausos, cuando entre la gente se destacó un hombre de aspecto siniestro.

Era Sebastián.

Margarita al reconocerle lanzó un grito de espanto, y comprendió, aunque tarde, que debía haber tomado algunas precauciones para defenderse de él.

La actitud de su antiguo amante era amenazadora.

Sebastián avanzó hacia la desposada, y mostrándola a todos, exclamó:

—¡Esta mujer fué mía antes que de ningún otro hombre, y me juró ser fiel a mi amor! ¡Ved cómo cumple su juramento!

Luego le dijo a ella, pero de modo también que los demás le oyesen:

—¡Te prometí vengarme y cumplo mi promesa!

Y antes de que nadie pudiera impedirlo, sacó un puñal que llevaba escondido entre sus ropas, y lo clavó en el pecho de Margarita, la cual cayó al suelo bañada en sangre.





CAPITULO VIII

Justicia.

Después de cometido su crimen, Sebastián no pensó en huir, de modo que pudo ser fácilmente detenido por los que le rodeaban.

Don Pedro fué uno de los primeros en arrojarse sobre él con intención de matarle, vengando de este modo el asesinato de la que acababa de tomar por esposa; pero los demás se lo impidieron, diciéndole algunos:

—Dejad a la justicia el encargo de castigarle y no manchéis vuestras nobles manos con su sangre.

En realidad, Fonseca experimentaba más cólera que dolor.

No amaba a Margarita, y lo que sintió fué despecho porque un villano le pusiese en evidencia de aquel modo.

No ya en la ciudad, sino en toda España se hablaría del sangriento suceso y su nombre sería llevado en lenguas, considerando tal vez muchos lo ocurrido como escarmiento de su despreocupación al enlazarse con una plebeya de antecedentes no muy limpios, cosa tenida entonces casi por un delito de lesa nobleza.

* * *

Asegurado el criminal, procedieron a auxiliar a la víctima.

Margarita estaba muerta.

Al convencerse de ello, Sebastián exclamó con feroz alegría:

—¡No será de ningún otro hombre!

Su actitud produjo tal indignación entre los que le rodeaban, que en poco estuvo que olvidándose de los prudentes consejos que acababan de dar a don Pedro, matasen por sí mismos al villano, arrastrando luego su cadáver por las calles, para escarmiento de miserables asesinos.

Por suerte para él no lo hicieron así, limitándose a atarlo fuertemente y ponerlo a buen recaudo, hasta que la justicia se hiciese cargo de él.

Fué colocada Margarita en el salón principal de la casa, rodeada de flores y blandones encendidos, y centenares de personas desfilaron por delante de ella, lamentando su infausta suerte

Don Pedro mientras tanto pensaba, al par que oía toda clase de manifestaciones de duelo sin responder a ellas:

—Lo que sucede es espantoso, pero es justo. Margarita y yo teníamos grandes faltas que expiar y, los que nos unimos por la ambición y la intriga no debíamos ni haber pretendido siquiera otra unión. El matrimonio entre nosotros era un insulto a nuestros sentimientos y a nuestras creencias.

* * *

Verificado con gran pompa el entierro de Margarita, Fonseca se retiró a una de sus posesiones, como tenía pensado.

De allí no volvió a salir ya en el resto de los días.

Quizá no llamó a las puertas de su alma el verdadero arrepentimiento, pero, al menos, reflexionó más de una vez en su pasado, reconociendo sus errores.

Pasado algún tiempo nadie en el mundo se acordaba ya de don Pedro, y él, lejos del mundo, sufría el martirio de la soledad y el abandono.

Tal vez aquello acortara su existencia; ello fué que al cabo de pocos años murió obscuramente, ignorado, sin que nadie apenas tuviese noticia de la muerte de un hombre que en vida tanto dió que hablar a la gente.

Como no dejó herederos, sus bienes fueron confiscados y pasaron a ser propiedad de la corona.

¡Para aquello se había desvelado tanto, cometiendo toda clase de excesos y locuras, a impulsos de su ambición!

* * *

En cuanto a la suerte de Sebastián es fácil suponerla.

Convicto y confeso de su crimen, fué condenado a muerte afrentosa.

Reconociéndose perdido, el matador de Margarita, después de confesar su crimen cínicamente, declaró cuanto sabía acerca de las relaciones, anteriores al casamiento, que mediaron entre su victima y su esposo.

Aquellas declaraciones produjeron gran sensación por los asuntos a que se referían, poniendo de manifiesto intrigas por todos ignoradas.

Todo aquello no tenía ya interés de actualidad; pero explicaba muchas cosas pasadas, poniendo al descubierto infames intrigas.

Y Sebastián pensaba en su calabozo, esperando la hora de su muerte:

—Yo sucumbo; pero la honra de muchos sucumbe conmigo.

En su mezquindad de sentimientos, era esto una compensación de su desgracia, que le consolaba de ella.





CAPITULO IX

La voluntad de un ajusticiado

La ejecución de Sebastián fué un acontecimiento que llamó poderosamente la atención pública, no sólo porque tal clase de lúgubres espectáculos son siempre del agrado del vulgo, sino también y principalmente por las circunstancias que concurrían en el reo y que tanto dieron que hablar.

No se necesitaba más para que la gente lo convirtiese en un ser extraordinario, en algo así como un personaje misterioso.

Nosotros sabemos bien que no lo era; que por el contrario, todo en él, hasta sus pasiones, tuvo siempre un sello de vulgaridad grosera; pero las apariencias fingían otra cosa y la plebe acostumbra juzgar en tales casos por las apariencias.

Señalados el día, la hora y el sitio de la ejecución, acudió gente desde muy lejos para presenciarla.

* * *

Como al cometer su crimen Sebastián ya sabía que había de costarle la vida, hallábase tranquilo.

La noche anterior al día de su muerte durmió como si tal cosa, con gran asombro de los que le rodeaban para asistirle en sus últimos momentos.

Despertóse Sebastián cerca del amanecer y entonces dos frailes exhortáronle cariñosamente a reconciliarse con Dios, librándose del peso de sus culpas en el tribunal de la penitencia.

El escuchábales indiferente.

No parecía dispuesto a ceder a sus exhortaciones.

Mas de pronto cambió de pensamiento y dijo resueltamente:

—Bien, me confesaré. ¡Qué importa!

—¿Con quién?—preguntóle uno de los frailes.

—Con vos mismo—repuso el reo.

—Si queréis que se avise a algún otro ministro del Señor, que os inspire más confianza...

—No; me es igual.

Salieron todos, y el reo y su confesor quedaron solos.

* * *

La confesión fué larga.

Concluída, Sebastián dijo al fraile:

—¿Me juráis cumplir lo que voy a encargaros?

—No es necesario que lo jure. Lo prometo y esto basta.

—Es que sentiría que faltárais a vuestra promesa.

—No temas. La voluntad de un desgraciado como tú, próximo a morir, es sagrada. Habla sin temor, hijo mío, habla, seguro de que lo que me encargues será cumplido, sea lo que sea.

—Está bien. En vuestra palabra fío. Oid.

Y tras una breve pausa, habló de este modo:

—Acabo de confesaros mis culpas y conocéis toda mi vida De cuanto os he confesado, lo que más me pesa, os lo aseguro, es haber sido en alguna ocasión traidor a mis reyes. Vos sabéis que lo fuí por haberme obligado a ello las circunstancias; pero de todos modos, me pesa.

El fraile suspiró.

—Pues bien—prosiguió Sebastián—. Deseo que a los reyes os presentéis de mi parte, les confeséis mis faltas y en mi nombre les pidáis que me perdonen.

* * *

Al oir lo que antecede, el fraile alteróse visiblemente.

—¡Presentarme a los reyes!—exclamó estremeciéndose.

—Me habéis prometido hacer lo que os pidiera—objetó Sebastián.

—Bien, pero es que no comprendo la necesidad... Perdonado por mí de todas tus culpas en nombre de Dios, ¿para qué necesitas más perdón?

—Es mi voluntad, padre, y vos mismo habéis dicho antes que la voluntad de un desgraciado como yo, que va a morir, es sagrada.

El fraile no contestó.

—Si no queréis desempeñar mi encargo—dijo el reo receloso—, designaré a otra persona para que lo cumpla.

—No—respondióle su confesor, inclinando humildemente la cabeza—. Mi deber es complacerte en todo. ¡Haré lo que dices!

—Está bien; en vos confío

Y le besó la mano.

Poco después fué conducido a la horca, donde expió su crimen, en presencia de una multitud inmensa.

Su confesor le acompañó hasta el último momento, y en el instante mismo de su muerte, miróle, como repitiéndole: «cumpliré tu encargo».

* * *

Efectivamente, aquel mismo día partió el fraile para Madrid, donde se hallaban los reyes.

Tratándose de cumplir la última voluntad de un ajusticiado, sus superiores concediéronle permiso para aquel viaje.

Llegado a Madrid solicitó audiencia de los monarcas y estos se la otorgaron al punto.

Expuso él su misión y obtuvo fácilmente de los soberanos el perdón que solicitaba.

Durante la audiencia permaneció con el capuchón echado, de modo que le cubría la cara; pero al saludar para retiranse el capuchón cayóle sobre los hombros y su rostro quedó al descubierto.

Salió presuroso y avergonzado, y los reyes quedaron diciendo:

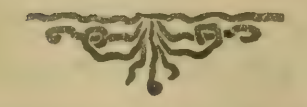
—¿Le habéis reconocido?

—Sí. Es don Luis Hurtado.

—El mismo.

Y en efecto, él era.

Después de matar al portugués, en el que creyó ver un rival en los favores de la reina doña Juana, arrepentido de sus culpas, habíase hecho fraile, abandonando su nombre y tomando el de fray Juan.





CAPITULO X

La angustia de una madre y la generosidad de un esposo.

TRANSCURRIERON los años.

Don Tomás de paredes y su esposa Teresa habitaban en Valladolid, adonde se habían retirado para acabar tranquilamente sus días.

Después de tantas vicisitudes, eran dichosos. El cielo había bendecido su matrimonio con una hija, que era su encanto.

Sol le pusieron por nombre.

Contaba a la sazón trece ñaos y prometía ser un dechado de todas las perfecciones.

Don Rodrigo, el hermano mayor de don Tomás había muerto, y como murió soltero y no dejó sucesores, pues no había vuelto a saber del hijo que tuvo en sus amores con la judía, su fortuna y su título pa-

saron al esposo de Teresa, viendo con ello asegurado el porvenir de su hija.

No quiere esto decir que los dos esposos se alegraran de la muerte de don Rodrigo; muy por el contrario, la sintieron con toda el alma; pero su herencia fué para ellos un bien, que afirmó su posición.

Quiso la reina, que tan en alta estima les tenía, que permaneciese a su lado en la corte; pero ellos, poco ambiciosos y aficionados al retiro de su hogar, suplicaron a doña Isabel que les permitiese declinar la honra con que les distinguía, y su soberana, siempre bondadosa, accedió a sus deseos.

No obtante, al despedirse de ella, don Tomás le dijo, en nombre de los dos:

—Si alguna vez nos necesitáis, todo lo abandonaremos para acudir a vuestro llamamiento.

Con lo cual quedó convencida la reina de que seguía teniendo en ellos dos fieles servidores.

* * *

A pesar de la tranquilidad de su existencia, Teresa no era completamente feliz.

Era que pensaba en su hijo, en aquel hijo fruto de la deshonra, al que no conocía siquiera.

Se lo arrebataron al nacer y no había vuelto a tener noticias suyas.

Como se recordará, cuando huyó con Leandro fueron los dos a la alquería de Claudio, a quien le había sido entregada la criatura, y encontráronse con que

Claudio había muerto y nadie sabía nada del niño.

De esto iban transcurridos ya muchos años, pero Teresa no había olvidado a su hijo, no lo podía olvidar.

—¿Qué habrá sido de él? —preguntábase con amargura—. ¿Vivirá? Y si vive, ¿cuál será su suerte?

Practicó Teresa algunas gestiones para averiguar el paradero de aquel hijo perdido; mas como carecía de datos ciertos y precisos que la guiasen en sus pesquisas, no obtuvo resultado alguno.

* * *

Aunque temerosa de ofenderle ocultaba a su esposo la causa de su pesar.

—Puesto que perdoné la desgracia—decíase el noble y bondadoso caballero—, debo admitir sus consecuencias. El que una madre ame a su hijo, aun siendo ese hijo fruto de su deshonra, no es un delito; es por el contrario un deber y un derecho que merecen ser respetados.

Por otra parte, Teresa era tan buena y tan cariñosa para él, que bien merecía su indulgencia.

Paredes no hubiera transigido jamás con admitir a su lado aquel hijo que era prueba viviente del deshonor de la que llevava su nombre; pero por ver a su esposa tranquila, habría sido capaz de ayudarla en sus pesquisas para encontrar a aquél cuya pérdida lloraba.

No obstante, por dignidad limitóse a dejar a Teresa

en libertad de que hiciese las gestiones que antes hemos indicado, fingiéndose ignorante de ellas.

—Si dan resultado, que lo dudo —pensaba—; si encuentra al que busca, entonces será llegada la ocasión de que intervenga en el asunto, del modo que mi corazón, mi conciencia y mi dignidad me dicten.

* * *

A tal punto llegaron la tristeza de Teresa y la compasión de don Tomás, que medió entre ellos una explicación.

Un día, Paredes dijo a su esposa:

—No eres completamente feliz y yo sé la causa.

Entonces la pobre madre se arrojó a sus plantas y llorando le suplicó que la perdonase.

—¡Pardonarte! ¿Por qué?—repuso él—. ¿Tan insensible e injusto me supones, que crees que tus sentimientos me enojan? ¡En modo alguno! Me contrarían, porque son causa de tu infelicidad, pero no por otra cosa. Es natural que tú, como madre, quieras a tu hijo.

Tranquilizada por estas generosas frases, Teresa se desahogó confiándole sus penas.

El la escuchó compasivo y díjole:

—Pues en tu mano tienes el remedio de tus males. Ya que no abrigas esperanzas de conseguir lo que deseas, procura olvidar:

—¡No puedo!

—Yo me encargo de ayudarte en ello.

Y efectivamente, desde aquel instante mostróse con su esposa más solícito y cariñoso que nunca; pero Teresa, aunque le agradecía en el alma aquellas atenciones, no hallaba en ellas cumplida compensación a sus pesares.

—¡Perdóname!—solía decirle—. ¡Pero no puedo olvidar a mi hijo! Si supiera que vive y es dichoso, me tranquilizaría aunque no le viese.

* * *

Otro día, Teresa dijo a Paredes:

—Si a mi hijo encontrase, ¿qué harías?

Don Tomás la miró, sorprendido por la pregunta, e interrogó a su vez:

—¿Qué me exigirías tú que hiciese?

—Exigirte nada. Aceptaría sin protesta lo que tú dispusieses.

—Si tu hijo pareciera, obraría con él, según su situación. Si era dichoso, nada. Me limitaría a permitirte que le vieses, aunque sin divulgar los lazos que a ti le unían, por respeto a mi honor.

—¿Y si era desgraciado?

—Le protegería en cuanto me fuese posible.

—¡Oh, gracias! Era lo que esperaba de ti.

Y le abrazó, en prueba de su gratitud.

No volvieron a hablar del asunto, pero desde aquel día, la pobre madre pareció más esperanzada.

Pensaba:

—Si a mi hijo encontrase, mi esposo no me pro-

hibiría que le amase y le viese; hasta sería su protector.

Y esta idea la consolaba.

—¡Quién sabe! —decíase—. Puede que cuando menos lo espere, el cielo me devuelva al hijo de mi alma. Mientras no sepa con seguridad que ha muerto, puedo tener esperanza. ¡Esperaré, confiada en la misericordia de Dios!





CAPITULO VI

Del Nuevo Mundo

En tal estado las cosas, un día Teresa y don Tomás recibieron una inesperada visita que les llenó de gozo.

Fué la visita de don Diego de Zabala y su esposa, de quienes no habían sabido en algunos años. Les tenían por muertos.

Oportunamente, el poeta les escribió participándoles su casamiento con Zoraida, convertida al catolicismo bajo la protección de la reina, y su partida para América en busca de fortuna: pero después no habían vuelto a tener de ellos noticia alguna.

Más de una vez recordábanlos, preguntándose:

—¿Qué suerte habrán tenido?

A don Diego lo apreciaban de veras e interesábanse por su esposa, a la que vieron a su lado más de una vez vestida de paje, sin sospechar que fuese mujer.

Júzguese, pues, su alegría y su sorpresa, al verles presentarse en su casa tan inopinadamente.

* * *

Cambiados los primeros saludos y una vez hubo hecho la presentación de su esposa, don Diego habló de esta manera:

—La suerte nos ha protegido, amigos míos, más de lo que esperábamos y quizá más de lo que merecemos.

—Eso no—protestó don Tomás—, que muchos merecéis por vuestras relevantes prendas, y mucho debe merecer también vuestra esposa, puesto que ha merecido que vos la améis y la deis vuestro nombre. Dejad, pues, a un lado la modestia y seguid contándonos vuestras aventuras.

—Ansiosos de procurarnos las riquezas de que carecíamos—prosiguió Zabala—, para América partimos, como os anuncié, llevando valiosas recomendaciones de los reyes. A ellas debemos principalmente nuestra buena suerte, pues en todos encontramos, por ellas, buena acogida e incondicional apoyo.

—Todo eso habríais encontrado igualmente por vuestros propios merecimientos.

—Acaso os equivoquéis, amigo Paredes.

—Tenéis razón. La injusticia preside en la mayoría de los casos el destino de los seres. Proseguid, que yo os prometo no estorbar más vuestro relato con nuevas interrupciones.

Sonrió don Diego, pues aquellas interrupciones no eran otra cosa que pruebas de un interés que agradecía, y continuó diciendo:

—El cómo he logrado hacerme rico, no os molestaré detallándolo, porque sería muy largo. Sólo os aseguraré, que nada he hecho contrario a mi dignidad y de lo cual tenga que avergonzarme.

—Eso no tenéis ni que decirlo—repuso don Tomás, a pesar de sus promesas de no interrumpirle.

—Al resultado voy, que es lo que interesa.

—Y el resultado es...

—Que vuelvo con fortuna más que sobrada para vivir espléndidamente y dejar asegurado el porvenir de nuestros hijos, si los tenemos, que lo dudo, pues hasta ahora nuestro matrimonio no ha sido agraciado con fruto de bendición.

—Yo por ello os felicito, haciéndoos notar al mismo tiempo, que por esta vez la justicia ha hecho que la suerte esté de parte del merecimiento.

* * *

Convencido y gozoso de la buena suerte de sus amigos, don Tomás preguntó:

—¿Y qué pensáis hacer ahora?

—He aquí el objeto principal de esta visita con que os hemos sorprendido—contestó el poeta.

—Decid.

—Una vez enriquecidos, experimentamos deseos vivísimos de regresar a España.

—Es natural.

—Aprovechamos la primera ocasión propicia que se nos presentó para ello, y a España hemos regresado. Ante todo hemos ido a ofrecer nuestros respetos a los monarcas, nuestros protectores

—Era justo.

—Después, pensando donde establecernos y sabiendo que en Valladolid estabais vos, a Valladolid hemos venido para aquí establecer nuestra casa, pues no teniendo como no tenemos familia y siendo como sois mi mejor amigo, queremos vivir cerca de vos.

—¡Que me place!

—Y helo aquí explicado todo. Pretendo que con vuestra experiencia me ayudéis a comprar propiedades en que asegurar mi fortuna, y suplico que hospitalidad nos otorguéis a mi esposa y a mí en vuestra casa, hasta que nos proporcionemos morada propia.

—En ambas cosas será para mí un placer serviros.

—Gracias mil por tanta bondad.

Mediaron entre ellos los naturales ofrecimientos, y don Diego y su esposa quedaron provisionalmente instalados en casa de Paredes.





CAPÍTULO XII

Fabio.

ACOMPAÑABA a Zabala y su esposa un mancebo, del cual no se supo por el pronto más sino que se llamaba Fabio.

Él y Megalasio compartían los deberes de servir a sus amos, reinando entre los dos la mejor armonía, cosa verdaderamente extraña si se tiene en cuenta el carácter poco afable del antiguo escudero de don Diego.

Mas era Fabio tan bondadoso y condescendiente, que no había manera de reñir con él.

Los señores demostraban tenerle en gran estima.

Teresa, principalmente, tratábale con predilección, diciendo siempre que de él se hablaba:

—No sé por qué me parece que ese mozo no ha nacido destinado a ocupar la humilde posición que ocupa.

Había en él una distinción natural.

Además, siempre estaba triste y esto contribuía a hacerle interesante.

Parecía que guardase alguna pena oculta.

* * *

En los primeros días de la estancia del poeta y su esposa en casa de don Tomás y Teresa, éstos preguntáronles:

—¿Quién es ese criado tan simpático y bondadoso que con vosotros traéis?

A lo que respondió Zabala:

—El modo como lo conocimos es en extremo interesante.

Y refirió lo que sigue.

—En el punto donde embarcamos para emprender nuestro regreso a España, encontramos sentado a la orilla del mar un joven, el cual lloraba contemplando tristemente el barco que nos había de conducir a nuestra patria. Su aspecto nos conmovió. Le preguntamos la causa de su llanto, y excitada, sin duda, su confianza por el cariño con que le hablamos, nos respondió: «—Lloro, porque no puedo partir, como vosotros, para la tierra querida donde nací.»

—¿Y por qué deseaba regresar a España y por qué no podía hacerlo?

—Vuestra curiosidad se trocará en compasión, como nos sucedió a nosotros, cuando sepáis lo que

falta aún por decir—repuso la esposa de don Diego.

* * *

Después de esta interrupción, Zabala siguió diciendo:

—Preguntamos a aquel joven por qué quería regresar a España y por qué no lo hacía. Sin dejar de llorar, nos dijo tristemente:

« —¡Porque soy muy desgraciado!»

Y nos refirió lo que por mi parte voy a referiros.

Hizo una breve pausa como para recordar los detalles y pormenores de aquel relato y luego prosiguió:

—Según parece, el padre de Fabio era un hombre más ambicioso que inteligente. No debía ocupar una gran posición o debía haberse arruinado, pues ello fué que como tantos otros aventureros, alistóse en una de las primeras expediciones organizadas para el nuevo mundo. No puedo censurar este modo de hacer fortuna, puesto que yo también lo he empleado; pero hubo entre él y yo una notable diferencia: Juan, que así creo que se llamaba el padre de Fabio, fué a la ventura, sin otro apoyo que el de la casualidad; yo, en cambio, iba provisto de buenas recomendaciones, que fueron las que más me ayudaron en el éxito de mi empresa.

—¿Y aquel hombre llevó consigo a su hijo?—volvió a interrogar Teresa.

—Sí.

—¡Qué imprudencia!

—Peor hubiera sido que lo hubiese dejado solo.

—Ciertamente.

—Y sólo habría tenido que dejarlo.

—¿No tenía madre ese infeliz?

—No.

—¿Y familia?

—Tampoco.

—¡Pobre!

Y la conmiseración retratóse en el rostro de la esposa de Paredes.

*
* *

—Llegados a América—continuó don Diego—, el padre de Fabio se lanzó a mil peligrosas aventuras, en las que pensaba encontrar la riqueza que iba buscando.

—¿Y no la encontró?—siguió interrogando Teresa.

—Todo lo contrario. ¡Halló la muerte!

—¿Cómo fué?

—Debía de ser hombre de carácter exaltado e irascible, y murió en riña con uno de sus compañeros.

—¿Y Fabio quedó solo?

—Sin tener quien le amparase.

—¿Qué hizo entonces el desgraciado?

—Su deseo no fué otro que el de regresar a España.

—Se comprende.

—Pero sus esfuerzos para lograrlo fueron inútiles.

—¿Por qué?

—Como carecía de dinero, no lo admitían a bordo de ninguno de los barcos que regresaban a la Península.

—¡Qué crueldad!

—Compadecidos de él mi esposa y yo, le invitamos a acompañarnos como criado, y aceptó lleno de gozo.

* * *

Hasta aquí lo que dijo Zabala de su protegido.

No sabía más.

—Al llegar a España—añadió—dijimos a Fabio: «Libre eres. Puedes dirigirte adonde te parezca y hacer lo que mejor te plazca». A lo que respondió él, rompiendo en sollozos: «¿Adónde queréis que vaya, si no tengo a nadie en el mundo?»

—¡Infeliz!

—Compadecido de él preguntéle: «¿Quieres quedarte a nuestro servicio?» Y me contestó gozoso: «Me ofrecéis lo que no me atrevía a pediros». Nos lo quedamos pues, con nosotros, y él nos besó las manos para manifestarnos su gratitud. Megalasio, que en un principio tuvo celos de él, convencióse, al fin, de lo bueno que es, y le quiere como un padre. En cuanto a nosotros, nuestro intento es no abandonarle nunca.

—Y obraréis justamente—dijo don Tomás—, pues el mozo lo merece.

En esto acabó todo lo que sabían de Fabio.

Su historia no podía ser más sencilla.

No obstante, todos siguieron pensando:

—Ese joven no es lo que parece. Diríase que en su origen hay un misterio impenetrable.

Desde entonces tratáronle todos con más consideración aún, con que le habían tratado hasta entonces.

Él sabía conocerlo y agradecerlo.

Teresa, principalmente, llegó a cobrarle verdadero cariño.

Solía decir a sus amigos:

—Cuando de nosotros os separeis, debierais dejar a Fabio a nuestro lado.

A lo que contestaba D. Diego, en su nombre y en el de su esposa:

—Mientras él no quiera abandonarnos espontáneamente, lo conservaremos junto a nosotros.





CAPITULO XIII

El origen de Fabio

PASADO algún tiempo, un día, cuando D. Diego había adquirido en Valladolid una casa y se disponía a instalarse en ella con su esposa y su servidumbre, dejando la morada de sus amigos, en la que tan franca hospitalidad recibiera, Fabio se presentó a él diciéndole:

—Señor: tengo que hablaros reservadamente.

Dispuesto como siempre a complacerle, por el gran aprecio en que le tenía, Zabala respondióle:

—Dí que deseas.

—Ante todo, revelaros un secreto.

—¿Referente a ti?

—Referente a mi origen.

—Ya me dijiste respecto a ese particular todo cuanto sabías.

—Os callé lo más importante.

—¿Por qué?

—Por razones que comprendereis vos mismo cuando mi secreto os haya revelado. Hice mal en callar,

siendo como sois tan bueno; pero yo entonces no os conocía. Hoy fuera un infame ingratitud seguir ocultandoos lo que hasta ahora callé. Además, necesito vuestra valiosa ayuda para algunas gestiones que he de practicar, y no dudo que me la prestareis después de haberme escuchado. Oidme, señor, atentamente.

* * *

Excitóse en grado sumo la curiosidad del poeta con todo esto.

—Te oigo,—dijo.—Habla francamente, en la seguridad de que has de encontrar en mí el apoyo que necesites.

Inclinóse Fabio, como dando las gracias por tantas bondadosas frases y se expresó de esta manera:

—Al deciros que el hombre con el cual fuí a América y que murió en aquellas lejanas tierras dejándome solo era mi padre, mentí.

—¿Cómo es eso?—interrogó D. Diego sorprendido.

—Hasta poco antes de conoceros, yo creí también que debía a aquel hombre la vida; pero él, antes de morir, me sacó de mi error, haciéndome algunas revelaciones importantes.

—¿Y esas revelaciones son las que tú vas a hacerme a mí ahora?

—Precisamente.

—Dí.

—Junto a aquel hombre llamado Andrés, había yo vivido siempre, y aunque ignoraba quién fuera mi madre, pues nunca Andrés fué casado, por mi padre le tuve, creyéndome fruto de alguna de sus aventuras amo-

rosas; sin embargo, siempre me sorprendió y hasta me indignó conmigo mismo, el que no le amara como entiendo que un padre debe de ser amado.

—¿Y él nunca te hizo alusión alguna por la que pudieras deducir que no eras su hijo?

—Nunca, hasta el momento de su muerte, como antes he dicho.

—Sigue, que tu relato me interesa.

* * *

Pagó Fabio aquel interés con una sonrisa y continuó diciendo:

—Fuimos a América, pasando toda clase de penalidades, hasta que por fin llegó el triste momento de la muerte de Andrés, como ya sabeis. Hallábase en la agonía, cuando me llamó y me dijo:

«—Escucha atentamente lo que voy a confiarte, porque ello puede ser base de tu porvenir.»

Y me refirió lo siguiente:

»—Yo no soy tu padre—empezó diciéndome.—Yo no he tenido nunca hijos; hace algunos años, fuiste entregado por un noble y poderoso caballero a mi padre, para que velase por ti y como hijo te tuviera. Mi padre no pudo negarse a tal encargo; debía mucho al caballero que te entregó a él y estaba en el caso de obedecerle y servirle. Entregóte a una nodriza para que te criase, y veló por ti como por un hijo. Al poco tiempo mi padre murió encargándome que a mi vez de ti cuidara y revelándome el nombre de la persona que a él te había entregado.

»—¿Quien era esa persona?—pregunté yo.

A lo que repuso Andrés:

»—Ten calma, que todo lo sabrás. Muerto mi padre, vendí su alquería, te llevé conmigo y comencé a recorrer mundo, gastando mi herencia. Desde entonces he vivido del modo que ya sabes, haciéndote creer que eras mi hijo.»

* * *

Interrumpió Fabio su relato para suspirar, como si aquellos recuerdos le impresionaran y prosiguió luego:

—Quizá Andrés me hubiese dado más detalles; pero no pudo, se moría. Sólo tuvo tiempo para decirme:

«—Ahí encontrarás los datos principales acerca de tu origen.»

Y me entregó un papel. Luego añadió:

«—Tu padre debe ser hombre de posición. Búscalo con los datos que te proporciono, y si lo encuentras, quizá llegues a ser rico y poderoso.»

Estas fueron sus últimas palabras. Al acabar de pronunciarlas, expiró.

—¿Qué decía el papel?—interrogó D. Diego.

—Aquí lo teneis,—respondió Fabio sacándolo de su escarcela y entregándoselo —Enteraos vos mismo.

Zabala desdobló el papel y leyó:

«En el mes de marzo del año de gracia 14... fué entregado a Claudio Martín, por el noble conde de Palencia, un niño al que se bautizó con el nombre de Fabio.»

El papel no decía más.

—¡El conde de Palencia!—exclamó el poeta asombrado.—Fué uno de los personajes más nobles de la corte, hace ya muchos años.

—¿Vive?—preguntó Fabio ansiosamente.

—Murió.

—Entonces no averiguaré lo que deseo. Él era el único que podía decirme el nombre y paradero de mis padres.

—¡Quién sabe! ¿Tienes algún inconveniente en que tus revelaciones comunique a D. Tomás de Paredes mi amigo?

—Ninguno.

—Pues a él diré lo que ocurre y entre los dos haremos las pesquisas necesarias.

—¡Gracias, señor!

Y Fabio retiróse lleno de esperanza y gratitud.

En cuanto a D. Diego, fuese inmediatamente en busca de D. Tomás, para repetirle las revelaciones de su protegido, seguro de que le sorprenderían tanto como a él.





CAPÍTULO XIV

La revelación

INMEDIATAMENTE se fué Zabala en busca de don Tomás y le refirió lo que sucedía, pero sin mostrarle el papel en que constaban los datos del origen de Fabio y que había conservado, hasta el último momento.

Paredes escuchóle con atención vivísima e interesándose más y más en el relato, a medida que su amigo avanzaba en él.

—No me extraña lo que me referís,—dijo.—Siempre nos pareció a mi esposa y a mí que ese mancebo no era lo que aparentaba. A pesar de su humilde condición, hay en él algo que revela su nacimiento.

Y preguntó a renglón seguido:

—Pero, ¿cómo averiguar el origen de ese joven y el nombre de sus padres? A fe que tendré un verdadero placer en ayudaros en vuestras pesquisas y que celebraré muy de veras que tengan el resultado apetecido.

—Así lo he supuesto—repuso D. Diego,—por lo cual no he vacilado en solicitar vuestra ayuda.

—Bien habeis hecho.

—Los únicos datos de que disponemos para nuestras averiguaciones, constan en un papel que le entregó su supuesto padre, como ya os he indicado.

—Y ese papel...

—Aquí lo teneis. Leedlo y admiraros como me he admirado yo.

Y entrególe el papel en cuestión.

* * *

Al leer las pocas líneas allí escritas, D. Tomás impresionóse de tal modo, que el poeta no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué os ocurre?

—¡Hay una Providencia!—exclamó Paredes, sin responder a esta pregunta.

Y comenzó a llamar a su esposa a grandes voces.

—¿Os habeis vuelto loco?—añadió D. Diego, cada vez más sorprendido.

Su amigo no le hacía caso.

Siguió llamando a su esposa y pronunciando algunas frases incoherentes que para Zabala eran incomprensibles.

—¡Al fin!—decía.—¡El cielo se ha compadecido de la pobre mártir y le concede lo que le hacía falta para su completa tranquilidad!

Luego agregaba:

—¡Haré lo que debo, atendiendo a mi conciencia y no a las consideraciones del mundo! Quien como yo procedió al principio con tan injusta y cruel ligereza, no puede ser exigente. Además, ella, por su comportamiento intachable, lo merece todo.

Don Diego continuaba sin comprenderle y eran inútiles cuantas preguntas le dirigía para descifrar aquel enigma, pues no contestaba a ninguna.

Su emoción crecía por instantes y a su emoción parecía mezclarse cierta extraña ternura.

—¡Pobre joven!—murmuraba.—¡Dios lo ha traído, sin duda, a nuestro lado, para que velemos por él como es debido! Su suerte cambiará desde hoy.

* * *

Acudió Teresa a los gritos de su esposo y presentóse preguntando inquieta:

—¿Qué hay? ¿Qué sucede?

Don Tomás contúvose al verla y dijo para sí:

—¿Cómo comunicarle una nueva de tan gran importancia? Pudiera impresionarla demasiado. Y, sin embargo, ello es preciso.

Cogióla una mano y díjola cariñosamente:

—Esposa mía: tú sabes que mi deseo no es otro que tu dicha. El no poder hacerte completamente feliz, ha sido hasta ahora mi tormento; pero desde hoy serás en absoluto dichosa.

Estas frases sorprendieron a aquella a quien iban dirigidas y a D. Diego que las escuchaba.

Ni una ni otro las comprendieron.

—Lo único que te faltaba para tu completa ventura, yo te lo ofrezco,—agregó Paredes.

—¡Es imposible!—exclamó Teresa, empezando a comprender a lo que se refería.

—No dudes de la misericordia divina,—replicó él.—Siendo como eres tan buena y tan injustamente desgraciada, la Providencia no podía permitir que tu infortunio continuase por más tiempo, y al fin lo ha re-

mediado. ¡Alégrate y da gracias a Dios por sus bondades para contigo!

* * *

Aunque no se decidía a hablar claramente, lo que antecede era demasiado significativo para que Teresa no comprendiese a lo que se refería.

El recuerdo de su hijo acudió a su mente y balbuceó ansiosa:

—¡Por piedad! ¡Explicaos más claramente!

—¿Lo necesitas, acaso?—respondióle D. Tomás.—¿No me comprendes?

—Es que no me atrevo a creer lo que imagino.

—Pues creedlo. Dudar de la bondad de Dios, cuando experimentamos sus efectos, es una ingratitud y una ofensa.

—¡Señor!

—Veamos: ¿qué es lo que te hacía falta para tu completa ventura?

—Vos lo sabeis.

—Encontrar el hijo que te arrebataron al nacer.

—¡Un hijo!—pensó D. Diego, empezando a sospechar.

—¿Y si ese hijo te lo devolviese el cielo, cuando menos lo esperabas?—agregó Paredes.

—¿Qué decís?

—¿Y si fuera yo el encargado de arrojarlo en tus brazos?

—¿Eso quiere decir que habeis hecho pesquisas fructuosas para encontrarle?

—No.

—Entonces...

—Eso quiere decir que sin buscarle le he encontrado.

* * *

Un grito indefinible escapóse de los labios de Teresa.

—Sí, esposa mía,—añadió D. Tomás.—Sí, pobre madre. El hijo de tu desgracia ha parecido.

—¿Donde está?—interrogó ella.

—No tardarás en abrazarle.

—¿Luego se halla cerca de mí?

—Vive bajo tu mismo techo.

—¿Es posible?

—¿No adivinas aún quién es?

—No...

—Recapacita un poco. Desde hace algún tiempo, ¿no vive a nuestro lado un mancebo, hacia el cual sentiste desde el primer instante misteriosa simpatía?

—¡Fabio!

—Sí, Fabio.

—¿El es?...

—Sí, él es el hijo, cuya ausencia llorabas.

—¡La prueba de ello!

—Aquí la tienes.

Y entrególe el papel que recibiera de manos de don Diego.

Éste pensaba mientras tanto:

—¡Qué escucho! ¡Fabio su hijo!

Teresa leyó el contenido de aquel papel, y vencida por la emoción, cayó sin sentido en los brazos de su esposo.





CAPITULO XV

Madre feliz

VUELTA en sí Teresa, su esposo convencióla de la verdad de lo que antes había dicho; repitiendo, a manera de explicación, lo que Zabala le había referido.

Con ello quedó todo en claro.

Fabio era su hijo.

Así lo demostraba el título de conde de Palencia, escrito en el papel.

Como sabemos, el conde de Palencia era Leandro, el que sirvió de padre a Teresa; luego el niño entregado por él a su antiguo criado, no podía ser otro que el fruto de la desgracia de su supuesta hija.

El nombre del criado, Claudio Martín, era otra garantía.

Así se llamaba el hombre que fueron a buscar a una alquería, cuando Teresa abandonó a su esposo.

Como sabemos, Claudio había muerto y se ignoraba el paradero de su hijo.

Su hijo era Andrés, el cual se llevó consigo al niño,

sirviéndole desde entonces de padre, hasta su muerte, ocurrida en América.

Todo quedaba, pues, perfectamente explicado.

* * *

A su vez, los dos esposos dieron algunas explicaciones a D. Diego.

Éste conocía la deshonra de Teresa, pues se hizo pública por doña Leonor cuando el casamiento, pero ignoraba todo lo demás.

No sabía que existiese un hijo, fruto de aquella deshonra.

Como se interesaba por Fabio, al saber quiénes eran sus padres, se alegró; pero como su padre había muerto y como Teresa, por estar casada con Paredes, no podía ni debía reconocerlo por hijo, pues hubiera sido un atentado contra el honor de su esposo, su alegría trocóse en inquietud y preguntó a sus amigos:

—¿Qué pensais hacer ahora?

—Eso mi esposo ha de decirlo,—repuso Teresa, mirando ansiosamente a D. Tomás.

Siguiendo sus generosos impulsos, Paredes dijo:

—Ese joven será para mí un hijo más.

Teresa le abrazó agradecida y D. Diego estrechóle la mano, diciéndole:

—Bien, amigo mío! ¡Así procede un hombre de corazón!

—Nunca fueron otras mis intenciones—replicó él.—¿Que culpa tiene ese infeliz de nada?

* * *

Después, ya todos más tranquilos, Paredes añadió:

—Pero hay que evitar el escándalo y un escándalo produciría si se supiese que reconozco como mío el hijo de mi esposa. No todos sabrían comprender mi comportamiento y hasta muchos lo reputarían como indigno.

—Ciertamente,—asintió el poeta.—El mundo es así. Censura aquello que no comprende y que debiera admirar.

—Por lo tanto, propongo que a Fabio no se le revele la verdad. Lo tendremos a nuestro lado a título de protegido, y nada más. Así mi esposa podrá verlo y cuidarlo, sin que nadie sospeche la verdad.

Don Diego encontró muy prudente y acertado este recurso.

No podía pedirse más a Paredes.

A Teresa no le satisfazo por completo.

Era para ella un sacrificio no poder llamar hijo a Fabio.

Más ¿que remedio le quedaba que conformarse?

Al menos le vería.

Se resignó, mostrándose agradecida a la bondad de su esposo.

No todos en su caso habrían hecho lo que él.

Con tener a Fabio a su lado, bastábale para ser feliz.

Podía amarle tanto cuanto quisiera, sin necesidad de exteriorizar imprudentemente sus sentimientos.

* * *

Puestos de acuerdo, llamaron al joven y Paredes le dijo:

—Nuestro amigo D. Diego nos ha repetido tus revelaciones, y por ellas podemos decirte quiénes fueron

tus padres, sin necesidad de hacer pesquisas de ninguna clase.

Y a continuación refirióle la historia de su origen, pero sin mezclar en ella para nada el nombre de su esposa.

—Como ves—terminó diciendo,—tu padre murió y tu madre tampoco existe ya. Tu condición de hijo ilegítimo te quita todo derecho a hacer reclamaciones de ninguna clase y tendrás que seguir usando el apellido Martín, que has usado hasta ahora; pero en cambio, mi esposa y yo, que fuimos muy amigos de los que te dieron el sér, te tendremos a nuestro lado como a un hijo y te querremos como si fuéramos tus padres.

—Sí,— añadió Teresa.—Tu pobre madre fué para mí una hermana, y en recuerdo suyo te querré tanto como a mi hija.

Y en demostración de lo que decía le abrazó con ternura.

* * *

Sin sospechar nada, Fabio aceptó agradecido aquel cariño y aquella protección que se le ofrecían.

Desde entonces Paredes y Teresa fueron para él verdaderos padres y él los quiso y los respetó como si realmente lo fueran.

Junto a ellos quedóse cuando D. Diego y su esposa instaláronse en su nueva casa, y junto a ellos continuó siempre.

Teresa fué, al fin, completamente dichosa, gracias a la generosidad y a la indulgencia de su esposo.

Nadie supo nunca quién era aquel joven a quien

protegían, pues D. Diego guardóse muy bien de revelarlo, estando como estaba interesada en ello la honra de sus amigos.

Andando el tiempo, Fabio fué a la guerra de los Países Bajos, a las órdenes del Gran Capitán, y se distinguió tanto en ella, que con sus hazañas logró ennoblecer el humilde apellido que usaba.

Casóse más tarde y fué feliz.

También lo fueron paredes con su esposa y Zabala con la suya.

Después de tantas alternativas y vicisitudes, al fin unos y otros alcanzaron la ventura que tenían tan merecida, siendo éste el premio de su bondad y nobleza de sentimientos.





CAPITULO XVI

El testamento

LLEGÓ el año de 1504 y por toda España corrió una nueva que llenó de asombro y de dolor a los que la supieron.

La reina estaba gravemente enferma.

La noticia impresionó doblemente, porque nadie la esperaba.

Doña Isabel no era todavía vieja, contaba únicamente cincuenta y cuatro años de edad y los que no la conocían creyeron que su temperamento fuerte y vigoroso, no sucumbiría jamás, o por lo menos tan prematuramente, a la vejez y el cansancio.

No obstante, la noticia era desgraciadamente exacta.

La reina estaba tan enferma, que se moriría sin remedio.

Aquella dolencia no era nueva ni repentina.

Hacía ya largo tiempo que la sufría la augusta dama, si bien su carácter enérgico y esforzado, se sobrepuso hasta entonces a ella. (1)

(1) Según la opinión de reputados autores, la enfermedad de Isabel era hidropesía.—N. del A.

Precisamente para mejor atenderse y cuidarse retiróse a Medina del Campo, donde el mal se agravó, en vez de encontrar alivio.

En todo el reino organizáronse rogativas para implorar del Altísimo que conservase la vida de la que era tan amada y tan precisa para la felicidad y engrandecimiento de su pueblo.

* * *

Fué la misma Doña Isabel la primera en darse cuenta de la gravedad de su estado, y resignándose con su muerte como se había resignado con cuantas contrariedades sufrió en su accidentada vida, dispúsose para morir cristianamente, preocupándose a la vez de la felicidad de sus súbditos y del porvenir de su trono.

Segura de que su falta podía ser causa de grandes trastornos, quiso evitarlos en lo posible y durante algunos días meditó el medio mejor de conseguirlo.

A nadie consultó sobre el caso, pues quería que sus últimas disposiciones fueran el reflejo fiel y exacto de su espontánea voluntad.

No manifestó siquiera sus propósitos.

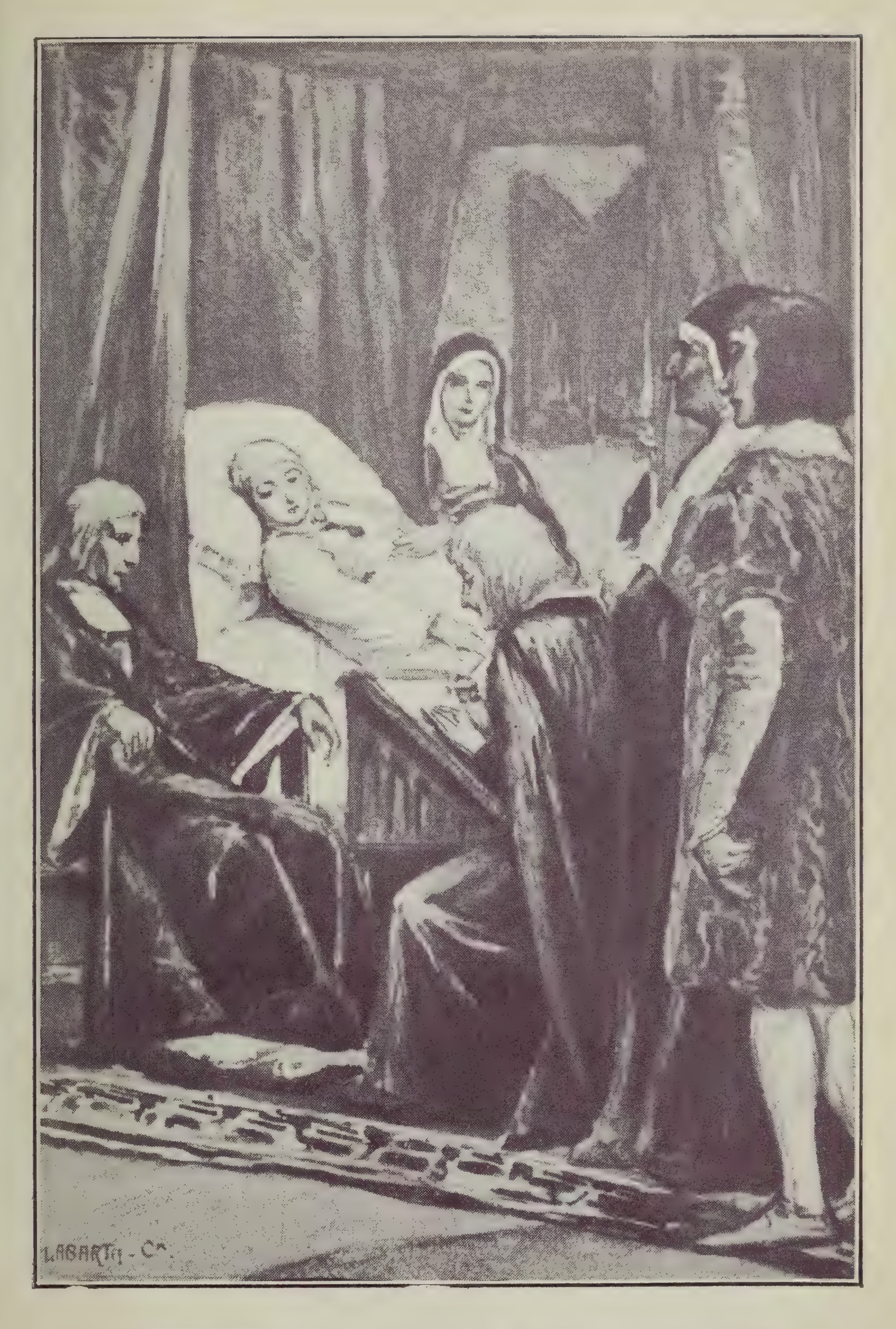
Cuando tuvo pensado y decidió lo que debía hacer, apresuróse a ponerlo en práctica, con la decisión que en tantas ocasiones había demostrado.

Fué ésto el 12 de octubre del ya citado año de 1504.

Rodeaba su lecho el rey, su buena amiga la marquesa de Moya, el cardenal Cisneros y el notario mayor del reino y otros nobles a quienes ella había hecho llamar.

La reina manifestó su voluntad de otorgar testamento.

Nadie se opuso a su deseo y todos comprendieron entonces por qué había hecho comparecer en su presencia al notario y a uno de los nobles de su servicio.



La reina manifestó su voluntad de otorgar testamento.

Isabel.

El primero para que diese fe de sus últimas disposiciones y el segundo para que con el cardenal, sirviera de testigo al acto.

* * *

Aquellas disposiciones, que llenaron de admiración a los que se las oyeron dictar a ella misma, habían de pasar luego a la posteridad como ejemplo elocuente de previsión, sabiduría y justicia.

Ninguna de las contingencias que podían ocurrir a su muerte, fué olvidada por Doña Isabel.

Empezaba por nombrar heredera del trono de León y de Castilla, a su hija mayor Doña Juana, casada ya con el archiduque Don Felipe de Austria y ausente de España con su esposa.

No teniendo hijos varones, a ella correspondía de derecho la corona.

Más como la circunstancia de estar casada Doña Juana con un príncipe extranjero, podía ser motivo de alteración en el modo de gobernar sus Estados, hasta entonces tan sabiamente dirigidos por ella, trató de impedir estos males disponiendo que los nuevos reyes hubieran de residir en sus reinos precisamente, y que no fueran válidas las leyes o pragmáticas otorgadas fuera de ellos; habían de ser dadas en sus Estados y con el concurso de sus Cortes, como era uso y costumbre desde tiempos remotos.

Al mismo tiempo, prohibía que a ningún extranjero le fuese asignado, por concepto alguno, puesto o destino desde el cual pudiera influir directa o indirectamente en los actos del gobierno y en las cosas de la administración pública.

Para desempeñar tales cargos, había de exigirse como primera y principal condición, el requisito indis-

pensable de ser español de nacimiento y estar en España domiciliado.

* * *

Para el caso de que Doña Juana tardase en venir a posesionarse de su herencia o no pudiera hacerse cargo de ella, nombró regente y gobernador del reino a su esposo Don Fernando, dándole toda clase de atribuciones, y a quien como última prueba de consideración y cariño legaba todas sus joyas, instituyéndole a la vez una renta de diez millones de maravedís anuales.

Del mismo modo señalaba la sucesión directa de su hija Juana, que por entonces recaía en el hijo de ésta, el que más tarde llegó a ser el emperador Carlos I de España y V de Alemania. A la vez dictaba como regla general, que para la sucesión se prefiriesen siempre los varones a las hembras.

Ordenó también que se recopilaran todas las leyes para facilitar su aplicación, que no se desmembrase por nada el patrimonio real, que se obrase en justicia con los habitantes del Nuevo Mundo, que se anulasen todas las mercedes injustamente otorgadas y que se estudiara el modo de suprimir o rebajar los impuestos y cargas que pesaban sobre el pueblo.

Prolijo e impropio de una obra de la índole de esta novela, sería enumerar más detalladamente las cláususulas de un testamento que con justicia ha pasado a ser un verdadero monumento de equidad y sabiduría.

Lo dicho basta para que se comprenda cómo aquella reina ejemplar, hasta en los últimos instantes de su gloriosa vida, velaba por la prosperidad y el engrandecimiento de sus Estados y por el bien de sus súbditos.

A todos les dejaba marcado su deber, para que lo cumpliesen, como ella había cumplido el suyo.



CAPITULO XVIII

Final

AUN vivió la reina más de un mes, después de haber otorgado su testamento, y durante aquellos días, otorgó un codicilo con algunas otras disposiciones complementarias, tan sabias y justas como las que quedan expuestas.

Más que su propio estado, preocupábala el porvenir de su reino, cual si presintiese o adivinase las vicisitudes por que había de pasar, falto de su dirección.

Al mismo tiempo, de palabra dió prolijas instrucciones al rey su esposo, a quien no se cansó de manifestar hasta el último momento, el gran amor que siempre le tuvo.

Don Fernando no había tenido en verdad nunca con ella grandes extremos de pasión, y sin embargo lloraba oyéndola y decíale, con cierto asomo de remordimiento:

—¡Ahora que estoy en peligro de perderos para siempre, es cuando comprendo todo lo que valéis!

La ambición y el orgullo habían ahogado más de

una vez los sentimientos del monarca; pero en aquel caso supremo, el orgullo y la ambición desaparecían.

* * *

La muerte de Doña Isabel era inevitable, y todos los esfuerzos que se realizaron para impedirla, fueron inútiles.

Más que la enfermedad que padecía, matábanla los sufrimientos.

La que como reina fué la más afortunada de las soberanas en todas sus empresas, como mujer, y sobre todo como madre, fué muy infeliz.

Vió morir al hijo varón en quien cifró sus esperanzas de tener un digno heredero, y murieron igualmente algunas de sus hijas.

Las que vivían estaban casadas todas ellas con príncipes extranjeros, y no hubo a su lado ni una sola que la acompañara en sus últimos instantes.

Pero no eran estas sensibles pérdidas las que más la entristecían, las que provocaron en ella un decaimiento, contrario a la energía de su carácter.

Como buena cristiana que era, resignábase con la voluntad divina, que a veces, en sus designios inexcrutables, nos arrebata los seres que más amamos.

Lo que más dolor producía a la reina, era la infelicidad conyugal de su hija Doña Juana.

Don Felipe su esposo, no la amaba, y ella, por el contrario, idolatraba a Don Felipe.

¿Qué mayor desventura?

Pero no era esto todo.

El archiduque portábase con su esposa de una manera indigna, entregándose a escandalosos galanteos con otras mujeres, y la infeliz princesa, de temperamento vehemente y carácter exaltado, impresionóse con las

infidelidades de su esposo hasta el punto de producirse graves trastornos en su juicio.

Esto era lo que a Doña Isabel más angustiaba y de aquí algunas de las disposiciones de su sabio testamento.

¡Su corona iba a pasar a ceñir las sienes de una loca!

* * *

La reina habíase convencido por sí misma recientemente del estado de su hija.

Ésta y su esposo vinieron a España y Doña Isabel echó de ver desde luego la poca armonía que reinaba entre ellos.

Al poco tiempo Don Felipe marchóse solo, contra el parecer de todos, y entonces fué cuando empezó a manifestarse la locura de Doña Juana.

Quería ir a reunirse a todo trance con el archiduque.

No bastando las razones para convencerla, Isabel hizo que se retirase a un castillo donde la retuvo algún tiempo, no como prisionera, pero sí convenientemente vigilada para que no se escapase.

Doña Juana intentó huir, y como no pudiera conseguirlo, empeñóse en permamecer a la intemperie, pasando de aquel modo algunos días y algunas noches en lo más crudo del invierno.

Su madre, cuya salud era muy delicada, hubo de ir en persona a hacerla entrar en razón, y no lo consiguió sino con la formal promesa de que iría a reunirse con su esposo.

Partió, en efecto, y pronto empezaron a llegar noticias de que los excesos de Don Felipe y el trastorno de su esposa, eran causa de verdaderos escándalos.

¿Qué más necesitaba Doña Isabel para sufrir como sufría, hasta el punto de resentirse su salud?

* * *

Arreglados todos sus asuntos, la reina pensó ya únicamente en prepararse para morir cristianamente.

Recibió los Santos sacramentos, y el día 26 de Noviembre de 1504, entregó su alma al Creador.

Murió poco antes del medio día, conservando los sentidos hasta el último instante y despidiéndose cariñosamente de todos.

Contaba cincuenta y cuatro años de edad y treinta de reinado.

Según voluntad suya, fué trasladada a Granada y se la enterró en la iglesia del convento de San Francisco.

Después cuando murió Don Fernando, según ella dispuso también, se les enterró juntos, descansando los restos de una y otro en el magnífico mausoleo levantado al efecto en la capilla de los Reyes, anexa a la catedral granadina.

Aún hoy cuando el viajero visita aquella capilla, no puede menos de sentirse poseído de profundo respeto, al pensar que allí yacen para siempre las cenizas de la reina más ilustre que recuerda la Historia y de una de las mujeres que con su talento y virtudes más han ennoblecido a la humanidad.

Al novelar su vida, hemos procurado rendirle justo homenaje de admiración y respeto.

Si la realización de nuestro propósito no ha correspondido a la magnitud del mismo, sirva de disculpa el fin que lo ha inspirado.

FIN DE LA NOVELA

INDICE
DE
ISABEL LA CATÓLICA
O
EL CORAZÓN DE UNA REINA

TOMO PRIMERO

LIBRO PRIMERO
EL TRIUNFO DEL AMOR

Capítulos.		Páginas.
I...........	Los galanteos de una ventera y los manejos de un noble..................................	5
II..........	El mensaje del arzobispo...........................	15
III..........	Abnegación y grandeza.....	25
IV..........	La osadía de un monje y los celos de una dama...	34
V..........	¡Venganza!......................................	41
VI..........	Donde el interés comienza a crear obstáculos al amor..................................	53
VII.........	Lo que Pacheco ocultaba en las torres de su palacio..................................	59
VIII........	El idiota..	66
IX..........	Odio africano..........................	73
X...........	Dos historias....................................	81
XI	La confesión de Violante........................	91
XII.........	La justicia de un padre.............	99
XIII........	La venganza de Medina...........................	105
XIV........	En donde un idiota admira a un cuerdo..........	114
XV.........	Dos celadas.......................................	124
XXVI.......	De cómo siguió don Juan los consejos de Tarsio..	131
XVII	La partida...	139
XVIII.......	Un aviso misterioso............................	145
XIX........	La favorita del rey.............................	154
XX.........	Del mundo al claustro..........................	159
XXI	El convenio de «los toros de Guisando»..........	165
XXII........	El prestigio de la hermosura.....................	169
XXIII.......	Una fuga desgraciada............................	175
XXIV.......	De cómo Margarita defendía su nueva posición...	182

Capítulos.		Páginas.
XXV	Una alianza	188
XXVI	Nuevas intrigas	194
XXVII	La embajada	199
XXVIII	Entre hermanos	206
XXIX	Malas nuevas	214
XXX	Un idilio interrumpido	220
XXXI	Por caridad	226
XXXII	Otra cita amorosa	234
XXXIII	Misterio	241
XXXIV	Sueño y realidad	247
XXXV	Un encuentro	253
XXXVI	Perdido por el amor	258
XXXVII	Un relato interrumpido	266
XXXVIII	Las acusaciones de Zulima	275
XXXIX	Asesino y conspirador	282
XL	La seguridad de un calabozo	289
XLI	Desaparición	298
XLII	Una misión importante	303
XLIII	La vuelta a la vida	310
XLIV	Explicaciones	316
XLV	Las profecías de un sabio	324
XLVI	Los dos hermanos	330
XLVII	La Bruja	336
XLVIII	Deliberaciones	344
XLIX	Quién era la Bruja	351
L	Engañar con la verdad	359
LI	Tras la deshonra el ovido	366
LII	En la ribera del Ebro	372
LIII	Un ardid de don Fernando	378
LIV	Las aventuras de un viaje	384
LV	Un drama en la oscuridad	393
LVI	Ultimos incidentes	400
LVII	La impaciencia del amor	406
LVIII	La serenata	412
LIX	Amores reales	417
LX	¡Al fin unidos!	422
LXI	En el torneo	426

LIBRO SEGUNDO

POR UN TRONO

I	Otra vez Tarsio y Zoraida	431
II	La debilidad de un monarca y la energía de una mujer	439
III	Amor correspondido	445
IV	Un hijo de las Musas	450
V	El poeta enamorado	458
VI	Una confidencia y un descubrimiento	465
VII	La protectora del poeta	470
VIII	Reconciliación	479

INDICE

DE

ISABEL LA CATÓLICA

O

EL CORAZÓN DE UNA REINA

TOMO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

LOS ALBORES DE UN REINADO

Capítulos.		Páginas.
I...........	La fiesta de la Epifanía...........................	5
II...........	La enfermedad del rey...........................	12
III..........	En la antecámara real...........................	17
IV.........	La debilidad de un rey y la audacia de un favorito...........................	22
V..........	La calumnia...........................	28
VI..........	El triunfo de Pacheco...........................	35
VII.........	El amor por medianero...........................	42
VIII.........	Por cumplir un encargo...........................	47
IX..........	La lectura del pergamino...........................	52
X..........	Precauciones...........................	58
XI.........	Donde Pacheco ve destruídos una vez más sus planes...........................	63
XII.........	Lo humillación de un malvado...........................	68
XIII........	La ambición de un favorito...........................	76
XIV........	El infortunio de una princesa...........................	85
XV.........	Una dama de la reina...........................	92
XVI........	En la glorieta del lago...........................	99
XVII.......	Por el amor de una reina...........................	105
XVIII.......	El abandono por castigo...........................	111
XIX........	Viaje desdichado...........................	118
XX.........	Llegar a tiempo...........................	125
XXI........	La muerte de un malvado...........................	129
XXII.......	¡Libres!...........................	135
XXIII.......	Por el amor...........................	141
XXIV.......	Las postrimerías de un reinado...........................	147
XXV........	Flaquezas reales...........................	153

Capítulos.		Páginas.
XXVI	¡El rey ha muerto!	158
XXVII	¡Al fin reina!	163
XXVIII	El mercader y el caminante	170
XXIX	Camino de Segovia	177
XXX	Escuchar a tiempo	182
XXXI	Cabrera por medianero	188
XXXII	No por mucho madrugar...	195
XXXIII	La humildad de doña Isabel y la prudencia de don Fernando	201
XXXIV	La confirmación de una noticia	206
XXXV	¡Castilla por Isabel!	211
XXXVI	El martirio de la ausencia	217
XXXVII	¡Siempre juntos!	222

LIBRO CUARTO

VIRTUD, TALENTO Y PRUDENCIA

I	El valor de una mujer	227
II	El voto de un caballero	233
III	Por la suerte	240
IV	Rebelión	245
V	Los designios del acaso	251
VI	Rehabilitación	257
VII	El manuscrito del conde	261
VIII	La reparación de una venganza	267
IX	Otro manuscrito	274
X	¡A Toro!	280
XI	Un rasgo de Isabel	285
XII	Contiendas conyugales	295
XIII	La terquedad de la ambición	301
XIV	Tanto monta, monta tanto...	307
XV	Las cláusulas de un convenio	312
XVI	La profesión	319
XVII	La Santa Hermandad	325
XVIII	Un acto de justicia	330
XIX	El torneo	337
XX	La serenata	346
XXI	El segundo día	353
XXII	Rehabilitación completa	357
XXIII	!Era él!	362
XXIV	El premio de honor	368
XXV	El amor de un héroe	370
XXVI	Los apuros de una dama	382
XXVII	Corazón de mujer	388
XXVIII	Una nueva fundación	394
XXIX	La visita al asilo	400
XXX	Quién era la fundadora	406
XXXI	Perdón y olvido	412

LIBRO QUINTO

LA CONQUISTA DE GRANADA

Capítulos.		Páginas.
I	Las preocupaciones de la reina	421
II	El marqués de Cádiz	429
III	El amor de una cautiva	437
IV	El desquite	443
V	La debilidad de un príncipe	452
VI	La feurza de las circunstancias	459
VII	Las desgracias de un sultán	466
VIII	Un triunfo más de Isabel	474
IX	El anatema de Torquemada	480
X	El triunfo de la Inquisición	487
XI	Resumen histórico	495
XII	Una boda interrumpida	500
XIII	Una hazaña de Pulgar	505
XIV	Recuento de fuerzas	510
XV	Santa Fe	515
XVI	El último esfuerzo	520
XVII	La entrada en Granada	524
XVIII	A manera de apéndice	533
XIX	Expulsión de los judíos	537
XX	Fugitivos	544
XXI	Deber de hijo	549
XXII	Para siempre	555

LIBRO SEXTO

COLÓN

I	En el convento de la Rábida	560
II	Antecedentes	566
III	Mendigando apoyo	573
IV	Un partidario	577
V	Otra tentativa	581
VI	Ultimas tentativas	586
VII	Las pretensiones de Colón	590
VIII	Por consejo de Santángel	595
IX	¡Al fin!	599
X	¡Tierra!	603
XI	Regreso	611
XII	La segunda expedición	615
XIII	El último viaje	619
XIV	A través de los siglos	623
XV	A manera de apéndice	630

EPÍLOGO

I	Un auto de fe	939

Capítulos.		Páginas
II.	La venganza de Tarsio	647
III.	El amor y la gratitud	653
IV.	Conversión	658
V.	Convenio matrimonial	665
VI	Celos	671
VII	¡Venganza!	679
VIII.	Justicia	681
IX.	La voluntad de un ajusticiado	685
X	La angustia de una madre y la generosidad de un esposo	690
XI.	Del Nuevo Mundo	696
XII	Fabio	700
XIII.	El origen de Fabio	706
XIV.	Revelación	711
XV.	Madre feliz	716
XVI	El testamento	721
XVII.	Final	725

PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

TOMO SEGUNDO

	Páginas
Así enterábase por sí misma de lo que le convenía saber	232
La reina ciñó la banda al vencedor	372
El terrible anatema de Torquemada impresionó a Isabel	485
Los judíos seguían caminando sin encontrar albergue	541
La reina manifestó su voluntad de otorgar testamento	722

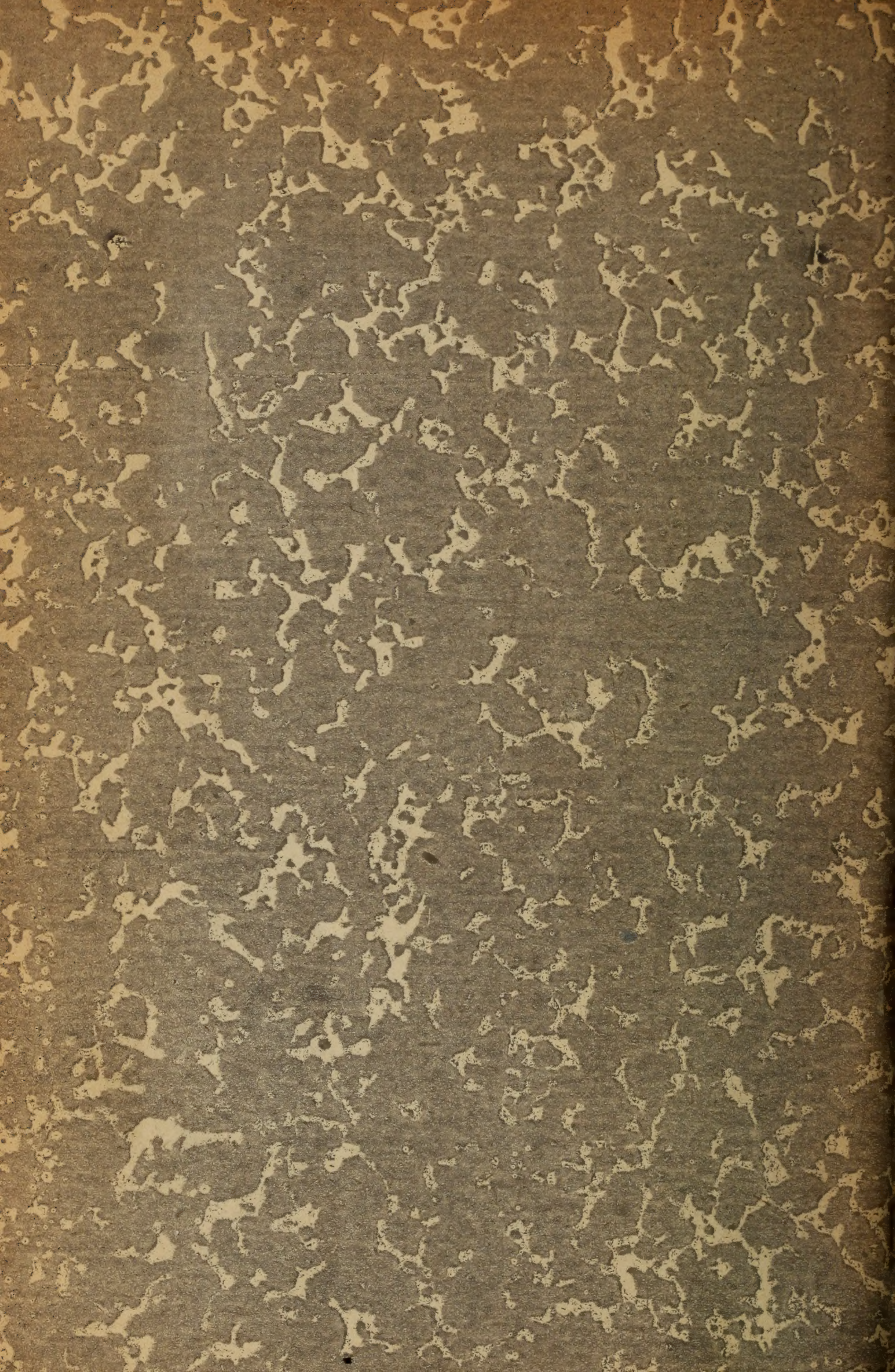


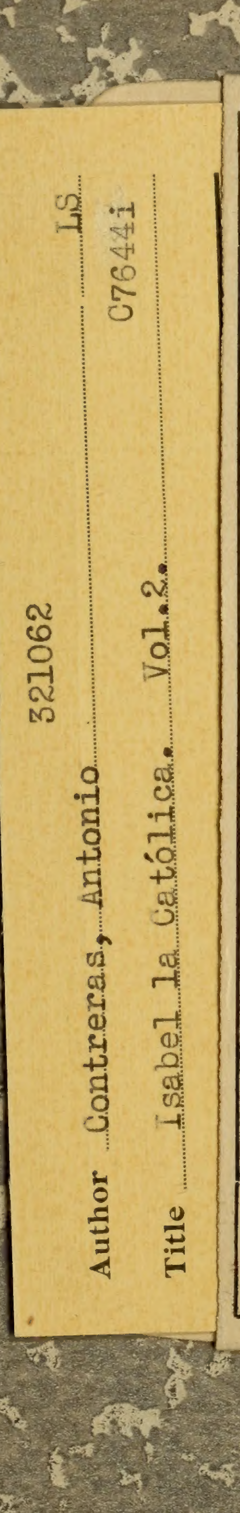
Capítulos.		Páginas
IX	En las calles de Segovia	483
X	De cómo un incidente cualquiera, puede ser origen de una pasión	489
XI	Prevenir el golpe	496
XII	Una carta y una cita	504
XIII	Súplicas y amenazas	510
XIV	La astucia de una mujer	617
XV	Dos galanes para una dama	522
XVI	El duque	527
XVII	Protección sospechosa	534
XVIII	Afinidades misteriosas	541
XIX	La inocencia frente a la astucia	547
XX	Los planes de Leonor	554
XXI	Tendiendo la red	563
XXII	El último avance	570
XXIII	El escudero del conde de Arjona	577
XXIV	Dos amigos	585
XXV	Un amor desgraciado	593
XXVI	Conferencia interrumpida	600
XXVII	Los últimos requisitos	606
XXVIII	Escrúpulos y ardides	611
XXIX	La boda	618
XXX	El desengaño	624
XXXI	¡Culpable!	632
XXXII	Aclaraciones	638
XXXIII	La razón de todo	644
XXXIV	Entre el amor y la honra	649
XXXV	¡Adiós!	655
XXXVI	El consuelo de un hijo	661
XXXVII	Huyendo	667
XXXVIII	En la Alquería	674
XXXIX	Crimen inútil	680
XL	Una revelación y un encargo	687
XLI	¡Sola!	692
XLII	Esfuerzos tardíos	698
XLIII	Una revolución a medias	703
XLIV	Remordimientos	709
XLV	El encargo de un moribundo	714

PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

TOMO PRIMERO

	Páginas
PORTADA	1
Y si aún restan en tí algunos escrúpulos, el contenido de este bolso...	8
Al caer se había lesiodado las piernas	178
¡No así expongais la vida, por la que no es digna de ello!	533
La dama oía sonriente, el canto de amor del moro	690




LS
C76441
321062
Author Contreras, Antonio
Title Isabel la Católica. Vol.2.

